



5

LA VOLUNTAD

**Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina**

Tomo 5 / 1976 - 1978

EDUARDO ANGUITA
MARTÍN CAPARRÓS



El último volumen de *La Voluntad* aborda el golpe militar de 1976 y continúa hasta el final del Mundial 78: el período de mayor poder político y militar del Proceso. Narrado con el ritmo de una pesadilla y tramado con la naturalidad de una tragedia que aún hoy es difícil de admitir, estas páginas plasman el pase a la clandestinidad de miles de militantes, el tormento infinito de la ESMA, la vida en el exilio, las divisiones de la cúpula de las organizaciones revolucionarias, la debacle de la economía nacional, las formas que asumían la frivolidad, el ocio y la diversión, el Mundial 78 y el anhelo de congraciarse con un pueblo gracias a una fiesta deportiva y la cruzada por limpiar la devastada imagen internacional de esa Argentina. Este volumen, con el cual termina esta saga sobre la militancia revolucionaria, es un testimonio indispensable para entender una historia todavía abierta, y que recién ahora empieza a contarse sin prejuicios, ni temores.



Eduardo Anguita & Martín Caparrós

La voluntad 5. La caída

La Voluntad 5

ePub r1.0

Colophonius 04.06.2019

Título original: *La voluntad 5. La caída*
Eduardo Anguita & Martín Caparrós, 1998

Editor digital: Colophonius
ePub base r2.1



Biografía

Eduardo Anguita nació en Buenos Aires en 1953. Por su militancia en el ERP, estuvo preso entre 1973 y 1984. Licenciado en Comunicación Social, es docente universitario y periodista en medios gráficos, radiales y televisivos. *La Voluntad* es su primer libro.

Martín Caparrós nació en Buenos Aires en 1957. Empezó a trabajar en el diario *Noticias* en 1973. Entre 1976 y 1983 se exilió en París (donde se licenció en Historia) y Madrid. Ha hecho periodismo deportivo, cultural, taurino, gastronómico, político y policial en prensa gráfica, radio y televisión. Fue docente universitario, dirigió varias revistas, y sus artículos aparecen en diversos medios de América y Europa. Publicó novelas, libros de viajes y ensayos.

Eduardo Anguita
Martín Caparrós

La Voluntad

*Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina*

Tomo 5 / 1976-1978

La caída

A SUS HIJOS

Sumario

Uno

Marzo de 1976. El golpe. Situación internacional. El general Videla.

Dos

Marzo/abril de 1976. De Santis: Comité Central del PRT; una fuga. Reglamento de prensa. González: dar clases. El Kadri: no exiliarse. De Santis: reorganización. Martínez de Hoz. Gaggero: muerte de su hermana. Venencio: una acción. Sigal: una promoción. *Gente*: Moralidad, idoneidad, eficiencia. Depino: zafar. Monseñor Tortolo. El Kadri: expulsión de España. Un ejemplo montonero.

Tres

Mayo/julio de 1976. Venencio: la partida. *Gente*: otra visión de la historia. Vitali: la pastilla. Gaggero: derechos humanos. Borges y Sábato con Videla. De Santis: resistir. Depino: idas y caídas. Muerte de Zenteno Anaya. Daleo: el correo. El Kadri: París. Muerte del general Cardozo. Depino: discusiones con la conducción. De Santis: ERP y Montoneros.

Cuatro

Julio de 1976. Vitali: muerte de Julián. Sanz: zafar. La enseñanza. Karakachoff: represiones. Daleo: un compañero. El rock bueno. Depino: dónde está la conducción. Muerte de Santucho.

Cinco

Julio/agosto de 1976. Vitali: la despedida. Muerte de sacerdotes. González: la caída. Gaggero: zafar. Grondona: «El sistema no se aplica, se defiende». Depino: muerte de Carlos Goldenberg. Elizalde: cárcel de Rawson. La agencia Ancla. De Santis: a Rosario. Depino: muerte de Sergio Berlín. El asesino de Bonavena. Vitali: la partida. Gaggero: en Alpargatas.

Karakachoff: los dos radicalismos. Muerte del obispo Angelelli. González: en la leonera del Departamento.

Seis

Septiembre/octubre de 1976. Venencio: el exilio interior. Muerte de Mao. Karakachoff: secuestro y muerte. De Santis: la retirada del ERP. Huelgas automotrices. Sigal: allanado. El Kadri: más muertes. Monzón y una visita patriótica. Costa: Muerte de Vicki Walsh. Neustadt: «Videla no es Pinochet». Daleo: una operación. Casullo: el exilio mexicano. Buenos Aires, vida cotidiana y represión. Daleo: el día de las citas nacionales.

Siete

Octubre/diciembre de 1976. Depino: guardada. Movimientos obreros. Vitali: el exilio paulista. Venencio: en Mendoza. La Junta y la prensa. Daleo: el informe de Walsh. El Kadri: los derechos humanos. Amnesty en Argentina. Depino: la partida.

Ocho

Diciembre de 1976. Depino: de Montevideo a París. Carter for president. González: el consejo de guerra. Casullo: con Régis Debray. La economía. Daleo: nochebuena. Sanz: de casa en casa. La Perla. Daleo: más caídas.

Nueve

Enero/febrero de 1977. Elizalde: el pabellón de la muerte. Walsh critica a la conducción montonera. Urien: amenazas. De Santis: enviado al exterior. Gaggero: a Brasil. Una ejecución americana. Elizalde: muerte de su madre, novia y hermanos. Urien: ley de fugas. *No llores por mí, Argentina*. Elizalde: las garantías.

Diez

Febrero/abril de 1977. De Santis: Buenos Aires-Río-Roma. Sanz: con su hija. Crisis brasileña. Casullo: hija y novela. De Santis: se salvó Videla. Normas televisivas. Daleo: vacaciones y caídas. Sigal: las soluciones de

Videla. La *Carta abierta* de Rodolfo Walsh. Daleo: al sur. García Márquez con Firmenich.

Once

Abril/junio de 1977. González: a Salta. La economía. De Santis: escuela de cuadros. Urien: prisión del padre. Detención de Timerman. De Santis: Comité Central del PRT en Roma. Videla con la prensa francesa. González: buscar al desaparecido. Urien: Sierra Chica.

Doce

Junio/septiembre de 1977. Vitali: el exilio mexicano. Neustadt: «No rifar el país en una urna». Gaggero: tratamiento en Cuba. La política de Carter. Depino: en París. Daleo: caídas y salvadas. Todman en Buenos Aires. De Santis: a Brasil. El Kadri: la recuperación. *Pájaro de fuego*. Daleo: un paréntesis.

Trece

Septiembre/octubre de 1977. Sanz: a Brasil. Boca campeón de América. Daleo: la caída. 18 de octubre. Daleo: las sorpresas de la ESMA. Videla: «El terrorista no sólo mata con un arma». Daleo: staff y ministaff.

Catorce

Noviembre/diciembre de 1977. Sanz: Consejo Superior Montonero en España. Gaggero: Cuba y los comunistas. Radicales y el Proceso. Sigal: a Moscú. Daleo: tecleando. Música y televisión. Daleo: las monjas francesas. Una solicitada. González: el exilio paulista. Daleo: navidad en la ESMA. Muerte de Chaplin. Daleo: un amor.

Quince

Enero/marzo de 1978. De Santis: mujer e hijo. Erradicación de villas. Daleo: muerte de Norma Arrostito. Tulio Valenzuela. Daleo: más muertes. Carrascosa y la selección. El Kadri: el boicot al Mundial. Elizalde: los prisioneros del juez Marquardt. El cine. Costa, Urien: Sierra Chica. Gaggero: denunciar en México.

Dieciséis

Marzo/mayo de 1978. Daleo: una fuga en la ESMA. Elizalde: más ley de Marquardt. Sanz: en el Vaticano. Muerte de Aldo Moro. De Santis: internas del PRT. González: vuelta a las aulas. Grondona: la continuidad. Daleo: visita familiar. *Gente vigila*. Casullo: un televisor color. Los chetos. El Kadri, Depino: agitar en París.

Diecisiete

Mayo/junio de 1978. El Mundial de Fútbol.

Epílogos

Índice onomástico

Bibliografía

Uno

—Está todo bien, muchachos. Todo es normal y no tengo noticias de movimientos de tropas. El gobierno no negocia ni hay ultimátum militar.

Dijo Lorenzo Miguel a los periodistas que le preguntaron qué pasaba cuando salió de la Casa Rosada, poco después de la hora cero del miércoles 24 de marzo. Él sabía que no era así: se lo acababa de informar Francisco Deheza, el ministro de Defensa de Isabel, que acababa de llegar de la sede del Ejército. De su reunión con Agosti, Massera y Videla sólo quedaba clara una cosa: el golpe era inevitable. Deheza sintetizó la situación ante Isabel y el resto de los ministros y dirigentes justicialistas reunidos en la Rosada. Era muy simple: los militares no aceptaban ninguna negociación. La mayoría se retiró por la puerta de Balcarce 50. Isabel se quedó en su despacho. Miguel salió con Deolindo Bittel.

—Vamos a seguir conversando mañana.

Dijo Bittel. Poco antes de la una el rambler embajador negro salió por la explanada de Balcarce y tomó Libertador hacia la quinta presidencial. La mujer que iba adentro no era María Estela Martínez de Perón sino una sustituta. Por indicación de su edecán militar, la presidenta salió en un helicóptero de la Fuerza Aérea con su secretario privado, Julio González. El edecán les había dicho que era una medida de seguridad ante un posible ataque guerrillero. En realidad, era el principio de la «Operación Bolsa». Diez minutos después el helicóptero aterrizó en el Aeroparque: tropas de la Fuerza Aérea lo rodearon y el general Villarreal, acompañado por el brigadier Lami Dozo y el contralmirante Santamaría, se le acercó:

—Señora, está usted arrestada.

El general le pidió su cartera: la señora se la dio y el general le sacó el pequeño revólver que llevaba. Después se la devolvió. El secretario González rezaba un rosario; la viuda de Perón estaba tranquila, pero intentó

una última defensa. En un aparte con el general Villarreal, le dijo que estaba equivocado.

—Acá debe haber un error. Ya se llegó a un acuerdo con los tres comandantes. Podemos cerrar el Congreso. La CGT y las 62 me responden totalmente. El peronismo es mío. La oposición me apoya. Yo les doy a ustedes cuatro ministerios y los tres comandantes podrán acompañarme en la dura tarea de gobernar.

—A usted, señora, no le responde nada más que una cúpula de gremialistas corruptos, su peronismo está dividido y la oposición pide masivamente su renuncia.

Cuando le dijeron que se la iban a llevar a la residencia El Messidor, en Bariloche, Isabel Martínez contestó que no tenía ropa. Los militares le dijeron que irían a Olivos a buscarla y le preguntaron quién quería que la acompañara a su nuevo destino.

—Mi gobernanta, por favor.

Media hora después, la gobernanta, una mujer de unos 50 años, les explicó que ella no quería ir «porque yo no tengo ningún vínculo afectivo con la señora, para mí esto era sólo un trabajo». A las tres de la mañana, María Estela Martínez fue embarcada en el avión presidencial Patagonia. El golpe militar estaba en marcha. En la Rosada, un oficial aeronáutico se acercó a los periodistas que quedaban de guardia y les dijo que, a partir de ese momento, se abstuvieran de dar información.

—En un rato se va a dar a conocer una proclama.

La noche porteña estaba despejada, agradable: 20 grados y el cielo estrellado. No había nadie en las calles. En los accesos a la capital los militares empezaban a armar trincheras con bolsas de arena y ametralladoras pesadas. Entre las tres menos cuarto y las tres llegaron comandos a todas las radios, agencias de noticias y canales de televisión. De los regimientos, bases navales y comisarías salieron grupos, algunos de civil, hacia las grandes fábricas, con listas de los delegados, comisiones internas y activistas reconocidos. Otros grupos, uniformados, se presentaron en las sedes gremiales de la CGT, del SMATA y de la UOM. El comando radioeléctrico de la Policía Federal empezaba a transmitir una larga lista de personas buscadas: los cuatro primeros eran el ministro de Trabajo, Miguel

Unamuno, el jefe de las 62 Organizaciones, Lorenzo Miguel, y los dirigentes de la construcción y la alimentación, Rogelio Papagno y Hugo Barrionuevo. En el puerto, el buque de guerra *33 Orientales* esperaba la llegada de los prisioneros: uno de los primeros fue Carlos Menem. El gobernador de la Rioja se había rapado el pelo y las patillas para tratar de huir, pero no lo consiguió. A las tres y veintiuno se escuchó al locutor, grave, por la cadena nacional:

—Comunicado número uno. Se comunica a la población que a partir de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta de Comandantes Generales de las Fuerzas Armadas. Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento de las disposiciones y directivas que emanen de la autoridad militar, de seguridad o policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones. Firmado: general Jorge Rafael Videla, almirante Emilio Eduardo Massera y brigadier Orlando Ramón Agosti.

Horacio González lo escuchó en la casa de una amiga, con quien pasaba algunas noches, en el centro y, por un momento, se sintió aliviado. Ya no soportaba más la zozobra, la amenaza permanente de la Triple A. Será terrible, pensó, pero por lo menos va a ser terrible de otro modo. ¿Cómo era eso que decía Max Weber sobre el monopolio de la violencia? Al cabo de un rato, cuando volvió a pensarlo, se arrepintió de su alivio.

Minutos después el mismo locutor leyó que seguía vigente el estado de sitio y que «cualquier manifestación será severamente reprimida». A las tres y media, el locutor dijo que la Junta Militar ordenaba el cumplimiento de todos los servicios y transportes públicos.

La segunda edición de *Clarín* llegó a incluir la noticia del golpe. El título era «Nuevo gobierno» y la foto mostraba la Plaza de Mayo casi desierta. El epígrafe decía que «sólo unos pocos adictos a la ex Presidente se congregaron anoche en la Casa de Gobierno». Poco antes, Lorenzo Miguel había dicho que «en los barrios y pronto en Plaza de Mayo se podrá ver que esta reacción nuestra tiene calor popular. No caeremos sin pena ni gloria». Ya tenía pedido de captura, pero tardaron varios días en detenerlo.

En los diarios de esa madrugada, una solicitada de las 62 Organizaciones peronistas decía que «un golpe de Estado en estos momentos es el más irresponsable salto al vacío que podría realizar el país en la coyuntura histórica que le toca vivir. A nadie escapa que el pueblo argentino desea fervorosamente vivir en paz y libertad. Ningún golpe de Estado puede brindarle esos dos valores. Porque el trabajo y la libertad son condiciones que se ejercen en democracia y en ambiente de tranquilidad y optimismo. Un golpe de Estado que niegue esas posibilidades no tiene futuro positivo y sólo podría lograr que la guerrilla, que es hoy antipopular e ilegal, se convierta como fruto de esa actitud en popular y legal». Y, más adelante, para terminar: «El Movimiento Obrero siente un profundo respeto por sus fuerzas armadas. Porque no ignora que sus filas se nutren de nuestros hijos. El movimiento obrero ha sentido como propias las heridas que la guerrilla asesina infligiera a sus soldados. Sabe de sus valores y de la conciencia de Patria que las anima. Y porque conoce profundamente estas esencias invaluable, es que confía en la responsabilidad de ellas y en la fortaleza moral que les impedirá atentar contra la voluntad soberana de todo el pueblo argentino».

En su página 3, *Clarín* editorializaba: «Las Fuerzas Armadas se hicieron cargo anoche del gobierno, después de una prolongada crisis que resultó imposible de superar en el marco de las instituciones. Esta decisión, materializada finalmente anoche, no tomó de sorpresa a los observadores políticos y prácticamente desde el lunes había pasado a conocimiento de grandes sectores de la opinión pública». Y, más adelante: «Las Fuerzas Armadas se habían fijado un límite preciso para su actitud de prescindencia: el peligro cierto de que la integridad nacional se encontrase en peligro ante el accionar de fuerzas centrífugas desencadenadas, que el gobierno parecía incapaz de controlar. En la segunda semana de marzo se decidió que ese momento había llegado y finalmente se tomó la decisión para emprender un camino que se sabe muy duro, pero ineludible, ante los riesgos profundos que implicaba el rumbo que había adoptado el proceso nacional».

El ruido era persistente y Alberto Elizalde se asomó al ventanuco de su celda para identificarlo. El avión pasó dos o tres veces en vuelo rasante.

—Es un Pilatus Porter.

Pensó, orgulloso de sus conocimientos aeronáuticos. Pero estaba sobresaltado y se preguntó qué podría hacer un avión de observación de la Marina, tan temprano, en las inmediaciones del penal de Rawson. Todavía no había amanecido y Alberto no volvió a dormirse. Calculó que a las siete y media, después del recuento, cuando les abrieran las puertas del pabellón, podría enterarse de qué estaba pasando. No lo dejaban tener reloj, pero, como todo preso, había aprendido a calcular el tiempo y suponía que no debía faltar mucho. Se puso el uniforme azul de franela y las zapatillas flecha y se quedó recostado esperando: estaba ansioso.

En el penal de Rawson había seis pabellones ocupados por 180 presos políticos. A partir de las nueve de la noche los encerraban en unas celdas minúsculas, pero durante el día podían estar juntos, sentados o caminando en el centro del pabellón, un espacio de cuatro metros por veinte. Podían leer los diarios locales y algunos libros, siempre y cuando pasaran la censura del penal, también escuchaban música y noticias por el parlante del pabellón, que reproducía radio Nacional. Y, sobre todo, tomaban mate. Por eso los presos políticos del pabellón uno estaban organizados en mateadas. Era el único pabellón que tenía mateadas: grupos de cinco o seis integrantes, tanto independientes como montoneros o erpios. En el resto de los pabellones, las relaciones entre organizaciones o grupos eran distantes: mantenían sus propias compras de cantina, sus propios delegados para hablar con las autoridades del penal, y en algunos casos hasta sus propios equipos de fútbol a la hora salir al patio de recreo. En cambio en el uno compartían todo: delegados, pozo para las compras, libros, grupos de discusión y estudio. Básicamente, por la presencia de Alberto Piccinini y los otros cinco dirigentes de la UOM de Villa Constitución, que no entendían que entre los montoneros y los del PRT hubiera tanto recelo.

Alberto siguió esperando que abrieran las puertas. Pensó en lo que haría ese día: en su mateada estaba dando un cursito sobre economía marxista, sin libros ni apuntes salvo un cuaderno Gloria manuscrito con lo que su memoria le permitía. A los muchachos les había interesado la diferencia entre plusvalía absoluta y relativa y, mientras esperaba que le abrieran la celda, Alberto pensaba que el ejemplo de Acindar le venía perfecto: alta

composición orgánica del capital, mano de obra intensiva, el ejemplo claro de que la explotación moderna no siempre se lograba con el maltrato y el salario de hambre. El curso duraría una hora, hora y media, porque eran temas que cansaban. Después, seguramente, seguirían hablando de la situación nacional. Aunque tenían poca información, lo poco que les llegaba —por informes del PRT y de Montoneros— era que, si bien el golpe era inevitable, el campo popular estaba fuerte para enfrentarlo.

Ya había amanecido. El ruido del avión seguía y Alberto se sentía más inquieto. Escuchó los silbatos y movimientos del cambio de guardia y se asomó por la ventana: de acuerdo con las sombras proyectadas sobre el piso del patio, debían ser más de las ocho. Al rato oyó el ruido de los candados del pabellón y las pisadas de los guardias. Habían hecho el recuento de presos sin abrir las puertas. Era evidente que los iban a dejar encerrados. Para esos casos, las mateadas tenían sus delegados: Alberto Piccinini —independiente—, Rafael Morales —Montoneros— y Luis Lea Place —PRT— empezaron a golpear. Al cabo de un rato, un celador se acercó a la celda de Lea Place y le contestó sin abrir la puerta.

—Tengo órdenes de mantenerlos encerrados.

—¿Estamos sancionados?

—No lo sé. Tengo órdenes.

—Quiero hablar con el jefe de guardia.

Los presos empezaron a hablarse a través de los ventiletes de las puertas. Cada cual tenía su hipótesis:

—Che, ¿será traslado?

—Si andan aviones de la base Almirante Zar, quizás sea porque la Marina se hizo cargo del penal.

—¿Y no será que se viene el golpe?

—¡Paren compañeros! No entremos con el alarmismo, hay que esperar.

Lea Place llamaba a la calma. Por las ventanas se comunicaron con los pabellones que estaban enfrente, separados por el patio. Desde el otro lado, con las manos, usando el código de los sordomudos, Alejandro Ferreyra le preguntó qué pasaba, y Alberto le dijo que todavía no sabía. Se cuidaban: si los guardias de las murallas externas los veían los mandarían al calabozo. Alberto se comunicó con uno del pabellón seis:

—¿Saben algo?

Todos estaban igual:

—Por ahora, nada.

Para no pensar, Alberto intentó leer. Tenía *Madera quemada*, una selección de cuentos de Roa Bastos. Se quedó muy impresionado con «El prisionero», la historia de un oficial en las reyertas civiles del Paraguay de fin del siglo diecinueve. El final del cuento era poco propicio: el cuerpo del protagonista terminaba flotando en el río. Alberto recordó que en esos días les había llegado un informe de la dirección del PRT que decía que como los traslados de presos estaban a cargo de fuerzas militares y no de los penitenciarios, debían estar preparados. De acuerdo con datos de inteligencia, los militares tenían previsto simular fugas para matar a algunos y la dirección les recomendaba que fueran prudentes, que no entraran en provocaciones.

—¡Celador! ¡Baño! ¡Tengo la bacinilla repleta! ¡Déjenme ir al baño!

Alguno había perdido la paciencia, pero el delegado Morales trató de calmarlos:

—¡Compañeros, tranquilidad! ¡No seamos cachivaches, che!

En la puerta del astillero Astarsa había tanques, camiones militares, soldados con metralletas: un operativo en serio. Lo mismo estaba pasando en docenas de fábricas de todo el país. Eran las seis de la mañana; hacía frío, todavía, y los obreros hacían cola frente a los soldados. Militares con listas en las manos les iban preguntando su nombre, uno por uno. Después supieron que las listas venían de la dirección. Algunos pasaban; otros no.

—Pará, pará, ¿cómo dijiste?

—Ruiz, señor.

—¡Soldado!

Varios fueron subidos por la fuerza a los camiones. Y lo mismo sucedía por todas partes: antes de que terminara el día, los militares habían detenido, en todo el país, a centenares de activistas obreros. En su casa de Maschwitz, Luis Venencio y Hugo Rivas trataban de imaginar qué estaría pasando, y rogaban que sus compañeros hubiesen respetado las consignas de seguridad: los militantes de la agrupación sabían que no tenían que ir, y

no fueron, pero dos horas después una patrulla sacó a las patadas de su casa a uno de los hermanos Vivanco. Nunca más lo vieron.

—... se comunica a la población que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto que sea reprimido con la pena de reclusión por tiempo determinado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a personas o grupos notoriamente dedicados a actividades terroristas o subversivas.

Decía la radio. La noche anterior, Eduardo Sigal había llegado tarde y no quiso despertar a Mabel, su mujer. Pero esa mañana se levantaron, como todos los días, con las primeras luces. Mabel tenía que llegar temprano al colegio donde enseñaba Ciencias Naturales.

—Bueno, tanto esperarlo y ya está. Ahora parece que fuera mentira.

—Ya vas a ver lo cierto que es.

—Bueno, ya me tengo que preparar para ir al laburo. Quién sabe si hay clases.

—Bueno, pero andá igual, por si acaso. Es importante seguir haciendo una vida lo más normal que se pueda, no despertar sospechas.

Cuando Mabel se fue, Eduardo se preparó un café y se quedó casi abstraído, pensando en su futuro. Era un cuadro conocido en La Plata, así que tendría que dejar, al menos por un tiempo, los estudios de medicina. Como muchos militantes, daba pocas materias, pero había llegado hasta cuarto año y le daba pena perderlo. Después se preparó otro café: no podía salir a la calle, no tenía mucho que hacer y daba vueltas, miraba por la ventana, y en algún momento se preguntó si sería correcto quedarse en un domicilio legal, que debía estar en manos de los servicios o de los grupos ultraderechistas de las Fuerzas Armadas; que Mabel siguiera yendo al colegio era un riesgo. Pero pensó que el partido estaba en lo cierto cuando sostenía que en un momento de repliegue de la actividad política la mejor garantía era mantener la inserción social y que los militantes no debían despegarse de la vida cotidiana de la gente.

En el palier de su casa, dos vecinos conversaban antes de salir:

—Éste es un país de locos, decime, cuando éramos pibes ¿quién iba a conocer un millonario en el barrio? ¿Eh? Y, fijate, hoy ya salieron los billetes de un palo. ¡Cualquiera va tener un millón de pesos!

—Qué cosa, no. Cualquiera tiene un palo, pero ojo que ahora cualquiera te puede dar con un palo, ¿eh?

—¿Vos decís por los milicos? Mirá, macho, estábamos todos cansados de este circo. Por fin se terminó.

—... las Fuerzas Armadas hacen un vibrante e irrenunciable llamado a la juventud argentina para que, integrada en la comunidad nacional, contribuya con su entusiasmo, idealismo y desinterés a la construcción de una Patria que será orgullo de todos los hijos de esta tierra...

Graciela Daleo se había despertado muy temprano y, más que sorprenderse, lo primero que pensó fue: «bueno, así que ya lo hicieron». No podía dejar de recordar lo que había pensado menos de tres años antes, en la Plaza de Mayo, el día de la asunción de Cámpora, cuando todos gritaban se van se van y nunca volverán y ella y el Flaco Jorge se miraron y, sin palabras, se dijeron que no, que seguramente volverían. Y que en definitiva tampoco sería tan grave: que seguramente las cosas se pondrían un poco más duras, pero que sería una etapa más en el avance hacia la liberación. Y que ni siquiera era seguro que se pusieran más duras: en esos días, la violencia de las Tres A era tan terrible que no era fácil imaginarse cómo podría ser peor. Pero igual pensó que tenía que juntar todos los *Evita Montonera* y los documentos que tuviera y romperlos y tirarlos en algún basural.

A las diez de la mañana los comunicados militares ya habían llegado al número 22. El último suprimía todos los espectáculos públicos «tales como cinematógrafos, teatros, actividades deportivas, culturales, etcétera». Pero unos minutos después la cadena nacional informaba, a través del comunicado número 23, que «se ha exceptuado la propagación programada para el día de la fecha del partido de fútbol que sostendrán las selecciones nacionales de Argentina y Polonia».

Para que no quedaran dudas acerca del peso del Ejército en su competencia con la Armada, la Junta asumió directamente en el edificio Libertador, la sede del Ejército. A las 10 y 40 el escribano de gobierno cruzó la avenida con las actas bajo el brazo y tomó juramento a Videla, Agosti y Massera. Como iban a deponer la Constitución, los uniformados

juraron por la flamante Acta para el Proceso de Reorganización Nacional, en la que se suprimían el Congreso, la Corte Suprema y todos los cargos ejecutivos nacionales, provinciales y municipales. El Acta anunciaba, entre sus objetivos, la «vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino; la vigencia de la seguridad nacional erradicando la subversión y las causas que favorecen su existencia; la vigencia plena del orden jurídico y social; la relación armónica entre el Estado, el capital y el trabajo, con fortalecido desenvolvimiento de las estructuras empresariales y sindicales, ajustadas a sus fines específicos; la ubicación internacional en el mundo occidental y cristiano...». Además del Acta, en la mesa de caoba de la sede militar, había un crucifijo y una biblia. Después del acto se anunció que la junta iba a elegir «al ciudadano presidente»: su decisión no tardaría más que un par de días. Mientras, el gabinete de emergencia estaba integrado sólo por militares.

Marzo de 1976. Al amanecer del 24 murió en Londres el mariscal Bernard Montgomery. Tenía 88 años. En 1942, cuando comandó las tropas que derrotaron al mariscal Erwin Rommel en la batalla de El Alamein, se convirtió en el estratega británico más celebrado. Tras esa batalla, los aliados festejaron el vuelco de la guerra y empezaron a soñar con el ocaso del poder nazi. La imagen de Monty era reproducida en todos los diarios y revistas de la época: cara enjuta, huesuda, de ojos entrecerrados y boina calada de paracaidista. Montgomery recibió después las máximas condecoraciones de norteamericanos y soviéticos, aliados en la carrera contra Hitler.

El 24 de marzo de 1976 el panorama era distinto: un despacho de *Reuter* informaba sobre las peleas entre británicos y soviéticos en el continente africano. La corona salía en defensa del régimen de la minoría blanca en Rhodesia, atacada por la mayoría negra. Rhodesia era una ex colonia británica que seguía en el Commonwealth. En esos últimos meses, los gobiernos de Zambia, Mozambique, Botswana y Tanzania, alentados por los soviéticos, presionaban al presidente blanco Ian Smith para que cumpliera

su promesa de convocar a elecciones en las que pudieran votar todos los rhodesianos. Smith no tuvo más remedio y, poco después, fue electo presidente Joshua Nkomo. Rhodesia pasó a llamarse Zimbabwe y las nuevas autoridades decidieron retirarse del Commonwealth.

Ese 24 de marzo, en Washington, los periodistas Carl Bernstein y Bob Woodward —que habían descubierto cuatro años antes el espionaje de los republicanos a los demócratas en las habitaciones del hotel Watergate— revelaban que Richard Nixon pasó sus últimos días en la Casa Blanca pasado de copas. Los periodistas del *Washington Post* contaban en *Los últimos días* que Nixon, aquejado por el Watergate, eludía las cuestiones de Estado y se recluía en el misticismo y la depresión: pasaba horas mirando los retratos de sus antepasados, entraba en crisis de llanto y sólo lo consolaba el whisky. El libro de los periodistas del *Post* contaba que su secretario de Estado, Henry Kissinger, accedía a arrodillarse y rezar junto al presidente, pero si alguien pasaba cerca guiñaba el ojo o gesticulaba avergonzado. Ahora, Kissinger amenazaba a Fidel Castro con una invasión si los soldados cubanos que estaban peleando en Angola actuaban en otros países africanos.

En Beirut, ese día, hubo 200 muertos y 500 heridos. La mayoría cayó en las calles del centro financiero de la capital de El Líbano, en ruinas de viejas mezquitas, ventanas de elegantes hoteles o bancos extranjeros abandonados, a orillas del Mediterráneo, a espaldas del valle de la Bekaa, no muy lejos de las mejores pistas de esquí de Medio Oriente. Al otro día, los falangistas cristianos y los palestinos alineados tras Yasser Arafat firmaban otro alto el fuego que no duraría mucho. En Vietnam, los ex combatientes vietcong intentaban rehabilitar para el cultivo enormes zonas de tierra devastadas por el napalm americano. En la India, el gobierno regional de Calcuta anunciaba un «vasto plan para que nuestra ciudad deje de ser considerada la más sucia del planeta». En México, un estudio contaba 20 millones de desnutridos y decía que incluso en la Universidad Autónoma de la capital el 25 por ciento de los estudiantes sufrían anemia.

En Europa, la unidad del Mercado Común era amenazada por la crisis económica: de sus nueve miembros, sólo Alemania, por sus enormes reservas, se beneficiaba de la crisis. Gierek, el premier polaco, ordenaba

una «purga de intelectuales» de radios y revistas. «Estamos en contra de la obsequiosidad snob y cosmopolita hacia conceptos y estilos ajenos a nuestras ideas», decía el líder comunista. Mientras, la aceptación o no de los eurocomunistas provocaba peleas entre el primer ministro ruso, Leonid Brezhnev, y su tercero, Mijail Suslov, que estaba en contra.

Mientras tanto, en Bolivia, el general Hugo Bánzer Suárez prometía elecciones para 1980 y se mostraba muy molesto «por la campaña extranjera que tanto daño causa a nuestro país». En Chile, otro general, Augusto Pinochet, ordenaba la clausura de una nueva publicación: *Ercilla* murió antes de que su primer número llegara a los kioscos «por contener artículos tendenciosos destinados a desfigurar la imagen del supremo gobierno». Y el general paraguayo Alfredo Stroessner se reunía con el único presidente civil de los países que limitan con la Argentina: el uruguayo José María Bordaberry. Sin embargo, hacía tres años que el civil Bordaberry gobernaba por delegación de la junta militar que detentaba el poder en su país.

—Mirá, acá el cable dice que Estados Unidos ya reconoció al nuevo gobierno.

—¿Ya?

—Sí, ya. Son más rápidos que el caballo del cowboy bueno.

—Acá hay otro sobre el Fondo Monetario. Mirá.

Le dijo Jorge Bernetti, y Nicolás Casullo lo leyó. El cable, fechado en Washington, informaba de «la buena disposición» con la que el FMI había saludado a las nuevas autoridades argentinas.

—... expertos locales aseguraron que el nuevo gobierno militar podrá obtener del Fondo un crédito stand by por 300 millones de dólares. En la actualidad la deuda externa argentina suma alrededor de 10.000 millones de dólares, de los cuales 1100 tienen vencimiento en los próximos sesenta días...

—¡Qué hijos de puta! Ni siquiera esperaron a que el cadáver se enfriara, los muy guanacos.

Habían llegado un rato antes a la redacción del diario *El Universal* de México, en Insurgentes y Reforma. Nicolás trabajaba en la sección

internacional y Jorge hacía editoriales, pero esa mañana los había sorprendido la catarata de informaciones confusas: que asumió la Junta, que nadie sabía dónde estaba Isabel, que el Ejército cerraba la Capital Federal, que ya había sindicalistas detenidos. Al rato convencieron a su jefe, Luis Javier Solana, de que mandara un enviado especial a Buenos Aires.

—Sería bueno que entonces me dieran indicaciones sobre itinerarios, lugares, gente para entrevistar, nombres de políticos y sindicalistas...

Jorge y Nicolás dedicaron un rato a armar un mapa del país que acababa de escapárseles de entre los dedos. Después escribieron las notas que contaban el golpe: Nicolás tenía la sensación de que habían pasado siglos desde aquella tarde del 25 de mayo de 1973, menos de tres años antes.

—Ahora sí que se acabó el sueño de volver a corto plazo... Empieza la noche de mierda. ¿Cuánto durará?

Dijo Nicolás. Habían bajado a comer unos tacos antes de seguir con el trabajo.

—Diez años por lo menos, Nicolás.

—¿Estás loco, pero qué te pasa? ¿Te cayó mal el vino mexicano?

Nicolás intentó seguir discutiendo pero por momentos, oscuramente, tenía la sensación de que Jorge estaba en lo cierto.

—Che, mejor salir de acá, ¿no?

—Pará, no me hables tan bajito, es muy fatoso.

Elvio Vitali se había encontrado con un compañero suyo en un bar de la plaza Lavalle: todas las calles que la rodeaban estaban ocupadas por tanques pero, alrededor, la vida seguía. En una mesa cercana, dos abogados tomaban un vermú:

—Y lo hicieron bien, eh. Todo en dos horitas, sin joder a nadie, sin kilombos. Si son así de eficaces para todo, estamos salvados.

Dijo el más joven, bien engominado. Elvio había ido a su trabajo en la compañía de seguros y, en cuanto pudo salir, fue a cubrir la cita que tenía.

—¿Ya hay instrucciones sobre lo que hay que hacer con esto?

—No, todavía no. Pero la idea es que tampoco cambia mucho. Nos van a seguir dando, como hasta ahora. Pero ahora las cosas van a estar más claras, y ahí podemos beneficiarnos.

—O irnos al carajo.

—No rompas las bolas, Tano.

Elvio volvió a mirar los tanques. Eran impresionantes.

—Amor, ya sería hora de que saliéramos un rato a la calle. ¿No te parece?

Era más del mediodía. La primavera se resistía a llegar y el cielo madrileño estaba encapotado. Cacho El Kadri y Liliana Andreone no tenían muchas ganas de salir al mundo, pero el hambre terminó por convencerlos. Pero en cuanto bajaron se encontraron con el titular de *Informaciones*, el diario de la tarde: «Golpe en Argentina». Lo compraron temblando, y fueron leyendo las primeras noticias, todavía muy inconexas. Después llamaron a varios de sus amigos argentinos: ya habían quedado en encontrarse, esa misma noche, en la casa de Pepe Lamarca, para hablar de las novedades y ver si podían hacer algo.

—Esto es un desastre. Lo de Isabelita era una desgracia, pero los milicos la van a hacer quedar como un niño de pecho. Tendríamos que ver qué podemos hacer, si podemos organizamos para mandarles cosas a los compañeros que necesiten, algo...

—Sí, pero antes que nada lo que hay que hacer es sacar inmediatamente alguna declaración, un comunicado de repudio, y lo mandamos a todos los diarios.

—Sí, claro, pero ¿quién lo va a firmar?

—Lo podemos firmar con nuestros nombres.

—Y no nos da bola nadie. No somos nadie, nosotros, quién nos va a dar bola...

—Bueno, si no, le podemos inventar alguna firma. Ciudadanos Argentinos en España, ¿qué les parece?

—¿A vos te parece que eso cambia algo?

La discusión siguió un rato largo. Lo peor, lo que más nerviosos los ponía, era la falta de noticias.

—¡Mamita querida, la que se nos viene!

Dijo Mercedes Depino, y Sergio Berlín y Carlos Goldenberg amagaron con reírse pero no. Se habían encontrado un rato antes en una heladería de la avenida Maipú y habían ido a charlar un rato al departamento nuevo de

Sergio: era, más que nada, que querían estar juntos, hacerse compañía. Estaban preocupados.

—Mirá, también hay que verle el aspecto positivo. Está claro que esto va a servir para agudizar las contradicciones: va a aclarar los tantos y va a hacer que más gente se prenda en la resistencia. No es lo mismo un gobierno que se llama peronista, aunque sea una mierda, que un gobierno militar. Por ese lado nos va a ayudar...

—Esperemos que sea así. Hace un rato escuchaba a la gente en la panadería y no se los veía muy preocupados. Más bien nada. Puta, ¿ya no se acuerdan que hace tres años no los querían ver ni pintados?

—No, eso en cuanto los milicos salgan a joder todo el mundo se va a acordar, y se les va a dar vuelta. Lo que no me quiero imaginar es cómo van a ser estos primeros meses. La repre no va a ser como con Lanusse. Ésas eran tonterías de caballeritos ingleses. Si estos tipos, hoy, se juegan a dar un golpe, es porque quieren reventarnos a nosotros y reventar a toda la organización social que hemos estado armando últimamente, las coordinadoras gremiales, los centros de estudiantes. El peronismo ya no contiene la lucha de clases, como lo había hecho antes, por eso ahora tienen que conseguirse formas nuevas de controlar. ¿Vieron lo que pasó en Villa Constitución? Bueno, da la sensación de que va a ser así pero en todo el país.

Dijo Sergio, y Carlos trató de rebatirlo en parte:

—Bueno, de acuerdo, ése debe ser el plan de ellos. Pero la cuestión es qué vamos a poder hacer nosotros frente a eso. A mí lo que más me preocupa es que la conducción ya está hablando de que el verdadero enfrentamiento se va a dar entre el ejército cipayo y el ejército montonero...

—Maravilla. Van a venir las columnas de tanques por la Panamericana y nosotros los vamos a parar con cuatro ford falcon y un par de energas.

Dijo Mercedes; las energas eran las granadas que habían empezado a fabricar los Montoneros.

—Es la mejor manera de irnos al carajo. Hay que volver a acciones chicas, defensivas, muy extendidas, de propaganda política: es mejor mostrar presencia política en diez fábricas con una volanteada que volar una comisaría. El golpe nos quiere aislar políticamente, eso es lo que tenemos

que evitar: no entrar en su juego de reducir todo a un enfrentamiento militar. Espero que lo entiendan, carajo.

Dijo Carlos, y se acordó de que se tenía que ir.

—Putá, a las siete tenía que estar en casa. Mini se tiene que ir a una reunión y yo me tengo que quedar con la nena. Si no llego a tiempo la gorda me mata.

Cuando Carlos salió, Sergio se fue a su cuarto y volvió poco después con unos papeles en la mano. Al fondo sonaba la radio, bajita, en cadena: decía que los delitos subversivos serían castigados con la pena de muerte, «aplicable a toda persona mayor de 16 años de edad».

—Flaca, tengo unos poemas nuevos, me gustaría que los leyeras.

—¿Me convidás un vino?

Después, Sergio empezó a decirle que se venía una muy dura, que iban a pasarla mal, que se iban a necesitar, que por qué no lo intentaban otra vez.

Los nervios de los presos de Rawson estaban a punto de explotar. Después de comer, el celador los dejó salir al baño, de a uno y pasó preguntando si necesitaban médico:

—Sí.

Dijo Alberto Elizalde, aunque lo que tenía era más bien ansiedad, intriga. En dos años y medio de cárcel había aprendido varios trucos. Al cabo de un par de horas el celador abrió la puerta y el médico se sentó en su catre y lo miró desganado:

—¿Qué le pasa?

—Acidez...

Mientras garabateaba el recetario, Alberto lo intentó:

—Hubo cambios políticos, ¿no?

—Pasó lo que muchos hace mucho tiempo queríamos que pasara.

Alberto tuvo un escalofrío. Recién a la noche se confirmó la noticia. Serían ya como las ocho, calculó, porque ya habían hecho el recuento de la tarde y estaba oscureciendo. De noche solía soplar el viento. Entonces, Alberto escuchó el ruido de la pared de la celda de su izquierda, donde estaba el Tío Durdos. Para las noticias reservadas usaban el código morse: con el capuchón de la birome o con el tenedor golpeaban la pared del

vecino y el otro acercaba la oreja. El Tío le había hecho uno-dos-dos-uno: un golpe, espacio, dos golpes suaves, otros dos golpes suaves y otro golpe. Alberto agarró su tenedor y contestó la contraseña. Recién entonces Durdos le pasó la nueva:

—Dieron el golpe. Videla es el presidente. En el penal, sin cambios. Mantener disciplina interna. Pasalo.

Hacía frío y silbaba el viento patagónico. Esa noche Alberto casi no durmió: no creía que, como decían algunos, los militares fueran a intentar una tregua, una salida pactada. Le molestaba mucho esa manía de algunos presos de hacer análisis a partir de sus ombligos: estaba harto de escuchar a algunos que sólo buscaban argumentos para cajetear con la libertad. Al revés, se decía: el partido ya nos advirtió que se va a profundizar el enfrentamiento. Hacía poco les había llegado un informe optimista: el PRT estaba fuerte para soportar los embates de los militares. Pasado el primer momento de miedo, decía el informe, el pueblo va a redoblar la capacidad de lucha. Eso le daba fuerza para aguantar la incertidumbre. Alberto trató, una vez más, de dormirse.

A esa hora, en México, Nicolás Casullo se encontró por fin con Ana Amado. El día había sido larguísimo y no habían podido verse: ella había estado casi todo el tiempo en el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino, tratando de ordenar las informaciones que les iban llegando.

—Ana, se acabaron las triquiñuelas, los proyectos de volver, el recambio democrático de Isabel, la boludez. Hoy nos empieza otra historia, acá vamos a vivir mucho, acá van a nacer nuestros hijos. Vamos a pasarnos muchos años acá, muchos. Ando perdido, con humo en la cabeza, ni sé muy bien qué significará esto que te digo, pero estoy casi seguro de que va a ser así.

—Sí, será. Pero a mí me gusta México.

Ana se levantó a buscar un par de cervezas para brindar por esa nueva vida y apostar contra todo enemigo: tenía 29 años y no estaba dispuesta a que le jodieran su historia. Y si era mexicana, mejor. Nicolás brindó con ella, envidiándole el entusiasmo. Esa noche entendió que su exilio acababa de empezar.

Marzo de 1976. En su primera edición después del golpe, la revista *Gente* les contaba a sus lectores quién era, qué quería y qué pensaba el nuevo presidente. La primera parte de la nota, como era de esperar, empezaba con acción:

«A las 0.45 de la madrugada del miércoles 24 de marzo, cuando el helicóptero color naranja despegó sus esquíes de hierro de la terraza gris de la casa de Gobierno, la redacción de *Gente* era un desierto. Todos, el jefe de redacción, los secretarios, los redactores, los colaboradores, los fotógrafos, estaban en la calle, en el corazón de la tormenta. Recién entre las seis y siete de la mañana empezaron a moverse las teclas y llegaron las primeras imágenes en copias calientes todavía por el cilindro de la máquina de abrillantar. A esa hora —el material debía bajar con urgencia al taller— alguien escribió con apuro la biografía de Jorge Rafael Videla. Decía así:

»Nació en Mercedes, provincia de Buenos Aires, el 2 de agosto de 1925. Está casado con Alicia Raquel Hartridge. Tiene siete hijos, dos de ellos cursando en el Colegio Militar. Ingresó al Colegio Militar el 3 de marzo de 1942. Egresó en diciembre de 1944 como subteniente en el arma de Infantería. El teniente general Videla retornaría varias veces al Colegio Militar: poco después de graduarse, como oficial instructor; más tarde como capitán; luego como jefe de cuerpo y finalmente como director, ya con el grado de general. Su primer destino fue el Regimiento 14, en Salta. En 1954 fue nombrado auxiliar del jefe de la delegación argentina ante la Junta Interamericana de Defensa, en Washington. En 1965 pasó a desempeñarse en el Comando en Jefe del Ejército. En 1971 ascendió a general y actuó como profesor en la Escuela Superior de Guerra. Asumió como comandante general del Ejército el 28 de agosto de 1975.

»Pasado el sofocón, los periodistas tuvieron tiempo de ampliar la información:

»Esa biografía urgente, mandada al taller contra reloj, era un telón cerrado. Un simple escalafón. Apenas una lista de los pasos profesionales del hombre que, a las 6 de la tarde del lunes 29 de marzo de 1976, se convirtió en el trigésimo octavo presidente de los argentinos. Esos datos,

además de las pocas fotografías en las que se lo ha visto, construían una imagen parcial de Jorge Rafael Videla: Un hombre alto (alrededor de 1,80), flaco, de gesto severo y mirada penetrante.

»Sin embargo, un largo rastreo por la geografía en que se movió y muchas charlas con quienes lo conocen permiten armar mejor el rompecabezas. Jorge Rafael Videla es un profesional de punta a punta. Tiene fama de ser un trabajador incansable, obsesivo en todo lo que tiene relación con el cumplimiento de su deber. “Pasa muchas más horas en el cuartel que en su casa”, coinciden los que lo conocen. “Cuando lo destinaban a algún regimiento del interior solía llegar allí por lo menos una semana antes de hacerse cargo de su puesto”, dicen otros. (...) Alguien dijo, entre sus amigos, que si Jorge Rafael Videla tuviera que trazarse algún día un programa de gobierno “su estatuto sería la pastoral de Monseñor Tortolo”. Por eso es que, cuando se habla del nuevo presidente —tanto en los círculos militares como en los círculos civiles, donde nació y donde dejó su huella—, no se habla de un militar, de un político y ni siquiera de un militar político. Se habla de un moralista, “de un hombre de otro tiempo”. (...)

»Pero Videla es un militar, no un político. Un católico fervoroso, como lo han sido las dos familias con las que se enraíza: Videla y Redondo Ojea, apellidos que llevaba su madre, también mercedina. Su única hermana, María Videla, está casada con el doctor Juan Espil, hijo de uno de los caudillos conservadores de mayor predicamento durante largo tiempo en la provincia de Buenos Aires: el doctor Alberto Espil, hermano de Felipe Espil, el prestigioso diplomático que ejerció por más años que cualquier otro embajador argentino la titularidad de nuestra representación en Washington. La inflexibilidad en los principios no ha obstado para que el general Videla ganara fama de comprensivo con los problemas humanos de sus subalternos. Esta fama ha estado asentada también en la ecuanimidad de sus decisiones. En la vida militar de Videla, llamado por sus camaradas “el Cadete” o “el Flaco”, hay un dato muy poco común: que una parte más que considerable de su carrera la haya realizado en el Colegio Militar de la Nación, la institución donde los cargos son reservados para la élite profesional del Ejército. Esto significa que desde los actuales subtenientes

hasta los tenientes coroneles y muchos de los coroneles —es decir, prácticamente todos los cuadros en actividad del Ejército— tienen un conocimiento directo del hombre que acaba de llegar a la cumbre castrense. De un modo u otro todos han tenido la posibilidad de evaluar su elevada aptitud militar —juzgada como un verdadero modelo—, su capacidad intelectual y hasta su inquietud por incorporar criterios de avanzada en la instrucción del oficial, del cadete y del soldado. Tanto en su promoción —la 73 del Colegio Militar, la misma de los generales Viola, Suárez Mason, Cáceres— como en la Superior de Guerra, Videla revistó siempre en los primeros puestos entre sus pares».

El viernes 26, Jorge Rafael Videla fue oficialmente designado presidente de la Nación, con el apoyo de buena parte de los argentinos. Ese día, un editorial de *La Opinión* agradecía: «Si los argentinos, como se advierte en todos los sectores —aun dentro del ex oficialismo— agradecen al Gobierno Militar el haber puesto fin a un vasto caos que anunciaba la disolución del país, no menos cierto es que también agradecen la sobriedad con que actúan.

»De una etapa de delirio, donde torpes y vanas figuras gritaban sus amenazas a voz en cuello, vivían en el desplante y la impunidad, o daban lecciones de moralidad exhibiendo sus encendedores y sus corbatas, la Argentina se abrió en pocos minutos a una etapa de serenidad de la cosa pública.

»Porque las nuevas autoridades demuestran un pudor, un recato tan beneficioso para ellos como para su relación con los gobernados. No han añadido títulos pomposos y huecos al nombre de su Gobierno, ni lemas rimbombantes a sus objetivos; no hacen rendir culto a su personalidad ni se halagan con la propaganda. Y no se prestaron a ser incluidos en esa especie de álbum familiar del poder que el semanario *Gente* ha dedicado a los altos funcionarios de todos los regímenes».

La mayoría de los gobiernos del mundo reconoció enseguida a la nueva Junta Militar argentina. En Estados Unidos, el diario liberal *Washington Post* decía que los militares «merecen respeto por su patriotismo, al tratar de salvar un barco que se hunde. El fin del gobierno civil, normalmente un

hecho lamentable, era en este caso una bendición». La Argentina, decía el *Post*, «no es el típico país latinoamericano en dificultades. Es un país desesperadamente enfermo, de una manera casi imposible de comprender o de curar. La única alternativa, ahora, es esperar lo que los militares sean capaces de hacer». *Le Monde* estaba de acuerdo: «Rara vez un golpe de estado ha sorprendido tan poco como éste. La intervención militar era deseada por grandes sectores de la opinión. Esta vez las Fuerzas Armadas han dado la impresión de haber cruzado el Rubicón sólo cuando se sintieron forzadas a hacerlo». El *New York Times* decía que «nadie puede discutir con seriedad la declaración de la Junta Militar de que el régimen depuesto creó un tremendo vacío de poder que amenazó con lanzar a la Argentina al abismo de la desintegración económica y la anarquía política». Y *O Globo* explicaba que «no hubo destrucción del poder porque no había poder, ni usurpación de un mandato porque la presidente ya no gobernaba». «Bajo tan excelentes auspicios externos se inicia la acción del nuevo gobierno, para cuyas arduas tareas ha de ser beneficiosa esta atmósfera de comprensión internacional inmediata, que le permitirá desarrollar su gestión sin dificultades ni recelos de amigos tradicionales», decía, ese día, el editorial de *La Prensa*.

Ese día, en el pabellón 11 del penal de Sierra Chica, Emiliano Costa seguía esperando que pasara algo: se habían enterado del golpe el mismo 24, por la radio, pero las condiciones no habían cambiado. En el recreo, los presos discutían: algunos decían que las cosas iban a seguir igual, si total ya antes del golpe los que gobernaban eran los milicos.

—No, hermano, ahora se viene la brava. Hasta ahora los tipos se controlaban un poco, ahora se van a mandar con todo.

Poco antes del mediodía, un grupo del Ejército llegó para hacerse cargo del penal. Los guardiacárceles sacaron a todos los presos de sus celdas, y los pararon en los pasillos de cara a la pared, con las piernas bien abiertas. El capitán Bertello, iba mirándolos uno por uno:

—¿Quién es Costa?

—Soy yo.

—¿Así que tu viejo es comodoro y vos te hiciste montonero?

Le dijo el capitán, y le dio bruta trompada en un riñón. Al rato, la requisa les sacó libros, diarios, radios y comida. Sólo les dejaron el calentador, la pava, el mate y los cigarrillos.

El sábado 27, bien temprano, Eduardo Sigal agarró de la mano a su hija Paola y bajó al quiosco a buscar el diario *El Día*. Lo dobló y lo puso bajo el brazo, pasó por la panadería, la lechería y volvió a su casa: los sábados Mabel se levantaba más tarde, y él preparaba el desayuno. Mientras ella terminaba de ducharse, Eduardo empezó a leer las noticias nacionales:

—Mabel, ¡la puta que los parió! Nos prohibieron...

Mabel salió del baño con una toalla en la cabeza y el dedo índice entre los labios.

—Querido, habla bajo y cuidá las palabras con la nena...

El día anterior la Junta Militar había ilegalizado a cinco partidos marxistas: el Comunista Revolucionario, el Comunista Marxista Leninista, el Socialista de los Trabajadores, el Obrero Trotskista y Política Obrera: todos ellos, maoístas o trotskistas. En cambio, sólo suspendió las actividades de otros cinco: el Socialista Popular, el Movimiento Socialista para la Liberación Nacional, el Socialista Unificado y el Comunista. La prohibición apareció unas horas después de que el Comité Central comunista sacara un documento: «Los comunistas y la nueva situación argentina», que decía, entre otras cosas, que las Fuerzas Armadas «justifican su accionar expresando que tienen el deber de salvar a la Nación. Ésa no es su tarea privativa, sino la de todos los argentinos, civiles y militares. (...) Para hacer viable una plataforma de emergencia nacional se requiere llegar a un Convenio Nacional Democrático, que sirva de fundamento a un gobierno cívico militar. (...) Si la junta militar es una transición al tipo de gobierno que el país necesita, se habría dado un paso adelante».

La comisión del Ejército encargada de determinar cuáles agrupaciones serían proscriptas fue encabezada por el general Carlos Dalla Tea, que menos de tres años antes, siendo coronel, había participado en el diseño del «Operativo Dorrego», realizado por los Montoneros y el Ejército, y después había sido nombrado jefe de inteligencia de su arma. Dalla Tea, ahora como

secretario general del Ejército, sostuvo ante sus pares que debían respetar la personería política del Partido Comunista. El criterio fue compartido por tres de los generales de mayor peso en el golpe: Jorge Videla, Roberto Viola y Rogelio Villarreal, el secretario general de la Presidencia. Los analistas del PC empezaron a llamarlos «las tres V». Sin embargo, el jueves 25, un grupo de Ejército y Marina ocupó el local del comité Capital del PC, en Callao 372: dos militantes que estaban en el edificio fueron muertos a tiros.

Poco después la Junta Militar ratificó al embajador argentino en Moscú designado por el gobierno peronista: el bloquista sanjuanino Leopoldo Bravo, hasta entonces el hombre encargado de monitorear los acuerdos comerciales argentino-soviéticos impulsados por el ministro de Economía de Cámpora y Perón, José Ber Gelbard. Entretanto la Junta había detenido a centenares de dirigentes peronistas: entre ellos a Raúl Lastiri, Norma López Rega de Lastiri, Lorenzo Miguel, y había matado a algunos, como el mayor Bernardo Alberte. Esa misma noche, una comisión policial falló en su intento de apresar, en su casa de San Andrés de Giles, al ex presidente Héctor J. Cámpora. René Salamanca, en cambio, el líder de los sindicalistas combativos cordobeses, había sido secuestrado el 24 de marzo por personal del Tercer Cuerpo de Ejército, y no apareció nunca más.

Dos

Era su segunda reunión de Comité Central y le pareció una suerte que fuera justo entonces: así podrían discutir y fijar una política frente al golpe. El sábado 27, Daniel De Santis tenía que esperar que lo pasaran a buscar por una fonda de Ituzaingó, sobre Gaona. En la pizarra del comedero decía «choripán a 40». Apenas borroneado estaba el precio anterior: 30 pesos. Había familias de picnic y muchos vendedores de barriletes. Un poco más allá había gitanos con autos viejos: un clásico de los sábados en la avenida Gaona. Mientras hacía tiempo, de puro gusto, Daniel preguntó por un chevrolet 400.

—Papeles al día, cuatro gomas nuevas, amigo, 50.000 mil pesos...

—¡No, amigo, muy caro...!

—¡45.000!

Daniel sabía que los gitanos trabajaban con la policía, así que era una buena pantalla: si algún policía estaba espionando no iba a molestarlo y arriesgarse a perder la comisión de un posible comprador. Daniel, de todas formas, no tenía 45.000 pesos sino apenas los 300 que le asignaban para ir a la reunión nacional. Era un extra que les daban a los militantes del PRT o a los combatientes del ERP para ir a acciones o a reuniones. Servían ante cualquier eventualidad o gasto de urgencia: incluso coimear a un policía si eso servía para escapar a un control. Cuando llegó el militante que lo tenía que buscar, Daniel se despidió del gitano:

—Vea, por esa plata me ofrecieron un torino, un 380W con dos carburadores y los cromados al pelo.

—No puede ser, amigo, debe ser robado, no le crea al que se lo ofrezca... ¿Oiga?, antes de irse vaya a la carpa, a que le lean las manos, a conocer su futuro. Venga, no se vaya, ¡que le lean la suerte, le digo!

El militante que recogía a los miembros del Comité Central lo subió a una combi que tenía los vidrios pintados: así no veían por dónde iban. La

combi dio vueltas durante casi una hora. Cuando bajaron, Daniel calculó que la quinta en la que estaban debía tener más de una hectárea, con una casa grande pero sin lujos. La había alquilado Carlos, un periodista que en ese momento trabajaba como jefe de redacción de una revista de derecha, con apoyo de sectores militares. Carlos y su compañera Elena habían preparado el lugar y comprado las provisiones para todos: unas cincuenta personas que se quedarían tres días.

La reunión empezaba recién al día siguiente. Leopoldo, otro de La Plata, del comité ejecutivo, que había jugado al fútbol en las inferiores de Gimnasia, estaba armando un picado. Eran nueve contra nueve: casi ninguno tenía pantalón corto ni zapatillas. Daniel jugó pero pensaba que quizás fuera un error: los vecinos verían a una multitud de tipos jugando al fútbol vestidos de calle. Además, la combi y la pickup carrozada habían hecho unos cuantos viajes.

Cuando terminó el partido se sentaron a comer unos fideos. Ya habían llegado la mayoría de los dirigentes, los mecanógrafos y los cocineros y una docena de combatientes del ERP que formaban la escuadra de contención. Santucho y los otros seis del Buró político fueron los últimos en llegar. Domingo Mena se acercó a Daniel, lo abrazó y le contó con preocupación algunos datos sobre cómo los había golpeado la represión en la cúpula de la organización:

—Mirá, de los 28 titulares y los 11 suplentes del Comité Central elegidos en agosto de 1975, ha caído el 30 por ciento de los compañeros, entre muertos y presos.

Daniel no quiso mostrar ninguna vacilación:

—¿Y eso cómo se va a solucionar?

—Bueno, los suplentes que quedan pasan a ser titulares, y para cubrir las suplencias, el Buró decidió cooptar otros compañeros.

Cooptar era agregar. Daniel sabía que los estatutos mandaban elegir a la dirección por votación, pero se suponía que con semejante nivel represivo era imposible llamar a un congreso para discutir una línea y elegir autoridades. Después pensó que él mismo dejaba de ser suplente y pasaba a ser titular. Era un nuevo compromiso: estaba cubriendo el puesto de un caído; no sabía de quién en particular, pero era un legado.

Al rato, Mena le presentó a Edgardo Enríquez, que había quedado al frente del MIR chileno tras la caída de su fundador y líder, su hermano Miguel. Mena le contó a Daniel que, ante la inminencia del golpe, Santucho le había encomendado un análisis de cómo había sido la represión en Chile, cómo se movían los miristas en la clandestinidad, cómo se organizaba la resistencia.

—Por eso fui a Santiago y ahora volví con el compañero para que nos transmita su experiencia.

Tanto el MIR como el resto de los grupos revolucionarios chilenos estaban muy golpeados: casi habían dejado de operar y se limitaban a sobrevivir y organizar la denuncia de las violaciones a los derechos humanos en Europa. Mena resaltaba que Pinochet concentró la represión en los primeros días del golpe y consiguió descabezar a la oposición, pero que en la Argentina sería diferente:

—Allá había un gobierno popular, así que golpearon en la superficie, pero acá ya estábamos en la resistencia desde antes del golpe. Para encontrarnos tienen que rascar mucho más, hay una continuidad con lo que ya venía pasando. Ahora la diferencia va a ser en la intensidad de la represión y en que se clausuran más claramente todos los espacios legales.

Después Mena llevó a Daniel a un costado y le pidió una cantidad de datos de la regional Sur, el trabajo en las fábricas, la cantidad de periódicos que distribuían, el número de simpatizantes organizados. Lo miró satisfecho:

—Después de Córdoba, Sur es la regional que más crece dentro del movimiento obrero. Estamos haciendo el informe más exhaustivo que tiene el partido desde su fundación. Tenemos alrededor de 5000 compañeros.

Eso incluía militantes, aspirantes, combatientes y simpatizantes organizados. Mena le dijo que cuando fundaron el ERP, en julio de 1970, el PRT tenía unos 300 miembros. Trataba de mostrarse optimista: sin embargo, a esa altura, algunos aparatos, como el de logística, estaban casi destruidos y la guerrilla rural había sido muy golpeada y no tenía muchas posibilidades de recuperarse. Además, en el último tiempo, si bien se incorporaban algunos militantes, se habían producido muchas deserciones. Era probable que el número real, entre militantes y combatientes, no pasara

de 1500. Para llegar a los 5000, Mena debía haber sumado a simpatizantes sin un compromiso orgánico con el PRT.

En los corrillos Daniel se enteró también de que la campaña de venta de periódicos andaba bien pero que la idea de una campaña financiera, al estilo de las que solía hacer el PC, había sido desechada por razones de seguridad. Mena le dijo que, ante sus penurias económicas, los Montoneros les habían prestado plata. Lo que todavía no habían podido resolver era la falta de armamento: después del fracaso de Monte Chingolo, el ERP no estaba en condiciones de embarcarse en otro copamiento de un cuartel. Mena le dijo que era un tema que aún no tenía solución:

—Encima después de la caída de los talleres de la JCR se nos cortó la posibilidad de fabricar las metras.

Daniel veía un panorama difícil. Le preguntó a Mena si los golpes no habían sido demasiados, si era posible que afectaran el accionar futuro. Mena puso un gesto contrariado:

—Mirá, ahora que los partidos no tienen vida legal el pueblo se va a expresar a través de las organizaciones revolucionarias. Se abre otra etapa de la lucha de clases, y habrá que encontrar otras formas de canalizar esa lucha.

Esa noche durmieron un poco incómodos. Al otro día, las actividades empezaron a la mañana temprano, después de un mate cocido con pan caliente y mermelada. El living era grande y se sentaron como podían. Primero, José Manuel Carrizo, el jefe de estado mayor, izó una bandera del ERP y una argentina; después informó cómo era el plan de fuga y cuáles eran las prioridades en caso de una retirada forzada:

—Si cae el enemigo, primero sale el grupo A, que son los compañeros del Buró más algunos del comité ejecutivo; después se retira el B, que son el resto de los compañeros del Comité Central; por último saldría el grupo C, los compañeros de logística. Los compañeros de contención salen en último lugar.

Los combatientes de la escuadra de contención tenían un armamento moderado: algunos fusiles, escopetas y metralletas. Los seis del Buró político tenían sus pistolas personales. El resto, unos 35 hombres y mujeres, no tenían nada. Daniel estaba entre los desarmados del grupo B.

Las deliberaciones empezaron con un informe de Santucho sobre la situación del país. Decía que desde 1969, cuando el Cordobazo, el movimiento popular vivía un auge ininterrumpido y que ésa era una base para enfrentar el golpe:

—El partido está entero para enfrentar la furia represiva del enemigo. En el 74 hicimos la lista de las 300 fábricas con más de 500 obreros de todo el país donde considerábamos que teníamos que estar presentes. A casi dos años podemos decir que ese objetivo se está cumpliendo, que tenemos presencia en muchas de ellas y que estamos en vías de ser el partido de vanguardia de la clase obrera.

Aceptó que la pérdida de cincuenta militantes en Monte Chingolo retrasaba los planes, pero dijo que eso no afectaba la estructura partidaria. Usó una parábola de los comunistas vietnamitas:

—A mayor represión, mayor resistencia; esa espiral ascendente es la dialéctica del proceso revolucionario argentino.

El silencio era completo. Daniel pensó que era un silencio de aprobación. Sólo Eduardo Castello, del Buró político y responsable de la regional Córdoba, se permitió poner en duda a Santucho:

—Pero quizás el impacto del golpe provoque un reflujo en las masas.

—Sí, es posible que marque un retraimiento momentáneo, pero el auge va a seguir y hay que prever una ofensiva revolucionaria, tanto en la lucha de masas como en la actividad guerrillera.

Santucho pasó a su tesis central: un llamamiento al pueblo para que tomara la iniciativa estratégica. Sacó un documento escrito a máquina y se lo dio a Benito Urteaga, el número dos del PRT, para que lo leyera. El silencio fue total. «Argentinos a las armas» era el título y ya había sido enviado a la imprenta del PRT como el editorial de *El Combatiente* que salía el martes 30 de marzo, firmado por Santucho:

«... La usurpación del gobierno por los militares y el recrudecimiento de la represión antipopular que caracteriza a la nueva dictadura, coloca a nuestro pueblo ante un desafío histórico, en una nueva etapa de la lucha revolucionaria ya iniciada y a las puertas de la época histórica y gloriosa por la que ya marcha erguida y determinada su vanguardia guerrillera. El fracaso final del peronismo y el golpe militar reaccionario imponen al

pueblo argentino la histórica responsabilidad de rebelarse masivamente, tomar en sus manos los destinos de la patria y afrontar con heroísmo los sacrificios necesarios y librar con nuestra poderosa clase obrera como columna vertebral la victoriosa guerra revolucionaria de nuestra segunda y definitiva independencia. Ésta es una tarea grandiosa que nos honrará y purificará y que despertará y activará las mejores virtudes que hagan surgir de nuestro pueblo miles y miles de héroes...».

Urteaga tomó un poco de aliento y siguió con la lectura:

«El régimen que se acaba de establecer no es provisorio, es el tipo de gobierno definitivo que se dan las fuerzas burguesas imperialistas para luchar contra las fuerzas revolucionarias argentinas. Ya hay quienes sostienen que esta dictadura no durará nada, que los militares volverán pronto a llamar a elecciones. Nosotros pensamos que no es así: que este régimen se mantendrá hasta que las fuerzas revolucionarias estén en condiciones de derribarlo. (...) El tiempo que demande a la clase obrera y al pueblo dar por tierra el régimen dictatorial que se acaba de implantar dependerá de dos cuestiones fundamentales además de la base objetiva de profunda crisis económico-social. A saber: el ritmo de desarrollo de las fuerzas revolucionarias y la situación internacional. En un proceso prolongado de guerra revolucionaria en constantes luchas armadas y no armadas, con el empleo de todas las formas combativas, pacíficas y violentas, legales e ilegales, con el desencadenamiento de insurrecciones parciales y la liberación de zonas, se irán construyendo gradualmente las fuerzas revolucionarias políticas y militares del pueblo argentino: el partido revolucionario, el ejército guerrillero y el frente de liberación nacional. Mientras más rápido sea el ritmo de desarrollo de dichas fuerzas, menor será el tiempo que nos demandará derrocar al partido militar.

»(...) El gobierno militar no tiene posibilidades de infligir una profunda derrota al movimiento de masas ni de tomar la iniciativa estratégica. Las comparaciones en este sentido con el golpe chileno no se ajustan a las condiciones distintas existentes en nuestro país. El Pinochetazo contó con una fuerte base de masas, con el apoyo del imperialismo y tuvo de su parte el factor sorpresa. (...) No ocurre lo mismo en nuestro país: las corrientes políticas mayoritarias de la burguesía argentina no aprueban el golpe y se

opusieron a él hasta último momento. El golpe carece de apoyo social significativo y lejos de unificar a la burguesía acentuará sus divisiones. El imperialismo no muestra especial entusiasmo en la salida golpista. La aventura militar se basa esencialmente en la unidad actual de la oficialidad en la propia fuerza militar. No cuenta con el factor sorpresa ni se enfrenta a un pueblo sin experiencia. El paso dado por los militares clausura definitivamente toda posibilidad electoral y democrática y da comienzo a un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra guerra revolucionaria...».

La reunión del Comité Central del PRT había empezado temprano y sus miembros tenían hambre. Daniel se comió dos succulentos platos de canelones, se tomó un par de vasos de vino y soda y subió a hacer una buena siesta. Tenía que bajar una hora después para retomar las discusiones. Estaba profundamente dormido cuando oyó, entre sueños, unos gritos:

—¡Alarma! ¡Alarma!

Enseguida lo volvió a oír:

—¡¡Alarma!!

Daniel pensó que era muy hinchapelotas ponerse a hacer un simulacro justo cuando él estaba durmiendo así de bien. Se levantó con pereza, dispuesto a buscar a los del grupo B y cumplir con la rutina del ensayo. Iba a ir hasta el baño a lavarse la cara pero escuchó más gritos y le pareció una exageración: con tanto ruido iban a terminar llamando la atención en serio.

—¡¡Alarmaaaa!! ¡¡Compañeros, preparen la retirada!!

Al bajar la escalera, Daniel pasó por delante de la entrada principal. Justo en ese momento, una de las hojas de la puerta se abrió en un racimo de agujeros. Tenía que ser un escopetazo. Al lado, en el living, todos estaban cuerpo a tierra. Pedro, un rosarino del Comité Ejecutivo, chorreaba sangre de la frente. Daniel no quiso hablar. Pensó que la habían cagado: acá nos matan a todos, debe ser el Ejército; hay que salir rajando, se dijo. Una nena de tres años se le colgó del cuello, era la hija de Juan Mangini, el capitán Pepe, jefe de inteligencia. Pepe estaba unos metros más allá.

—¡Acá está tu hija!

El panorama era dramático: tiros por todas partes, vidrios rotos, gritos. Daniel recordó que primero tenía que salir el grupo A. Pero como no escuchaba órdenes, se imaginó que ya debía de haberse ido. Entonces vio a una militante del grupo de contención que miraba su escopeta browning calibre 16 con un gesto confundido. La chica se le acercó:

—Tomá.

Daniel no entendió por qué le pasaba la escopeta, pero no había tiempo de pensar: se dispuso a salir, a escaparse. Abrió una puerta lateral, vio un patiecito y salió a la descubierta. Se oían tiros por todos lados. Al llegar a un ligustro bajo vio a un cordobés, uno de la escuadra de contención, amparado en el ligustro, rodilla en tierra. El cordobés tiraba con un fal hacia el lugar de donde venían los disparos. No veía siquiera las siluetas de sus adversarios, pero imitó al cordobés: puso rodilla en tierra y apuntó la escopeta. Cuando apretó el gatillo no oyó el más mínimo ruido. Intentó de nuevo, sin éxito y miró alrededor. Susana Gaggero estaba cerca. Al lado de Susana había otro. Daniel les dijo:

—¡No la sé manejar!

—¡Dámela!

Le gritó el que estaba al lado de Susana, y Daniel le pasó la escopeta. Ya lanzado, se dijo que era el momento de jugársela, que no importaba cuántos hubiera del otro lado y empezó a correr. A toda velocidad. No sabía si había corrido veinte metros o dos kilómetros cuando se encontró con una ligustrina coronada por un alambre tejido. Le pareció más alta que él, pero se agarró de algo y consiguió pasarla. Una vez afuera, siguió corriendo. Pensó que las heridas no se registran en el momento, por la tensión. Pero le parecía que debía de estar herido, que alguna bala debía de haberle pegado. Llegó hasta otro alambrado, mucho más bajito. Intentó, pero se dio cuenta de que no podía saltarlo. Se tiró encima del alambrado y se dejó caer. Una vez en el piso se recuperó. Cuando empezó a correr de nuevo vio a otro de sus compañeros, que corría más decidido. Era Osvaldo, con quien había compartido varias reuniones sindicales. Osvaldo también era metalúrgico, de Tamet de Avellaneda.

—¡Esperá, Osvaldo!

Daniel vomitó los canelones y se recuperó. Siguió corriendo junto a Osvaldo, que también estaba desarmado. Llegaron a una calle. Daniel se miró: no tenía ni un rasguño pero se dio cuenta que había perdido un mocasín. En ese momento, un tipo pasaba en bicicleta.

—¡Prestámela!

—¡No!

Empezaron a forcejear y pasaban los segundos sin vencedor ni vencido. Osvaldo le pegó un grito:

—¡Vení! ¡Metete!

Al lado de Osvaldo había uno con uniforme verde, que debía ser del grupo de contención. Una vecina hizo la pregunta del millón:

—¿Qué pasa, muchachos? ¿Por qué corren?

Daniel puso cara de situación:

—No sé bien qué pasa, pero están tirando, señora. Oiga, ¿no tendrá un par de zapatillas para prestarme?

La vecina se apiadó y en cuestión de segundos, le alcanzó un par de alpargatas con el talón marcado de tanto usarlas como chancletas. Daniel vio que la zapatilla derecha tenía un agujero importante del lado del dedo gordo. Eran chicas, pero logró calzárselas.

—¡Gracias, señora!

Los tres se metieron en un monte de eucaliptos y al rato salieron a una calle de tierra. Había pibes jugando a la pelota, una casa con música estridente y un cartel que ofrecía barras de hielo. Osvaldo le preguntó dónde estaban:

—En La Rreja.

Subieron a un colectivo que decía Moreno. Se bajaron en el cementerio y decidieron que era mejor separarse y que cada cual se fuera como pudiera.

—Suerte, compañeros.

Unos minutos después, Daniel llegó a la estación Moreno. Cuando se serenó, le pareció que todo era bastante absurdo: si el Ejército hubiera sabido que era una reunión del Comité Central, habría mandado varios regimientos, tanques, helicópteros, y no unos pocos policías como había alcanzado a ver.

Tenía razón. Esa mañana, uno de los que vivían en la quinta había ido temprano a comprar el pan. Pero, en vez del medio kilo habitual había pedido veinte. Eran tiempos de sospechas: el panadero se lo contó a un par de parroquianos, y alguno fue con el chisme a un amigo policía. El jefe de guardia de la comisaría de Moreno mandó una camioneta y un torino, un total de ocho policías. Suficiente para afrontar algo habitual: una banda de ladrones, quizás una reunión de juego clandestino. La reunión del Comité Central del PRT no estaba entre las hipótesis del comisario de Moreno. Por eso, muchos pudieron escapar.

Daniel miró a su alrededor y todos estaban bien vestidos. Pero él lucía roto. Hizo la cola de los boletos:

—Uno a Luján, ida... No, mejor dame a Mercedes.

Creyó que todo lo delataba, que a todas luces era un fugitivo, que en cualquier momento lo pararía un policía. Se palpó el bolsillo: en el escape había perdido los documentos. Falsos, pero documentos al fin. Al cabo de un par de horas estaba en Mercedes. Todo era más apacible. Cruzó hasta la terminal de ómnibus y sacó boleto a Chivilcoy.

Estaba oscuro, pero el olor a sábado a la noche de Chivilcoy le resultaba tan familiar: el olor de su adolescencia. Pudo llegar hasta la farmacia de su familia sin cruzarse con ningún conocido. Su madre estaba atendiendo a un cliente y, cuando lo vio, abrió los ojos como si no pudiera creer que su hijo fuera ese fulano de alpargatas agujereadas, pantalón de sarga sucio de musgo, camisa medio rota y cara lívida.

—Hola, vieja, como estás.

—¡Danielito!

Esa noche le contó a su madre lo que había pasado. Ella lloró pero no le hizo reproches. Al rato, Daniel estaba durmiendo en la misma cama de su infancia, al lado de la foto del equipo de básquet del colegio y la de la primera comunión. A la mañana se puso ropa limpia que le trajo su madre, se afeitó, se bañó y buscó si le quedaba algún documento viejo. Pero tuvo que irse sin papeles.

—Quedate tranquila, mamá, estoy bien.

—Mandales muchos besos a Silvia y al nene. No te olvides.

—Sí, vieja, quedate tranquila.

Marzo de 1976. Salvo la revista *Cuestionario*, nadie se atrevió a reproducir la circular que la secretaría de Prensa y Difusión de la Junta Militar, con la firma de un capitán de navío Luis Arigotti, mandó en esos días a todos los medios de comunicación para reglamentar el manejo de la información:

«1. Inducir a la restitución de los valores fundamentales que hacen a la integridad de la sociedad, como por ejemplo: orden, laboriosidad, jerarquía, responsabilidad, idoneidad, honestidad, dentro del contexto de la moral cristiana.

»2. Preservar la defensa de la institución familiar.

»3. Propender los elementos informativos y formativos que hacen al patrimonio cultural de la Nación en su más amplio espectro.

»4. Ofrecer y promover para la juventud modelos sociales que respondan a los valores mencionados en el punto 1, para reemplazar y erradicar los actuales.

»5. Respetar estrictamente la dignidad, la intimidad, el honor, la fama y la reputación de las personas.

»6. Propender a la atenuación y progresiva erradicación de los estímulos fundados en la sexualidad y en la violencia delictiva.

»7. Sostener una acción permanente y definitiva contra el vicio en todas sus manifestaciones.

»8. Propagación de información verificada en sus fuentes y nunca de carácter sensacionalista.

»9. No incursionar en terrenos que no son de debate público por su incidencia en audiencias no preparadas (no educadas) o ajenas a su edad física y mental.

»10. Eliminación total de términos e imágenes obscenas, procaces, chocantes o descomedidas, apelaciones eróticas o de doble intención.

»11. Erradicación del empleo de recursos efectivistas y truculencia en el uso de la palabra y la imagen.

»12. Propender al uso correcto del idioma nacional.

»13. Se reitera la absoluta prohibición de efectuar propaganda subliminal en todas sus formas.

»14. Eliminar toda propagación masiva de la opinión directa de personas no calificadas o sin autoridad específica para expresarse sobre cuestiones de interés público. Esto incluye reportajes y/o encuestas en la vía pública.

»15. No publicar ni difundir notas periodísticas pagas de ninguna naturaleza sin que figure en forma destacada la frase “espacio de publicidad” ni que omita la entidad o persona responsable que la solvante. Este tipo de publicidad no deberá ser incluida en primera plana o tapa de publicación.

»16. No incluir publicidad ni notas pagadas dentro de los espacios periodísticos de radio, televisión, cine, teatro o cualquier otro medio cultural e informativo».

Tres meses después, *Cuestionario* tuvo que cerrar y su director, Rodolfo Terragno, se exilió en Caracas.

Lo que más le dolió fueron los aplausos. Horacio González no se sorprendió de que, pocos días después del golpe, lo echaran de su trabajo en el PAMI. Pero fue duro que muchos viejos empleados, esos que no habían dicho una palabra más alta que la otra durante los tres años en que Horacio y sus compañeros trabajaron ahí, aplaudieran cuando ellos se fueron. Se sacaban de encima la pesadilla: ahora sí podrían estar tranquilos, sin esos agitadores.

El gobierno militar también había cerrado las pocas unidades básicas que seguían abiertas: a Horacio sólo le quedaba el espacio de la Universidad del Salvador, donde iba a dar sus clases. Pero necesitaba urgente un trabajo. Y alguna forma de ubicarse en el mundo. Su grupo había desaparecido. Y, en cambio, los Montoneros, que ellos habían dejado y denunciado, seguían peleando, y el gobierno los tomaba como un enemigo importante. Horacio seguía pensando que estaban equivocados en muchas cosas, pero parecía que los que de verdad molestaban eran ellos.

Horacio trataba de salir lo menos posible. La ciudad estaba tensa, recelosa. La gente hablaba poco, había muchas miradas huidizas: como si

nadie terminara de saber quién podía ser el que tenía enfrente, y prefiriera desconfiar. En cuanto oscurecía quedaba muy poca gente en la calle, muchos coches sin patente, pinzas de la policía y el Ejército. Uno de esos días, mientras volvía a la casa de su amiga, en la calle Cangallo, Horacio escuchó un tiroteo muy cercano. Al día siguiente se enteró por los diarios de que un montonero que él conocía de la facultad había caído muerto: la noticia lo impresionó y, enseguida, le produjo una rara incomodidad. Él podía haber estado en su lugar pero, de hecho, no había estado. Y no estar lo aliviaba y, al mismo tiempo, ese alivio le parecía casi deleznable: por más que se dijera que él se había separado de los Montoneros por razones políticas, que había sido una decisión muy pensada y que, quizás, incluso tuviera razón, el hecho de ver cómo los que se habían quedado seguían cayendo a su alrededor mientras él no era perseguido se le hacía muy difícil de soportar.

—No, ¿cómo vamos a llamarnos exiliados? Eso sería como aceptar que ya estamos estacionados acá para siempre, que nos ganaron. No vamos a darles ese gusto a los milicos, hermano, ni locos. No, decir que nos exiliamos sería como renunciar a todo lo que siempre fuimos...

Decía Cacho El Kadri, reunido con un par de compañeros suyos en un café de Madrid. Uno de ellos le había contado que el Ejército había detenido, la madrugada del golpe, a su amigo Juan Lucero, el Chancho, viejo militante de las FAP que había sido diputado provincial por Santa Fe. Unos días antes, el general Viola lo había llamado a su despacho y le había preguntado qué haría en el caso de que las Fuerzas Armadas «se vieran en la obligación de asumir el gobierno».

—Combatirlos inmediatamente con todos los medios a mi alcance.

Le había dicho Lucero. Era temprano y Viola tenía un whisky en la mano; tras la primera sorpresa, reaccionó:

—Lo felicito, usted es el primero que me contesta así. Todos los demás se deshicieron en explicaciones...

Pero lo hizo detener en cuanto pudo. Lucero se defendió con una 45 y, al final, terminó rindiéndose para salvar la vida de su mujer y sus hijos, le contaba a Cacho su amigo.

—Putá que lo parió. ¿A ustedes les parece que nosotros podemos estar acá, tranquilos, pasándola bien, más o menos bien, mientras a nuestros compañeros en la Argentina los están persiguiendo así?

El lunes 29, Daniel De Santis pudo dar con un primo suyo que hacía guardias en el hospital de Haedo, donde habían recibido diez cadáveres:

—Uno me llamó la atención. Era una mujer alta, de tez mate, que parecía muy bonita.

Al día siguiente Daniel llegó a una cita que ya tenía prevista con Benito Urteaga en la casa de un simpatizante. Pese a las caídas, y a la posibilidad de que algunos de los prisioneros conocieran esas casas, las seguían considerando más seguras que los bares.

—Tuvimos doce bajas: seis compañeros del Comité Central y otros seis de contención y logística.

En ese momento, Urteaga no sabía que sólo siete de los doce habían muerto en combate; los otros cinco habían sido capturados vivos y entregados al Ejército, torturados y desaparecidos. Susana Gaggero estaba entre los miembros del Comité Central que habían muerto: seguramente era ella, pensó Daniel, la mujer que su primo había visto en el hospital. Susana había sido su responsable durante años: Daniel la quería y la respetaba mucho. Pensó en lo dura que había sido su vida: cinco años antes había perdido a su primer compañero, Luis Pujals, y en 1974 al segundo, Guillermo Pérez. De Luis había tenido a Enrique; de Guillermo había quedado embarazada de mellizos, pero cuando se enteró que lo habían matado en una pinza, perdió el embarazo. En marzo de 1976 Susana era una veterana de 33 años, miembro del Comité Central del PRT.

—También cayó Pepe.

Urteaga le dijo que estaban preocupados porque Juan Mangini, el jefe de inteligencia, había caído vivo: alguien lo había visto arrastrarse herido, gritando que no lo mataran. Mangini era tucumano y había estudiado Ciencias Económicas en la misma facultad que Santucho. En septiembre de 1971 se había fugado de la cárcel de Villa Urquiza y su militancia desde entonces lo había llevado a uno de los cargos más delicados de su

organización. A Daniel lo asaltó su última imagen: la de Pepe con su hijita, desencajada, aferrada al cuello de su padre. Urteaga estaba preocupado:

—Los tipos deben saber que Pepe es el jefe de inteligencia. Mirá, es un compañero de mucha firmeza, pero es extraño que haya pedido que no lo mataran.

El PRT nunca supo que había pasado con Pepe, pero tampoco registró ninguna caída que pudiera venir de informaciones suyas. Urteaga siguió contándole detalles del desastre: Santucho y Carrizo habían podido salir con el primer grupo y, ya en la calle, consiguieron robar un coche para escaparse. Eduardo Merbilhaá, en cambio, salió con el chileno Enríquez y tuvieron que pasarse un día y una noche escondidos en una zanja en medio de un maizal, hasta que pudieron seguir sin novedad. Urteaga le contó que el militante que había alquilado la quinta, que también era de inteligencia, cuando vio a su compañera herida de muerte la abrazó y quería salir con ella, cargándola.

—Pero uno del equipo de contención se le acercó y le dijo que se fuera, que él se ocupaba. El compañero no quería irse...

Parecía que los episodios de la quinta de Moreno habían impresionado mucho a Urteaga, pero Daniel no lo vio abatido o vacilante. Le dijo que los del Buró político se habían escapado todos y que estaban rearmando el organigrama para cubrir las bajas. Después se tomó un momento y respiró profundo:

—Rubén, la dirección te nombró responsable político de la regional Sur. Sabemos que sos un compañero volcado al trabajo de masas y que estás a la altura de este momento histórico tan difícil, en el que habrá que dirigir una ofensiva contra esta dictadura criminal.

Daniel sintió que era más que un deber. En los días siguientes, además de reunirse con diversas células de su zona, decidió ir a visitar a sus viejos compañeros de Propulsora. Encontró a algunos en una fonda de Berisso y fue a ver a otros a sus casas. Y notó que lo miraban como a un aparecido: no podían creer que estando clandestino anduviera por ahí.

—No, el día del golpe no sabés lo que fue, en la fábrica. Los milicos cayeron a las dos de la mañana, una cantidad, llenos de fierros, con listas. Ese mismo día se llevaron como a veinte, y cerraron la fábrica. Después la

abrieron, dos días después, pero se quedaron en la puerta: todos los días están ahí, siguen ahí, los muy hijos de puta, y te revisan cuando entrás y cuando salís, te hacen abrir los armarios a ver si tenés algún volante, no sabés. Y en cuanto te encuentran algo, o les parece, te portan. Ya se llevaron como a cien, los hijos de mil putas.

Daniel estaba azorado:

—¿Y qué pasó con los compañeros?

—Mirá, algunos no volvieron más. La verdad que no sabemos. Otros han vuelto. El Japo, uno de mi sección, me contó que le habían dado como en bolsa, encapuchado todo el tiempo. Dos días, le dieron, y después lo largaron. ¿Y sabés qué hizo la patronal cuando volvió? Lo despidieron por faltar sin previo aviso. Si serán hijos de puta. Se están cobrando todas juntas, los Rocca. Se están vengando.

Manuel era un morocho con años de metalúrgico: había empezado en el vandomismo pero después se había vuelto un clasista convencido. Daniel fue a verlo a su casa en Villa Argüello, cerca de Ensenada. Manuel estaba desalentado:

—Se vino el guadañazo, viejo. Es momento de esconderse: ¿qué otra te queda?

Manuel fue gráfico: movió la mano como si fuera una hoja de acero afilada mientras agachaba la cabeza y hacía un zumbido con los labios. Daniel se volvió en colectivo antes de que oscureciera y contó nueve pinzas militares y policiales en un viaje de menos de una hora. De tanto apretar la mandíbula le dolía la cabeza, pero casi no se daba cuenta. Tenía que pensar en destrabar los dientes; si no lo pensaba los apretaba sin parar y le venía un terrible dolor de cabeza.

A los pocos días participó de una reunión a la que fue Mario Santucho. Daniel prefirió decírselo aparte:

—Yo no voy a renunciar a la responsabilidad que me dieron, pero no encuentro la manera de movilizar a las masas, de que los compañeros en las fábricas se pongan de pie para llevar adelante una ofensiva.

Santucho se mostró comprensivo y le dijo a Daniel que, en esos días, iba a ir a la regional un compañero del Comité Ejecutivo, con mucha experiencia, para colaborar en la organización de la regional:

—Es un compañero con mucha experiencia en el trabajo de masas, que organizó a la gente en Tucumán, en las espaldas mismas del enemigo.

Abril de 1976. José Alfredo Martínez de Hoz Cárcano tenía 50 años, varios campos, cuatro hijos, un título de abogado con medalla de honor, muchos fusiles de caza y alguna experiencia como funcionario. Se había estrenado como ministro de Economía tras el golpe de 1963, cuando los militares desalojaron a Frondizi y pusieron a Guido. Hasta el 29 de marzo de 1976 —cuando la Junta lo puso al frente del Palacio de Hacienda— Martínez de Hoz era presidente de Acindar, la siderúrgica más grande del país. Además, era asesor del Chase Manhattan Bank. Pero llevaba meses trabajando para armar un gabinete y un plan económico: el general Videla se lo había pedido en agosto de 1975.

Aunque lo tenía todo previsto, el viernes 2 de abril, cuando tuvo que hacer público su plan, Martínez de Hoz se retrasó: la cadena nacional debía ir de nueve a diez de la noche, pero el ministro empezó a las diez y siete, diciendo que no quería extenderse con cuestiones técnicas. El discurso terminó cuando faltaban veinte minutos para la una de la madrugada, dos horas y media después.

Su voz resultaba cansina, y los datos, horrorosos: «En los últimos doce meses el crecimiento de los precios minoristas alcanzó al 566 por ciento y si en los próximos nueve meses la tasa marcha al ritmo del primer trimestre (de 1976) la espiral llegará al 788 por ciento». El ministro sostuvo que eso produciría, entre otros males, «la proletarización de la clase media». Y el déficit público crecía: «Mientras en 1970 los ingresos tributarios alcanzaban para cubrir el 80 por ciento de los gastos totales, en el primer trimestre de 1976 sólo absorbieron el 20 por ciento. Así, los gastos del Estado han crecido en tal magnitud que no pueden ser cubiertos con recursos genuinos y se recurre a la simple emisión monetaria».

Para pasar «de una economía de especulación a una de producción», el ministro anunció la liberación de precios y el aumento general de combustibles y tarifas —del orden del 30 por ciento—. Con respecto a los ingresos, «teniendo en cuenta la etapa inflacionaria y el contexto de un

programa de contención de la inflación, se suspenderá toda actividad de negociación salarial entre sindicalistas y empresarios, así como todo proceso de reajuste automático periódico de los salarios». Aclaró que más adelante los aumentos provendrían de «la mayor productividad global de la economía», pero que mientras tanto los aumentos «los fijará periódicamente el Estado». Con ojeras, traje gris topo y la camisa un talle más grande, Martínez de Hoz anunció las derogaciones de la nacionalización de los depósitos bancarios, la ley de inversiones extranjeras y el monopolio estatal de las juntas nacionales de Carnes y Granos, reemplazadas por el juego del mercado.

El dólar, sin embargo, seguiría bajo control estatal. Habría tres cotizaciones: una oficial a precio fijo, otra fluctuante accesible al público en casas de cambio y una tercera para operaciones de comercio exterior: el ministro anunció «una paridad mixta» consistente en una mezcla de distintas proporciones de dólares baratos y caros para cada producto. Martínez de Hoz aclaró cuáles eran los dos rubros a los que se limitaba el dólar más barato, de 140 pesos: la importación de combustibles y de papel prensa. Era una buena manera de llevarse bien con los dueños de diarios y los petroleros: ambos serían subsidiados por el Estado. En esos días, el Ministerio de Economía decidió que las cuentas nacionales, que hasta entonces eran públicas y podían ser consultadas por cualquier ciudadano, se convertían en información reservada. Marzo de 1976 fue la última vez en que se difundió, por ejemplo, la participación de los asalariados en el producto bruto interno nacional.

«Aplicar esta política no conduce a perder la capacidad de decisión nacional, la que debe ubicarse en el suelo argentino, indeclinablemente, respondiendo a la voluntad y aptitud del Estado —decía, al otro día, el editorial de *Clarín*—. Podría más bien inferirse que retardar el ritmo del desarrollo es lo que coloca a los pueblos en el riesgo de perder, entonces sí, su soberanía efectiva. Para robustecerla y afirmarla es necesario tener en claro cuáles son las prioridades a las que se debe atender y a qué ritmo hay que desenvolverlas. Para cumplir ese cometido la Argentina se ha puesto de nuevo en marcha, según lo muestran los acontecimientos».

El lunes 5 de abril la Bolsa de Comercio de Buenos Aires era un hervidero: cuando se abrió la rueda de negocios, los operadores vieron el alza de las acciones líderes y respiraron tranquilos. La tendencia se confirmó con creces: las acciones de Celulosa, de Alpargatas y, por supuesto, de Acindar subieron un 200 por ciento con respecto al viernes 2. Y el salario real cayó, en el trimestre marzo-mayo, en un 35 por ciento: ese piso se mantendría durante los tres años siguientes.

Manuel Gaggero cruzó Lavalle en la esquina con Talcahuano. Evitaba mirar para adentro de los bares, donde lo conocían hasta los mozos. Con alivio, se metió en uno de los edificios y tomó el ascensor: era el estudio de Roberto Sinigaglia, que lo recibió con un abrazo muy fuerte. Había pasado una semana desde la muerte de su hermana Susana:

—Mucha fuerza, Manuel. Me imagino cómo estarás.

Después Sinigaglia le dijo que él mismo o su socio iban a ir a los Tribunales para presentar un hábeas corpus, al menos para recuperar el cuerpo de Susana.

—Fijate, Roberto, a lo mejor no es prudente que lo presentes vos.

—Mirá, Manuel, a mí ya me amenazaron infinidad de veces, así que a esta altura no voy a cambiar. Renunciar a presentar un hábeas corpus, no, de ninguna manera.

Manuel lo conocía desde los años cincuenta, de la facultad y de la militancia peronista. Ahora, Sinigaglia andaba por los 40 y conservaba ese andar pausado, un tanto marcial que le quedaba de sus años en el Liceo Militar de Santa Fe durante el primer gobierno de Perón. En 1973 había sido asesor de Esteban Righi en el Ministerio del Interior; después quedó en esa franja de peronistas combativos no encuadrados. No defendía la lucha armada del ERP y los Montoneros, pero sí a los que caían presos.

—Yo te voy a decir lo que pienso, Manuel: creo que se abre un período muy interesante. Por un lado creo que el enfrentamiento se va a acotar a los aparatos armados, y la guerrilla va a tener que replantear sus estrategias si quiere sobrevivir; pero por otro lado los militares van a tener que legalizar la represión, van a tener que terminar con los grupos parapoliciales. Su

propia naturaleza institucional los va a llevar a encarrilar sus métodos, de lo contrario sus contradicciones van a estallar.

—¿Te parece?

Gaggero se sentía tan desanimado por la muerte de su hermana que tenía muchas dudas. Cinco días antes, el martes 30, el general Videla había hecho su primer discurso como presidente, donde dijo que el Estado monopolizaría «el uso de la fuerza y consecuentemente sólo sus instituciones cumplirán las funciones vinculadas a la seguridad interna. Utilizaremos esa fuerza cuantas veces haga falta para asegurar la plena vigencia de la paz social. Con ese objetivo combatiremos sin tregua a la delincuencia subversiva en cualquiera de sus manifestaciones, hasta su total aniquilamiento». También había dicho que «los hechos acaecidos el 24 de marzo no materializan solamente la caída de un gobierno. Significan, por el contrario, el cierre definitivo de un ciclo histórico y la apertura de uno nuevo, cuya característica fundamental estará dada por la tarea de reorganizar la Nación, emprendida con real vocación de servicio por las Fuerzas Armadas».

—Esto no es Guatemala, Manuel. Van a tener que blanquear a los presos, ellos también van a tener que crear alguna clase de consenso. Ayer largaron con fanfarria el plan económico, ahora Videla se reunió con los directores de los diarios, empiezan el diálogo con los sindicalistas.

El sábado 3, el general Videla se reunió en la Casa Rosada con directores de diarios y radios privadas: los más notorios fueron Jacobo Timerman de *La Opinión*, Héctor Magneto de *Clarín*, los Peralta Ramos de *La Razón*, Bartolomé Mitre de *La Nación*, Alberto Gainza Paz de *La Prensa*, Héctor Ricardo García de *Crónica* y varios más. La reunión fue amable, y Videla les agradeció su colaboración y charló con ellos durante media hora. Gaggero discrepaba:

—Roberto, tu visión está perimida. ¿Vos seguís con eso de que en el Ejército se va a consolidar un sector nacionalista? Estos tipos están disciplinados atrás de los yanquis. Acá hacen lo mismo que en todo el continente.

—No seas lineal, Manuel, vos de tanto andar con los del PRT ya te olvidaste el peso de la historia peronista. Mirá, mi socio estuvo con

oficiales de su promoción y le dijeron que hay una bronca bárbara.

Su socio era Carlos Medrano Pizarro, que había sido su instructor en el Liceo Militar y había estudiado derecho tras la caída de Perón.

—Manuel, lo que le dicen todos es que después de un período breve de represión, se va a venir un cambio. ¿Vos te creés que los sectores nacionalistas se van a aguantar un plan liberal a ultranza como el de Martínez de Hoz? ¡No, Manuel, de ningún modo!

—Mirá bien, Jaime, mirá para todos lados.

—No pasa nada, no hay cana.

—¿Seguro?

—Me parece que sí.

—Bueno, sacá los volantes. Tenelos preparados. En cuanto los tires yo acelero. Y tené listo el fierro, por cualquier cosa.

Luis Venencio iba en el asiento de atrás del peugeot 504 que el conductor, el Laucha, había robado unas horas antes. En el asiento del acompañante estaba Hugo Rivas, el responsable de la operación. Eran las tres de la tarde y muchos trabajadores de Astarsa hacían cola en la parada del colectivo a la salida de la fábrica. Cuando pasaron al lado, Luis tiró un par de cientos de volantes firmados por la Agrupación JTP de Navales y el coche aceleró. Luis miró para atrás y vio que muy pocos de sus antiguos compañeros, tres o cuatro, se inclinaban para levantar volantes del suelo.

—Putá, che, qué difícil. La gente está asustada, y tienen razón.

—Y, si algún botón los llega a ver levantando el volante se les puede armar un kilombo serio.

—Y seguro que entre los que están ahí hay más de un tonbo.

—Putá que lo parió, el kilombo que hay que armar ahora para tirar un par de volantes. Pensar que hace unos meses todavía teníamos el local, podíamos hablar con todos cómo queríamos... Y hace un par de años teníamos controlado el astillero, la comisión interna, hasta a la patronal la teníamos cagando, y ahora el kilombo que hay que hacer para pasarles un par de consignas, carajo.

Cada movimiento era un peligro serio, así que habían decidido limitarlos todo lo posible. Se reunían cuando podían, cada ocho o diez días.

El nuevo responsable de Luis era un muchacho de veintipico que se hacía llamar Darío y, por seguridad, se encontraban en la Capital, en una casa que él conseguía: discutían algún material del *Evita Montonera*, hablaban de los problemas más urgentes y trataban de organizar alguna actividad para conectarse con el exterior: era cada vez más difícil.

Lo que había sido una agrupación con varias docenas de militantes había quedado reducida a ocho o nueve personas. Algunos habían caído presos o secuestrados o muertos y, en los últimos meses, la mayoría había dejado de militar. Luis, a veces, se preocupaba más por ellos que por los que seguían: los que dejaban se creían que les alcanzaba con cambiar un poco de aires, irse a trabajar a otro lado y no meterse más en política, para que los dejaran tranquilos. Ahora me porto bien y todo se arregla, se decían, y Luis sabía que no era cierto: que los iban a buscar igual. Sería que a los represores no les importaba que hubieran dejado, o que no se enteraban, o que creían que podían volver en cualquier momento, la cuestión era que los que se quedaban en su casa corrían un gran peligro.

Del astillero tenían noticias a veces, cuando se veían con alguno de los tres militantes «tapados» que habían quedado ahí adentro: el panorama que les daban era desalentador. La patronal apretaba y la gente no quería saber nada con meterse en líos. Había que aguantar y ver qué se podía ir haciendo para cambiar la tendencia.

Luis también trataba de ocuparse de ir a ver a los familiares de sus compañeros que habían caído presos o secuestrados: era un gran riesgo porque la mayoría vivía en Tigre, en zonas donde a él lo conocían demasiado y sus casas estaban fichadas, pero a menudo lo corría. Para ir tenía que conseguir algún compañero que lo llevara en coche: andar a pie por esas calles habría sido un suicidio. Y encima no tenía muchas respuestas para darles: él había pasado varios de los nombres a su responsable, que le había prometido que la organización se ocuparía de conseguir abogados, pero por el momento no había noticias. Y tampoco había plata para esos familiares que, a menudo, quedaban en una situación difícil. Más de una vez, Luis tuvo que convencer a la mujer de un compañero suyo que por un tiempo dejara de ver a su marido, que andaba

huido, porque en cada cita se jugaba la vida. A veces le hacían caso. Otras, caían.

—Jaime, vamos a tener que levantarnos de acá.

—Pará, Hugo, banquémonos unos días más.

—Estás loco, hermano. Si nos quedamos dos días más perdemos como en la guerra. Ahora cuando venía vi un tipo en la esquina más fatoso que la mierda. Nos tienen fichados, Jaime, en cualquier momento se nos vienen al humo.

La casa de Ingeniero Maschwitz parecía amenazada: Luis, Hugo, su mujer y sus dos hijas tuvieron que dejarla a los apurones.

—Jaime, dejemos una cita estanca para encontrarnos. Yo me voy por unos días a la casa de una tía, me parece que nadie la juna. Pero ya me dijo que no me puede aguantar mucho tiempo, así que voy a hablar con mi responsable para ver qué carajo podemos hacer. ¿Vos tenés algún aguante?

—No te preocupes, Hugo, vos arreglate con las nenas y ya vamos a ver.

Luis no tenía adonde ir. Esa noche se fue con Graciela, su novia, a un hotel alojamiento y al día siguiente durmió solo en una pensión de Constitución. Había pensado que si le preguntaban algo diría que era de Buenos Aires pero estaba trabajando en Bahía Blanca, en un taller naval, y que había venido a comprar herramientas. Todo el tiempo tenía que andar inventando la historia de lo que estaba haciendo, por si lo paraba la policía. A los tres días se encontró otra vez con Hugo, que le dijo que su responsable había dicho que pronto le iban a conseguir plata para comprar una casita.

—¿Pronto, cuándo?

—No sé, hermano, me dijo que lo antes posible.

Su responsable le había dicho a Luis que en cuanto Hugo comprara la casa se podía ir con él pero que mientras tanto se aguantara unos días yirando. Era un peligro constante. Luis le había pedido que le consiguiera documentos nuevos: por lo menos, no andar con su nombre. Darío le había dicho que sí, que se los traería lo más pronto posible. En esos días, Luis se pasaba muchas horas caminando por ahí, sin saber adonde ir, o se metía en un cine para hacer tiempo o, a veces, pasaba unas horas en casa de su novia, en Núñez. Pero Graciela vivía con sus padres, que no sabían nada, y él no

podía quedarse demasiado tiempo, salvo algún fin de semana que los padres se iban a una casita que tenían afuera. Cada noche, Luis dormía en algún telo o un hotel de paso o, a veces, se iba a Once y se tomaba el Chevallier hasta Zárate: eran casi tres horas de ida y tres de vuelta, y le alcanzaba para dormir un rato. Pero también era riesgoso: lo podían enganchar en cualquier pinza. Iba casi siempre armado, con una pistola 22 que era como un chiste. Luis pensaba que si lo paraba un policía solo quizás podía sacar antes y tirarle pero, por un lado, conociéndose, dudaba de que fuera a hacerlo y, por otro, sabía que en general los milicos no venían de a uno. Entonces la 22 no le iba a servir para nada: sólo para que le pegaran cuatro tiros. Supuestamente tenía que llevarla siempre, pero, cuando podía, la dejaba en la casa de Graciela.

Luis pensaba muy a menudo en irse, en dejar todo y proponerle a Graciela que se fueran juntos al interior: alejarse, tomar distancias. Pero no se decidía: se decía que no le daba el cuero, que no podía abandonar así a sus compañeros.

—Putá, che, vienen dos patrulleros.

—Tranquilo, Jaime, sigamos charlando sin hacer fato.

Eran más de las diez de la noche y Luis y Darío, su responsable, caminaban por Rivadavia al 9300. Estaba fresco, lindo: en la mano derecha, Luis llevaba un bolsito de cuadros con un caño que habían terminado de fabricar un rato antes en la casa del padre de Darío. Se habían pasado toda la tarde, siguiendo las instrucciones que aparecían en el *Evita Montonera*. Además, Darío tenía alguna experiencia: pensaban que les había salido bien e iban a ponerlo en la casa del jefe de seguridad de Astarsa que, desde el golpe, estaba cada vez más policía. La bomba sería una manera de decirle a la gente del astillero que seguían ahí, que no habían dejado de hacer cosas. Y de cumplir con su parte de la «Tercera Campaña Militar Nacional Montonera»: «Debemos enfrentar a un ejército que todavía es más poderoso que el nuestro. Nuestra respuesta debe ser una guerra de desgaste, es decir aquella forma de combate que nos permita rehuir todo enfrentamiento decisivo buscando combates de resolución inmediata y rápida ejecución. La guerra de desgaste tiene por objetivos reducir, desmoralizar y desgastar las fuerzas del enemigo, y al mismo tiempo continuar con el proceso de

acumulación de fuerzas en el campo popular», decía el documento que la lanzó. «Para cumplir con esos objetivos debemos multiplicar las pequeñas operaciones de hostigamiento con aniquilamiento de hombres y recuperación de armamento. Esto significa el ataque (indiscriminado) contra todo representante de instituciones represivas». En su primera semana, la última antes del golpe, la Campaña había matado a ocho policías de la provincia de Buenos Aires, tres de la Federal, uno de Córdoba, uno de Rosario y a tres «servicios armados de la patronal», y había herido a otros diez policías. Además, habían hecho cantidad de cortes de calles, volanteadas, pintadas armadas, sabotajes de vías férreas, cables de alta tensión, equipos industriales en las fábricas donde tenían militantes, «sin producir ninguna operación de envergadura, sin afectar simultáneamente muchos cuadros, formando nuevos compañeros y elevando la moral de combate».

—Ya pasaron los canas, che, parece que de ésta nos salvamos.

La calle del jefe de seguridad estaba oscura: dejar el bolso con la bomba fue un gesto casi imperceptible. Si todo andaba bien, tenían diez minutos para alejarse del lugar. Luis y Darío trataron de seguir caminando a la misma velocidad. Luis hizo un esfuerzo para no salir corriendo, y no se hablaron hasta que volvieron a salir a Rivadavia. Ahí pararon el primer taxi que pasó. No habían andado una cuadra cuando oyeron una bruta explosión:

—Fa, qué bestia. Debe haber sido una garrafa.

Dijo Darío.

—Ma qué garrafa ni garrafa.

Le contestó el taxista. Cuando se bajaron del taxi, cerca de plaza Flores, Luis y Darío no podían parar de reírse acordándose de la boludez de la garrafa. Tuvieron que hacer un esfuerzo por ponerse serios: podían llamar la atención. Darío se despidió hasta la cita del próximo martes y Luis se metió en un bar para ir al baño: desde una mesa del fondo, Hugo Rivas le hizo una seña muy leve, para que supiera que lo había visto y entendía que la operación había salido bien. Luis meó con un alivio infinito, y se sorprendió de no haberse puesto demasiado nervioso. Nada que ver con esa vez en que tuvieron que ametrallar la casa de aquel gerente, en Tigre, y eso que entonces eran tiempos mucho más tranquilos. Pero claro, acá no había

habido gente ni gritos de la gente, se dijo, y salió del baño, se subió a un colectivo, se fue solo a una fonda de Constitución, se pidió un puchero y, por un rato, comió con la tranquilidad de la tarea cumplida. Después tendría que pensar dónde carajo iba a dormir.

Después del golpe, Eduardo Sigal se pasó tres semanas sin tener ningún contacto orgánico con su partido. Sabía que no tenía que hacer nada mientras no lo convocaran, pero ya estaba poniéndose nervioso. Recién a mediados de abril, Juan pasó a verlo. Juan integraba lo que el PC llamaba «equipos técnicos»: un enlace entre la dirección y los cuadros intermedios que sólo se usaba para cuestiones logísticas, mensajes, emergencias.

—¿Qué novedades, Juan?

—Nada, Eduardo, simplemente vine a traerte esto...

Juan le dejó unos pesos, que Eduardo y Mabel apreciaron porque estaban debiendo la cuota del crédito y se habían pasado un par de semanas a arroz y fideos con manteca. Diez días después volvió a sonar el timbre.

—El camarada Pereyra quiere verte. ¿El viernes podés?

—Sí, claro.

Ese viernes, el general Videla salía en el diario contestando a una pregunta de los periodistas acreditados en la sala de prensa de Presidencia:

—General, ¿qué es la subversión?

—No es sólo lo que se ve en la calle. Es también la pelea entre hijos y padres, entre padres y abuelos. No es solamente matar militares. Es también todo tipo de enfrentamiento social.

A las cinco de la tarde el enlace pasó a buscar a Eduardo por un bar cercano a la estación Berazategui y lo llevó hasta una «oficina»: una de esas casas o locales camuflados que servían de lugar de funcionamiento para los cuadros del partido. Ahí lo esperaba Jorge Pereyra, el jefe de la Federación Juvenil Comunista durante muchos años, que ahora era responsable de organización del PC. Después de los abrazos de meses sin verse, Pereyra fue al grano:

—Mirá, Eduardo, vas a ser el nuevo responsable nacional universitario. El camarada que cumplía esa responsabilidad estaba volviendo de Moscú y el golpe lo agarró en París, así que entre que se quedara anclado en París y

que se volviera a Moscú, el partido decidió que se fuera a Moscú. Bueno, hemos evaluado que sos el compañero con mejores condiciones para asumir esa responsabilidad, así que hemos decidido promoverte...

Pereyra conocía a Eduardo desde chico y le tenía confianza.

—Lo importante es mantener la estructura perfectamente armada pero el funcionamiento, por ahora, va a seguir siendo mínimo. La idea es que de a poco vamos a ir repartiendo la prensa partidaria y los locales van a ir teniendo un movimiento mínimo pero sin identificación partidaria ni carteles que nos atraigan la represión. Lo importante es que cada miembro del partido mantenga inserción social en su medio, para cuando podamos hacer confluir los pequeños actos de resistencia en una lucha más sólida, pero por ahora hay que avanzar a paso lento y aprovechar las serias contradicciones que tienen las Fuerzas Armadas, que les producen un desgaste muy fuerte...

Después le contó que el partido había decidido volcar equipos de militantes al trabajo de defensa de los derechos humanos, que estaban fortaleciendo las alianzas dentro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, en cuya fundación había participado el PC un año antes, a través de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre.

—En la Asamblea hay expresiones religiosas de todos los credos, socialistas, radicales, peronistas, hay representantes de todos los sectores y eso ensancha el margen de legalidad. De todos modos, para todas las emergencias de detenciones, ya sean legales o ilegales, podemos recurrir a la Liga.

La Liga tenía casi treinta años de historia: aunque estaba identificada con el PC, sus abogados tomaban la defensa de militantes de otros sectores o corrientes políticas. Ahora ocupaba un espacio que había quedado vacante con la desaparición o el exilio de muchos abogados vinculados al peronismo y la izquierda revolucionaria. Eduardo preguntó qué iba a hacer el partido con la campaña financiera prevista para julio.

—Frente al pueblo y a los camaradas tenemos que mostrar que el partido está, que va a adecuarse a las circunstancias, pero que no va a ceder en su lucha... La vamos a hacer, pero los bonos no van a llevar el membrete del partido, para no provocar.

Eduardo quedó satisfecho: lo tranquilizaba recuperar el contacto con la dirección y, además, lo entusiasmó que lo tuvieran en cuenta en un momento difícil. Al fin y al cabo, era su vida: ya llevaba catorce años en la Fede, había empezado en secundarios, había hecho su experiencia en la Universidad de La Plata y sabía que, pese a la falta de funcionamiento, los reformistas tenían un peso muy grande en el estudiantado. Incluso, con la derrota de los grupos armados, Eduardo sentía que una vez que pudieran retomar el funcionamiento de las agrupaciones, ellos serían la alternativa de izquierda y los de la Franja Morada cubrirían, sin duda, el espectro del centro.

Abril de 1976. En un editorial titulado «Moralidad, idoneidad, eficiencia», e ilustrado por las fotos de los nuevos ministros de la Junta Militar, la revista *Gente* del jueves 1.º explicaba y celebraba el golpe:

«Las Fuerzas Armadas han asumido el poder en toda la República. Está en sus manos el poder central de la Nación, el de sus provincias y municipios.

»La prolija operación militar del 24 de marzo fue largamente meditada. Constituyó una operación concebida y ejecutada coordinadamente por el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea Argentina. En los estados mayores los planes de esta decisión comenzaron a elaborarse como una garantía de salvaguardia de la integridad nacional tan pronto los síntomas iniciales de un vacío de poder anticiparon que difícilmente habría una corrección por las vías institucionales clásicas, por el propio gobierno o su partido o, bien, por el Congreso.

»El proceso inaugurado el 25 de Mayo de 1973 sólo fue interrumpido después que se hubieran ensayado sin éxito todas las fórmulas correctivas ajenas a la órbita estrictamente militar. Es decir las Fuerzas Armadas irrumpieron en la escena política luego de haberse agotado todas las instancias previas. (...)

»La lucha contra la subversión había llevado a las Fuerzas Armadas, no sólo en Tucumán, a adentrarse íntimamente en toda la República con muchos de los problemas que unas veces trataban y otras estimulaban el

accionar subversivo. La inmoralidad administrativa, la desidia de los gobernantes, la ineptitud de vastas franjas del poder político y la subsistencia, en los diversos aparatos estatales, de elementos de una u otra forma conectados con la subversión.

»Pero la subversión no sólo venía actuando en el monte y en las calles sino también en los medios fabriles. La conducción oficial del gremialismo era, por un lado, impotente en su propia jurisdicción para resolver ese tipo de problemas y, por otro lado, era responsable del dictado de una legislación que había incidido —particularmente a través de varias cláusulas de la Ley de Contratos de Trabajo— en una merma notable en la capacidad productiva de la industria argentina.

»En el último trimestre de 1975 el régimen anterior jugó, sin éxito, la última chance de revertir la orientación del proceso por medio de un alejamiento definitivo o por tiempo indeterminado de la presidente de la Nación. Después se vería, ya fuera de toda duda, que la crisis afectaba integralmente al sistema. Así, por ejemplo, los pedidos de juicio político a la entonces jefe del Estado o las iniciativas para declararla inhábil por una asamblea legislativa, se presentaron sin mayor convencimiento de que un cambio de personas en el ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional podría a esta altura modificar sustancialmente la velocidad y hondura de la crisis.

»Cuando las Fuerzas Armadas, por fin, decidieron tomar el poder, su pensamiento sobre lo que habría de hacerse después había sido elaborado sobre las pautas que ofrecía el contexto nacional argentino. La situación aparecía tan clara a ojos de las Fuerzas Armadas como apareció, ya colocadas ellas en el control de todos los resortes del poder, a ojos de casi todos los observadores extranjeros: fueran conservadores o comunistas, liberales o nacionalistas.

»La notable evidencia de que el país no podía seguir por el tumultuoso camino que transitaba y la sensación nítida de que se habían agotado todas las instancias para que el proceso político anterior se recuperara por sí mismo, fue el factor principal que unificó en un solo haz el diagnóstico militar.

»Los antecedentes sumarios desarrollados más arriba a propósito de lo que está ocurriendo en esta hora, se reflejan en las respuestas que se les ha

dado en los documentos de la Junta Militar: 1) reafirmación de los valores esenciales de la nacionalidad; 2) lucha contra la subversión y las causas que la favorecen; 3) primacía en la función pública de los principios de moralidad, idoneidad y eficiencia; 4) desarrollo sostenido de la economía nacional.

»El pensamiento militar ha hecho una interpretación de las respuestas que caben a la actual situación argentina, prescindiendo de moldes foráneos. Sería por lo tanto, un error sugerir que “el proceso de reorganización nacional” ha sido concebido a imagen y semejanza de alguno de los cuadros de carácter político militar de naciones hermanas de la nuestra. El tiempo indicará sobre la marcha las bondades de la articulación práctica del esquema militar, pero ya se sabe que parte de una interpretación esencialmente nacional de la situación argentina. (...)

»El gobierno militar ha suspendido las actividades políticas y gremiales. Han sido intervenidas la CGT y algunos de los sindicatos adheridos a ella, y la CGE. Se han prohibido las actividades de las 62 Organizaciones Gremiales y de los partidos maoístas y trotskistas; en el primer caso, por ser aquélla sólo una expresión política en el ámbito gremial y, en el segundo caso, por considerarse que tales partidos abogaban por la aplicación de métodos incompatibles con la paz interna.

»El pensamiento militar ha hecho un repudio expreso de la demagogia; en lo económico aspira a aplicar soluciones realistas, en las cuales el desenvolvimiento del capital privado y extranjero tendrá amplia libertad de acción en la medida en que no comprometa la capacidad de decisión soberana del Estado argentino.

»La política internacional argentina será sustraída de los vaivenes de un difuso Tercer Mundo para ser colocada nuevamente sobre la base de la autonomía nacional, dentro de su contexto histórico, occidental y cristiano. (...)

»Ha comenzado, pues, un nuevo ciclo en el desenvolvimiento político, social y económico argentino. Las Fuerzas Armadas han llegado al poder sin una sola disidencia en sus filas respecto de lo que cabía hacer; en mayor o menor medida había habido disidencias en el origen de los procesos iniciados en 1930, 1943, 1955, 1962 y 1966. La nueva situación se

inaugura, entonces, con los mejores augurios y las más certeras constancias sobre la unidad de las Fuerzas Armadas y la coherencia de su pensamiento.

»Ese pensamiento está esencialmente fundado en la idea de que no sólo era inevitable ocupar un vacío de poder antes de que el caos alimentara a la subversión, sino también indispensable sentar las bases para la instauración final de un sistema político adecuado a la realidad y necesidades nacionales. La magnitud de la tarea por emprender, pues, no podría ser más considerable».

En esos días todo era confusión y espera. La calle estaba llena de patrulleros, falcon verdes y camiones del Ejército, los controles y las pinzas se multiplicaban, pero en la columna Norte no había habido caídas, todavía. Carlón Pereyra Rossi ya no era más el responsable; en su lugar, la conducción había mandado a Raúl Rossini, Pedro o Nariz con Pelo, miembro del Consejo Nacional montonero, que venía con la consigna de poner orden entre los rebeldes. En los primeros días de abril, Mercedes Depino tuvo una cita con él en la heladería Via Flaminia. Ese verano se les había dado por hacer muchas citas en heladerías: era una buena manera de justificar el gasto de un helado.

—... la decisión es que vuelvas a hacerte cargo de la UES. La gente del frente te pidió; están sin responsable fijo desde que cayó Violeta, y es un kilombo. Así que dejás la estructura militar, y recuperás tu grado de oficial de la organización...

Mercedes se alegró. Cualquier cosa era mejor que ese ámbito de miliciana con Yuyo y, además, pensó que en la UES podía hacer algo que valiera la pena.

Lo primero fue tratar de verse con los responsables de los seis partidos de la zona. No era tan fácil: no podían hacer reuniones en lugares públicos, y tampoco tenían una casa para encontrarse, así que Mercedes los citaba por el teléfono de control, de a uno para limitar los riesgos, y charlaban mientras caminaban por alguna calle de la zona. Se veían, en el mejor de los casos, una vez por semana y, cuando podían ir a un lugar tranquilo, discutían sobre las tareas y la coyuntura política.

El *Evita Montonera* había sacado un documento sobre el golpe, que les dio para hablar mucho: «Para dar este golpe se pusieron de acuerdo varios sectores que coinciden en lo que hay que hacer: destruir las fuerzas populares y defender a la oligarquía y las empresas extranjeras. Pero que tienen diferentes propuestas de cómo hacerlo. Nosotros señalamos que han cometido el último desatino de su historia porque acá ha fracasado un sistema, no un gobierno ni un plan económico. Lo que ocurre en el fondo de este asunto es que el sistema capitalista dependiente de nuestro país ya no da más. Ya no tiene posibilidades de desarrollarse, ni siquiera puede mantener un nivel de trabajo, de salarios y de consumo aceptables. Entonces, para que los monopolios sigan ganando lo mismo, hay que pagarles menos a los obreros. La única respuesta que pueden dar es la represión. Pero al generalizar la represión, ésta llegará a los sectores medios, e irán perdiendo aliados que hoy los alientan. Se agudizarán las contradicciones en sus filas», decía el documento, y afirmaba que «las Fuerzas Armadas enfrentan esta situación en el peor momento de su vida institucional. Todavía no han terminado de recomponerse de la derrota sufrida en 1973 y deben rehabilitarse luego de 20 años de fracasos de todos los proyectos para mantener el dominio oligárquico e imperialista y marginar al pueblo. Tienen una ventaja: han identificado al enemigo principal, Montoneros, que es la única alternativa de conducción de los trabajadores y el pueblo todo. Pero el pueblo también ha identificado a su enemigo y ve en las FFAA a los que llevan adelante una política a favor de los monopolios yanquis, con la represión».

El planteo era alentador. Pero tenían que enfrentar ese primer embate de los militares, que parecían venirse con todo. Después, cuando pasara esa primera ola, el agudizamiento de las contradicciones y la toma de conciencia popular les permitirían pasar a la contraofensiva, decían. Mercedes no estaba demasiado convencida de que todo fuera tan claro.

—Lo mejor es mantenerse a la espera, hacer lo indispensable para conservar la estructura, pero arriesgándose lo menos posible... Hay que chequear muy bien antes de ir a una cita. Y, en general, no les des bola a los de la JP de tu zona si te piden que participes con ellos en algo. La única

forma de mantener cierta seguridad es funcionar en el círculo más cerrado posible...

Le dijo Mercedes a Paco, el nuevo responsable de la UES de San Isidro, mientras caminaban por una calle tranquila, arbolada, hacia la estación de La Lucila. Atardecía, y soplaba una brisa suave. Paco tenía 18 años y acababa de llegar de zona Sur: lo habían mandado porque allá lo tenían muy marcado y necesitaba un cambio de aires.

—Pero si me pasan una cita yo tengo que ir. Si no se me arma flor de kilombo.

—Mirá, evalualo, pero en principio yo te diría que trates de tener el menor contacto posible con los del territorio, porque...

—Cuidado, Lila. Hay dos falcon ahí adelante.

Los autos estaban estacionados a mitad de cuadra, y tenían todo el aspecto de ser de la patota. Fue un momento de terror. Mercedes reaccionó enseguida:

—Esto no me gusta nada. ¿Tenés algo?

—No, estoy limpio.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bueno, yo me llamo Mercedes Depino, vivo en Arenales y Canning, nos conocimos en los bailes de carnaval del Centro Gallego y estamos yendo a tomar el tren para ir a mi casa...

—Tá. Y nos encontramos en la heladería Vesuvio a las seis. Yo me llamo Jorge...

En general, trataban de no tener información sobre sus compañeros, para no poder cantarlos si los torturaban, pero ante la posibilidad de que los pararan y los interrogaran por separado tenían que decírsele: no saber el nombre de la persona con quien estaban paseando habría sido una señal clarísima de que eran militantes. Paco y Mercedes siguieron caminando: simulaban charlar tranquilos, pero estaban terriblemente tensos. De pronto, los coches arrancaron hacia ellos con estrépito de gomas, les pasaron al lado a toda velocidad y, cuando llegaron a la esquina, se frenaron con chirrido y volvieron marcha atrás hasta donde ellos estaban. Mercedes trató de mantener el control:

—Ni se te ocurra hacer nada, seguí tranquilo, sigamos hablando. No hagas nada, éstos están viendo cómo reaccionamos.

Los coches les frenaron al lado. Mercedes trató de poner su mejor cara de chica burguesa del norte; uno le preguntó si sabía dónde quedaba la calle Díaz Vélez. Mercedes no conseguía recordarla, pero sabía que tenía que decir algo. Si no, era el final. Los miró como si no le interesaran:

—Sí, tres cuadras para allá y después una a la izquierda.

Y retomó su charla con Paco. Los falcon arrancaron y se fueron. Mercedes y Paco siguieron caminando: trataban de que no se les notaran los temblores. Cuando llegaron a la esquina, los dos coches estaban parados, esperando. Mercedes sabía que tenían que mantener la calma: el menor movimiento en falso los delataría. Ni correr, ni acelerar el paso, ni siquiera mirarlos demasiado.

La estación estaba a una cuadra. Cuando llegaron justo pasaba un tren hacia Retiro. Paco y Mercedes se subieron con un alivio infinito, pero tardaron un rato en poder hablar: temblaban como locos. A esa altura, ya sabían que la caída no significaba, como antes, un poco de tortura y un tiempo de prisión.

Poco después, Mercedes se enteró de la historia del Cabezón. El Cabezón había sido el responsable de la UES de Vicente López pero, un mes antes, lo habían mandado a la Capital para integrarse en la estructura militar. El Cabezón, al principio, no quería, y Mercedes también se opuso, pero terminaron por aceptar. El Cabezón seguía preocupado y disconforme y, días más tarde, decidió dejar su organización e irse del país. Alguien lo traicionó, porque sus compañeros le hicieron una cita y lo agarraron. Lo llevaron a una casa operativa en Flores y le hicieron un «juicio»: la organización lo condenaba a muerte por «traición e intento de desertión». Aterrado, el Cabezón esperaba la ejecución en esa casa de Flores; una noche, los militantes que lo custodiaban se quedaron dormidos y él, en pijama, consiguió escaparse y pudo parar un taxi que lo llevó hasta la casa de un pariente. Al cabo de unas semanas consiguió salir del país.

Pese a las previsiones, todo empeoraba día tras día. Cuando Jaime zarpó para Francia, Mercedes fue a despedirlo al puerto, se negó por enésima vez a acompañarlo y le dijo que quizás más adelante:

—Yo no puedo irme sola. La única posibilidad de que me vaya es si tomamos una decisión conjunta con todos los compañeros.

El barco se alejó despacio. Mercedes lloró y se fue a buscar consuelo al departamento de Sergio. Sergio Berlín, Carlos Goldenberg y Rodolfo Galimberti estaban reunidos planificando el ataque a una comisaría de la zona, y le dijeron que no se lo tomara así, que se tranquilizara. Sergio era más tajante:

—No vale la pena que te calientes por ese tipo que se va, que se va para Europa, no llores más por ese pelotudo. En serio, Petisa, es un intelectual pequeñoburgués, un pajero... Cómo te vas a calentar por uno así...

—Además hay que disfrutar de la vida, che, no te pongas así. Si acá nos van a reventar a todos, por lo menos disfrutemos de lo que nos queda...

—Ese serás vos, Loco. A mí no me va a reventar nadie.

Mercedes se quedaba con Sergio varias veces por semana. No se planteaban volver a ser una pareja, pero estaban bien juntos: se protegían de la furia de los elementos.

Abril de 1976. En una entrevista concedida a la revista *Gente*, el arzobispo Adolfo Servando Tortolo, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina y vicario general de las Fuerzas Armadas, definía entre otras cosas «el papel que debía jugar la familia en el proceso de reorganización nacional».

«Nosotros aún contamos en nuestra tierra con el respeto por la familia, aun cuando desgraciadamente está en crisis, como está en crisis el matrimonio. La crisis de la familia es la consecuencia de la crisis matrimonial. Matrimonio que no se entiende va a volcar esa crisis sobre la familia y sobre los hijos. En base a unos datos, que no me los han confirmado pero yo pienso que son altamente fidedignos, tengo entendido que la mayor parte de los guerrilleros son hijos de hogares rotos, hogares desavenidos o también fracasados universitarios. Entonces la familia es la columna vertebral de la sociedad humana. La primera comunidad por la cual vale la pena jugarse por entero y debe jugarse una nación. En la Argentina lo que hay que hacer, antes que nada, es volver a descubrir el

valor sagrado que tiene la vida matrimonial como comunión de dos almas, que aceptan una misión que Dios les impone sobre los hombros y que están dispuestos a realizarla a costa aun de grandes sacrificios y que luego, en el segundo paso, toda esa riqueza conyugal se vuelca en la riqueza de la familia. De tal modo que, si bien es cierto que en el consenso popular despierta más interés la familia que el matrimonio, en el orden de los valores, al menos con prioridad de tiempo, está primero el matrimonio y después la familia».

Después seguía con temas más directamente políticos:

«—En su pastoral de agosto pasado, usted señaló claramente en aquella ocasión que el país necesitaba con urgencia “quitar todo rastro de escándalo y corrupción”.

»—Así es. Yo me detuve muy especialmente en la corrupción porque desgraciadamente toda corrupción genera más corrupción. Por lo tanto el área de corrupción se iba extendiendo bajo distintos aspectos y haciendo cada vez más honda. No solamente abarcaba el aspecto de lo que podríamos llamar partido gobernante sino que, rotos los frenos morales, participaban de esa corrupción también otros sectores.

»—¿Frente a ese panorama considera usted que la participación de las Fuerzas Armadas fue inevitable?

»—Creo que sí. Incluso me consta, a través de ciertas confidencias, que las Fuerzas Armadas fueron renuentes a solicitudes para que intervinieran. Creo estar en lo cierto al afirmar que las Fuerzas Armadas intervinieron a pesar de ellas. (...)

»—... alguna vez se dijo y nosotros lo publicamos en septiembre del año pasado “que si alguna vez el general Jorge Rafael Videla tuviera que trazarse un programa de gobierno, su estatuto sería la pastoral de monseñor Tortolo”.

»—Ciertamente yo he reconocido por ejemplo en la alocución del general Videla en su primer mensaje al país unas admirables coincidencias con aquel documento mío del mes de agosto del año pasado. Esto, por otra parte, es común cuando se enfocan las cosas desde un mismo ángulo. Al igual que los míos, los principios que rigen la conducta del general Videla

son los de la moral cristiana, de modo que no debe sorprender la coincidencia.

»—El general Videla ha dicho en su alocución muy claramente que en el país termina una etapa y comienza otra. Usted ha señalado que había una preparación psicológica en el pueblo para que ocurrieran los episodios del 24 de marzo. Envuelto en sus propios errores y sin la más mínima capacidad de convocatoria popular, el antiguo gobierno fue desalojado del poder. Sin embargo sería ingenuo esperar que este silencio sea definitivo. La historia nos enseña que este mismo sector luchó por reconquistar el poder con los métodos más variados: algunos dentro de la competencia política, otros dentro de la violencia. Si la historia se repitiera, ¿cuál sería su actitud frente a ella?

»—Respecto de la competencia política, es uno de los derechos naturales de la sociedad, porque parte del derecho natural de cada hombre a expresar sus ideas, sus convicciones, al mismo tiempo que unirse o federarse aquellos que piensan del mismo modo o tienen los mismos objetivos. Por lo tanto esa sana competencia me parece lógica y pienso que en un juego limpio no puede haber en estas cosas discriminaciones. Ahora que indudablemente pueden presentarse alternativas muy difíciles en las que fuera necesario una proscripción, pero personalmente yo no lo desearía porque a la larga son mayores los males que trae que los bienes que produce. Ésa es mi opinión en cuanto a la sana competencia política. Respecto a los métodos violentos, ellos son lícitos sólo en los casos extremos, por ejemplo en la defensa de la propia vida. Yo tengo que repeler a quien injustamente me agrede. Pero como método y como sistema no es moralmente aceptable la violencia. El Papa subraya esta frase: “la violencia no es evangélica”, en todo caso es un anti-valor evangélico. Pero esto tampoco impide que el Estado tome las medidas que son necesarias para su defensa legítima, especialmente frente a la subversión. De tal manera que la seguridad del Estado reclame incluso tomar esas defensas que pueden ser duras o violentas y que todos íntimamente rechazamos; nos duele que así sea, pero no hay otro remedio. Como sacerdote y como cristiano yo pienso mucho en la sangre derramada. De ambos lados. No por que justifique la sangre derramada, sobre todo la que es injustamente derramada no la puedo

justificar y siento en el fondo de mi alma una cosa que subleva al ver con qué facilidad se sacrifica al hombre, de qué modo la vida humana prácticamente no cuenta, se ha devaluado. Y que por otra parte hay una pseudo mística que avala este sistema de cosas, este modo de proceder. Esto me subleva, pero no impide que como sacerdote y como cristiano yo piense en el valor de la sangre humana. Y eso ante los ojos de Dios puede tener un gran valor de redención. Más aún, yo tengo que confesar que pienso que a nuestra patria le esperan días de luz y de vida porque previamente Dios por caminos misteriosos nos ha cobrado ese derecho de sangre. Y vuelvo a repetir que con esto no justifico la sangre injustamente derramada. Pero se ha derramado. Pienso que muchos de ellos al morir tuvieron ese segundo para darse cuenta de que su vida tocaba al final y que la fibra cristiana en ese momento vibró hacia afuera aceptando el sacrificio de la propia vida en bien de la Nación. Algunas confidencias de familiares o personas que han sido testigos casi inmediatos de los hechos testifican eso que afirmo: la aceptación cristiana de la muerte ofrecida a Dios por la salvación de nuestro pueblo».

—Pero seguir acá tranquilos mientras los milicos allá están haciendo una carnicería... ¿No será que nos aburguesamos, che, que nos cagamos?

—No, compañeros, no se trata de eso. Es duro estar acá recibiendo las noticias de cómo caen los compañeros, pero hay que tranquilizarse, no hay que dejarse ganar por el lado emotivo... No es una cuestión de huevos, es que en este momento no tendría sentido...

—Sí, sí, todo eso ya lo sabemos, pero yo sigo pensando que debe haber alguna forma de volver y hacer algo. Ahora que hay de nuevo una dictadura la resistencia armada es un derecho y un deber de los ciudadanos, y más de los militantes como nosotros, que...

La discusión se repetía, en términos más o menos parecidos, semana tras semana. Cacho El Kadri se veía a menudo con otros seis o siete ex militantes de las FAP exiliados en Madrid, y todos estaban frustrados, comidos por la culpa, rabiando de impotencia. Una de esas noches invitaron a Jesu, un vasco simpatizante de la ETA que Cacho había conocido cuando hacía encuestas en Bilbao:

—Coño, dejaos de tonterías, vosotros tenéis que hacer lo que sabéis hacer mejor. Yo conozco a un tío que se puede secuestrar sin mucho rollo, y por lo bajo os lleváis dos o tres millones de dólares.

—No, pero un secuestro en España, vamos en cana en diez minutos, Jesu.

—Sí, además hay que ver las cosas desde un punto de vista más político. Acá lo importante es la solidaridad de la gente, de los políticos, los sindicatos, la iglesia, hasta del gobierno...

—Pero joder, con un palo verde, como decís vosotros, ya me contaríais cuánta solidaridad tendríais.

La propuesta no prosperó. En esos días, Cacho recibió otra noticia terrible: Luis Sansoulé, uno de sus más viejos compañeros, había sido secuestrado en el centro de Buenos Aires, en pleno día, a la salida de su trabajo. Su esposa, Susana Caride, la hermana de Carlos, estaba esperándolo en la esquina y vio cómo tres hombres que se bajaron de un ford falcon lo agarraron y lo subieron al coche: ella trató de hacer algo, empezó a gritar y se tiró encima de los secuestradores, pero no pudo impedir que el falcon arrancara. Fue la última vez que vio a su marido.

Cacho se quedó muy tocado: su culpa y su desorientación aumentaron con el dolor por el secuestro de su amigo. Unos conocidos españoles, para tratar de distraerlo, lo invitaron, junto con Liliana Andreone, a la Semana Santa de Sevilla. Durante cuatro días estuvo casi en otro mundo. Llegaron de vuelta a Madrid cansados y contentos. La mañana siguiente, temprano, sonó el timbre del departamentito:

—Yo abro, mi amor, debe ser el cartero.

—Ay, ojalá que no sea nada grave.

Cuando abrió, en calzoncillos, Cacho vio a tres fulanos con trajes mal cortados. Los policías tenían la misma pinta en todas partes:

—¿Don Envar El Kadir?

—El Kadri, pero es lo mismo.

—Nos va a tener que acompañar.

Dijo el más alto, mostrando una credencial a lo lejos.

—Pero ¿por qué, qué pasa?

—Nada, que nuestro jefe quiere hablar con usted.

—Entonces dígalé que esta misma tarde paso por su oficina.

Dijo Cacho, como si estuviera muy tranquilo, y trató de cerrar la puerta. Uno de los policías se la trabó con el pie, y los tres entraron a los gritos:

—¡Ahora, que hemos dicho ahora, coño!

—Bueno, esperen que me visto.

Se puso su traje, abrazó a Liliana y le dijo al oído que agarrara la plata y se fuera a la casa de Pepe Lamarca. Los policías lo llevaron a la Dirección de Seguridad, en la puerta del Sol, donde, dos meses antes, Cacho había tramitado su visa de estadía.

El jefe era un gordo con un pucho colgándole de la comisura de los labios, atrincherado detrás de un escritorio inmenso, que le hizo unas preguntas vagas sobre sus actividades en España. Cacho estaba desorientado pero trató de mantener la calma.

—¿Y es la primera vez que está en nuestro país?

—No, ya estuve en el 63, visitando al general Perón. Si quiere referencias, le puede preguntar al señor Jorge Antonio, que le va a confirmar todo lo que le digo.

—¿Usted lo conoce a don Jorge?

—Por supuesto y, si me permite, lo voy a llamar ahora mismo.

Lo intentó, pero Jorge Antonio había salido de viaje el día anterior y ahí se acabaron las buenas maneras:

—Oye, cabrón, que nosotros sabemos perfectamente quién eres, no trates de darnos el pego porque aquí no funciona, ¿me oyes?

Los dos policías que tenía detrás le tiraron un par de mamporros. Cacho se cayó de la silla, protestando; le pegaron un poco más, sin gran convicción:

—¡Ahora nos vas a decir quiénes son los otros que están complotando contigo, so cabrón!

—¿Así que queríais cargaros a López Rega, eh? ¿Pero qué coño os creéis, que aquí porque se ha muerto el Caudillo se puede hacer cualquier cosa? ¡Pues ya te vas a enterar de lo que vale un peine, gilipollas!

Al cabo de un rato lo bajaron a un calabozo en el subsuelo. Cacho estaba preocupado pero feliz: sentía que seguía siendo él mismo. Si lo habían ido a buscar, si lo habían encerrado era porque seguía siendo

peligroso: era una demostración de que no estaba haciendo turismo sino que, de alguna manera, los seguía jodiendo.

A la madrugada se lo llevaron a una oficina. Dos de los tres policías eran los mismos de la mañana, y le pegaron más: Cacho, para tranquilizarlos, gritaba ante cada golpe mucho más que lo que realmente le dolía. Hasta que uno amagó una piña al estómago y Cacho gritó antes de tiempo:

—Pero si no te he pegado, cabrón...

—Ay sí, disculpe.

Liliana se había puesto en campaña en cuanto se lo llevaron, pero en la Dirección de Seguridad nadie le informaba nada. La noticia de la detención apareció en varios diarios y la policía seguía sin hacerse cargo. Al segundo día consiguió hablar con una empleada que se apiadó de ella.

—Mira, voy a ver qué se puede hacer. Mi novio trabaja en los calabozos, espera un momento que le pregunto...

Al rato, volvió para decirle que Cacho estaba en el número 4, que estaba bien y que nadie sabía qué iban a hacer con él. Al día siguiente, Liliana consiguió que la recibiera el jefe:

—No, señora, ya le hemos dicho que aquí no tenemos a nadie con ese nombre.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no mira en el calabozo número 4?

El gordo estuvo a punto de perder los estribos:

—¿Pero quién le ha dado esa información? Dígamelo, porque si no usted también va a quedar detenida.

—Como quiera. Pero le informo que las Cortes van a hacer una presentación al gobierno preguntando por el caso de El Kadri, y si usted me detiene seguramente van a preguntar también por mí.

A la madrugada del cuarto día dos policías sacaron a Cacho de su calabozo: no le habían dado nada de comer y estaba muerto de hambre. Antes de salir le entregaron su corbata, un chocolate y un diccionario español-italiano que le había dejado Liliana: a ella le habían dicho que lo iban a deportar a Italia. Ya en la calle, lo metieron en una camioneta con cuatro custodios y arrancaron sin decirle hacia dónde. Al cabo de un rato,

Cacho vio un cartel en la carretera que decía Bilbao. Cuando pararon en una estación de servicio pidió permiso para ir al baño:

—Ve, pero si intentas algo te matamos como a un perro.

—Esto es ridículo, estoy esposado en medio de un camino que no conozco, ¿cómo se cree que me voy a escapar?

—Os conocemos, cabrón, vosotros sois como los etarras: os hacéis los mosquitas muertas y luego nos atacáis por la espalda.

Al final le permitieron tomar un café con leche. Todo le parecía tan raro, tan irreal: como un destino que lo persiguiera por el mundo. Después de varias horas de viaje, llegaron al puesto de la frontera con Francia, en Irún.

—Bueno, hasta aquí. Toma tu pasaporte y vete, ya, antes de que nos arrepintamos.

Cacho intentó una última defensa:

—No puede ser que a un viejo soldado del general Perón se lo expulse de España sin motivo alguno, sin juicio ni defensa.

—¡Que te vayas, coño!

Cacho tenía por delante unos cien metros de carretera y, al final, la aduana francesa. Empezó a caminar, pero pensaba que no lo dejarían entrar: iba sin valija, sucio, con la ropa desastrada por cuatro días de encierro. Recordó la historia de un exiliado que se había pasado días de aeropuerto en aeropuerto porque no lo aceptaban en ningún país. Era desesperante. Cacho se volvió hacia el lado español y se agarró a una baranda:

—Yo de acá no me muevo. ¿Cómo le pueden hacer esto a un viejo militante de Perón, que les mandó barcos enteros de trigo cuando ustedes tenían problemas? ¿Así nos pagan, expulsándome así de la Madre Patria?

El jefe de los policías le dijo que ellos cumplían órdenes, que no los comprometiera:

—Pero mira, si es así como tú dices, presentas un recurso ante el ministerio y ya veremos qué pasa...

Cacho se quedó pensándolo un momento. Se había juntado gente alrededor. De pronto vio a una viejita que caminaba hacia el puesto francés cargada con dos bolsas. En esos días, muchos franceses aprovechaban el cambio para hacer sus compras del otro lado.

—¿La ayudo, señora?

Cacho entró a Francia cargando una de las bolsas, y el guardia ni siquiera le pidió documentos. Se fue a la estación de tren y le preguntó al boletero, en riguroso castellano, dónde podía hablar por teléfono a Madrid. El hombre le indicó un público cercano y le cambió las pesetas que tenía. Cacho marcó el número de la casa de Lamarca.

—Hola, mi amor, soy yo. Estoy en Francia.

—¿Cómo en Francia? Me dijeron que te mandaban a Italia.

Le contestó, sorprendida, Liliana.

—No, en Francia. ¿Qué hago?

—No, pero no puede ser, si te están esperando en Italia.

—Francia, mi amor, Francia.

Del otro lado de la línea Cacho oía las consultas: dice que está en Francia, que qué hace. Decile que se vaya a París.

—Liliana, se me acaban las monedas.

—Andá a París, mi amor.

—¿Y qué hago en París, mi vida?

—No te preocupes, te van a estar esperando.

Alcanzó a decir Liliana y se cortó la comunicación. Cacho caminó hasta la ventanilla: el boletero había escuchado todo y le dijo si quería un pasaje a París.

—Sí. ¿Alcanzará con esto?

Dijo Cacho, y le puso los billetes que le quedaban sobre el mostrador. El boletero miró la plata, miró a Cacho, dudó un momento y le dijo sí, por supuesto. Después Cacho sabría que el boleto costaba mucho más. Al otro día, en la Argentina, la tapa de *Crónica* —y todos los demás diarios— informaba que «el delincuente subversivo Envar El Kadri fue expulsado de España».

Mayo de 1976. La contratapa del número 13 de la revista *Evita Montonera* contaba, como ejemplo para sus compañeros, el caso de una militante que prefirió la muerte a caer en manos de sus enemigos. El artículo se titulaba «No quiero entregarme viva»:

«Moni era soldado del Ejército Montonero. Su compañero pertenecía a una Unidad Básica de Aspirantes.

»“... El día 7 de mayo mi compañera y yo decidimos ir a la casa de mis viejos, donde yo me iba a cambiar de ropa y haríamos tiempo. Llegamos a las 11.30 horas. Al entrar no notamos nada anormal.

»”A las 14.30 aproximadamente Moni se encontraba leyendo y yo estaba cambiándome. Empiezan a romper los vidrios de la puerta. Salgo al comedor y Moni estaba sacando los fierros del embute. Me acerco a la escalera y pregunto ‘qué pasa’ para confirmar quiénes eran; me dicen que abra que es la cana.

»”Nos ‘calzamos’ las armas y les mandamos una granada, empezando a retirarnos. Salimos al patio viviendo a Montoneros. En ese momento uno o más tiradores concentran el fuego sobre nosotros. Agazapados tratamos de cubrirnos por el fuego, pero esto resulta imposible porque no podíamos localizar los puestos de tiro del enemigo. Salimos hacia el baño, pasando por un pasillo donde no hay parapeto alguno, porque del lado donde estaba el enemigo hay sólo una baranda de rejas.

»”Cuando llegamos al baño, Moni me dice que está herida y se recuesta en la pared (dentro del baño). Veo que se está aflojando por la herida en el pecho, pierde mucha sangre. Dice que no quiere entregarse viva, que la ayude a matarse... (Del relato del compañero de Moni)”.

»Ambos compañeros anteponen la Revolución y la Organización a su propia vida. Con su resistencia metro a metro, con su pedido de no ser entregada viva, de la compañera, y la valiente actitud del compañero al ayudarle a cumplir esa justa orden de la Organización:

»“... Su seguridad y su amor por el pueblo y la Organización demostrado en su práctica diaria y en este combate desigual, no me hacen dudar de cumplir con lo que me pide.

»”Me calzo el arma de ella y decido jugarme la posibilidad de rajarme. Para esto salgo del baño con los dos fierros y tiro hacia adelante y abajo, para poder ubicar al enemigo. Veo uno en el pasillo de abajo que se corre, le tiro una pepa y salto a un techo de atrás saliendo a un taller. Salgo por atrás y me doy cuenta que estoy herido levemente. Eso no me permite irme caminando. Decido requisar un coche. El tipo me lleva cerca de un lugar

donde tenemos compañeros quienes me prestan un saco. Concreto una cita con mi responsable y le informo de la situación”.

»Al tomar estas decisiones, los compañeros demuestran no sólo amor al proyecto revolucionario y a la Organización que lo encarna, sino una profunda y racional comprensión de la clase de enemigos que enfrentamos. Su ferocidad, su decisión de aniquilar a todo aquel que cuestione el poder de la explotación, hacen que en este viaje no haya boleto de vuelta. Las alternativas son la victoria o la muerte.

»El compañero N. fue promovido a oficial y condecorado por su acción destacada en el cumplimiento del deber revolucionario. La compañera Moni demostró, con su actitud frente al enemigo, suficiente comprensión política y solidez ideológica como para integrar nuestra Organización como miembro pleno. Ese carácter le fue conferido por el Consejo Nacional Montonero, como homenaje a su memoria».

Tres

—Hugo, esto así no va. ¿No ves que es cuestión de tiempo, que nos están cazando como ratas?

—Hermanito, ¿vos no leíste el documento de la última *Evita*? Está bastante claro, se entiende todo. Hay que formar la CGT en la Resistencia, que no tiene que ser un sello de goma, tiene que ser un esfuerzo para unificar a los obreros en defensa de sus intereses, Luis, algo en serio.

—Pero, ¿cómo, Hugo, si estamos totalmente aislados?

—No, mirá, acá dice: «quien pretenda conducir desde la clandestinidad al movimiento obrero no podrá hacerlo si sus directivas y orientaciones no son conocidas, o si su difusión y conocimiento entre las masas es lento y parcial. En las nuevas condiciones represivas y de censura debemos llegar al conjunto de los trabajadores con periódicos, boletines, volantes clandestinos. Hay que llenar las paredes de pintadas...». ¿Ves, hermano, que está clarito? Éste es el momento: con las medidas que están tomando los milicos cada vez va a haber más descontento, vas a ver como dentro de poco esto va a ser un gran kilombo.

—A mí me parece que es el momento en que nos hacemos matar al pedo. Si ni siquiera podemos darles pelea.

—No seas pesimista, Jaime. Tenés que mantener la conciencia. Si no, ¿para qué carajo llegamos hasta acá? Además, como dice ahí, Perón decía que en toda la historia nunca se vio que en el combate entre un ejército y un pueblo gane el ejército. Al final, quiero decir, a la larga. A un pueblo nunca lo pueden derrotar, no pueden aniquilarlo, va a seguir y seguir hasta que al final va a terminar ganando.

Luis lo miró, chupó el mate lavado pero frío, se quedó callado un momento.

—Che, Hugo, ¿a vos te parece que se puede resistir si te torturan?

—Y yo qué sé.

—No, en serio. Anoche me pasé un rato largo pensando en lo que me contó el Laucha de ese compañero que lo tuvieron diez días en la comisaría y le dieron con todo y se le hicieron unas heridas que no se las curaron, las dejaron agusanarse y decía que los gusanos le iban comiendo la mano donde tenía la herida... ¿A vos te parece que uno puede aguantar si le hacen algo así?

—Y yo qué sé, hermano. ¿Cómo querés que sepa? En una de ésas sí.

Dijo Hugo Rivas, y Luis Venencio se quedó un rato callado y después decidió cambiar la yerba del mate. Hacía cuatro días que habían vuelto a vivir en un lugar fijo: su organización todavía no le había dado a Hugo la plata que le habían asignado para que comprara una casa, pero les habían conseguido la quinta de alguien, seguramente un colaborador, por unas semanas. Habían llegado una mañana temprano, con bolsitos: Luis, Hugo, su mujer, sus chicos de cinco y seis años. La mujer no militaba: Luis sospechaba que no terminaba de darse cuenta del lío en el que estaba metida.

La quinta era bastante grande y estaba en Tortuguitas, en una zona residencial: no era normal que los habitantes de esas casas no tuvieran coche, y ellos tuvieron miedo de que los vecinos empezaran a sospechar algo al verlos llegar caminando, así que la mujer de Hugo se encargó de hacer relaciones públicas y cada vez que se encontraba con un vecino le contaba como sin querer que su marido estaba refaccionando la casa y que el dueño los dejaba vivir ahí mientras tanto y que el otro muchacho era su hermano, que los ayudaba en los trabajos.

—Eso nadie lo puede saber hasta que está ahí, ¿no? Debe ser tan terrible que uno ni siquiera se lo puede imaginar.

—Tené cuidado, Jaime. Te veo como si estuvieras por aflojar.

—No sé, hermano, no sé qué hacer. Cada vez me cuesta más seguir, pero no me da para rajarme, dejarlos a todos en banda...

—¿Y si te tomás un descanso, che, un tiempo para pensar un poco las cosas?

—Pero sería como una borrada...

—Capaz que conviene, Jaime. No por vos solamente, es por todos. Si a vos te agarran así como estás, con dudas, débil, muy probable que vas a

cantar, y nos ponés a todos en peligro. Por eso te digo que si andás así lo mejor es que te tomés un descanso...

Dijo Hugo, y la idea quedó flotando entre ellos. Luis pensaba cada vez más en esa posibilidad. Trataba de no hablarlo con Darío, su responsable, y una vez que él le preguntó si no estaría pensando en rajarse se hizo el tonto, pero sentía que con Hugo sí podía charlar con total confianza. Hugo no se lo iba a decir a nadie, no lo iba a comunicar a la organización: Hugo mantenía el espíritu de la época del Chango Sosa, la idea de que los amigos eran más importantes que los reglamentos y las estructuras.

Esa tarde, cuando Hugo se encontró con Graciela, su novia, ella le contó que el día anterior se había cruzado con la mujer de Echeverría en un bar cerca de la estación Barrancas de Belgrano. A Echeverría lo había matado la Triple A en diciembre y la señora andaba en banda, cargando con sus dos chicos. La señora le contó que había conseguido un trabajito los sábados y domingos limpiando en un club, pero que le resultaba muy difícil encontrar algo más estable porque estaba fichada y que eso no le alcanzaba para darles de comer a sus hijos. Y que acababa de tener una cita con un militante montonero con quien le habían hecho un contacto, para pedirle que le pasaran algo de dinero, que la ayudaran. La mujer estaba muy flaca y tenía los ojos rojos:

—Me dijo que iba a hablar con su gente, que le parecía difícil. Dice que hay muy poca guita. ¿Sabés qué? El tipo me decía eso y se estaba comiendo un paty con muchas cosas... ¿No se dará cuenta de que yo no tengo para darles de comer a mis hijos?

La mujer estaba entre desesperada y furiosa. Graciela le dio todo lo que tenía y la tarde siguiente, cuando se lo contó a Luis, los dos putearon un rato largo.

Luis se sentía acorralado. Desde el golpe, el Ejército había allanado su casa tres veces, con violencia, dando vuelta todo, y la tercera se llevaron a un muchacho que vivía en la parte de adelante porque era rubio y tenía el pelo ondulado, como él. No podía ir cerca del astillero, ni al barrio, ni veía que la política montonera condujera a nada, pero no se quería ir y seguía cumpliendo con sus citas: cada vez con más esfuerzo, con menos convicción. En esos días se acordaba de ese compañero del astillero que,

cuando Luis recién entró, le había preguntado si estaba casado. Y, cuando Luis le dijo que no, se rió medio amargo:

—Así que ahora la tenés dulce, ¿eh? Pero ya te va a tocar, pibe, y entonces ya vas a ver lo que es coger por obligación.

Una de esas tardes iba en un colectivo hacia Liniers, a encontrarse con Darío, su responsable. Iba parado, pensando en su tema recurrente: qué futuro tenían, qué decidiría hacer, cómo podía ayudar a la gente que él había convencido de meterse en ese baile. Hasta que le dieron grandes sudores y estuvo a punto de desmayarse. A su lado, dos o tres personas le preguntaron qué le pasaba y un señor le dijo que había que llevarlo al hospital, que no se preocupara, que él se encargaba. Luis se desesperó: si lo llevaban a un hospital seguramente lo detendrían, estaría perdido. Seguía usando sus propios documentos: su responsable le había dicho que se los iban a cambiar, pero todavía no habían llegado los nuevos. Luis empezó a gritar que no, que lo dejaran tranquilo, y se bajó en cuanto pudo moverse. Los que habían tratado de ayudarlo lo miraron muy raro.

—Hugo, no aguanto más. Perdoname, hermano, pero me voy a tomar ese descanso. No sé, aunque sea un tiempito, hasta que se me aclaren un poco las cosas.

Hugo y Luis estaban en la cocina de la quinta de Tortuguitas. En pocos días tenían que dejarla, porque sus movimientos se estaban haciendo muy sospechosos. Hugo le dedicó una mirada extraña y empezó a decir algo pero se calló. Después se quedó un rato mirándolo.

—Y bué... Si te parece que es lo que necesitás, yo te apoyo, Jaime, yo estoy con vos. Espero que vuelvas, sinceramente, acá necesitamos a todos y más a la gente como vos. Pero andá a saber.

Luis empezó a protestar que no, que seguramente volvería, hasta que Hugo lo cortó:

—Andá a saber. Capaz que te pasás un tiempito afuera de todo esto y te gusta. Andá a saber.

Los dos se quedaron unos minutos en silencio. Después, Hugo volvió a hablar:

—Jaime, necesito pedirte algo. No me gusta tener que joderte justo ahora, pero no tengo más remedio.

Luis se alegró de poder irse sirviendo para algo.

—Pero por favor, Huguito, lo que sea.

—Necesito que Graciela me salga de titular para comprar la casita. En la orga ya me dijeron que tenían la guita lista.

—Sí, Hugo, seguro. Tengo que consultar con ella, pero no creo que haya problema. Che, ¿y vos qué vas a hacer?

—¿Qué querés que haga? Voy a seguir. Yo creo que hay que seguir; va a ser difícil, pero es la única posibilidad que nos queda de que estos hijos de puta no nos saquen todo lo que conseguimos en todos estos años, y de seguir buscando algo mejor para todos. Voy a ver si mandamos a los chicos a pasar unas semanas en lo de mi vieja, para que estén más seguros...

Dos semanas después, Graciela firmó los papeles de la casa. Hugo y Luis se despidieron con un abrazo que trató de no ser demasiado fuerte: ya se volverían a ver poco después. Al día siguiente, Luis se encontró con Darío, su responsable, en un bar de Liniers, y le dijo que se iba.

—¿Estás seguro?

—Bueno, lo pensé bastante.

—Jaime, me parece que esto merece una discusión mucho más seria. Son muchos años y mucho compromiso, no podés dejarlo todo así. Yo lo que te propongo es que lo volvamos a charlar...

—Bueno, como te parezca.

Quedaron en una reunión para la semana siguiente. Esa noche, Luis le dijo a Graciela que sí, que finalmente se iba. Ella le prestaría unos pesos para tomarse un tren. Él creía que iba a estar más aliviado, pero se sentía la última mierda.

Mayo de 1976. Poco después del golpe militar, para celebrar «el cierre definitivo de un ciclo histórico», para empezar a reescribir la historia, la editorial Atlántida publicó un número especial de la revista *Gente*: 240 páginas a gran formato, llenas de fotos y condenas. «Este libro es una crónica cruda, seca de lo que pasó. Sin ataques. Sin acento. Este libro cuenta y muestra. Quiere ser un testimonio que viva cuando en la memoria se borren las tristes imágenes de uno de los capítulos más negros de la

historia argentina. Cuando las heridas estén cicatrizadas. Por eso este libro». El libro contaba, entre otras cosas, el 25 de mayo de 1973. Tres años antes, en su edición especial del 31 de mayo de 1973, *Gente* titulaba «Un momento histórico» y «La gran noche de los presos políticos». Pero su versión había cambiado:

«El 25 de mayo de 1973 fue una pesadilla. Los que vivimos ese día tenemos la obligación de recordarlo», empezaba diciendo la nueva lectura de la historia y, tras contar los avatares del traspaso, —«uniformes militares escupidos, coches volcados y quemados, gritos, amenazas, ofensas, saltos, desbordes, revancha»— terminaba:

«Cuando terminó la ceremonia, las autoridades salientes no sabían cómo abandonar la Casa Rosada, que ya había sido bautizada y mancillada con el apodo de Casa Montonera. Todas sus paredes estaban pintadas con aerosoles, al más puro estilo de las proclamas callejeras de las organizaciones subversivas y terroristas. Hasta la altura de un hombre no quedaba lugar libre en las paredes para otra frase.

»Desde ese momento todo era responsabilidad del nuevo Gobierno. Una etapa había terminado. Se iniciaba otra y su símbolo no era tranquilizador. Las nuevas autoridades dejaron el estrado y entonces algo imprevisible sucedió. Nadie supo nunca cómo pero el Salón Blanco se llenó de jóvenes vestidos con blue jeans y camperas, con las camisas abiertas, a los que se les veían o se les adivinaban armas en las cinturas. Se apoderaron del escenario donde minutos antes se había realizado la ceremonia del traspaso presidencial y empezaron a cantar.

»Las agresiones subieron de tono. Fueron irreproducibles. Las frases ya no eran hirientes ni ofensivas. Eran gritos de guerra. Era disfrutar, no ya del triunfo sino de la derrota del oponente. Era desear la muerte del rival.

»Alguien cruzaba el Salón Blanco envuelto en una bandera en forma de capa. ¿Qué héroe anónimo era ese sujeto como para merecer la gloria de vestirse con una bandera? ¿Qué nuevo orden era el que lo permitía? Dardo Cabo, Galimberti, Abal Medina. Las imágenes de la pesadilla se hacen más borrosas. Las caras de los que saltaban y bailaban y ofendían y pedían venganza desde el estrado levantado en el Salón Blanco se funden con otras caras —las mismas poco después— distribuidas por la Policía Federal en

forma de fotografía porque pertenecían a una organización extremista acusada de crímenes cometidos durante la gestión del mismo Gobierno.

»Permanecieron en el lugar durante horas y horas, incansablemente, cantando, saltando, bailando. Era un festejo al que no se podía adherir si uno no estaba iniciado en el rito. De allí partió la invitación a abrir las puertas del edificio para que entraran todos los que estaban en la plaza, para que todos pudieran festejar de la misma forma, para que rompieran todo, para que esa casa se convirtiera en un caos aún mayor.

»Así surgen las imágenes de la pesadilla. Y quienes las recordamos no queremos que se aclaren más. No queremos recordar más. Tenemos suficiente. Otra vez nos corre el sudor. Otra vez aparece el miedo que tuvimos aquel día los que creíamos que se festejaba la iniciación de una etapa para todos los argentinos.

»Afuera, como si de pronto hubiera corrido una consigna, se cantaban los mismos cantos que adentro mientras se trepaban a las rejas.

»Quizá esas sean las imágenes más terribles del sueño. La puerta giratoria de la Casa de Gobierno estaba cerrada. Detrás de ella, los soldados del Regimiento de Granaderos habían dispuesto varias ametralladoras de pie porque la situación lo recomendaba. Un oficial de la policía negociaba con quien comandaba el grupo de asalto.

»Las caras se apretaban contra las rejas. Estaban en silencio. Los gritos venían desde atrás, desde la plaza. Ellos, no. Miraban. Recordamos aquellos ojos. Los brazos se aferraban a las rejas. Algunos estaban colgados como cadáveres con la mirada perdida. Teníamos ganas de tocarlos para descubrir que no eran una invención de nuestros ojos.

»Cada vez que por uno u otro motivo debemos ir a la Casa Rosada, al salir todavía nos parece ver aquellas caras, aquellos jóvenes colgados de la reja con la mirada extraviada, con una idea fija en su mente, con todo el tiempo y la paciencia del mundo para concretarla. Todavía, en el momento en que nos damos vuelta para enfrentar esa reja, sentimos el escalofrío, el sueño que va a volver a golpear difusa pero intensamente.

»Aquel día pasó. La noche hizo que la vergüenza mudara de escenario hasta la cárcel de Villa Devoto. Un mismo testigo no hubiera resistido las dos experiencias».

La tapa de *La Nación* decía que había una grave crisis política en Italia, que regía el mercado libre para el girasol, que un consejo de guerra había condenado a 15 años a «dos asaltantes que se resistieron a la policía» y que el ministro de Trabajo, el general Horacio Liendo, en su discurso del 1.º de mayo, «descontó la participación de la clase obrera para cerrar definitivamente un ciclo histórico, y abrir otro».

Elvio Vitali trataba de olvidarse del dolor de cabeza. Esa noche, como tantas noches esos días, había dormido muy poco: dormir era relajarse, no cuidarse. Dormir era entregarse, y Elvio no conseguía dormir. Se le cerraba el esófago, respiraba mal: siempre con la idea de que en cualquier momento le tocarían el timbre, o le patearían la puerta, y entrarían a llevárselo. Elvio sabía que la mayor parte de las caídas se daban en las citas, pero no podía dejar de pensar en aquella vez, menos de dos años antes, en que lo fueron a buscar a la casa de sus padres, y suponía que esta vez iba a pasar lo mismo.

A su lado, Adriana todavía dormía. Elvio la miró con un poco de envidia y decidió despertarla antes de levantarse. Hacía unos meses que se habían mudado a un departamento grande y viejo de Corrientes y Pasteur, con muy pocos muebles.

—Adriana, despertate. Es la hora.

—Uy.

Tenían la sensación de que cada día era una nueva amenaza: que lo mejor que podía pasarles era que no les pasara nada. Elvio fue a ducharse y afeitarse: en esos días era importante andar prolijo. Tenía que salir a las ocho para ir a su trabajo en el puerto y, a mediodía, llamar a su control, a ver qué novedades había. Las novedades solían ser terribles.

—Hola, habla el señor Domínguez.

El nombre de guerra de Elvio era Domingo; lo había usado muy poco porque solía estar en ámbitos donde sus viejos compañeros lo conocían como Tano o por su nombre y apellido: Elvio, como secretario del centro de estudiantes, había tenido un funcionamiento público. Pero en el teléfono de control era el señor Domínguez, parte de un equipo de vendedores de heladeras.

—Ajá, a las siete. Sí, entendido.

Sabía que la reunión podía ser ese día, y esa cita se lo confirmaba.

—¿El señor Bardi se enfermó? ¿Está segura?

En la jerga de los teléfonos de control, cuando alguien se había «enfermado» era que había «perdido». En sus charlas, los montoneros no solían hablar de morir o caer o ser detenido o secuestrado: hablaban de «perder». Era una denominación casi neutra para algo que no estaba del todo claro. Hasta antes del golpe, el modelo era visible: los secuestrados por las Tres A aparecían, uno o dos días después, fusilados o dinamitados en algún zanjón. Era terrible pero claro. Desde el golpe, en cambio, Elvio y sus compañeros no tenían idea de qué pasaba con los que «perdían». Empezaban a correr rumores sobre torturas, campos de concentración, cárceles más o menos clandestinas: versiones, pero nada concreto. Y eso, por momentos, aumentaba su espanto.

En esos días, las caídas se hacían más y más frecuentes, y las citas eran lo más peligroso: nunca podían saber si una cita iba a estar cantada, si en la esquina fijada los esperarían dos o tres falcon con diez tipos que se les tirarían encima para llevarlos a ese lugar inexistente donde sus compañeros «perdían». Era angustiioso. Y más, pensaba Elvio, mientras entraba en la cita que le habían dado ese mediodía, cuando uno empezaba a estar convencido de que no había salida, de que la derrota era cada vez más cierta, más inevitable.

—Bueno, les traje el *Evita Montonera* a ver si lo podemos discutir un poco, y una cuestión nueva, la pastilla, que ahora les voy a contar.

Estaban reunidos en la casa del Pollo, uno de los miembros de la UBA —unidad básica de aspirantes, el ámbito más bajo de la organización Montoneros— donde estaba Elvio. Habían llegado compartimentados y ya habían hablado de las actividades de la semana siguiente: el Pollo y Mirta, que no eran muy conocidos, pondrían dos cajas volanteras en la facultad.

—¿No vieron lo que dice el *Evita*? Les leo: «Al enemigo no lo venceremos cuando hayamos matado al último oligarca con el arma quitada al último general ejecutado. La guerra se gana cuando uno de los bandos pierde la voluntad de combatir. Para eso, además de la batalla de los fierros, hay que ganar la batalla de la información y de la propaganda. ¿De qué vale

que en los combates les hayamos producido más de ochenta bajas si esto lo ignoran las masas?». Eso dice: la propaganda, che, la información.

La facultad estaba muy controlada, con policías de uniforme en la puerta que pedían documentos a todos los que entraban, y hordas de informantes y policías de civil. Las volanteras eran unas cajas de zapatos con un pequeño mecanismo que explotaba e impulsaba los volantes hacia arriba: una forma menos peligrosa de tirar volantes que, aun así, suponía mucho riesgo. Mucho riesgo para muy poco resultado, pensaba Elvio: cada vez estaban más desconectados, ya casi todo consistía en preservarse, mantener lo que les quedaba de aparato, seguir vivos.

—Sí, es una pastillita de cianuro. Es el veneno más eficaz: no produce dolor y actúa en segundos, no les da lugar a los milicos para ninguna reacción.

Dijo Julián, el responsable, miembro a su vez de una UBC —unidad básica de combate—. Julián era uno de los militantes que Elvio más respetaba: era un viejo compañero suyo de la facultad, y Elvio solía pensar que era el último de esa raza de militantes de Derecho con una formación muy sólida, que eran capaces de sostener una buena discusión política más allá de las órdenes y consignas de su organización. Además, Julián era un tipo culto, sensible, interesado en tantas cosas: alguien que leía Nietzsche, Marechal, Baudelaire. Elvio lo quería mucho y confiaba en él, pero la pastilla de cianuro le parecía demasiado.

—Un veneno mortal...

—Claro, el más mortal. Eso nos permite ganarles la última batalla a los milicos. Los milicos nos agarran para hacernos cantar, para conseguir información que les permita enganchar a otros compañeros. Para eso han desarrollado torturas terribles, eso ya lo vamos sabiendo. Entonces se ha definido que la manera de oponerse, de ganarles esa pelea es tomarse la pastilla.

—No, disculpame pero no. Yo no puedo cargar una pastilla de cianuro en el bolsillo.

Dijo Elvio, y Julián lo miró con sorpresa. Pero el Turco lo apoyó:

—No, yo tampoco. No me lo banco, y además no sé si estoy de acuerdo. Nosotros peleamos por la vida, ¿no?

—Justamente. Peleamos por la vida, por el futuro, por un proyecto revolucionario que es tan importante que estamos dispuestos a dar la vida por él. Y si estamos dispuestos a darla en tantas situaciones, ¿cómo no vamos a estar dispuestos a darla para evitar que caigan otros compañeros?

—No, porque la cosa consiste en darse una política para la vida, que nos permita vivir para ganar, no morirnos para perder un poco menos...

La discusión siguió un rato largo, pero Julián no consiguió convencer al Turco y a Elvio de llevarse la pastilla. Tampoco los presionó demasiado: podía haberles propuesto una sanción, pero no lo hizo. No era ese tipo de responsables. Y quizás, después de todo, él tampoco estuviera tan convencido:

—Bueno, en todo caso lo seguimos discutiendo en la próxima.

Cuando salió de la reunión, Elvio caminó un rato antes de volver a su casa, a la claustrofobia, a la angustia de esperar la patada en la puerta. A menudo pensaba en la posibilidad de dejar de militar, pero no se decidía: toda su vida tenía que ver con ese proyecto y no podía abandonarlo así como así. No podía decepcionar así —traicionar, se decía, casi sin querer— a sus compañeros presos, sus compañeros muertos. Y, además, si se iba, ¿adónde se podía meter, adónde quedaría?: en el limbo, fuera de la historia, fuera de toda esperanza de, finalmente, cambiar ese mundo cada vez más injusto, más cruel. Por eso se quedaba. Pero, por otro lado, lo acosaba la idea de que estaban derrotados, y lo aterraba la constatación de que tenía mucho miedo. Aunque no estuviera claro cuál era el huevo, y cuál la gallina.

—El San Felipe está muy bien, mozo, gracias.

El restorán de Pueyrredón casi Córdoba era más bien pretencioso. Los días de semana había almuerzos de ejecutivos con maletines y sobretodos de pelo de camello. Pero el viernes 7 de mayo llovía a cántaros y todos entraban sacudiendo paraguas. Los seis de la mesa del fondo no eran habitués, pero saludaron con propiedad al maître y pidieron el vino de acuerdo al plato. Después siguieron con lo suyo:

—Como le decía, ingeniero, nuestra empresa está en una situación delicada en lo financiero, pero creemos que es momento de mirar el

exterior, de incrementar las exportaciones. Nuestro gerente en París hizo buenos contactos como para armar una comisión que se ocupe de los asuntos de la publicidad.

—Claro, doctor, sería muy importante que, como dijo el amigo, en este emprendimiento contemos con el aval del resto de las firmas interesadas.

El ingeniero era Roberto Sinigaglia; el doctor, Manuel Gaggero; el gerente en París, Rodolfo Mattarolo; la empresa, el PRT; y el lenguaje cifrado, un poco obvio. El resto de los comensales eran Gustavo Roca, Eduardo Duhalde, Mario Hernández y Martín Federico. Todos abogados de fuste, militantes de trayectoria, hablando sobre la creación de un organismo que centralizara las denuncias que, en esos días, se multiplicaban. La iniciativa había surgido de Duhalde y Roca: querían que fuera algo independiente de las organizaciones guerrilleras, pero que tuviera su reconocimiento. Cuando el mozo estaba lejos, Roca hablaba más tranquilo:

—Con Eduardo estuvimos peloteando nombres. Nos gusta Comisión Argentina de Derechos Humanos, que suene neutro, como los organismos internacionales, nada de color político. La idea es que al frente figuren los jetones, cosa de poder hacer contactos con los partidos y gobiernos europeos, también con los yanquis...

Roca no se dio cuenta de que el mozo pasaba.

—... así, si se logra documentar bien las denuncias, se puede presionar por el boicot comercial a la dicta...

Gaggero le tocó la rodilla.

—¡Shhh! Che, viejo, con más cuidado. El mozo ya miró dos veces.

No todos sentían la represión pisándoles los talones. A los postres, Sinigaglia comentó que él seguía yendo a Tribunales: que hasta que se aclararan las cosas no se mostraría mucho, pero que, gracias a su socio, el estudio seguía funcionando. Y que él ya no daba abasto con los hábeas corpus que le pedían.

—De todos modos, Manuel, esto es un embate inicial: después van a tener que restablecer una cierta legalidad. Escuchame, ¿cuánto más van a poder seguir llevando camiones con soldados a las fábricas para evitar un paro?

La conversación ya no respetaba los códigos simulados. Gaggero quería entusiasmarse con una visión menos dura que la que sostenían sus compañeros del PRT, pero todo lo inducía al pesimismo.

—Todavía ni sabemos qué están haciendo con la gente que tienen en los cuarteles, Roberto. Hay cárceles en las que están todos incomunicados. En Córdoba, en Coronda, no pueden entrar ni los familiares ni los abogados... ¿Qué querés que te diga? Para mí los milicos son capaces de cualquier cosa.

Quedaron en una nueva cita para la semana siguiente. Cinco días después, a la tarde, Manuel recibió un mensaje urgente con una cita de parte de Gustavo Roca. Se encontraron en un bar de Colegiales:

—¡Manuel, ayer los levantaron a Roberto y a Mario! Me llamó el socio de Roberto, dice que fueron dos autos de civil, en pleno centro, que empezaron a gritar sus nombres. Uno que pasaba escuchó Roberto Sinigaglia, un tipo de Tribunales que lo conocía, entonces anotó el teléfono del estudio y se comunicó con el socio.

Mario era Hernández, abogado, también había sido asesor de Righi en la época de Cámpora. Todo lo que pudo agregar el informante anónimo era que los autos eran falcon, que no tenían patentes, que salieron a toda velocidad mostrando las armas por las ventanillas: lo habitual.

Manuel Gaggero habló con el socio de Sinigaglia y se encontraron de inmediato. Medrano Pizarro estaba furioso, desconcertado. Se sentó en el bar y le contó que, como él era militar retirado, había llegado hasta niveles altos:

—Me presenté en el Comando en Jefe, les dije que Roberto es un hombre de bien, que él no es subversivo, que lucha con las armas más nobles, con la ley y la palabra. Pero era hablar con una pared: me dijeron directamente que no me meta, que si sabían algo ellos me iban a avisar. Yo no sé qué se traen, pero ahora directamente yo ando armado y si alguien me viene a secuestrar lo cago a balazos.

Gaggero trató de serenarlo:

—Mirá, todos estamos en la misma, pero yo te diría que si andás con una pistola, vas a terminar siendo un blanco móvil, por más que les digas que no sos guerrillero ni nada por el estilo.

Mario Hernández y Roberto Sinigaglia no aparecieron nunca más.

Mayo de 1976. «Le agradecí personalmente el golpe del 24 de marzo, que salvó al país de la ignominia, y le manifesté mi simpatía por haber enfrentado la responsabilidad del gobierno. Yo nunca he sabido gobernar mi vida, menos podría gobernar un país», dijo Jorge Luis Borges, y los periodistas de Casa de Gobierno se sonrieron: ya tenían un título para sus notas.

El miércoles 19, Borges, Ernesto Sábato, Horacio Esteban Ratti (presidente de la Sociedad Argentina de Escritores) y Leonardo Castellani (un sacerdote que escribía) almorzaron durante dos horas con el general Jorge Videla y con otro general, José Villarreal, secretario general de la Presidencia.

Primero los contertulios bebieron whisky, jerez y jugo de frutas. Videla inició la conversación preguntándole a Borges sobre su viaje a los Estados Unidos y los resultados de su operación de ojos. Borges le contestó que estaba muy cansado por ese recorrido de cuatro meses y, sobre todo, por la comida americana. En cuanto a su vista, intentó una demostración: señaló dónde estaba el perchero, dónde una silla, dónde un cuadro. Y enseguida le dio un vahído, estuvo a punto de caerse y lo atajaron Videla y Ratti. Cuando se recuperó, todos pasaron al comedor privado.

«El desarrollo de la cultura es fundamental para el desarrollo de una Nación», dijo Videla varias veces, y los demás asentían. A la derecha del presidente estaba el padre Castellani. A la izquierda, Ernesto Sábato. Enfrente, Borges. Y a sus lados, Ratti y el general Villarreal. Un mozo les servía un menú que la prensa calificó como «sobrio»: budín de verduras con salsa blanca, ravioles y ensalada de frutas con crema o dulce de leche, con vino tinto Bianchi 1887 y San Felipe blanco. Videla, dijeron después los escritores, se dedicó a escuchar y les repitió varias veces que para él era un honor compartir esa mesa con tan importantes personajes.

—Es imposible sintetizar una conversación de dos horas en pocas palabras, pero puedo decir que con el presidente de la Nación hablamos de la cultura en general, de temas espirituales, culturales, históricos y vinculados con los medios masivos de comunicación. Hubo un altísimo

grado de comprensión y respeto mutuo, y en ningún momento la conversación descendió a la polémica literaria o ideológica y tampoco incurrimos en el pecado de caer en banalidades; cada uno de nosotros vertió sin vacilaciones su concepción personal de los temas abordados.

Dijo, a la salida y a la prensa, Ernesto Sábato, y siguió:

—Fue una larga travesía por la problemática cultural del país. Se habló de la transformación de la Argentina, partiendo de una necesaria renovación de su cultura.

Después le preguntaron su opinión sobre Videla:

—El general Videla me dio una excelente impresión. Se trata de un hombre culto, modesto e inteligente. Me impresionó la amplitud de criterio y la cultura del presidente.

Dijo Ernesto Sábato, y los periodistas volvieron a sonreír: ya tenían un cierre. Ya en 1978, Sábato explicaría su posición en un artículo de la revista alemana *Geo*: «La inmensa mayoría de los argentinos rogaba casi por favor que las Fuerzas Armadas tomaran el poder. Todos nosotros deseábamos que se terminara ese vergonzoso gobierno de mañosos», dijo, para explicar el golpe de marzo. Y, más adelante: «Desgraciadamente ocurrió que el desorden general, el crimen y el desastre económico eran tan grandes que los nuevos mandatarios no alcanzaban ya a superarlos con los medios de un estado de derecho. Porque entre tanto, los crímenes de la extrema izquierda eran respondidos con salvajes atentados de represalia de la extrema derecha. Los extremistas de izquierda habían llevado a cabo los más infames secuestros y los crímenes monstruosos más repugnantes». Y, para concluir: «Sin duda alguna, en los últimos meses, muchas cosas han mejorado en nuestro país: las bandas terroristas han sido puestas en gran parte bajo control».

—Silvia, ¿cuál es la posición normal de la mandíbula? ¿Así o así?

Daniel De Santis miraba la cara de su mujer y cambiaba de posición: primero de dientes apretados como mordiendo un hueso, después con la boca casi abierta.

—Con la tensión, Daniel, se te contraen los músculos faciales: ésos, los maseteros, entonces los maxilares te quedan como soldados.

Silvia Kreilis le agarraba la quijada y quería distenderlo, pero sabía que por algún lado tenían que aparecer la tensión y los miedos.

—Sí, lo que pasa es que ya me olvidé cuál es la posición normal, se me contraen solos... Yo creo que eso es lo que me da dolor de cabeza, ¿no?

Daniel y Silvia habían dejado la casa de Wilde: ella estaba convencida de que los tenían fichados. Como estaba embarazada de nuevo y Ernesto tenía un año y medio, no podía salir por los techos y convinieron que se fuera a la casa de sus padres; él, mientras, dormía donde podía. Se pasaba el día militando pero nada mejoraba. El día anterior había ido a catorce citas diferentes, con distintos compañeros, por distintos motivos, y todas habían fallado. Y en cada cita se jugaba la vida. Daniel se sentía firme, no le tenía miedo a la muerte. Le daba miedo la tortura, y más miedo le daba la forma en que la represión los estaba desmembrando.

En esos días los militares habían agarrado a José Manuel Carrizo, un histórico, jefe de estado mayor del ERP. Santucho decía que Carrizo, aunque lo torturaran, no abriría la boca: que era un tipo duro. Santucho había puteado mucho unas semanas antes, cuando cayó Pascual, uno de los integrantes del equipo nacional de propaganda. Lo secuestraron por la calle y, al día siguiente, la policía y el Ejército llegaron a las dos imprentas nacionales: la de Córdoba y la de Buenos Aires. El PRT todavía tenía una imprenta más pequeña y *El Combatiente* sólo dejó de aparecer una semana. Pero la pérdida de las dos imprentas era un golpe muy duro.

Para que sus compañeros no se desalentaran, para mostrarles que seguían en la brecha, Daniel ordenó a las células de propaganda de la regional Sur que salieran a repartir periódicos en barrios y puertas de fábrica. Poco después, Daniel se reunió con una célula que, en una sola mañana, había repartido 200 periódicos por fábricas de Avellaneda y Lanús. Ellos estaban orgullosos. Daniel también:

—Qué tenacidad, compañeros, para hacer lo que hicieron hay que tener tenacidad.

Pero se sentía confundido: veía que la sangría seguía y que no había ningún síntoma del auge de masas que había pronosticado Santucho.

—Ahora la dirección bajó una línea de democratización, de descentralización, para que dependamos menos del aparato. Tenemos que

tratar de dar menos flancos. Por ejemplo, ya no vamos a depender de propaganda nacional: a partir de ahora, cada equipo va a tener que hacer sus propios volantes.

El sistema era rudimentario: agarraban dos tapas de madera, rociaban de tinta la de abajo, ponían el stencil y encima el papel en blanco. Daniel hacía la muestra y presionaba con fuerza:

—Ven, arriba presionan con la otra tapa y después la sacan con cuidado. ¿Ven? Bueno, una vez que estemos más cancheros van a salir más prolijos.

Habían pasado tres meses del llamamiento del PRT: «¡Argentinos, a las armas!». Ahora, con la estructura medio desmantelada, el partido planteaba un proceso más paciente, de construcción a largo plazo. Los diarios de ese día decían que, en lo que iba del año habían muerto en «enfrentamientos con las fuerzas del orden unos 650 delincuentes subversivos». Daniel sabía que eso era sólo una pequeña parte: la mayoría no «moría en enfrentamientos» ni salía en los diarios.

Rudi era un militante de la UES de zona Norte que venía del Nacional Belgrano, de la Capital. Mercedes Depino lo conocía de mucho tiempo atrás y le tenía un cariño especial: a veces, Rudi le contaba sus problemas personales, sus kilombos con Ester, su novia, y Mercedes trataba de ayudarlo. Incluso le buscó un psicoanalista. En esos días, las terapias habían sido prohibidas por la conducción: eran un peligro para la seguridad de los militantes. Pero Mercedes le consiguió uno que era colaborador de la organización, lo pasaba a buscar en coche por una esquina y se lo llevaba compartimentado a su consultorio.

A principios de mayo, Rudi dejó de llamar al teléfono de control. Mercedes supuso que podía haber caído, y dio la orden de levantar un par de casas que Rudi conocía: entre ellas, el lugar donde habían llevado la imprenta de la UES de Norte. La operación fue riesgosa, pero consiguieron sacar todo. Parecía que Rudi no había cantado.

Una semana después, un militante de la UES de Capital le contó que Rudi estaba bien, que no le había pasado nada. Habían detenido por unas horas a su novia y él decidió irse y prefirió no avisarle a nadie, por miedo de la reacción montonera. Mercedes se alegró de que estuviera bien pero se

quedó con bronca por la desconfianza: si sé quería borrar, Rudi podría haberle avisado. Además, se habían arriesgado para levantar los lugares que él conocía. Mercedes le dejó varias citas en el teléfono, y Rudi no apareció. Le dio más bronca todavía: ese pelotudo no se daba cuenta de que ella era diferente, de que con ella habría podido confiarse: que ella lo entendía.

De vez en cuando, Mercedes se tomaba el 152 para ir a trabajar un rato a la librería de su cuñado, en Cabildo y Blanco Encalada. Era una forma de ser, por un rato, una persona común y corriente. Y esa mañana estaba por bajarse en su parada cuando descubrió, al fondo del colectivo, a Rudi. Él la había visto, y estaba pálido. Puta que me parió: me iba en dos días, pensó, ya tenía todo listo y justo ahora me viene a agarrar esta conchuda montonera.

—Hola, cómo te va. Che, escuchame, bajémonos a tomar un café.

Rudi no le contestaba. Estaba aterrado y se agarraba al pasamanos como si fuera su tabla de salvación. Mercedes le insistía:

—Dale, boludo. Nos bajamos donde vos quieras, vamos al café que vos quieras. No tengo nada, no te voy a hacer nada. No seas boludo.

Algunos pasajeros empezaron a mirarlos. Al final, Rudi aceptó bajarse y se sentaron a tomar una coca en una mesa cerca de la puerta. Rudi miraba para todos lados y le contó que tenía pasaje para irse a Israel tres días después. Estaba escondido en la casa de un pariente esperando el momento, y había tenido que salir para hacer un trámite. Mercedes lo puteó por no haberle avisado, y le dijo que le parecía bien que se fuera:

—Si no estás seguro, lo mejor que podés hacer es irte. Por vos, pero también por nosotros, por todos. Un tipo inseguro es un peligro para todo el mundo. Son los que cantan más fácil.

—¿Y vos por qué no te vas, flaquita? Si ni siquiera estás de acuerdo con la línea de la orga, ¿para qué carajo te quedás, para que te hagan bolsa?

—Es más complicado, Rudi, es más complicado. Yo siento que por ahora tengo que quedarme y dar la discusión desde adentro. Si hay algo que salvar lo tenemos que salvar entre todos. Y además yo no me puedo ir así nomás. Yo tengo compañeros a mi cargo. Si tomo la decisión de irme, antes tengo que hablar con los compañeros, para que ellos se vayan primero, ¿entendés?

Se pararon enseguida. No podían quedarse mucho tiempo en un café: en esos días, era una locura. Se abrazaron en la esquina: Rudi estaba convencido de que era una despedida, de que nunca volverían a verse.

Rudi salió sin problemas. Poco después, Mercedes se enteró de que había caído Paco, el responsable de la UES de San Isidro. No había seguido su consejo: se había conectado con los de la JP, que le habían encargado que colocara unas «gancheras». Las gancheras eran unos pedazos de alambre con volantes que se colgaban en algún lugar para que la gente que pasara los agarrase. Paco las estaba poniendo en una calle poco transitada de una zona fabril, con un paredón muy largo: Paco colocó la primera, la segunda, la tercera, y a la cuarta un falcon le paró al lado, se bajaron tres tipos con ametralladora y lo metieron adentro. Nunca más se supo de él.

Mayo de 1976. El martes 11 a la mañana, cuando el embajador de Bolivia en París, general Joaquín Zenteno Anaya, salía de su residencia y estaba por subir a su coche, dos hombres se le acercaron y lo mataron a balazos. Se retiraron sin dejar pistas y, horas después, los diarios franceses recibían un comunicado de una «Brigada Internacional Che Guevara» que casi nadie conocía.

El dato no era público, pero ése fue el nombre que adoptaron, para firmar esa operación, las «tropas especiales» del Ejército cubano. En 1967, Zenteno Anaya era el jefe militar de la región de Santa Cruz: las divisiones a su mando persiguieron a los guerrilleros de Guevara, capturaron al Che y lo fusilaron, siguiendo instrucciones de sus superiores. Muchos de los miembros de esas «tropas especiales» cubanas se habían formado junto a Ernesto Guevara.

Graciela Daleo tenía la casa llena de jabón en polvo, suelto, en montoncitos. Hacía unos días que se había mudado a ese departamento en la avenida Rivadavia, en Flores: lo compartía con la Kika Osatinsky, la viuda de Marcos, y una pareja de militantes, Lucy y Monra, con su hija de ocho años. Era un contrafrente amplio, con living y tres dormitorios grandes, que los Montoneros habían comprado. Para Graciela fue un alivio: era la

primera vez en muchos meses que tenía una vivienda fija, y era la primera vez que la organización le asignaba oficialmente un departamento con otros militantes. Cuando se fue de la casa familiar, los padres de Graciela habían mandado sus cosas a un guardamuebles; ahora que tenía un domicilio fijo fue a buscar los canastos y se los llevó a su casa. Ahí estaban sus libros, sus cuadernos del colegio, sus cartas de amor y su lavarropas, que le había quedado de sus proyectos matrimoniales con el Flaco Jorge. Cuando su responsable se enteró, le ordenó destruir todos los papeles:

—Hay mucha cosa con tu nombre, muchos materiales que pueden servir para identificarte. Tenés que deshacerte de todo eso.

Graciela intentó discutir, pero sabía que él tenía razón. Esa noche, en una ceremonia triste y privada, tiró todas las huellas de su pasado al incinerador.

—Bueno, vamos a tener que ir a comprar muebles, arreglar un poco el depto.

—¿Comprar muebles, Kika?

—Sí, Victoria. Tenemos que armarnos una buena cobertura. Imaginate, no se puede vivir en un departamento como éste y tener en el living una mesita de pino y cuatro sillas. Si viene cualquiera, el portero, un vendedor, cualquiera, es un fato terrible... Ya bastante raro es este grupo familiar que nos armamos, ¿no?

En los dormitorios tenían apenas una camita y una silla cada uno, pero para el living fueron a comprar muebles a una casa de remates de la avenida Díaz Vélez: terminaron llevándose una mesa y unos sillones estilo colonial, pesados, de madera oscura.

—Che, ¿no será que nos está gustando esto del consumo, no?

—¿A esto lo llamás consumo, Flaca?

El departamento había costado caro: los Montoneros lo querían para instalar una base de comunicaciones. Por el momento había un escáner que permitía escuchar las comunicaciones de las radios policiales: así podían controlar los movimientos de los patrulleros. Kika se ocupaba de eso.

A Graciela le gustaba vivir con otros militantes aunque, obviamente, los peligros se multiplicaban: si cualquiera de ellos caía, la casa y todos sus habitantes podían caer. En esos días, Graciela había dejado su trabajo en la

empresa de exportaciones e importaciones y hacía de enlace: la habían pasado a una estructura que estaba en la órbita de la secretaría de Organización, y tenía que transportar información y materiales de su secretaría a las otras, y viceversa. Poco antes, el Consejo Nacional montonero había decidido que la «organización político-militar» se transformaría en un «partido revolucionario de cuadros regido por el materialismo histórico y dialéctico», basado en los esquemas organizativos de los partidos leninistas: el centralismo democrático. Los documentos montoneros decían que «el tránsito de organización político-militar a partido no es un mero cambio de nombre ni de estructuras organizativas ni de cantidad de miembros. Es un cambio cualitativo, indispensable para legitimarnos como conducción del Movimiento Peronista, que conduzca a todos los trabajadores y al pueblo en un poderoso Movimiento de Liberación Nacional y Social». Pero, por el momento, los cambios no se notaban mucho: el centralismo democrático, que necesitaba de congresos y discusiones, era inaplicable en medio de la represión.

En esos días la extrema clandestinización, la represión durísima, la multiplicación de estructuras y las dificultades para encontrarse hacían necesaria la existencia de esos enlaces que tenían que recorrer la ciudad cubriendo una serie de citas fijadas de antemano para recolectar información y transmitirla a su vez. Ya no había locales ni casas conocidas por los militantes, para evitar que cayeran: la única forma de que circulara la información era a través de esos enlaces.

Graciela solía salir de su casa temprano: todos ellos salían temprano, aunque no tuvieran nada específico que hacer, porque tenían que dar la impresión, a los vecinos y al portero, de que hacían una vida normal: que se iban a trabajar y volvían a la misma hora que todo el mundo, hacia el final de la tarde. Cualquiera que no lo hiciese podía resultar sospechoso, y nadie sabía si un portero o un vecino podía ser un confidente de la policía o los militares, o simplemente decidiría alertarlos. La propaganda contra «los delincuentes subversivos» era muy fuerte, y mucha gente estaba convencida de que era su deber denunciarlos.

Cada mañana, Graciela tenía cuatro citas: una para Capital y Gran Buenos Aires y otras para las zonas Norte, Centro y Sur del país. Cuando

un militante necesitaba el contacto con su secretaria, su responsable se remitía al secretario del área técnica de su zona, que le pasaba la cita. Así intentaban que la conociera poca gente, pero igual era muy peligroso.

Cada mañana, Graciela tenía que recorrer a pie un determinado circuito de calles: en ese recorrido la podían encontrar los militantes que quisieran ir a transmitir o a buscar algún dato. Podía ser fulano de tal que necesitara un contacto para viajar a Tucumán, o mengano que pidiera dinero o papeles o armas, o zutano que precisara pasar un documento. En general Graciela no los conocía, pero había un sistema de contraseñas: esta revista, aquel libro, un pañuelo al cuello, y algún diálogo convenido: «¿Dónde hay una farmacia?». «No sé, pero acá a la vuelta hay una perfumería». Tras reconocerse, los militantes se intercambiaban los mensajes, que solían estar envueltos en algo que los disimulaba: Graciela se había inventado el truco de las cajas de jabón, y por eso su casa estaba repleta de jabón en polvo suelto. Otros llevaban cajas de maicena, de arroz, de lo que fuera.

Una vez, a Graciela se le ocurrió una idea genial: se compró un soufflé grande, de esos con almendras y miel, se comió el chocolate y embutió el documento en el paquete vacío. Estaba feliz: así iba a poder comer cantidad de chocolate con una buena excusa. Pero cuando llegó a la cita el militante que recibió el soufflé no lo podía creer:

—¿Cómo me entregás esto?

—Bueno, pero...

—Pero escuchame, si me agarra una pinza, lo aprietan así y el chocolate no es blando y el papel sí.

Eran trucos para darse algunos gustos: la plata no sobraba. Graciela, como los demás militantes a partir de cierto nivel, recibía una asignación mensual de su organización: el salario medio de un peón industrial no calificado. Ella, además, tenía derecho a un suplemento para pagar sus desplazamientos. Graciela recibía el dinero de su responsable, con regularidad, sin problemas. Pero sabía de otros ámbitos donde a veces la asignación funcionaba como una forma de presión: cuánto recibía cada uno, cuánto tardaba en recibirlo eran formas de mantener cierto control político.

La asignación corría para todos los militantes que, por su clandestinidad, no podían tener un empleo: la mayoría. Los que todavía

podían trabajar «socializaban» su sueldo: se guardaban una cantidad equivalente a la asignación y entregaban el resto a su organización. Los militantes tenían que hacer, cada mes, una rendición de sus gastos.

—¿No te parece jodido, eso de tener que andar dando cuenta de cada mango que gastás, che?

—No, Flaca. Está claro que si recibimos esa guita es porque nuestra militancia en esta coyuntura no nos permite trabajar. Pero está el peligro de que te transformes en un burócrata, un mantenido de la revolución. Tenemos que tener claro que esa guita no es nuestra, es del conjunto, y hay que manejarla con mucho cuidado, rendir cuentas.

Aunque había algunos gastos que Graciela no rendía. Siempre le había costado despertarse temprano. Y, muchas veces, saltaba de la cama con atraso y tenía que tomarse un taxi para ir a su primera cita del día. En esos casos reducía otro gasto, para no incluir en su rendición de cuentas un vicio tan pequeño burgués.

—Che, necesito guita para un gasto extraordinario.

—¿Qué?

—Un par de botas. Yo me paso el día caminando, de cita en cita, y las mías están hechas mierda. No es joda, las necesito para cumplir con mis tareas...

—Sí, no hay problema. Yo te las consigo.

En esos días, cada encuentro era una zozobra: nunca se podía saber si habría caído alguien que conociera la cita, si no la habría cantado. En cada cita Graciela se enteraba de nuevas caídas: era desesperante, aterrador, pero seguía adelante. A veces se decía que bueno, que muchos quedarían en el camino pero que, al final, los que quedaran llegarían a la victoria y que eso los redimiría a todos. En el *Granma* salieron 84, se decía, y al día siguiente del desembarco en Cuba quedaban 13 y sin embargo hicieron la revolución, ganaron. Así sería. Y ella y todos los demás tenían que cuidarse todo lo posible, para sobrevivir y ayudar a que así fuera. Graciela iba a cada cita con todos los sentidos alerta, escuchando cada ruido, mirando para todos lados, controlando cada movimiento que veía a su alrededor.

A veces, cuando veía algo que la preocupaba especialmente, Graciela Daleo «entraba en la cita» con la pastilla de cianuro en la mano. La

tranquilizaba mucho tener la pastilla. Se la había pasado Willy, un militante de la secretaría técnica, unas semanas antes, junto con algunas recomendaciones: tenía que mantenerla guardada en ese papelito plateado, porque la luz podía arruinarla, y también tenía que protegerla de la humedad.

La tranquilizaba la idea de que podía elegir su propia muerte, y que podía optar por el silencio. A esa altura, los militantes ya tenían alguna idea sobre lo que les podrían hacer si los agarraban vivos: todos habían oído historias de torturas terribles. Por la forma en que se sucedían las caídas, Graciela sabía que había militantes apresados que habían hablado. Entonces, pensaba, la pastilla era la forma de garantizarse a sí misma que no pasaría por ese trance. La pastilla de cianuro le aseguraba que no cantaría: una manera de proteger a la gente que más amaba: sus compañeros, sus amigos. La convicción revolucionaria, la fe en la victoria, se decía, eran lo básico para resistir la tortura. Pero hacían falta otras cosas. Además de la receta de repetir todo el tiempo una frase para que el LSD no la hiciera cantar, ahora disponía de un recurso más contundente. Y así no sufriría. Era como un amuleto; no que pensara que si la frotaba iba a salir el genio bueno: era como un arma. Le daba más tranquilidad apretar en la mano una pastilla que una pistola que no sabía manejar bien.

En esos días Graciela no tenía un ámbito orgánico donde pudiera discutir esas cuestiones, pero las charlaba con sus compañeros de departamento o con algún otro militante que se cruzaba:

—... pero en el caso de una compañera embarazada no sé... ¿Vos que pensás? Me parece que una cosa es que uno mismo disponga de su vida, pero ahí también está en juego la vida del bebe. ¿Te parece que si la madre se toma la pastilla, el bebé puede llegar a nacer?

—No sé, la verdad que no sé. Difícil saberlo.

Graciela tenía la sensación de que la muerte era una posibilidad muy cierta pero que, al mismo tiempo, era como si fueran a vivir para siempre. Uno de esos días, Graciela se encontró con su madre a tomar un café. Desde su partida de la casa familiar se veían muy poco, cada dos o tres semanas, siempre en algún bar. Y a su padre casi nunca. Esa tarde, la señora tenía una preocupación insistente:

—Nena, vos seguís haciendo tus aportes para la jubilación, ¿no?

Graciela no podía creer que estuvieran en mundos tan distintos:

—Mamá, cuando llegue a la edad de jubilarme voy a estar muerta o vamos a haber tomado el poder. Así que para qué voy a aportar para la jubilación, me querés decir.

Muchas veces, después de recibir los mensajes y materiales, Graciela tenía que ir a alguna cita a transmitirlos. A menudo esas otras citas sucedían varias horas más tarde. Graciela no podía volver a su casa porque tenían que mantener la ficción del trabajo, y tampoco era prudente quedarse mucho tiempo en un bar, así que se pasaba largos ratos yirando por la ciudad. Hacer tiempo era casi lo peor: andar sin rumbo con algo comprometedor en la cartera, esperando que se hiciera la hora. A veces, Graciela se tomaba el 343, que hacía Liniers-Tigre por adentro y tardaba como tres horas, o el 108, Liniers-Retiro, carretón. Después, cuando volvía a su casa, el peligro seguía. Cada tarde, al llegar, miraba si estaba en la ventana de su departamento la toalla que colgaban para significar que no había problema. Aunque la viera, igual tenía que tocar el portero eléctrico antes de subir, y el que estuviera arriba tenía que contestar con una contraseña. Cualquier precaución era poca en esos días.

—François, necesito un fierro.

Dijo Cacho El Kadri, y todos lo miraron como quien dice pobre, otro latinoamericano de éstos que no entienden que acá estamos en Francia, que esto es otra cosa. François Gèze le dijo que para qué, que en Francia no era necesario.

—¿Cómo no? Acá secuestraron a Ben Barka, yo quiero un fierro.

En un departamento parisino amplio, un poco caído, François Gèze, Alain Dantou y varios compañeros suyos recibían al nuevo exiliado: Cacho había llegado de España un par de días antes: el periodista Manolo Revuelta y Marie-Pascale Bertin, la mujer francesa de Norman Briski, lo esperaban en la gare d'Austerlitz. Gèze acababa de publicar, junto con Alain Labrousse, *Révolution et contre-révolutions en Argentine*, un libro para el cual había entrevistado a Cacho dos años antes, en Buenos Aires, y era uno de los referentes para los militantes argentinos que llegaban a París.

—Ya me jodieron en España, pero no me vuelven a agarrar así. Yo necesito un fierro, y seguro que ustedes me lo pueden conseguir.

—Cacho, con todo respeto, me parece que no estás pensando cómo están las cosas en Francia. Acá hubo alguna tentativa de lucha armada hace unos años, pero ahora la izquierda la dejó totalmente de lado. Además, este Estado es capitalista pero respeta ciertas convenciones, y entre ellas la idea de garantizar la seguridad de los ciudadanos, dentro de ciertos límites, claro, y el uso de armas en esta situación sería...

Lo convencieron. No era fácil estar siempre de visitante, sin conocer las reglas, como pidiendo permiso todo el tiempo. Poco después llegó a París Liliana Andreone y los dos se instalaron en una habitación de la casa de Norman y Marie-Pascale: un departamento luminoso, con una cocina grande donde solían reunirse los militantes montoneros que vivían o pasaban por París, desde Fernando Vaca Narvaja, Lili Mazzaferro o Adriana Lesgart hasta Juan Gelman o los integrantes del cuarteto Cedrón. Muchas veces, Cacho compartió con ellos mates y noticias, hasta que llegaba el momento en que alguno le decía bueno che, por favor dejanos solos que tenemos que hacer una reunión orgánica.

—A la orden, mi comandante.

Liliana y Cacho empezaron a ir a reuniones del Comité Argentino de Información y Solidaridad —CAIS—, pero se desilusionaron rápido: la conducción del Comité era ejercida por representantes de las organizaciones ERP y Montoneros, que trataban a los «independientes» con cierta displicencia: los independientes debían acatar las decisiones de los militantes de las organizaciones, que representaban a los que estaban «llevando adelante la lucha en el país». En esos días, el general Ramón Díaz Bessone, comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, declaraba en Buenos Aires que «el conocido agitador Envar El Kadri está tratando de llevar a cabo una amplia campaña de desprestigio del país». Díaz Bessone también dijo que «la organización ilegal proscripta en segundo término está sintiendo el desgaste a que se ven sometidos por la acción de las fuerzas del orden, y lo único que pueden realizar en estos momentos, y con relativo éxito, es la distribución de panfletos aprovechando algún descontento laboral. Tratan de ser continuadores del régimen derrocado el 24 de marzo,

a través de su mimetización, y aprovechan tal circunstancia para desarrollar su acción psicológica pero, en el fondo, no pueden olvidar su formación marxista y extranacional».

Cacho no tenía papeles, pero a fines de junio, a través de un amigo cordobés, consiguió su primer trabajo en negro: tenía que limpiar el restaurant argentino La Tablita, en el barrio Latino. Cada mañana, Cacho lavaba el piso, los baños, planchaba manteles y servilletas, y se acordaba de sus tiempos en la U9 de La Plata, donde cualquier manchita en el calabozo significaba quedarse sin recreo: se reía, pensaba que tenía buena escuela y Jean, el patrón, estaba muy satisfecho con su prolijidad. Cada mañana, Cacho se encontraba con una milanesa, unas empanadas, un flan que le había dejado la noche anterior la cocinera, una inmigrante española gorda y tierna. Mientras, Liliana se había conseguido algunas casas para limpiar y, entre los dos, zafaban.

Una mañana el patrón le preguntó a Cacho si no quería trabajar también de mozo por las noches: con las propinas iba a redondear un sueldo mejor. Cacho quedó en contestarle y siguió limpiando. Al rato llamaron de la embajada argentina para reservar una mesa: Cacho decidió que seguiría limpiando por las mañanas.

En esos días, Cacho y Liliana fueron a tomar un té a la casa de Raimundo Ongaro: el otro invitado era Julio Cortázar. Cacho le tenía cierta bronca: para él, Cortázar era un poco el modelo de intelectual que se refugiaba en París y en sus palabras, que se solidarizaba desde la comodidad de su exilio en una época en que él pensaba que «el único escritor o intelectual útil era el que empuñaba un arma en la lucha por la liberación». Pero ahora, exiliado él también, sin organización, empezaba a pensar que un militante podía ser útil en trabajos de información y solidaridad y tuvo muchas ganas de pedirle perdón a ese señor tan amable que hablaba con esas erres patinadas y no dejaba de hacer preguntas entusiastas, casi ingenuas, como un chico que quiere que le cuenten todo.

Una noche de principios de julio, Norman llevó a Cacho a la cocina de su casa:

—¿Querés un café, un mate?

Tenía la cara seria, preocupada, y puso la pava al fuego. Daba vueltas, quería decir algo y no sabía cómo empezar:

—Cacho, tengo que darte una mala noticia.

Cacho tuvo un sobresalto y pensó en sus padres:

—Dale, Norman, habla.

—Lo mataron a Carlitos.

Cacho no dijo nada, se quedó con la mirada perdida, se olvidó del tiempo y el lugar. Carlos Caride era como su hermano, su compañero de tantos años y tantas historias, y ya nunca más lo iba a esperar con un mate para contarle la última y reírse o indignarse con él. Quiso decir algo, pero no le salía una palabra.

—Perdió peleando, en una operación, por Haedo. Había ido con un grupo de compañeros medio nuevos, para foguearlos, a desarmar a unos canas que estaban de custodia en una casa, que parecían fáciles, pero los tipos reaccionaron bien y tenían a otro cubriéndolos en la terraza de la casa y se tirotearon y ahí le dieron a Carlitos. Parece que los compañeros alcanzaron a cargarlo y se lo llevaron a la posta sanitaria, pero cuando llegó ya estaba muerto.

—La reputa madre... ¿Y la chiquita ya había nacido?

—No, todavía no, parece que tiene que nacer en estos días.

—Ni siquiera pudo conocer a su hija, carajo.

—Parece que los compañeros lo enterraron en un jardín, para que el enemigo no supiera que había caído Carlos Caride, para que no disfrutaran de su puta victoria...

Cacho lloraba por su compañero muerto quince o veinte días antes, a 13.000 kilómetros, y también por la tristeza de esas distancias en tiempo y en espacio. Puteaba, daba trompadas en la mesa. Liliana entró en la cocina y lo abrazó y se quedaron abrazados, llorando, mucho rato.

—No, no podemos hacer nada, porque usted por ahora es un ilegal, acá no tiene ningún derecho adquirido.

Los abogados defensores de derechos humanos fueron claros: Cacho estaba en Francia como turista y no era fácil hacer un escándalo en esas condiciones. Dos días antes había llegado la noticia desde Buenos Aires: los diarios anunciaban que se había detectado en Lisboa una reunión de la Junta

Coordinadora Revolucionaria, con enviados del MIR chileno, el ELN boliviano, los Tupamaros uruguayos, el ERP argentino y «el peligroso delincuente subversivo Envar El Kadri». Cacho se preocupó por las posibles consecuencias, y fue a ver a los abogados.

—Usted lo que tendría que hacer es pedir el refugio, el asilo político. Entonces sí quedaría bajo la protección del gobierno francés y las Naciones Unidas.

Varios de sus amigos franceses se lo venían diciendo desde su llegada, pero Cacho se resistía: pensaba que refugiarse sería como reconocer la derrota, rendirse, pedir la escupidera. François Gèze le insistía en que era una mera cuestión de papeles, que nada cambiaba en realidad, que no era una deshonra sino un formalismo que le iba a facilitar las cosas, pero Cacho no estaba de acuerdo. Además, seguía pensando que el regreso era cuestión de meses, cuanto más un año o dos.

—Para eso sirve el estatuto de refugiado, El Kadri, para que lo puedan proteger de las persecuciones...

Cacho pensó que quizás tenían razón, y que asilarse sería una forma de ganarle de mano a la dictadura, de primerearlos antes de que pudieran pedir su extradición: pensó que así no se daría por vencido sino al contrario, les ganaría por lo menos una. Al día siguiente empezó los trámites para pedir el asilo político. Tenía la sensación de que era el principio de una larga espera.

Junio de 1976. En la madrugada del jueves 17, una bomba conmovió a la ciudad. El parte de guerra de los Montoneros daba cuenta del hecho:

«A las 18.40 hs. del día 16 de junio de 1976, el Pelotón de Combate Carlos Caride del Ejército Montonero, a través de uno de los integrantes de su personal, la compañera Ana María González, procedió a colocar una carga explosiva debajo de la cama del jefe de la Policía Federal, general de brigada Cesáreo Cardozo, que debía estallar a la hora 1.30 del día de la fecha.

»La operación en su conjunto, tanto en la fase de inteligencia e infiltración, que demandó 45 días, como en la de ejecución final, se

desarrolló conforme a lo planificado, lográndose el objetivo de ejecución del represor Cardozo, sin bajas en la fuerza propia.

»Al cumplirse el 21^{er} Aniversario de la Masacre del Pueblo en Plaza de Mayo llevada a cabo por estas FFAA represoras y cipayas que hoy han vuelto a adueñarse del poder para servir a los monopolios, nuestro Ejército Montonero hace efectiva con esta acción la condena a muerte con que la justicia popular ha sentenciado a los represores del Pueblo Argentino.

»Éste es el inexorable destino de los integrantes de este Ejército que pone sus armas al servicio del Imperialismo y la Oligarquía y cuyo objetivo es la explotación de los trabajadores y el pueblo; es que siempre que un ejército enfrentó a un pueblo, salió derrotado.

»De nada valdrá que, para intentar someternos a esta política de hambre y entrega saquen sus tropas a la calle, que rastrillen los barrios populares, que ocupen las fábricas y secuestren obreros, que torturen salvajemente y asesinen a los militantes populares. La resistencia popular, la Resistencia montonera, está en marcha y así como derrotamos a la dictadura lanussista, derrotaremos a ésta por más brutal que sea.

»Pero esta vez la derrota será definitiva pues no se la ocasionará un Movimiento Peronista infiltrado por traidores, sino los trabajadores y todo el pueblo nucleados en torno a un auténtico Movimiento de Liberación Nacional que cuenta con su propio Ejército para enfrentar al enemigo, el Ejército Montonero y conducidos por el Partido Revolucionario, el Partido Montonero.

»Cuanto mayor sea la explotación, cuanto más brutal sea la represión a que nos sometan, más violenta será la reacción popular y más estrepitosa la derrota que sufrirán.

»Buenos Aires, 17 de junio de 1976

»En una lucha entre un pueblo y un ejército, no se conoce ningún caso en que haya desaparecido el pueblo.

»Perón o Muerte

Viva la Patria

»Montoneros».

Poco después el semanario español *Cambio 16* publicaba una larga nota, titulada «Los montoneros se explican», con más detalles sobre el asunto:

«—¡Usted, como todos, está gratis aquí, viviendo de prestado! ¿Cuánto tiempo lleva en Buenos Aires? ¿Una semana? Cuídese: los periodistas también peligran”. Las sucesivas advertencias que iba recibiendo el enviado especial de *Cambio 16*, Francisco Cerecedo, de sus diferentes interlocutores durante una estancia de tres semanas en la capital argentina, se hicieron realidad tras las entrevistas mantenidas con la persona más buscada del país: la colegiala de dieciocho años Ana María González —que colocó una bomba debajo de la cama del jefe de la Policía federal, general Cesáreo Cardozo, el 16 de junio pasado, y le causó la muerte—, y con el jefe militar de la organización guerrillera Montoneros, Horacio Mendizábal. Delatado a los medios militares, Cerecedo tuvo que abandonar precipitadamente Argentina, acompañado hasta el aeropuerto por diplomáticos de la Embajada de España en Buenos Aires.

»“Mañana a las doce en punto, vaya a la confluencia de la avenida Córdoba con la calle Junín y espere en la parada del autobús. Se le acercará una persona que llevará un reloj en la muñeca derecha y un ejemplar de la revista *Siete Días*. Le preguntará la hora y usted tendrá que decir una hora menos o una hora más de la que es. Luego le sigue. Preséntese bien vestido, con traje y corbata, que va a asistir a una fiesta”. Al día siguiente, una hora después del mediodía, el enviado de esta revista atravesaba con su acompañante el pequeño jardín que da entrada a un salón de alquiler para celebrar bodas, bautizos y primeras comuniones. Al fondo, sobre una mesa, brillaban los canapés y las cálidas botellas del Rioja criollo.

»El lugar parece tranquilo y se halla situado, para los tiempos inciertos que corren en Argentina, en una zona de orden. A dos calles de distancia, una comisaría de policía; a seis, en dirección contraria, otra. Y por si fuera poco, diez manzanas más allá, el alivio de un cuartel del ejército.

»Los quince invitados al festejo ostentan impecables corbatas y ternos. Nada rompería la tónica habitual de esta clase de reuniones de no observarse dos pequeños detalles: que los asistentes han dejado en casa a sus distinguidas esposas y que, por otro lado, todos portan metralletas y pistolas. No muy lejos de la zona de las tartas y pasteles, una segunda mesa alargada ofrece una curiosa repostería bélica. Granadas antitanques de largo alcance, granadas de mano SEM 4, tromblones lanzagranadas, espoletas de

tracción, que forman parte del arsenal de fabricación propio de los montoneros. Tres personas visten el uniforme guerrillero.

»Sólo dos mujeres participan de la extraña fiesta. Una de ellas, hermosa, de dulce voz y sonriente, con medias blancas y anorak rojo de colegiala es, desde hace un mes, el enemigo público número uno de la policía argentina. La prensa nacional ha publicado en diferentes ocasiones que ha sido encontrada muerta o que logró huir del país. En su primera salida a la luz pública, Ana María González, dieciocho años y pistola al cinto, explica a *Cambio 16* los pormenores de lo que ella denomina “operación Cardozo”.

»CÓMO CAZAR AL CAZADOR. El atentado —dice— comienza a plantearse cuando aparece en los periódicos la noticia del nombramiento del general Cardozo como jefe de la Policía Federal. “A partir de este momento —manifiesta Ana María— me pongo en contacto con mis responsables y les comunico que yo concurro al mismo colegio que la hija del general. Entonces decidimos tratar de establecer una relación amistosa con María Graciela para poder entrar a su casa”.

»Al principio surgen varias dificultades, “sobre todo debido a la relación que habíamos mantenido María Graciela y yo en el año de clase que había pasado, durante el cual sólo nos habíamos relacionado para agredirnos, a partir de las diferentes posiciones políticas que teníamos. Entonces nos damos cuenta que sería muy difícil, y que a lo sumo sólo podría llegar a entrar en la casa para buscar un apunte o algo así”. En la primera semana de clase la montonera Ana María consigue ponerse en contacto con la hija del jefe de policía, “a partir de un verso o cuento que se fabrica sobre mi situación afectiva y mi necesidad de apoyo por parte del grupo del colegio. Empiezo a participar en el grupo de estudios que se forma con María Graciela y otras dos hijas de militares. A las dos semanas, empiezo a frecuentar y a tener una relación bastante fuerte con la familia. Era común que yo llamara por teléfono a María Graciela y le dijera: Mirá, estoy muy mal y necesito hablar con alguien. Voy para tu casa”.

»Entra por primera vez en el piso de los Cardozo a primeros de mayo, cuarenta y cinco días antes de la “operación”. Pero un mes más tarde, cuando se dirigía con otros dos compañeros a una cita son detenidos. “Yo enseguida digo a la policía que soy amiga de María Graciela Cardozo y del

resto de mis compañeras de colegio. Sobre todo porque en mi libreta de teléfonos figuraba el número de ella. Si no, hubiera podido complicarse mucho más mi situación. En un principio, no lo toman muy en cuenta, pero luego de las sesiones de tortura y después de no haber podido comprobar nada que me complicara, cambia totalmente la posición de ellos y empiezan a tratarme muy dulcemente, a comprarme chocolates... Cuando salgo en libertad, me pongo en contacto con María Graciela inmediatamente. Le cuento lo que había pasado, muy por encima, y allí se produce un distanciamiento que es muy probable que haya sido producto de un estado de alerta en la familia”.

»Tal situación se prolonga durante unos diez días, al cabo de los cuales Ana María reanuda las visitas a la casa del general. Entra en dos ocasiones más, “con lo que completamos los datos que nos hacían falta para realizar la operación. Es decir, hasta el momento no teníamos bien claro donde íbamos a poner el explosivo. Nuestra intención era ponerlo debajo de la cama, sitio donde seguramente lo íbamos a agarrar a determinada hora, pero no sabíamos cuál iba a ser la excusa para entrar en el dormitorio y colocarlo”, dice. “Entonces logro entrar, a partir del teléfono (había dos aparatos, uno de ellos en el dormitorio). Tomando las medidas y demás, se completa toda la información necesaria para poder llevar a cabo la operación”.

»“CAÑO” CON CUSTODIA. La organización guerrillera establece el jueves 16 de junio como fecha para el atentado. Las circunstancias contribuyen a facilitar las cosas; el grupo de estudios del que formaba parte la estudiante montonera decide citarse con varios días de anticipación para estudiar en casa de María Graciela Cardozo en la tarde del mismo día 16. “Ese día — continúa relatando Ana María González— voy al colegio tarde, ya con el explosivo en mi cartera y, como de costumbre, los guardaespaldas de María Graciela nos llevan a todas juntas a la casa en el ford falcon con sirena, sus metralletas y escopetas custodiándonos el cañito (la bomba). Nos ponemos a trabajar, hacemos dibujos y a una hora más o menos razonable, en la que ya probablemente podrían volver el padre o la madre (eran las siete menos veinte de la tarde), le pido permiso para hablar por teléfono. Voy primero al baño, acciono el mecanismo; voy a la pieza de los padres, pongo el caño bajo la cama, me retiro, y a los pocos pasos me doy cuenta que lo había

puesto demasiado abajo. Vuelvo, lo coloco a la altura de la cabeza, y entonces voy y le digo a María Graciela que me sentía muy mal, que me iba a ir a casa. Completo algunos dibujos, les pido que me los lleven al otro día, y me marcho”.

»“UNO DE LOS PEORES SACRIFICIOS”. La muerte del jefe de la policía y sus circunstancias conmocionan al país. La noticia de la amistad existente entre la ejecutora del atentado y la hija de la víctima añade fuerte dramatismo al hecho. Ana María González se justifica, implacable: “Me tocó uno de los peores sacrificios de un militante: convivir con el odiado enemigo. Durante un mes y medio tuve que frecuentar la casa de Cardozo como compañera de estudio de su hija, mientras él mismo dirigía el secuestro, tortura y asesinato de decenas de compañeros. Debí compartir su mesa y soportar con una sonrisa sus comentarios, cada vez que era asesinado un hombre del pueblo”.

»¿Cómo era el general Cardozo en la intimidad? Ana María González declara que no había demasiadas posibilidades de hablar con él. “La relación era muy superficial”, afirma; “es decir, las veces que hablábamos en la mesa, todos reunidos, se tocaban los temas de las torturas y los refinados métodos que tenían ahora, y afirmaba que los guerrilleros no tenían ninguna razón por la cual hacer esto y que simplemente lo hacían porque no tenían otra cosa que hacer con sus vidas, lo cual demostraba la solidez de los policías que luchaban por mantener las instituciones, la familia y demás, con lo cual se justificaban sus métodos de tortura. Después, la relación conmigo era muy buena: me quería mucho; me regalaba entradas para ir al teatro... Por lo demás, no estaba mucho en casa y, cuando estaba, veía la televisión o dormía”.

»La misma noche de la explosión, la policía se presenta en casa de la guerrillera, que encuentra vacía, con los padres ausentes. Horas después, el piso es destrozado por otra voladura. “A mi familia le aviso, el día que realizo la operación, que era muy probable que fueran a allanar la casa porque habían caído algunos papeles donde figuraba yo. Que lo más aconsejable, dado el momento y dado el tipo de actitud represiva que tenía este gobierno de no respetar a las familias de militantes y todo lo demás... Entonces yo les planteo: ‘Bueno, ésta es la situación, lo mejor que pueden hacer ustedes es ir a casa de un familiar, por lo menos esta noche. Yo

mañana voy a tener las cosas más en claro’. Al día siguiente nos comunicamos con ellos. De todas maneras ya conocían la noticia. Y a partir de esos momentos no tengo más contacto con ellos. Sé, por otras vías, que están todos bien”.

»La clase de bomba que mató a Cardozo ha sido objeto de numerosas versiones. Algunos medios informativos precisaron que entraba en funcionamiento por medio de una espoleta de presión. Horacio Mendizábal, jefe militar de los montoneros, interviene en la conversación: “Disponía de un doble mecanismo de relojería que nosotros calculamos que debería detonar alrededor de la una y media de la madrugada. El explosivo contenía setecientos gramos de trotyl y estaba dentro de un paquete de tamaño de una caja de colonia ‘Crandall’ para que pareciera un regalo para el día del padre”.

»Los comunicados oficiales de las autoridades señalaron, en un primer momento, a la organización guerrillera ERP como autora del atentado. Interrogado por *Cambio 16*, Mendizábal manifiesta que no comprende claramente el objetivo de esta versión gubernamental porque “sabían que éramos nosotros. Además, ella (Ana María González) tiene antecedentes como militante nuestra”. Otro elegante asistente a la fiesta ofrece su interpretación particular: “Es más conveniente atribuir la muerte de Cardozo al ERP, porque ellos tienen símbolos internacionales: se les acusa de ser marxistas, sometidos a disciplina internacional; nosotros, en cambio, no tenemos relaciones conocidas con la Unión Soviética; somos ‘los muchachos’, formamos parte del folklore nacional”.

»El objetivo político de la acción contra la vida del general Cardozo parece claro para la ejecutora: “Lo charlamos bastante, sobre todo en los últimos días, en los que a partir de mi detención y demás, se complica la cosa —dice Ana María González—. Vimos como muy importante para el fortalecimiento de la moral de los compañeros una operación de este tipo. En ese momento veníamos sufriendo diversas pérdidas, y si bien nuestras acciones militares existían y eran eficientes, no trascendían mucho por el bloqueo de la prensa por parte del enemigo. Con una operación de este tipo no habría problemas de propaganda, porque iba a trascender a la opinión

pública irremediablemente. Y por otro lado, el objetivo era claro. Eliminar al jefe de la policía no tenía ningún tipo de vuelta...”.

»Horacio Mendizábal, sentado en una improvisada mesa de conferencias, tercia: “Yo quisiera destacar un elemento que es importante. La compañera es soldado de la organización y lo que ella cuenta así, como una anécdota, es un hecho decisivo que refleja cuál es la moral de nuestra tropa. Después de haber sido presa y torturada quince días antes de la operación, sigue yendo a casa del jefe de la policía. Esto demuestra algo más que sangre fría; demuestra un convencimiento ideológico muy sólido, porque además fue discutido con la compañera, y ella insistió en su manifiesta decisión de seguir adelante con la operación”.

»OBJETIVOS SELECTOS. “Esto apunta a demostrar —continúa el jefe militar montonero— que en una guerra popular el enemigo no tiene ninguna posibilidad de retaguardia. Ellos afectan a nuestros barrios, nuestros militantes pero nosotros podemos afectar permanentemente su centro de gravedad. Sin embargo ésta no es nuestra línea esencial, que pasa por otro lado. El enemigo intenta tergiversar nuestra doctrina del explosivo. Nosotros jamás lo utilizamos indiscriminadamente sino selectivamente”.

»La colocación de la potente bomba que, el 2 de julio pasado, destrozó el comedor de la Superintendencia de Seguridad Federal ofrece, según Mendizábal, características similares a la “operación Cardozo”, aunque el explosivo era sensiblemente mayor: nueve kilos de trotyl y cinco de bolas de acero accionados por medio de un dispositivo de relojería, “introducido en el edificio por un compañero que estaba infiltrado y que había entrado durante una semana con un paquete similar, pero inofensivo, como prueba. Cuando vimos que todo andaba bien, se largó la operación, que también sirvió para demostrar la alta moral y serenidad de nuestros combatientes porque el compañero que accionó el explosivo estuvo almorzando allí y se retiró siete minutos antes del lugar. Era un comedor en el cual todos se trataban con seudónimo. Nunca se escuchaba un apellido. Andaban con anteojos oscuros, es decir, existía una situación de secreto muy grande allí”.

»ESQUELAS MISTERIOSAS. Las fuentes oficiosas gubernamentales consultadas por *Cambio 16* coinciden en este punto con las afirmaciones guerrilleras. El balance de la explosión fue de cuarenta y dos muertos y

unos cien heridos. En el edificio no quedó nadie sin contusiones porque “la bomba, además de destrozar el comedor —donde no quedó nadie vivo—, produjo escapes de gas y el portón de entrada, que tenía dos metros por ocho, se encontraba a 30 metros del comedor, se estrelló contra los dos policías de guardia puestos, en la acera de enfrente”. Los comunicados oficiales dieron un balance de veintiún muertos de rango medio o inferior pero en los diarios fueron apareciendo misteriosamente una serie de esquelas de altos oficiales de la superintendencia muertos extrañamente el mismo día de la explosión del comedor, entre ellos los comisarios generales Anzulovic, asesor de inteligencia de la Superintendencia, y Huber, la del capitán de corbeta Próspero Asiain, que actuaba de enlace del servicio de información naval, y la del comisario Reiz, hombre clave en el servicio de documentación policial. Reiz se hallaba montando un costoso sistema de computadoras —Digicom— que llevarán los coches patrulla, por medio del cual podrán pedir a la central la filiación de cualquier persona, que aparecerá inmediatamente en la pantalla del automóvil.

»Los sesenta millones de dólares obtenidos por los Montoneros como rescate de los hermanos Born han terminado, por un largo período de tiempo, con los problemas financieros de la organización y la convierten, con los palestinos, en la guerrilla más acaudalada del mundo. Este potencial económico va a ser utilizado en gran medida para incrementar el desarrollo militar montonero que cuenta con fábricas clandestinas de armamento. Sobre la mesa del salón de bodas y bautizos se muestra la “energa”, cuya preocupante proliferación es objeto de una minuciosa investigación en curso a cargo del ejército argentino. Se trata de una carga antitanque de largo alcance que se dispara, para ahorrar fusiles, con otro aparato montonero, el “tromblón”. Dispone de un gran poder de penetración en chapas blindadas y paredes de cemento armado. El proyectil, al parecer, tiene efectos demoledores porque inyecta gases a presión a una temperatura superior a los 3500 grados centígrados, reduciendo a cenizas todo lo que halla a su alrededor.

»La organización guerrillera tiene como programa inmediato para los próximos tiempos, ante la vasta ofensiva desencadenada por la Junta Militar, lo que Mendizábal denomina una “estrategia defensiva”, esto es, “el

hostigamiento del régimen en todos los terrenos”. Al mismo tiempo van preparando la contraofensiva, que ellos cifran en la creación de un “ejército montonero” cuya configuración todavía se discute, capaz de conducir a las masas durante la grave crisis económica que se avecina con estallidos insurreccionales parciales. Éstos deben servir —según los guerrilleros— para convertir la organización en un movimiento popular que aproveche la herencia de treinta años de lucha obrera peronista.

»Los Montoneros se alejan a ojos vistas de los presupuestos ideológicos de la filosofía peronista que nutrió su acción durante muchos años. “Una cosa es la filosofía peronista —afirma el jefe militar— y otra cosa es el peronismo como identidad de la clase obrera y el pueblo, expresión de sus luchas. Nosotros somos claramente socialistas y queremos que el movimiento Montonero permita la construcción del socialismo en Argentina, cosa que Perón no permitía”.

»CONVIDADOS DE PIEDRA. Mientras tanto, a la recepción montonera se han incorporado cuatro convidados de piedra. Dos visitantes despistados que probablemente pasaban a cobrar algún recibo, el encargado del establecimiento y una muchacha que, sorprendida al ver las armas al otro lado de la puerta, comienza a gemir: “No me maten, no me maten”. Todos han sido retenidos en la cocina, invitados a comer, hasta que termine la reunión. Mendizábal envía a Ana María González para consolar a la chica. “Perdonen las molestias. Esto es una guerra popular y hay que tomar medidas de seguridad”. Poco después, las metralletas regresan a las impecables “samsonites”, las pistolas al fondo de los gabanes, las granadas y “energás” a las cajas de la merienda. Un cuarto de hora más tarde, los cuatro convidados de piedra se asoman tímidamente a la puerta de la cocina y se dan cuenta de que están solos. La fiesta ha terminado».

—¿Así que ya llegó la respuesta de la conducción?

—Sí. Nos dicen que con esa propuesta lo que queremos es que desaparezca la organización, que lo nuestro es un error absoluto.

La columna Norte estaba cada vez más en desacuerdo con la conducción de Montoneros. Raúl Rossini, Nariz con Pelo, el jefe, que había llegado para poner orden, se había plegado a los reclamos de los demás. El

núcleo más duro se reunió dos o tres veces para pensar una propuesta. Estaban Carlos, los dos Sergios, Rodolfo, José, Juan sin Tierra, Mercedes, Graciela, Laura, y proponían un cambio en la forma de funcionar.

Estaba claro que, si seguían así, las caídas de todos eran cuestión de tiempo. Y lo peor era que no los detenían operando o activando: los agarraban en las citas cantadas. A medida que empezaban a caer militantes, cada cita era una tortura: nadie sabía si no sería una trampa. Mercedes Depino iba con confianza cuando tenía que encontrarse con Sergio Berlín, con Carlos Goldenberg, con Rodolfo Galimberti, con Laura Mugica, con Sergio Puiggrós, con Graciela Iturraspe: sabía que ellos no la iban a entregar. Pero cuando tenía que verse con alguien que no conocía mucho le daba terror. Y cada día llegaba la noticia de una nueva caída. Entonces, decían los de Norte, había que reducir el funcionamiento al mínimo y tratar de preservarse. No sólo ellos, los oficiales: también los militantes de las agrupaciones, los milicianos, todos. En algunos barrios los militares habían llegado con camiones y se habían llevado a familias enteras de gente que había sido simpatizante de la JP, que había ido a las unidades básicas. Y esa gente no tenía adonde ir, dónde esconderse. Para eso era necesario que la organización se descentralizara: que usaran el dinero para comprar casas seguras, que se repartieran las armas y la infraestructura y que los militantes trataran de resguardarse hasta que pasara la tormenta. Estaba, por ejemplo, el problema de la documentación: muchos militantes necesitaban documentos falsos, pero la fabricación de documentos estaba centralizada en el «área federal», y los contactos eran cada vez más difíciles.

—Dijeron que eso llevaría a la desaparición de la orga. Y dicen que a nosotros nos están reventando porque somos unos liberales, porque no respetamos las consignas, qué sé yo qué. Qué soberbios, no se dan cuenta que la repre empezó acá pero está siguiendo así por todos lados... ¿Y sabés qué proponen a cambio? Largan el operativo Camaleón. Dicen que lo que tenemos que hacer es mimetizarnos con el pueblo, «volver a las fuentes», dicen. ¿Dónde carajo nos vamos a meter, si la gente está enterrada debajo de las frazadas?, están todos borradísimos, y con razón. Estos tipos no entienden nada. Parece que estuvieran viviendo en otro mundo, la puta que los remil parió.

Sergio estaba muy cabreado, y Mercedes asentía. En la televisión daban *Hupumorpo*, un programa de los uruguayos de *Telecataplúm*.

—Che, si hasta parece que éstos también se hubieran boludizado. Parece como si todo el mundo se hubiera boludizado.

—Al revés, flaco. A mí me parece que lo desesperante es que todo sigue igual, como si no pasara nada, como si acá no hubiera una guerra, como si no estuvieran asesinando gente todos los días. Esto está lleno de gente que trata de hacer como si no pasara nada de nada.

La pantalla del 13 anunciaba el principio de *Tiempo Nuevo* y Mercedes se levantó de un salto.

—Ah, no, encima esto, no.

Sergio la agarró de la mano y la atrajo para su lado:

—Mañana nos vamos a ver con Carlitos, el Loco, Nariz y José para elaborar una respuesta. Me parece que lo bueno sería pedir una consulta interna para discutir la estrategia en esta etapa. Ahí se van a dar cuenta de que todo el mundo está en la misma...

Se pasaban buena parte del tiempo encerrados, esperando. Mercedes sólo salía para ir, de vez en cuando, a la librería de su cuñado, para cumplir con las citas que tenía —cada vez menos— y para esas reuniones informales con sus compañeros de la columna. Fuera de eso, se quedaba en la casa de su hermana o en el departamento de Sergio. Cada día se enteraba de algún desastre nuevo.

—Petisa, perdió Federico.

—¡No! ¡La puta madre que lo parió!, ¿estás seguro? Justo él, que andaba tan jodido...

Desde la detención de su mujer, Federico, Sergio Puiggrós, había estado deprimido, angustiado. Unos días antes, Graciela le había contado a Mercedes una charla con él: Sergio tenía miedo de lo que haría en la tortura y se pasaba horas pensando cómo hacer para que no lo agarraran vivo. La conducción les había dado la orden de no salir sin la pastilla de cianuro, y tomársela si veían que los iban a agarrar. Pero Federico no tenía confianza en las pastillas. Había decidido que, si los veía venir, iba a sacar la granada que siempre llevaba, retirarle la chaveta y tenerla en la mano: si se tiroteaba y no podía escaparse, si lo herían o lo estaban por agarrar, abriría la mano y

la granada explotaría. Así no lo agarrarían vivo, y en una de esas hasta se llevaría a alguno con él.

—¿Y cómo fue, sabés algo?

—Sí, rodearon la casa donde estaba. Era un departamento, un piso alto. Parece que hay un tiroteo y él queda herido. Está con la granada en la mano. Cuando los tipos entran, él abre la mano.

Todos estaban de acuerdo en que no tenían que caer vivos. Las historias de torturas eran horrosas, casi increíbles, y nadie podía garantizar qué haría frente a esas torturas: Mercedes pensaba que si alguien no cantaba no era por cuestiones políticas sino por afecto: para que la gente que quería no pasara por esa misma situación. De todas formas, ni siquiera hablaban de la tortura: la borraban de un plumazo con la decisión de no caer vivos, de tirotarse hasta el final o tomarse la pastilla de cianuro.

Las muertes eran cada vez más cercanas. Pero Mercedes pensaba que a ella no le podía tocar, que a Carlos y a Sergio tampoco les iba a tocar: no podía ser, no a ellos, ellos sabían cuidarse y no les pasaría nada. Aunque la muerte se les iba acercando cada día.

Cuando la vio llegar, esa tarde, en el centro de Quilmes, Daniel De Santis se alegró. Estaba esperando un contacto con los Montoneros, y suponía que llegaría algún bigotudo, pero esa mujer era mucho más interesante. Daniel la recordaba de haberla visto con un poncho bordó y la sonrisa de triunfo el 25 de mayo de 1973, en la puerta de la cárcel de Devoto. A Daniel le había gustado la montonera y, esa tarde, Mercedes Carazo, Lucy, estaba tan linda como tres años antes. Daniel fue a saludarla riéndose un poco de sí mismo y diciéndose que, de todas formas, no correspondía. Pero igual se decepcionó un poco cuando ella le dijo que sí, que era importante que hicieran el contacto y que le iba a pasar una cita con su compañero, el responsable de la regional.

—¿Con tu compañero, entonces?

—Sí, con mi compañero. Hace tiempo que estamos buscando un contacto con el PRT. Tenemos que contarles un par de cosas.

Marcelo Kurlat, el Monra, andaba buscando un contacto con el PRT. Kurlat era uno de los fundadores de las FAR y jefe de la columna Sur del

gran Buenos Aires de los Montoneros; la cita fue para tres días después en un corralón de materiales.

Daniel llegó primero y preguntó a cuánto estaba el metro de arena, la bolsa de cemento. Anotó precios, hizo cálculos y, cuando llegó Kurlat, hablaron de una obra en curso y se fueron a tomar un café diciendo que tenían que hacer números. Por esos días, un comando del ERP había secuestrado al presidente de la petrolera Isaura. La empresa se demoraba en pagar el rescate: ante una sucesión de caídas, los del ERP sacaron al empresario del lugar donde lo tenían y terminaron en una casa en la zona de Bosques. Una tarde llegó un grupo del regimiento 7 de La Plata con el dato preciso. Adentro había tres guerrilleros, dos hombres y una mujer, con dos fal y un fap. Resistieron a los bazucazos más de seis horas. Cuando ya no les quedaban municiones se entregaron. El Ejército informó que habían muerto en el tiroteo y que antes habían matado al empresario. Kurlat se había enterado de algunos datos que le pasó a Daniel:

—Los compañeros de ustedes salieron con las manos en alto y un teniente primero que estaba a cargo los hizo fusilar ahí mismo. Te voy a pasar el nombre y la casa del tipo. Nosotros no podemos hacerlo, pero te doy los datos para que lo hagan ustedes, si quieren...

Kurlat, sobre todo, quería pasarle otra cita.

—Podemos hacerla acá mismo, dentro de cuatro días. Con las mismas contraseñas.

Cuatro días después, Daniel se encontró con Julio Roqué, Lino, uno de los cuatro miembros de la conducción nacional de los Montoneros. Roqué lo saludó con todo el calor que se podía sin resultar sospechoso.

—Al fin podemos recomponer nuestra relación con la dirección nacional del PRT.

Le dijo, y Daniel se quedó un momento cortado:

—No, pero yo no estoy en la dirección...

—¿Cómo, que no estás?

—Y, no.

—Qué curioso. Nosotros cuando te veíamos en Propulsora siempre creímos que el PRT había destinado un cuadro de dirección a ese trabajo. Por eso te decía que creíamos que vos estabas en la dirección.

—No, che, disculpame. Pero te puedo arreglar una cita con uno de la dirección nuestra.

Poco después, Julio Roqué se encontró con Rogelio Galeano, Leopoldo, y las conversaciones empezaron a prosperar. Daniel se enteró por Urteaga de que Domingo Mena estaba avanzando en la elaboración de una declaración conjunta. Una especie de coordinadora en la que también participaría el OCPO —Organización Comunista Poder Obrero, un grupo marxista, pequeño pero con cuadros muy formados—. La sigla iba a ser OLA —Organización para la Liberación de la Argentina—: el parecido con la OLP palestina no era casual. La OLA elaboró un par de documentos que tuvieron circulación interna e intentó alguna cooperación en logística, finanzas y solidaridad internacional. Pero más allá de la voluntad política, a esa altura, los contactos entre las dos organizaciones implicaban serios riesgos. Todos desconfiaban acerca del grado de infiltración que podían tener los otros y se cuidaban del «contagio» que podía venir de cualquier cita. Y las organizaciones también tenían diferencias: el PRT no estaba de acuerdo con la intención montonera de formar una «CGT en la Resistencia», y tampoco aprobaba los atentados recientes contra el jefe de la Policía Federal, general Cardozo, y el comedor de la Superintendencia de Seguridad Federal: opinaban que eso podía llevarlos a un «terrorismo desbocado». De todas formas, tanto el PRT como los Montoneros estaban dispuestos a entenderse: en esos días se iban a encontrar Santucho y Firmenich para discutir hasta dónde podían acercar sus organizaciones.

En esos días también se reunió el comité ejecutivo del PRT y decidió que los pocos guerrilleros que quedaban en el monte tucumano enterraran las armas y bajaran a hacer trabajo político. En casi dos años de campaña habían muerto unos 50 militares —15 de ellos en accidentes aéreos— y 80 guerrilleros. El Ejército también mató a otras 140 personas, con mayor o menor relación con el ERP, y hubo alrededor de 400 desaparecidos. El comité ejecutivo ordenó que se desarmaran las compañías urbanas del ERP y que se descentralizara lo más posible la actividad de las células para evitar las caídas en cadena. Finalmente, la dirección del PRT planteó que en la Argentina había un reflujo de masas. Y, para salvaguardar a su jefe, decidió

que Mario Santucho se fuera del país —vía Perú y Checoslovaquia— para instalarse por un tiempo en Cuba.

El lunes 19 de julio Santucho tenía una última tarea: reunirse con Firmenich y Perdía para formalizar la creación de la OLA. Después de eso iba a dejar el departamento de contrafrente del cuarto piso de Venezuela 3149, en Villa Martelli, cerca de Panamericana y General Paz, con un documento a nombre de Raúl Garzón. Esa misma tarde tomaría el avión a Lima. Su compañera, Liliana Delfino, y su hijo Mario, de dos años, irían por separado. Quizás para el 12 de agosto, cuando cumpliera 40 años, podría encontrarse en La Habana con ellos. Y quizás poco después podrían llegar las tres hijas que había tenido con Ana María Villarreal, su primera mujer, fusilada en Trelew el 22 de agosto de 1972, que habían conseguido refugiarse en la embajada de Cuba en Buenos Aires.

Cuatro

—Elvio, perdió Cata.

—¿Quién?

—Cata, de mi barrio, la que hacía los contactos con el área federal.

—Y la reputa que lo parió...

—Sí, y lo peor es que conocía esta casa.

—¿Cómo que conocía esta casa?

—Sí, nos conocíamos de hace mucho y vino acá un par de veces y al final se descompartimentó.

—Vamos a tener que levantarla. Ya mismo.

Elvio Vitali y Adriana, su compañera, se fueron esa misma noche a la casa de una tía de ella que podría alojarlos por un tiempo. Al otro día, Elvio le avisó a Julián, su responsable, que no volviera al departamento del Once. Julián era el último de sus amigos de Derecho. Alguna vez, en esos días, Elvio llegó a pensar que, en medio de tanta catástrofe, seguía militando porque estaba Julián, un tipo en quien confiaba, con quien podía tener, de vez en cuando, una buena discusión política inorgánica, como en los viejos tiempos. En alguna de esas charlas, incluso, habían pensado en la posibilidad de irse juntos del país. Julián no tenía dónde vivir: andaba yirando y tenía una llave de la casa de Elvio y Adriana para dormir cuando no encontraba otro lugar.

Diez días después, un sábado a la mañana, Adriana tuvo que pasar por el departamento de la calle Corrientes: se habían olvidado casi toda la plata que tenían en un saco colgado en el placard, y no tenían más remedio que ir a buscarla. Elvio la esperaba en la casa de la tía, nervioso, haciendo una torta pascualina para pasar el tiempo. Adriana volvió puntual pero traía todo el espanto del mundo en los ojos verdosos:

—Julián. Está muerto. Está en casa, muerto.

—¿Qué?!

—Murió, Elvio, no sé qué pudo haber pasado. Está en casa, en la bañera, muerto.

—¿Pero cómo, qué le pasó, qué tiene?

—No sé, no pude ver nada. Qué voy a ver...

—¿Pero está baleado, tiene heridas?

—No sé, me parece que no, no sé.

Elvio respiró hondo y se dijo que quizás todo fuera un error macabro. Que tenía que ser un error. Como lo conocía de tantos años, tenía el teléfono de sus padres.

—Señor, le habla Elvio. Necesitaría verlo urgente. Sí, en Republicuetas y Libertador está bien.

El hombre llegó pálido, muy nervioso. Suponía que la noticia iba a ser terrible. Cuando la escuchó, trató de mantener la calma:

—¿Y no sabes cómo fue, qué pasó?

—No, le digo, no sé nada.

—¿Y qué podemos hacer?

El hombre pareció, de pronto, muy chiquito. Se estaba dando cuenta. Elvio le preguntó si tenía algún médico de confianza, de mucha confianza.

—Sí, un pariente.

—Bueno, entonces me parece que lo mejor sería mandarlo al departamento para que nos diga bien qué fue lo que pasó. Después ahí vemos. Yo le doy las llaves y la dirección, espere un momento.

Se encontraron de nuevo a la tarde, y el padre de Julián le transmitió el informe del médico: su hijo había muerto por inhalación de gas. Se había metido en la bañera y el viejo calefón había fallado. El hombre tenía los ojos rojos, la mirada perdida.

—No...

—Sí, el médico está seguro.

Era casi más cruel. Elvio pensaba que él estaba preparado para escuchar que sus amigos cayeran en un enfrentamiento, o que los secuestraran, pero no que se murieran así, de una muerte tan estúpida, tan inútil, tanto más cruel. Y encima Julián, el mejor de todos ellos. No podía soportarlo.

Al día siguiente consiguió una cita con un responsable para contarle la historia y ver qué podían hacer con el cuerpo. A la tarde, en otra cita, le

dijeron que podían montar una especie de operativo con una ambulancia y militantes disfrazados de médicos que lo sacarían de allí. Pero no sabían decirle qué iban a hacer con ese cuerpo.

—Bueno, eso hay que resolverlo, todavía no se sabe.

Quedaron en una cita para el otro día. Ese lunes, Elvio y el padre de Julián fueron a ver a un abogado de confianza, que les recomendó que el señor fuera a la policía y denunciara lo que había pasado. Lo discutieron un rato y, al final, Elvio decidió que era lo mejor.

—O sea que dejaste afuera a la orga.

—Y, sí. Esto parece más seguro, y además no podía soportar que no me dijeran qué iban a hacer con el cuerpo.

Adriana y Elvio conversaban en voz baja, en la habitación que les había prestado la tía de ella. Estaban destruidos.

—¿Pero te das cuenta de lo que significa, esto de dejar afuera a la orga?

—Sí, me parece que sí me doy cuenta.

Esa noche, Elvio entendió que ya no confiaba en su organización: si, para una cuestión semejante, prefería recurrir a otros medios, era que ya no quería casi nada con ellos. Además, por alguna razón que no terminaba de entender, sentía que la muerte de Julián lo liberaba de sus compromisos con los Montoneros: quizás, si no se había ido todavía era porque, de alguna manera, lo estaba esperando. Esa noche, Elvio decidió que le había llegado el momento de dejar el país.

Susana Sanz estaba instalada en Buenos Aires, en el departamentito de la calle Paraguay, y militaba en la Secretaría Política del Área Federal de Montoneros: sus tareas consistían sobre todo en conectarse con los ex integrantes del Partido Auténtico que todavía estaban en la Argentina. Veía a Arnaldo Lizazo, al ex apoderado de la provincia de Buenos Aires Diego Guelar, a la familia de Bidegain: todos estaban muy preocupados ante el repliegue y el aislamiento cada vez mayores. Pensaban que si se integraban en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos podrían denunciar la represión, las desapariciones, pero la conducción no los autorizó: era un riesgo excesivo. Había, todavía, bastantes miembros del Auténtico en la Argentina, y Susana trataba de que su organización los ayudara con alguna

casa donde guardarse, algún dinero para llegar a fin de mes: a veces lo conseguía, otras no. Otros estaban presos: Cepernic, Martínez Baca, Taiana, Lombardich, entre otros.

Su responsable era Miguel Zavala Rodríguez y, en medio de la represión incesante, tenían que encontrarse con políticos de otras fuerzas: la Juventud Radical, los intransigentes, algún grupo cristiano, para buscar alianzas que reforzaran su posición, cada vez más debilitada. También se encontraba a menudo con Manuel Gaggero y tenían charlas que duraban cuadas y cuadas, siempre caminando. Y cubría muchas citas del área federal: ir a buscar militantes que llegaban corridos desde el interior, sin un lugar para dormir, sin plata, sin un contacto. Susana se alarmaba: muchos de esos militantes llegaban muy perdidos, desorientados. A veces, al verle la cara a alguno, al escucharlo hablar, pensaba que no iba a durar mucho: se lo notaba en la mirada, y le daba un terror y una piedad infinitos. Caer o no caer, pensaba, era también una cuestión de actitud: de estar atento, vigilante, dispuesto para reaccionar bien en el menor tiempo posible. Y esos militantes cansados, al borde de la derrota, que habían perdido poco antes a su pareja, por ejemplo, que no daban más, no serían capaces de hacerlo. Alguna vez se encontró en una cita con mujeres llevando a sus hijos chiquitos, agotadas, en el límite: entonces les ofrecía cubrir las citas que tenían, ayudarlas de alguna manera. Sabía que sus vidas dependían de la suya, y la suya de las suyas: era un vínculo muy fuerte, una extraña, intensa forma del amor. Pero no podía sacarse de la cabeza la idea de que perderían pronto. Y lo peor era que, en general, poco después alguien le contaba que había tenido razón. Odiaba tenerla.

La muerte estaba más y más cerca: todo alrededor. Cuando llegó a Buenos Aires su antiguo responsable de Mendoza, Raúl Rossini, Pedro, con su mujer Lidia Zunino, la Negra, y su hijito de dos años, se alojaron en su casa de la calle Paraguay. Habían tenido que irse de la provincia, y Raúl venía a hacerse cargo de la columna Norte. La cobertura del bulín se derrumbaba. Y, poco después, apareció otra militante de Mendoza, la Turca, con una nena recién nacida. Raúl y Lidia dormían en la pieza; Susana, la Turca y los dos chicos en el living. El bulín se había transformado en una

guardería: aguantaron un tiempo, pero era un peligro y tuvieron que pensar en dejarlo.

—Yo me voy a mudar, y mi departamento es seguro. No lo conoce casi nadie, está limpito.

Pascualito era el asistente y custodio de Alberto Molinas, el Chacho, un jefe montonero y antiguo responsable de Susana Sanz en Mendoza antes de 1973. Cuando le ofreció que retomara su departamento, Susana lo consultó y se apuró a aceptar: era un departamento de un ambiente, con una cama y una mesa, en la calle Melo, detrás del hospital Rivadavia. Esa mañana, Susana tenía que pasar a buscar a Miguel Zavala y los otros dos militantes de su ámbito, Lucas y Cecilia, para una reunión que duraría varias horas: tenían que discutir, entre otras cosas, la transformación de su organización en partido. Cuando llegaron al departamento la cerradura parecía falseada y había, encima de la mesa, un par de recibos que ella no recordaba haber dejado ahí. Pero pensó que Pascualito, que todavía tenía las llaves, habría pasado a buscar algo.

—Seguramente Pascualito tenía que decirme algo y vino y no me encontró.

—Te podía haber dejado una nota.

—Sí, la verdad que sí.

Empezaron la reunión. Al mediodía, Susana bajó a comprar comida y volvió al departamento. A la tarde, cuando terminaron, le pidió a Lucas, que tenía auto, que la dejara cerca de Puente Saavedra: quería ir hasta la casa de sus ángeles guardianes. Tras instalarse en Buenos Aires, Susana se había contactado con dos mujeres mayores que habían conocido a su madre, Pampi y Ramona, dos costureras que vivían en Villa Martelli: su casa era, para Susana, una especie de refugio donde podía pasar un rato tranquila, fuera de todo, ayudarlas con un dobladillo, comer algo rico.

Esa noche se quedó a dormir ahí. A la mañana siguiente, cuando estaba por salir, sonó el timbre.

—No, no le abran. Es una cliente y no le terminé el trabajo. Vamos a hacer como que no hay nadie. No hagamos ruido.

Dijo Ramona. La señora se quedó un rato sentada en la puerta. Cuando Susana pudo irse ya era mediodía. Estaba preocupada por Pascualito: se

preguntaba qué habría querido decirle el día anterior, cuando la fue a buscar. Susana estaba llegando un poco tarde: antes de subir a su casa llamó al teléfono de control.

—No, dice el Gerente que hay una reunión de urgencia para todo el personal a las 15 horas.

Susana lamentó no poder pasar por su departamento, pero se tomó un taxi hasta el lugar de la cita. Ahí se encontró con un compañero suyo en una camioneta, y se subió. Lucas tenía la cara blanca como el papel:

—Ya sabés que tu casa cayó, ¿no?

—¿Cómo que cayó?

—Sí, claro. Esta mañana fue Pascualito, que había pasado porque estaba preocupado por vos, y el portero le dijo que ayer había estado la cana.

Cuando vivía ahí, Pascualito había convencido al portero de que era policía, de algún servicio secreto: por eso se lo contó.

—Entonces, de repente, un tipo que estaba arreglando un farol en la calle se descolgó. Pascualito se movió muy rápido y del garaje de al lado salieron con un auto a perseguirlo. Por suerte se escapó, vos viste el estado físico que tiene Pascualito... Ahí fue que llamó al control y saltó la emergencia general.

Recién entonces, Susana se dio cuenta de que esos cambios en su casa los había hecho el comando que fue a allanarla. Y que no quisieron que se notara su presencia porque prefirieron quedarse emboscados para agarrar a Pascualito. Y que ella se había salvado porque lo buscaban a él: a ella no la conocían. Susana respiró hondo:

—Me parece que acabo de nacer de nuevo.

Dijo, y la alivió pensar que, al menos de vez en cuando, ellos cambien se equivocaban.

Junio de 1976. En Sudáfrica, al atardecer del miércoles 16, los policías de color blanco del régimen racista terminaban una de las jornadas represivas más sangrientas de la historia de Soweto. Los 23 muertos y 200 heridos de ese día eran todos negros y la mayoría tenía entre 13 y 18 años: eran estudiantes secundarios que ya llevaban varios días de manifestaciones

pidiendo la derogación de una medida que había entrado en vigencia ese año. El Ministerio de Educación había dispuesto que, en las escuelas para negros, las materias se dictaran en afrikaans —la lengua de los esclavistas— y no en idiomas zulú o xhosa, como hasta entonces. Soweto —abreviatura de South West Town, un enorme ghetto a pocos kilómetros al sudoeste de Johannesburgo— albergaba a un millón de personas que sólo podían salir de su ciudad si les mostraban a los policías el «pase» que los autorizaba a ir a las casas, fincas o empresas de sus patrones. Para evitar malos entendidos, cada pase indicaba horarios y lugares de trabajo. El régimen del apartheid sabía que la lucha de los estudiantes secundarios por estudiar en sus propias lenguas estaba dirigida por militantes del Congreso Nacional Africano, seguidores de Nelson Mandela, y no cedió: después de una semana y más de un centenar de adolescentes negros muertos, los policías blancos consiguieron sofocar las protestas. Los chicos volvieron a las escuelas, siempre cercadas por alambre de púas, y tuvieron que estudiar la historia que les contaban los hombres blancos en su idioma, pero en sus casas de chapa o en sus barracones muchos escondían fotos de Mandela, que ya llevaba 13 años de cárcel.

Un mes después, en la Argentina, las autoridades educativas resolvieron que la materia del secundario «Estudio de la Realidad Social Argentina (ERSA)» pasaría a llamarse «Formación Cívica» y los manuales que usaban los estudiantes hasta entonces saldrían de circulación. Uno de los manuales prohibidos —el de José Alonso, Mauro Alonso Gallo y Pedro Zimmatore— era de la editorial Gram, propiedad de los hermanos Maristas, y se usaba en los colegios católicos. Un artículo de la revista *Gente* definía a ese manual de la siguiente manera: «Ofrece una visión sectarizada de los procesos nacionales y latinoamericanos. El lenguaje utilizado poco difiere de la jerga sociológica que entronizaron en mayo de 1973 los estudiantes de Filosofía y Letras explicando los fenómenos sociales con la “llave mágica” de la “dependencia”. A lo largo de sus 264 páginas desfilan textos de Fidel Castro, Salvador Allende, Juan Perón, monseñor Helder Cámara, Carlos Marx, Federico Engels y Omar Torrijos. Esto constituye una auténtica alarma. Por sus frases o la interpretación de sus autores, el alumno de 15 años toma contacto con una realidad vista desde la única óptica de quienes

repite con “clisés” las diatribas o veladas críticas a la “burguesía industrial financiera”, “capitalismo reglamentario”, o “intereses imperialistas-oligárquicos”. La historia aparece así dividida entre los “pobres explotados”, que la constituyen, y los “explotadores malos”, que les roban los beneficios. En una página está dicho, sin eufemismos: “Con el advenimiento del capitalismo se constituyen las dos clases antagónicas que separan la sociedad de hoy: la de los patronos o capitalistas, por una parte, y la de los asalariados o proletarios, por otra”».

—Mingo, ésta es una buena oportunidad. No la podemos desperdiciar.

Domingo Teruggi, el socio de Sergio Karakachoff, dejó los expedientes de lado, se restregó los ojos y se dispuso a escuchar a Marimé Arias Noriega, la mujer de Sergio. Domingo había sido presidente del centro de estudiantes de Derecho por Unión Universitaria, una agrupación creada por Sergio, precursora de Franja Morada en La Plata. Pero no era radical: entonces era un poco anarquista, un poco socialista. Incluso llegó a ser presidente de la FUA-Córdoba y era un tipo conocido. Más tarde entró a militar en el Peronismo de Base, igual que Marimé. Marimé había tenido que dejar la docencia universitaria en la facultad de Humanidades y para tratar de ahuyentar sospechas, los dos querían encontrar algún trabajo más bien formal. Marimé leyó con entusiasmo el aviso de *El Día*:

—«CASFPI llama a concurso para cubrir vacantes de inspectores. Requisito indispensable: título universitario. Presentar currículum en nuestras oficinas centrales». ¿Qué te parece? Hablé con una amiga. Dice que el interventor se rayó con que quiere gente eficiente, calificada y rajó a los que estaban. Los sueldos son buenos...

—Pero, Marimé, ¿no sabés que el interventor es un milico? El tipo se va a hacer un picnic con nuestros antecedentes.

—Bueno, Mingo, todos los cargos los cubren milicos. Haces un currículum cortito. Pero también es un blanqueo, un cambio de actividad. Dale, vamos; nos presentamos al concurso y vemos.

El interventor militar de la Caja de Subsidios Familiares para el Personal de la Industria —CASFPI— sostenía que quería terminar con los

inspectores venales y que para eso no había nada mejor que los universitarios. El coronel Vaccaro llamó a concurso y tanto Marimé como Mingo lo aprobaron. Pero a los pocos días hubo una reacción gremial: uno de los desplazados se quejó airadamente ante el nuevo interventor de que había sido víctima de una discriminación inaceptable.

—Coronel, usted designó a dos zurdos en lugar de otros empleados que tenemos una clara concepción nacionalista.

Pocas semanas después, a principios de agosto, en las oficinas de CASFPI aparecieron unos panfletos con una leyenda muy breve: «Arias Noriega y Teruggi bolches. ¡Fuera de CASFPI!». Mingo y Marimé pidieron una audiencia con las autoridades pero, en vez de audiencia, a los pocos días les llegó el telegrama de despido. A Sergio no le gustó la idea de salir de abogado de su mujer y su socio, pero preparó un escrito para pedir ante los tribunales su reincorporación.

El asunto los tenía a maltraer, pero Sergio y Marimé decidieron que, al menos por una noche, se olvidarían de todo: estaban invitados a la fiesta de casamiento de Marcelo Stubrin en un dúplex elegante de Belgrano, que le habían prestado. Marcelo y Marcela, su flamante esposa, saludaban a los que iban llegando. Sergio y Marimé se encontraron con Luis Menucci y tomaron la primera copa con un radical de Córdoba muy disgustado con el nombramiento de Ricardo Yofre como subsecretario general de la Presidencia.

—Es cierto que es radical, pero no es un hombre del partido, es un afiliado como muchos, que se ve que tiene una relación personal con Videla y ahora están ensuciándonos con que hay un radical en el gobierno...

Sergio escuchaba con cautela. No quería entrar en una polémica justo el día que se casaba un amigo. Pero cuando el cordobés se fue lo comentó con Luis.

—Ese Yofre es un vendido. Aunque no lo conozca nadie quiere ser el Mor Roig de Videla. Ésos son los que se dan vuelta y encima hay algunos que les importa un pito, Colorado...

Al rato se les acercó otro militante de la Coordinadora. Parecía desconcertado.

—¿Ven a ése que está cerca del espejo? Es el general Delía, que pasó a retiro para que Videla pudiera asumir como comandante en jefe del Ejército. El tipo estaba contando recién que le ofrecieron una embajada en Europa, así que se va dentro de poco...

La música era buena y, cuando llegó la hora de comer, los invitados pasaron al piso de arriba.

—Si ustedes son observadores se deben haber dado cuenta de que los dueños de casa desconfían de los amigos de Marcelo...

—Ay, Sergio, qué prejuicioso que sos, de qué estás hablando, qué ganas de buscar el pelo en la leche...

Dijo Marimé.

—Miren bien, no hay un solo adorno chico en ninguno de los dos pisos, apenas dejaron ceniceros, y ni siquiera los de porcelana o de plata... ¿Quiénes son los prejuiciosos? Ustedes tienen que aprender a mirar más.

Graciela Daleo estaba bastante de acuerdo con el reglamento. En particular, el famoso artículo 16, el que penaba por «deslealtad» a cualquier militante que «tuviera relaciones sexuales al margen de la pareja constituida», le parecía bien. Pensaba que iba a ayudar a transformar las relaciones entre los militantes. Y también estaba de acuerdo con un agregado más o menos informal que le habían hecho después para tratar de solucionar el problema que se planteaba cada vez que caía preso o secuestrado uno de los miembros de una pareja. Muchas veces el que estaba afuera se enganchaba con alguien, y entonces las reacciones de sus compañeros eran variadas, y solían definirse por una cuestión de amistad: si el amigo era el que había caído, el que no le guardaba luto era una basura; si el amigo era el de afuera podían justificarlo: y claro, imagínate, con lo difícil que está la coyuntura, no es como para bancársela solo, ¿no?, seguro que fulano entendería.

La norma trató de poner orden, y decía que entre el fin de una relación —por la causa que fuere— y el principio de otra tenía que pasar un mínimo de seis meses. Nadie sabía por qué eran seis y no cuatro, u ocho, pero era lo que había.

—Che, Victoria, no puede ser que sigas soltera...

Esos problemas eran, en ese momento, para Graciela, teóricos: hacía mucho que no tenía una pareja estable, y las condiciones no eran las mejores para conocer galanes. En esos días, los jefes montoneros insistían en que había que «bajar al Movimiento»: era un intento de recuperar algún contacto con los barrios, fábricas, escuelas, clubes, organizaciones vecinales donde habían tenido trabajo político y, entre otras cosas, proponía que los militantes que estuvieran solos fueran a los bailes populares, que podían ser una fuente para captar gente. Pero Graciela tenía la sensación de que no le daba el cuero, y su vida social estaba absolutamente reducida a un grupo chico de militantes. Aunque su responsable, en una de las últimas evaluaciones, le había anotado como crítica que estuviera «soltera».

—Yo te podría presentar a un compañero, un tipo muy interesante...

—No, Barbarella, no jodas.

—En serio, che, no te podés pasar toda la vida así, ¿no?

Barbarella, Ana Dvatman, no era muy alta y tenía claritos en el pelo, veintitantos años, un marido que se había escapado al Uruguay y una nena de dos. Barbarella militaba en el área de prensa. Graciela y ella se encontraban de vez en cuando en citas y actividades y habían terminado por hacerse amigas. En esos días todo sucedía demasiado rápido: con esa misma velocidad se armaban los afectos. Días atrás, en una cita, se habían puesto a charlar y Graciela le había contado que hacía tiempo que estaba soltera y que no tenía ninguna chance de modificarlo. Y, esa mañana, mientras caminaban por una calle de Liniers, Barbarella le ofrecía una:

—Dale, Victoria, es el compañero que vive con mi compañero. Es muy piola, no es nada feo, te va a gustar...

—Pero vos estás loca, yo me muero de vergüenza si tengo que ir a una cita con un tipo sabiendo que los dos sabemos que... No, ni loca.

—Así no vas a ir muy lejos, flaca. No seas boluda. El compañero perdió a su compañera hace unos meses, él también necesita tener alguien al lado. Nicolás, se llama, ya vas a ver que te va a gustar.

—No, no podría.

—Victoria, no me rompas las bolas. Mirá, hacemos así: el sábado preparamos algo de comer en la casa de ellos, te venís y listo.

—¿Y cómo querés que vaya?

—Ah, qué difícil. Hacemos una cita, te llevo cerrada, no hay ningún problema.

Por un momento, Graciela consiguió pensar que tenía más ganas que vergüenza y aceptó la invitación. Faltaban cuatro días: entretanto, le mandó un mensaje a su responsable pidiéndole autorización para ir a esa cita. Finalmente, el encuentro implicaba mezclar ámbitos, estructuras, y meterse tabicada en una casa de otros militantes. Su responsable le hizo decir que no le parecía lo más conveniente pero que la autorizaba. El sábado a las seis de la tarde, Graciela estaba parada en una esquina de la avenida Maipú, a la altura de la estación Martínez, esperando. Estaba preocupada: la zona Norte del gran Buenos Aires era uno de los lugares donde más gente estaba cayendo. Graciela tenía un tapado negro, una polera celeste, sandalias con plataforma y una pollera azul con florcitas, hasta la rodilla: ya no se usaba la minifalda y ella, con gran dolor de su alma, había tenido que adaptarse a los tiempos. Andar, en esos días, con una mini habría sido una forma un poco pava de atraer la atención, y una militante no podía permitírselo.

Graciela empezaba a impacientarse cuando vio a Barbarella en el asiento del acompañante de un peugeot 504 que paraba junto al cordón. El que manejaba debía ser su compañero, el Polo, y el que iba atrás y ahora se estaba bajando a buscarla seguramente sería el Loco Nicolás.

—Hola, cómo estás.

—Bien, bien.

—Pero, mi amor, ¿con esos zapatos adónde vas a ir?

Graciela intentó una respuesta graciosa, pero no se le ocurrió ninguna. Cuando se subieron al peugeot, después de los saludos, Barbarella propuso que fueran a tomar algo a un bar.

—No, che, sería una locura.

Decididamente, estos de Norte eran tan liberales como solían decir sus compañeros, pensó Graciela. Era horrible, pero eso explicaba en parte que tuvieran tantas caídas.

—Bueno, entonces vamos a casa. Cerrate, Victoria.

Graciela bajó la cabeza y entrecerró los ojos, para no ver adonde estaban yendo. Después, en la casa, se ofreció para preparar la cena, y empezó a cocinar un pastel de batatas. El Loco Nicolás tenía unos

veinticinco años y era grandote, de pelo oscuro y ondulado, facciones agradables.

—Uy, esto está muy rico.

—Gracias.

—No, en serio.

—En serio gracias.

El clima de la cena era amable y ligero. Hasta que Polo nombró a un Negro Ricardo y Graciela dijo que ella lo había conocido mucho —era Raúl Moro, su compañero de estudios, pero no lo pudo decir para no dar datos sobre ella. Polo comentó que cuando el Negro cayó, dos meses antes, él tuvo que levantarse de la casa donde estaba viviendo.

—Estuvo bien, el Negro. Nos dio el tiempo suficiente para rajarnos.

Entonces la charla volvió a los temas habituales: los compañeros que estaban perdiendo, qué haría cada uno en esa situación, cómo se podría zafar, cómo seguiría todo esto, qué chances tenían de superar esa coyuntura durísima. Polo era pesimista:

—Esto está muy jodido. Lo único que pasa es que caen más y más compañeros, parece como si no tuviéramos capacidad de reacción, que sólo estamos para aguantar los cachetazos. Pero si seguimos así vamos a terminar todos muy mal, carajo, muy mal...

—No, compañero, no te pongas así. La revolución tiene sus tiempos, mirá a los vietnamitas: se pasaron cuarenta años peleando hasta que pudieron ganar. Y nosotros, porque nos ha estado yendo mal durante un año y medio ya nos descorazonamos... Al contrario, ahora el golpe terminó de aclarar el panorama: ya todo el pueblo se dio cuenta de cómo eran las cosas. Lo que falta es que nosotros terminemos de consolidarnos como la vanguardia que los laburantes quieren, necesitan. Pero una verdadera organización de vanguardia no cae del cielo ni se va a hacer porque nosotros queramos: nos va a costar mucho esfuerzo, mucha sangre, mucha lucha...

Contestó Graciela. La charla siguió un rato: a eso de las once, Barbarella y Polo se miraron y dijeron que ya era tarde y que se iban a acostar.

—Pero ustedes no se preocupen, quedensé...

De hecho, Graciela tenía que quedarse: sacarla de la casa a esa hora estaba contra todas las reglas, así que habían previsto que se fuera a la mañana siguiente. Graciela se puso más que nerviosa: si hubiera podido, habría salido corriendo. Nicolás trató de parecer casual:

—¿Ponemos música?

—¿Qué tenés?

—Poco, muy poco. ¿Te gusta Françoise Hardy?

—Me encanta. Yo tenía dos o tres discos de ella, pero los perdí en alguna de las mudanzas. Es terrible, no, esto de andar a los tumbos. Cuando me tuve que rajar de la casa de...

—¿Qué, qué decías?

—No, nada, dejá.

La charla no era fácil: tenían que evitar cualquier dato personal, para no «descompartimentarse». O sea que no estaba el recurso clásico de empezar la historia contando quién era cada uno. Pero el disco de Françoise Hardy los ayudó bastante.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, después de los besos, Graciela tenía que salir enseguida para cubrir una cita y le pidió que la llevara hasta la parada de algún colectivo. Iba en el coche con los ojos cerrados cuando Nicolás le dijo que quería que vivieran juntos. Graciela se sobresaltó:

—¿Estás totalmente mal de la cabeza? No, mirá, esto lleva más tiempo. Hay que ir construyéndolo de a poco, no es así de golpe.

—Quién sabe si tenemos tiempo...

Nicolás le dijo que por lo menos se encontraran de nuevo esa tarde. Vieron *Bananas*, de Woody Allen, en un cine de Lavallo, y después se fueron a tomar un café.

—No sé, es graciosa, pero medio reaccionaria, ¿no? El tipo éste pinta a los guerrilleros como si fueran todos una manga de boludos.

—¿Medio reaccionaria?

Tras un rato de charla, Nicolás volvió a la carga: quería que Graciela se fuera a vivir con él a la casa de Norte.

—Yo creo que la convivencia es importante, también es lo que termina de formarnos como hombres y mujeres y como militantes. Yo tengo un recuerdo entrañable de mi convivencia y me parece que no deberíamos dejar pasar esta oportunidad, ¿me entendés?

Graciela pensó que el argumento resultaba levemente general, poco personalizado, y que hablaba más de la compañera que Nicolás había perdido unos meses antes que de la que quería ganar ahora.

—Flaco, puede ser que lleguemos a eso, ojalá. Pero ahora, así, de sopetón, sería un error. Mejor ir de a poco, sobre seguro.

Nicolás suspiró, lo intentó una vez más y al final le dijo que bueno, que la entendía y que por qué no dormían juntos, esa noche, en casa de Graciela. Que lo llevara compartimentado y lo sacara a la mañana siguiente.

—¿Pero vos no tenés tope para llegar a tu casa?

—Sí, nuestro tope es a las diez.

—Y entonces si te quedás conmigo y no vas a dormir, ¿no se van a levantar Barba y Polo?

—No. Nosotros tenemos tope a las diez pero ninguno de nosotros se levanta si el otro no llega porque sabemos que ninguno de nosotros va a cantar.

La noche fue larga, intensa. Al otro día, cuando se despidieron, quedaron en volver a verse el jueves a las siete en Acoyte y Rivadavia: el martes, Nicolás tenía que entrar en una reunión larga, que duraría dos días.

Cuando llegó el jueves Graciela se dio cuenta de que tenía muchas ganas de volver a verlo. Fue a cubrir sus citas de la mañana: estaba impaciente. Entonces vio llegar a Barbarella. Tenía la cara desencajada, pálida:

—Perdieron, Victoria, perdieron.

—¿Qué?

—Eso, que perdieron, perdieron todos.

Esa mañana Graciela había leído en *Crónica* la noticia de que había habido «un espectacular operativo policial en una casa de subversivos en Villa Adelina», que había «concluido con la muerte de todos sus ocupantes», pero no le había hecho un caso particular.

—La casa, cayó la casa nuestra, perdieron todos.

Graciela trató de tranquilizarla. No pudo, pero Barbarella le contó que ésa era la casa donde vivían el Polo, Nicolás y el Burro y cayó el Ejército y mató a Polo, su compañero, y al Burro y a su compañera, Susana, que tenía un bebé, y que el bebé también había muerto porque el ruido le reventó los tímpanos. Ahora Barbarella hablaba muy frío, con los ojos perdidos, como si su voz viniera de otra parte:

—Antes hay una cita que van Tomás y la Negrita Inés y aparece un falcon y adentro está el Loco Nicolás, entre dos tipos, con la cabeza llena de sangre. Tomás y la Negrita empiezan a correr y los tipos tiran. Le metieron un tiro de fal en un brazo, a la Negrita. Tomás trata de ayudarla, pero no puede, la Negrita le dice que se vaya, y la agarran. Te quería avisar, porque sé que esta tarde tenés una cita con Nicolás...

Tomás era Carlos Goldenberg, la Negrita Inés era María Elpidia Martínez Agüero, la esposa de Mario Firmenich. Barbarella se despidió y se fue: era peligroso que se quedaran mucho tiempo juntas caminando por la calle. Graciela tardó un rato en darse cuenta de que lo que le había contado Barbarella significaba que Nicolás había caído primero y había marcado la casa donde vivía y la cita de Tomás. Y que quizás también hubiera marcado la que habían hecho para esa tarde, a las siete, en Acoyte y Rivadavia. Fue un golpe brutal.

Días más tarde, Lucy, la Kika y Graciela se llevaron a almorzar a su casa a Barbarella, que seguía muy deprimida. Pero ese día trataron de hacer como si nada pasara y, en algún momento, se pusieron a hablar de ropa:

—Uy, Victoria tiene muchas pilchas, lindas, muy lindas.

Dijo Lucy.

—¿Por qué no te fijás en el ropero, Barba, y ves si hay algo que te guste?

Era una manera de distraerla, de consolarla.

—Sí, sí, claro, miremos.

Dijo Graciela, pero odió que ella eligiera justo ese pulóver celeste que le había tejido su madre y le gustaba tanto. Después pensó que era curioso: estaba dispuesta a dar la vida, pero le costaba entregar un pulóver. No era fácil desprenderse de las deformaciones burguesas, pensó, ser de verdad una revolucionaria.

Julio de 1976. «Un concierto de rock demostró que es posible alcanzar el equilibrio entre la tolerancia y la autoridad», titulaba su crónica Miguel Grinberg en la revista semanal de *La Opinión*. El concierto había sido el viernes 16, en el Luna Park, cuando once mil personas escucharon, durante más de tres horas, a Pastoral —«para muchos un sucedáneo del disuelto Sui Generis»—, Soluna —«nueva, mística, liderada por Gustavo Santaolalla»—, Crucis —«a medio camino entre el escalofrío y la caricia, una usina gigante»— y, finalmente, el grupo de León Gieco con la ayuda de Charly García y Nito Mestre. «El sonido pudo ser mejor; la música pudo ser mejor; el amor brindado fue irresistible». Pero lo que más le importaba al cronista era dejar claro que no todos los jóvenes eran necesariamente peligrosos, y postular una forma «tolerable» de ser joven:

«El concierto de rock del viernes 16 de julio en el Luna Park, con la presencia de once mil jóvenes, al margen de la música, aportó una significativa variante en el manejo de las medidas de seguridad. Mientras en ocasiones anteriores los mecanismos de vigilancia abordaron el entorno de los conciertos con una tónica equivalente a la de cualquier acto político, ese viernes el accionar de los efectivos sorprendió por sus matices comprensivos, tolerantes. Eso no significó complacencia, ni relajamiento de las normas básicas de seguridad. Indicó más bien, el entendimiento de que los jóvenes necesitan encontrarse, compartir cosas, gastar energías naturales.

»En ocasiones muy cercanas, las autoridades parecieron sospechar que tras cada muchacho de pelo largo se agazapaba un drogadicto. En abril pasado ante el teatro Astral, por ejemplo, la cacería de menores (que según una ordenanza vigente no pueden asistir solos a espectáculos públicos luego de las 22) fue realizada con acentuada dureza.

»Ese viernes, en cambio, aparte de la actuación de los detectives de Toxicomanía, la tónica de los efectivos policiales tuvo carácter preventivo, estricto y elástico a la vez. Todo poseedor de su localidad, ubicado en la cola, ingresó tranquilamente al estadio. Los que merodeaban con la intención de colarse fueron alejados hacia las esquinas, sin otra opción. Allí

no había carros de asalto, ni barreras de contención, nada de eso. En general, despliegues de ese tipo angustian a los adolescentes, que simplemente asisten para ver a sus músicos favoritos, sin planes de amotinamiento o de intoxicación.

»La mayoría de los efectivos, en particular durante la desconcentración de los casi once mil concurrentes, se limitó a solicitar amablemente “circulen”, con el bastón de rutina en las manos, a la altura de la cadera.

»Hacía mucho que los chicos no eran tratados como chicos. Alguien, con poder de decisión, parece haber señalado nuevas (y estimulantes) pautas operativas que pueden servir para evitar que, como respuesta, los jóvenes involucrados se proyecten hacia actividades de carácter mucho peor.

»La juventud siempre es motivo de alarma: como sucedió en el invierno de 1966, cuando aparecieron en Buenos Aires jóvenes de larga cabellera. Un lustro después, muchos ídolos deportivos adoptaron semejante aspecto y finalmente lo desdeñado se volvió aceptado.

»La juventud, en todas las épocas, ha resultado sospechosa. Tanto cuando alborota como cuando se queda en silencio. ¿Qué cosas pueden hacer quienes aún no han cumplido el servicio militar, que todavía no votan, que esperan ingresar normalmente a la sociedad para realizarse y para contribuir —significativamente— al progreso general, al desarrollo comunitario? Por supuesto, pueden trabajar, estudiar. Pero esa actividad les resulta una inversión de tiempo y energía a largo plazo. Entretanto, bulle en ellos la voluntad de superar esquemas que los asfixian y de enriquecer hábitos carcomidos por la rutina.

»El futuro de una generación, o de un país, suele jugarse en la interacción del ímpetu renovador de los jóvenes con la sabiduría de los adultos dispuestos a tirar lastre por borda. Los impulsos nihilistas o autodestructivos de ciertos jóvenes no son un mal de hoy, son una enfermedad de siempre. Entre ellos no están los protagonistas de los cambios legítimos que enfrentan las sociedades contemporáneas.

»Todo tronco necesita savia nueva. Cualquier sociedad que cierre las compuertas de expansión a sus hijos corre el riesgo de fabricar monstruos en serie. La evolución de la Humanidad se ha producido —en gran medida

— gracias a quienes no se conformaron. Todas las grandes invenciones y los descubrimientos relevantes han sido fruto supremo de la insatisfacción del espíritu humano, en pos de horizontes más vastos, o de plenitud real. Desde San Francisco de Asís hasta Luis Pasteur.

»Que algún concurrente a recitales de rock sea adicto a los barbitúricos no significa que todos los asistentes sean viciosos. Que un estudiante tenga locuras dinamiteras no quiere decir que todos los universitarios sean terroristas.

»Es comprensible y necesaria la erradicación de los traficantes de estupefacientes, o de los preconizadores del homicidio como respuesta a los problemas del mundo. De allí a colocar a toda una generación en “cuarentena”, por las dudas, hay múltiples grados de control y de expansión.

»A menudo, los jóvenes que asisten a conciertos, a plazas o lugares de baile, se manifiestan ajenos a todo sentimiento parricida. Se sienten —en cambio— casi huérfanos, como dejados a la intemperie. Simultáneamente, padres que adoran a sus chicos han abordado a algún disc-jockey radial (supuestamente “más cerca” de los chicos) para preguntarle “por qué la nena se fue de casa” o “por qué el nene toma pastillas”.

»Sorprendería a más de un padre o madre de familia la honda religiosidad inherente a buena parte de los adolescentes, adhieran o no al rock. Resulta a menudo conmovedor comprobar, en muchos jóvenes argentinos, ideales de respeto a la condición humana, de preocupación por la ecología del planeta, de búsqueda de maestros verdaderos, de hambre de Dios.

»El país del futuro, con el diálogo necesario para que cada cual sea lo que deba ser, en vez de naufragar en la nada, bulle en los recitales, en las fábricas, en las escuelas, en grandes ciudades y en pueblos pequeños. La juventud está allí, ansiosa por recibir ejemplos, desesperada por una oportunidad para darlos. Se trata de una revolución inédita, latente. Una especie de presa hidroeléctrica donde hay un momento justo para acumular las aguas, otro instante exacto para soltarlas, a fin de volver real la fertilidad de la tierra, de las mentes y de los corazones.

»El Luna Park ilustró, en escala reducida, los límites entre la tolerancia y la autoridad. Vale como dato, además, para discernir las alternativas de un tiempo de paz».

—¿Pero están seguros de que se fueron? Yo no lo puedo creer.

—Sí, che, totalmente. ¿No ves que a mí me lo dijo el Cholo, que era custodio del Pepe?

—No, no lo puedo creer. No pueden ser tan hijos de puta. ¿Y adónde se fueron, me querés decir?

—Ni idea, se fueron del país, vaya a saber.

A mediados de julio, cuando les llegó la información de que la conducción montonera ya no estaba en la Argentina, los oficiales de la columna Norte se pusieron como locos. Era el colmo. Les dijeron que se habían ido en abril: no podían estar seguros, eran sólo rumores, pero lo creían, y eso quería decir que se habían pasado los tres últimos meses discutiendo, documento tras documento, con unos tipos que ya no estaban. Y era, además, les parecía, una especie de traición.

—Está bien, puede ser que haya que preservarlos, todo el verso ese de que la conducción estratégica tiene que replegarse. No sé, no estoy muy seguro. Pero entonces, por lo menos, que acepten las iniciativas de los boludos que nos quedamos, ¿no? Y éstos eran los que nos decían que nosotros perdíamos por liberales, por militaristas. Pero la puta que los parió. Porque estamos acá, perdemos, porque nos quedamos acá...

Sergio Berlín estaba indignado y la discusión se acaloraba. Ese domingo habían organizado un asado para ver qué hacían. Estaban todos los disidentes de Norte, y otros que empezaban a plegarse, de otras zonas; la Gorda Amalia, de La Plata, Alberto Camps, el sobreviviente de Trelew, que había salido con opción a Perú, viajado a Roma y vuelto clandestino, y algunos más. El encuentro suponía un riesgo fuerte pero les parecía que tenían que correrlo para tratar de adoptar alguna iniciativa común.

—Está claro que en este momento ya no tenemos ninguna posibilidad de revertir el desastre. Lo que hay que hacer es preservar la estructura, y sobre todo preservar a los militantes, parece mentira que no se den cuenta.

—Lo que parece mentira es que tengamos que pelear más contra la conducción que contra los milicos, la puta madre.

—Sí, pero qué querés. Tampoco podemos rajarnos y dejarlos que terminen de hacer mierda todo. Es fundamental seguir dando la pelea para tratar de salvar lo que queda. Si conseguimos el consenso suficiente, es posible que terminen por entender que hay que hacer lo que estamos proponiendo...

—Pero si hasta tienen el documento que hicieron José y el Nariz con Pelo, donde explican perfectamente cuál es la forma de operar de los milicos en esta etapa, y cómo la única posibilidad que nos queda es el repliegue y la descentralización... ¿Qué más hay que hacer para que terminen de entenderla?

—¿A vos te parece que el problema es que no la entienden?

Las discusiones seguían y era difícil ir mucho más allá. En esos días cayeron el Cholo, el Inglés Carlos Ocampo, Laura Mugica. Una semana más tarde llegó la noticia de que la Gorda Amalia también había caído. Casi todos los días se enteraban de una nueva.

—Petisa, si no hacemos algo rápido, acá van a terminar matándonos a todos.

—Sí, claro. ¿Pero qué?

Esa noche, Carlos Goldenberg, Sergio Berlín y Mercedes Depino habían estado charlando de los buenos viejos tiempos. Recordaron la primera caída en La Plata, la fuga de Rawson, la noche del 25 de mayo y la salida de Devoto, las movilizaciones del 73, cuando a la menor provocación sacaban cien mil tipos a la calle.

—Putá que lo parió. Parecía que estábamos tan cerca, ¿no?

—Estábamos tan cerca. En cuanto se pase un poco todo esto vamos a tener que sentarnos a pensar muy en serio dónde mierda la pifiamos tanto.

—Sí, pero primero tenemos que salir de ésta.

Se habían preparado fideos con una salsita de crema y habían abierto una botella de vino. Detrás de la ventana del departamento de Sergio brillaban luces y, más allá, la oscuridad del río. Mercedes y Sergio se veían cada vez más y estaban hablando de volver a vivir juntos. Carlos llevaba semanas muy abatido:

—No quiero ser lechuza, pero muchas veces me da la sensación que de ésta no salimos, che. No le veo la manera. No digan nada, pero a veces me siento tan cansado que no sé cómo hacer para llegar a mañana...

Mercedes acarició la cabeza de su primo y le preguntó lo mismo que ya le había preguntado tantas veces:

—¿Y no te irías? Tampoco es cuestión de hacerse matar al pedo, ¿no?

—¿Y qué vamos a hacer si nos vamos, Petisa, nos vamos a pasar la vida lamentándonos de no haber tenido los huevos para quedarnos y seguir peleando por lo que creemos? Nosotros nos jugamos a la revolución, a hacer un mundo que valga la pena de ser vivido, ésa es la nuestra. No, che, nosotros somos esto, somos montoneros y nunca vamos a poder ser otra cosa, no nos lo bancaríamos. No, me parece que yo no podría irme.

—Y además, ¿a vos te parece que podríamos vivir con la idea de que nuestros amigos están todos muertos y nosotros nos fuimos? ¿Te parece que podríamos vivir así...?

Dijo Sergio, y Mercedes lo paró:

—Bueno, los compañeros no perdieron para que vos también te sintieras obligado a perder. Murieron para que todos vivamos mejor, ¿no?

—Sí, ya sé, es obvio. Pero yo igual me sentiría un canalla si los abandonara.

Mercedes seguía recibiendo las cartas de Jaime, desde París, que le insistía para que se fuera, le ofrecía pagarle el pasaje, le decía que se salvara, que se estaba haciendo matar al cuete. Mercedes seguía negándose, pensando que no quería salvarse sola.

—De todas formas, si la orga sigue pifiándola sin parar tenemos que hacer algo...

Sergio le agarró la mano y le sonrió. Era una charla que tenían casi todos los días:

—Sí, pero tampoco podemos rajarnos de la orga. Si nos rajamos se pondrían a buscarnos para reventarnos. Eso no importaría tanto, pero, sobre todo, la cosa es que abandonaríamos cualquier posibilidad de cambiar las cosas, de salvar a los compañeros, de hacer algo que finalmente valga la pena.

Dijo Sergio. Carlos tomó un trago de vino. Parecía agotado:

—A mí lo que me preocupa de verdad es Inesita. Carajo, a veces no puedo dormir pensando qué va a ser de ella si a Mini y a mí nos pasa algo...

Dijo, y se calló. El silencio duró demasiado. Carlos tomó otro trago antes de seguir:

—Che, les quiero pedir algo. Ustedes son los únicos que me lo pueden prometer. Si nos llega a pasar algo a nosotros, hagan todo lo posible porque la beba no quede a cargo de la orga. Me parece que harían un desastre. Petisa, habla con tus viejos, pediles que se ocupen, no sé, que no se quede...

Mercedes lo abrazó y los tres se quedaron callados. Sabían que a algunos militantes los habían obligado a hablar amenazándolos con torturar a sus hijos, o torturándolos. Pero, aun si la cuestión no llegaba a tanto, la incertidumbre sobre qué podría ser de ella era terrible. Los padres de Carlos habían tenido que exiliarse, meses antes, en Venezuela.

—Putá, a veces me asusto con lo que le pueda pasar... Pero enseguida me digo que menos mal que la tengo, que si no fuera por ella de nosotros no va a quedar una mierda...

Ese lunes hacía frío, y el cielo parecía de plomo. Eduardo Merbilhaá llegó a las cuatro de la tarde a su casa, en la calle Venezuela de Villa Martelli. Eduardo pensó que iba a comer algo en su departamento del tercer piso y después subiría al cuarto, al departamento de Mena, donde estaba parando Santucho. Abrió con su llave la puerta del palier de abajo y lo sorprendió que Rubén, el portero, estuviera despierto a la hora de la siesta.

—Hola, Rubén. ¿Qué hace levantado?

Rubén tenía la franela y el limpiabronce en la mano y le sacaba brillo a la baranda. Estaba pálido y hablaba bajo:

—Se lo llevaron a su cuñado, a ella también, a los demás... Los sacaron en camillas y frazadas, parece que hubo varios muertos. No sabe la de tiros que hubo, fue un infierno.

Por un momento, Merbilhaá pensó en salir corriendo.

—¿Ya se fueron?

—No sé, puede ser que quede alguno en el cuarto. Primero vinieron cuatro, nomás, después llegaron muchos. A mí me obligaron. Le juro que

me obligaron. Después empezaron los tiros. Y gritaban todo el tiempo ¡lo mataron al capitán! ¡Este hijo de puta lo mató al capitán!

El relato del portero era confuso y Merbilhaá no estaba como para pedirle precisiones. Se despidió de él y agarró la pistola que tenía metida en el cinturón. La empuñó y dejó la mano apenas tapada por la campera de corderoy. No se iba a entregar. Estaba seguro de que los milicos habrían dejado alguna ratonera. Salió a la calle mirando para todos lados: podían estar en cualquiera de las ventanas, árboles, coches. Pero siempre había una posibilidad de rajar, se dijo, y aceleró la marcha. Cuando dio vuelta la esquina pensó que había roto el primer cerco. La idea de su jefe muerto le empezaba a pesar como una losa. Pero, además, pensó que tenía que ocuparse de los suyos: Nora, su compañera, tenía que estar por volver y se iba a meter en la trampa. Merbilhaá se quedó a unas cuadras del edificio, para interceptarla. Por suerte, pensó, sus dos hijos estaban en La Plata, con la familia de ella. Después de un rato que se le hizo eterno, la vio venir y se acercó con una sonrisa, cara de casualidad. En los primeros pasos, telegráficamente, le contó a Nora que habían matado, al menos, a Santucho.

—Nos salvó el portero.

Tomaron el primer colectivo, luego un taxi. Un rato después estaban en San Isidro, en la casa donde vivía Manuel Gaggero con su familia. Lo abrazó fuerte y trató de mostrar entereza.

—Manuel, los agarraron al Robi y a Mariano. No sé si están vivos o qué, pero el portero me dijo que se llevaron por lo menos dos cuerpos.

—¡Uy, Dios! ¡La puta que los parió!

—La dejo a Nora acá. Yo me voy rajando a tratar de atajar al resto.

El capitán Juan Carlos Leonetti y otros tres militares vestidos de civil habían llegado a la casa de Santucho a las dos de la tarde. Leonetti andaba detrás de la pista de Domingo Mena y es probable que no supiera que se iba a topar con el jefe: si no, seguramente habría llevado más tropas. Los militares despertaron al portero y lo hicieron subir hasta el departamento del cuarto piso, tocar el timbre y contestar cuando, desde adentro, una mujer preguntó quién era.

—El portero, Rubén.

Dijo Rubén y, mientras se abría la puerta, el capitán Leonetti lo empujó a un costado, pegó un grito y empezaron los tiros. El ruido era infernal y el humo no dejaba ver nada. Unos minutos después Mario Roberto Santucho y Benito Urteaga estaban muertos.

El Ejército quiso mantener la noticia en secreto: querían ganar tiempo para usar la información que habían recogido en el departamento y la que intentarían sacarle a sus prisioneros. Pero hubo una filtración y la quinta edición de *Última Hora* tituló «Mataron a Santucho». Alertado, el ministro Harguindeguy mandó secuestrar la edición en el taller y detener a su director, Américo Barrios. La información recién apareció a las 11 de la noche en radio Colonia. Enseguida se conoció la versión oficial: el comando del Ejército tiró la puerta abajo, Santucho agarró su pistola, disparó sobre el capitán Leonetti y los dos murieron en un fuego cruzado. El parte oficial también daba por muerto a Benito Urteaga. La información, al principio, no decía que en ese departamento también había caído —herida o muerta— Liliana Delfino. Tampoco que habían agarrado —vivos— a Domingo Mena, a su compañera, Ana María Lanzilloto, y al hijo de Urteaga, de dos años.

Horas después Merbilhaá, que era secretario del Buró político, tomó contacto con Luis Mattini, el cuarto integrante y único sobreviviente de la máxima dirección del PRT. Mattini se había salvado porque antes de ir llamó por teléfono y la persona que le contestó no le dio la contraseña convenida.

Era un golpe durísimo: los que quedaron vivos pensaron que debían estar muy infiltrados o, peor aún, que podía haber un traidor. Mattini convocó a una reunión con los que seguían en la línea jerárquica: los que quedaban vivos del comité ejecutivo eran Eduardo Merbilhaá, Enrique Gorriarán Merlo, Jorge Oropel, Daniel Martín y Rogelio Galeano. Además de los caídos en Villa Martelli y de Carrizo, por esos días el comité ejecutivo del PRT había perdido a otros dos cuadros: Carlos Germán, el Negro Mauro, y Eduardo Castello, responsable político de Córdoba. Los que quedaban vivos se constituyeron inmediatamente en la máxima dirección y trataron de imaginar de dónde podían haberse filtrado los datos.

La primera pista que analizaron fue la caída de Petete. Sólo un par de horas antes de que llegara el Ejército a la casa de Santucho, el emisario del Buró político del PRT había ido a tomar contacto con un enviado de la conducción de Montoneros. Ángel Gertel, Petete, partió hacia Vicente López pero nunca volvió. Según se enteraron después, el enlace de Montoneros no fue a la cita: había caído unos días antes. Merbilhaá descartó de inmediato la posibilidad de que Petete hubiera dado la pista para que llegaran a Santucho.

—Es un compañero muy firme, el Negro lo eligió especialmente por su entereza. Él no pudo ser. Además, apenas habían pasado un par de horas.

Después hicieron la lista de todos los que conocían la casa de Villa Martelli y cayeron en la cuenta de que eran muchos. En esos días, Merbilhaá fue a verlo a Daniel De Santis y le dijo que no tenían una pista firme:

—Esa casa se usó demasiado, incluso para tareas que no eran de la dirección. Calculamos que deben haber estado unos veinte compañeros, o tal vez más.

Daniel recordaba que, pocas semanas antes, él mismo había estado ahí, en una reunión con Mena y siete militantes más. Pensó entonces que tal vez iban a hacerle alguna pregunta. Pero Merbilhaá lo trató como siempre, sin mostrar ninguna sospecha.

—Con algunos compañeros sobre los que hay dudas se decidió interrogarlos, dos o tres quedaron bajo vigilancia hasta que esto se aclare, si es que se puede aclarar.

Pero la investigación no dio ningún resultado. Y la suerte del PRT, de todas formas, ya estaba echada: con la muerte de Santucho, la organización político militar de origen marxista más importante de la historia argentina había perdido mucho más que un jefe.

«Va contra la naturaleza humana el alegrarse ante la muerte de otra criatura humana, pero la gente más decente y la de mejor corazón en la Argentina y en cualquier otra parte del mundo, no podrá evitar un sentimiento de profundo alivio ante la noticia de la muerte, el lunes por la tarde, de Roberto Mario Santucho», decía, el miércoles 21, un editorial del diario liberal *Buenos Aires Herald*, dirigido por Robert Cox.

«Este aborrecible individuo, y sus igualmente desagradables compinches, muertos también el día lunes —la lista completa no ha sido aún entregada por las autoridades a tiempo para su publicación— han causado durante los últimos años incalculable angustia y sufrimiento en la Argentina. Para muchas personas el sentimiento de alivio ante su muerte se verá también conformado por una satisfacción enteramente humana, en cierta medida como un sentimiento de venganza por los miles que han muerto merced a la delirante locura de Santucho y sus secuaces. Afortunadamente Santucho ha seguido el camino de otros líderes igualmente asesinos, como Ernesto Guevara, con quien Santucho fue comparado en cuanto a importancia. Pero hay en esto una moraleja, que consiste en que cuando las fuerzas armadas dejaron de verse deliberadamente entorpecidas por la esfera gubernamental, como ocurrió durante el nefasto período peronista, comenzaron a tener un éxito tras otro en su lucha contra el terrorismo. La declinación comenzó aparentemente cuando Santucho grandilocuentemente decidió escoger la selva tucumana como base de operaciones, olvidando que el mismo Guevara fue vencido por el gobierno boliviano: entonces ¿qué posibilidades tenía un líder de menor envergadura contra un ejército aun mayor?

»Lamentablemente, esto no pone punto final a la organización siniestra encabezada por Santucho. Pero su eficiencia ha sido pulverizada por una serie de efectivos golpes militares: más de 100 adeptos muertos en diciembre, cientos más muertos a partir de entonces, la mayor imprenta de la organización descubierta la semana pasada, y ahora Santucho y probablemente muchos otros líderes máximos, también muertos.

»Todos los Santuchos del mundo no pueden compensar la vida de los civiles, soldados y otros miembros de seguridad que han muerto —en muchos casos simplemente asesinados, sin estar remotamente comprometidos paramilitarmente—. Hasta cuando Santucho fue hacia su muy demorada muerte, otro soldado cayó con él: el capitán Juan Carlos Leonetti, quien, según se reveló, era uno de aquellos a cuyo cargo estaba seguir a Santucho y capturarlo o matarlo. Leonetti es otro de quienes —pese a la culposa indiferencia de mucha gente en la Argentina— ha muerto por

preservar el modo de vida que ha sido acordado por todas las personas responsables en este país.

»Con Santucho muerto, la lucha debe proseguir hasta que se liquide todo vestigio de cáncer. El resultado no estuvo jamás en duda, pero con cada nueva victoria militar se aproxima más el día en que el terrorismo se desvanecerá de la memoria en la Argentina. Incluyendo, podríamos decir, la otra clase de terrorismo que es tan siniestro como el terrorismo de izquierda».

Cinco

—Puta que lo parió. Lo de Julián fue terrible. ¡Qué boludez, morirse así, qué desgracia!

—¿Y no puede haber sido un suicidio?

—No, no creo. Yo hablé con él dos o tres días antes, y no me dijo nada que me hiciera pensar que... Además está el informe del médico. No, no se suicidó, no puede ser.

Elvio Vitali estaba en el Bodensee, un restorán alemán de la calle Cramer, cenando con sus cuatro amigos más cercanos: cuatro militantes que venían de Derecho y que también habían sido amigos de Julián. Su muerte los había afectado mucho a todos. Elvio los había juntado, aunque fuera una imprudencia, porque quería comunicarles algo muy especial:

—Me voy. Yo no puedo seguir más así, me voy. Es al pedo, estamos derrotados, no tenemos línea, no tenemos salida, nos van a ir matando uno por uno. No tiene sentido. Y además, la verdad, estoy cagado en las patas. No quiero que me maten por una causa perdida.

—Pero, Tano...

—Sí, hermano, es una causa perdida, nos están reventando y nosotros no tenemos respuesta, no tenemos un carajo. En serio, vámonos todos, no nos dejemos matar al pedo, de verdad. Hay que cortar esta historia de locura.

Desde la muerte de Julián, Elvio no había vuelto a ver a sus compañeros de ámbito. Simplemente no había llamado más al control: se había rajado. Se había guardado en la casa de un pariente y sólo salía para hacer los trámites necesarios para irse del país y, de vez en cuando, para ver a Adriana. En esos días, su madre recibió un llamado telefónico: que había un chico internado muy grave en el Hospital de Niños que pedía ver a Elvio. Era una trampa obvia: seguramente tenían intervenido su teléfono, o

pensaban seguir a su madre cuando le fuera a dar el mensaje, para localizarlo. La señora no les hizo caso, y el truco no funcionó.

Elvio se pasaba los días encerrado, pero esa noche había reunido a sus amigos y salido a verlos: le parecía que a ellos sí tenía que comunicarles su decisión.

—No, yo me quedo.

Dijo el Pardo.

—¿Pero por qué te vas a quedar, si vos estás de acuerdo con que nos derrotaron, que no tenemos salida?

—No, sí, yo estoy de acuerdo, pero me parece que me tengo que quedar a procesar acá. Yo me voy de la orga, pero tengo que terminar de procesar acá.

«Procesar» significaba seguir pensando la cuestión, tratar de llegar a alguna conclusión: cerrarla.

—Si no, toda la vida me quedaría con la sensación de que dejé todo por la mitad, trunco.

—Pero no seas boludo. Hay que irse. Si te quedás acá, te agarran. Fija que te agarran, y te revientan.

Oscar no dijo nada, pero todos sabían que ya había decidido que él también se iría. Carlos, en cambio, defendía las posturas montoneras y decía que él se quedaría hasta las últimas consecuencias. Tras la muerte de Julián se había quedado con su ropa, había empezado a usarla, y se exponía cada vez a más peligros.

—Yo tengo un compromiso con los compañeros, no los puedo traicionar.

La palabra era dura. La cena se deshizo poco después. Cuando se despidieron, en la puerta, trataron de que los abrazos no fueran demasiado aparatosos. Elvio se fue con la sensación de que, seguramente, no los vería nunca más. Después, tiempo después, sabría que Carlos murió a los dos meses en un enfrentamiento, que Oscar consiguió salir del país, que Alberto se exilió meses más tarde y que el Pardo se fue de los Montoneros y consiguió sobrevivir en la Argentina.

Julio de 1976. El viernes 23, en un artículo titulado «La venganza es nuestra», publicado en Londres, el corresponsal en Buenos Aires de *The Economist* se asombraba de la situación:

«Lo que está ocurriendo en Argentina es algo difícil de creer. Tomen por ejemplo estos incidentes. Justo antes del amanecer del domingo, un automóvil se detuvo frente al enorme obelisco de la avenida 9 de Julio, en Buenos Aires. Un grupo de hombres con cascos de acero salió del vehículo, arrastrando consigo a un joven. Lo apoyaron contra la base de piedra blanca, formaron un pelotón de fusilamiento y dispararon diversos proyectiles contra él. Luego con toda calma se alejaron, dejando al cadáver tras ellos.

»Aproximadamente dos horas más tarde en la vecindad de clase media alta de Belgrano, un joven organista se sorprendió al descubrir que la iglesia de San Patricio estaba cerrada. Pensó que los sacerdotes integrantes de la orden irlandesa de los Palotinos (muchos de los cuales son de ascendencia irlandesa) se habían quedado dormidos. Entonces advirtió que la luz de la habitación, donde se encontraba la televisión en la casa parroquial, estaba encendida. Allí vio a los tres sacerdotes y a dos jóvenes seminaristas que yacían en el piso. Todos habían sido asesinados: sus cuerpos estaban acribillados a balazos. Sobre un tapiz rojo habían garabateado con un marcador: “Esto es para los que envenenan las mentes vírgenes de nuestros jóvenes”. Sobre la puerta de uno de los dormitorios estaban otras palabras escritas con tiza: “Por nuestros camaradas dinamitados de la policía”. Horas antes, la policía había hallado los cuerpos de otras personas —cinco hombres y tres mujeres— asesinados en un estacionamiento para vehículos del centro de la ciudad.

»Las muertes —inexplicables en el caso de los muy queridos sacerdotes, que eran católicos conservadores que ejercían su ministerio en una parroquia próspera— se produjeron luego de que una bomba colocada en el comedor de la sede de la Policía Federal (sección seguridad política) mató a 18 personas e hirió a 66. Todos ellos, a excepción de uno, eran policías. La guerrilla de izquierda Montoneros, se adjudicó el hecho. La bomba y su consiguiente reacción provocaron una explosión de otro tipo en las fuerzas de la policía federal. El recientemente designado jefe de la

institución policial, general de brigada Arturo Corbetta, quien reemplazó al general Cesáreo Cardozo (asesinado por una bomba colocada bajo su cama por una compañera de colegio de su hija) debió enfrentar una rebelión después de destituir a dos oficiales de seguridad. Además se disgustó ante el pedido de venganza de los oficiales de policía. Por eso ofreció su renuncia al ministro del Interior, quien la aceptó.

»En siete días el balance de la violencia política registrada fue de noventa y cinco muertos. Por lo menos cuatrocientas ochenta y nueve personas habían muerto, hasta el momento de los hechos, desde el golpe militar del 24 de marzo. Los veinticinco mil refugiados, especialmente chilenos, que viven en Argentina se sienten particularmente vulnerables. Aproximadamente cien de ellos comenzaron una huelga de hambre pidiendo ser llevados fuera del país. El gobierno aparece incapaz de dar una respuesta. El comentario de un diplomático extranjero sintetiza la situación; refiriéndose al presidente, general Videla, se preguntó: “¿Qué hace un hombre agradable como él en esta situación?”».

Pocos días después de la matanza de los curas palotinos, los cardenales Aramburu y Primatesta publicaron un documento sobre el tema: «Sabemos cómo el gobierno y las Fuerzas Armadas participan de nuestro dolor y, nos atreveríamos a decir, de nuestro estupor», decían.

—No, fijesé, yo fui a comprar el diario para ver si encontraba un trabajo; fijesé, acá está.

Horacio González se desesperaba: los clasificados de *Clarín* estaban marcados pero el comisario Repetto no le creyó una palabra. Ni le importó que tuviera documentos que parecían en regla. Eran las siete y media de la mañana y Horacio tuvo la sensación de que las piernas se le deshacían. Estaba sentado en una mesa del bar Tony, de Rivadavia y Parral, rodeado por cinco policías que le apuntaban con sus armas y el comisario que decía metanló en el coche, vamos al departamento. Horacio no terminaba de creer que le estuviera pasando lo que le pasaba.

Desde el golpe se había mantenido tranquilo, tratando de hacer una vida normal, dentro de lo posible. Intentaba suponer que no tenían por qué meterse con él y estaba viviendo de nuevo con su mujer, en Primera Junta:

trataba de recomponer su matrimonio y de capear el temporal. El gobierno había cerrado la UB de Páez y Argerich y Horacio no había vuelto por ahí. Salía poco a la calle y su única actividad pública consistía en unas clases en la Universidad del Salvador, donde enseñaba Historia Social Europea en la carrera de sociología. En su bibliografía estaba *El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, de Carlos Marx, y, curiosamente, nadie le había dicho que no diera esas cosas, ni él había pensado que eso pudiera complicarlo. La facultad parecía un refugio tranquilo, pero necesitaba ganar algo más de plata y esa mañana salió a comprar el diario y empezó a buscar en los clasificados, hasta que lo vio el comisario Repetto.

El comisario estaba quisquilloso: los Montoneros habían lanzado una campaña militar contra la policía y todos los oficiales extremaban sus precauciones. En esos días, el comisario Repetto se había cruzado con Horacio dos o tres veces, al salir de su casa. Vivían en la misma cuadra; Horacio no tenía por qué haberle llamado la atención, salvo que el comisario Repetto ya lo conocía: era el oficial que lo había detenido, junto con Cacho Roper, en diciembre de 1972, con una caja de miguelitos y un par de revólveres viejos. Y un buen policía nunca olvida una cara.

Pero Horacio sí, y no entendía por qué se lo estaban llevando. En el asiento de atrás de un patrullero, entre dos policías muy armados, con las sirenas ululando, trató de pensar que era todo un absurdo, una equivocación, y que ya se darían cuenta: la idea le sirvió para no desesperarse, pero igual la situación le pareció una pesadilla.

No lo trataban mal: en realidad, ni siquiera le hablaban. Cuando llegaron al Departamento de Policía, el comisario lo hizo entrar con él por la puerta principal: los agentes de guardia lo saludaron con respeto. El comisario Repetto era el jefe de Robos y Hurtos, y se llevó a su preso hasta los calabozos de su sección: ahí lo hizo encerrar y le dijo que quedaba demorado por averiguación de antecedentes. Horacio seguía pensando que el malentendido se aclararía en cualquier momento, pero estaba más y más intranquilo. Se pasó todo el día esperando: no pasaba nada. Se preguntaba qué querían de él, y no encontraba respuesta. Esa noche dos tipos jóvenes, de civil, vinieron a buscarlo:

—¿Así que vos sos el oficial montonero, eh?

Horacio pensó que no podían equivocarse así, pero los tipos le pusieron una capucha en la cabeza y lo llevaron por una serie de pasillos. Después llegaron a algún lugar, cerraron una puerta y empezaron a interrogarlo:

—¿Qué carajo estabas haciendo en ese bar?

—Ya le dije, señor, estaba mirando los avisos clasificados del diario. Yo vivo ahí al lado, fijesé, a dos cuadras. En mis documentos está mi dirección, fijesé.

Era su domicilio legal, y era su mejor argumento de inocencia, pero los interrogadores no se detuvieron en esas minucias. Ahí le cayó la primera trompada: sonó seca y vino de ninguna parte; Horacio, encapuchado, se sentía totalmente indefenso.

—¿Vos te creés que nos vas a meter el perro con eso, oficial montonero? ¿Qué carajo te creés, que somos pelotudos, nosotros? Decí qué carajo estabas haciendo ahí o te reventamos, turríto.

Y le caían más golpes. Horacio pensó que la cosa iba en serio, pero no sabía qué hacer. Se alegró de no saber nada, de no tener que resistir la tentación de hablar, y enseguida pensó que ésa era también su debilidad: los tipos nunca le creerían que no sabía, supondrían que se estaba guardando información. De pronto se le ocurrió una definición más favorable de sí mismo:

—No, yo soy camporista.

—¡Camporista y la reputa que te parió, montonero!

Los golpes seguían, cada vez más fuertes. Al cabo de un rato indefinible, Horacio pensó que lo iban a matar, y se sorprendió de su propia reacción: ah, así que era esto. Estaba casi tranquilo: por momentos, en medio de los golpes y los gritos, pensaba qué tontería ir a morir así, en Robos y Hurtos, con unos tipos que lo acusaban de ser lo que no era. Estaba casi tranquilo: en ese momento clave, Horacio descubrió que, pese a sus sospechas, no era un cobarde.

—Ya vas a hablar, pelotudo. Acá hasta el más malo termina pidiendo la escupidera.

Los golpes duraron un rato más, y las preguntas. Después lo devolvieron a su calabozo: al día siguiente volvieron a empezar, y al otro día:

—¿Así que ya de pendejo estabas en esto, eh? Ya en el 62, hijo de puta, te fuiste a preparar la guerrilla ahí a Bolivia. ¿Con quién fuiste, montonero, con quién carajo fuiste?

En manos de los interrogadores, toda su historia cobraba un sentido único y resultaba una sucesión de pasos militantes. Aquel viaje a Bolivia cuando tenía 18 años, por ejemplo, su única salida del país, se había convertido en una exploración del territorio donde años más tarde pelearía Guevara. Y así todo. Horacio se sorprendía de la construcción de esa vida que los policías estaban recreando y, por un momento muy fugaz, hasta quiso que fuera la suya. Era atractiva.

—Vamos, y después estuviste con los hijos de puta que asaltaron el Policlínico Bancario, Gonzalito, no te sigás haciendo el boludo.

Al final, cada noche lo devolvían a su celda. Fue una semana aterradora. Horacio estaba sucio, greñado y dolorido pero seguía más o menos tranquilo: era tan raro.

Dormitaba en su calabozo cuando vinieron a buscarlo: esta vez no le pusieron la capucha. Horacio tuvo un destello de miedo ante el cambio. Los pasillos por donde lo llevaban se parecía a los que había imaginado cuando iba enchapuchado, aunque eran más cortos. Al final llegaron a una oficina grande, con buenos muebles, donde lo esperaba el comisario Repetto:

—Esto es muy extraño, González. Por una ironía del destino, nuestros caminos vuelven a cruzarse.

Horacio se quedó asombrado y no supo qué decir. En la pared de la oficina, detrás del escritorio, había un gran retrato de Juan Manuel de Rosas y al lado, enmarcada, una foto de revista porno con pareja cogiendo. Repetto lo miró y Horacio se dio cuenta de que estaba demasiado desastrado. El comisario tenía un traje azul bien cortado y una corbata muy discreta, de escuditos:

—¿Qué ironía, no? Usted ni se debe acordar, pero yo soy Repetto, el oficial que lo detuvo hace unos años con esos clavos miguelitos que no servían para nada. ¿Y sabe lo mejor? Que gracias a usted, aquella vez me dieron un ascenso y después siguió la buena, y ahora acá me tiene, de jefe de Robos y Hurtos.

Horacio se preguntaba por qué este hombre le estaba diciendo todo eso. Repetto tenía unos 50 años, rasgos finos y buena manicura. Hablaba despacio, como desde lejos, y le siguió contando que él no estaba de acuerdo con la represión tal como la estaban haciendo, que las cosas había que hacerlas por derecha. Que él estaba con el grupo de Corbetta, el jefe de policía que dijo que había que reprimir de azul, con uniforme, pero que así le había ido: lo rajaron enseguida. Después prendió un cigarrillo y se quedó mirando el fósforo. Horacio se preguntó por qué no usaba encendedor, y después se quedó pensando por qué se le ocurrían semejantes tonterías:

—Según mis informes usted es un oficial montonero, González, y yo estoy convencido de que usted estaba chequeando mi casa. No puedo estar seguro, pero casi. Pero igual yo no quiero pasar a formar parte de esas actitudes que critico, ¿me entiende?

Horacio no sabía si le entendía: toda la situación era extrañísima. El comisario le estaba haciendo una escena donde se mezclaban Arlt, Malraux y Juan Vucetich y nada tenía nada que ver con nada. Pero el tipo parecía disfrutarla:

—¿Sabe qué pasa, González? Que tanto usted como yo somos bizcochos en esta guerra. Nosotros somos un par de bizcochos, estamos de prestado en esta guerra. A mí no me gusta todo esto, González, no puedo estar de acuerdo. ¿Y sabe qué? He tomado una decisión, González.

El comisario paró y dio una pitada con chupón muy largo. Horacio se estaba dando cuenta de a poco de que en esa escena inverosímil se estaba jugando su destino, y empezó a ponerse muy nervioso.

—Mis oficiales quieren que lo entregue al Ejército, por izquierda, para que lo revienten. Yo lo estuve pensando mucho, sabe, lo he meditado con detenimiento. Yo no puedo hacer eso. Ya le dije, yo creo que usted es un oficial montonero. Pero quizás no sea. Capaz que es cierto que estaba ahí porque vivía ahí al lado, vaya a saber, es posible. Probable no, pero es posible. Así que le vamos a dar el beneficio de la duda.

El comisario se calló para otra pitada, y Horacio no podía imaginarse cómo sería ese beneficio. De lo que dijera ese hombre dependía su vida, y no conseguía imaginárselo. Detrás del escritorio, a la izquierda, en una biblioteca baja, vio una cantidad de libros que le sonaban conocidos. El

comisario aplastó su cigarrillo en un cenicero de vidrio barato. Era el dueño de la vida y la muerte de su preso, y quería que quedara bien claro:

—Yo sé que es cierto, usted vivía ahí al lado. ¿Vio que ya allanamos su casa? Así de paso sus familiares supieron que estaba acá, lo legalizamos. Estaba bien, su biblioteca. Acá me traje algunos de sus libros. Hay libros muy interesantes, González, los estuve mirando, voy a leer algunos.

En la biblioteca del comisario había varios volúmenes de Marx, Lenin, Cooke, Perón, Hernández Arregui. Clausewitz no estaba.

—Me gustó mucho este de Jauretche, mire, lo voy a seguir leyendo. Y capaz que en algún momento, dentro de diez años, usted se va a poder juntar con ellos.

Horacio tuvo un sobresalto de esperanza. La frase le quedó repiqueteando en la cabeza: capaz que en algún momento, dentro de diez años, usted se va a poder juntar con ellos. Se dijo que bueno, que si eran diez años no era nada, que no lo iban a matar, que diez años preso no era nada.

—Le voy a dar el beneficio de la duda. Yo creo que usted forma parte de una fuerza enemiga, pero no quiero meterme en historias de represión clandestina. Así que lo voy a mandar legalmente, con todos los papeles, al Consejo de Guerra del Ejército. ¿Qué le parece, González? ¿No le parece bien?

Horacio trataba de pensar, a mil por hora, qué significaría eso y dijo que sí, que claro, que le parecía. El comisario lo miraba como esperando su recompensa, su reconocimiento: vos me querías matar a mí y mirá yo en cambio te salvo la vida, qué gran tipo soy. Horacio le veía cara de placer satisfecho.

—Para mandarlo al Consejo de Guerra yo tengo que decir que lo detuve armado. Si no, no tienen cómo acusarlo de nada, ¿me entiende, González? Portación de arma de guerra, le van a poner, y alguna otra cosita que se les ocurra a los muchachos. Así que yo le voy a poner en el sumario que estaba armado, cuando lo detuve.

—Pero yo no estaba armado, señor.

—Ya sé, no estaba armado. Por eso yo le voy a dar una pistola mía, voy a decir que cuando lo detuve usted tenía esa pistola.

—Pero yo no estaba armado.

—Ya sé, González, ¿no lo detuve yo? Después usted, cuando lo llamen a declarar a Palermo, diga lo que quiera. En el sumario va a figurar que estaba armado. Con mi pistola estaba armado.

Al otro día, el suboficial que fue a buscar a Horacio al calabozo le preguntó qué había pasado, por qué el comisario le había puesto en el sumario su mejor pistola, la que le habían regalado cuando terminó aquel curso que fue a hacer a Praga.

—El comisario es medio raro, es. A los comunes les da como en bolsa, pero a los políticos no le gusta mucho, darles.

Horacio no supo qué decirle. Tampoco tenía sentido que le dijera que había sido como un trueque, porque el tipo se había quedado con sus libros.

Poco después, otra noche, lo llevaron de vuelta a la oficina de Repetto. La foto de la pareja porno ya no estaba y el comisario quería que Horacio le aconsejara buenas novelas policiales. Horacio le habló de Chandler, de Simenon y de Dashiell Hammet. El comisario se quejaba, decía que no aguantaba más:

—González, yo en cuanto pueda me voy al Brasil. Esto se está poniendo insoportable y peor va a ser cuando la guerrilla nos gane la guerra. Nos van a ganar, no hay cómo pararlos, y esto va a ser un desastre.

A fines de julio de 1976, Manuel Gaggero se salvó raspando. Seguía con su mujer, Alba Sager, y sus tres chicos, en una habitación que alquilaban en un caserón de San Isidro. En esos días se liberó otra pieza y la dueña de casa se la ofreció, pero el respiro duró poco. Una semana después Nora, la compañera de Eduardo Merbilhaá, se fue a vivir con ellos. Manuel hablaba con Alba y se quejaba en voz baja:

—Mirá, yo sé que en este momento suena como cosa de pequeñoburgueses, pero ya no hay más intimidad, es un desastre.

El baño no tenía puerta: para ducharse colgaban una toalla. Además, Manuel, Alba y Nora tenían muchas responsabilidades. Nora era secretaria del Buró político del PRT, que integraba, entre otros, su compañero. Así, conseguían verse un poco más a menudo. Manuel era el responsable nacional de la relación con partidos políticos y abogados, y de una tarea

nueva que llamaban frente internacional: se trataba, más que nada, de denunciar en Europa la represión y las violaciones de los derechos humanos. Además le habían pedido que atendiera un frente fabril en la zona Sur. Alba era la responsable del equipo de prensa, donde había varios periodistas vinculados al PRT. El martes 3 de agosto Alba volvió a San Isidro con buenas noticias. La radio hablaba de un terrible terremoto en China, cerca de Pekín: se calculaban más de cien mil muertos.

—Fenómeno, el Negro ya alquiló el departamento. Mañana podemos hacer la mudanza.

El Negro Héctor Demarchi ya estaba muy quemado. Había sido reportero de gremiales y delegado en *El Cronista*: un tipo que iba al frente, que nunca se callaba. Entonces varios amigos le recomendaron que se fuera del país, al menos por un tiempo. El director del diario, Rafael Perrota, le dio la indemnización completa, como había hecho con otros periodistas que estaban en la cuerda floja. Demarchi tenía todo armado en México: una invitación de la Federación Latinoamericana de Periodistas y trabajo en un canal de televisión. Así que se decidió y, en los pocos días que le quedaban, quiso dejar todo bien arreglado. Primero fue a Morón a despedirse de sus padres. Después cobró la indemnización y dejó la mitad como contribución partidaria. Su última tarea fue ir a una inmobiliaria de Parque Patricios y alquilar un departamento a su nombre para que vivieran los Gaggero.

—¡El Negro es bárbaro!

Alba estaba feliz. Empezó a empaquetar lo poco que les quedaba y pensó que ahora iban a vivir como mandaba dios. El miércoles llevaron unas cajas en un taxiflet; el jueves se mudarían definitivamente. Esa mañana, Alba habló por teléfono con un compañero suyo que trabajaba en *El Cronista*:

—Hay problemas con el Negro. Veámosnos.

Quedaron en encontrarse más tarde. El periodista estaba pálido:

—Lo levantaron al Negro de la puerta del diario.

—¿Qué?

—Un camión de Juncadella estuvo un par de horas estacionado enfrente, y cuando salió el Negro se bajaron como seis monos y los metieron a él y a otro compañero a palazos. No sabés, nosotros nos

quedamos helados, no pudimos hacer nada. El Negro se resistía, pero todo duró unos segundos.

—¿Y dónde están?

—Al otro lo largaron a las pocas cuadras, pero del Negro no sabemos nada.

Después supieron que, esa misma tarde, varios patrulleros se presentaron en la inmobiliaria.

—La mina llamó al diario desesperada. Decía que le mostraban una tarjeta del martillero y que se la habían sacado del bolsillo a Demarchi.

—¿Así que saltó el departamento?

—Y, sí, parece que sí. No le preguntaron nada, pero sí.

Al otro día, confirmaron que lo habían allanado. Manuel y Alba perdieron unas cajas con ropa, las pocas ollas que les quedaban y algún recuerdo familiar. La madre de Héctor Demarchi empezó a mover cielo y tierra: cuando joven había trabajado en la casa de la familia Hartridge y se acordaba muy bien de Alicia, que en esos años noviaba con Jorge Videla. La señora de Demarchi le llevó una carta a un hermano de la primera dama, que en tres días le trajo una respuesta del presidente: no podemos hacer nada por su hijo.

Mientras, Manuel y Alba tenían que resolver dónde vivir, qué hacer con sus hijos.

—Manuel, los chicos quedaron muy asustados desde la muerte de tu hermana. Además hace cuatro meses que no van al colegio. Esto es desesperante, Manuel. Vos mismo decís que no sabés si vas a terminar el día.

Decidieron mandarlos a Santa Fe, con sus abuelos maternos. Una vez solos, Manuel y Alba desecharon la idea de vivir en hoteles de pasajeros, porque estaban muy controlados.

—Lo que nos queda es ir a hoteles alojamiento.

—¿Te parece?

—El asunto es que se nos va a acabar enseguida la plata.

Cada noche, no más tarde de las nueve, para no andar mucho por la calle, entraban abrazados a algún telo. Manuel decía «para pernoctar» y ponía cara de piola. Disimulados, llevaban algún bolsito con una muda

limpia. Al día siguiente, en algún momento, pasaban por la casa de un simpatizante y cambiaban la ropa del bolsito.

Julio de 1976. En el mensuario que entonces dirigía, *Carta Política*, Mariano Grondona hacía su aporte al análisis de la situación:

«Lo que brilla por su ausencia en la Argentina, hoy, es una idea clara y distinta sobre la violencia subversiva y el modo de combatirla. Los dramas y los cambios que han afectado en estos días a la Policía Federal simbolizan esa ausencia. El deber de los sectores dirigentes es, a partir de esta comprobación, salir a la caza de la idea faltante. Hay dos escuelas de pensamiento acerca de la política antisubversiva. Una de ellas *blanda, liberal*, quiere asimilar la acción de las organizaciones terroristas a los conceptos de “delito” y “delincuente”, tal como ellos fueron entendidos desde siempre por la doctrina penal. Esta escuela de pensamiento acepta, por supuesto, que ante la extraordinaria peligrosidad del delincuente subversivo, se le apliquen penas de máxima severidad y se los someta a una justicia implacable. Pero quiere ver a los violentos, al mismo tiempo, en el banquillo de los acusados, en medio de procesos judiciales que contemplen sus derechos y frente a jueces de profesión, ecuanímenes y escrupulosos. Coincidía con esta filosofía, por ejemplo, la agravación de penas prevista por la reciente reforma del Código Penal. La idea final de la escuela liberal es reprimir la guerrilla sin alterar los principios del Estado de Derecho.

»La escuela de los *duros* o *combativos* no piensa así. La agresión subversiva, afirma, no es una sucesión de delitos sino una guerra no declarada pero real. Además, una guerra “sucia”, esto es, una confrontación donde no hay reglas entre los contendores ni piedad para los vencidos. Reprimir la violencia subversiva mediante jueces y oficiales de justicia sería tan absurdo, según esta visión, como ir al frente de combate armado de expedientes y lapiceras. No es demasiado difícil identificar los excesos eventuales de ambas escuelas. La escuela liberal, llevada a sus extremos, caería en la proposición insostenible de que son lo mismo, en definitiva, un delincuente o una banda común que sólo procura *burlar* el orden existente y una organización subversiva cuya intención es *destruirlo*. El delincuente

común es en cierto modo, funcional al sistema: entra dentro de sus previsiones, pone en movimiento sus engranajes disciplinarios. En última instancia, hasta podría razonarse en el sentido de que, sin delincuentes comunes, la policía y los jueces, hasta el Estado, perderían parte de su valor del mismo modo que sin enfermedades no habría médicos, sin litigios, abogados y sin pecados, sacerdotes. Lo que separa drásticamente al delincuente común del subversivo es que éste, por su parte, es disfuncional al sistema: se arma y organiza precisamente para anular sus leyes, previsiones y engranajes. Frente a él, el sistema no se *aplica*. Se *defiende*.

»La delincuencia subversiva es una organización bélica cuya intención es aniquilar al Estado. En ese sentido, estamos en guerra. En ese sentido, tienen razón los combativos. Pero la escuela de los duros podría caer en su propio exceso: confundir la existencia de una guerra sucia como la que existe con una guerra sin normas, objetivos ni principios. La guerra sucia. Esto quiere decir que no se libra según los cánones tradicionales, que no hay un “frente”, que no hay dos ejércitos regulares en operaciones.

»Pero esto no quiere decir que quienes libran esa guerra del lado del Estado y sus instituciones queden eximidos del imperativo racional. Luchan, por lo pronto, por principios distintos, opuestos, superiores a los de sus enemigos. Deben actuar ordenada y disciplinadamente, porque representan la ley y el orden contra el caos.

»Y han de acudir a una inteligencia, a una astucia aún más penetrante que la de la subversión, porque el remedio contra la estrategia de los violentos no es una respuesta simétrica sino una estrategia más apta. Que la guerra sea sucia —como lo es— no quiere decir que se disipe en una sucesión de acciones espontáneas. Quiere decir, por el contrario, que la inteligencia ha de seguir dominando sus expresiones después de haber comprendido sus novedades».

—Bueno, Tomás, mañana nos vemos.

—No, mañana no tenemos nada, ¿no?

—No, es cierto. Pero el jueves sí.

El martes 10 de agosto fue frío y ventoso. Sergio Berlín, Carlos Goldenberg y Rodolfo Galimberti habían comido en una fonda cerca de la

estación de La Lucila. Los tres estaban bastante cambiados: Sergio tenía el pelo corto; Carlos usaba anteojos; Galimberti también, y el pelo teñido de oscuro. Terminaron temprano: no les convenía estar en la calle después de las diez de la noche. Después de despedirse, Carlos paró un taxi y le dio la dirección de su casa, a unas diez cuadras, donde lo esperaban Mini e Inesita. La charla había sido interesante: Galimberti insistía en que la conducción iba a terminar por darles bola, que sólo faltaba un empujoncito más. Iba pensando en eso cuando vio, media cuadra adelante sobre Paraná, muy poco antes de su casa, dos patrulleros y un falcon de civil que cerraban el paso. Quizás podría zafar con sus documentos falsos. Ya había estado varias veces en situaciones semejantes y sabía que lo importante era mantenerse tranquilo. El taxi paró. Los policías que se acercaron iban con las metralletas desenfundadas y no le pidieron papeles. Le dijeron que se bajara para cachearlo. Si se bajaba le iban a encontrar la pistola y lo iban a agarrar como a un boludo. Y él no se iba a entregar. Si tenía que caer, caería peleando. Carlos tuvo un escalofrío y amartilló la pistola. Había pensado en ese momento tantas veces.

A cien metros de allí, en su casa, Mini escuchó los tiros y le rezó a todos los dioses en los que no creía para que no fuera Carlos. Apretaba muy fuerte a Inesita: la beba lloraba por los ruidos. Así se quedaron, casi sin moverse, un rato largo. Inesita se había callado. Cuando pasó más de una hora y Carlos no llegaba, Mini supo que lo habían matado. No sabía por qué, pero estaba segura.

Mini esperó a que amaneciera y fue, con su beba, a llamar al teléfono de control para que le avisaran a Sergio que «el señor Valverde no había recibido la mercadería prometida». Eso significaba que su compañero había caído. Desesperado, Sergio se fue, sin avisar, sin tomar la menor precaución, a buscar a Mercedes a la casa de su hermana en San Isidro. Mercedes todavía dormía. Sergio llegó con la cara desencajada.

—Merce, perdió Carlitos.

—No, qué decís. No, no te preocupes, seguro que se debe haber ido por ahí con alguna minita.

—No, amor, es seguro.

—No, ¿cómo va a ser seguro? No te hagas kilombo, ya vas a ver que... ¡¿Qué?! ¿Qué pasó? ¿Qué sabés?

Sergio le contó y Mercedes insistió en que no podían estar seguros. Poco después se comunicaron con un militante que les contó que el servicio de escucha de la columna había detectado un incidente con un muerto la noche anterior en la calle Paraná de La Lucila. Tenían un equipo que captaba la frecuencia policial, así podían anticipar sus movimientos, y habían oído sobre el enfrentamiento. Ya casi no quedaban dudas. Ahora sí, Mercedes se derrumbó. Después sabrían que un militante secuestrado en la ESMA al que habían sacado a «marcar» —a buscar gente por la calle—, había reconocido la casa de Carlos.

Esa tarde, Sergio y Mercedes llamaron al padre de ella y le dieron una cita en un bar.

—No le digas nada a mami, papá. Para qué.

—Está bien, por ahora no le voy a decir nada. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No, ahora me parece que no.

De todos modos, Depino llamó a algunos de sus camaradas de la Marina para averiguar qué había pasado con su sobrino, pero nadie le dijo nada. Le decían que no se metiera, que esto era una guerra.

—Merce, cuidate. Por favor, cuidate. Y vos también, Flaco.

—No te preocupes, papá.

Se despidieron con un abrazo que no podía ser demasiado fuerte para no llamar la atención. Esa noche, en el departamento de Vicente López, Sergio y Mercedes no podían parar de llorar y putear y tratar de recordar los momentos felices. A Carlos le había faltado menos de un mes para cumplir 24 años.

—Flaco, ahora sí que la tenemos cerca.

—Sí, amor. Tenemos que cuidarnos más que nunca.

A menudo, cuando un militante veía caer a alguien muy cercano, la depresión y la debilidad que eso le producía apuraba su final. Las parejas, muchas veces, caían con muy breve intervalo, y no porque uno cantara al otro: por pura tristeza.

—Sí, tratemos de limitar el funcionamiento al mínimo, ¿sí?

Hacía meses que Carlos llamaba a Mercedes casi todas las mañanas para ver si podía pasar a visitarla porque tenía que salir de su casa para simular que mantenía una vida de trabajo regular. Esos días, Mercedes se despertó todas las mañanas con la sensación de que sonaba el teléfono y su primo le decía hola, Petisa. No podía soportar que lo hubieran matado. A ratos, ni siquiera podía creer que fuera cierto.

—¡¿Noomeee?!
—Elizalde Leal, Alberto Clodomiro.

—¡Repitaaa!

—Elizalde Leal, Alberto Clodomiro, señor celador.

—Ah. Ahora sí.

En cada reja había un guardiacárcel. Para llegar al locutorio de visita del penal de Rawson, Alberto tenía que cruzar siete, siempre con la cabeza gacha y el brazo agarrado por un guardia. Pero lo que más lo exasperaba era tener que decir señor celador cada vez que un guardia le abría o cerraba un candado. Los presos habían decidido hacerlo pero Alberto igual se sentía un poco miserable cada vez. Aunque, por otro lado, sabía que el precio por no decir sí señor eran cinco o diez días en el calabozo, desnudo, con un baldazo de agua helada cada tanto. Además, si lo mandaban al calabozo perdía la visita, y su madre había hecho 1500 kilómetros para verlo.

Delia Avilés estaba del otro lado del locutorio. Los dos apoyaron la mano a la misma altura, pero todo lo que sentían era el frío del vidrio que los separaba.

—¿Qué hacés, vieja? ¿Cómo andás?

—Bien, bien, primero te cuento las noticias, así no me olvido, que esta mañana me leí todos los diarios: siguen los líos en Soweto, en España asumió Adolfo Suárez, ése que era ministro de Franco, así que estamos más o menos en las mismas. Ah, y después te cuento un editorial que salió en *La Prensa* sobre el Líbano, de un enfrentamiento entre milicianos árabes y los soldados judíos, donde murió el jefe de los palestinos. Lo agarraron en una casa, con la familia, y otros jefes, parece que fue muy duro...

Delia ya tenía oficio suficiente para presentar las noticias del país y de los compañeros de Alberto como si sucedieran en cualquier otro lado. El

locutorio, además del vidrio, tenía un tubo por el que pasaba la voz: era obvio que los carceleros podían grabar o, al menos, escuchar los diálogos. Delia le guiñó un ojo y con el índice le señalaba el piso, como diciendo acá en la Argentina, no allá en el Líbano.

—Sí, *La Prensa* dice que la muerte del jefe fue un golpe...

Y que *La Prensa* era *El Combatiente* y el palestino era Santucho. Los presos de Rawson habían recibido algún rumor sobre la muerte del jefe del ERP, pero nada muy claro: desde el golpe estaban incomunicados, y Alberto quería, como todos, saber más y, sobre todo, saber que no estaba todo perdido.

—Lo que dice el editorial es que para los palestinos es un gran retroceso, pero que hay un gran entendimiento con otras facciones, ¿viste?, con los otros grupos...

—Ahá.

Después Alberto escribiría un informe con letra minúscula en un papel de cigarrillo, para sus compañeros. Usaría una birome de punta fina que habían escondido meses antes, por si acaso, y lo codificaría, por si caía en manos de los guardias. Pero, por seguridad, no lo escribiría hasta que su madre se tomara el avión de vuelta a Buenos Aires. Los presos de Rawson estaban muy aislados: su único contacto con el mundo eran la Biblia y las visitas en el locutorio. En otras cárceles no tenían ni eso: en Coronda y en Córdoba, por ejemplo, estaban completamente aislados. Delia trató de contarle a su hijo que en Córdoba habían matado a varios presos. Pero por más ingenio que pusiera, se le hacía difícil codificar toda la información.

—¡Terminó la visita!

—Bueno, mañana te cuento lo de Getino; ah, qué bronca, ésa me la había leído completa.

—¿Qué pasó?

—Un juez facho lo procesó por haber autorizado *El último tango en París* cuando estaba en el Instituto de Cine. ¡Hay que ser nazi, eh! Bueno, mañana te cuento.

—¡¡Todo el mundo afueraaa!!

La visita duraba noventa minutos y podía repetirse cinco días seguidos: después, cada visitante no tenía derecho a volver antes de 45 días. En sus

cinco visitas, Delia le contó varias novedades sobre las actividades de solidaridad con los presos y la búsqueda de personas desaparecidas: hasta poco después del golpe, coexistían la Comisión de Familiares de Presos Peronistas, que respondía a los Montoneros, y la Comisión de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales, con influencia del PRT. A partir del golpe la represión sobre las dos comisiones se intensificó y los familiares de presos empezaron a organizarse de manera que la presencia de las organizaciones guerrilleras fuera menos evidente. Delia le contó a Alberto que en La Plata algunos curas prestaban la parroquia: ahí se veían y juntaban plata para los pasajes a Rawson y para la cantina de los presos. Pero, a esa altura, ningún abogado se aventuraba a ir a Rawson. Alguno, como Enrique Broquen, un hombre mayor de salud delicada, militante del PST, se ocupaba de las defensas en juicio o de presentar recursos de amparo, pero no podía arriesgarse a visitar presos en las cárceles. Los abogados vinculados a las organizaciones revolucionarias estaban desaparecidos o muertos o, si habían podido mimetizarse, ejercían en otras áreas. Los que empezaban a nuclearse eran los familiares de desaparecidos, bajo el paraguas de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Allí se reunían, entre otros, Lilia y Lucas Orfanó, Hilda Velazco, Silvia Gurrea, Graciela Lois, Lita Boitano, y firmaban sus primeros comunicados como Familiares de Detenidos Desaparecidos, igual que en Chile después del golpe de Pinochet.

Delia le contó a Alberto que, pese a esos nuevos nucleamientos, muchos parientes de desaparecidos preferían no vincularse con los familiares de presos, por recelo. Ante la incertidumbre, algunos no querían presentar siquiera el hábeas corpus y, en cambio, si podían, hacían gestiones ante obispos o militares que enseguida les preguntaban si el ausente no andaría en algo y les recomendaban que no se juntaran con familiares o abogados de subversivos. Delia le dijo a Alberto que algunos de ellos pensaban que era al revés, que si no se unían no iban a conseguir nada, pero que por el momento imperaba el miedo y, sobre todo, la ilusión de soluciones individuales.

Una semana después, Alberto estaba por salir al patio cuando lo paró el sargento de la requisa:

—¡Usted se queda!

Alberto se preguntó en qué lo habrían agarrado: en ese régimen ultrarrepresivo, los presos siempre estaban cometiendo alguna falta. Quizás lo acusarían de haber hablado con las manos con otro pabellón o de tener la ropa desordenada o de haber mirado al costado. Alberto se quedó quieto, de frente a la pared con las manos atrás, hasta que todos los demás salieron al patio y el sargento de requisita volvió a su lado.

—¡Va con todo!

En la jerga carcelaria habitual, con todo significaba la libertad o un traslado. En el invierno de 1976, a Alberto le sonó espantoso. No tenía mucho: un par de pulóveres, su Biblia, zapatillas, dentífrico. Todo fue rápido: capucha, esposas, golpes. Lo único que le importaba era tratar de descifrar lo que estaba pasando. Por los ruidos le pareció que lo habían subido a un rastrojero y que los tipos eran del Servicio Penitenciario, que al rato habían llegado al aeropuerto de Rawson. Pensó mil cosas, pero supuso que sería por la visita de su madre: habrían grabado todo.

Lo dejaron tirado en la pista de aterrizaje; el viento frío le zumbaba y le dolían terriblemente las orejas. Pasaron unos minutos, o quizás una hora. Alberto pensó que quizás se hubiera equivocado: lo asaltó la idea de que podía estar en la pista de la Base Almirante Zar, y que se acercaba el aniversario de la masacre de Trelew. Al rato, tiraron a otro tipo a su lado.

—¿Quién sos?

—Guillemot, el Francés.

Eso lo tranquilizó. El Francés era montonero, un tipo macanudo. No sabía por qué, pero solo era mucho peor. Fuera lo que fuera. Al rato los subieron a un avión; lo peor eran las ganas tremendas de mear. Le explotaba la vejiga. Era raro, pero tenía la sensación de que se dejaría patear y pegar si esos hijos de puta sólo le permitieran mear. En el vuelo había otros presos: debían ser comunes, porque alguien había gritado que a ellos dos los sentaran a un costado. Todo terminó cuando llegaron a la leonera de Devoto.

—A esos dos no los toquen. Son pesados.

Un penitenciario dijo que les sacaran capucha y esposas: Alberto reconoció al oficial Víctor Dinamarca. Entonces fueron al baño y pudieron

hacer todo el pis del mundo. El Francés se quedó plantado frente al mingitorio de la leonera.

—Por más que mees todo, te quedan las ganas de seguir. Es horrible.

Al otro día Alberto y el Francés estaban en una celda del quinto piso de Devoto, con otros dos militantes. Alberto estaba de buen humor, interesado: romper la rutina era un incentivo. Además, Devoto era otra cosa, y en el quinto piso no sólo había militantes revolucionarios. A media mañana abrieron las celdas y los presos salieron al pasillo. Podían caminar y charlar. Cuando su nuevo compañero de celda empezó a contarle quiénes eran los otros, Alberto pensó que estaba rodeado de enemigos.

—El gordo ése es de las Tres A, está con un grupo de lúmpenes. El de bigotes era culata de Lorenzo Miguel, un tal Carreño, que anda diciendo que mató a no sé cuántos de la JP, y hay otros tipos que son medio chorros, medio de la cana. Pero no joden, tienen ranchada aparte. Hacen conducta, se la pasan el día rezando. Tuvimos mala suerte, hermano, en este pabellón metieron a los de derecha, o los que están de paso. Ojalá nos pasen al segundo o al tercero, que son todos compañeros.

En Devoto tenían visita a través de una reja. Era un gallinero: metían a 20 presos de un lado y a todos los familiares del otro. Pero de esa manera no había posibilidad de rastrear las conversaciones. Y hacía un año y medio que Alberto no había recibido visitas que no fueran a través de micrófono. Cuando vio a su madre pudo darle un beso y preguntarle por su compañera.

—Cristina está bien, sigue trabajando en el hospital.

Alberto seguía sin saber por qué lo habían traído desde Rawson hasta que, una mañana, lo levantaron temprano y lo metieron en un celular. En Tribunales, un secretario de juzgado lo trató con una amabilidad sorprendente:

—Usted inició una causa por apremios ilegales contra los oficiales Zagasti y Róbeda, ¿no es así?

Alberto se quedó mirando al secretario. No entendía nada:

—Sí, si usted se refiere a una causa iniciada hace tres años, efectivamente.

En octubre de 1973, un mes después de su detención, Alberto había denunciado ante el juez que los dos oficiales del Ejército que acompañaron

al juez en la reconstrucción del copamiento del Comando de Sanidad eran los mismos que lo habían torturado en el Regimiento de Patricios con un cable pelado de 220. Como Alberto no fue más allá, el secretario siguió con tono neutro:

—Vea, su señoría quiere saber si usted ratifica o rectifica esa denuncia.

Quizás era mal momento para salir al ruedo, pensó, y se tomó un tiempo, eligió las palabras.

—Mire, si el juez quiere saber si me torturaron en aquel momento...

—Sí, es eso, simplemente.

—Bueno, entonces, si quiere que le firme la declaración, ponga que ratifico mi denuncia, plenamente. Y agregue, por favor, que para traerme a Buenos Aires me esposaron, me patearon, me vendaron y no me dejaron hacer pis.

Agosto de 1976. El viernes 20, la agencia Ancla difundió su primer cable informativo. Ancla era una creación de Rodolfo Walsh: la había organizado como parte de su trabajo de inteligencia en los Montoneros, y la formaba un grupo disperso de periodistas y otros militantes que escribían informes, tipo cables de agencia, sobre lo que los medios de prensa censuraban: sobre todo, las actividades represivas de la Junta Militar, sus disensiones internas, la marcha de la economía. Ancla era un acrónimo que ocultaba el nombre Agencia Clandestina de Noticias. La ocultación fue eficaz: durante varios meses, los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas no tuvieron claro el origen de esas noticias. Los marinos llegaron a pensar que las sacaba el Ejército, y el Ejército supuso que venían de la ESMA y su grupo de tareas. Los cables de Ancla llegaban por correo a las redacciones de diarios y revistas, a los corresponsales extranjeros, a publicaciones internacionales. Que, por supuesto, no solían darles curso.

Su tercer cable se titulaba «Fusilamiento en una Cárcel de Córdoba»:

«Buenos Aires, ago 27 (ANCLA). Son numerosas las denuncias que se han efectuado sobre la situación de los presos políticos en la Argentina, agudizada a partir del golpe de Estado del 24 de marzo. En este cable

transcribimos una carta salida de la cárcel penitenciaria de Córdoba en la que los presos denuncian el fusilamiento de Raúl Bauducco:

»“Campo de concentración Córdoba, 5 de julio de 1976.

»”Queridos compañeros: en el día de la fecha fuimos sacados alrededor de las 9.30 horas a uno de los patios del penal para hacernos una requisa. El operativo fue conjunto de la Gendarmería y del Ejército. Unos 40 hombres, de los cuales 15 con FAL, nos custodiaban. Se nos formó en fila, manos contra la pared, piernas abiertas, mientras nos golpeaban con puños, pies y gomas y se nos insultaba. Algunos compañeros fueron golpeados en forma individual y obligados a gritar contra su voluntad ‘viva el Ejército y la Gendarmería’. En esas circunstancias el compañero Raúl Bauducco, Paco, recibió varios golpes, uno de ellos en la cabeza dejándolo semiinconsciente; se le ordenó levantarse lo que el compañero no pudo cumplir pese a intentarlo. Se nos ordenó desvestirnos, lo que el compañero tampoco consigue hacer, permanece arrodillado a los pies del militar que lo continúa golpeando y ordenándole que se levantara. Continúa la requisa y varios militares lo van a ver ya que permanece en el suelo semidesnudo. Por último se acerca uno de ellos diciéndole ‘empezá a rezar’, ‘¿sabés rezar?’. El compañero no responde, permanece de rodillas con la cabeza gacha y la mano estirada pidiendo que lo ayuden a levantarse. El militar le aparta la mano con la goma, saca la pistola, la monta y apunta a la cabeza. Paco, semiinconsciente, dice: ‘Me voy’ ‘Me voy’... El militar responde ‘bueno, da lo mismo ahora que después’ y le dispara a la cabeza a quemarropa, luego de haberle indicado que mire el caño de la pistola.

»”Muere allí el compañero ante el estupor de todos. A los 20 minutos personal militar lo retira fuera del penal. Se nos ordena no mirar, si no nos va a pasar lo mismo. Finaliza la requisa, cortan el agua, las luces y arman la patraña de ‘un intento de fuga aprovechando un corte de luz’. Al día siguiente nos vuelven a golpear justificando los golpes porque un compañero, que sería Paco, intento quitarle la pistola a un oficial y que si volvernos a intentarlo nos fusilan a todos”».

Meses después, en diciembre, el equipo dirigido por Rodolfo Walsh empezó a difundir los boletines de su Cadena Informativa: eran textos breves que, en muchos casos, circulaban de mano en mano. El primero,

titulado «Crónica del terror», terminaba diciendo que «Cadena Informativa es uno de los instrumentos que está creando el pueblo argentino para romper el bloqueo de la información. Cadena Informativa puede ser usted mismo. Es un instrumento para que usted se libere del Terror y libere a otros del Terror. Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las están esperando. Millones quieren ser informados. El Terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad».

Daniel De Santis se pasaba casi todo el tiempo encerrado. Lo guardaba un matrimonio de militantes: a la mañana el hombre se iba a su empleo en el hipódromo de La Plata y la mujer dejaba al hijo mayor en el colegio y también se iba a su trabajo. Daniel se quedaba cuidando a los dos chicos menores. Les contaba cuentos, tiraba dos mandarinas al aire con una sola mano, a veces intentaba con tres. Los pibes explotaban de risa cuando se le caían al suelo y Daniel también se reía y pensaba que entretener a los hijos de los simpatizantes del PRT era una buena tarea para el responsable de la regional.

—Bueno, ahora el tío tiene que estudiar, así que lo dejan tranquilo.

Le pesaba no poder hacer esas cosas con su hijo Ernesto; además, su relación con Silvia Kreilis, su mujer, se estaba deteriorando. En los últimos meses ella se había quedado en la casa de los padres y apenas se veían. Silvia había perdido un embarazo y le había dicho que se sentía muy sola, casi abandonada. Daniel pensaba que le sobraban los problemas y que su mujer, mal que les pesara, se estaba convirtiendo en un problema más. Cuando no la veía pensaba en ella, la extrañaba; cuando podían encontrarse, muy de vez en cuando, estaba duro como una estaca.

Trataba de ocuparse estudiando materialismo histórico y materialismo dialéctico con unos apuntes que le habían quedado de la escuela de cuadros del PRT. La actividad de las células estaba restringida: casi todo consistía en recibir y distribuir *El Combatiente*. Casi no tenían actividad sindical. Los únicos que mantenían algún funcionamiento público eran los del frente legal, casi limitado a las comisiones de familiares de presos políticos. Y

todos pasaban mucho tiempo ocupados en cuestiones de seguridad. La dueña de casa se había empecinado en depilarle las cejas, para hacerlo menos reconocible, pero Daniel se resistió a perder el ceño calabrés que había heredado de su padre. Además eso de depilarse era cosa de mujeres. A lo sumo aceptó que le pasara una tintura cerca de las patillas que se le iban encaneciendo. Ya estaba por cumplir 28 años.

Cuando llegaron los dueños de casa se despidió de los chicos y se fue a tomar la Costera Criolla a la terminal de ómnibus: tenía una cita en la capital con Eduardo Merbilhaá y Julio Oropel, el Negro Jorge, que acababa de incorporarse al Buró político. Oropel era el único sobreviviente de los tres obreros de la Fiat de Córdoba que estaban en el Comité Central: los otros dos habían muerto: Juan Ledesma, jefe militar del ERP, en diciembre de 1975 y, en esos días, Eduardo Castello, responsable político de Córdoba. Merbilhaá le contó que, además de Córdoba, habían golpeado mucho la regional Rosario, donde hasta ese momento estaba Oropel:

—Son caídas en cadena y no podemos detectar si hay algún infiltrado. Así que estamos tratando de reorganizar la dirección con compañeros de mucha confianza. Vos vas a tener que reemplazar al Negro como responsable político de Rosario. Lo fundamental es tratar de conseguir el repliegue, que los compañeros bajen el nivel de tareas, para evitar más golpes.

Oropel le hizo un panorama de los compañeros que quedaban y, pocos días después, Daniel estaba instalado en una casa del barrio San Lorenzo. El lugar parecía seguro, y lo ocupaban tres mujeres: Ana y Laura eran la hermana y la prima de Victorio Paulón, un dirigente metalúrgico de Villa Constitución que estaba preso en Coronda. La tercera era Magdalena Nosiglia, la Negrita, casada con Oscar Ciarlotti, también preso en Coronda. Ana y Magdalena vivían con sus chicos. Quedan las mujeres y los hijos, pensó Daniel.

—Nos dicen las viudas. Dicen que Rosario es una regional de mujeres, que cada vez quedan menos hombres, que están todos presos o muertos.

Le dijo Magdalena. En la casa había unas pocas armas cortas. Días después, Daniel se agenció una browning 9 milímetros y les dijo que hicieran un esquema de seguridad.

—Vamos a hacer un plan de retirada.

Ana, que dormía con sus dos hijos en el cuarto, lo atajó:

—Mirá, si caen los milicos, yo prefiero entregarme.

—¿Entregarte?

—A los chicos no los voy a dejar solos, ni voy a salir corriendo con ellos para que los maten. Ni loca.

Daniel lo aceptó, y convinieron que Magdalena, Laura y él intentarían salir por los techos. Lo tranquilizaba dormir con la pistola bajo la almohada: seguramente, si lo iban a buscar, la pistola no le serviría para escaparse, pero no quería caer vivo en manos de los militares. Cada noche lo sobresaltaban los ladridos. Nunca lo habían molestado los perros, pero Rogelio le había contado que, en el monte, los guerrilleros podían anticipar la llegada de las patrullas militares por los ladridos de los doberman u ovejeros que llevaban. Cada noche, cuando escuchaba los ladridos, Daniel se decía que debían ser cuzcos vagabundos pero igual le subía la adrenalina. Entonces se aferraba a la pistola y dormía a medias.

También se inquietó cuando vio cómo vivía la responsable del trabajo fabril en la zona de San Lorenzo: Mónica Capelli, la compañera de Humberto Tumini, preso en Rawson, dormía con su hijita en una pensión de mala muerte. No era seguro, pero peor era alquilar una casa con documentos falsos. Días después, Daniel se reunió con Irma, la responsable de la zona sur de Rosario, donde estaban los frigoríficos y las barriadas más pobres. Irma era una ex monja uruguaya y vivía en una casilla precaria, también con documentos falsos.

También había unos pocos hombres: la célula de la Juventud Guevarista eran cinco muchachos entre 16 y 20 años que no estaban perseguidos, tenían trabajo en talleres o fábricas y vivían con sus familias. En la célula militar central también había varones: algunos tenían bastante experiencia, pero todos vivían en pensiones. Daniel se alarmó cuando fue a una reunión y supo que guardaban las armas en los armarios y no tenían una mínima red de comandos de apoyo al ERP o simpatizantes con casas o talleres. Daniel no contaba con fondos del partido para solucionar esos problemas.

Una vez que tuvo el panorama de los recursos de la regional, Daniel pensó las tácticas para el repliegue. Primero habló con las chicas del comité

regional:

—Compañeras, vamos a bajar el ritmo. Tenemos que dar menos flancos al enemigo. Hasta que no recompongamos fuerzas, nuestra principal tarea es preservarnos.

Mónica no estaba muy de acuerdo.

—Mirá, yo creo que lo peor ya está pasando y, de a poco, estamos repuntando en varios frentes fabriles. Fijate que en John Deere ya estamos sacando de nuevo el boletín fabril del partido.

—El problema es que si no contamos con una infraestructura mínima, la represión va a seguir la punta del boletín fabril y nos van a agarrar de las pestañas.

—Pero compañero, ese boletín es un ejemplo de resistencia para los trabajadores. ¿Cómo vamos a renunciar a la propaganda y al trabajo de masas? Una cosa es que bajemos el nivel de las tareas militares y otra es que renunciemos a tareas que son de principios.

—No. No me malinterpretes, no digo renunciar a los principios. Quedate tranquila, que es para recuperar fuerzas, no para ir a la retranca.

Daniel le pasó una mano por el brazo, con gesto paternal. Sentía que, además de ser el responsable, era el hombre de la regional, el compañero de las mujeres de Rosario.

En esos días, Rodolfo Galimberti conminó a Mercedes Depino a que cambiara de aspecto: lo mejor sería que se tiñera el pelo. Mercedes se fue a una peluquería elegante de Belgrano y se lo hizo cortar muy cortito. Cuando volvió, Sergio y Galimberti la cargaban:

—Oh, sí, la verdad que es otra. La famosa Lila con el pelo corto.

Pero Mercedes se negó a teñirse:

—No, ¿qué quieren? ¿Que me convierta en una rubia platinada? No, Loco, si me tienen que matar que me maten, pero con cierta dignidad estética...

Mercedes trataba de no andar por la calle, pero el martes 24 de agosto iba a almorzar a lo de Sergio. Él entraba esa noche en una reunión de tres días de la conducción de la columna: como cada cita era un peligro, las reuniones se espaciaban y duraban más. Mercedes y Sergio habían quedado

en pasar la tarde juntos. Dos días antes, Sergio había llamado a sus padres para almorzar con ellos; incluso en esa situación de clandestinidad y peligro, sus padres lo seguían acompañando y sabían cómo moverse para encontrarse con él. Ese domingo era 22 de agosto, y el sol brillaba en serio: en un restorán de Vicente López, Sergio, Ilda y León Berlín comentaron la fecha, cómo había cambiado todo desde el 72, y las noticias horribles que seguían recibiendo: que los torturadores de Miguel Lizazo le habían arrancado la piel a tiras, que a Claudio Slemenson lo habían quemado a fuego lento en una parrilla, que a la hija de otro militante la habían picaneado en los ojos delante de su padre para hacerlo cantar. Ilda agarró la mano de su hijo y bajó la voz:

—Prometeme que a vos no te van a agarrar vivo. Que no vas a padecer esas torturas.

—Sí, mamá, no te preocupes. Si veo que me están por agarrar voy a resistir hasta la muerte.

El martes a la tarde, Mercedes tocó el portero eléctrico del departamento de Sergio tres o cuatro veces y no tuvo respuesta. Preocupada, se fue a la estación de Vicente López a llamar al teléfono de control, a ver si tenía algún mensaje, y ahí se encontró con Sergio y Galimberti, que también estaban usando el público. Habían salido a confirmar una cita que tenía Sergio para ir a buscar un dinero a San Isidro.

Ir desde Vicente López a San Isidro era un peligro: los únicos pasos eran Maipú, Libertador y el puente de Malaver. Mercedes y Galimberti volvieron al departamento de Sergio, a esperarlo. A eso de las cuatro, Sergio no había llegado y Galimberti le propuso que lo acompañara a una cita que tenía en Barrancas de Belgrano. Salieron en el auto de él; comentaban la muerte del general Omar Actis, el presidente del Ente Autónomo Mundial 78, baleado cinco días antes:

—Ahora resulta que para los diarios fuimos nosotros. Son joda: cuando hacemos algo no dicen una palabra, y esto, que no lo hicimos, nos lo adjudican.

Mucho después se sabría que la muerte del presidente del EAM había sido un arreglo de cuentas interno entre las Fuerzas Armadas. A partir de

esa muerte, el marino Carlos Lacoste, vicepresidente del EAM, tomó las riendas del Ente.

Cuando llegaron a Roca y Maipú había un gran embotellamiento. Mercedes iba preocupada:

—Loco, dejame acá. Yo me bajo y me tomo un colectivo para volver para el lado de la provincia. Al Flaco le pasó algo. Es raro que no haya vuelto...

—Dejate de joder, Petisa, qué te vas a tomar un colectivo. Además por qué vamos a pensar que siempre nos toca a nosotros. Seguro que al Flaco lo clavaron en la primera cita y se quedó esperando la recita.

Las citas solían tener un reaseguro: se repetían una hora más tarde, por si acaso.

—Vamos hasta Cabildo, después volvemos, y ahí el Flaco te va a estar esperando.

Mercedes llegó de vuelta al departamento de Vicente López a eso de las seis. Tocó el portero y no le abrieron. Por alguna razón ya se le había pasado la intranquilidad. Se fue a tomar algo, volvió un rato después, y tampoco le contestó nadie. Pensó que Sergio se había ido a la reunión, se fue a la casa de su hermana y se acostó temprano. Ya se verían el sábado y él le contaría la discusión, que podía ser importante.

A la mañana siguiente se tomó un colectivo por Maipú porque tenía una cita de la UES en Belgrano. Cuando pasó delante de la comisaría de Olivos vio, estacionado, un peugeot 404 cremita destruido y pensó qué piña que se dio ese fulano. A la nohecita, antes de volver para San Isidro, llamó a la casa de sus padres, a ver cómo estaban.

—Hola, hola. ¿Dónde estás?

—No, estoy en la calle.

—Nena, necesito que vengas.

—No, papá, no puedo.

—Tenés que venir, Merce. Acá estamos con Pedro, con mami. Marcela y Eduardo también están acá. Venite que tenemos que charlar algunas cosas.

Pedro Calvo Paz era un marino muy amigo de su padre; Marcela era su hermana y Eduardo su cuñado. Mercedes pensó que habían hecho

semejante reunión familiar porque debían estar contándole a su madre lo de Carlos. Y que ella debía estar muy mal, así que iría.

—Está bien, papá, ahora voy.

Era un despropósito: que Mercedes fuera a su domicilio legal rompía con cualquier norma de seguridad. Cuando llegó, su padre la abrazó muy fuerte; su madre estaba tirada en la cama llorando con su hermana. Mercedes suspiró; el recuerdo de Carlitos le hizo saltar lágrimas, pero igual enfrentó a su padre:

—¿Para qué me hiciste venir? Vos sabés que no puedo venir acá. Me voy enseguida. Me parece una locura que Marcela y Eduardo estén acá.

Los demás la miraron con extrañeza. Su padre le preguntó qué sabía de Sergio.

—Nada, está en una reunión.

Hubo un momento de silencio. Mercedes casi se impacientó. Su padre le habló muy bajito:

—Lo mataron ayer.

—¿A quién mataron? ¿De qué me estás hablando?

—Al Flaco. Lo mataron ayer.

—¿Qué me estás diciendo? No, no puede ser, viejo, si está en una reunión.

—Acabo de estar con los viejos del Flaco, que además preguntaban por vos desesperados, querían verte.

Mercedes se quedó callada, con los ojos entrecerrados. Su padre le contó que el martes, a eso de las tres de la tarde, una pinza había detectado a Sergio en su coche, parado en el semáforo de Maipú y Malaver, la esquina de la quinta presidencial. Después supieron que lo reconoció otro secuestrado de la ESMA que habían sacado a marcar gente. Sergio vio que lo estaban por parar, puso primera y trató de escaparse; cuando vio que no podía se tiroteó con los milicos y lo mataron en el auto.

Mercedes no decía nada y no podía dejar de pensar que ella lo había visto, que había visto el peugeot que había usado durante dos años estacionado en la puerta de la comisaría, hecho mierda, y que no había podido reconocerlo ni pensar qué había pasado. Hasta que terminó de entender y pegó un grito.

Ilda y León Berlín recibieron la noticia en su casa, cuando dos policías de la comisaría de Olivos les tocaron el timbre y les dijeron que tenían que presentarse a reconocer un cadáver que presumiblemente correspondía a su hijo Sergio. Muchas veces habían temido ese momento, pero nunca habían pensado que podía llegar así, con dos policías prepotentes. Poco después reconocieron el auto y el cuerpo; para entregárselo, los policías les pidieron una coima.

Lo llevaron a velarlo, solos, a una funeraria de la calle Monroe. Al rato empezaron a llegar coches con agentes de los servicios que se estacionaban en la puerta, entraban a revisar el lugar, les hacían todo lo más difícil posible. A eso de la medianoche, los Berlín decidieron que no querían soportar más malos tratos, ordenaron cargar el ataúd en el coche fúnebre y se pasaron el resto de la noche dando vueltas por la ciudad.

Después de enterrarlo empezaron a buscar a Mercedes: fue entonces cuando se comunicaron con su padre. Al otro día, cuando la encontraron, Mercedes quiso verlos: su padre le dijo que ya se habían ido a Bariloche, donde su otro hijo, Alejandro, y su mujer, estudiaban en el Centro de Energía Atómica, manejado por la Marina, para decirles que se fueran lo antes posible. Mercedes volvió a la casa de su hermana en San Isidro. Estaba destruida y no entendía nada más. Lloraba: sobre todo lloraba y se decía que tenía que hacer algo. No sabía qué: algo.

Una semana después, su prima Liliana, la menor de los Goldenberg, le tocó el timbre. Mercedes y Liliana no se veían casi nunca: ella estaba casada con Antonio Latorre, el Pelado Diego, un alto oficial montonero, y los dos pertenecían al sector más ortodoxo de la organización. Cuando la vio llegar, Mercedes se asustó:

—¿Qué pasa? ¿Qué hacés vos acá?

—Vengo a avisarles que cayó la gorda Mini, con Inesita.

Ya era demasiado. Liliana les contó que, desde la caída de Carlos, Adelaida Viñas había andado dando vueltas por ahí, con su beba, sin saber qué hacer. Y que el domingo anterior había hecho una cita con unos compañeros y amigos suyos para llevar a varios chicos al zoológico. Ella llegó primero: alguien había cantado la cita y la agarraron.

Mercedes habló con su padre, que se presentó en la comisaría 23, dijo que era capitán de la Armada y pidió información sobre un procedimiento realizado en el jardín zoológico dos días antes. El oficial a cargo le dijo que efectivamente habían operado pero que no le podía decir nada más.

—Bueno, pero había una nenita, una beba...

—Sí, afirmativo, había una beba.

El oficial tenía sobre su escritorio un gran legajo con información sobre Carlos Goldenberg y Adelaida Viñas. El capitán Depino insistió:

—Es mi sobrina nieta, y quiero saber qué fue de ella.

—Nada, capitán, no se preocupe. La nenita está bien, no se preocupe. Pero no me haga más preguntas, porque esto es todo lo que puedo decirle.

Ricardo Depino adoraba a la beba. Cuando nació, él y su mujer fueron los únicos que pudieron ir a visitarla a la clínica donde nació: Carlos y Mini no le habían dado la dirección a nadie más. Después, cuando Carlos y Mini no tuvieron dónde vivir, él les prestó la casa de su madre, en Núñez. Y ahora no podía enterarse de dónde estaba. Depino sabía que iba a ser muy difícil saber algo sobre Mini, pero la beba era otra cosa. Se volvió a su casa, tocó el timbre del departamento de su vecino el almirante Vañek, presidente de la Comisión Asesora Legislativa, el cuerpo que reemplazaba al Parlamento, y le preguntó qué podía hacer para saber algo de esa nena:

—Nada, no se puede hacer nada. Esto es una guerra, Depino, no hay que meterse.

Al otro día, Depino fue al edificio Libertad y se hizo anunciar a la secretaria del almirante Massera.

—Capitán, qué lo trae por aquí.

—Nada bueno, Massera. Hemos tenido un problema y quiero ver si vos podés ayudarme.

Depino, como era más antiguo, lo tuteaba, y le contó la historia. Massera le repitió lo que le había dicho Vañek:

—Tómeselo con calma, Depino: esto es una guerra para salvar las instituciones de la Patria.

Depino terminó de perder los estribos:

—¿Pero de qué instituciones me estás hablando, Massera, cuando en la guerra puede desaparecer una nena de nueve meses?

Massera mantenía el tono calmo, casi amable, respetuoso, y le dijo que por qué no volvía al otro día a la comisaría 23, que seguramente podría haber algo. A la mañana siguiente el oficial de policía le dijo que el caso de Inesita estaba en manos de un juez y que la beba estaba siendo cuidada por una pareja, que no se preocupara. Esa misma noche, Depino recibió el llamado del escultor Lorenzo Gigli, el abuelo de Mini: lo había llamado una señora diciéndole que tenían a la beba y que su número de teléfono figuraba en la plaquita. Antes de morir, Carlos había colgado del cuello de la beba una placa con su nombre y el teléfono de su bisabuelo materno. Y ahora la placa servía para recuperar su pista.

Ricardo y Beba Depino fueron a ver al juez: tardaron varios días en probar sus vínculos familiares con Inesita Goldenberg y recibir la autorización para ir a verla. Finalmente, una tarde de septiembre, los Depino se presentaron en un departamento elegante de la plaza San Martín, donde los recibió una pareja de setentones suizos.

—Sí, justo en ese momento, cuando se armó el barullo, nosotros estábamos en el zoológico, paseando con dos de nuestros nietos...

El suizo les contó que entonces vieron a una chica joven con una beba en brazos que, cuando notó que llegaban como quince soldados a buscarla, dejó a la beba sentada en el césped y se alejó todo lo que pudo. La agarraron unos metros más allá, pero nadie reparó en la beba, que se quedó sola, en el pasto, llorando despacito. Entonces la suiza dijo que ellos también eran abuelos y que pensaron que no la podían dejar ahí: la agarraron y se la llevaron. Poco después fueron a hacer la denuncia en la comisaría, y el oficial les dijo que si querían la tuvieran mientras intervenía el juez de menores. Los suizos pensaron que era mejor que estuviera con ellos y no en un orfanato, y se la guardaron. Hasta que se decidieron a llamar al número que aparecía en la chapita.

Eran cuatro personas mayores en medio de un vendaval que no terminaban de entender. Hubo un silencio casi emocionado, y la suiza se fue a traer a Inesita. La nena les sonrió antes de empezar un llanto que no pudieron calmar. De ahí en más, los Depino volvieron a verla casi todos los días.

Al cabo de unas semanas, el juez les concedió la tenencia provisoria. La beba estaba mal y casi no dormía de corrido: tenía pesadillas horribles, gritaba, se contorsionaba. El capitán Depino se pasaba noches enteras paseándola en brazos por el living de su casa. En esos días, los Montoneros decían que los militantes que quedaban vivos tenían que hacerse cargo de los hijos de los militantes muertos para criarlos en su ideología. Carlos y Mini nunca habían estado de acuerdo con eso, y lo habían dicho muchas veces. Y que, si les pasaba algo, trataran de sacar a la beba del país y llevársela a la hermana mayor de Carlos, Isabel, la viuda de Carlos Olmedo, que vivía en Washington con su segundo marido. Que ésa era la única forma de protegerla.

Después de todas las caídas, Mercedes ya no podía seguir en la casa de su hermana, pero tampoco tenía otro lugar. Durante dos semanas anduvo como bola sin manija, caminando por cualquier calle para que se pasara el día, tratando de aguantar el llanto que todo el tiempo le venía a los ojos, sin saber dónde pasaría la noche. Solía encontrarse con Yuyo, el que había sido su responsable en la estructura militar a principios de año. Él también estaba destrozado por la muerte de su compañera y la desaparición de su hermana.

A veces, Mercedes conseguía ir a dormir a la casa de algún pibe de la UES, pero casi siempre terminaba en un cine o un bar con Yuyo, haciendo tiempo hasta que se hiciera la hora de ir a pasar la noche a un telo. Los telos eran peligrosos y de vez en cuando había redadas, pero aún así eran los únicos hoteles donde no pedían documentos. Una de esas tardes, Mercedes pasó por la librería de su cuñado y se encontró con otra carta de Jaime, desde París, que le repetía su ofrecimiento de pasajes y su pedido de que no se hiciera matar por una causa derrotada. Mercedes tenía, por momentos, la tentación de hacerle caso, pero enseguida pensaba que no podía traicionar así a sus compañeros: a los vivos y, sobre todo, a los muertos.

Agosto de 1976. En esos días, la revista *Gente* publicó una nota de su enviado especial a Reno, Nevada, Héctor D'Amico. Después de viajar 22 horas en tres aviones distintos, D'Amico, finalmente, pudo sentarse una

hora con Williard Brymer que, el 22 de mayo, había matado de un tiro a Oscar Natalio «Ringo» Bonavena. Su muerte no era una muerte más, y había creado conmoción en la Argentina.

El triste final del boxeador argentino había empezado a fines del año anterior, cuando firmó un contrato con el empresario Joe Conforte, que supuestamente le iba a arreglar peleas. Pero todos decían que Conforte era un mafioso, que regentaba burdeles y que no le gustaba nada que Bonavena, en vez de entrenar, se sacara fotos con su hermana Sally, una señora mayor que podía haber sido su madre.

D'Amico se sentó a solas con Brymer, empleado de Conforte, en un hotel de Reno. Con su nota demostró que, a veces, los periodistas argentinos investigaban las muertes de sus compatriotas y que publicaban todo lo que sus entrevistados les contaban.

«—¿Por qué Conforte eligió a Bonavena?

»—Porque todavía tenía cartel. Además, porque tenía una buena trayectoria y era uno de los pocos blancos con posibilidades en la categoría. Quería que Oscar fuera campeón del mundo de los pesados.

»—¿Creía en esa posibilidad?

»—Sí, para eso lo contrató.

»—Quizás quería proponerle otro negocio.

»—No entiendo...

»—Usted me entiende, Brymer...

»—No, eso es mentira, Joe en ningún momento pensó en “arreglar” peleas con Bonavena. Jamás le pidió que fuera a menos. Todo lo contrario. Él lo quería campeón. Joe me pidió que tuviera siempre un ojo sobre Oscar, quería que trabajara seriamente. Fui sparring suyo durante tres meses. (...) Pronto nos dimos cuenta de que Oscar quería abandonar su carrera, que sólo le interesaba pelear en la calle o en los bares. Pero esto usted no lo puede contar en su revista...

»—¿Por qué?

»—Porque, para los argentinos, Bonavena era todo un ídolo, y a nadie le gusta que se hable mal de los ídolos. (...) Y cada vez que se hablaba de una pelea siempre tenía un pretexto para aplazarla. Joe le consiguió buenas oportunidades. (...) Tenía que pelear con Ken Norton en San Diego. El 15

de abril, tenía que pelear con Urtain en Barcelona. (...) Pero Oscar sólo quería divertirse y pasarla bien. Entonces Joe se cansó de todo.

»—¿Qué quiere decir “todo”?

»—Muchas cosas. En primer lugar, perdió mucho dinero comprando ese contrato, en el que Oscar sólo peleó con Billy Joiner...

»—¿Por qué no vendió el contrato?

»—Por una cuestión de orgullo. Joe es un hombre poderoso. Tiene mucho dinero y le gusta hacer siempre lo que quiere. Esta vez se le había ocurrido convertir a Oscar en campeón del mundo. Pero además se cansó de lo de Oscar y Sally. (...)

»—Cuénteme que pasó en el Mustang Ranch la noche del crimen.

»—Alrededor de las seis de la mañana alguien me avisó que Bonavena había vuelto y que no lo dejaban pasar por orden de Conforte.

»—¿Qué buscaba?

»—Hablar con Conforte. Sabía que a esa hora lo encontraba. A través del intercomunicador escuché que Oscar decía: “Le voy a tirar al cartel” (que está encima de la entrada). Me di cuenta de que hablaba en serio. Yo sabía que tenía una pistola y que iba a usarla...

»—¿Qué hizo entonces?

»—Fui a buscar un arma. Pero no había ninguna. Mejor dicho, había, pero estaban descargadas. Joe había ordenado que las descargaran, a causa de Oscar. Corrí por uno de los pasillos hasta el patio interior. En una de las torres estaba el rifle. Volví con él. Cuando salí, Oscar caminaba hacia su auto. Luego vi cómo abría la puerta, sacaba un arma y se la colocaba en la bota.

»—Pero él abrió la puerta del lado contrario al que usted se encontraba. ¿Cómo pudo ver todo eso y de noche?

»—Yo sabía que él llevaba el revólver ahí, y que iba a buscarlo.

»—Entonces usted le tiró.

»—No, tuvimos una discusión antes.

»—¿Cómo “antes”?

»—Sí. Esto no se dijo en el juicio todavía, pero esa noche yo discutí con Oscar.

»—¿Sobre qué discutieron?

»—Eso no se lo puedo decir. Por nada del mundo. Ésa es mi defensa. Es una carta que todavía tengo que jugar.

»—Pero en las audiencias preliminares se dijo que usted no había hablado con Bonavena.

»—Pero hablé con él. Discutimos. Hay testigos. Discutimos y entonces disparé...

»—Quiero que repita eso, Brymer.

»—Dije que, entonces, disparé.

»—Usted mató a Bonavena.

»—Yo no lo diría así.

»—Dígalo con las palabras que quiera, Brymer. Usted admite en esta entrevista que mató a Oscar Bonavena, ¿no es así?

»—Sí. (...)

»—Una curiosidad, Brymer. ¿Por qué aceptó esta charla?

»—Porque sé que los argentinos me odian. Yo sé que se han dicho muchas cosas sobre mí en su país. Muchas cosas que no son ciertas. Por eso acepté hablar. Para dar mi opinión sobre cómo ocurrieron las cosas. Ya le dije que Oscar era mi amigo. Él me hablaba siempre de la Argentina, me contó muchas cosas agradables. Alguna vez hasta planeamos hacer un viaje juntos a Buenos Aires. Él me había invitado a hacer el viaje. Yo no quiero que los argentinos me odien injustamente. Por eso le conté todo esto. Dígame: ¿usted cree que algún día yo podré viajar a la Argentina?».

—No, nene, me dijo el comisario Ribatti que ni me acerque a pedir tu pasaporte. Me dijo mire, señora, no hay manera.

La madre de Elvio Vitali le confirmaba que no tenía ninguna posibilidad de salir legalmente. De todas formas, Elvio había oído que en Ezeiza había listas con nombres y, aún con un pasaporte, no tenía muchas posibilidades de superar los controles. Así que usó los contactos que había conseguido en su trabajo como inspector de seguros en el puerto para sacar un boleto en un carguero alemán. Adriana, su compañera, saldría en avión y lo esperaría en San Pablo.

La tarde anterior a la partida, Elvio llegó al barco con su cédula, una valija y cantidad de miedo. No sabía lo que podía pasar con Migraciones.

Elvio le pidió al capitán que lo dejara embarcarse esa misma noche: el barco salía a las seis y media de la mañana y, así, quizás, el control sería menos riguroso. El capitán era un alemán rubio, muy alto, que no le preguntó nada y le dijo que sí. Elvio no sabía cómo agradecerse.

Esa noche, cuando subió el oficial de Migraciones, Elvio se encerró en su camarote. Por si acaso, tenía preparada una historia: gracias a su trabajo en el puerto había conseguido ese pasaje y se iba a Río de Janeiro a pasar unos días. Pero nadie le tocó la puerta.

Elvio ya se había despedido de sus parientes y les había pedido que no lo acompañaran, por seguridad. En esos días le habían contado la historia del secuestro del padre de un compañero suyo, y eso le parecía realmente un límite: no estaba dispuesto a poner en peligro la vida de su familia. Pero esa madrugada, mientras el barco levaba anclas, acodado en la cubierta, vio a sus padres, sus tíos, su hermana, que lo saludaban con pañuelos desde el muelle. Elvio lloró hasta que, horas después, el barco llegó a Montevideo. Lloraba pero, al mismo tiempo, por primera vez en muchos meses, se sintió un hombre libre.

—Manuel, vas a tener que reabrir el frente de Alpargatas, pero partís de un buen reconocimiento del partido entre los obreros. Lo que pasa es que de los compañeros no quedó ni uno.

Entre 1975 y principios de 1976, el PRT había conseguido incorporar a una buena cantidad de obreros de la planta de Alpargatas. En los dos primeros meses después del golpe, los grupos de tareas secuestraron a 17 obreros de Alpargatas ligados al PRT: algunos eran militantes orgánicos, otros pertenecían a una agrupación gremial. Y cuando el responsable de ese frente murió en un combate muy duro contra una unidad del Ejército, Eduardo Merbilhaá decidió que Manuel Gaggero podría reemplazarlo.

—Tenés que verlo a Leopoldo. Él te va a pasar el contacto que tenemos.

Leopoldo era Rogelio Galeano, otro de los miembros de la dirección del partido que estaba a cargo de las pocas células que les quedaban en el sur del Gran Buenos Aires y La Plata. A los pocos días, Manuel tuvo su cita con él:

—La que te va a abrir las puntas en Alpargatas es Ana.

Ana era una morocha del frente militar que había quedado desenganchada después de la acción de Monte Chingolo y había retomado el contacto tiempo después. Pero Ana no estaba en Alpargatas.

—El que labura en la planta es Pablo, su compañero. El tipo no es del partido, pero está de acuerdo con la línea, llevaba volantes o periódicos al vestuario, conoce a los de la comisión interna. Ana me contó que estas últimas semanas en algunas secciones estuvieron haciendo paros parciales.

Rogelio le dijo que hiciera él trabajo político solo y que podía pedir apoyo a una célula militar si necesitaba alguna acción de apoyo. Unos días después Manuel se presentó en el bodegón que estaba frente a la planta, cruzando la ruta 2. Al principio se sintió muy fuera de lugar en medio de mesas llenas de trabajadores, sentado al lado de la ventana, solo. Pero al rato apareció Pablo con otro obrero, del cuerpo de delegados. Manuel empezó con un par de obviedades.

—¿Y, se hace bravo con la repre, no?

—Sí, la semana pasada largamos paros de dos horas por turno, por los aumentos que habían prometido. Al rato llegaron varios camiones con soldados y entraron en la planta con los fusiles en mano. Se quedaron dos días. Te podés imaginar la bronca que hay, pero no se puede hacer nada. Estos tipos ya se chuparon por lo menos a veinte compañeros.

Manuel estaba impresionado: les habían puesto ametralladoras pesadas a la entrada, comunicados pegados en las carteleras prohibiendo la huelga, amenazas de todo tipo.

—La cuestión es que cuando se fueron los milicos, en algunos turnos llegamos a hacer paros de una hora. Imaginate, en esta situación es un triunfo total.

—¿Y les parece que nosotros podemos hacer algo para ayudar el conflicto, para apoyarlo?

—Mirá, no sé, hay que mantener la llamita prendida, no sé qué se puede hacer, tenemos que ir viendo.

Manuel nunca había sido un militante de base. Había tenido mucho trato con obreros pero como abogado; ahora estaba entusiasmado y viajaba hasta Alpargatas dos o tres veces por semana, charlaba un poco con los muchachos, volvía y charlaba otro poco con Rogelio Galeano y su

compañera buscando formas de participar e insertarse en la fábrica. La compañera de Rogelio era la responsable de la célula militar y escuchaba muy seria.

—Eso que te dijo de mantener la llamita está perfecto, eso es verdadero espíritu prole. Pero también tendríamos que hacer algo para alimentar el clima de resistencia.

La mujer dijo que la célula militar podía tomar la guardia de la planta o hacer un reparto de alimentos en los barrios periféricos. Manuel no estaba de acuerdo:

—Mirá, me parece que no es el momento, apenas tenemos unos contactos. Además les va a caer la repre y puede ser un desastre.

—Bueno, vos ocupate de la parte política, que de las acciones nos ocupamos nosotros, los del equipo militar.

Manuel vio que Rogelio no se metía mucho en la discusión, pero ella no cedía y le dio una cita para empezar a chequear la zona, dos días después. Manuel tenía que encontrarse con Alba: llegaba la hora de entrar a algún hotel alojamiento. Mientras hacía tiempo en un bar del centro, Manuel se dijo que mejor no pedía café, por la acidez. El vaso de leche no le calmó el malestar. Y pensó que no, que no iba a ir a esa cita a seguirle la corriente a esa compañera, que le importaba un pito quién se ocupaba de lo militar y quién de lo político, que no era momento para andar tirando tiros en la puerta de Alpargatas.

Sergio Karakachoff no quería darle mucha importancia a los panfletos que lo acusaban de comunista. Los habían tirado cerca de Tribunales y en la cuadra de su estudio. Esa tarde se encontró con Luis Menucci en la puerta del comité radical de La Plata.

—Che, Sergio, ¿te parece que será una amenaza seria?

—Qué sé yo, Colorado. Ya la vez pasada habían sacado unos volantes parecidos, y no pasó nada...

—Sí, pero además, los servicios de la Fuerza Aérea ya anduvieron preguntando por vos, te anduvieron husmeando...

—Mirá, si le das bola a cada provocación terminás loco.

Luis no quería insistir. Ya se lo había dicho pocos días atrás, durante el casamiento de Fredi Storani. Fredi y él lo habían llevado aparte para plantearle que saliera de circulación durante unos días, pero Sergio no les hizo caso: no le parecía que su situación fuera diferente de la de muchos otros. Cuando llegaron a la antesala, mientras saludaban a sus correligionarios, Sergio agarró al Colorado del brazo:

—Hoy vamos a calentar el ambiente. Tenemos que plantear claramente que no va más esto de que en el radicalismo haya dos partidos: el de los que tienen amigos generales y el de los perseguidos. ¡No se puede creer! Escuché a varios tipos del partido decir que al Negro Amaya y a Hipólito los blanquearon porque son radicales y no tienen nada que ver con la subversión. Algunos dicen que no los mataron porque Harguindeguy no quiere quilombo con los radicales y que hay militares que saben diferenciar entre un subversivo y un tipo honesto...

—Sí, Ruso, o lo que es peor: algunos por lo bajo dicen que los levantaron por estar vinculados a la subversión... ¿Qué querés con estos tipos, si algunos hasta son intendentes de los milicos, hermano?

—Bueno, son los mismos que, cuando se levantan a alguien, dicen que algo habrán hecho...

El miércoles 17 de agosto, comandos del Quinto Cuerpo de Ejército, vestidos de civil, secuestraron a Solari Yrigoyen en su casa de Puerto Madryn y a Amaya en Trelew. Los llevaron al batallón 181 de Comunicaciones de Bahía Blanca y los interrogaron y torturaron. Enseguida empezaron las denuncias internacionales, y varios radicales usaron sus contactos. Raúl Alfonsín habló con su ex compañero de promoción del Liceo Militar, Albano Harguindeguy. Trece días después, el martes 30, Amaya y Solari fueron «liberados» por una patrulla, también del Ejército pero de uniforme, que fraguó un tiroteo con el grupo de captores anteriores, que seguían de civil. La nueva patrulla los llevó a otro cuartel y los dos ex legisladores quedaron a disposición del Poder Ejecutivo en el penal de Rawson.

Esa noche, en el comité, Sergio quiso hablar del tema:

—Los militares no hacen diferencia a la hora de secuestrar, pero si nosotros logramos salvar la vida de dos correligionarios a través de la

denuncia es porque las presiones les duelen. No son tan fuertes, los militares. Son fuertes en la medida que nosotros cedemos espacios y mostramos nuestras debilidades...

Mientras algunos se escandalizaban en silencio, Sergio sentía que retomaba un espacio protagónico. Ésos eran sus momentos: cuando el comité se convertía en un espacio de lucha. Después de la reunión fue con sus amigos a un bodegón por plaza Italia. Luis Menucci se fue antes del postre porque se le iba el último micro para la Capital. Al otro día tenía que trabajar.

—Sergio, me rajo... Te veo el otro jueves, así vamos terminando las notas para la revista.

Desde el mes anterior, los dirigentes de la Coordinadora de La Plata habían sacado un nuevo periódico: en realidad era la continuación de *Militancia Radical*, pero ahora les parecía que «militancia» sonaba provocativo, y le pusieron *La Causa*. Cualquiera entendería: la causa contra el régimen, como decía don Hipólito Yrigoyen. Sergio pasó un fin de semana tranquilo, y aprovechó para jugar con Sofía y Matilde. Las nenas lo sacaban de la vorágine. Y se hizo tiempo para escribir las dos notas que le faltaban. Fue al estudio y se sentó una vez más ante la vieja remington. El título de la primera parecía un lugar común: «Acerca de la violencia»:

«El propio presidente de la Nación sostuvo hace pocos días en Puerto Iguazú, en el confín de la República, que en Argentina rigen plenamente los derechos humanos, y denunció también una campaña de difamación contra nuestro país en el exterior. Cabe, frente a esto, preguntarse: ¿Quiénes difaman? ¿Los que matan o los que denuncian las muertes?»

»La preocupación del general Videla es loable, pero requeriría un mayor empeño —y no decimos que no lo haya, pero es obviamente insuficiente— para aprehender a los culpables del desprestigio internacional del país y de la conculcación de los derechos humanos.

»La necesidad de frenar el deterioro de la confianza ciudadana mediante una firme conducción que devuelva al Estado la plenitud de los atributos que lo caracterizan, ha sido reiterada desde diversos medios de opinión, Y ninguno de ellos puede siquiera ser sospechado de concomitancia política o ideológica con la otra forma de terrorismo. Esta coincidencia de criterio

surge de la atenta lectura de sendos discursos del presidente. (...) Todos de acuerdo con los conceptos. Falta que las acciones se encaminen a la concreción de los mismos. Es el clamor popular. Es la única salida. Caso contrario, nadie tiene derecho a quejarse de pretendidas campañas difamatorias.

»Por otra parte, la falta de difusión de diversos hechos —y los nombres que no se han dado de los muertos de Pilar son una entre tantas omisiones— pone una sombra de dudas sobre el real propósito del gobierno de terminar con esta lacra. ¿Por qué no se publican esos datos?

»¿A quién se beneficia con el silencio? Sería bueno que el presidente de la Nación dedicara aunque más no fuera breves conceptos a responder estas acuciantes preguntas. Los ex legisladores de la UCR han aparecido. En un confuso episodio el gobierno rescata, de mano de delincuentes, a los doctores Solari Yrigoyen y Amaya. Y como corolario de este lamentable episodio, ambos son arrestados y puestos a disposición del Poder Ejecutivo.

»¿Quién los tuvo? ¿Para qué los tienen ahora? ¿No los rescataron de manos de delincuentes? Esperamos también una respuesta a esto.

»El secuestro de los ex legisladores de la UCR, juntamente con la aparición de 30 cadáveres dinamitados en la localidad de Pilar, a pocos kilómetros de la sede del gobierno nacional, han sido los picos fundamentales de la escalada terrorista de los últimos años. (...)

»Pero hay otro terrorismo que nunca ha tenido baja alguna, ni mucho menos aún, siquiera un apresado o un detenido. Y no cabe duda que ese terrorismo hace más daño al país que el otro, el definido y perseguido. Porque aquél —el que secuestra a legisladores radicales, entre muchas otras personas— es el que siembra la duda sobre la real acción de las Fuerzas Armadas y de seguridad en favor del orden y la paz perturbadas.

»Recientemente el Episcopado Argentino se ha reunido con la presencia del representante papal para pedirle el esclarecimiento de los hechos que también han costado la vida de varios sacerdotes en Buenos Aires y La Rioja y también para manifestar su preocupación por todos los hechos similares en todo el país».

Agosto de 1976. El cable de la agencia Ancla fue el primero en escribir que la muerte de Enrique Angelelli, obispo de la Rioja, presentada como un accidente, había sido en realidad un asesinato:

«Buenos Aires, ago 30 (ANCLA)— Fuentes eclesiásticas dignas de crédito afirmaron que tenían la convicción de que el accidente en el que perdiera la vida monseñor Angelelli, obispo de La Rioja, hace aproximadamente un mes, no fue casual sino provocado intencionalmente.

»En numerosas comunicaciones hechas llegar a parroquias de esta capital por integrantes de la diócesis de La Rioja se informa que “monseñor Angelelli fue asesinado”, a través de la colocación de un mecanismo de traba en las ruedas de la camioneta Fiat 125 en el cual se movilizaba habitualmente.

»El “accidente” que ocurrió en la ruta que une las localidades de Chamental y La Rioja se produjo en momentos en que el auto del prelado, acompañado de otro anciano sacerdote que resultó gravemente herido, regresaba de una misa en memoria de los sacerdotes franceses de la parroquia de El Chamental asesinados el 17 de julio pasado.

»Según las fuentes, monseñor Angelelli tenía conocimiento de la existencia de un plan que incluía la muerte de otros miembros de la Iglesia y de la participación en dicho plan de determinados oficiales militares. El obispo de La Rioja había redactado una declaración a propósito de la “ejecución” de los sacerdotes, algunos de cuyos términos (“asesinados” por “muertos”) fueron modificados en su publicación por el diario *El Sol* de La Rioja.

»Con respecto al sacerdote sobreviviente, se carecen de noticias sobre su paradero. Según versiones se encontraría bajo control del III Cuerpo de Ejército.

»Los curas asesinados en El Chamental pertenecían a la misma corriente que monseñor Angelelli. Uno de ellos se había ganado anteriormente gran reconocimiento por la población de los barrios obreros del partido de San Martín, en Buenos Aires, por la tarea allí desarrollada.

»En los primeros días de julio se había producido la muerte de cinco miembros de la Iglesia Católica acribillados a balazos en la parroquia de San Patricio, administrada por la orden de los palotinos, en el barrio de

Belgrano de la capital argentina. En esa oportunidad el comando ejecutor dejó una leyenda “en venganza de nuestros camaradas policías dinamitados”, en referencia a las víctimas del atentado contra la Superintendencia de Seguridad Federal.

»Estos hechos se suman a una interminable lista de denuncias de amenazas, atentados, secuestros, torturas y asesinatos de integrantes de la Iglesia Católica argentina. Un alto prelado estimó a principios del mes de agosto que las víctimas sumaban alrededor de 40 muertos y 120 desaparecidos.

»En la lucha antisubversiva emprendida por los militares argentinos, la acción desarrollada por sacerdotes, seminaristas, miembros de la Acción Católica —especialmente en los sectores populares— no es vista con buenos ojos. Una circular emanada del Servicio de Informaciones del Estado (SIDE) en los últimos días del mes de julio requería urgente información a todos los organismos de seguridad sobre “la actitud y el grado de apoyo de la Iglesia Católica al actual proceso”. Enfatizaba también la necesidad de conocer “la actitud de los sacerdotes, especialmente de aquellos allegados al movimiento del Tercer Mundo, ante la violencia atribuida a la extrema derecha”.

»Por otra parte, la alta jerarquía eclesiástica ha recibido numerosas advertencias por parte de las autoridades militares en el sentido de controlar la catequesis impartida por sus miembros, presionando para que cesen estas actividades en numerosos barrios obreros. Del mismo modo se reclamó la supresión de términos tales como “liberación”, “concientización” y “explotación” considerados subversivos por los organismos de seguridad.

»Este conjunto de hechos ha creado una situación de creciente tensión entre la Iglesia Católica y el gobierno militar argentino, mitigada por las gestiones de algunos miembros de la alta jerarquía eclesiástica en un esfuerzo por detener la protesta masiva del conjunto de los integrantes de esta institución religiosa. Sin embargo, declaraciones de los altos prelados en los últimos días advierten sobre una definición de la posición católica con respecto al gobierno actual.

»Las declaraciones de monseñor Vicente Zaspé, obispo de Santa Fe “insospechable” a través de su prédica contra el marxismo, son

significativas: “La Iglesia continuamente condena la subversión demencial que recorre el continente pero también la violación que bajo cualquier pretexto atente contra los derechos fundamentales de la vida humana... La Iglesia no puede callar ante estas situaciones. No puede hacerlo...”».

—Por eso, queridos compañeros de infortunio, permítanme que les diga, que les repita una vez más: ¡qué bello es estar preso!

Los queridos compañeros estuvieron a punto de abuchearlo, pero era mejor no hacer kilombo. Los sesenta presos del pabellón de políticos del Departamento de Policía estaban juntos en el patio, en un recreo, y el ex senador uruguayo Enrique Erro aprovechaba para mandarles un discurso: qué bello era estar preso, decía, en la tradición de esos viejos revolucionarios que solían creer que la cárcel era la forja de los mejores militantes. Y muchos pensaban que, aunque no fuera bello, tenían mucha suerte de estar presos ahí, en la leonera del Departamento, vivos, legales, con buenas chances de seguir viviendo.

Horacio González se había pasado muchos días en una celda de aislamiento, incomunicado, sin ver a nadie que no fuera el policía que, cada mañana y cada noche, le pasaba una escudilla con comida. Fueron semanas de silencio y demasiados pensamientos: su único contacto con el mundo era una ventanita alta que daba al patio de los bomberos. Colgándose de los barrotes, Horacio conseguía ver cómo los de la Brigada Antiexplosivos practicaban con unos robots manejados por control remoto. Tenían cuatro o cinco, y se entretenían con eso: unos raros robots primitivos recogiendo bultos en el patio como el mucamo de los Supersónicos.

Horacio estaba esperando que el Consejo de Guerra lo llamara para el juicio: en agosto, cuando lo transfirieron al pabellón de los políticos, su situación se alivió mucho. Algunas noches la Guardia de Infantería los despertaba con gritos y requisas innecesarias pero, fuera de eso, la vida era casi tranquila. En la leonera había una cantidad de sindicalistas y algunos uruguayos y chilenos que esperaban que las Naciones Unidas los sacaran del país: habían organizado cursos de política y economía y hasta trataron de armar una obrita de teatro donde unos presos se burlaban de un oficial verdugueador. Y charlaban: ahí Horacio empezó a enterarse de la existencia

de campos de concentración y escuchó las primeras historias de desapariciones y muertes. A veces, esos relatos de calabozos llenos de gente con los ojos vendados, engrillados, encapuchados le parecían una exageración: tardó años en saber que, en realidad, eran sólo una parte reducida del horror. Y de todas formas, frente a esos relatos, su situación aparecía como un menguado privilegio.

Seis

—No sé, Luis, no sé casi nada. Lo único que sé es que cayó en una estación de tren...

—¿Y no sabés si lo agarraron vivo?

—Sí, parece que sí, pero no estoy segura. Vos sabés cómo es ahora, que uno no sabe nada...

Luis Venencio se agarró la cabeza con las manos y se quedó un rato así, mirando a ninguna parte. La alegría de volver a ver a su novia, Graciela, después de tanto tiempo, se le mezclaba con la desazón al enterarse de que los militares habían secuestrado a su amigo Hugo Rivas. Luis tenía muchas ganas de llorar.

—¿Y nadie sabe si vive, qué pasó?

—No, Luis, nada.

—¡Uy, y la casa estaba a tu nombre!

—Claro.

—¿Y no sabés si la casa también cayó?

—No sé nada.

Hacía tres meses que Luis se había ido a Bariloche. Salió casi sin plata y con el miedo de que pudieran detenerlo en cualquier control. Era una situación ambigua: fuera de su zona era más difícil que lo agarraran, pero no imposible. Luis no sabía si tenía captura pedida, o si podía cruzarse de casualidad con alguien que lo conociera. Tenía que mantenerse alerta.

Cuando llegó se alojó en una pensión y a los dos días ya había conseguido trabajo en un supermercado, descargando fruta de los camiones, pero pronto encontró algo mejor: un arquitecto que tenía una fábrica de amoblamientos lo contrató como encargado de obras. Luis trabajaba en un corralón frente al Nahuel Huapi y tenía mucho tiempo libre: se pasaba horas ahí parado, mirando el lago, pensando en todo lo que había dejado, en el dolor. Muchas veces se le mezclaba el miedo de lo que pudiera pasar

todavía con la culpa por estar vivo mientras otros militantes que él había convencido estaban muertos o presos o vaya a saber dónde. Bariloche era como otro mundo y era, al mismo tiempo, éste: los ecos de la represión llegaban amortiguados pero llegaban. En esos días, en Buenos Aires, habían agarrado a uno de sus compañeros más queridos, el Tano Martín Mastinú.

El Tano era muy conocido en la zona, el referente sindical más importante que habían tenido los Montoneros. Desde su tortura el año anterior, el Tano había quedado muy tocado y se pasaba la mayor parte del tiempo en una isla del Delta, medio escondido. Ahí lo fue a buscar una comisión de Prefectura, que lo agarró junto con su cuñado, el Tanito: cuando los estaban por meter en la lancha, el Tano consiguió patear al que los llevaba y los dos intentaron escapar. Al Tanito lo mataron de un tiro; el Tano, herido, consiguió perderse entre las islas. Las conocía muy bien.

Poco después llegó hasta la casa de un pariente lejano, donde lo curaron. Recuperado, pudo contactarse con el consulado italiano: había nacido en Italia y les pidió que lo sacaran. El cónsul se hizo cargo y, cuando el Tano estaba por irse, quiso despedirse de sus parientes más cercanos: los siguieron, lo encontraron y lo secuestraron. La Fabiana, el que había sido su responsable montonero, también desapareció en esos meses. Y varios otros compañeros suyos del astillero.

—¡Qué desastre, Graciela, qué desastre! Y yo acá, lo más tranquilo...

—Luis, no te tortures. ¿Qué querés, hacerte matar? ¿Qué bien les vas a hacer a ellos con eso?

Antes de salir para Bariloche, Graciela había rendido los últimos exámenes de la carrera de Psicología. Su padre, un militante radical, le había conseguido un contacto con el embajador venezolano.

—Luis, nos vamos juntos a Buenos Aires, lo vamos a ver al embajador éste y le pedimos que nos saque del país, nos vamos para allá.

—Pero cómo, irnos del país...

Septiembre de 1976. En chino mandarín, Mao Tse Tung significa «pintor de los paisajes tristes»: la mañana del jueves 9, la plaza de Tien An

Men —de la Paz Celestial— de Pekín estaba llena de una multitud acongojada: el Gran Timonel acababa de morir.

Mao Tse Tung tenía 82 años y había nacido en Shao Shan, una aldea de la provincia de Hunan donde vivió hasta los 18, cuando se fue a estudiar a la capital provincial. Eran los tiempos de los primeros levantamientos nacionalistas contra los señores feudales, y Mao empezó a frecuentar los círculos revolucionarios que seguían al líder nacionalista Sun Yat Sen. Pero después de la Revolución Rusa, Mao se acercó a los leninistas y en 1921 participó de la fundación del Partido Comunista chino. En 1925 murió Sun Yat Sen, que había llegado a una excelente relación con los revolucionarios rusos. Entonces los nacionalistas, organizados en el Kuo Min Tang y liderados por el general Chan Kai Sek, entraron en conflicto con los comunistas. En 1927, tras las grandes insurrecciones urbanas que terminaron en masacres, los comunistas formaron las primeras divisiones del Ejército Rojo, surgidas de los motines de las tropas del Kuo Min Tang. Chan Kai Sek se lanzó contra ellos, y las diferencias se convirtieron en combates.

En sus *Antimemorias*, el escritor francés André Malraux describe esas luchas. En 1931 los nacionalistas emprendieron su quinta campaña de exterminio contra los comunistas, con un ejército de un millón de hombres, cientos de tanques y 400 aviones. Por su parte, Mao, según Malraux, disponía «de 180.000 soldados, alrededor de 200.000 milicianos — ¡armados de picas!— y cuatro aparatos (aviones), pero no tiene gasolina, ni bombas y apenas dispone de municiones». Los comunistas se hicieron fuertes en el sur del país y resistieron por tres años el asedio de Chan Kai Sek. Cuando terminaba 1934, después de haber perdido 60.000 soldados, decidieron tratar de romper el cerco e ir hacia el norte, donde pensaban crear bases políticas entre los campesinos.

En octubre, Mao y su estrategia militar, el general Chu Teh, empezaron lo que la historia llamó la «Larga Marcha». Tras ellos fueron unas 90.000 personas, entre soldados, campesinos, mujeres y niños. Al principio de su trayecto soportaron los ataques de ejércitos nacionalistas y tropas mercenarias de los señores feudales. Pero sobrevivieron. Dos meses después, Mao y Chu Teh consideraron que ya había pasado lo peor. Fue

entonces, en enero de 1935, en la localidad de Tsun Yi, que los comunistas eligieron a Mao como secretario general del partido. Siete meses después llegaron al norte del país: «El 20 de octubre de 1935, al pie de la Gran Muralla, los caballeros con sombreros de hojas, montados en caballitos peludos semejantes a los de las pinturas prehistóricas, se unieron a los tres ejércitos de Chen Si. Mao tomó el mando», contó Malraux. «Le quedaban 20.000 hombres, 7000 de los cuales lo seguían desde el sur. Habían recorrido 10.000 kilómetros. Casi todas las mujeres habían muerto; los niños habían sido abandonados. La Larga Marcha había terminado». Pasados quince años, en 1949, el ejército surgido de esa marcha se imponía en toda China, y Mao Tse Tung se convertía en líder de un país de 800 millones de habitantes.

Años después, Malraux viajó a China como representante del presidente francés Charles De Gaulle: «Estamos sentados en sillones de mimbre con los brazos cubiertos por lienzos blancos. Una sala de espera en una estación tropical... Afuera, a través de unas cortinas, el sol inmenso de agosto. Ahora distingo a Mao, a contraluz. El mismo tipo de cara redonda, lisa, joven, que la del mariscal. Una serenidad muy inesperada, puesto que pasa por ser violento. A su lado, la cara caballuna del presidente de la República (Liu Shao Shi). Tras ellos, una enfermera de blanco.

»—Cuando los pobres se resuelven a luchar —dice Mao—, siempre vencen a los ricos: tome usted, por ejemplo, la Revolución Francesa...

»Oigo la frase de todas nuestras escuelas de guerra: las milicias nunca pudieron vencer durante mucho tiempo a los ejércitos regulares. ¡Y cuántos motines por cada revolución! Pero Mao tal vez quiera decir que en China, donde los ejércitos se parecían a nuestras Grandes Compañías medievales, un sentimiento tan intenso como para formar tropas de voluntarios también puede asegurarles la victoria: se lucha mejor para sobrevivir que para conservar.

»Cuando Chan Kai Shek venció a los comunistas en Shangai y en Han Keu, en 1927, Mao organizó las milicias campesinas. Los rusos, fieles al marxismo leninismo, y todos los chinos que dependían directamente de ellos afirmaban el principio de que el campesinado nunca puede vencer solo. Tanto los trotskistas como los stalinistas. La certeza de que los

campesinos eran capaces de tomar el poder cambió totalmente el panorama. ¿Cómo nació en Mao esa certeza? ¿Cuándo opuso la multitud campesina armada de lanzas a todos los marxistas de formación rusa?

»—Esa convicción no se formó en mí: la he tenido siempre...

»(Recuerdo la respuesta del general De Gaulle: “¿Cuándo pensó usted que volvería al poder?”. “Siempre...”)

»—... pero existe una respuesta racional. Después del golpe de Chang Kai Shek en Shangai, nos dispersamos. Como usted sabe, resolví volver a mi aldea. Antes ya había conocido el hambre terrible de Chang Sha; y había visto las cabezas cortadas de los rebeldes en la punta de las pértigas. Pero lo había olvidado. A tres kilómetros de mi aldea no quedaban rastros de corteza en los árboles hasta una altura de cuatro metros: los campesinos se la habían comido. Con hombres obligados a comer corteza pudimos hacer mejores combatientes que con los choferes de Shangai o con los coolies...

»—Gorki me dijo un día, delante de Stalin: los campesinos son los mismos en todas partes.

»—Ni Gorki, un gran poeta vagabundo, ni Stalin, sabían nada de los campesinos. Es absurdo confundir a los kulaks (campesinos rusos) con los desvalidos de los países subdesarrollados. Y no hay marxismo abstracto: hay un marxismo concreto, adaptado a las realidades de China, a los árboles desnudos como la gente porque la gente se ve obligada a comérselos».

Al día siguiente de la muerte de Mao, *La Opinión* publicó en su contratapa un artículo de Osiris Troiani, que decía, entre otras cosas, que «con Mao Tse Tung ha muerto ayer una cierta China. Había una relación directa e íntima entre su personalidad y la conciencia histórica de su nación. Sin embargo, esa China que muere con él era una pura creación de su espíritu. Era una imagen voluntarista. Era una abstracción, aunque vivida concretamente por todo un pueblo. No existirá sino en el “pensamiento” de Mao. (...)

»El maoísmo se fue elaborando lenta, contradictoria, empíricamente, como una serie de respuestas a las circunstancias de hecho. Con la misma convicción que hizo de él, en los años 20, un agente directo de la Internacional, y un stalinista impávido, Mao se convirtió en implacable enemigo de la burocracia soviética. Después de proponer, hacia los años 50,

la “nueva democracia” pluralista y la armoniosa eclosión de las “cien flores”, unificó el liderazgo hasta concentrar todos los poderes en su círculo familiar, regido despóticamente por su cuarta esposa y lanzó su delirante campaña contra Confucio. Después de considerarse un prudente reformista agrario y de ordenar el “gran salto adelante”, concibió el ultratotalitario proyecto de las “comunidades rurales” que le ha costado a China la pérdida de un decenio.

»Los zigzagues de la Larga Marcha prefiguraban los de su ideología. A lo largo de medio siglo, fueron quedando en el camino Li Li San, Hsu Hsiang Chien, Pen Te Huai, Liu Shao Shi, Lin Piao, Teng Siao Ping y sus seguidores. Hace unos meses murió nonagenario Chu Teh y su lápida no habrá de serle más opresiva que los honores con que fue reducido a la impotencia. También murió Chou En Lai, maestro de la intriga, confuciano impávido y sobre su tumba —que el pueblo colmaba de flores— disparó la policía de Mao.

»Es fácil explicar este “canibalismo político” como resultado de una insaciable sed de poder. Pero esa explicación no basta. Mao condensó en su espíritu el formidable potencial revolucionario de pueblos secularmente humillados, cuya reivindicación no podía sino adquirir dimensiones planetarias, metafísicas. Lenin soñó la de una clase, Stalin realizó la de una nación. La revolución china debía ser la rebelión de un hombre contra el mundo o, si se quiere, contra la condición humana».

Ese mismo día Bernard Chapuis, columnista de *Le Monde*, intentó otra mirada:

«Cuando un dirigente sacralizado muere de ancianidad en el mundo, los pueblos desamparados consideran sin embargo esta muerte como una muerte violenta. Cuando los estudiantes del año 3000 abran sus libros de historia en las páginas del Siglo Veinte, leerán quizá: URSS, Stalin; Yugoslavia, Tito; Gran Bretaña, Churchill; Francia, De Gaulle; China, Mao. Preguntarán, entonces: ¿Eran los nombres de las capitales? Se les responderá: No, eran los nombres de los dioses de este siglo. Y los niños de las escuelas del futuro se sacudirán la cabeza pensando lo difícil que sería para los hombres vivir en un tiempo en que los dioses vivían entre ellos».

—Nos vemos el fin de semana, Colorado.

El jueves 9 de septiembre Luis Menucci llamó a Sergio Karakachoff a su estudio para avisarle que no podía ir, que se le había complicado el trabajo. Y quedaron en verse el sábado. El viernes después del mediodía Marimé terminó de lavar los platos y salió para el centro. Sergio tenía que dejar a sus nenas en la guardería que quedaba a la vuelta de su casa, sobre la calle 62.

—Sofi, Mati, un besito al papá...

Sergio se subió al Citroën y fue hacia su estudio. Gustavo, su hermano menor, que atendía a los clientes, ya había vuelto de su almuerzo.

—Se viene la primavera, Sergio...

—Está bárbaro, che. Decime, ¿sabés algo de Mingo?

—No. Todavía no apareció.

Sergio dejó el café a medio tomar, como siempre que se concentraba en sus papeles. No le gustaba interrumpir, y dejó sonar el teléfono: que lo atendiera Gustavo.

—Sergio, levantá el tubo, es de la guardería.

Tuvo un escalofrío. La voz de su hermano era urgente: quizás alguna de las nenas se habría dado un porrazo.

—Doctor, vea, dos señores entraron de mal modo, preguntando si acá estaban las hijas de Karakachoff. Nosotros no les quisimos decir nada, pero tampoco nos animamos a mentirles. Además, después que se fueron, los vecinos dijeron que había varios autos a la vuelta, rondando por su casa.

—¿Y las nenas?

—No. Sólo querían saber, ni las vieron. Ellas siguen acá.

Entre la indignación y el pánico, Sergio colgó el teléfono.

—¡Estos hijos de puta son capaces hasta de seguir a las nenas!

—Tranquilo, Sergio, ¿qué pasa?

Gustavo lo agarró del hombro y trató de calmarlo. Después de discutir la situación, decidieron que le convenía poner distancia.

—Rajate, Sergio, yo me ocupo de ir a buscar a las nenas.

—Bueno, me voy hasta lo del cuñado de Marimé. Ahí no va a ir nadie. Después te llamo.

—Andá. Pero rajate ya, a ver si aparecen por acá.

Sergio salió enseguida y se fue a avisarle a Domingo Teruggi, por si acaso. Cuando llegó a su casa no vio que había dos falcon estacionados a media cuadra. Estaba apurado, y tocó el timbre.

—Entrá y quedate quietito.

Sergio no pudo reaccionar frente al desconocido que abrió de golpe, lo encañonó con una pistola y lo entró de un empujón. Había ocho o diez más, todos de civil pero con borceguíes, camperas y, sobre todo, armas. Domingo estaba esposado en una habitación contigua. En otra habitación estaba María Rosa, su esposa. La casa era un revuelo de libros, lámparas, muebles dados vuelta. A Sergio lo esposaron y lo dejaron tirado. Los tipos se quedaron callados, como si esperaran algo. Sergio, boca abajo, trataba de imaginar qué pasaría: le era difícil no suponer que estaban por matarlo. Poco antes de las diez de la noche uno abrió la puerta de la habitación donde estaba María Rosa:

—Nos vamos... Vos te quedás quietita acá por un par de horas y después no le contás nada a nadie, ¿entendiste? ¡Contesta! ¿Entendiste o querés que te llevemos a vos también?

Ella movió la cabeza para decir que sí y le cerraron la puerta. Escuchó gritos y golpes: el comando estaba metiendo a Domingo y a Sergio en dos autos; un tercero los siguió como apoyo. Los tres arrancaron chirriando ruedas. Los vecinos miraban desde las ventanas de sus casas, con las luces apagadas. En cuando se fueron, María Rosa llamó al estudio.

—Gustavo. ¡Estoy desesperada! ¡Se los llevaron a los dos, a Mingo y al Ruso!

—¡La puta que los parió! ¿Eran policías?

—No sé. Me dijeron que eran de inteligencia. Tipos muy pesados, llenos de armas.

Al cabo de un rato habían alertado a todos: Gustavo llamó a Luis Menucci, Menucci a Conrado Storani, Storani a su hijo Fredi, que estaba en Santa Fe, en una reunión, y salió urgente para Buenos Aires. También se enteró Leopoldo Moreau, que fue a buscar a Facundo Suárez Lastra. Le avisaron a Alfonsín. Lo supo Balbín. Varios de ellos empezaron a hacer llamados esa misma noche. Algunos decían que había que tener fe, que si habían aparecido Solari Yrigoyen y Amaya también aparecería Sergio.

Otros decían que a lo mejor se cobraban con Sergio lo que no habían hecho con los otros dos. Todos tenían terror. No faltó la hipótesis de que quizás los buscaban a Mingo y a Marimé, por su militancia en el Peronismo de Base, como cuando los echaron del CASFPI, pero que la cosa no debía ser con Sergio: Sergio era radical.

El Polilla García y el ex diputado intransigente Rafael Marino buscaron al juez de turno, Pedro Soria, y le presentaron el hábeas corpus de rigor. Cuando caía la noche, un comando llegó al estudio de Sergio y Domingo. Como no había nadie tiraron la puerta abajo, dieron vuelta todo y se llevaron unas pocas cosas: una colección de *En Lucha*, algunos libros de ediciones soviéticas en castellano que Domingo había comprado años antes en Montevideo, cartas de Alfonsín dirigidas a la militancia y el pasaporte de Gustavo.

Marimé y sus hijas se refugiaron en una casa en las afueras de La Plata. Esa noche, en la casa de los padres de Sergio, los Karakachoff estaban de vigilia. El juez mandó los radiogramas y las respuestas de la policía bonaerense, de la Armada y del Primer Cuerpo de Ejército fueron rápidas: nadie sabía nada del secuestro.

Mientras tomaban whisky y café, y entraban y salían sólo los íntimos, los tres hermanos varones trataban de darse ánimos. Gustavo y Carlos tenían esperanzas, o al menos querían tenerlas. Diego, que había estudiado en Francia, aunque era más bien conservador resultó el más pesimista: conocía muchas historias del nazismo:

—Yo creo que estos tipos no le van a perdonar a Sergio todo lo que hizo en la dictadura anterior, defendiendo a los presos de la guerrilla. No se olviden que Smart y Munilla Lacasa lo odian desde la época del fuero especial antisubversivo y hoy tienen cargos claves. Qué quieren que les diga: cuando uno ve lo que fue la derecha fascista en Europa, te agarran escalofríos. Y éstos aprendieron de los franceses que reprimieron en Argelia...

En tiempos de Lanusse, Jaime Smart y Enrique Munilla Lacasa habían integrado el Fuero Especial Antisubversivo —el «Camarón»—; ahora Smart era el ministro de Gobierno de la provincia y Munilla Lacasa el

subsecretario de Justicia. Al mediodía del otro día el teléfono sonó una vez más. La voz del oficial de la comisaría de Magdalena era displicente:

—¿Con lo de Karakachoff?

—Sí.

—¿Con quién hablo?

—Gustavo Karakachoff.

—Vea, a un costado de la ruta 36, en zona correspondiente a nuestra jurisdicción, fue hallado el cuerpo sin vida de un hombre con una credencial de abogado que responde al nombre de Sergio Karakachoff.

El oficial pidió que algún familiar directo fuera a reconocer el cuerpo. Todos se abrazaron, lloraron. Como un zombi, Gustavo salió para Magdalena con Rafael Marino y el Polilla García. Ahí se encontraron con los familiares de Domingo Teruggi.

—¿Usted lo va a identificar?

Gustavo le dio sus documentos y el oficial lo acompañó. Sergio tenía los ojos abiertos y proyectiles de metralleta por todo el cuerpo. Y un tiro de escopeta Itaka, tirado en la cara desde cerca: pura saña.

El forense dictaminó que la muerte había sido a las once de la mañana de ese sábado 11 de septiembre y el Polilla García dijo que era el mismo día de la muerte de Sarmiento. Y que ya lo había dicho el prócer, que las ideas no se matan. El oficial que llevaba la voz cantante puso cara de vaca:

—Oigan, ¿este hombre no tendría algún juicio contra alguien importante?

—No le entiendo...

—Sí, porque esto puede ser una venganza, ¿sabe? De alguien que se sintiera jodido en un pleito.

Pocos días después un agente que trabajaba en la jefatura policial y que apreciaba mucho a Sergio llamó a Gustavo, le pidió reserva absoluta y le contó todo:

—Eso que dicen algunos de que el grupo de tareas fue sólo por Teruggi, descártenlo. Los comandos tenían transmisores: cuando llegaron a lo de Teruggi, informaron que lo tenían y recibieron la orden de seguir esperando. Al rato pasaron la nueva: que lo habían agarrado a Karakachoff y les dijeron que se quedaran esperando...

—¿Para agarrar a Marimé?

—No sé, pero a las diez de la noche, les ordenaron que se retiraran con los dos.

—¿Sabés quiénes participaron?

—Ojo; eso es muy confidencial... Es un grupo de tareas que tiene oficiales del Regimiento 7, gente de la policía de la provincia y también civiles del CNU.

Más tarde, Gustavo se enteró de que el oficial de policía que los había interrogado con cara de vaca en Magdalena era un oficial del Regimiento 7 del Ejército, disfrazado de policía. Además supo que los que secuestraron y mataron a Sergio eran el mismo grupo de tareas que unos días después secuestraron a los estudiantes secundarios de lo que se llamó «la Noche de los Lápices». Entre ellos estaban dos civiles que pertenecían al CNU — Patricio Errecalde Pueyrredón y Carlos «el Indio» Castillo—, el oficial de policía Sibuet y el coronel Muñoz.

El domingo velaron a Sergio en la casa familiar. Ese día, las radios se indignaban con el «feroz atentado que segó la vida de once agentes del orden en Rosario».

—Las víctimas se desplazaban en un ómnibus policial cuando un coche bomba, probablemente manejado por control remoto, explotó, produciendo la muerte de once de ellos. La organización declarada ilegal en segundo término se adjudicó el atentado en un comunicado de prensa.

El lunes salió el cortejo: en el camino hacia el cementerio de La Plata pasaron por la sede de la Junta Central de la Unión Cívica Radical, en la calle 48, donde Sergio había militado toda su vida. El local estaba cerrado, no tenía carteles, pero Fredi Storani se subió al balcón. Estaba tenso, con los puños cerrados y la voz de rabia:

—Compañeros, Sergio no ha muerto. Nos dejó el mejor ejemplo militante que tenemos los radicales de La Plata. Su memoria va a perdurar siempre entre nosotros. Y que sepan sus asesinos que vamos a seguir adelante, que vamos a luchar, por la dignidad, por este gigante que se llamó Sergio Karakachoff...

—¡Se siente,/ se siente,/ Sergio está presente!

Coreaba la barra de la juventud, mientras Raúl Alfonsín, Ricardo Balbín, Raúl Alconada Sempé, Conrado Storani y otros aplaudían. La policía los siguió de cerca hasta el cementerio. Y siguieron tirando al aire hasta que enterraron el cajón.

El expediente judicial por la muerte de Karakachoff y Teruggi tuvo sólo tres folios: el hallazgo de los cadáveres, los certificados de defunción y el sobreseimiento por no haberse hallado a los responsables. La Justicia no lo investigó.

Marimé Arias y sus hijas Sofía y Matilde se escondieron unos días en una quinta de las afueras. Ricardo Balbín consiguió que les dieran sus pasaportes y que pudieran exiliarse en Venezuela. Gustavo Karakachoff siguió viviendo en el estudio de Sergio, de la calle 1, y se ocupó de varios de los juicios que Sergio tenía en los tribunales. Le llamó la atención que de los 26 recursos extraordinarios que su hermano había presentado ante la Corte Suprema, 24 tuvieron dictamen favorable. Amaya y Solari Yrigoyen seguían presos en Rawson. Pero, apenas un mes después, el asma cardíaca de Mario Amaya no soportó los fríos de los calabozos de castigo del penal. Tuvo un paro y, en estado desesperante, lo trasladaron al hospital de la cárcel de Villa Devoto, donde murió. Fredi Storani y Luis Menucci, que estaban viviendo en la Capital, se dijeron que algo había que hacer y decidieron, al menos, llenar de volantes la ciudad de La Plata. Los volantes decían que no iban a bajar los brazos, que Sergio y el Negro eran un ejemplo para los radicales y para el pueblo argentino. Los firmaron como Juventud Radical - Junta Coordinadora Nacional y los dejaron en pilas a la entrada de colegios, facultades, fábricas. Unas semanas más tarde Luis Menucci se enteró de que las nuevas autoridades del Consejo Federal de Inversiones habían decidido no renovar el contrato. Estaba seguro de que los servicios de inteligencia habrían pasado su ficha, y no se habrían equivocado: él era un militante y estaba marcado. Se dijo que no importaba, que si sus mejores compañeros habían dado su vida en la pelea, perder un trabajo no era nada.

—Hasta que podamos crear las condiciones para operar con seguridad, en Rosario no hacemos una acción más. Es una orden.

Dijo Daniel De Santis, en una reunión con el equipo militar de la regional Rosario del ERP. Hacía más de un mes que estaba encargado de la regional: había llegado con la consigna de organizar el repliegue de su gente y, en general, lo habían entendido y aplicado; cuando se enteró de que el equipo militar le había robado armas a un coleccionista sin las mínimas garantías de seguridad, se cabreó, y tomó su decisión:

—No sé si está claro: a partir de hoy, se suspenden las acciones militares hasta que la dirección revea la medida. ¿Estamos?

A los de la Juventud Guevarista los convenció con la idea de que eran la reserva estratégica del partido, que eran jóvenes, que no estaban buscados. Los pibes estuvieron de acuerdo y convinieron que, para evitar seguimientos y caídas en cadena, se procurarían una infraestructura mínima: una casa segura, un par de pistolas, un buen embute para las armas y los materiales. Así no dependerían del aparato, que por otra parte no existía.

—Ustedes, sobre todo, trabajen a largo plazo. Ustedes son la nueva generación del partido.

Daniel les dijo que lo importante era que se vincularan con los trabajadores industriales y, si era posible, que consiguieran empleo en alguna fábrica grande. Daniel les contó su experiencia en Propulsora y se entusiasmaron.

—Pero yo hice eso en un período de auge de masas, y ahora hay que considerar que estamos en un período de reflujo, así que los militantes tenemos que acompañar este reflujo momentáneo.

—¿Momentáneo cuánto puede ser?

—Y, andá a saber, quizás dure unos meses más, no lo podemos prever.

Acordaron que las reuniones con los responsables partidarios serían más espaciadas, que ellos mismos tomarían las decisiones cotidianas. Pocos días después, la célula de la Juventud Guevarista se reunió y decidió poner en práctica su propia idea de lo que era crear su propia infraestructura: decidieron alzarse con la recaudación de una estafeta postal y, como no tenían armas, se las pidieron a un militante del equipo militar. Lo hicieron sin decirle nada a Daniel, y fracasaron: tres cayeron presos en el asalto y el único que consiguió escaparse fue detenido minutos después en la puerta de

la casa. Sólo se salvó el que se había quedado de control. Que consiguió localizar a Daniel unas horas después:

—Los debían estar esperando, porque el del Correo que nos pasó el dato me dijo que cuando los compañeros llegaron los agarraron sin que se pudieran resistir.

—¿Y con qué habían ido a hacer un correo?

—Con unas pistolas que nos prestaron los del equipo militar.

—¿Además de pasar por encima de la dirección, los del frente militar les dieron los fierros?

Daniel alternaba tristeza con bronca: cuatro chicos de menos de veinte años estaban desaparecidos. Era, evidentemente, una batida: alguien tenía la información, quizás algún infiltrado. Daniel estaba ante un dilema: si querían preservar a la gente tenían que descentralizar la organización, pero si querían detectar al posible infiltrado tendría que impulsar un control estricto de cada militante, o sea: reforzar la organización. En esos días pensó mucho en el Oso Ranier, el que había entregado Monte Chingolo: un lumpen, un tipo que mostraba la hilacha.

Para tratar de dilucidar el asunto, Daniel empezó a hablar con las viudas. Respetaba mucho a Mónica, que vivía con su hija en una pieza chiquita, siempre sacrificada:

—Mirá, la verdad es que con los compañeros de más confianza tenemos que empezar a ejercer cierto control. Quizás tengamos algún filtro en nuestras filas.

Mónica se puso incómoda y al principio trató de cambiar de tema. Pero Daniel insistía y ella habló:

—No sé cómo decírtelo. Me dijeron que no tengo que decir nada, pero siento que a vos no te lo puedo ocultar...

Daniel iba a hacer preguntas, pero prefirió escuchar.

—Lo que pasa es que yo, ahora, dependo de contrainteligencia.

—¿De contrainteligencia?

—Sí. Vino un compañero del Buró y me encomendó esa tarea, me dijo que la mantenga tabicada, que no lo abra con nadie. Pero siento que a vos te lo tengo que decir, que sería una traición ocultártelo.

—¿Quién?

—El Negro Jorge.

Era Julio Oropel, el que le había traspasado la responsabilidad de la regional. Le dio bronca y pensó que su autoridad, como responsable político, pesaba más que la de contrainteligencia, aunque la ejerciera uno del Buró.

—¿Y qué te pidió?

—Que lo mantenga informado de cualquier movimiento extraño, que actualice unos datos en una ficha escrita en clave.

Todo resultaba muy hermético: además Oropel le había dicho a él que fuera a poner en práctica el repliegue, y mientras, mandaba a Mónica a hacer fichas sobre cada militante. Daniel estaba descorazonado. Pocos días después fue a una cita a recibir los periódicos para la regional. Llegó a las diez de la mañana, como estaba establecido. Pasados cinco minutos, se vencía el plazo y Juan De Petris, Rolo, no llegó. Daniel sabía que tenía que irse, que eran las normas, pero se dijo que Juan no podía faltar a la cita. Decidió esperar hasta las diez y veinte. Tanto tiempo en una esquina, armado y mirando para un lado y el otro era un riesgo fuerte. A las diez y veinte se fue. Pocos días después llegó el Cuervo Alejandro All, el secretario del Buró político, y le confirmó su sospecha:

—El compañero cayó antes de llegar a esta cita. Primero cayeron las dos imprentas y después empezaron a agarrar a los compañeros de distribución de propaganda.

Daniel se estremeció:

—Carajo, Rolo no me cantó, hizo lo correcto. En cambio, yo, confiado como un boludo, me quedé en una esquina veinte minutos.

Llegaba la primavera y Daniel fue a Buenos Aires a reunirse con Eduardo Merbilhaá. Eduardo le dijo que a esa altura era imposible recomponer la red de prensa, y que no estaban en condiciones de detectar al posible infiltrado.

—Mirá, ante la gravedad de las cosas, el Buró decidió una retirada. Van a salir Luis y el Pelado, para preservar a los cuadros máximos del partido. Yo voy a quedar como enlace de los cuadros que quedan en el país. La idea es que los cuadros con más experiencia vayan al exterior a formarse política y militarmente hasta que podamos recomponer las fuerzas.

Arnold Kreimer, Luis Mattini, era el responsable político del PRT; Enrique Gorriarán Merlo, el Pelado, era el responsable militar. En esos días viajaron, por separado, a Checoslovaquia. Habían pasado seis meses del golpe de Estado y Daniel sentía que la derrota era inevitable. Pensó que, de todos modos, él tenía que comportarse como un militante y esperar las instrucciones. Se decía que cuando tuviera que informarlo a las viudas debía recordar algo que le había escuchado a Santucho: Bolívar tuvo cuatro fracasos antes de sus expediciones libertadoras, Fidel sufrió el revés del cuartel Moncada antes de la Sierra Maestra, Mao tuvo su Larga Marcha y sin embargo después tomó el poder. Bueno, se dijo, acá también habremos sufrido una derrota táctica.

Daniel no volvió a ver a Eduardo Merbilhaá. El martes 14 de septiembre, Eduardo entró a una casa donde tendría una reunión: la casa había sido cantada dos días antes. Rogelio, otro miembro del Buró político, lo sabía y trató de avisarle. Fue, incluso, a las inmediaciones de la casa para atajarlo, pero no pudo, y Eduardo entró. Un grupo de tareas del Ejército lo estaba esperando. Lo llevaron al campo de concentración de Campo de Mayo, donde dos meses antes habían trasladado a Domingo Mena —vivo— y a Mario Roberto Santucho —moribundo—. Eduardo pasó algún tiempo en el campo: antes de matarlo lo torturaron muchísimo, pero no entregó nada.

Julio Oropel ocupó el puesto de Eduardo como enlace con la dirección del partido en el exterior. Cuando se encontró con Daniel, le transmitió la nueva táctica:

—Vamos a ampliar los alcances de la retirada. Ya no es solamente la dirección; ahora también se van a ir varios compañeros más.

Julio le aclaró que era una retirada táctica, pero para Daniel fue lo mismo: aunque tuvieran razones y justificaciones no podía dejar de temer que estuvieran abandonando la lucha. Trató de sobreponerse:

—Está bien, Negro, hay que hacerlo con la misma fortaleza que cuando vamos al frente.

Las piernas le flaqueaban, pero Daniel se decía que tenía que estar entero para transmitir las novedades a sus compañeros: sobre todo, a las viudas.

Septiembre de 1976. En esos días, los diarios publicaban informaciones sobre el primer intento obrero significativo desde el golpe de marzo: los trabajadores de la industria automotriz habían lanzado quites de colaboración y paros parciales. Pedían aumentos de salarios, congelados desde abril, y la normalización de las jornadas de trabajo: las patronales del sector habían decidido reducirlas a tres o cuatro días por semana porque tenían un exceso de stock, que no conseguían vender. El salario real, según un informe, habían caído a la mitad de su valor de 1974.

El martes 16 *La Opinión* contaba que, por ejemplo, «la planta de General Motors ubicada en Barracas prosiguió ayer —por octavo día consecutivo— inactiva. Muy pocos de sus 2400 operarios se presentaron a cumplir tareas a la hora del ingreso, en el primer turno de la mañana. A esa hora, efectivos del Primer Cuerpo de Ejército y un dispositivo policial con personal de la seccional número 30 montaron estrecha guardia en torno de la planta. La acción policial determinó el cierre del tránsito en el sector. En horas de la tarde pudo comprobarse que la fábrica permanecía custodiada por efectivos del Ejército. Fuerzas apostadas sobre los techos de los talleres advertían a los peatones que no circularan por la vereda que bordea el edificio».

En los días siguientes, General Motors, Fiat, Citroën, Mercedes Benz, Chrysler y Peugeot fueron anunciando que retomarían la semana normal de cinco días de trabajo. Era un moderado éxito obrero, y la Junta Militar, preocupada, sacó una ley —21.400, de seguridad industrial— que penaba tanto el lock out patronal como cualquier medida obrera con penas de varios años de prisión. La «incitación a la huelga», por ejemplo, podía costar diez años.

—Disculpá que les toque el timbre a esta hora, pero estoy muy preocupada, Freddy no llegó, tendría que haber vuelto hace horas. Pero no aparece, yo ya no sé qué pensar...

—Pasá, pasá...

Eduardo Sigal le franqueó la puerta a Graciela, su vecina del cuarto piso, y Mabel le preparó un café. Freddy y Graciela eran vecinos de los Sigal en el monoblock de Villa Elisa, y su hija Paulina era compañera de Paola Sigal en el jardín de infantes. Hasta entonces se trataban con formalidad, amables pero distantes. Esa noche Graciela rompió las apariencias: su tono era tan angustioso que Eduardo pensó que no podía ser una maniobra de los servicios.

—No sé qué hacer, les juro que no sé qué hacer...

—Mirá, Graciela, creo que es mejor que hablemos claro: yo tengo militancia, soy comunista, dirigente de la Fede... Tu marido también es de alguna organización o partido, ¿no?

—No sé si hago bien en contarlo, no sé qué pensarán sus compañeros, pero sí, es del PRT.

Eduardo se dio cuenta de que no era momento de esperar. Le preguntó si tenía alguna casa para ir y ella le dijo que creía que sí.

—Vamos a esperar a mañana, porque salir a esta hora es muy riesgoso. Además, yo quiero hacer una consulta...

Eduardo durmió mal, y salió temprano a buscar a uno de los dirigentes provinciales del PC.

—Vos también andate, Eduardo, volá. Ofrecele ayuda legal de la Liga, dale una mano, pero vos no te quedés...

Eduardo tenía una casa de seguridad en la Capital para un caso así, y el apoyo de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Antes del mediodía los Sigal llenaron un par de bolsos, pasaron a buscar a Graciela y su hija y se fueron. La llevaron en el Citroën hasta la estación de Quilmes: ella les dijo que a partir de ahí seguía viaje sola, que en el peor de los casos se iría a Entre Ríos, su provincia natal.

—¿No preferís venir con nosotros, por cualquier cosa?

—Les agradezco mucho, pero no. Freddy me dejó un contacto ante una emergencia, así que voy a recurrir a ellos.

Eduardo no quiso insistir porque no sabía si ella militaba o no: pensó que quizás le había dado nombres falsos y que no era momento de preguntar más de la cuenta. La abrazó y la sintió temblar: a partir de allí, todo sería incierto para ella. Los Sigal se fueron a la casa de Villa Crespo.

Allí pudo leer el editorial de la nueva revista teórica del PC, *Fundamentos*: «La negación de las autoridades de publicar la lista de los detenidos por razones políticas y sociales constituye un factor de terrible incertidumbre para aquellos que ignoren la suerte de los suyos, si es que han sido víctimas de bandas terroristas o se encuentran detenidos.

»Obreros, empleados, campesinos, abogados, médicos y otros profesionales universitarios, artistas, estudiantes, sacerdotes, educadores, comerciantes, industriales, jefes, oficiales, suboficiales y soldados de las Fuerzas Armadas y de las fuerzas de seguridad, amas de casa, matrimonios cuyos hijos quedan abandonados, integrantes de todos los sectores de la vida argentina, figuran entre los caídos. Un terrorismo repudiable, al cual debe ponerse fin en defensa de la Nación y de sus hijos, se expresa como medio de intimidación de agrupaciones de ultraizquierda y de ultraderecha. Incluso han tronchado la vida de mucha gente cuya manera de pensar o de actuar disgustaba al terrorismo. A ellos se suman los caídos por casualidad en los encuentros entre las fuerzas de seguridad o las Fuerzas Armadas y los terroristas de ultraizquierda.

»Condenando el terrorismo de uno y otro signo, la mayoría de la gente observa que mientras la represión se dirige contra los terroristas de ultraizquierda, cuyas dos organizaciones fundamentales, según las autoridades, habrían sufrido golpes casi decisivos de las fuerzas oficiales de represión, no se comprueba una acción similar contra los agrupamientos terroristas de la derecha, cuya finalidad es instaurar un régimen fascista, pinochetista, en nuestra Patria».

En esos días había aparecido otra revista nueva: *Somos* era el intento de la editorial Atlántida de imitar el estilo formal de los semanarios de *Newsweek* o *Der Spiegel*. Las semejanzas se acababan en la forma: *Somos* no tenía la menor intención de retomar la independencia periodística de sus modelos. Su primer número, el 24 de septiembre, mostraba en la tapa una foto de José Martínez de Hoz con un título claro: «El dueño de la esperanza». Dos o tres días después, Eduardo le dio la llave de su departamento de Villa Elisa a un camarada suyo, para que fuera a tantear la situación. El militante no necesitó usarla: cuando llegó se encontró la puerta

abierta. Adentro todo estaba revuelto: el departamento de Freddy y Graciela estaba igual.

La novedad fue dura, y Eduardo siguió estrictamente los pasos que resolvió el partido. Primero, un abogado presentó un recurso de amparo preventivo en el que denunciaba que había sido allanado sin la orden correspondiente el domicilio de Eduardo Sigal, dirigente universitario y militante público de la FJC. Después el abogado acompañó a Eduardo a la casa. Faltaban muchas cosas: ropa, libros, el ventilador, ollas, un colchón. Cuando los vecinos se enteraron de que Eduardo estaba ahí fueron a saludarlo: lo miraban como a un fantasma. Y le llevaron de vuelta algunas cosas que faltaban. Una señora regordeta, costurera, les explicó el asunto.

—Vea, pensamos que no iban a volver, que se los habían llevado, así que vinimos a buscar un par de cosas. A lo mejor está mal, pero entre que se lo llevara la policía y que lo agarremos nosotros...

Eduardo no supo qué decirle. Le impresionaba que ante hechos trágicos los comportamientos fueran tan dispares: un vecino que solía ser muy amable y dicharachero se había llevado cosas y comentaba en los pasillos que eran todos subversivos y que nunca más aparecerían; otros, a los que sólo conocía de vista, se ocuparon de guardar objetos de valor que habían quedado a la intemperie y se los devolvieron en cuanto lo vieron.

—Esto es todo lo que sacamos nosotros, ¿le faltan más cosas?

—Sí, lo que no encontré son varios libros. Los tenía en el placard... Bueno seguramente se los habrá llevado la policía.

La semana siguiente los abogados del PC se enteraron de que el allanamiento había corrido por cuenta del Batallón de Infantería de Marina de La Plata. Después presentaron ante el juzgado un reclamo por allanamiento de morada y robo, pero no les hicieron ningún caso.

La carta los había llenado de alegría: era la primera que Lucía Cullen le mandaba a Liliana Andreone desde su partida, y le preguntaba qué tal había sido su reencuentro con Cacho, cómo la estaba pasando en París, cómo se sentía en el exilio. De ella no le decía casi nada: que todo estaba tan mal como cuando Liliana se fue y que la represión estaba cada vez más pesada: como despedida, le decía que se fuera con Cacho a la punta de la

isla de la Cité, al Vert Galant, y miraran el Sena recordando la. Liliana tuvo ganas de llorar, y Cacho la abrazó.

—Pucha, mi vida, está muy mal. Lucía está muy mal.

—Habría que tratar de traerla, mi amor. Si se queda ahí le puede pasar cualquier cosa...

Al otro día, Cacho se fue a ver a André Jacques, el director de la Cimade —un organismo ecuménico de ayuda a los refugiados—, le explicó la situación y le pidió su colaboración:

—No se preocupe, el billete de avión está acordado, se lo mandamos mañana mismo. Avísele a su amiga que salga lo antes que pueda.

Esa noche Liliana le escribió a Lucía tratando de convencerla de que tenía que irse a Francia y diciéndole que había un pasaje a su disposición en Air France. Era demasiado tarde: Lucía nunca llegó a recibir esa carta. Semanas más tarde llegó otra, donde los padres de Lucía le contaban que, en la madrugada del 21 de junio, recibieron un llamado desesperado de su hija:

—¡Papá, papá, me vinieron a buscar, me están tirando la puerta abajo!

—No puede ser, hija, esperá que ya mismo voy para allá.

Cuando llegaron, los Cullen se encontraron con la puerta destrozada a hachazos, el departamento revuelto, reventado, y ningún rastro del paradero de su hija. Fueron a ver a monseñor Jaime de Nevares, primo de la señora de Cullen, que, al cabo de unos días, le dijo que su hermano el general le había averiguado que Lucía estaba en manos del general Suárez Mason en el regimiento de Patricios.

Liliana se desesperó: hizo todo lo posible por presionar al gobierno argentino con declaraciones de solidaridad, pedidos de aparición y denuncias públicas, pero no hubo caso. Durante meses, la mantuvo en marcha la esperanza de recibir un día la noticia de que Lucía había sido liberada o, al menos, reconocida como prisionera. Pero la noticia nunca llegaba.

—... si ustedes no hacen algo por su colega, es probable que su destino sea terrible. Nadie les dice que si hacen algo consigan salvarlo, pero es la única posibilidad que tenemos, y tendríamos que agotarla...

Decía Cacho. Norman Briski lo había llevado a hablar con unos científicos franceses para pedirles que pidieran información sobre Federico Álvarez, un desaparecido de la Comisión Nacional de Energía Atómica, y no había manera de convencerlos. Varios decían que bueno, que si lo habían detenido debía ser por algún delito que este hombre había cometido y que, además, esos militares no debían ser tan malos:

—Bueno, ellos derribaron el gobierno de derecha de la señora de Perón, ¿no? La señora de Perón era fascista como su marido, y estos militares la derrocaron para hacer un gobierno más progresista, que va a tratar de acabar con el peronismo para que la Argentina pueda...

Era muy difícil explicarles el peronismo. Y más, con la prensa comunista hablando de los «palomas» en el gobierno argentino, el sector militar menos duro, que había que apoyar contra la amenaza de los «halcones». Cacho se desgañitaba, pero por momentos pensaba que esos tipos nunca le iban a entender una palabra. Por suerte, no eran testarudos:

—¿Pero en serio me dice que están secuestrando ciudadanos e internándolos en campos de concentración secretos? ¿De verdad, los militares progresistas?

Septiembre de 1976. Carlos Monzón llegó a Tucumán con camisa tropical, pantalones acampanados y los brazos en alto. El general Antonio Bussi lo recibió en una entrevista privada y le agradeció «en nombre de los soldados rasos, que tanto se merecen. Gente muy sacrificada, que está haciendo mucho y bien por el país. Es una labor abnegada la de estos muchachos en el monte...».

Después Monzón contestó preguntas de los periodistas:

—Vine para estar con estos soldados que desde hace tiempo luchan por la patria. Haré una exhibición para ellos. (...)

Monzón siguió hablando de su campaña, de los doce años que llevaba invicto y sus trece defensas del campeonato mundial de los medianos. Y, más tarde, se subió a un helicóptero para ir hasta Famaillá. Allí la revista *Gente* le sacó las fotos: alrededor, sonrientes, con cascos y fusiles, oficiales y soldados. De fondo, montañas y la escuelita de Famaillá, donde

funcionaba el comando táctico de las tropas de la Quinta Brigada y el campo de concentración de prisioneros. Y contó la actuación del campeón:

«Aplausos, gritos. Oscar Ayala, el sparring oficial del campeón, será su rival. Monzón sube al ring. Todos cantan el Himno Nacional. El campeón mira la cara de los soldados. Mira los cascos, las manos curtidas, mira el asombro en cada par de ojos que lo miran. Son sólo tres rounds. Solamente nueve minutos donde Monzón demuestra lo que sabe, con mañas y todo. Y todos festejan cada gesto del hombre-ídolo. Gracias a él esos hombres se han olvidado por un momento, por un breve momento, de la guerra, del monte, del enemigo, de la muerte. Monzón está contento, sabe que ha hecho bien: que pudo, con esa inexplicable magia de ser ídolo, borrar los miedos, los presagios, los horrores».

«Querida Vicki: La noticia de tu muerte me llegó hoy a las tres de la tarde. Estábamos en reunión cuando empezaron a transmitir el comunicado. Escuché tu nombre, mal pronunciado, y tardé un segundo en asimilarlo. Maquinalmente empecé a santiguarme como cuando era chico. No terminé con ese gesto. El mundo estuvo parado ese segundo. Después le dije a Mariana y Pablo: “Era mi hija”. Suspendí la reunión.

»Estoy aturdido. Muchas veces le temía, pensaba que era excesiva suerte, no ser golpeado, cuando tantos otros son golpeados. Sí, tuve miedo por vos, como vos tuviste miedo por mí, aunque no lo decíamos. Ahora el miedo es aflicción. Sé muy bien por qué cosas has vivido, combatiendo. Estoy orgulloso de esas cosas. Me quisiste, te quise. El día que te mataron cumpliste veintiséis años. Los últimos fueron muy duros para vos. Me gustaría verte sonreír una vez más.

»No podré despedirme, vos sabés por qué. Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno, te celebro y quizás te envidio, querida mía.

»Hablé con tu mamá. Está orgullosa de tu dolor, segura de haber entendido tu corta, dura, maravillosa vida.

»Anoche tuve una pesadilla torrencial, en la que había una columna de fuego, poderosa pero contenida en sus límites, que brotaba de alguna profundidad.

»Hoy en el tren, un hombre decía: “Sufro mucho. Quisiera acostarme a dormir y despertarme dentro de un año”. Hablaba por él pero también por mí».

—Hijo, tu esposa ha muerto.

Le dijo, en medio de un abrazo, el comodoro Miguel Costa a su hijo Emiliano. Estaban en la capilla del penal de Sierra Chica, donde los presos veían a sus visitas, y Emiliano lloraba sabiendo que su llanto no terminaba de ser cierto, que todavía no había entendido que Vicki estaba muerta, que quizás tardaría muchos años en entenderlo de verdad. Aunque su muerte fuera, en ese momento y en ese lugar, una noticia que había temido tantas noches.

El 27 de septiembre un grupo de tareas del Ejército secuestró y torturó a una militante montonera que cantó la cita de la secretaría política de Montoneros en una casa de la calle Corro, en Floresta. El cerco y bombardeo de la casa duró horas; cuando terminó, los cinco militantes que la defendían habían muerto y el coronel Roualdes, que mandaba a los militares, se llevó a la única sobreviviente: Victoria María Costa, la hija de Vicki y Emiliano, que tenía poco más de un año.

Esa misma tarde, el coronel Roualdes entregó el bebé a un policía de la provincia de Buenos Aires que se había anotado en una lista para recibir «hijos de subversivos»: la práctica era común. Los represores solían decir que, en general, eran chicos sanos y blanquitos y, en muchos casos, los distribuían entre sus amigos que no podían tener hijos. Pero el comodoro Costa, su abuelo, se movió rápidamente y consiguió recuperarla dos días después. Le dijeron que se la daban porque era un militar. Recién cuando Victoria estuvo con él y su esposa, sana y salva, Miguel Costa pidió una visita especial en el penal de Sierra Chica para contarle todo a Emiliano. Cuando entró a la capilla de la cárcel, donde se hacían las visitas, lo abrazó muy fuerte antes de decirle que su mujer había muerto.

Tres meses después, Rodolfo Walsh, el padre de Vicki, escribió una «Carta a mis amigos» sobre la vida y muerte de su hija:

«Hoy se cumplen tres meses de la muerte de mi hija, María Victoria, después de un combate con las fuerzas del Ejército. Sé que la mayoría de

aquellos que la conocieron la lloraron. Otros, que han sido mis amigos o me han conocido de lejos, hubieran querido hacerme llegar una voz de consuelo. Me dirijo a ellos para agradecerles pero también para explicarles cómo murió Vicki y por qué murió.

»El comunicado del Ejército que publicaron los diarios no difiere demasiado, en esta oportunidad, de los hechos. Efectivamente, Vicki era Oficial 2.º de la Organización Montoneros, responsable de la Prensa Sindical, y su nombre de guerra era Hilda. Efectivamente, estaba reunida ese día con cuatro miembros de la Secretaría Política, que combatieron y murieron con ella.

»La forma en que ingresó en Montoneros no la conozco en detalle. A la edad de veintidós años, edad de su probable ingreso, se distinguía por decisiones firmes y claras. Por esa época comenzó a trabajar en el diario *La Opinión* y en un tiempo muy breve se convirtió en periodista. El periodismo no le interesaba. Sus compañeros la eligieron delegada sindical. Como tal debió enfrentar en un conflicto difícil al director del diario, Jacobo Timerman, a quien despreciaba profundamente. El conflicto se perdió y cuando Timerman empezó a denunciar como guerrilleros a sus propios periodistas, ella pidió licencia y no volvió más.

»Fue a militar a una villa miseria. Era su primer contacto con la pobreza extrema en cuyo nombre combatía. Salió de esa experiencia convertida a un ascetismo que impresionaba. Su marido, Emiliano Costa, fue detenido a principios de 1975 y no lo vio más. La hija de ambos nació poco después. El último año de mi hija fue muy duro. El sentido del deber la llevó a relegar toda gratificación individual, a empeñarse mucho más allá de sus fuerzas físicas. Como tantos muchachos que repentinamente se volvieron adultos, anduvo a los saltos, huyendo de casa en casa. No se quejaba, sólo su sonrisa se volvía un poco más desvaída. En las últimas semanas varios de sus compañeros fueron muertos: no pudo detenerse a llorarlos. La embargaba una terrible urgencia por crear medios de comunicación en el frente sindical que era su responsabilidad.

»Nos veíamos una vez por semana; cada quince días. Eran entrevistas cortas, caminando por la calle, quizás diez minutos en el banco de una plaza. Hacíamos planes para vivir juntos, para tener una casa donde hablar,

recordar, estar juntos en silencio. Presentíamos, sin embargo, que eso no iba a ocurrir, que uno de esos fugaces encuentros iba a ser el último, y nos despedíamos simulando valor, consolándonos de la anticipada pérdida.

»Mi hija estaba dispuesta a no entregarse con vida. Era una decisión madurada, razonada. Conocía, por infinidad de testimonios, el trato que dispensan los militares y marinos a quienes tienen la desgracia de caer prisioneros: el despellejamiento en vida, la mutilación de miembros, la tortura sin límite en el tiempo ni en el método, que procura al mismo tiempo la degradación moral, la delación. Sabía perfectamente que en una guerra de esas características, el pecado no era hablar, sino caer. Llevaba siempre encima la pastilla de cianuro —la misma con la que se mató nuestro amigo Paco Urondo—, con la que tantos otros han obtenido una última victoria sobre la barbarie.

»El 28 de septiembre, cuando entró en la casa de la calle Corro, cumplía 26 años. Llevaba en sus brazos a su hija porque en el último momento no encontró con quién dejarla. Se acostó con ella, en camisón. Usaba unos absurdos camisones largos que siempre le quedaban grandes.

»A las siete del 29 la despertaron los altavoces del Ejército, los primeros tiros. Siguiendo el plan de defensa acordado, subió a la terraza con el secretario político (Alberto) Molinas, mientras (Carlos) Coronel, (Ismael) Salame y (Ignacio) Beltrán respondían al fuego desde la planta baja. He visto la escena con sus ojos: la terraza sobre las casas bajas, el cielo amaneciendo, y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAP emplazados, el tanque. Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto.

»“El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba: nos llamó la atención porque cada vez que tiraban una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía”.

»He tratado de entender esa risa. La metralleta era una Halcón y mi hija nunca había tirado con ella, aunque conociera su manejo por las clases de instrucción. Las cosas nuevas, sorprendentes, siempre la hicieron reír. Sin duda era nuevo y sorprendente para ella que ante una simple pulsación del dedo brotara una ráfaga y que ante esa ráfaga 150 hombres se zambulleran sobre los adoquines, empezando por el coronel Roualdes, jefe del operativo.

»A los camiones y el tanque se sumó un helicóptero que giraba alrededor de la terraza, contenido por el fuego:

»“De pronto —dice el soldado— hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camión. Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. Pero recuerdo la última frase, en realidad no me deja dormir. ‘Ustedes no nos matan, dijo, nosotros elegimos morir.’ Entonces ella y el hombre se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros”.

»Abajo ya no había resistencia. El coronel abrió la puerta y tiró una granada. Después entraron los oficiales. Encontraron una nena de algo más de un año, sentadita en una cama, y cinco cadáveres.

»En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren con ella, tenían otro camino. La respuesta brota desde lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos, que eran distintos sin ser deshonorosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella, vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte, sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella.

»Esto es lo que quería decirles a mis amigos y lo que desearía que ellos transmitieran a otros por los medios que su bondad les dicte».

Octubre de 1976. *Extra*, la revista de Bernardo Neustadt, también insistía en la diferencia entre Videla y Pinochet. El artículo se titulaba «Videla no es Pinochet», y decía que «esto lo sabe el mundo, y se reafirmó después de la visita del presidente argentino a Chile. No sólo las instrumentaciones, sino el horizonte que propone Videla son distintos, sin juzgar ni a uno ni a otro estilo. De cualquier modo, viajeros recién llegados de Europa y Estados Unidos, figuras de primera calidad, han acercado al Poder las siguientes reflexiones: 1) En todos los países se asume la realidad

de que el poder militar no tenía otro camino que destituir a María Estela Martínez de Perón para evitar la disociación nacional. 2) Nadie llora la democracia perdida. 3) Todos aguardan con expectativa las rutas que se trazarán para alcanzar una democracia distinta con autoridad adentro. 4) Excelente imagen del presidente Videla en todos los círculos. 5) Esperanzada visión de José Alfredo Martínez de Hoz y la pregunta clave: ¿durará? 6) Preocupación infinita por los derechos humanos».

En esos días, Neustadt presentó su primer libro *La Argentina y los argentinos*. Pinky animó la fiesta, y estuvieron Amalia Fortabat, René Favalaro, Agustín Rocca, Jorge Aguado, José Luis de Imaz, Santiago de Estrada, Antonio Salonia, Alfredo Gómez Morales, muchos generales y almirantes y dos docenas de apellidos elegantes tipo Blaquier, Bullrich, Ocampo o Güiraldes. El obispo Quarracino, el general Viola, Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio y Kive Staiff no fueron pero hicieron llegar cartas de disculpas. Y el almirante Massera mandó a un capitán Fernández para que lo representara.

—Pucha, qué pena. Era bueno vivir juntos, ¿no?

A fines de septiembre, Graciela Daleo, Kika Osatinsky, Lucy y el Monra recibieron la orden de dejar el departamento de la avenida Rivadavia. No estaban seguros, pero existía la posibilidad de que estuviera cantado, y no podían seguir arriesgándose. A Graciela la mandaron al departamento de otra militante, Susana Díaz, Mónica, en Virrey Cevallos y San Juan. Al despedirse, Graciela les dio a sus compañeros unos almohadones, en forma de rana, que había llevado cuando fue a vivir allí: los había hecho su prima Nora y, aunque pareciera una tontería, le importaban. Era una manera de decirles que seguía con ellos.

Los Montoneros acababan de lanzar su «Primera Campaña Miliciana Compañero Carlos Caride»: se trataba de seguir con sus operaciones de propaganda armada, sabotajes y desgaste, y la anunciaba un volante que muy pocos pudieron repartir:

«15 de setiembre de 1976 — I Campaña Miliciana “Compañero Carlos Caride”

»Parte del Secretario Político Nacional a Los Compañeros Milicianos

»Compañeros Milicianos: Hace dos semanas, el sinvergüenza Álvaro Alsogaray cuestionó la política del gobierno. Dijo que era necesario restaurar la libre negociación de los salarios con los sectores trabajadores porque se estaba alimentando un estallido social. Los perros se ladran por el mismo hueso.

»La respuesta de Martínez de Hoz no se hizo esperar. Expresó que no podía negociarse los salarios y condiciones de trabajo con los trabajadores porque eso permitía a los agitadores de las fábricas crecer y exigir más de lo que es posible otorgar. Eso podría hacerse, agregó, cuando la “guerrilla” esté eliminada.

»3000 presos, más de 5000 desaparecidos. Tortura salvaje, despidos y hambre no les han alcanzado para doblegar el espíritu de lucha de nuestro pueblo.

»El objetivo de destruir la “guerrilla”, que en buen criollo significa terminar con todo lo que tenga gusto a pueblo, se les está pareciendo el horizonte. Cuanto más cerca creen que lo tienen, más se apuran y más se desesperan sin alcanzarlo.

»Por eso debemos ir despacio. El tiempo juega a nuestro favor. Sin arriesgar más de lo necesario. Golpeando en cientos de lugares, permanentemente. Nos han dado duro. Muchos de nuestros mejores compañeros brindaron su vida por lealtad a su pueblo. Otros pocos prefirieron colaborar, entregando datos al enemigo. Ésos pertenecen a la galería de los miserables y sus propios hijos escupirán su nombre. Pero los otros, la mayoría, los que nos dieron con su muerte un ejemplo de coraje, no murieron en vano.

»Que cada uno de ustedes, los que participan de esta campaña miliciana, ponga su esfuerzo consciente sabiendo que es un paso más en el desgaste a la Dictadura de los Monopolios.

»Hay que regular la bronca con inteligencia. Es necesario dar pequeños combates y ganarlos todos.

»Nuestra lucha será dura. Ninguno de nosotros pelea engañado o inconsciente de ello. Pero nuestro triunfo será seguro, porque el pueblo comienza ya a mostrar sus garras. Miles de acciones para que el enemigo

tenga que dispersarse en miles de lugares. Miles de acciones para que sepan que se enfrentan con todo un pueblo.

»Que cada compañero de cada ciudad, en el Norte, Centro, en Buenos Aires o en el Sur, que cada obrero en su fábrica, cada ama de casa, cada empleado, cada estudiante, o cada campesino, se sienta unido a nosotros en esta lucha y miembro orgulloso de las Milicias Montoneras. Compañeros, a cumplir con nuestro deber.

»Liberación o Dependencia. Patria o Muerte. Venceremos».

Algunas de estas ideas aparecían más desarrolladas en un documento publicado en el número 14 de *Evita Montonera*, «Conocé al enemigo y conocete vos mismo», que empezaba hablando de «algunas contradicciones de la política enemiga y cómo agudizarlas:

»1.— Contradicción entre la necesidad de aniquilar rápidamente a la vanguardia de las fuerzas populares (para impedir la masificación de la lucha, para recuperar el crédito internacional y para mantener cohesionadas a las fuerzas armadas y a los diversos sectores de las clases dominantes), y el gran desarrollo político y organizado de las fuerzas populares, asentadas sobre la prolongada experiencia de lucha de las masas peronistas y alentadas por el descontento social, que se profundiza cada vez más por la prolongación de la crisis económica.

»Para agudizar esta contradicción nuestra propuesta es:

»a) realizar una guerra de desgaste, eludiendo los enfrentamientos decisivos, hostigando a dispersarse al enemigo y contragolpeando en su centro de gravedad (Cardozo, S.S.F), tantas veces como sea posible (Ejército Montonero, Milicias Montoneras y operaciones especiales);

»b) masificar la participación de la clase obrera y el pueblo en la lucha, desarrollando acciones de fuerzas irregulares (milicias) y sabotaje a la producción (Milicias montoneras, activismo, ver Orden General de la Campaña de Milicias);

»c) dar prioridad a las acciones contra las patronales oligárquicas y monopólicas y cualquier patronal en conflicto (Ejército Montonero, milicias, activismo);

»d) organizar en todo el país la CGT en la Resistencia e impulsar organismos de masas análogos en los demás frentes (agrupaciones del

Movimiento Montonero, milicias);

»e) organizar el Movimiento Montonero para estructurar políticamente al pueblo y acumular poder en torno a la propuesta de Resistencia impulsada por nuestro Partido;

»2.— Contradicción entre la necesidad de presentar una imagen de estabilidad social y política y respeto a los derechos humanos, ante la opinión pública internacional y nacional, y la necesidad de llevar adelante una guerra sucia mediante secuestros, tortura salvaje y formas represivas sin precedentes.

»Para agudizar esta contradicción, nuestro planteo es el desarrollo de una intensa campaña de denuncia en el país y en el extranjero, con todos los medios de difusión a nuestro alcance, y el mantenimiento de nuestra operatividad sobre los responsables represivos. (...)»

En esos días las caídas se aceleraban. La situación era grave: el responsable de Graciela le dijo que había que poner más espacio entre el origen y el destino de las informaciones, o sea: que hubiera más gente en el medio, para que cada uno tuviera menos datos que dar en caso de ser detenido y los riesgos generales fueran menores. Por eso Graciela había dejado de cubrir personalmente las citas: en su lugar iba otro militante, y ella lo esperaba a unas cuadras, fuera del área más caliente. El 2 de octubre, los Montoneros estuvieron a punto de dar un vuelco importante a la situación: un militante infiltrado en el Ejército consiguió colocar una bomba de tiempo bajo el palco de Campo de Mayo donde Videla y la mayoría de sus generales celebraban el Día del Arma de Comunicaciones. «Debido a fallas de tipo técnico en el mecanismo de relojería, el artefacto retrasó su explosión, logrando estos personajes eludir esta vez el cumplimiento de la sentencia que el pueblo había decidido», dijo después el comunicado montonero.

—Victoria, se está armando un operativo para compañeros del área de servicios, para los compañeros que no tienen una práctica militar constante, para que hagan algo. Es un operativo de hostigamiento, nada muy complicado, pero es importante que participes, así podés seguir creciendo como militante...

Le dijo su responsable, y le pasó una cita en un sanatorio de Ramos Mejía con el oficial montonero que dirigiría la operación. Tenía que presentarse el viernes a la tarde con ropa para pasar todo el fin de semana: allí le dirían exactamente de qué se trataba.

Desde el sanatorio, Miguel, el jefe de la operación, la llevó tabicada a una casa modesta en un barrio obrero de Morón. Allí los esperaban el dueño de casa y otros dos militantes, y Miguel empezó a explicarles la cuestión.

—Vamos a hacer esta operación en homenaje al Negrito Coronel, oficial montonero que cayó heroicamente luchando en el combate de la calle Corro. Como les digo, esta acción es una forma más de reivindicar su memoria, como la de todos los compañeros caídos en la lucha por la liberación, que nos muestran el camino hacia...

Graciela se emocionó: oscilaba entre el susto y la excitación, la sensación de que por fin lo haría.

—Ya los compañeros de la zona hicieron todos los relevamientos. Tenemos toda la información chequeada, así que lo único que tenemos que hacer es ir y hacerla. En principio no tiene que haber ningún problema. El objetivo es hostigar a un suboficial del ejército que ha tenido participación en secuestros y torturas, la información es buena. Y la cuestión es así: salimos de acá en un coche operativo, nosotros cuatro. Pancho va a ser el chofer operativo; yo voy al lado, adelante, y ustedes dos, Hugo y Victoria, van atrás. Hugo va a llevar el fal; vos, Victoria, vas a tener una nueve.

El operativo estaba previsto para el sábado a las diez de la noche: les quedaban 24 horas para repasar detalles y, de paso, limpiar las armas, armarlas y desarmarlas, tratar de familiarizarse con ellas. Salvo el responsable, los demás estaban en la misma situación que Graciela: eran militantes de áreas especiales que no tenían demasiada experiencia militar, y estaban nerviosos, pero trataban de disimularlo.

—Che, menos mal que nos mandaron algo facilito.

Dijo Hugo, y nadie se rió. Graciela tenía terrible nudo en el estómago: después de tantos años de militancia, de apoyo a la lucha armada, sería la primera vez que tendría que enfrentar la realidad de esa lucha con un arma en la mano. Estaba totalmente convencida de que tenía que hacerlo: en realidad, no haberlo hecho hasta entonces era un déficit importante en su

formación político-militar. Pero no conseguía evitar los nervios. Esa noche Graciela no pudo comer nada, pero durmió bastante bien. El día siguiente se le hizo interminable.

—Bueno, compañeros, preparados para operar.

Dijo Miguel. Graciela se recogió cuidadosamente el pelo, para cambiar un poco su fisonomía; todos controlaron por última vez sus armas y salieron hacia el coche. La noche estaba fresca. Unas cuadras más allá, junto a un descampado, se pararon y Miguel dio la orden:

—Ya, cambien las chapas.

Graciela y Hugo se bajaron: cada uno tenía en la mano una patente falsa para pegar encima de las del auto. Graciela fue a tapar la de atrás, pero no conseguía colocarla. Ya se le había pasado el miedo: ahora era sólo cuestión de hacer lo que tenía que hacer, y tratar de hacerlo lo mejor posible.

—No se pega, compañero.

—Tápela con barro, rápido.

Graciela y Hugo volvieron a subirse y el auto arrancó hacia su objetivo. Llegaron unos minutos después: la casa del suboficial era un chalecito con un jardín descuidado adelante. Estacionaron junto al cordón: detrás, un colectivo que no podía pasar se paró y empezó a tocarles bocina. Hugo y Graciela se bajaron de un salto. Hugo tiró una ráfaga con el fal, alta, para no pegarle a las ventanas iluminadas de la casa. No querían herir a nadie: era sólo una especie de advertencia. El ruido rebotó en el silencio de la noche. Graciela tiró cuatro tiros con su nueve milímetros.

—¡Ahora, la granada!

Dijo Miguel, y Graciela le sacó la chaveta y la lanzó al jardín.

—¡Vivan los Montoneros!

Gritó Miguel, y Graciela respondió viva. Antes de que explotara ya estaban de vuelta en el auto, acelerando. El colectivo también arrancó. En el asiento de atrás, Hugo abrazó a Graciela y le dio un beso: lo habían hecho.

Los tres militantes se fueron bajando en distintas paradas de colectivo. Graciela esperó hasta que pasó uno que la llevaba a Once. Cuando llegó, buscó un teléfono público y llamó a la casa de su amiga Susana, donde estaba viviendo, para avisarle que iba para allá. Si aparecía a esas horas sin decirle nada, su amiga podría haber pensado que pasaba algo grave.

—¿Debutó, Victoria?!

Le dijo Susana en cuanto la escuchó en el teléfono.

—¡Sí, sí, ya voy para allá!

Graciela estaba orgullosa, muy emocionada. Se acordaba de todos sus compañeros muertos en esos largos años, y tenía la sensación de que había vencido el miedo y, sobre todo, de que por fin había hecho aquello que, de alguna manera, le faltaba para considerarse una militante completa.

El fin de semana siguiente Graciela volvió al Oeste para la reunión de evaluación del operativo. Miguel le dijo que se había desempeñado bien, con aplomo y serenidad, pero que merecía una crítica por haber entregado la pistola montada, con una bala en la recámara.

—Cayó Jarito.

—¿Qué?!

—Sí, acá dice que lo estaban persiguiendo, se refugió en un cine de Primera Junta, entró la pesada a la sala y prendieron todas las luces, pero parece que él consiguió llegar hasta la puerta. Dice que lo agarraron en la esquina y se lo llevaron...

—La reputísima madre que lo remil parió.

Era incesante: todo el tiempo les llegaban muertes. Nicolás Casullo y Jorge Berneti dejaron sus escritorios de *El Universal* y se fueron a tomar un café, a hablar de Jarito Walker y de aquellos tiempos. La tristeza era insoportable, la culpa era insoportable. Se decían que habían hecho bien, que irse había sido una decisión correcta, pero con cada nueva caída, con cada nueva muerte, el dolor y las preguntas se hacían más oscuros.

—La mataron a Vicki Walsh en una encerrona que le hizo el ejército a una casa operativa. Y con ella varios compañeros más...

Nicolás y Ana estaban instalados en un departamento de tres ambientes, agradable, en la colonia Roma, en el sur del Distrito Federal. El trabajo de Nicolás en el diario estaba bien pagado y era interesante: como asesor de Internacionales, había tenido que rediseñar su sección y estaba satisfecho con el resultado. Ana había seguido con un proyecto empezado a los tumbos en Caracas: la realización de un largo documental sobre la historia política de la Argentina desde las montoneras del siglo pasado hasta el

triunfo peronista de 1973, con un guión en el que también participó Nicolás. Había conseguido muy buen material de archivo y cierta financiación de la Escuela de Cine de la Universidad, y estaba entusiasmada.

—Che, vos lo conocías al Yaya Azcone, ¿no?

—Sí, lo conozco.

—Perdió la semana pasada, en un enfrentamiento...

—¿Dónde, cómo?

Los detalles no siempre eran precisos: la información solía llegar a través de algún militante del COSPA, el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino. Al COSPA afluyeron, en esos meses, los relatos cada vez más terribles sobre el establecimiento de un estado terrorista en la Argentina: las primeras versiones sobre los campos de concentración, las torturas horribles, las desapariciones.

El COSPA tenía mayoría montonera. Allí, Nicolás y Jorge volvieron a charlar con los militantes de su antigua organización: sobre todo, con Martín Grass, el Chacho, que era el cuadro de más responsabilidad. Les pasaba los *Evita Montonera*, se juntaban a discutir. Nicolás veía que Montoneros recurría a citas clásicas marxistas, que hablaba de la etapa de guerra de clases y que en su prensa describía sobre todo operativos de sus milicias o sus comandos armados. Le parecía que la idea de cuanto peor mejor quedaba reflejada en muchas frases, y también aquella concepción, bastante peregrina, de que el peronismo iría encontrando en esa vanguardia su lugar en el mundo. En esas charlas con militantes montoneros, muchas veces, Nicolás y Jorge solían mostrar su desacuerdo.

—No, están totalmente equivocados: no es tiempo de discutir ni analizar lo que pasa, sino de prepararse para volver, o te quedás afuera del tren de la historia. La cosa es clarita como el agua.

Decía Ricutti. Jorge y Nicolás lo llamaban Ricutti en sentido homenaje a un personaje que solía acompañar a Tato Bores, un bruto de lo más consecuente. Ricutti les parecía claro, definitorio, cerrado:

—Están totalmente equivocados: calculamos que con la fuerza propia organizada, aun perdiendo mil quinientos compañeros por año, la cosa resiste en todos los frentes.

Con Ricutti era muy difícil. Pero con Martín Grass podían debatir sin problemas. Martín era abierto, culto, y estaba de acuerdo en muchas de sus críticas. Después de algunos encuentros, Nicolás empezó a participar en ciertas tareas para su antigua organización: seguía con sus reparos, pero la culpa y la furia represiva de la dictadura hacía que fuera más difícil explicitarlos. Y, por otra parte, las discusiones internas se hacían posibles. Nicolás, Jorge, Adriana Puiggrós, Miguel Talento no las ocultaban pero colaboraban igual. En el exilio, la relación entre la organización y sus militantes era muy distinta: los responsables toleraban mucha más disidencia. Por un lado, porque la situación de relativa comodidad posibilitaba el debate; por otro, porque entre la organización y sus militantes ya no había una relación de pertenencia sino de seducción: la organización tenía que mantenerlos adentro, enganchados.

De todas maneras, Nicolás dejó bien claro que su enganche no era total. No era la militancia integral que había dejado en Buenos Aires; colaboraría con ciertas tareas más «profesionales»: organizar un evento, armar una revista, escribir un artículo, llevar adelante una tarea de solidaridad. Era, también, una forma de pagar su incobrable deuda con los muertos, la culpa por estar en un lugar agradable y seguro mientras los viejos compañeros se iban muriendo día tras día.

—Me dijeron que lo agarraron al Narigón Aznárez.

—No, no puede ser. ¿Estás seguro?

—No, seguro no. Me lo dijeron.

Después resultaba que no era cierto, pero los muertos eran tantos que todos podían serlo.

—Che, ¿sabías que murió el Carucha?

—¿Cómo el Carucha, qué decís? Si él se había abierto hace mucho y estaba tranquilo...

—No, parece que fue un accidente de auto, en Mar del Plata.

La muerte estaba en todas partes. Había días en que el luto, la desesperación, le parecía la única posibilidad. Allá lejos había un país que se derrumbaba, y arrastraba en su derrumbe a tanta gente muy querida.

—¿Cómo que por dónde anda Daniel Hopen? A Daniel lo mataron hace meses. ¿No te habías enterado?

Otros días, Nicolás y los demás sacaban fuerzas de flaquezas y se dedicaban a sus trabajos, sus vidas, sus tareas. El COSPA era una casa grande, cuatro pisos en un barrio amable, y les tomaba mucho tiempo: los aviones llegaban cargados de gente que venía sin plata, sin contactos, que había que ayudar, y además estaban las charlas, los debates, las peñas, las peleas. El COSPA estaba copado por los Montoneros: era un espacio de solidaridad, pero también era su base para captar militantes que estuvieran dispuestos a volver a la Argentina a seguir con la lucha armada.

Había otras cuestiones: en esos días, Nicolás y Ana organizaron en el COSPA una exposición sobre «La Prensa Revolucionaria en el Tercer Mundo», con revistas políticas de 60 países de Asia, África y América latina, y aprovecharon una visita de Cortázar para pedirle que la inaugurara. Y terminaron la película, que se llamó *Montoneros, un pueblo en armas*. Un día se la mostraron, en una sala de proyección de la Universidad, a Martín Grass y otro montonero, el Oveja Valladares. El Oveja compartía muchas de las críticas que le hacían a su organización, pero decía que no podía dejarla, que era su compromiso con sus viejos sueños y con sus compañeros muertos.

—Creo que la película da para un debate de lo más interesante. Me gustaría que la pasaran en el COSPA, y le den una copia a la Organización.

Nicolás y Ana se miraron.

—Pero es muy crítica con la orga.

—Por eso me interesa.

—Bueno, también es de ustedes.

Dijo Ana.

—¿Y vos qué pensás, Nicolás?

—Me parece bien. Pero también me parece que con esto yo ya cierro mi historia.

—Todas las historias van cerrando. Pero hay que seguir discutiendo. Yo ahora viajo a Buenos Aires y en dos meses estoy de vuelta, la seguimos.

Dijo el Oveja. Poco después, Ana y Nicolás se enteraron de que, acorralado en el aeropuerto de Carrasco, se había tragado la pastilla.

Hacia mediados de octubre, las diferencias dentro del COSPA se transformaron en ruptura. Un grupo, donde estaban José Aricó, Juan Carlos

Portantiero, Mario Kestelboim, Noé Jitrik, Haydeé Birgín, Ricardo Nudelman, Lito Marín, el Bebe Righi, Héctor Sandler, Julio Villar, Héctor Schmucler, Sergio Caletti, Ana y Nicolás y otros muchos se abrió y fundó una Casa Argentina de Solidaridad, sin presencia montonera.

Se consiguieron un caserón y buenos apoyos dentro del gobierno de López Portillo, que los ayudaba a conseguir papeles, viviendas, empleos, becas. Ana y Nicolás empezaron a adaptarse a la idea de que México duraría muchos años: arreglaron su casa, se compraron muebles, recuperaron libros, colgaron macetas con flores de colores. Una noche estaban cenando los dos solos, unos tacos de tortilla de maíz y carnitas.

—¿Adiviná que me pasó hoy a la tarde?

Preguntó Ana, y sirvió más cerveza.

—Ni idea.

—Un tipo me dijo algo.

—¿Qué tipo?

—No lo conocés. Todavía no lo conocés.

Nicolás se exasperó ligeramente, pero la sonrisa de Ana lo tranquilizaba:

—¿Bueno, y qué te dijo?

—Que estoy embarazada.

Octubre de 1976. En uno de sus cables, la agencia Ancla se ocupaba de las molestias que la represión de Estado causaba en la vida cotidiana de los porteños:

«Buenos Aires, oct 7 (ANCLA)— Continuos procedimientos vienen realizando las fuerzas de seguridad en búsqueda de elementos subversivos. Al parecer, las mismas han centrado su accionar sobre lugares de concentración masiva de público: bares, restaurantes, plazas, cines y hasta circos.

»Los denominados “operativos de rastrillaje y control peatonal” consisten en un compacto e inexpugnable cerco sobre el sitio elegido. En general se busca realizar la acción durante las horas de mayor concurrencia de público. En caso de tratarse de una confitería, se rodea previamente la

manzana bloqueando las bocacalles con camiones del Ejército o patrulleros policiales. Luego penetra al lugar un pelotón de soldados al mando de un oficial que advierte a los sorprendidos parroquianos lo que está ocurriendo: uno a uno, sin exclusiones, todos deben mostrar sus documentos y dejar que sean revisados bolsos y carpetas. Luego se controlan los baños —por si alguien buscara refugio en ellos— y el sótano del negocio.

»Hay ocasiones en que el operativo consiste en obligar a todos los concurrentes a subir a colectivos previamente desalojados y llevarlos a la comisaría más próxima, donde se procede a su identificación.

»Algunos de los comercios del ramo que han sufrido este tipo de rastrillaje son: la confitería ubicada en Las Heras y Azcuénaga; la confitería La Biela, en el barrio de la Recoleta; La Fragata, en San Martín y Corrientes; La Opera, en Callao y Corrientes; la confitería De las Artes, en avenida Figueroa Alcorta y Pueyrredón; el Café Tabac, sobre la avenida Figueroa Alcorta y otros de esta capital.

»Otro de los objetivos que al parecer preocupan a las fuerzas represivas argentinas son las plazas y parques. En estos casos, debido a la gran extensión a revisar llegan a intervenir hasta doscientos hombres. En el último tiempo se realizaron estas operaciones en el Circuito KDT —un lugar característico de Buenos Aires donde se practican todos los deportes, pero fundamentalmente el ciclismo— en el que fueron controladas unas doscientas personas y hubo diez detenidos.

»También fueron rastrillados los terrenos que pertenecían a la ex Penitenciaría Nacional, ubicados en la calle Las Heras entre Salguero y Coronel Díaz, de esta Capital. Allí funciona un circo que durante el procedimiento debió ser desalojado, provocando la protesta de los concurrentes. A la vista de un centenar de niños fueron golpeados dos jóvenes que se hallaban en el lugar, en compañía de sus hijos. En todo momento la actitud de los efectivos militares es altiva y prepotente, según testigos presenciales.

»Varios muchachos que los domingos se reúnen para jugar al fútbol en esos terrenos fueron detenidos por carecer de documentación personal, llegándose a tener rodeadas durante más de una hora y media a un grupo de señoras que tejían y charlaban bajo el sol. El oficial a cargo les espetó que

debían aprender a salir a la calle con documentos, lo que provocó la reacción de las señoras y de sus maridos que, enterados de lo ocurrido, habían llegado hasta el lugar.

»En algunos cines y teatros, las tropas han interrumpido la función y procedido de igual forma que en los casos anteriores. En uno de estos operativos fue detenido un joven por no poseer documentos. Cuando ya iba a ser trasladado, pidió hablar con el oficial y le informó que tenía “un carnet identificador del Jockey Club”, lo que provocó que su situación cambiara súbitamente y fuera dejado en libertad.

»Testigos de esta nueva metodología operacional afirmaron a esta agencia que “la población repudia estas formas de persecución, ya que nadie puede aislarse de la intranquilidad y el temor que provocan, más aún si las mismas llegan a vulnerar los momentos de solaz y esparcimiento”».

La noche del jueves 14 de octubre, Graciela y la madre de Susana la esperaban en su departamento. La señora solía pasar por ahí: esta vez había ido a llevarle a su hija una fuente de zapallitos rellenos. Susana tenía que llegar a eso de las nueve, con otros militantes: tendrían una reunión y Graciela se quedaría encerrada en la cocina, para que no la vieran, y les prepararía algo de comer. Cuando dieron las diez, Susana no había llegado. Las diez era la hora tope: estaba convenido que si alguna de las dos no estaba en la casa a esa hora, la otra tenía que irse. La madre de Susana lo sabía. Las dos se empezaron a poner muy nerviosas. A las diez y cuarto Graciela le dijo que se tenían que ir, que no podían seguir ahí. La señora tenía la mirada perdida y trataba de contener las lágrimas.

—Tantas veces pensé que iba a llegar este momento. Qué terrible, cuando llega.

Hubo un silencio, espantoso. Después Graciela trató de consolarla:

—No, no se preocupe. Cómo va a pensar eso. Seguro que se demoró por algo y mañana nos encontramos.

Graciela agarró un canasto y guardó un par de armas y el dinero que había en el departamento. Ya en la calle, la madre de Susana le preguntó si quería que la llevara a alguna parte.

—Bueno, sí.

—¿No tendrás armas en ese canasto, no?

—Sí.

—No, entonces disculpame pero no te voy a llevar. Es una locura andar en un coche con armas a esta hora. Disculpame, Victoria.

Graciela caminó dos cuadras con su canasto y se tomó un taxi, sabiendo que no debía, hasta la casa de una amiga suya que no militaba pero le había dado la llave por si alguna vez estaba en un apuro. Al día siguiente se enteró de que Mónica había caído junto con varios otros militantes del servicio de documentación.

Estaba otra vez en la calle. Esa tarde pudo hacer una cita con uno de sus compañeros, el Flaco Aníbal, que la llevó a su casa. Aníbal, César Vela, vivía con la Flaca María, Marcela Gordillo, y su hijo de dos años.

En esos días, un grupo de tareas de la ESMA secuestró a la responsable nacional del servicio de presos, la que se ocupaba de la relación con los familiares de los detenidos, Marisa Murgier. Marisa tenía una hoja donde figuraban todas las «citas nacionales»: los puntos de encuentro de todos los niveles montoneros en todo el país.

El miércoles 20 de octubre a las once de la mañana, Graciela esperaba en la esquina de José María Moreno y Directorio al militante que le traería los materiales que hubiera recogido en las citas del día, que arrancaban por Carlos Calvo y Boedo, a unas cuadras. Cuando pasaron los diez minutos reglamentarios, Graciela empezó a sospechar que algo andaba mal. Caminó hasta la zona de las citas, pero no vio nada particular. A las tres de la tarde tenía una cita en Villa del Parque donde, cada día, se encontraban todos los enlaces para entregarle al Colorado Tito los materiales que habían recolectado a la mañana: Graciela decidió hacer tiempo hasta las tres.

Durante esas cuatro horas trató de tranquilizarse, de decirse que no había pasado nada, pero no lo conseguía. Transpiraba mucho, y era una señal que ella conocía bien: había momentos en que su cabeza trataba de no registrar el miedo pero su cuerpo no podía eludirlo. Ese sudor era el signo inequívoco. Por suerte el sol brillaba: Graciela se sentía mucho más fuerte cuando el sol brillaba. Siempre había pensado que, si le tocaba morir, sería en un día gris, nublado, lluvioso. Y, de hecho, muchos de esos días sintió más bruto el miedo.

Por momentos, Graciela se decía que no tenía que ir a esa cita: si había pasado algo, si la habían cantado, ir era una inconsciencia que no sólo la pondría en peligro a ella sino también a sus compañeros, a todos los que ella conocía. Pero tenía que ir. Llegó a su cita apretando la pastilla de cianuro en la mano cerrada y se preguntó si llegaría a hacerle efecto: esa mañana había desayunado bien, y decían que si uno no estaba en ayunas el efecto era menos seguro. Cuando vio llegar a Willy pensó que otra vez había sido una falsa alarma.

—Fue un desastre, flaca, un desastre, no te puedo explicar...

Willy tenía a su cargo las citas de la secretaría técnica a lo largo de la calle Sarmiento, en Once, cerca de las vías del ferrocarril Sarmiento. Y le contó que esa mañana, cuando llegaba, vio cómo una docena de tipos armados agarraban en plena calle a una militante. Willy era muy flaco, de anteojos, y siempre andaba de traje. Se parecía mucho más a un empleado de banco que a la imagen típica de un montonero. Pero los tipos lo vieron de lejos y le dieron la voz de alto. Willy empezó a correr: cuando pensó que estaban por agarrarlo se metió la pastilla en la boca y la mordió. La lengua se le hinchó muy rápido. Willy siguió corriendo. Después de un par de cuadras miró de nuevo para atrás y se dio cuenta de que había despistado a sus perseguidores. Pero el veneno ya estaba haciendo efecto. Le quedaban segundos, quizás un minuto de vida. En esa esquina había un bar: Willy entró corriendo y, sin decir una palabra para no perder tiempo, agarró un vaso de agua que estaba sobre el mostrador y empezó a hacerse buches y escupir, más buches y escupir, con rabia, con desesperación. Los mozos lo miraban aterrados. En cuanto sintió que hinchazón cedía, Willy salió del bar y consiguió subirse a un colectivo.

—La verdad, flaca, que nací de nuevo. Yo ya estaba muerto, flaca, ¿me entendés?

Graciela y Willy se quedaron unos minutos dando vueltas por la zona de la cita: después llegaron otros dos militantes, pero la mayoría no apareció. Eso sólo podía significar una cosa: que la redada había sido muy amplia. Entre los que no fueron estaba Barbarella. Graciela estaba destrozada por lo que pasaba: dentro de todo ese dolor, la probable caída de Barbarella la jodió especialmente.

Esa tarde, antes de volver a su casa, Graciela llamó a un teléfono de control que compartía con César, el Flaco Aníbal, y Marcela, la Flaca María. Aníbal le había dejado un mensaje:

—Dice que por favor le avise que la señora Obelis está enferma, que si puede pasar a verlos.

La señora Obelis era Marcela. Graciela fue a una cita que habían armado para un caso de emergencia. Allí, César le contó que su compañera había salido esa mañana para una cita en Morón y no había vuelto, y que entonces él se había levantado de su casa. César había llevado a su hijo: estaba desolado y no sabía qué hacer. Graciela se lo llevó a la casa de su comadre Susana. Esa noche fue espantosa. Él intentaba creer:

—¿Sabés qué, Victoria? La Flaca es tan despelotada que seguro que tuvo que entrar en alguna reunión imprevista y se olvidó de llamar, o no pudo.

—Sí, puede ser...

—O capaz que tuvo algún problema con el auto, se le habrá quedado el auto y tuvo que quedarse ella para arreglarlo.

—Claro, es una posibilidad.

Muchos meses después, Graciela sabría que Marcela, secuestrada por un grupo de tareas de la ESMA en una calle de Morón, consiguió esconder la pastilla de cianuro y se la tomó ya en la Escuela. Graciela pensaba que, pese a todo, era un alivio cuando un compañero suyo conseguía tomarse la pastilla: por lo menos, no iba a tener que enfrentar el dolor y la tortura, y no iba a poner en peligro a los demás. Muchos meses después, Graciela sabría que ese día los marinos habían matado a unos doscientos militantes montoneros.

—¿Qué querían que hiciera, si el día de las citas nacionales se me apilaban como vainillas doscientos muertos en el sótano?

Solía decir, en esos meses, el capitán de corbeta Jorge Acosta. Y supo también que la matanza podría haber sido peor, y que no lo fue por las peleas internas entre las distintas Fuerzas Armadas. La Marina, que había conseguido el dato, no quiso compartirlo con sus colegas de Ejército; en el interior del país, donde la Marina no tenía suficiente estructura para operar, muchos militantes cuyas citas también habían sido detectadas se salvaron

de una muerte segura. Pero, aun así, la organización Montoneros nunca se recuperó de la catástrofe del miércoles 20 de octubre de 1976, el «día de las citas nacionales».

Siete

Mercedes Depino se encontró con Ilda y León Berlín en la esquina de Cabildo y Juramento. Ellos acababan de volver del sur: era la primera vez que se veían desde la muerte de Sergio. Mercedes se subió a su coche y empezaron a dar vueltas por la ciudad mientras lloraban y lloraban.

Al cabo de un rato, Ilda le preguntó a Mercedes si tenía alguna posibilidad de ir al departamento de Vicente López.

—Mirá, en principio no, pero hay que ver. ¿Por qué?

—Yo no sé si se puede, vos fijate, pero la verdad que si hay una cosa que yo quisiera recuperar son los poemas y los dibujos del Flaco. Para mí es tan importante... Que me quede algo de él, sabés, Negrita, además de los recuerdos...

Mercedes sabía que no debía, pero se puso en contacto con el militante que tenía la llave porque había estado durmiendo ahí en los últimos días de Sergio. Era un tal Lucas: se encontraron en una esquina de Belgrano y él le pasó la llave y le volvió a decir que no fuera. Al día siguiente, Mercedes apareció con Yuyo por el departamento de Vicente López, muerta de miedo. El portero, un polaco bonachón, la saludó tranquilo: le habían dicho que Sergio estaba de viaje, y él prefirió no preguntar mucho más. Mercedes se tomó el ascensor con el corazón en la boca.

En el living todo estaba en orden. En la habitación, la cama deshecha y un pantalón en el suelo: era como si Sergio fuera a volver en cualquier momento. Mercedes lloraba sin parar. Cuando entró en el baño pegó un grito: la bañera estaba llena de cenizas y de hollín y pedacitos de dibujos y escritos que el fuego no había terminado de consumir. Lucas, cuando vio que Sergio no volvía, había quemado todo por si acaso. No quedaba nada.

—Ni eso me dejaron, Negrita, ni eso.

Decía Ilda Berlín y sollozaba. Se había encontrado con Mercedes en la esquina de Cabildo y Monroe, y ella había tenido que decirle que todos los

papeles de su hijo se habían perdido para siempre. La mujer estaba inconsolable. Mercedes trató de calmarla, y le preguntó qué pensaban hacer.

—No sé, qué sé yo. No sé, ya veremos.

—¿Por qué no se van, Ilda? En serio, me parece que tendrían que irse... Acá ya hicieron todo lo que podían, ya no tiene sentido que se queden...

—Negra, ¿me querés decir que como el Flaco está muerto yo ya no sirvo para nada?

—No, Ilda, no seas tonta, lo que me importa es que no les pase nada a ustedes, que sobrevivan a toda esta locura.

—Mirá, Negrita, está bien, puede ser que tengas razón. Nosotros nos vamos si vos también te vas.

—Vos sabés que yo me tengo que quedar. Todavía tengo que seguir dando la pelea para que podamos irnos la mayor cantidad posible de compañeros, para que se salven todos lo que se pueda, Ilda. Yo no puedo irme así nomás, por la mía. No podría soportarlo...

—Por lo menos prométeme que cuando veas que ya no quedan más posibilidades te vas a ir. Prometémelo, Flaca, por favor.

Mercedes se lo prometió. Las dos lloraban cuando se abrazaron para despedirse. Una escena así, en plena calle, era un peligro.

Días más tarde, los padres de Mercedes completaron los trámites necesarios para sacar a Inesita, su sobrina nieta, del país, y llevársela a su tía Isabel en Washington. Los Berlín ya se habían ido, por un tiempo, a Estados Unidos.

—Nena, ¿por qué no te venís vos también?

—Papá, ya te dije mil veces...

—Bueno, está bien. Pero por lo menos tratá de no correr más peligros que los necesarios, ¿sí?

En esos días, toda su vida era un peligro. Si seguía así, sin casa fija, yirando por donde pudiera, su caída era cuestión de días: con suerte, de semanas. Esa tarde, Mercedes esperaba el tren en la estación San Martín del ferrocarril Mitre cuando vio, unos metros más allá, a la Negrita. La Negrita era una militante de Norte que había caído en manos de los marinos unos meses antes y que, desde entonces, no había parado de entregar gente.

Además, en la columna se decía que la Negrita se había metido con un milico de la ESMA.

Por un momento, Mercedes se quedó paralizada. La Negrita tenía un pañuelo en la cabeza y anteojos negros; estaba mirando para otro lado, pero enseguida daría vuelta la cabeza, la vería, la marcaría, y ella estaría perdida. Mercedes sacó la pastilla de cianuro que llevaba en la cartera y la apretó fuerte. El tren empezó a entrar, despacio, en el andén. Mercedes deseó con todas sus fuerzas que se apurara, que llegara de una vez. La Negrita seguía sin mirarla. Mercedes apretaba más y más la pastilla: si se acercan, me la tomo y chau, pensó. Chau, pensó: perdí. Chau. El tren paró y las puertas se abrieron. Mercedes entró casi sin fuerzas, como deslizándose. Cuando el tren arrancó, Mercedes volvió a respirar. Bueno, pensó, ya basta, acá se corta, yo me voy.

Una vez que el peligro había pasado, Mercedes pensó que tampoco era cosa de irse así, a la desbandada. Que tenían que irse en grupo y, antes, dejar todo más o menos en orden. Dos días después, Galimberti le pasó una cita por el teléfono de control. Se encontraron a las nueve de la noche en Belgrano: los dos estaban destrozados, y no paraban de hablar de sus muertos. Hasta que Galimberti trató de cortarla:

—Flaca, te conseguí una casa. A las diez y media tenemos una cita acá nomás con una compañera que te va a guardar durante unos días. Una compañera muy macanuda. Hoy mismo te vas con ella, te guardás en su casa y no salís hasta que yo te diga.

—¿Y qué voy a hacer, ahí guardada?

—Esperar, dejar pasar estos días de mierda, no sé, salvarte. Vamos a ver.

En cuanto la vio, Mercedes pensó que la mujer era muy parecida a la Chona. Los estaba esperando en la galería de Cabildo y Monroe: era alta y rubia y los recibió con una sonrisa. Que le duró hasta que Galimberti le dijo que le presentaba a la compañera Lila, que se la tenía que llevar a su casa y se iba a quedar a vivir con ella. Entonces la Chona puso su mejor cara de odio y dijo que bueno.

La Chona tenía su Citroën estacionado a la vuelta. Durante todo el trayecto, que Mercedes hizo con los ojos cerrados, la Chona no le dijo una palabra: la desbordaba el malhumor.

Quince minutos después llegaron a la casa: la Chona seguía silenciosa. Su marido se llamaba Carlos y trataba de ser amable, pero la mujer no paraba de mostrar su embole. Más tarde llegó Galimberti, que conocía la dirección y se movía por el lugar con mucha soltura. Enseguida notó el clima:

—Bueno, oíme, ¿estás contenta que te traje una compañera? Vos siempre te quejás de que no tenés con quién hablar. Esta compañera es un cuadro, una capacidad política del carajo, podés aprovechar para discutir con ella la coyuntura, que estás tan crítica, que siempre te quejás que nadie te da bola... ¿Estás contenta?

—¿Cómo querés que esté contenta? ¡Ni la conozco a esta mina! Después más adelante vamos a ver si estoy contenta o no.

Mercedes estuvo a punto de hacer algo, mandarla a la puta que la parió y decirle a Galimberti que la sacara de ahí, que no quería quedarse para que la maltrataran. Pero realmente no tenía adonde ir, y prefirió tragar. Y además le gustó que la mujer no fuera hipócrita: por más que fueran compañeras, ella seguía siendo una extraña que le invadía la casa. A la mañana siguiente la despertaron las risas de los dos chicos de la casa, de dos y tres años, y la Chona le ofreció un desayuno. Estaba más amable y se pusieron a charlar.

Mercedes se quedó más de un mes encerrada en esa casa de planta baja con dos chicos y un gran perro. Se había hecho muy amiga de la Chona y se pasaban los días charlando y cuidando a los chicos. Los domingos a la mañana iban al mercado de Juramento: era su única salida. Galimberti venía a visitarlos de vez en cuando: por él se enteraba de lo que estaba pasando afuera. Las noticias eran espantosas: más y más caídas. El nido era cómodo y tranquilo, pero Mercedes empezó a hartarse. No podía quedarse ahí indefinidamente. El 5 de noviembre cumpliría 24 años, y decidió que era un buen día para salir a enfrentar su suerte.

Noviembre de 1976. Otro informe de la agencia Ancla se ocupaba del «renacimiento del activismo sindical a partir de recientes conflictos». El servicio de inteligencia que manejaba Rodolfo Walsh tenía muchos

contactos y colaboradores imprevisibles, que le pasaban materiales bastante notables, como este «informe para oficiales superiores del Ejército»:

«Buenos Aires, Nov. 1.º (ANCLA)— El retorno a la actividad sindical por parte de activistas y delegados que habían permanecido inactivos desde el golpe del 24 de marzo, y un notorio incremento en la participación en tareas “agitativas” y de sabotaje por trabajadores sin actuación sindical y/o política previa, son las constataciones más destacadas en un “informe confidencial” que circula actualmente en medios políticos.

»El informe —que analiza las situaciones conflictivas producidas en los gremios de Luz y Fuerza, telefónicos y portuarios— fue elaborado en los últimos días del mes de octubre por una agencia especializada de la capital argentina a requerimiento de oficiales superiores del Ejército.

»En el caso del conflicto de Luz y Fuerza, el informe consigna los resultados de una encuesta dirigida a “trabajadores”, “activistas sindicales” y “personal jerárquico superior”. La mayoría de las respuestas adjudica a la empresa SEGBA la responsabilidad en el inicio del conflicto y a las vacilaciones y posterior rigidez de los altos mandos militares la causa de su irresolución. Los “trabajadores” y “activistas” atribuyen a “la defensa de la fuente de trabajo” “y de las conquistas obreras” (amenazadas por la racionalización, despidos y anulación del convenio previstos) la primera motivación de la reacción obrera. La actuación gremial de varios de los cesanteados (se menciona que prácticamente la totalidad de la ex sección de Relaciones Comunitarias, a cargo del hijo de Taccone, fue despedida) ocupa el segundo lugar en orden causal para estos encuestados. (No así para el personal jerárquico que ubica esta característica como la motivación más importante).

»La abierta oposición a la política del ministro Martínez de Hoz (“quiere reconstruir un país de cinco millones de habitantes”), la recriminación al Presidente de la República por la violación de sus promesas (“el sindicato tenía la palabra de Videla de que los despidos no se producirían”), la incredulidad respecto al argumento de saneamiento financiero (“desde el 24 de marzo SEGBA ha tomado quinientos empleados para seguridad que ganan siete millones de pesos mensuales mientras que la mayoría de los cesantes cobraban tres”, etc.), y la seguridad en una

respuesta gremial unificada, prudente y contundente (“Les demostraremos que somos un gremio fuerte y unido”... “No iremos al matadero, pero los militares deberán entender que esto no es un cuartel”... “Les dejaremos el país a oscuras, sabemos cómo hacerlo”), son las opiniones más reiteradas en el sector trabajadores.

»El informe consigna que en las distintas actividades “de agitación” registradas desde comienzos del conflicto (piquetes de huelga, distribución de volantes escritos a mano e impresos, colocación de pastillas insecticidas), y en aquellas caracterizadas como “sabotaje” (rotura e inutilización de maquinaria e instalaciones) han participado antiguos activistas gremiales y en mayor proporción trabajadores sin actividad anterior.

»Conclusiones semejantes se extraen en el caso del gremio telefónico, donde se registra un aumento de la actividad sindical y de sabotaje centrado en el deterioro e inutilización de cables y cámaras.

»De acuerdo al informe, los protagonistas de estos hechos son los adherentes a la lista Marrón (cuyo máximo dirigente, Julio Guillán, está detenido) y a la denominada CGT en la Resistencia (CGTR).

»Con relación al conflicto que desde el día 21 de octubre, al ser promulgado un nuevo reglamento de trabajo, afecta al puerto de Buenos Aires, se consigna que la actividad —reducida a un tercio de lo normal a consecuencias del “trabajo a desgano”— se ha deteriorado especialmente en las tareas de carga. En este caso —afirma el informe— la incidencia de la antigua dirección sindical ha sido prácticamente inexistente, se registra aquí una acentuada participación de viejos y nuevos activistas sindicales caracterizados como “independientes” y afines a la “izquierda peronista”.

»En las tres situaciones analizadas se destaca la coincidencia en las medidas de fuerza por parte de sectores político-gremiales sin aparente vinculación hasta estos sucesos: desde algunos gestores de los nucleamientos que mantienen el diálogo con el gobierno, hasta los enrolados en los gremios “combativos” y en “la CGT de la Resistencia”. Esto explicaría la simultaneidad de frentes abiertos por los gremios en conflicto, que cubren las medidas de fuerza, el sabotaje, las relaciones con la Iglesia, los contactos internacionales, etc. En este sentido se menciona la

promesa de solidaridad internacional hecha por los trabajadores marítimos de varios países que se negarían a cargar los barcos argentinos en caso de persistir la actual situación.

»“El requerimiento por parte de oficiales superiores del Ejército Argentino de un ‘informe confidencial’ de estas características evidencia la preocupación reinante en los altos mandos militares por la actitud a asumir ante las consecuencias sociales de la actual política económica”, dijeron a esta agencia dirigentes sindicales de Luz y Fuerza.

»Según dichas fuentes —que manifiestan mantener continuos contactos con diversos jefes militares— las posiciones estarían divididas dentro de las Fuerzas Armadas en relación a la respuesta gubernamental a los conflictos sociales y a la “legitimidad” de la actividad gremial.

»Mencionan en este sentido —entre otros ejemplos— las vacilaciones y contradicciones que se evidenciaron en el manejo del conflicto de Luz y Fuerza y las recientes declaraciones del titular de Trabajo, general Liendo, en su conferencia de prensa “reservada” del 19 de octubre en la que expresó “que no le preocupaba ni le asustaba la existencia de la actividad gremial”.

»Por otra parte, miembros de la “Comisión de los siete” creada en el plenario general de gremios del 26 de octubre, afirmaron estar intensificando los contactos con jefes militares opuestos al general Viola, a partir de la coincidencia en la oposición a Martínez de Hoz y del “saludable grado de homogeneidad” que registra este sector.

»La “Comisión de los siete” —que planteara a las autoridades un pedido de aumento salarial y la autorización para un plenario nacional— está integrada por representantes de los sectores del sindicalismo organizado en acción antes del golpe militar, o sea “miguelistas”, “participacionistas” y “combativos”».

La agitación del gremio eléctrico no se detuvo. Por eso, seis meses después, el 11 de abril de 1977, el secretario general del sindicato de Luz y Fuerza de la Capital, Oscar Smith, sería secuestrado por un grupo de tareas, y nunca más aparecería.

Nunca había estado tan perdido. Unos amigos de los padres de Adriana los alojaban, y no tenían grandes urgencias, pero Elvio Vitali se

pasaba los días caminando por las calles de San Pablo: suponía que buscaba un trabajo pero, en realidad, buscaba saber quién era, qué hacía, por qué había llegado hasta ahí, adonde estaba yendo. Tenía 23 años y se sentía un viejo. Uno de esos días, un amigo le propuso que volviera a estudiar, y Elvio se sorprendió:

—¿Qué? No, hermano, cómo me voy a poner a estudiar, yo, a esta altura.

Y, encima, la culpa de seguir vivo mientras las noticias de la muerte no paraban de llegar: la culpa de haberse salvado. Elvio se explicaba a sí mismo que había tenido razón, que la derrota era inevitable, que quedarse no hubiera servido para nada, y se lo creía, pero igual se sentía la peor basura de la historia. En las calles de San Pablo hacía mucho calor y mucho ruido.

—Adriana, conseguí un laburo.

—¡Che, qué bueno! ¿Qué es?

—Nada, un laburito de carpintería, para hacer unos muebles para un negocio. Me parece que acá los carpinteros no son muy buenos. Si los llega a agarrar mi viejo los deja así chiquitos.

Elvio había aprendido desde chico, con su padre, a trabajar la madera y una vez que tuvo el primero le siguieron apareciendo trabajitos. Que lo distraían y lo hacían sentirse un poco más armado, pero no alcanzaban.

—Adri, yo acá no me quedo. Este país no me interesa, no me importa un carajo. Es como si estuvieran todos en otra cosa...

—¿Pero y qué querés hacer?

—No sé, yo por mí me iría a México. Pancho me escribió de nuevo, dice que ahí la vida está más o menos bien, que vaya... No sé, podría ser México. Y si no, Italia.

Pancho era Miguel Talento. Pero Elvio había salido del país con su cédula, y le era casi imposible conseguir un pasaporte en el consulado argentino. La diplomacia de la Junta Militar sabía con quién tenía que vérselas, y solía ser muy dura. Por el momento estaba varado, sin papeles.

—... pero yo tengo derecho a solicitar mi nacionalidad. ¡Para las leyes italianas, yo soy tan italiano como usted!

—No, mire, lo siento, pero si quiere recuperar su nacionalidad, tiene que tramitarla en su país de origen. En este caso, la Argentina.

El cónsul italiano en San Pablo era un romano fanfarrón, manicurado, y no quería saber nada; Elvio le insistía, en italiano relativo, pero no había caso.

—Yo no puedo pedirlo en Argentina. Yo soy un perseguido político, no puedo ir para allá.

—Entonces lo siento, ya le he dicho, señor.

Elvio estaba a punto de soltarle un bife. Trató de calmarse y bajó a una oficina donde le pidió a una empleada el Código Civil italiano. Ahí decía claramente que sí tenía derecho a pedir su nacionalidad. Dos días después volvió, dispuesto a todo, acompañado por una pequeña barra de conocidos que lo esperaron afuera. Cuando el cónsul lo recibió, Elvio le explicó que tenía derechos y pensaba hacerlos valer:

—... por una formalidad, usted me está negando un derecho, así que, en salvaguarda de mi derecho a la ciudadanía, ya mismo me doy por asilado en este pedazo de mi tierra italiana...

El cónsul se estaba poniendo muy nervioso, y más cuando Elvio le dijo que había informado a *Il Manifesto*, un diario izquierdista de Milán, sobre su conducta como diplomático. Todavía no era cierto, pero tampoco era difícil de hacer. La situación se estaba poniendo espesa, hasta que la empleada que le había prestado el código le dijo, en un aparte, que al día siguiente estaba prevista la visita del canciller italiano, que por qué no trataba de solucionarlo entonces. El ministro era oriundo de Recanatti, el pueblo de su padre, y lo conocía de los tiempos de la resistencia contra los nazis.

—Disculpe, ministro, yo soy hijo de Antonio Vitali. Quería explicarle mi situación.

El ministro se lo llevó a una oficina del consulado, Elvio le explicó su problema y, una semana más tarde, tenía su pasaporte italiano. Adriana tenía documentos brasileros, así que ahora podían ir donde quisieran.

—Mirá, hay varias posibilidades. Siempre está Suecia, que te dan el asilo muy fácil, te enseñan el idioma, te ponen a limpiar baños y vivís ahí cagado de frío y de tristeza. Es una posibilidad. Si no está Italia: los primos

nos recibirían bien, no hay problemas, pero es como irse a otro mundo, ¿no? A mí lo de México me sigue pareciendo lo mejor. Ahí se habla castellano, hay una cantidad de compañeros, vamos a poder hacer algo. Aunque sea discutir, tratar de entender qué carajo nos pasó.

—¿Eso te importa mucho, no?

—Lo necesito. Me parece que si no, voy a seguir como bola sin manija el resto de mi vida.

—No, lo siento muchísimo pero en el caso de ustedes no podemos hacer nada. El problema es que para poder sacarlos del país yo tengo que pedir la autorización como que ustedes son perseguidos políticos. Yo ya hice alguna averiguación, ustedes no tienen pedido de captura ni nada por el estilo, entonces cuando yo pida la autorización me la van a negar porque me van a decir que no hay motivo... Y después cuando salgan por esta puerta los van a estar esperando y se los van a llevar. Si sabré yo cómo es esta historia.

El embajador venezolano tenía las cosas claras. Graciela y Luis Venencio se miraron, decepcionados, preocupados. Se habían presentado en la embajada con un par de bolsitos, dispuestos a asilarse de inmediato si era necesario y se encontraban con que no había nada que hacer. El embajador los vio tan desolados que intentó un consuelo:

—Quizás podamos ayudarlos con otra cosa. Miren, la embajada tiene un buen contacto en el Ejército en Mendoza, y sabemos que allá la situación está tranquila. Según nos dicen, ya hicieron todo lo que tenían que hacer y ahora están manteniendo el orden, nada más. Y están más bien preocupados por las cuestiones de límites con Chile, o sea que la atención está puesta en otra parte.

Graciela y Luis se miraron, sin saber qué decir.

—En el peor de los casos, si les llega a pasar algo yo me voy a enterar enseguida y seguramente podré intervenir. Quizás no sirva para nada, pero siempre es una posibilidad.

Al otro día, Graciela y Luis iban en un taxi por Libertador hacia Retiro para tomarse el tren a Mendoza, cuando vieron que la avenida estaba cerrada por una pinza gigantesca. Se quedaron sin respiración. Los militares

paraban a algunos coches y a todos los colectivos: la cola era muy larga. Graciela y Luis trataron de que no se les notara, pero traspiraban a chorros. Tardaron como media hora en llegar hasta el puesto de control. Un oficial joven los miró sin mucho interés y le dijo al chofer que pasara. El tren salió puntual, sin contratiempos.

—Hoy podríamos hacer una excepción y morfarnos medio pollito, ¿no?

En Mendoza, Graciela y Luis se instalaron en una pensión. Tenían unos pocos dólares que les había prestado el padre de ella, y al principio comían una vez por día: sopa, más que nada. Después Luis consiguió un trabajo vendiendo galletitas y, tiempo más tarde, Graciela se empleó en una oficina. Les gustaba vivir juntos. Veían poca gente, salían poco, hacían una vida muy tranquila y no parecía que corrieran grandes riesgos.

Luis solía estar triste. Trataba de buscar en los diarios la información que apenas salía sobre sus ex compañeros: lo único que encontraba era, cada tanto, la noticia de alguien supuestamente muerto en un enfrentamiento. Y muchas noches se pasaba largos ratos pensando por qué se había callado tanto la boca, por qué no había planteado, en su momento, sus dudas y diferencias. Pensaba que eso quizás habría servido para algo, para corregir algún error o, incluso, para salvar alguna vida. A veces le daba mucha bronca consigo mismo; otras, se cabreaba con su organización por no haber sabido ver esos mismos problemas. Pensaba que algunos habían sido muy ingenuos o muy turros, por no hablar; que él, por no hablar, había sido cobarde. La pasaba muy mal. Y otras noches no pensaba: recordaba compañeros muertos, mujeres cargando chicos sin ayuda, hijos sin padres y, en los peores momentos, se imaginaba a Hugo Rivas, su amigo del alma, tirado en un pozo que no conseguía ubicar en ningún lugar preciso.

Noviembre de 1976. El martes 9 Ramiro de Casasbellas, ex director de *Primera Plana*, subdirector de *La Opinión*, se quejaba en un artículo de su diario de la escasez de información sobre la «ofensiva militar contra la subversión, que progresa de éxito en éxito». Ese laconismo, decía Casasbellas, le impedía a la prensa resaltar la trascendencia de «hechos

positivos» como «el operativo en que fueron abatidos los jefes de la banda sediciosa ilegalizada en 1973».

«Aun así, casi a ciegas, los medios han prestado y prestan un servicio esencial para la triunfante evolución de la guerra antisubversiva y la marcha armoniosa del proceso», se consolaba Casasbellas. El artículo se titulaba «Gobierno, prensa y subversión»:

«La Argentina está en guerra. Es un hecho. Dentro de este marco, el Estado, a través de sus Poderes, sancionará a aquellos medios de difusión que hiciesen el ditirambo del enemigo, o que lo ayudasen a propagar sus tesis, o que confundieran al público acerca de la marcha de las operaciones bélicas, de modo de favorecer al adversario. Se trata del delito de “traición a la Patria” establecido en el artículo 103 de la Constitución Nacional.

»Por lo tanto, en este aspecto, los diarios, periódicos, agencias noticiosas, radios y televisoras privados que funcionan hoy en el país son legales: de lo contrario, habrían cesado de existir, o deberían valerse de la clandestinidad. Pero, sin duda, el estado de guerra impone a la prensa y a las autoridades gubernativas ciertas obligaciones que van más allá de la mera oposición frontal al enemigo. Ellas tienen que ver, precisamente, con el manejo de la información sobre el curso de la batalla emprendida, pues resulta mutuo el interés de ambas partes en contribuir a la victoria.

»En la madrugada del 24 de marzo último, delegados militares del nuevo Gobierno citaron en el Comando del Ejército a los dirigentes de medios de difusión para acordar el aporte que el régimen castrense aguardaba de ellos. Se entregaron, entonces, las normas generales elaboradas por el Gobierno para una mejor intermediación de la prensa hacia el público en el relato del proceso que venía de abrirse. La guerra antisubversiva ocupaba, es obvio, un lugar eminente.

»No se alentaba la autocensura sino el recato, indispensable para evitar interferencias en el desarrollo del combate. Pero, al mismo tiempo, se convino en entablar una comunicación constante y flexible, de modo de ir señalando día a día los límites y líneas de la materia en busca de un doble objetivo: preservar la seguridad del Estado y de la población, y aprovechar la influencia y las posibilidades de la prensa de la manera más sensata para que aquel cuidado fuese más certero.

»Es semejante al sistema ideado en Israel —país en guerra desde su fundación hace tres décadas— por un periodista: el hoy desaparecido Ted R. Lurie, director del diario *The Jerusalem Post*. Los responsables de los medios de prensa y los funcionarios gubernativos de esa área determinan en consulta los campos noticiosos sujetos a la máxima prudencia, o aun al silencio, creando así una “censura consentida por los censurados”. Vale la pena insistir en que, dada una situación de beligerancia, sólo el Estado, que conduce las campañas militares, sabe hasta dónde ha de llegar la información y cómo. Y que no es desdoro para los periodistas, sino todo lo contrario, atenerse a esas pautas de emergencia.

»El dispositivo imaginado por el señor Lurie estipuló que las discrepancias entre el Gobierno y la Prensa podían ser dirimidas ante una especie de tribunal de apelaciones constituido por un delegado oficial, un delegado del diario y un miembro de la comunidad, reuniendo así a los sectores involucrados: Gobierno, medios de difusión, público lector.

»Un antecedente, esta vez argentino, merece recordarse: el Decreto de la Libertad de Imprenta, expedido el 26 de octubre de 1811 por el Triunvirato, en plena guerra independentista. Allí se lee que el abuso de esa libertad “es un crimen” y que su acusación corresponde “a todos los ciudadanos” si él “compromete la tranquilidad pública, la conservación de la religión Católica o la Constitución del Estado”.

»“Para evitar los efectos de la arbitrariedad en la calificación y graduación de estos delitos”, se creaba una Junta de nueve ciudadanos independientes, con el fin de que dictaminase sobre la procedencia de las reclamaciones, quedando el castigo, si cupiera, en manos de la Justicia Ordinaria.

»Lo cierto es que los contactos prometidos el 24 de marzo último no se materializaron, salvo algunas notas admonitorias enviadas por el órgano de Prensa de la Presidencia a diarios que habían editado informaciones juzgadas inconvenientes —muy pocas veces vinculadas con la guerra antisubversiva— y llamados telefónicos de la misma Secretaría para aconsejar determinado tratamiento noticioso o advertir acerca de publicaciones consideradas nocivas.

»Finalmente, en la noche del 22 de abril, se impartió a los medios una instrucción verbal de la entonces Secretaría de Prensa, vedando la impresión de informes, comentarios o referencias sobre episodios subversivos, hallazgos de cadáveres, secuestros, desapariciones, muertes de elementos sediciosos y asesinatos de militares, policías o agentes de seguridad, a menos que tales hechos constaran en partes oficiales.

»La tesis que respalda esta política señala que todo cuanto se haga al margen de las noticias emitidas por la autoridad entraña una propaganda para los subversivos. Aun aceptando esta filosofía, ha de admitirse que los comunicados oficiales, por su imprescindible laconismo, no bastan para llevar a la población el sentido global de la lucha empeñada, la concepción social que la preside, las metas que desea alcanzar, brecha de magnitud si se recuerda que la guerra contra el extremismo atañe a la Nación entera. El jefe del Estado Mayor del Ejército la ha definido, una semana atrás, como un acto de legítima defensa de la sociedad, a través de sus Fuerzas Armadas.

»La falta de consultas periódicas, la ausencia de un diálogo fluido entre Gobierno y Medios no disminuyó, qué duda cabe, el vigor de la ofensiva militar contra la subversión, ofensiva que progresa de éxito en éxito. Pero es lógico suponer que un contacto eficiente y perpetuo de las autoridades del área de Prensa con los responsables de los órganos periodísticos habría robustecido la trascendencia de la lucha, en el campo civil, haciéndolo partícipe directo y constante de los cuantiosos esfuerzos bélicos.

»De igual modo, la carencia de un sistema estable de comunicación entre Gobierno y Medios coloca a diarios, radios, agencias y televisoras privados en un desierto de orientaciones, tan nefasto para la prensa como para la etapa institucional iniciada el 24 de marzo. Pueden citarse dos símbolos extremos: el secuestro del coronel Juan Pita, interventor de la CGT, y el operativo en que fueron abatidos los jefes de la banda sediciosa ilegalizada en 1973; en ambos casos, sectores secundarios del Gobierno recomendaron a la prensa constreñir la información al máximo, para no exaltar a la subversión. El método de la consulta permanente habría servido para hallar el camino hábil, maduro —porque madura es la Argentina— destinado a eludir cualquier asomo de propaganda, sin por eso dejar de

destacar ante la opinión pública la trascendencia —negativa en un caso, positiva en el otro— de los acontecimientos citados.

»Aun así, casi a ciegas, los medios han prestado y prestan un servicio esencial para la triunfante evolución de la guerra antisubversiva y la marcha armoniosa del proceso. Acaba de admitirlo, una vez más, el Presidente de la Nación, en un reportaje concedido a periodistas canadienses, cuyo texto se difundió el domingo. He aquí las palabras del teniente general Jorge Videla: “... personalmente, he hecho un desafío a los medios de comunicación masiva, justamente el mejor canal de relación recíproca con el pueblo, para que el Gobierno conozca qué piensa el pueblo de su actitud y, recíprocamente, el pueblo conozca qué necesita el Gobierno con respecto al esfuerzo que debe realizar. Consiguientemente, ello presupone desde ya una prensa que se conduzca con objetividad, con verdad, con responsabilidad; aunque puedo decir con orgullo que la prensa argentina está a la altura de este compromiso. Por eso, la prensa argentina se desempeña en un clima de libertad; no a modo de una concesión graciosa, sino como un derecho que ha conquistado por haber demostrado una conducta ética que es menester destacar”».

—¿Qué te vas a hacer?

—No sé. Mirá, yo me acabo de separar, y como no quiero deprimirme, quiero cambiar totalmente. Que la gente me vea por la calle y no me reconozca. Como empezar otra vida, ¿viste?

La peluquera estaba encantada con el cuento de Graciela Daleo.

—¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro, qué espíritu el tuyo! ¡Así tendríamos que hacer todas las mujeres! No deprimirnos, enfrentar las cosas...

Edgardo, su responsable, le había dicho que tenía que cambiar su aspecto todo lo que pudiera, porque seguramente los milicos ya tendrían sus señas y la podrían reconocer o, incluso, se podía cruzar con algún militante secuestrado que saliera a marcar. Entonces Graciela le pidió consejo a una amiga suya, que le recomendó Antoine, una peluquería elegante en Arenales y Carlos Pellegrini. Y, antes de ir, se inventó la historia del divorcio para justificar su necesidad de cambio. Estaba acostumbrada: desde su adolescencia, cuando empezó a militar, tenía que andar armando

ficciones para contárselas a sus profesoras, sus padres, sus compañeras del colegio. A veces tenía la sensación de que se pasaba la vida contando cuentos.

—Bueno, ¿entonces qué te hacemos? Lo mejor sería un buen teñido, y...

Graciela pensaba que ahí estaba su límite. Tenía el pelo castaño, largo, lacio, y siempre le había parecido que teñirse de rubio era «una forma de aceptar los mandatos culturales del imperialismo». De chica, muchas veces había soñado con ser rubia y de ojos celestes, porque en las novelas y en las películas las lindas, buenas y triunfadoras siempre eran rubias de ojos celestes. Pero por eso mismo sabía que era una trampa, y siempre se había resistido. Aunque ahora quizás fuera necesario.

—¿Y si me hacés claritos, nomás, y me cortás un poquito? ¿Qué te parece?

Le pusieron un delantal, le convidaron un café y empezaron a enjabonarla. Dos horas después salió de la peluquería con un color muy parecido al suyo y un corte tipo paje, redondito y con flequillo. Cuando se vio en el espejo, Graciela se deprimió: se veía como una mezcla de Periquita con el Príncipe Valiente. Y, al otro día, cuando llegó al local, sus compañeros le preguntaron si eso era todo:

—¿Eso nada más te hiciste? ¡Victoria, la misma Victoria, con el pelo más corto!

La secretaría de organización había conseguido un local para funcionar. Era, supuestamente, la oficina de un ingeniero agrónomo en Ciudadela: el ingeniero agrónomo era Pacho, un oficial montonero que había conseguido papeles falsos, y allí se encontraban todos los días el responsable del área y varios de sus militantes. Ya habían tenido otro local, unos meses antes, pero no había durado mucho. En esos días, los locales tenían una vida útil de dos o tres meses: era el lapso que solía pasar antes de que alguna caída obligara a abandonarlos. Y no era fácil reemplazarlos: tenían que ubicar el lugar, conseguir documentos para hacer los papeles, armar una cobertura, instalarlo, hablar con los vecinos, hacerse aceptar. Pero cuando los tenían les facilitaban mucho el funcionamiento: era un lugar donde podían reunirse tres o cuatro militantes, guardar materiales, contactarse. Y no tenían que

andar todo el día por la calle, que era tanto peligro. De hecho, después de la caída de las citas nacionales, los Montoneros habían restringido su funcionamiento: ya no cubrían las citas todos los días sino sólo tres veces por semana, por ejemplo. Era una forma de protegerse, pero Graciela estaba preocupada: si hoy saltaba una emergencia, pensaba, los de Córdoba o Tucumán recién se van a enterar pasado mañana, con todo el tiempo para que los milicos lleguen y actúen. Graciela no sabía si era peor el remedio o la enfermedad: por momentos, el mundo le parecía una inmensa ratonera.

En esos días, Graciela tuvo que tipiar en facit, para reproducirlo, un artículo que había escrito Rodolfo Walsh: «Historia de la guerra sucia en la Argentina». Estaba impresionada: todo lo que hasta ese momento conocía por relatos inconexos, sospechas, rumores, se organizaba en un conjunto coherente y aterrador. Graciela no sabía que la información sobre la ESMA provenía de los informes de un colimba, Sergio Tarnopolsky, secuestrado en julio 76 junto con sus padres, su esposa y una hermana de 16 años, y del guardiamarina Mario Galli, secuestrado junto con su madre y su esposa embarazada. Todos desaparecieron. El informe circuló en redacciones, legaciones extranjeras, partidos políticos que, en general, prefirieron mantener sus datos en el mejor de los silencios:

«I. LOS CADÁVERES MUTILADOS. El 6 de septiembre de 1976 se cumplieron 46 años del primer golpe militar en la Argentina del siglo XX. Ese día, el río de la Plata arrojó sobre las costas uruguayas los cadáveres de tres hombres jóvenes, maniatados y mutilados.

»Ese macabro espectáculo se ha repetido decenas de veces a partir del 24 de marzo de 1976 cuando los militares argentinos volvieron a apoderarse del gobierno y una Junta Militar lo entregó al teniente general Jorge Rafael Videla, el undécimo hombre que se mudó de los cuarteles a la Casa Rosada de Buenos Aires en el último medio siglo.

»En noviembre de 1975, cuando aún prometía acatamiento a la presidenta María Estela Martínez, Videla participó de la XI Conferencia de Ejércitos Americanos que se realiza a iniciativa del Pentágono norteamericano. Allí declaró que “en la Argentina deberán morir todas las personas que sea necesario para que vuelva a reinar la paz”. La Conferencia de Ejércitos se celebró en Montevideo, la capital del Uruguay, donde los

militares gobiernan desde hace un lustro bajo la máscara civil prestada sucesivamente por los presidentes Juan Bordaberry, Alberto Demichelli y Aparicio Méndez.

»Cuatro meses más tarde, cuando Videla desechó esa táctica para su país y desplazó a la señora Martínez, en Uruguay comenzó a sentirse el eco de aquellas palabras suyas.

»El primer cadáver fue hallado pocos días después de la instalación del nuevo gobierno militar argentino. Estaba desfigurado y su identificación resultaba problemática. Oficialmente el Uruguay informó que por los rasgos podría ser japonesa o coreana, y el periodismo rioplatense ideó una fantástica orgía asiática en alta mar, que habría concluido trágicamente.

»La hipótesis prosperó con el hallazgo de otros dos cuerpos, pero soportó mal el cotejo de las evidencias. Ningún buque navegando a la deriva, ninguna denuncia sobre la desaparición de personas la avalaba.

»El río siguió depositando sus misteriosas cargas en las playas atlánticas del Uruguay, de fina arena y tibio clima, frecuentada por turistas de todo el cono sur latinoamericano. Algunos cadáveres estaban tajeados, otros carecían de miembros, a la mayor parte le faltaban las uñas de manos y pies.

»Exiliados uruguayos en París denunciaron que entre los muertos estaban cuatro de sus compañeros detenidos por el gobierno de la república oriental. Inmediatamente las autoridades militares organizaron una conferencia de prensa en Montevideo y condujeron a presencia de los corresponsales a las presuntas víctimas.

»No eran coreanos, ni japoneses, ni uruguayos.

»El gobierno de Buenos Aires no se dio por aludido. Su mayor preocupación, por entonces, consistía en conciliar las distintas tendencias que lo componían. El teniente general Videla había sido designado presidente, pero el Poder Ejecutivo o la Jefatura del Estado, fueron reservados para la Junta Militar, compuesta por Videla y por los Comandantes en Jefe de las otras dos Fuerzas Armadas argentinas, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier general Ramón Orlando Agosti.

»Unidos para concluir con el caótico régimen de la señora Martínez, después del 24 de marzo los militares argentinos divergieron en sus apreciaciones acerca de a quién le correspondía efectivamente el mando.

»Los oficiales del Ejército entendían que con sus 80.000 hombres, esparcidos por todo el territorio nacional, armados con 120 tanques norteamericanos y franceses, debían ejercer sin socios el poder de decisión.

»La Armada con 30.000 hombres y la Fuerza Aérea con 18.000 juzgaban en cambio que el pronunciamiento había sido institucional y que concernía en un pie de igualdad a los tres institutos castrenses.

»Ambos criterios tuvieron una primera confrontación en el nombramiento de un millar de militares para cubrir toda clase de cargos públicos, desde ministerios nacionales y gobiernos provinciales hasta la conducción de municipalidades de pequeños poblados, la intervención a los sindicatos obreros, las policías provinciales y las empresas del Estado.

»Las posiciones más notorias se repartieron por partes iguales: la Junta Militar, la Comisión de Asesoramiento Legislativo que suplanta al Parlamento, el gabinete nacional, la intervención militar en la Confederación General del Trabajo, las comisiones encargadas de devolver a sus propietarios extranjeros empresas que por distintas razones habían pasado a ser administradas por el Estado argentino.

»Pero ya para la ocupación de las 23 gobernaciones provinciales el Ejército hizo pesar su mayor poder de fuego y se apoderó de la mitad, dejando el 25 por ciento para cada una de las otras fuerzas. Los militares de tierra avanzaron decididamente sobre sus camaradas de mar y aire, y cuando la captura de empleos oficiales concluyó, 100 días después del golpe, se habían instalado en el 58,5 por ciento de los despachos rendidos por las armas.

»Los marinos también defendieron con denuedo su porción, que alcanzó al 23,5%. Los aviadores debieron conformarse con el 18% y desde entonces no han cesado de refunfuñar.

»La designación como ministro de Economía del empresario José Alfredo Martínez de Hoz surgió de un acuerdo entre los tres socios mayores del nuevo gobierno. Poderoso estanciero, presidente del directorio de Acindar, una de las tres acerías de la Argentina, subsidiaria de la US Steel,

miembro del directorio de Pan American Airways y de la ITT, Martínez de Hoz destaca en cada discurso público que la aplicación de su impopular programa económico es posible porque cuenta con el respaldo de las tres Fuerzas Armadas.

»Desde abril de 1976, Martínez de Hoz liberó los precios, congeló los salarios, derogó la legislación laboral sancionada a lo largo de medio siglo de luchas obreras, anunció la desnacionalización de todas las empresas estatales que no guardaran directa vinculación con la defensa, preparó una ley de radicación de capitales que coloca a los inversores extranjeros en las mismas condiciones que los argentinos y suprime las trabas para la remesa de utilidades, eliminó el derecho de huelga que puede ser castigado con prisión de 10 años, anuló las preferencias impositivas y crediticias para las pequeñas y medianas empresas nacionales, despejó de gravámenes la importación de bienes que se producen en la Argentina, viajó a Estados Unidos, Europa y Japón en procura de créditos para responder a los vencimientos inmediatos de la apremiante deuda externa de 12.000 millones de dólares, firmó un acuerdo de stand by con el Fondo Monetario Internacional, inició un plan de despidos de agentes estatales que creará casi un millón de nuevos desocupados sobre una población laboral activa de poco más de seis millones, elevó en cinco años la edad necesaria para jubilarse y redujo los haberes que se pagan a los ancianos retirados del trabajo.

»De este modo precipitó un agudísimo cuadro recesivo, en el que la industria trabaja a menos del 50% de su capacidad y los asalariados ven reducidos sus ingresos reales a la mitad de lo que valían en 1960. Un millón de argentinos no tienen empleos y la inflación sigue superando holgadamente a la de cualquier otro país del mundo con un índice mayor del 500% anual.

»En apoyo de ese plan, las tropas tomaron posiciones en las principales fábricas de Buenos Aires, Córdoba y Rosario, de donde se llevaron con destino impreciso a todos los delegados y activistas que no alcanzaron a ponerse a salvo, y supervisaron, con sus ametralladoras montadas, que no descendieran los ritmos de producción.

»II. LA GUERRA CONTRARREVOLUCIONARIA. Según el presidente Videla, la guerra contrarrevolucionaria es el telón de fondo sobre el que ocurren los demás sucesos de la vida nacional. Esta premisa se reitera en los discursos y arengas de todos los jefes militares de las tres fuerzas. Generales, almirantes y brigadieres pregonan su decisión de exterminar o aniquilar hasta el último guerrillero, restablecer el orden en la producción y asegurar que la empresa privada reciba beneficios estables.

»No obstante, existen diferencias entre ellos acerca del modo de alcanzar esa meta y distintas valoraciones sobre el cuidado de los derechos humanos.

»La polémica sobre la forma de conducir la guerra contrarrevolucionaria tiene ya varios años, y se instaló en el centro de preocupación de los militares en 1973, cuando debían entregar el gobierno al peronismo triunfante en las elecciones del 11 de marzo, que había prometido liberar a más de 500 presos políticos. Fue un marino, el almirante Horacio Mayorga, jefe de la aviación naval y propietario de una gran fábrica elaboradora de artículos de cuero, quien sacó a luz los términos de la discusión, al afirmar en un acto castrense que se estaban organizando bandas de asesinos para reprimir clandestinamente a los guerrilleros.

»Durante su breve tercera presidencia de ocho meses, el teniente general Juan D. Perón trató de neutralizar a los Montoneros y su gobierno declaró ilegal el Ejército Revolucionario del Pueblo. No obstante sus agudas críticas a la conducción económico-social de Perón, los Montoneros podían actuar legalmente y efectuaban declaraciones en diarios y revistas. La Juventud Peronista organizaba concentraciones públicas y retenía el control de la Universidad de Buenos Aires y posiciones de poder en algunos gobiernos provinciales. Mientras tanto el ERP había iniciado las hostilidades armadas contra el gobierno peronista.

»Dos meses después de la muerte de Perón, ocurrida el 1.º de julio de 1974, los Montoneros se retiraron de toda actividad legal y reanudaron la lucha armada al mismo tiempo que estimulaban abiertamente al llamado Peronismo Auténtico.

»Perón quiso evitar que las Fuerzas Armadas participaran activamente en la guerra contrarrevolucionaria, porque sabía que luego de ese primer

paso, el segundo sería inevitablemente la ocupación del gobierno.

»LA TRIPLE A. La viuda de Perón, Isabel Martínez, y el principal consejero presidencial, José López Rega, repararon que sin el gigantesco influjo político de Perón, la policía resultaba insuficiente para contener a los irregulares.

»López Rega organizó la Alianza Anticomunista Argentina, con personal policial, militares retirados y grupos de choque sindicales que en poco más de un año cobraron 1000 víctimas. Las primeras fueron conocidas figuras del movimiento peronista identificadas con el Peronismo Auténtico, como el jefe de policía de la provincia más importante del país, la provincia de Buenos Aires, Julio Troxler, quien fue asesinado por las denominadas Tres A.

»En febrero de 1975, el gobierno encomendó a los militares la lucha en Tucumán contra la Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez, del Ejército Revolucionario del Pueblo, que controlaba un vasto territorio.

»Los temores de Perón sobre el avance militar se demostraron exactos. En junio las movilizaciones populares que paralizaron el país lograron el alejamiento del hombre fuerte José López Rega, cabo de la policía y astrólogo, quien por entonces gozaba de las atribuciones de un primer ministro.

»Ello alarmó a los círculos militares e indujo a los altos mandos a retirar su apoyo a López Rega, amenazarlo con una investigación sobre las AAA y forzar su alejamiento del país. Desde entonces la escalada hacia el poder por parte de las FFAA fue incontenible.

»En noviembre, obtuvieron del presidente interino Ítalo Luder la firma de dos decretos que autorizaban a las Fuerzas Armadas a intervenir como policía interna en todo el país, para sofocar a los guerrilleros y al “terrorismo industrial”, figura con que se aludía a los paros y huelgas en las fábricas demandando mejoras salariales.

»En marzo de 1976, los militares se reinstalaron en el centro de la escena.

»Entre los alegados motivos del golpe de estado se mencionó la actuación incontrolada de las bandas terroristas de ultraderecha, que no

habían dejado de operar con la salida de López Rega. Los militares prometieron el monopolio legal de la violencia.

»En los días previos y posteriores al 24 de marzo, caravanas de camiones cargados con tropas del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, realizaron controles de rutas y requisaron viviendas en todo el país. En algunas guarniciones militares se formaron cortes castrenses que aplicaron severas condenas a los guerrilleros apresados. Se reimplantó la pena de muerte y se elevaron los castigos para los llamados delitos contra la seguridad del Estado.

»LOS MÉTODOS ESPECIALES DE INTERROGATORIO. Esta eclosión de legalidad represiva duró poco. Los militares optaron por procedimientos menos aparatosos: pequeños grupos operativos, sin uniforme y en vehículos no identificables, emboscan sigilosamente a sus enemigos y los trasladan a los cuarteles sin informar oficialmente su detención.

»La Orden de Operaciones de Lucha contra la Subversión, emitida por el Comando en Jefe del Ejército en noviembre de 1975, indicaba que se aplicarían “métodos especiales de interrogatorios” para ejercer una sostenida acción de inteligencia. Vale decir, torturas en búsqueda de información para realizar nuevos procedimientos enmascarados.

»Al iniciarse las hostilidades, la coordinación era ejercida por una Central de Operaciones (Cenope), que funcionaba en el Comando en Jefe del Ejército. A mediados de 1976, el nuncio apostólico, monseñor Pío Laghi, envió un informe al Vaticano en el cual juzgaba que la Argentina era gobernada como el Imperio Romano. Cada general es un procónsul que decide sobre su región, afirmaba, y nadie se inmiscuye en una zona ajena. Para efectuar un arresto no es necesaria ninguna consulta, en cambio se requiere acuerdo del conjunto para disponer una libertad.

»Los medios políticos argentinos, cuya actuación ha sido prohibida por una ley, afirman que las decisiones de los altos mandos castrenses son comunicadas en detalle hasta los escalones inferiores de cada área, pero que los canales de información están obstruidos en el sentido inverso.

»Una parte de la oficialidad joven que ejerce la conducción táctica de las operaciones recibe lineamientos generales, pero no da cuenta a sus superiores sobre la forma de su aplicación. Los jefes aprueban a libro

cerrado esas actividades y se resignan a la ignorancia de sus detalles, hasta que algún caso adquiere notoriedad local o internacional.

»Como ejemplo se cita el secuestro de los ex legisladores de la moderada Unión Cívica Radical, Hipólito Solari Yrigoyen y Mario Abel Amaya, capturados por la Marina en la ciudad patagónica de Puerto Madryn, más de 1000 kilómetros al sur de Buenos Aires. La protesta internacional azuzó los conflictos internos de la cúpula militar, que ordenó la aparición de ambos políticos. La Marina los arrojó atados en una ruta de donde los recogieron fuerzas del Cuerpo V de Ejército. Contra lo que se esperaba, no se los puso en libertad y se los mantuvo detenidos, ahora oficialmente. El Cuerpo V los colocó a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, figura jurídica derivada del estado de sitio. Amaya falleció poco después en la cárcel de villa Devoto, por una insuficiencia cardíaca según el parte oficial; debido a las torturas que recibió, de acuerdo con la opinión de la Unión Cívica Radical.

»EL ASESINATO DE LOS SACERDOTES. También gozaron de amplia difusión internacional los asesinatos de nueve sacerdotes y un obispo, cinco en una residencia de la orden palotina en la Capital Federal, dos en villas de emergencia del Gran Buenos Aires, dos en una capilla de la provincia de La Rioja, cerca de la frontera con Chile, y el obispo Enrique Angelelli a raíz de un provocado accidente automovilístico, también en La Rioja.

»En septiembre de 1976, al recibir las credenciales del nuevo embajador argentino ante la Santa Sede, el papa Paulo VI reclamó las explicaciones aún pendientes sobre estos casos.

»LOS EXILIADOS LATINOAMERICANOS. Otros casos que vencieron la férrea censura de prensa que impera en la Argentina fueron los secuestros y asesinatos del ex presidente de Bolivia, general Juan José Torres González, y de los ex legisladores uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, y una sucesión de procedimientos contra los 15.000 refugiados latinoamericanos residentes en la Argentina, que provocaron la intervención de las Naciones Unidas y un incesante éxodo hacia países más seguros. Días antes de los asesinatos de Michelini y Gutiérrez Ruiz, el canciller argentino, contralmirante César Augusto Guzzetti había firmado varios acuerdos de cooperación con su colega uruguayo Juan Carlos Blanco.

»Cuando la esposa del general Torres González denunció su secuestro, el ministro del Interior, general Albano Eduardo Harguindeguy dijo en conferencia de prensa que el único dato cierto era que el ex mandatario de Bolivia faltaba de su domicilio desde el día anterior, sugirió que lo había abandonado por propia decisión y adujo que existía una campaña internacional de desprestigio contra la Argentina. Dos horas después fue hallado el cadáver de Torres.

»Ante el secuestro de 70 exiliados uruguayos y chilenos, Harguindeguy negó la participación del gobierno en el operativo, realizado con varios camiones, a un centenar de metros de una comisaría policial, pero al mismo tiempo manifestó que mejor harían en instalarse en otros lugares del mundo.

»PROFESIONALES, ARTISTAS, SINDICALISTAS, POLÍTICOS. En marzo de 1976, inmediatamente después del golpe de estado, un comando castrense secuestró de su consultorio al psicoanalista Francisco Bellagamba, luego de reducir y maniatar a un grupo de pacientes que atendía en ese momento. Ese día se inauguró otra modalidad que luego se tornó habitual en los procedimientos clandestinos: los secuestradores arrancaron las cortinas del consultorio del psicoanalista y dentro de ellas envolvieron su máquina de escribir, su aparato reproductor de discos, el televisor, la vajilla y otros objetos de valor que se llevaron con rumbo desconocido. Similar fue la irrupción de los militares en la casa del escritor Haroldo Conti, becario Guggenheim y premio Casa de las Américas, de quien nada volvió a saberse.

»En Tucumán los oftalmólogos Artigas y Lechinsky fueron secuestrados y torturados luego que el ejército descubriera en algunos guerrilleros del ERP apresados operaciones en la vista que sólo podían haber sido realizadas por especialistas calificados. En la Capital Federal la Marina se apoderó del físico nuclear Antonio Missetich, especialista del Instituto de Tecnología de Massachussets, por cuya suerte se interesó, en vano, el senador estadounidense Edward Kennedy. Del mismo modo desaparecieron los periodistas Enrique Walker, Eduardo Suárez, un hijo del poeta Juan Gelman y una hija del novelista David Viñas, los sindicalistas

Jorge Di Pasquale y Mario Aguirre, el ex senador Luis Carneval, la madre del dirigente peronista Juan Carlos Dante Gullo.

»Ante las múltiples demandas sobre la lista de presos políticos, que nunca ha sido publicada, el ministro del Interior respondió que la tiene en su poder, pero que se abstendrá de hacerla conocer para no suministrar información valiosa a la subversión.

»LAS EJECUCIONES CLANDESTINAS. Así como no se conocen los nombres de los secuestrados ni el lugar de su detención, tampoco se informa sobre la identidad de los cadáveres que incesantemente aparecen en los descampados del Gran Buenos Aires, e inclusive de la Capital Federal.

»Después de las operaciones guerrilleras de envergadura, los militares argentinos ejecutan a grandes cantidades de presos políticos como advertencia y represalia. Los episodios más espectaculares de este tipo se produjeron el 3 de julio y el 20 de agosto, luego de los atentados contra la Superintendencia de Seguridad, SS, de la Policía Federal, y el general Omar Actis, presidente de la Comisión Organizadora del campeonato mundial de fútbol de 1978.

»El 20 de agosto en la localidad de Pilar, en las afueras de Buenos Aires, se encontraron 30 cadáveres fusilados y dinamitados. Sus identidades no se suministraron, de acuerdo con la doctrina militar del silencio, para impedir que se repitiera lo ocurrido en un caso anterior, en el que una mujer arrestada oficialmente apareció entre los cadáveres hallados en una ruta.

»UN GENERAL LEGALISTA. En julio, una bomba estalló en la cama del jefe de Policía, general Cesáreo Cardozo, quien murió sin advertir lo que ocurría. Para reemplazarlo fue designado el general Arturo Amador Corbetta, uno de los escasos intelectuales del Ejército Argentino, abogado, ateo, soltero, lector y admirador del filósofo Emanuel Kant, quien en su primer discurso como jefe de Policía anunció que el Estado asumiría el monopolio de la violencia, acabando con los grupos parapoliciales y paramilitares.

»Una semana más tarde Corbetta tuvo ocasión de probar la honestidad de sus propósitos. Cincuenta especialistas policiales en represión política murieron entre los escombros de la SS, demolida el 2 de julio por una carga explosiva. Los comisarios generales Alejandro Scarcella y Evaristo

Besteiro, entrenados para la guerra contrarrevolucionaria en la Escuela Interamericana de Policía subsidiada por la AID, ingresaron abruptamente al despacho de Corbetta acompañados por 15 de sus lugartenientes y le entregaron una lista de 18 nombres de presos políticos que debían ser ejecutados en venganza.

»El general Corbetta recibió la lista y no formuló comentarios. Cuando sus visitantes se habían retirado llamó al comisario Besteiro, quien reingresó sin compañía. Corbetta le indicó secamente que anulara las órdenes de ejecución ya impartidas. Besteiro se negó airadamente. Corbetta lo encañonó con su pistola Browning 9 mm, producida por una de las 14 plantas industriales de la Dirección General de Fabricaciones Militares, y le reiteró la orden. De mala gana Besteiro tomó el teléfono de Corbetta y cumplió con lo que éste le reclamaba.

»Pero una vez que abandonó el despacho de la jefatura, Besteiro reiteró las instrucciones que había impartido a sus subordinados. Uno de los 18 presos fue fusilado contra una de las paredes del Obelisco, en la ubicación más céntrica de la Capital Federal argentina.

»Corbetta separó de sus cargos a los comisarios Besteiro y Scarcella y presentó su renuncia, que fue aceptada por el ministro del Interior. En su lugar fue nombrado el general René Ojeda, cuya disposición consistió en reponer como asesores de la jefatura a los dos comisarios.

»Entre los amigos personales de Corbetta se cuenta el ex presidente militar Alejandro Agustín Lanusse, quien dirigió el Ejército entre 1969 y 1973 y fue jefe del gobierno entre marzo de 1971 y mayo de 1973. Lanusse también criticó públicamente la permanente violación de los derechos humanos por la actual Junta Militar y, como Corbetta, debió soportar duras pruebas.

»ATAQUES A COLABORADORES DE LANUSSE. El gobierno del presidente Videla no tomó medidas directas contra Lanusse, pero sí contra algunos de sus más íntimos colaboradores.

»Su ministro de Educación, el ahora funcionario de la UNESCO Gustavo Malek, fue acusado por el segundo comandante del Cuerpo V de Ejército, general Acdel Edgardo Vilas, de dirigir un plan de infiltración marxista en la Universidad Nacional del Sur.

»Una hija de su viceministro de Educación, Emilio Fermín Mignone, fue secuestrada por personal de la Marina el 14 de mayo de 1976 sin que volviera a tenerse noticias sobre su paradero.

»En una carta del 12 de agosto al periodista Bernardo Neustadt, quien no la publicó, Mignone, que abandonó su puesto en el gabinete del teniente general Lanusse en 1973 cuando el peronismo tomó el gobierno, afirmaba que actualmente “no menos de 15.000 argentinos han sido muertos o están detenidos en lugares ocultos, encapuchados, encadenados por cuadros militares, en reparticiones militares, pero se niega su detención y se mantiene en la angustia más cruel a miles de familias”.

»El ex funcionario del anterior gobierno militar adujo en su carta que la situación que se vive ahora en la Argentina “nos llevará a una verdadera guerra civil y a la destrucción de las mismas Fuerzas Armadas”. Agregó que “estamos sometidos a la irresponsabilidad de oficiales de grado inferior fanatizados, ávidos de venganza, que constituyen fuerzas irregulares que, cuando terminen —si lo consiguen— con la subversión, crearán un problema a la autoridad militar porque intentarán copar el poder”.

»El 3 de octubre uno de los más altos oficiales de la Armada, el ministro de Relaciones Exteriores, contralmirante César Augusto Guzzetti, desmintió que los oficiales subalternos hubieran escapado al control de las jerarquías superiores y defendió los procedimientos clandestinos descritos por Mignone.

»En un reportaje concedido al corresponsal del diario argentino *La Opinión*, en Nueva York, el contralmirante Guzzetti dijo que sólo eran subversivas las organizaciones que él llamó “de signo izquierdista”.

»“La subversión o el terrorismo de derecha no es tal”, manifestó el canciller. “El cuerpo social del país —agregó— está contaminado con una enfermedad que corroe sus entrañas y forma anticuerpos. No pueden ser considerados de la misma manera que se considera al microbio. A medida que el gobierno controle y destruya a la guerrilla, la acción de anticuerpo va a desaparecer.” (...)

»LA ESCUELA DE MECÁNICA DE LA ARMADA. La Escuela de Mecánica de la Armada, cuya misión específica es el reclutamiento, instrucción y adiestramiento del personal subalterno, se ha convertido en uno de los

principales centros de interrogatorios y torturas de la Capital Federal argentina, responsable de miles de secuestros y asesinatos de trabajadores y militantes revolucionarios.

»La Escuela de Mecánica forma técnica e ideológicamente al personal de marinería. Su similar en la Infantería de Marina es la Escuela de Suboficiales de Infantería de Marina con asiento en Punta Mogotes, en las afueras de Mar del Plata. Su equivalente en el Ejército es la Escuela para los Servicios para Apoyo del Combate General Lemos, de Campo de Mayo, a 20 km de la capital argentina.

»En la Escuela de Mecánica de la Armada, dependiente de la Dirección de Instrucción Naval del Comando en Jefe, se cursan siete especialidades técnicas: mar, electricistas, maquinistas, artilleros, comunicaciones, técnicos en radar y abastecimientos.

»En el primer año los alumnos revistan como aspirantes, en el segundo como marineros, en el tercero y cuarto como cabos segundos, grado con el que egresan.

»Está asentada en un amplio predio sobre el río de la Plata, a pocos metros del límite entre la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, comprendido entre las avenidas del Libertador, Comodoro Rivadavia, Lugones y Pico.

»En 1972, a raíz de los fusilamientos producidos en la base de Trelew ocurrieron una serie de atentados contra el personal naval domiciliado en Buenos Aires. Para brindar seguridad a su personal superior, la Armada decidió trasladar a la Escuela de Mecánica una compañía del batallón de Infantería de Marina 2, con asiento en Puerto Belgrano, la base naval más importante del país, en Bahía Blanca, al sur de la provincia de Buenos Aires.

»Sus áreas eran inicialmente defensivas. Un oficial acompañado por cinco o seis hombres realizaba patrullas nocturnas por los domicilios de los almirantes y capitanes de navío de la Capital y el Gran Buenos Aires, mientras una sección permanecía alistada permanentemente dentro de la Escuela.

»Esta compañía encargada de proteger a los altos mandos se sublevó en noviembre de 1972, cuando Perón regresó a la Argentina al cabo de 17 años

de exilio. El motín fue comandado por dos oficiales jóvenes, el teniente de navío Carlos Federico Lebrón y el guardiamarina Julio César Urien, quienes se proponían garantizar la seguridad del anciano líder, quebrando el cerco de 40.000 hombres que el Ejército había montado en torno del aeropuerto internacional de Ezeiza, impidiendo el paso de medio millón de peronistas que durante toda la noche marcharon hacia allí bajo una lluvia torrencial.

»La sublevación fue dominada por el Ejército. Lebrón y Urien arrestados, y Perón recibido en triunfo por centenares de miles de sus partidarios que durante una semana desbordaron todas las medidas de control para llegar incesantemente hasta su residencia, a pocos kilómetros de la Capital.

»Liberados en 1973 por el gobierno peronista, ambos marinos se unieron a los Montoneros. El ex teniente de navío Lebrón fue muerto por el Ejército en Tucumán, donde comandaba una sección de combate, y el ex guardiamarina Urien fue recapturado por la Armada, que lo mantiene prisionero desde 1975.

»Luego del alzamiento, la compañía que comandaba Lebrón fue reintegrada al Batallón de Infantería de Marina 2, y en 1974 se asignó a la Escuela de Mecánica una compañía permanente compuesta por dos oficiales, tres suboficiales y diez cabos de Infantería de Marina y 117 soldados conscriptos.

»En 1976 la estructura ofensiva de la Escuela de Mecánica quedó integrada por el llamado Grupo de Tareas 3.3 (GT 3.3) conformado sobre la Compañía Ceremonial. Lo constituyen dos jefes y 7 oficiales de Infantería de Marina, 10 suboficiales, 22 cabos segundos de Infantería de Marina, 20 cabos segundos de Marinería, 22 marineros de Infantería de Marina y 231 soldados conscriptos, en total 314 hombres.

»EL SISTEMA DEFENSIVO. Ese personal cumple funciones defensivas y ofensivas. La estructura defensiva, conducida por un teniente de navío a cargo de la guardia comprende puestos fijos, patrullas internas y una compañía de retén, lista para entrar en combate en cualquier momento.

»Más de 15 puestos fijos cubren todo el perímetro de la Escuela. Un observador con largavista se ubica en el techo del pabellón central, mientras

termina de construirse otro puesto elevado en el bosque que rodea las instalaciones.

»Los soldados armados con FAL o fusil FN que ocupan los puestos fijos utilizan auriculares para comunicarse por un sistema alámbrico con la guardia central, a través del cual deben dar el primer aviso ante alguna agresión externa.

»Seis cabos, mandados por un oficial tienen a cargo las patrullas internas. El oficial con una ametralladora PAM, cinco de los soldados con fusil ametrallador liviano y el restante con fusil ametrallador pesado, recorren el interior de la Escuela controlando los puestos fijos y al resto del personal, de cuyas novedades informan a la guardia central por medio de un walkie-talkie.

»LAS OPERACIONES ESPECIALES. La Escuela de Mecánica realiza también operaciones ofensivas, fuera de su asentamiento. Algunas de ellas de uniforme, otras de civil, en móviles no identificables con apoyo de las seccionales 39 y 45 de la Policía Federal.

»Por su ubicación en el límite entre la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, la Escuela puede operar indistintamente a ambos lados de la avenida General Paz, que divide ambas jurisdicciones.

»Esta división del territorio es respetada por las patrullas uniformadas y los controles de documentación y de vehículos en calles y lugares públicos, pero no rige para las operaciones especiales, enmascaradas.

»Las patrullas de uniforme se realizan en camionetas verdes, sin inscripciones exteriores, precedidas por un patrullero de la Policía Federal. Se realizan dos o tres por día y su duración media es de tres horas.

»Al mando de la patrulla va un oficial, armado con pistola y ametralladora, igual que el suboficial que lo acompaña. Los secundan dos cabos primeros marineros con fusil ametrallador liviano y ocho soldados conscriptos, siete de ellos con fusil ametrallador liviano y el octavo con pistola lanzagases.

»Las dos camionetas se comunican con la Escuela mediante un walkie-talkie de un canal.

»En cambio las patrullas de civil carecen de regularidad y se realizan sobre datos de inteligencia obtenidos previamente. No participan soldados

conscriptos y están a cargo de oficiales, suboficiales y cabos segundos de la Escuela, armados con revólver, granadas de mano, fusiles 30-30 con mira telescópica, fusil ametrallador liviano con infrarrojo, escopetas Itaka y pistolas ametralladoras. Se comunican con la central por un walkie-talkie de dos canales.

»Estos grupos, encargados de los secuestros de trabajadores y militantes políticos, se desplazan en un Torino gris de dos puertas, chapa C659027; un Torino blanco de dos puertas, chapa C545046; un Ford falcon bordó cuya chapa comienza con C413; un Ford falcon verde musgo, chapa B1345967; un Ford falcon celeste chapa B1056783; un Opel K 180 naranja, chapa B1345876; una rural falcon gris, chapa 655354; un Torino TS blanco, chapa V000932; un Chevrolet azul chapa B290027 y un Chevrolet color café chapa B928445.

»LAS SEVICIAS. Lo que sigue es el testimonio de una persona que estuvo detenida durante tres semanas en la Escuela de Mecánica de la Armada. “Al llegar encapuchado al lugar donde permanecería detenido oí ruido de aviones. Para entrar al pabellón donde me alojaron atravesamos una sala muy grande donde se oía música moderna muy fuerte. La reconocí días después cuando me llevaron ahí para torturarme. De esa sala grande se pasa a un ascensor al bajar del cual me hicieron subir una escalera de unos nueve peldaños. Me introdujeron en una habitación con otras personas que no conocía, entre 20 y 30. Todos tenían los pies atados con cadenas, unidas a argollas que ceñían los tobillos. La mayoría estaban sujetos a columnas o a trozos de hierro muy pesados. Permanecí encapuchado las tres semanas que estuve allí, y con las manos esposadas a la espalda. La capucha no me la quitaban ni para comer, pero me pasaban las esposas para adelante para que pudiera servirme de mis manos. Nos custodiaban hombres que por la edad no parecían soldados conscriptos. Sólo podíamos verles los borceguíes por la parte inferior de la capucha. Si intentábamos hablar entre nosotros nos castigaban a golpes. Un día me llevaron a la sala grande con música moderna, y dentro de ella a una pequeña pieza. Allí me aplicaron la picana eléctrica”.

»La picana eléctrica es una punta metálica a la que se conectan dos polos eléctricos, que producen una descarga al contacto con la piel.

»Es un invento argentino. Rudimentarias picanas se utilizaron durante mucho tiempo en los frigoríficos para forzar al ganado a desplazarse en la dirección deseada por el jinete encargado de arrearlo hacia los corrales de sacrificio. Ingenios similares son usados aún hoy, alimentados por pequeñas pilas, por los jockeys que desean estimular a sus cabalgaduras sin arriesgarse al doping, comprobable químicamente.

»En la década del 30, durante la primera dictadura militar del siglo XX en la Argentina, la policía comenzó a servirse de la picana para forzar confesiones de presuntos delincuentes.

»La picana es un elemento de tortura útil para sortear las evidencias y las penalidades que pueden caer sobre los torturadores bajo un régimen liberal, en el que jueces, legisladores y periodistas controlan que los excesos no sean escandalosos ya que pasados pocos días, y si se ha aplicado con pericia, no deja marcas en la piel.

»Pero en la Argentina de hoy las marcas en la piel, los jueces, los legisladores y los periodistas dejaron de preocupar a los militares, que no se sienten obligados a rendir cuentas a nadie de sus actos, e inclusive se permiten divulgar en escuetos comunicados la muerte de algún detenido por un paro cardíaco, sin abundar en mayores detalles, como hizo el Cuerpo III de Ejército, con asiento en Córdoba, con la maestra comunista María Elena Inzaugarat, de 50 años de edad.

»Los pocos detenidos que lograron salir con vida de la Escuela de Mecánica de la Armada, liberados al comprobarse su desvinculación con las causas por las que fueron apresados o, en un caso, por haber fugado, han permitido reconstruir aproximadamente la gama de sevicias que allí se aplican: violación de mujeres, introducción de lauchas vivas en la vagina, mutilación de genitales con hojitas de afeitar, vivisecciones sin anestesia, amputación de miembros, arrancamiento de uñas de manos y pies.

»Las torturas concluyen con la muerte de los prisioneros, que son arrojados al río de la Plata, o cuando es posible, transportados en un barco de la Armada hasta alta mar, en las afueras de Mar del Plata. Por eso, uno de los cadáveres encontrados en el Uruguay, tenía en los bolsillos del pantalón cigarrillos, fósforos y monedas argentinos.

»Los torturadores procuran obtener información para realizar nuevos procedimientos, y los médicos de la Escuela de Mecánica los auxilian para impedir que algún prisionero muera si todavía hay esperanzas de extraerle algún dato útil. (...)

»LAS VÍCTIMAS. Cinco miembros de la familia Lizazo fueron torturados y muertos en la Escuela de Mecánica, 20 años después del fusilamiento en los basurales de José León Suárez del mayor de los hermanos, Carlos Lizazo.

»Militantes peronistas, los Lizazo vivían en el norte del Gran Buenos Aires, en la zona operativa de la Escuela de Mecánica. Los primeros secuestrados fueron Jorge Héctor Lizazo y su mujer, María del Carmen Núñez de Lizazo. Después su hermana Irma Leticia Lizazo de Delgado junto con su esposo. Finalmente el hermano menor, Miguel Lizazo. Ninguno de ellos sobrevivió. Testigos presenciales dijeron que para presionar a Jorge Lizazo y a su esposa, quienes se negaron a suministrar ninguna información a sus captores, el personal de la Escuela de Mecánica llevó a su presencia a cinco de sus familiares.

»La madre de los hermanos Lizazo, Amelia, quien había militado en la rama femenina del justicialismo fue secuestrada junto con los familiares de su nuera, Roque Núñez, Roque Núñez hijo, María Dortona de Núñez y la inválida María Juana Núñez. Todos ellos fueron castigados en presencia del matrimonio.

»Los testigos afirman que varios de los torturadores pidieron ser relevados de la tarea, luego de culminar el suplicio de Jorge Héctor Lizazo.

»Junto con los Lizazo, en el café de Los Angelitos, habían sido detenidos el contador Alejandro Lagrotta y su esposa. Ella fue liberada, pero Lagrotta desapareció definitivamente.

»Otro procedimiento de la Escuela de Mecánica de la Armada fue el secuestro del físico nuclear Antonio Missetich. Su hermana Mirta había sido secuestrada junto con su esposo, Juan Pablo Maestre, en 1971, durante uno de los primeros operativos encubiertos de las FFAA argentinas. Maestre apareció muerto días después en una zanja, pero el misterio más impenetrable rodea aún hoy a Mirta Missetich.

»Sin militancia política conocida, Antonio Missetich fue detenido por personal de la Escuela de Mecánica de la Armada debido a su parentesco con Mirta. Ni el senador norteamericano Edward Kennedy, ni el ex ministro de dos gobiernos militares argentinos, capitán de navío Francisco Guillermo Manrique, que se interesaron por su suerte obtuvieron respuesta.

»El mismo silencio acompañó todas las gestiones realizadas ante la Armada en procura de noticias sobre el destino de los delegados del astillero Mestrina, en la localidad de Tigre, sobre el río Paraná. Ayala, Boncio, Resek y los hermanos Vivanco, los dos primeros retirados de su domicilio y el restante de su lugar de trabajo por fuerzas de la Escuela de Mecánica.

»En algunos pocos casos, la posición política de familiares de detenidos ha permitido la obtención de noticias sobre ellos, aunque no su aparición con vida.

»Mónica Mignone fue secuestrada junto con otros cuatro jóvenes por personal de la Escuela de Mecánica el 14 de mayo. Su padre, el ex viceministro de Educación del presidente militar teniente general Alejandro Agustín Lanusse declaró que tenía la certeza de que su hija había estado en la Escuela de Mecánica, pese a las negativas de los jefes navales.

»“¿Acaso no se negó, pese a todas las evidencias, que los sacerdotes jesuitas Jorio y Jalics —que están incomunicados desde hace tres meses, sin cargos contra ellos— no habían sido detenidos?”, pregunta el profesor Emilio Fermín Mignone en una carta abierta cuya publicación fue prohibida por el gobierno militar.

»Y añade: “Lo mismo que los 15 catequistas que fueron largados encapuchados y encadenados después de doce horas de hambre y de frío en el Acceso Norte. Las fuerzas que actuaron ese domingo 23 de mayo a las 12 horas del día, en la villa del Bajo Flores, dijeron ser del Ejército y pidieron apoyo a la comisaría de la zona. El almirante Montes, jefe de Operaciones Navales, que niega que mi hija esté detenida en su arma (afirmación de la que me permito dudar totalmente) me dijo que ese procedimiento había sido realizado por la Infantería de Marina, y que los secuestrados fueron conducidos a la Escuela de Mecánica de la Armada. Pero todo eso se negó

durante... (?) hasta que se descubrió por la filtración de la esposa de un oficial”.

»Mignone no tenía agravios con las Fuerzas Armadas ni con la Marina. En 1972, cuando ocurrieron los fusilamientos en la base naval de Trelew no se sintió concernido y permaneció en el mismo cargo que ocupaba en el gobierno nacional. Ahora afirma que “o estos miles de presos detenidos por hombres en actividad de las FFAA están bajo su jurisdicción, y entonces toda la jerarquía militar miente y construye una gran farsa cuando nos recibe sonriente y amablemente, o los comandos que actúan de esta manera no está subordinados a sus mandos, y entonces la situación es gravísima.

»”Calcule usted, las consecuencias y la responsabilidad histórica — prosigue— de quienes ascendieron al poder el 24 de marzo con la bandera del monopolio del poder por el Estado y a los pocos meses no pueden controlar ni a un suboficial. El dilema es de hierro y si mienten es igualmente grave, porque un Estado no se puede fundar en la mentira. Todo esto lo he expuesto sin encontrar respuesta satisfactoria en todos los estrados de las Fuerzas Armadas a los cuales me ha obligado a concurrir la desaparición de mi pobre y buena hija”.

»Según Mignone, las autoridades militares practican la “guerra sucia sin advertir que esto es suicida, además de inmoral. ¿Cómo no tienen conciencia que de aquí a dos años, sea que hayan matado a los 20 o 30 mil marginales que han encarcelado o esperan encarcelar, o sea que los suelten, luego de meses de ocultamiento y encadenamiento, encapuchamiento y torturas, la literatura sobre el tema va a inundar el país y se va a volver como un boomerang imposible de detener, sobre las propias Fuerzas Armadas?”.

»Otro alto funcionario de anteriores gobiernos militares, el brigadier Jorge Landaburu, de la Fuerza Aérea Argentina, también padeció las tribulaciones que acongojan a Mignone, desde la desaparición de una de sus hijas de 23 años, militante de la Juventud Universitaria Peronista.

»Cuando fue capturada por un pelotón de la Escuela de Mecánica de la Armada, la joven tenía en su poder el relato de sevicias aplicadas a otra detenida, que había logrado fugar días antes de la Escuela. Durante 150 días el brigadier efectuó gestiones de alto nivel político y militar, pero la Marina

negó que la mujer estuviera en sus manos. A fines de septiembre, sin embargo, oficiales de la Escuela entregaron al brigadier el cadáver de su hija, fusilada allí luego de cinco meses de torturas.

»Las estimaciones sobre la cantidad de víctimas son difíciles, pero se sabe que entre un sótano muy próximo a las pistas del Aeroparque de Buenos Aires —casi todos los relatos coinciden en mencionar el intenso ruido de motores de avión— y un altílo que integra la Casa de Oficiales de la Escuela, hay en forma permanente unos 60 detenidos, que se renuevan sin cesar. Unos llegan mientras otros son arrojados a las aguas. En el Uruguay ya han aparecido unos 25 cadáveres, pero se juzga que ése es apenas un porcentaje mínimo, que por errores técnicos ha escapado al control de las autoridades de la escuela tomando estado publico.

»LOS VERDUGOS. Puede parecer extraño, pero resulta más simple conocer a los verdugos que a sus víctimas. No porque hagan alarde de sus crímenes sino porque ningún secreto puede mantenerse cuando quienes lo conocen son 100 oficiales, 300 suboficiales, 2500 cabos alumnos, 3500 aspirantes, 400 civiles, 500 soldados conscriptos y 100 profesores. Es decir, más de 7000 personas, la mayoría de las cuales no comparten los procedimientos vigentes en la Escuela.

»Una de las hojas de guardia del Grupo de Tareas 3.3 arroja revelaciones de interés. Por ejemplo, que los oficiales secuestradores y torturadores utilizan nombres de encubrimiento para ocultar sus identidades.

»Cada guardia se divide en dos trozos. Uno releva al otro, a las 16 horas. Los oficiales del trozo A del grupo operativo SSOO (señores oficiales) se llaman Inglés, Toto, Sisi, Seis, Federal. Los del trozo B: Negro, Ruta, Reja y Juan Carlos. En una página posterior de este trabajo se reproduce íntegra una de las hojas de guardia, sustraída por uno de los 7000 testigos.

»“Reja” era el nombre de encubrimiento del teniente de fragata de Infantería de Marina Jorge Omar Mayo, “Capitán” el que encubría al subdirector de la Escuela, capitán de fragata Salvio O. Menéndez, jefe de los grupos operativos clandestinos.

»En junio de 1976 ambos encabezaron un allanamiento, a las 2 de la madrugada, en una casa del barrio de Belgrano, Arredondo al 2700. Fueron recibidos a tiros y “Reja” murió cuando explotó una granada.

»La presencia del Comandante en Jefe de la Armada, almirante Emilio Eduardo Massera en el sepelio del teniente de fragata Mayo, a cuya viuda brindó consuelo, es mencionada en la Argentina como un inicio del conocimiento que las altas jerarquías tienen sobre lo que ocurre en la Escuela de Mecánica.

»En julio, luego de un mes de convalecencia, “Capitán” dirigió otro operativo, en un departamento de la calle Oro, en el barrio de Palermo. Los marinos abatieron allí a una mujer, cuyo hermano ya estaba detenido en la Escuela, pero no antes que ella hiriera mortalmente al subdirector Menéndez con una ráfaga de ametralladora.

»En su lugar fue designado el capitán de fragata Ormaechea Lugones. Como director permaneció el capitán de navío Benjamín Chamorro.

»También forman parte de los grupos clandestinos:

»El capitán de fragata Adolfo M. Arduino, jefe de personal de la Escuela, cuyas oficinas están en el subsuelo y encargado de enlace con la Policía Federal. Conduce un Peugeot 404, color bordó, chapa C105278.

»El teniente de navío Jorge Acosta, cuyo nombre de guerra es Negro, jefe de contrainteligencia, Comunicaciones y Seguridad. Vive en Vidt 1970, 7.º A de la Capital Federal, y conduce un Chevy Super Sport color gris, con techo negro, chapa B040704. Es padre de dos hijos. Sus suegros, la familia Cabrera, habitan en el departamento D, del quinto piso del edificio de la calle Malabia 2659, de la Capital Federal.

»El teniente de navío de Infantería de Marina, Jorge Perren, a quienes sus camaradas llaman para encubrirlo el “Inglés”. Es hijo del almirante Perren, que participó en el derrocamiento de Perón hace 20 años.

»El teniente de navío Antonio Pernías.

»El teniente de fragata Néstor Omar Savio, jefe de la Compañía Ceremonial de la Escuela.

»El teniente de corbeta Julio Alberto Pacheco, ayudante del anterior.

»El suboficial mayor de Infantería de Marina Aníbal Mazzola, encargado de la Compañía Ceremonial. Vive en el departamento 2.º B del

edificio 70 en el barrio General Paz de Villa Adelina y maneja un antiguo automóvil Opel modelo 1959, color azul techo celeste, chapa B1183539.

»El suboficial primero Orlando Molina que reside en Darragueira 3840, de José León Suárez.

»El suboficial primero Alberto Casco, domiciliado en Rivera 1050, de Villa Celina, quien se desplaza en un Fiat 600 color bordó, chapa C674895.

»El suboficial primero Alfredo Ortiz, cuya dirección es Mendoza y Salguero, Parque La... (?) San Miguel.

»El suboficial segundo Leguizamón, quien vive en la casa 164 del barrio Vicente López y Planes de Villa Celina.

»El suboficial segundo René Rufino, uno de los encargados de custodiar los autos operativos en el garaje de la Escuela. Vive en Sargento Cabral y San Luis de Luján.

»El cabo principal Jorge Ocaranza, guardia del Salón Dorado de la Escuela. Vive en Paseo Colón 713, piso 7, departamento F, de la Capital Federal.

»El cabo principal Gilberto Montes, domiciliado en Libertad 3724, de José C. Paz.

»El cabo principal Víctor Cardo, cuya casa está en El Jilguero sin número de Paso del Rey.

»El cabo principal Orlando Olgúin, guardia de la Sala de Armas de la Compañía Ceremonial quien habita en el número 4516 de la calle Tres de Febrero, en la Capital Federal.

»El cabo principal Ramón Chimento. Vive en Batalla La Florida 910, de Villa Adelina.

»El cabo principal Lorenzo Rivero, domiciliado en San Juan 1657, de Merlo.

»El cabo principal S. Calderón, a cargo del garaje de la Escuela, quien reside en Martín García 563, de Carapachay.

»El cabo primero Bernardo Contreras, destinado en la Sala de Armas de la Compañía Ceremonial. Vive en Santiago del Estero 938, de Ezpeleta.

»El cabo primero Luis Gutiérrez, con el mismo destino que el anterior. Habita en Brandsen 2622, de José Ingenieros.

»El cabo primero Edgardo Vaporaky. Vive en Ramallo 816, Caseros.

»El cabo primero Dionisio Romero. Vive en San Juan 3507, de San Andrés.

»El cabo segundo Ricardo Pagani, guardián del subsuelo donde se atormenta a los prisioneros. Vive en Díaz Vélez 3179, de Olivos.

»El cabo segundo José Santos Valvo. Vive en Junta 1470, de la Capital Federal.

»El marinero de primera Horacio Britos, quien custodia y castiga a los prisioneros recluidos en el altillo. Vive en Gral. Rodríguez 457, de Lanús Este. En octubre de 1976 los Montoneros ametrallaron el frente de su vivienda, y arrojaron una granada que destruyó una tapicería de su propiedad.

»Éstos son los principales, pero no los únicos.

»ALUCINACIONES Y PSICOSIS. El horror desatado por estos hombres ha comenzado a volverse en su contra. A fines de septiembre una Junta Médica de cinco miembros convocó a 60 oficiales y suboficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada para someterlos a un examen psicofísico, debido a la constancia de graves disturbios en algunos de ellos.

»Todos eran integrantes de los grupos operativos y de torturadores. Ocho de ellos fueron dados de baja, cuando se comprobó que sufrían alucinaciones y habían comenzado a aplicar castigos a sus esposas e hijos, en un proceso de deterioro similar al descrito por el líder argelino Franz Fanon entre los torturadores franceses de la década del 50».

Rodolfo Walsh, clandestino, perseguido, había conseguido elaborar una síntesis aterradora y magistral de lo que tantos simulaban no saber.

—Es lo mismo... O mejor dicho: no es lo mismo, pero nosotros tenemos que denunciarlas igual. Si nos proponemos como una asociación para defender los derechos humanos no podemos hacer diferencias entre las violaciones en la Argentina o en China, en Cuba o en Nicaragua...

Dijo Arianne Mnouchkine, y Cacho El Kadri le contestó buscando cuidadosamente las palabras: el francés se le resistía.

—Bueno, con todo el respeto, las diferencias son importantes. No se puede medir con la misma vara a una revolución que está tratando de

construir una sociedad mejor que a una dictadura salvaje, capitalista y corrupta...

El gran galpón donde funcionaba el Théâtre du Soleil estaba iluminado a medias. Al fondo, sobre la tribuna de madera se secaban cuatro telas enormes con pinturas ligeramente japonesas. Sobre el escenario, sentados en sillas de tijera, docena y media de hombres y mujeres discutían la formación de un grupo de solidaridad con los artistas víctimas de la represión. Arianne Mnouchkine, la directora del Soleil, el teatro más respetado de la vanguardia francesa, tenía una opinión tajante, y Cacho no terminaba de estar de acuerdo:

—... y no tenemos que olvidarnos de que muchas veces esta cuestión de las violaciones de los derechos humanos es un invento de la propaganda capitalista para atacar a los países revolucionarios: les da la posibilidad de aplicarles sanciones, de apretarlos. No se puede medir con la misma vara lo que pasa en una dictadura capitalista y lo que pasa en un país revolucionario.

Hubo un silencio, quizás por cortesía. Hasta que Yves Montand se decidió a contestarle:

—¿Por qué la tortura a un disidente soviético duele menos que la tortura a un poeta salvadoreño? No, a mí me embaucaron durante años con ese cuento, mis amigos del PC me tuvieron chantajeado con eso, pero no: un asesinato es un asesinato, sea como sea, al este o al oeste, en nombre del capital o en nombre de la revolución. Lo que importa es que tratemos de colaborar con el respeto de los derechos humanos en cualquier lugar donde sean avasallados, más allá del régimen que produzca esas violaciones.

La discusión duró un par de reuniones más, y Cacho empezó a entender las razones de la mayoría. A partir de actividades puntuales de solidaridad con distintos personajes, el grupo que se encontraba en el Soleil decidió fundar AIDA, la Association Internationale pour la Défense des Artistes Victimes de la Repression dans le Monde. Allí solían ir Joris Ivens, Claude Lelouch, Simone Signoret, Catherine Deneuve, Costa-Gavras, Pierre Emmanuel, Claude Roy, Jack Lang y muchos más.

Cacho y Liliana se habían relacionado con el Soleil unos meses antes, cuando una amiga le consiguió a Liliana un trabajo como costurera para el

vestuario de la película *Moliere*, que Mnouchkine estaba preparando. Cacho a veces la acompañaba, le cebaba unos mates y así conoció a otros miembros del grupo: en esos días, el Soleil era una cooperativa donde todos ganaban lo mismo y compartían todo tipo de tareas, desde la construcción de decorados hasta la actuación. El Soleil estaba instalado en una vieja fábrica de armas —la Cartoucherie— en los alrededores de París: había grandes galpones, patios, jardines. Allí, Cacho se hizo amigo de Jon, un vasco etarra y exiliado que trabajaba de sereno: al cabo de un tiempo, el vasco tuvo que irse, Cacho lo reemplazó y se instaló con Liliana en una casita a la entrada de la Cartoucherie.

Todo parecía ir armándose pero, en esos días de invierno, Cacho se deprimió: las noticias constantes de las muertes o caídas de sus compañeros, la conciencia cada vez más clara de la derrota, la culpa de estar allá lejos mientras en la Argentina muchos se seguían jugando la vida, la aceptación de que estaba exiliado y sin grandes posibilidades de volver a su país, el derrumbe de todo aquello que había sido, hasta entonces, su forma de vida, pudieron con él. Se pasaba los días encerrado en la casita de la Cartoucherie, sin querer ver a nadie, leyendo ediciones atrasadas de *La Prensa* junto a la estufa de leña: afuera hacía frío y nevaba sin parar y hablaban un idioma raro. Liliana se había transformado, en esos días, en su único vínculo con el mundo.

Noviembre de 1976. «¿Qué dice de esto Amnesty International?», se interrogaba en un título, la edición de *Gente* del jueves 18 de noviembre, y se preocupaba:

«Llegaron al país la semana pasada. Eran dos hombres y una mujer. Lord Averbury (inglés), Robert Driman (norteamericano, sacerdote jesuita y diputado) y Patricia Feeney (inglesa). Los tres integrantes de Amnesty International, una entidad que, según sus miembros, “vela por el respeto de los derechos humanos en todas partes del mundo”. El gobierno argentino les abrió las puertas. Lord Averbury y H. Bicheno —segundo secretario de la embajada británica en Buenos Aires— recorrieron todos los pabellones de la cárcel de Villa Devoto. Más tarde, lord Averbury pidió hablar con

mujeres “detenidas por causas políticas”. Se le permitió hablar con las guerrilleras. El gobierno tenía derecho a esgrimir la diferencia que hay entre un “preso político” y un guerrillero de la Argentina 1976, es decir, un asesino. Pero no lo hizo. Lord Averbury habló libremente, sin interferencias, con miembros de las organizaciones terroristas que han ensangrentado al país. Pero luego, cuando abandonó la cárcel de Villa Devoto, se negó a declarar ante los periodistas. Primera conclusión: el gobierno argentino actuó como un gobierno civilizado. Segunda conclusión: lord Averbury no actuó como un hombre civilizado que viaja por el mundo y esgrime la bandera de los derechos. Excepto que el derecho a informar no figure en la lista de Amnesty International», decía *Gente*, y hablaba de una bomba en una comisaría bonaerense, el entierro de un mayor baleado cuando iba a su trabajo como gerente de relaciones humanas en la fábrica Deutz, la detención de cuatro disidentes en Praga y la internación en un psiquiátrico de un cantor de protesta ruso. «Sin embargo, Amnesty International no protestó, no se lamentó, no emitió un solo comunicado, no prometió una investigación, no levantó la bandera de los derechos humanos». «Prefirió un sospechoso silencio», decía el artículo.

La misma edición de la revista *Gente* destacaba en un epígrafe que el general Videla «por primera vez desde que asumió el cargo el 24 de marzo aparece en público con ropa de civil» y lo mostraba en una foto, sonriente, con «traje azul, camisa celeste, corbata a rayas azules». Al lado, había otro señor, también sonriente y de civil. El epígrafe seguía: «Pinochet, en cambio, eligió un traje de su color favorito, el beige. Aquí un informal paseo por Valparaíso, la principal calle de Viña del Mar. Al lado de los dos presidentes, sus esposas, que aprovecharon el resto de la tarde para hacer compras. El buen humor, la informalidad, las salidas fuera de protocolo, no impidieron que en Chile se resolvieran importantes asuntos económicos y que se llegara a un total acuerdo acerca de combatir todo tipo de violencia y condenar el terrorismo y la subversión internacional. La popularidad del presidente Videla se puso de manifiesto en cada lugar. “Bravo, presidente Videla” o “Qué joven es Videla” fueron algunos de los gritos que se escucharon en el pueblo».

Estaban tratando de armar una partida bien organizada: un último gesto político, no una fuga. Esa tarde, Mercedes se encontró con Yuyo cerca de la estación Vicente López y fueron al departamento de Sergio, que seguía desocupado. Aparentemente, en todo ese tiempo no había ido nadie, así que era casi seguro que los represores no lo conocían.

Entrar fue un golpe duro. En la bañadera seguían los papeles quemados, y la comida en la heladera llevaba muchos días de podredumbre. Mercedes y Yuyo lo arreglaron lo mejor que pudieron y se instalaron allí. Se pasaban los días encerrados, leyendo, mirando la televisión o jugando al TEG; muy de tanto en tanto organizaban una reunión con el resto de sus compañeros disidentes para terminar de discutir el documento que pensaban mandar a la conducción para explicar su partida. Y, algunas tardes, Mercedes tenía que cubrir citas con los militantes de la UES que seguían a su cargo.

En esas semanas, la conducción montonera había convocado a una especie de plebiscito entre sus cuadros, de oficial segundo para arriba: les habían hecho llegar una síntesis un poco tendenciosa de la postura de la columna Norte, y un par de preguntas para contestar: «La Columna Norte cuestiona a la Conducción y pide su inmediata renuncia. ¿Usted está de acuerdo con que la organización se quede sin conducción o no?», por ejemplo. Los disidentes de la columna Norte se sintieron estafados; en el documento que preparaban decían, entre otras cosas, que no estaban de acuerdo con las decisiones políticas de la conducción en el último año, que no aceptaban las sanciones ni tenían espacio para la discusión, que las caídas eran producto de la tortura y la delación, y que eran posibles por el funcionamiento que la conducción impulsaba: que había que cambiarlo, pero la conducción no lo aceptaba.

Diez de ellos decidieron que se irían el viernes 10 de diciembre. Como todos habían sido despromovidos y asignados a otras zonas del país, el sábado 11 tenían una reunión donde tenían que pasar la información y los materiales de la columna a los que venían a hacerse cargo. Pero no querían ir a encerrarse 48 horas para hablar de una línea política que criticaban con una conducción que no les ofrecía muchas garantías; además, esa reunión era un peligro, porque la cita podía haber sido cantada. Ya habían decidido la partida y no tenía sentido arriesgarse más. La mejor solución era irse un

día antes. Yuyo, que finalmente decidió quedarse, sería el encargado de ir a la reunión y entregar el documento crítico.

El viernes 3 Mercedes fue con su padre al Departamento de Policía a sacar su pasaporte. El capitán la había convencido de que era mejor intentar la vía legal. Mercedes estaba relativamente protegida por el grado de su padre, pero igual esas dos horas fueron un terror continuado. Más de una vez, notando algún movimiento brusco, pensó que la agarraban. Esa mañana, los diarios anunciaban la muerte de Norma Arrostito: Mercedes tuvo, por momentos, la sensación de que en el Departamento de Policía había demasiadas caras sonrientes y pensó que era por esa muerte. Y puteó, por lo bajo, muchas veces.

«El comando de la Zona 1 informa que, como resultado de las operaciones contra la subversión en desarrollo para brindar seguridad y protección a su población, fuerzas conjuntas llevaron a cabo un procedimiento el día 2 de diciembre siendo aproximadamente las 21 horas en M. Castro y Larrea, Lomas de Zamora. Como consecuencia del mismo fue abatida la delincuente subversiva Norma Esther Arrostito (alias Gaby), quien era una de las fundadoras y cabecillas de la organización declarada ilegal en 1975», decía el comunicado oficial, escueto. *La Opinión* daba más detalles:

«Según testimonios de vecinos del lugar, numerosos hombres vestidos de civil, acompañados de soldados, llegaron a las 21 del jueves a la calle Larrea al 400. Aparentemente conocedores de que en algún momento pasaría por allí la extremista buscada, los efectivos se apostaron en posiciones estratégicas de la cuadra: zaguanes, techos e inclusive una obra en construcción. La espera no se prolongó. Aproximadamente a las 22.15 la extremista apareció caminando por la vereda de los números pares, según algunas versiones acompañada por un hombre. Al llegar frente al 470 — largo paredón de ladrillos y el acceso a un taller mecánico— las fuerzas de seguridad le dieron la orden de detención.

»Según tales versiones, la mujer intentó entonces abrir su cartera para extraer algo, que, como se comprobó de inmediato, era una granada, pero cayó acribillada, y la granada estalló casi simultáneamente. Los vecinos que afirmaban la presencia de un acompañante de Arrostito indicaron que

también él resultó alcanzado por los proyectiles pero quedó con vida. Para la agencia *Noticias Argentinas*, esta hipótesis aparece robustecida por el hecho de que “poco después de registrado el tiroteo se hicieron presentes en el lugar dos ambulancias, en una de las cuales fue transportado el cadáver de la extremista”». El diario decía también que, ese día, «las fuerzas de seguridad ultimaron a otros diez extremistas».

Finalmente, Mercedes y su padre pudieron salir del Departamento: se suponía que el pasaporte estaría listo una semana después. Mercedes no lo esperaría en Buenos Aires: no le iba a dar a la policía la chance de volver a tenerla a mano después de hacer las averiguaciones que el trámite suponía. Habían decidido que ella y su madre se irían a Montevideo, y su padre se les uniría en cuanto le dieran el pasaporte. En Montevideo pararían en la casa de unos amigos de la familia: los Spinelli. El señor Spinelli era un ingeniero que había sido uno de los proveedores más importantes de la policía y el ejército uruguayos en la lucha contra los Tupamaros. Los hoteles eran peligrosos, y su casa sería un lugar seguro mientras no supiera nada sobre las verdaderas razones del viaje de Mercedes.

El viernes 10 amaneció nublado y caluroso. Mercedes se despertó muy temprano: casi no había podido dormir. Se puso unos zapatos de plataforma, unos pantalones blancos muy ajustados y una camisita escocesa que Ilda Berlín le había mandado desde Estados Unidos, cuando sus padres volvieron de dejar a Inesita con su tía Isabel. Ilda le había mandado mucha ropa: solía decir que una chica bien vestida tenía menos posibilidades de que la parara la policía. La camisa escocesa tenía una gran ventaja: una especie de doblez en la manga con un botoncito donde Mercedes guardó una de sus dos pastillas de cianuro. La otra se la metió en el bolsillo del pantalón.

A último momento se acordó de guardar los dos únicos objetos personales que se llevaría en su viaje: un cubito de plástico con fotos carnet de Carlitos Goldenberg, de Sergio Berlín, de los hijos de Yuyo, de sus sobrinos y de Joan Manuel Serrat; y un simple de Julio Iglesias que le había regalado el Yuyo. Había tenido muchas citas en galerías donde sonaba esa canción, y llevársela era un intento de llevarse algo de todo eso. Mercedes echó una última mirada al departamento de Sergio y se preparó para salir.

Yuyo la llevó en su coche hasta el aeroparque; ahí la esperaba su madre con el resto de su equipaje. El embarque pasó sin novedades. Mercedes y su madre se sentaron al fondo del avión de Aerolíneas: así, si subían a buscarla, Mercedes tendría tiempo para reaccionar. El avión empezó a moverse: llegó a la cabecera de la pista, rugieron sus motores y, de pronto, bajaron el régimen. El avión volvía despacio a la terminal. Mercedes sintió que el corazón se le paraba:

—Mamá, yo acá tengo dos pastillas de cianuro. Si abren la puerta y me vienen a buscar yo me voy a tomar una. Tratá de protegerme para que no me la saquen. La mejor protección que me podés hacer es evitar que me agarren rápido, darme tiempo para que me haga efecto la pastilla.

Beba Depino transpiraba, pálida, aterrada. Mercedes repasó sus instrucciones: para que el cianuro surtiera efecto seguro, para que no pudieran revivirla, tenía que abrir el comprimido y tragarse el polvo; entonces estaba salvada, porque el polvo la mataría en segundos. La cabeza le estallaba, llena de imágenes. Pensaba en el dolor de no haber sido madre, de no haber tenido ese chico con Sergio: así, por lo menos, algo habría quedado. Y pensaba que todo lo que había hecho lo había hecho por la vida, por las ganas de vivir, y en la suerte que había tenido hasta ahora, y en la pena de que Carlos y Sergio no hubiesen podido zafar también y que ahora de nuevo había apostado por la vida y qué crueldad morirse justo entonces. No soportaba la idea de morirse justo entonces. El avión seguía parado, la puerta todavía no se abría. Mercedes repasaba el movimiento, ensayaba el movimiento con la pastilla apretada en su mano derecha, y les hablaba, a Sergio y a Carlos les hablaba y les decía que sí, que debía ser cierto que había otra vida y que entonces ahí arriba iban a volver a encontrarse, iban a volver a estar juntos y a seguir cagándose de risa, los tres, como siempre, allá arriba.

Ya habían pasado como diez minutos. Mercedes y su madre estaban blancas, agotadas, cuando el avión volvió a carretear. Despacio, fue hasta la cabecera de la pista, forzó de nuevo los motores y despegó sin el menor percance. Durante el vuelo, una azafata les contó que habían tenido que volver a la terminal porque se habían olvidado de cargar unas valijas.

Ocho

—Sí, venimos acá para descansar un poco y recuperarnos, Susana, sabés, porque tuvimos un año muy difícil.

—No, Beba, no me digas.

—Sí, terrible. Tuve un sobrino que murió...

—Ay, Beba, seguro que fue la subversión.

—No, en realidad mi sobrino...

—Bueno, sí, entiendo, pasa en las mejores familias, no te preocupes. Imaginate que acá mismo nosotros tenemos unos vecinos en Carrasco que el chico era tupamaro y la chica nunca pudimos saber seguro pero yo creo que si no era debía estar...

La señora de Spinelli las había recibido con entusiasmo en el aeropuerto de Montevideo: Mercedes Depino y su madre llegaban agotadas por las emociones del viaje pero, de todas formas, tenían que explicarle las razones de su visita.

—No, y lo que pasa es que Merce se nos casa, ¿sabés?

—Ay, ¿en serio? Pero qué alegría, no sabés que alegría me das.

—Sí, se nos casa, y en París. Entonces nosotras pensamos qué mejor que pasarnos unos días descansando en Montevideo antes de tener que ir para allá a afrontar todo el trajín. Porque vos sabés cómo es una boda, Susana... Todo muy bien, pero da más trabajo...

No habían preparado esa historia: Beba Depino la inventó sobre la marcha, y después no tuvieron más remedio que sostenerla: la nena se iba a París a casarse con su novio, un médico argentino que estaba allá con una beca. El domingo a la mañana, Mercedes leyó en el diario la noticia de que el Ejército había aparecido en la reunión del día anterior, donde ella habría tenido que ir, y había matado a todos los militantes que estaban ahí. Entre ellos estaba Quique Juárez, uno de los líderes históricos de la JTP. Mercedes estuvo a punto de tener una crisis de nervios, pero tenía que

mantenerse fresca y alegre: finalmente, era una novia ilusionada preparando su boda.

—Ay, Merceditas, qué bueno. ¿Y dónde va a ser el casorio?

—No, lo vamos a hacer muy sencillo, algo muy íntimo.

—¿Y la valija con el ajuar? No me vas a decir que no se han traído el ajuar.

—No, pero cómo se te ocurre, Susana. El ajuar se lo llevó mi suegra, que se iba directo para París.

Mercedes y su madre supusieron que la estadía en Montevideo sería corta, pero el capitán Depino las llamaba todos los días desde Buenos Aires para decirles que todavía no le habían dado el pasaporte de su hija. La situación se complicaba: Uruguay no era un lugar seguro para los argentinos perseguidos y, además, a esa altura, Mercedes temía que los Montoneros también la estuvieran buscando. El martes, José Luis Dios, un asesor de la Secretaría de Planeamiento del Ministerio de Defensa con once años de antigüedad, militante montonero, puso una bomba «vietnamita» — de explosivo y metralla— en el microcine de la secretaría, en Bartolomé Mitre y Paraná. Hubo 14 muertos, la mayoría oficiales del Ejército. Mercedes supuso que el clima en Buenos Aires estaría cada vez más espeso, y ya empezaba a desesperar cuando, el jueves, recibió una llamada de su padre:

—Ya está, ya me lo dieron. Estoy en Aeroparque. En media hora salgo para allá.

Mercedes y sus padres querían acelerar las cosas. Esa misma tarde fueron con el ingeniero Spinelli a su agencia de viajes a comprar el pasaje a París:

—Mire, lo mejor que tengo es este vuelo que sale mañana, hace Carrasco-Ezeiza-Madrid-París.

—No, mire, mi hija ya salió de la Argentina, para qué volver a Buenos Aires. ¿Qué otro tiene?

A esa altura los Depino estaban convencidos de que Spinelli se había dado cuenta de todo pero prefería seguir jugando el juego. Ricardo Depino estaba muerto de culpa por tener que engañar así a su amigo, pero su mujer y su hija lo habían convencido de que no había más remedio.

—Bueno, acá hay otro. También mañana a la mañana pero hace Porto Alegre, San Pablo, Río, ahí tiene que cambiar el avión, se toma uno de British Caledonian que hace Río-Recife-Lisboa-Londres. En Londres cambia otra vez, tiene dos horas de espera y de ahí sigue a París. ¿Están seguros de que quieren ése?

—Sí, ése es perfecto.

Spinelli decidió seguir jugando e invitó a sus amigos a cenar a un restorán fino donde brindaron con champaña por la boda de la nena. Brindaron varias veces, y terminaron en el casino del hotel Parque. Mercedes perdió todo lo que le dieron para jugar. A la mañana siguiente, los Spinelli llevaron a los Depino al aeropuerto. Mercedes y sus padres estaban muy emocionados: debía ser por la boda. Se saludaron con grandes abrazos, besos, llantos. Mercedes agarró su pasaporte y su pasaje y cruzó la puerta de tránsito. Cuando caminó por la pista hacia la escalerilla, sabía que sus padres estaban atrás, en la terraza, saludándola, pero no pudo darse vuelta. Al otro día, después de casi treinta horas de viaje, Jaime la recibió en el aeropuerto de París. Empezaba la vida del exilio.

Noviembre de 1976. Unos meses antes nadie hubiera dado un dólar falso por él. Pero ahora, el martes 2, en Washington, el presidente y candidato republicano, Gerald Ford, reconocía que su oponente demócrata, James Carter, se convertiría en el trigésimo noveno presidente de los Estados Unidos. Carter terminaba con ocho años de gobierno republicano: había ganado las elecciones con el 50,1 por ciento de los votos contra el 48 obtenido por Ford.

En ese momento Carter saludaba a unas mil personas que agitaban barras y estrellas en la plaza principal de Plains, Georgia, su ciudad natal. Al día siguiente los analistas decían que muchos norteamericanos habían ido a las urnas: cerca del 60 por ciento del padrón, casi 10 por ciento más que lo habitual. Y que Carter había ganado con los votos de los jóvenes, los obreros, los negros y los latinos. Los demócratas, además, habían conseguido mayoría propia en ambas Cámaras: no les pasaría lo mismo que a Ford, que gobernó con el Congreso en contra. Carter recibió muchos

telegramas de felicitaciones. Uno de ellos valoraba «la libre contienda electoral que expresa el ejercicio de la democracia» y subrayaba que «el hombre sólo se dignifica con el ejercicio de la libertad»: lo firmaba, desde Buenos Aires, un general Jorge Videla, que terminaba diciendo que confiaba en que ambos gobiernos «trabajarán bajo el signo de comprensión y cooperación».

Poco después, el corresponsal en Washington de la revista *La Opinión* se preguntaba «¿Qué personaje emergerá del “desconocido de la Casa Blanca” en el ejercicio del poder, y qué política?»:

«Carter apostaba en 1972, cuando ya pensaba en su candidatura, que en 1977 la política interior habría reemplazado a la exterior como preocupación principal del pueblo norteamericano. Esto es parcialmente cierto, en la medida en que los Estados Unidos persisten en una corriente aislacionista intermitente que se reforzó como consecuencia del fracaso de Vietnam. El Congreso, al negarse a votar créditos militares que permitieran contrarrestar la intervención soviética en Angola, tradujo la hostilidad popular por las aventuras. “¿Por qué no gastar en nuestras grandes ciudades el dinero gastado en el exterior?”, es un argumento que se escucha con frecuencia. A lo que se agrega la reprobación moral, sobre todo después del informe sobre las actividades secretas de la CIA a fines de 1975. “¿Qué clase de política exterior es ésta que fracasa en todas partes y que por añadidura desacredita a Norteamérica?”. Al anunciar, por ejemplo, que el Ejército se retirará de Corea del Sur, Carter se hace eco de ese cansancio doble: demasiados compromisos lejanos y demasiado sostén a dictaduras».

En Beirut, mientras tanto, nadie respetaba la tregua acordada. El barrio de los bancos y los hoteles estaba irreconocible; la embajada americana, frente al Mediterráneo, reducida a escombros; y ya no podía distinguirse una mezquita de una iglesia: todas estaban semiderruidas. En el último año la guerra había producido 60.000 muertos.

En China, a menos de dos meses de la muerte de Mao Tse Tung, el gobierno había detenido a cuatro ex dirigentes del buró político del Partido Comunista —entre ellos la propia viuda de Mao— acusados de conspirar «para usurpar el poder, tergiversar directivas de Mao y provocar desastres». Los ahora llamados «grupo de Shangai» o «banda de los cuatro» habían

sido expulsados del partido y esperaban turno, en la cárcel, para ser juzgados. Los periodistas occidentales señalaban que, en 27 años de gobierno comunista, era la primera vez que se hacía público un juicio a un disidente político.

El martes 23 de noviembre, en París, moría André Malraux. Tenía 75 años. Malraux había estudiado arqueología y lenguas orientales en París, y de joven había recorrido China e Indochina. Durante la Guerra Civil Española se alistó en las Brigadas Internacionales y estuvo a cargo de una escuadrilla de aviones de combate. Después, durante la ocupación nazi en Francia, participó activamente de la resistencia. Entonces se hizo gaullista, y acompañó al general en su travesía del desierto; en los sesenta fue su ministro de Cultura. Además escribió, entre otras cosas, *La condición humana*, *La esperanza* y las *Antimemorias*.

En España, el sábado 20, a un año de la muerte de Franco, se abría una nueva etapa de la vida política. Las Cortes —el parlamento creado por el Generalísimo— trataron y aprobaron la «ley para la reforma política»: la ley preveía una apertura gradual que comenzaría con un referéndum para que los españoles se pronunciaran por sí o por no al régimen de partidos. El hombre de la reforma era el nuevo presidente del gobierno, Adolfo Suárez, designado en julio por el rey Juan Carlos. Suárez, de padre republicano, era un abogado falangista, de misa dominical, miembro del Opus Dei, ex ministro de Franco, que optó por la reforma para calmar la inquietud social en su país. Como muestra de concordia, Suárez firmó una amnistía parcial de presos políticos y autorizó el regreso de algunos exiliados: muchos de ellos llevaban cuarenta años de destierro. Aunque los sindicatos y los partidos aún no estaban legalizados, todos hacían campaña: socialistas y comunistas llamaron a votar a favor de la reforma. El referéndum estaba convocado para el miércoles 15 de diciembre y muchos se preguntaban qué harían los españoles: la mayoría nunca había votado nada. Los resultados despejaron cualquier duda: el 94,2 por ciento se pronunció a favor de la reforma, el 3 por ciento en blanco, y un 2 por ciento consideró que nada debía cambiar para que todo siguiera igual.

La habitación era muy grande y estaba casi vacía: al fondo, en la pared, junto a la cruz de Cristo, un retrato del Libertador le daba un tono patrio. Bajo el cuadro, en un escritorio de madera muy lustrada, el coronel y sus dos ayudantes del Consejo de Guerra se tomaban su tiempo para cada pregunta. A un costado, el dactilógrafo tomaba notas en una Olivetti bochinchera; a lo lejos, diez metros más acá, Horacio González, sentado al borde de una silla un poco baja, era el único espectador de su propio juicio.

—¿Entonces usted sostiene que en el momento de su detención no tenía relación alguna con ninguna banda subversiva?

Le preguntó, casi a los gritos, para salvar la distancia, el coronel. Las preguntas eran blandas, cansinas, como si no esperaran respuesta verdadera. Horacio pensaba que al Ejército no le importaban mucho esos procesos: era su manera de blanquear presos que no les interesaban: la forma de darle algún curso a los casos en que no querían matar a sus prisioneros. Y, por otro lado, le servían para mostrar que había procedimientos represivos legales, institucionales.

—No, señor. No tenía ninguna relación desde hace mucho tiempo.

Horacio suponía que, de cualquier forma, le caerían diez años. Y le parecía que no era tan caro: frente a la amenaza siempre presente de la muerte, diez años de cárcel le resultaban casi una bicoca. Hacía un calor húmedo y Horacio pudo decirse que si transpiraba era por eso. El coronel siguió con sus preguntas aburridas. En algún momento, incluso, le aclaró que él no tenía nada contra la política:

—Yo también soy político, soy del Partido Renovador de San Juan: cantonista.

La escena era severa pero casi amable. Hasta que le llegó el turno a la pistola:

—No, señor. Esa pistola no era mía. Yo no tengo ninguna pistola.

Dijo Horacio, y uno de los oficiales ayudantes consiguió sacudirse la modorra y pegó un grito y un golpe en la mesa:

—¡Qué! ¿Usted está queriendo decir que un comisario de la Policía Federal Argentina es un mentiroso?

—Yo no digo nada. Yo digo que esa pistola no es mía, que me la pusieron. Yo no portaba armas.

—¿Pero cómo pretende, caramba...? A ver, empecemos de nuevo. ¿De dónde sacó la pistola que tenía cuando fue detenido?

—Yo no tenía ninguna pistola.

El diálogo se reprodujo tres o cuatro veces, hasta que el tribunal decidió levantar la sesión. A Horacio se lo llevaron esposado al camión celular, y de vuelta al Departamento. A las dos semanas le llegó la noticia de que el tribunal militar se había declarado incompetente, y que el caso pasaba a la justicia federal, juzgado del doctor Rivarola. Que también se declaró incompetente esa misma tarde.

El caso había tenido una derivación inesperada: esa noche, en el Departamento, un oficial lo fue a buscar a su celda y lo llevó a un cuarto chiquito de la sección Robos y Hurtos:

—¡Qué gracioso! Acá es donde empezó todo.

Le dijo el oficial, y le aclaró que en esa pieza lo habían interrogado, meses antes. Horacio estaba sorprendido: por la capucha nunca la había visto, pero se había imaginado una gran habitación un poco catacumba y se encontraba con ese cuartito con un par de sillas desvencijadas y tres policías tomando mate. Todo era espantosamente criollo, tan argentino.

—Bueno, Gonzalito, parece que te salvaste. El juez se declaró incompetente así que tenemos que largarte.

Horacio no lo podía creer. Primero pensó que era mucho más perejil que lo que él suponía: que no lo habían tomado en serio, que ni siquiera se darían el trabajo de matarlo o dejarlo preso. Pero enseguida empezó a pensar que era una trampa. Más todavía cuando le dijeron que antes de largarlo lo iban a transferir a Coordinación Federal, en la otra cuadra. Lo llevaron entre cuatro, rodeado, caminando: era de madrugada. No pasaba ni un perro y todo estaba iluminado por reflectores policiales. Todavía no habían terminado de reparar los efectos de la bomba montonera que había estallado unos meses antes. Un policía avisó por un intercomunicador y se abrieron varias puertas, pesadas, ruidosas. El oficial a cargo lo recibió con los brazos abiertos:

—Te salvaste de una, pero no de nosotros. Ahora sí que nos vamos a divertir con vos.

Lo llevaron a un calabozo lleno de ejemplares del *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados* y lo dejaron ahí:

—Bueno, prepárate, que de ésta no te salvás, montonero.

Horacio se sentó sobre una pila de diarios y pensó que era cierto: les había fallado el intento de reprimirlo legalmente, tanto la justicia civil como la militar se habían lavado las manos, pero ahora no había ninguna razón para que no lo mataran. Trató de no pensar en eso: agarró los *Diarios de Sesiones* y empezó a leer los discursos de los diputados. Se encontró un par de intervenciones de Julio Bárbaro, a quien conocía de la facultad, y se dedicó a leer sus palabras. Las leía con odio: pensaba que era ridículo y nefasto que lo último que iba a leer en su vida, antes de que lo mataran, fueran esos discursos. Se decía que era un chiste macabro.

Esa noche no pudo dormir. Al día siguiente tampoco le llevaron comida. A esa altura, le resultaba muy difícil evitar el pensamiento de la muerte próxima. Trataba de leer los *Diarios de Sesiones* pero no había caso. Seguía pensando en la muerte y lo sorprendía su resignación. Aunque, de a ratos, trataba de imaginar la escena y las oportunidades que tendría: se lo llevarían en un coche para balearlo al costado de un camino suburbano, y en ese viaje tendría la posibilidad de hablar, de decirles algo que los convenciera. Serían oficiales de policía, tipos que no estarían tan acostumbrados a matar así, a sangre fría, y él les preguntaría si valía la pena matar a alguien, si realmente ellos podían erigirse en jueces y acabar tan tranquilos con una vida, si sus conciencias lo soportarían. Ellos le contestarían algo dudoso y él seguiría hablándoles, hasta convencerlos. Por momentos pensaba que podría convencerlos, y se esperaba. Después se decía que no, y caía en una tristeza negra.

Al final empezó a resignarse y se dijo que, por lo menos, no correría. Eso era importante: lo iban a matar, pero él no correría. A la noche siguiente, alrededor de las tres de la mañana, le dijeron que se prepara para salir. Un sargento le entregó unas llaves que tenía cuando le agarraron, y le pidió disculpas por el resto:

—Usted acá tenía un dinero, sepa disculpar pero no está más...

—¿Qué?

A Horacio no le importaba nada. Quería que terminaran de una vez, lo antes posible. El sargento lo acompañó hasta la puerta; afuera, la calle estaba tan iluminada, tan vacía.

—Bueno, ya está, puede irse.

Horacio pensó una vez más que no tenía que correr, y que ahora sí que se acababa todo. El corazón le latía más que lo necesario. Empezó a caminar para el lado de Entre Ríos, despacio, sin mirar atrás, esperando los tiros. Cuando llegó a la esquina no había pasado nada. Cruzó, seguía esperando. Quería rajar, desaparecer, pero no tenía cómo. Por la calle no pasaba nadie: Horacio seguía esperando el tiro. Caminó y caminó: cuando ya había andado como veinte cuadras, empezó a pensar que quizás se había salvado. Poco después llegó a la casa de su abuela, en San Juan y Pichincha, y tocó el timbre. La señora se puso a llorar del susto y la emoción cuando le abrió la puerta.

—Ésta es la propuesta, Nicolás, ya la planteé, y la dirección en México estuvo de acuerdo.

Le dijo esa noche, sentado en el único sillón de su casa de México, Martín Grass, y Nicolás Casullo prendió un cigarrillo para darse el tiempo de pensar algo distinto. Pero no consiguió cambiar de idea:

—No, no tiene sentido, Chacho. Yo ya me desvinculé hace un mes y medio de toda relación con la organización en el exilio, vos lo sabés mejor que nadie. ¿Entonces a qué viene esta propuesta?

—A que vos sos el compañero indicado para hacerlo.

—Además yo soy cero en conducta desde hace mucho tiempo. No te olvides que me abrí en Buenos Aires y los compañeros allá dijeron...

—Pero fueron unos boludos. ¡Qué me venís hablar de cuanto boludo transita por la orga!

Dijo Grass, dorándole la píldora, e intentó un último esfuerzo de seducción: estaban montando la sede de la estructura internacional de los Montoneros en Roma y querían que Nicolás se integrara a ella: tendría que irse a vivir allá, con Ana, por supuesto, con un buen sueldo, un buen departamento, todo bien.

—Yo ya me fui de la orga, Chacho. Estoy harto de los tiratiros.

—Sí, pero acá tu trabajo es otra cosa, no andar contando rifles.

—¿Otra cosa? ¿Pero vos sos capaz de decirme que hay otra cosa? No, Chacho, definitivamente no. Ya no tengo absolutamente nada que ver con los montos.

Lo había dicho: después de tantos años, a pesar de tanta culpa, lo había dicho y se sentía liviano: triste y liviano. En esos días se había pasado del diario *El Universal* a la revista *Mañana*, que dirigía Luis Javier Solanas, donde empezó a escribir artículos largos sobre los procesos de liberación en África y Asia. Y poco antes de fin de año consiguió, junto con Jorge Bernetti, que los mandaran a hacer una serie de notas sobre el eurocomunismo en Italia y Francia y el fin del franquismo en España.

—Creo que un tiempo se terminó, un tiempo que empezó en Cuba, que siguió con el Che, y en el que cometimos inmensas equivocaciones de apreciación de etapas y recursos humanos. Yo me siento uno de los tantos responsables de esto. A pesar del empecinamiento del Che, América latina no era Asia ni África: es una cosa mucho más compleja, más capitalista, más asentada en la modernidad burguesa. Y si de lo único que no escribí en mi libro fue de la experiencia armada en Argentina, no sólo es porque no tengo los datos suficientes, ni porque aquello todavía sigue, sino porque ustedes, los argentinos, son el caso más difícil de todos, en el sentido que les digo.

El viejo departamento estaba cerca de la Bastille, a medio rehacer. Régis Debray, Nicolás y Jorge estaban sentados en tres sillas desparejas en medio de un salón demasiado grande: del techo colgaba una lámpara débil. Debray ya había publicado sus conclusiones sobre la frustración de la experiencia guerrillera en América latina en tres tomos con un título general: *La crítica de las armas y las armas de la crítica*. Cuando se encontró con Jorge y Nicolás recordaron aquella charla en vísperas de la asunción de Cámpora, hacía tanto tiempo y tantas cosas. Después se dieron cuenta de que sólo habían pasado tres años y pico. Y Debray se emocionó cuando le contaron que la cuarta de aquella noche, Silvia Rudni, había muerto poco antes.

—Nosotros acabamos de pasar unos días en España: aquello es como la historia al revés: traemos cinco o seis publicaciones nuevas, revistas teóricas que recuperan el discurso marxista-leninista, anarquista, maoísta,

para el tiempo que se abre con el fin del franquismo. No sé si conocés *El Viejo Topo*, está muy bien. Lo que me pregunto es qué se acaba con este tiempo que dices que se termina. ¿Una experiencia dolorosa en América latina, o la idea misma de la revolución y el socialismo de Estado obrero? El eurocomunismo ya está marcando una tendencia que se hace cargo de duras equivocaciones de concepción histórica que remontan a fines del siglo pasado. Aquí en Francia, pero sobre todo en Italia, los teóricos, los pensadores marxistas empiezan a hablar de una crisis del marxismo, para algunos política solamente, para otros también teórica y al parecer bastante profunda. ¿Ésa es la historia que empezaría a morir?

—Lo de España no creo que dure mucho, no como lo creen sus izquierdas más radicales. España tiene que integrarse a la socialdemocracia europea, a lo sumo a un eurocomunismo revisionista. Pero no se te escape que la derrota de todo lo que se puso en marcha en América latina a partir de Cuba es algo mucho más importante que un dato de coyuntura. Ésa es la historia que muere. Ahí se juntó todo, y tengo la sensación de que por última vez. Cuadros políticos, teorías, hombres en armas, intelectuales, vanguardias, poetas, revolución contra reforma, crítica a los PC, teorías de la dependencia, experiencia chilena, marxismo y cuestión nacional, revisionismo histórico, y miles y miles de tipos, dos generaciones enteras en las sierras y en las ciudades, que dijeron la historia nos acompaña, vamos Fidel. La derrota en América LATINA la siento como el fin de la revolución en Occidente. Por eso escribí los libros. Nosotros, europeos, aquí en las viejas ciudades, creíamos que la revolución eran ustedes. Vietnam, Argelia, sí, eso estaba bien. Pero cuando el Che me hablaba de la Argentina, cuando estuve ahí, me di cuenta de que la revolución de la que hablaba Marx tenía que ver con nosotros y con ustedes los latinoamericanos, no con los campesinos de Camboya o de Angola.

Dijo Debray. Su acento francés sonaba más marcado que unos años antes. Había anochecido temprano y en el departamento medio vacío se veía muy poco. Jorge decía que las nuevas dictaduras latinoamericanas estaban poniendo en marcha un nuevo modelo represivo:

—Lo que está pasando en la Argentina y en Chile es una política de exterminio cabal, un fascismo latinoamericano de nuevo cuño que busca

arrancar de raíz toda una herencia de izquierda con la tortura, las cárceles ilegales, la muerte. ¿Cómo recomponer una idea de izquierda revolucionaria que piense las cosas de otra forma? Estoy pensando en un peronismo revolucionario, por ejemplo, que renazca de las cenizas de la represión, o en un socialismo que deje atrás la historia del movimiento nacional y aprenda a crecer poco a poco, cuando vuelva la democracia.

—Yo estoy trabajando con Mitterrand desde hace algún tiempo: volví a mis pagos, como dicen ustedes los argentinos. Un proyecto socialista democrático pero nacionalizador, antiimperialista, que gane en las urnas, que se consolide con las otras izquierdas europeas. La estrategia es una alianza europea de socialismos fuertes y eurocomunismos desprendidos de Moscú, que apuesten a los viejos idearios de la reforma del sistema. Por eso les decía que se viene otra época, pero ustedes no tienen muchas perspectivas. Están en un mal lugar. La internacional stalinista se va a quedar en silencio, porque el PC argentino apoya críticamente a la dictadura. Por lo tanto la propia Cuba será solidaria con los compañeros, pero calladita la boca, no como con Chile y Pinochet que lo denuncia a los cuatro vientos. La internacional socialista y la democristiana tienen largas relaciones con Chile, por ejemplo, y casi ninguna con algún partido importante en la Argentina. Por otra parte la clase política argentina no se exilió, sigue allá en sus casas aunque prohibida, viendo cómo pasan los cadáveres. Estoy de acuerdo que lo que se implantó en la Argentina es un Estado del terror, posiblemente el peor de todos, pero ustedes adentro y afuera no tienen políticos ni políticas que ayuden a tomar conciencia muy rápidamente. Están solos, como siempre, Argentina nunca dejó de ser un caso aparte, para las buenas y para las malas.

Era un pobre consuelo. La charla siguió un rato largo. Jorge y Nicolás hablaron de sus esfuerzos por repensar lo que había pasado y Debray les decía que aun eso sería complicado, pero atractivo:

—Lo que tú dices del pensamiento que no se rinde, que siempre se desafía a sí mismo y crea ideas, eso es el milagro de la historia de las izquierdas en Occidente. Recuerden a Gramsci en la cárcel, él puede servir de ejemplo grande. Sin duda pensar es lo más difícil. Y más en una época como ésta, que sin duda es de transición hacia otras ideas socialistas, pero

no como cuando Gramsci pensaba la derrota de los obreros en Turín, sabiendo que toda una política, un proyecto, una teoría marxista, seguían avanzando en la cabeza de los cuadros políticos de todas las izquierdas europeas. Hoy es distinto, es mucho más difícil saber sobre qué base estás parado.

Diciembre de 1976. El shock económico de Martínez de Hoz había llegado, pero el año cerraba con una inflación alta. Durante los tres primeros meses del año (con Estela Martínez como presidenta) los precios habían crecido el 60 por ciento. El segundo trimestre (con José Martínez al frente de la economía) la inflación fue del 87,5 por ciento y recién se desaceleró en los dos últimos trimestres del año (18,2 por ciento el tercero y 30 por ciento el cuarto; 345 por ciento para todo el año 1976) debido a que los salarios estaban congelados y a que la producción siguió en plena recesión. Pese a que Martínez de Hoz aseguró que iba a cambiar la economía de especulación por una de producción, ese año el único sector que se mostró activo fue la Bolsa de Comercio: el movimiento bursátil se había triplicado con respecto al año anterior. El resto caía: el producto bruto interno bajó 3,6 por ciento, la inversión bruta interna 12,7 y el consumo global 5,4.

Pero ese fin de año Martínez de Hoz empezaba a mover las piezas para una jugada maestra: barrer con las restricciones financieras del mercado argentino para que pudieran entrar los capitales golondrinas. En realidad, la idea surgía de los centros financieros internacionales: derivar los «petrodólares» excedentes de Europa hacia los países periféricos — convertidos en capitales de corto plazo—: esos capitales servirían para aumentar las reservas en dólares y, así, poder negociar los préstamos con el FMI para resolver los problemas de las deudas externas. Pero para que los capitales golondrinas pudieran entrar y salir del mercado financiero argentino, Martínez de Hoz debía barrer con el sistema proteccionista que impedía la entrada de capitales a 30 o 90 días. Hasta entonces, no sólo había restricciones para los capitales extranjeros sino que el Banco Central controlaba el mercado financiero a través de la fijación de la tasa de interés,

de modo de diferenciar los créditos de fomento a la industria, el comercio exterior o la vivienda —por ejemplo— de los créditos comerciales de corto plazo o de la inversión financiera especulativa. El plan de Martínez de Hoz consistía en barrer todos los mecanismos de regulación y liberar la tasa de interés al juego del mercado, concentrado y oligopólico, del sector financiero. La reforma financiera contemplaba también quiénes serían los tomadores de los créditos golondrinas: las empresas importadoras que comprarían indumentaria, electrónicos, automóviles y otros productos del Sudeste asiático que, ahora, podían entrar sin restricciones y competir abiertamente con la industria nacional. Para eso hubo también una fuerte reducción de los aranceles de importación.

En esos días, los integrantes de la Junta Militar, a través de la prensa amiga, se ocuparon de difundir cuánto ganaban. Mandaron una lista de sueldos, que incluían desde el presidente hasta un maestro de grado. Videla, Agosti y Massera, sin contar adicionales ni gasto de representación, decían ganar por mes 12.908.000 pesos moneda nacional. Los argentinos todavía no habían llegado a la plata dulce: eran unos 370 dólares en el mercado libre. Los ministros ganaban 12.775.360 (365 dólares). El informe oficial se ocupaba de mostrar que un embajador argentino en un país europeo ganaba 3200 dólares. Un subteniente, un alférez o un guardiamarina, ganaban 4.130.560 (unos 120 dólares); un agente de policía, 2.700.000 (alrededor de 80 dólares); un ordenanza de la presidencia ganaban 1.543.300 (45 dólares); un profesor titular de una universidad nacional, 2.462.000 (70 dólares) y, si tenía dedicación exclusiva, 4.563.000 (cerca de 130 dólares); un maestro de grado, 1.515.000 (algo menos de 45 dólares); y un empleado administrativo de un ministerio, 1.700.000 (50 dólares).

Lo que no publicaron los datos oficiales fue la caída del salario real en esos primeros meses de dictadura: entre marzo y junio había sido del 35 por ciento y la recuperación de los meses posteriores permitió promediar una caída del salario real del 32,5 por ciento, la más brusca de la historia económica argentina. En 1976 la participación de los asalariados pasó del 46,9 por ciento —en 1974-1975— al 35 por ciento. La Junta Militar y el equipo económico de Martínez de Hoz guardaron celosamente esta información, que sólo pudo ser reconstruida a posteriori por fuentes

privadas en base al trabajo de técnicos del Banco Central. Hasta tal punto eran secretos los datos de la caída del salario real y la participación de los asalariados en el producto nacional que, tiempo después, cuando un anuario estadístico de Naciones Unidas publicó las cifras —tomadas extraoficialmente de los registros del Banco Central—, el gobierno las desmintió. Entonces Naciones Unidas tuvo que retirar el anuario estadístico de circulación y reemplazarlo por otro que decía «Argentina s/d (sin datos)».

Todos los días Graciela se enteraba de alguna caída nueva, alguna noticia terrible y, para colmo, no tenía con quién hablar de lo que le pasaba. En esos días, Graciela no veía a mucha gente: la clandestinidad no era buena para eso. Estaba la Negra Susana, la madre de su ahijada, en cuya casa seguía viviendo. Y Rafael Espina, Polo, y Ariel Ferrari, Felipe, dos militantes que había conocido poco antes. Algún sábado o domingo arreglaban, a través del teléfono de control, para ir a tomar sol a la playita de Olivos, a comer a un bolichón de Villa Lynch o a ver una película en algún cine de Caseros. Rafael tenía dos hijos chiquitos; su compañera había caído meses antes y los chicos estaban con la madre de ella. Él quería recuperarlos, pero en esos días un padre solo con hijos resultaba muy sospechoso, así que le sugirió a Graciela que compartieran una casa y simularan ser una familia, para poder estar con los chicos. Había muchos militantes en la misma situación que lo hacían y Graciela no se atrevía a negarse, pero la idea no la convencía nada.

Igual le gustaba verlos: la pasaban bien juntos. En esos días, Graciela no tenía muchas gratificaciones. A veces pensaba que si estuviera en una fábrica o en un barrio por lo menos tendría la satisfacción de que un vecino le abriera la puerta para charlar o un compañero de trabajo le contara algo, pero así, militando en la secretaría, estaba muy aislada. Y a veces los inconvenientes eran casi ridículos, como esa tarde en que estaba haciendo tiempo con Rafael y Ariel, esperando que se hiciera la hora de entrar a ver *Los aventureros*, con Alain Delon y Lino Ventura, cuando se dio cuenta de que una birome le había hecho una gran mancha azul en su pantalón blanco impecable.

—Pucha, esto es un fato terrible. Todos me van a mirar, así, con esta mancha.

—¿Y no querés ir a cambiarte, flaca? Tenemos tiempo...

—No, no puedo. Recién a las nueve tengo la cita para que me entren en la casa. Yo ni sé dónde es.

Seguía viviendo en la casa de su comadre Susana: ella la sacaba cada mañana a las ocho y la esperaba en una esquina cada noche a las nueve para entrarla de vuelta. Era una complicación, pero no había más remedio: peor hubiera sido que supiera dónde era el departamento. Susana seguía muy deprimida por la desaparición de su marido, pero la ayudaba que Graciela estuviera con ella. Y a Graciela le gustaba vivir con Susana y su hijita María: muchas noches le contaba cuentos a la nena hasta que se dormía y, después, podía quedarse horas con su comadre charlando de pavadas, de hombres, de las pequeñas historias de todos los días. Otras veces se sentaban a mirar la televisión, que no pasaba casi nada atractivo, o a leer. Graciela leía mucho, todo lo que podía, y alguna vez se abstraía tanto en una lectura que no se dio cuenta de que el colectivo en que viajaba estaba atravesando una pinza.

La mañana de Nochebuena, Graciela se encontró con su madre en Las Violetas. Se veían cada quince o veinte días, y no era fácil: la señora solía estar muy ansiosa, preocupada. Y además estaba la sombra del padre, que tenía miedo de ver a su hija en esas condiciones. Esa mañana la señora le llevó unas golosinas, una lata de palmitos y dos bombachas rosas, para que Graciela y su comadre cumplieran con la tradición que pretende que las mujeres estrenen algo nuevo y rosa la noche del 31 de diciembre. Pero todavía faltaba una semana para el fin de año, y Graciela necesitaba la suerte ya mismo: quizás, ponerse la bombacha rosa esa noche la ayudara a llegar hasta el año nuevo. Los plazos se hacían cada vez más cortos, y los deseos también.

Esa noche, Graciela, la Negra Susana y su hija se subieron al coche de Rafael y Ariel para ir a festejar la Nochebuena en la casa de un militante amigo de ellos. Susana no militaba, pero su afecto por Graciela y el recuerdo de su marido desaparecido hacían que siguiera en contacto con sus amigos militantes, que los ayudara y que, muchas veces, compartiera sus

riesgos. Cuando se subió dijo que prepararan un minuto —un cuento— por si caían en una pinza.

—Flaca, si estamos adentro de una pinza, ¡qué minuto ni minuto! Tengo una metra abajo del asiento.

Le contestó Rafael, que manejaba.

Llegaron compartimentadas, sin saber adonde estaban, a una casita modesta de barrio suburbano; antes que nada, Anselmo el dueño de casa, les explicó cómo se podía rajar: las vías de escape. Atrás había un patio y, contra la pared del fondo, una escalerita de madera.

—Bueno, los fierros están en la piecita del fondo. Y el orden de fuga sería primero la Negra con su nena, que no tienen nada que ver. Después Cristina, que está embarazada, y su compañero...

Dijo Anselmo, y siguió con la lista. Graciela no lo conocía; tampoco conocía a otros cuatro o cinco pero enseguida entró en confianza: eran compañeros, gente con la que estaba compartiendo lo que más le importaba. Entre los que conocía estaba Beto, que militaba con ella en el área federal y que había llevado a su madre. Comieron lechón asado, charlaron, se rieron. Por un rato consiguieron olvidarse de que el mundo, ahí afuera, seguía siendo un lugar terriblemente hostil. A las 12, cuando brindaron, Graciela sintió un gran alivio: por alguna razón inexplicable, pensó que si habían durado hasta ese momento, durarían para siempre.

—Vamos, Victoria, tenemos algo que hacer.

Graciela y Susana se fueron al bañito de la casa, de piso de cemento, y, a los tropezones, se pusieron las bombachas nuevas rosas. Eso también las protegería.

—Che, Negra, ¿lo viste a Anselmo cómo te miraba?

—Dejá, Victoria, no jodas.

—No, en serio. ¿No te gusta? Parece que es un buen compañero...

Hacia las dos de la mañana, cada cual empezó a acomodarse como podía para dormir: salir a la calle a esa hora habría sido demasiado riesgo, así que tenían que pasar la noche ahí.

No podía prender ninguna luz. Desde afuera llegaban las explosiones de los petardos, algún grito, la música de una fiesta, pero Susana Sanz debía

seguir a oscuras, sola: nadie tenía que notar que esa casa estaba habitada. Y, aunque fuera Nochebuena, no debía hacer el menor ruido. Susana pensaba: recordaba a sus hijas, a sus muertos, los peligros que había pasado, los que vendrían, y en algún momento de esa noche pensó que no soportaría el dolor de esos pensamientos.

Sus compañeros, sus amigos, seguían cayendo uno tras otro: algunos, muertos en enfrentamientos; otros, engullidos por esa máquina oscura de la que ya empezaban a circular las peores historias. En esos meses, Susana había recibido tantas noticias horribles que, a veces, no sabía cómo podía seguir adelante. Pero tampoco podía pensar en dejarlo: se habría sentido una traidora y, además, no le parecía que estuvieran derrotados. La ofensiva militar era fuerte pero no definitiva: la organización, pensaba, una vez pasado este primer impacto, va a poder rearmarse, recuperar sus contactos y su inserción entre la gente, plantar cara en serio. O por lo menos sería la demostración de que no todos estaban derrotados, el ejemplo que los trabajadores podrían seguir y aprovechar, antes o después, pensaba Susana, y trataba de animarse. Pero había muertes que le habían pegado muy fuerte: todas eran duras, pero cuando se enteró de la caída de Alberto Molina, Chacho, con quien había compartido tanto tiempo de militancia, en el tiroteo de la calle Corro, se deprimió especialmente. Esa misma tarde tenía que verlo, porque estaban discutiendo la posibilidad de que Susana se trajera a sus hijas a Buenos Aires: su situación en San Rafael era muy difícil. La policía y el Ejército habían allanado su casa media docena de veces, siempre con violencias y amenazas. Una noche la menor, Bernarda Llorente, volvía de ver un partido de básquet cuando la paró, por la calle, un coronel que ya había allanado su casa varias veces. El hombre le puso una pistola en la cabeza:

—A vos es preferible matarte de chiquita antes de que crezcas y seas una hija de puta como tu madre.

Dijo, y la dejó ir. Mariana y Bernarda eran, cada vez más, rehenes que sus enemigos tenían para presionar a su madre. Y Susana, que aceptaba la posibilidad de su muerte como una contingencia que no podía negar, se desesperaba cuando pensaba en ellas.

Susana seguía cubriendo sus citas, recibiendo militantes que venían corridos del interior, distribuyendo materiales, información y dinero; una vez por semana, o cada dos, según los momentos, se reunía con su responsable, Miguel Zavala Rodríguez, para discutir algo de política y ver cómo podían seguir adelante. Tras la caída de su casa de la calle Melo se pasó meses yirando. No tenía un lugar fijo: paraba en casas de militantes que la podían recibir por unos días, pero siempre, por una razón u otra, tenía que irse y, más de una noche, tuvo que dormir en casa de Ramona y Pampi, las costureras, o en algún hotel.

Hasta que se encontró, días antes de Navidad, con un viejo amigo, compañero de su marido en la facultad. Necesitaba una garantía para alquilar un departamento, y se le ocurrió que él podía dársela. El hombre era ingeniero y no tenía nada que ver con la política pero le guardaba mucho afecto:

—No, Susana, tenés que cuidarte.

—Sí, hago todo lo posible. Pero no es fácil.

—Se me está ocurriendo algo. Yo me separé hace poco y me quedó una casa vacía en Hurlingham. Está medio abandonada, pero te la puedo prestar para que salgas del paso. Lo que sí, me parece que te conviene que no se note que estás ahí. Fijate bien, por los vecinos.

Susana se lo agradeció de todo corazón, y se instaló hacia el 20 de diciembre: era complicado ir todos los días desde el centro, tomarse el tren, esquivar los posibles controles policiales, pero la aliviaba tanto tener un lugar que no le importó tener que pasarse esa Nochebuena en silencio, sola, con la luz apagada.

Al día siguiente se enteró de la caída de Miguel Zavala Rodríguez: también le era muy próximo, y se conmovió cuando le contaron que lo habían agarrado por romper las normas de seguridad para alojar a dos militantes que no tenían adonde ir: aparentemente siguieron a una de ellas y descubrieron la casa.

En esos días, Susana se fue mostrando, legalizando su presencia en la casa de Hurlingham. El 27 se encontró con Mirta López, la Petisa, una militante de Salta, abogada: su compañero había caído y ella estaba a punto

de tener un hijo. Mirta andaba sin casa y Susana pensó en llevársela con ella; primero le pidió permiso al ingeniero:

—Tus amigos no son mis amigos, al contrario, son mis enemigos. No confundas. Pero si necesita, alojala.

La emocionó que el ingeniero, absolutamente reaccionario, fuera tan solidario sólo por afecto. Poco después, el ingeniero le dijo que quería traer a su madre, que vivía en una ciudad del interior, a vivir en Buenos Aires.

—Se me ocurrió una idea: yo alquilo un departamento para mi mamá y vos vivís ahí con ella.

Era una solución perfecta: la mejor cobertura. Susana sería una especie de acompañante de una señora mayor. Aunque el ingeniero, que no debía pensar en esas cosas, alquiló un departamento en Las Heras y Callao, justo enfrente de la comisaría 17.

—Che, apaguen la radio que Horacio se va a cantar un tangazo de Discépolo.

Tomás Di Toffino, Titi, el ex compañero de Tosco en la dirección de Luz y Fuerza de Córdoba, pidió silencio. Horacio Dottori, un físico de laboratorio, se paró en el medio del grupo, levantó la mano y sacó una voz ronca:

—... uno busca lleno de esperanzas,/ el camino que los sueños/
prometieron a sus ansias./ Sabe que la lucha es cruel y es mucha,/ pero
lucha y se desangra/ por la fe que lo empecina...

Todos aplaudieron bajito. Enseguida, Di Toffino le pidió a Susana Sastre, Soledad, que recitara algo o contara un cuento.

—Dale, vos que sos maestra jardinera nos vas a hablar de Caperucita. Dale...

—No, Titi. Bailar, sí, pero contar no me gusta. Soy tímida.

—Bueno, entonces, que vuelvan los chamamés.

En el pabellón eran unos veinte, entre hombres y mujeres. En general no los dejaban ni hablar, pero esa noche, por causa de Navidad, los carceleros de La Perla permitían que sus prisioneros tuvieran un rato de diversión. El campo de concentración de La Perla o La Universidad había sido estrenado en marzo de 1976. Era una dependencia del Tercer Cuerpo de Ejército

ubicada sobre la ruta 20, a 12 kilómetros de Córdoba, camino a Carlos Paz. Un lugar tranquilo pero transitado, visible desde la ruta. Lo tapaba una muralla alta que lo rodeaba entero; adentro había un edificio rústico, de ladrillo a la vista, con tres alas comunicadas entre sí por galerías: en un ala estaba la cuadra para los detenidos —de ocho metros por veinte—, y en las otras dos los dormitorios y oficinas del grupo de tareas a cargo del campo. Ahí estaban también las salas de tortura. Otro edificio, separado, servía para guardar los vehículos.

El Titi Di Toffino ya llevaba casi un mes en La Perla. A fines de 1975, tras la muerte de Agustín Tosco, el grupo de conducción de Luz y Fuerza había empezado a disgregarse. Las condiciones eran difíciles, el trabajo sindical se complicaba y las amenazas de las Tres A y el Comando Libertadores de América se cumplían a menudo. Los sindicalistas tenían opiniones distintas. El Flaco Arnaldo Murúa y Felipe Alberti, entre otros, pensaban que el momento no daba para seguir agitando y que había que replegarse hasta que mejoraran las condiciones, no hacerse matar al cuete. Di Toffino no estaba de acuerdo:

—Si el Gringo estuviera vivo seguiría resistiendo.

Le dijo, en esos días, al Flaco Murúa.

—Sí, pero el Gringo está muerto, y nosotros tenemos que hacer lo que creemos que es correcto.

Le contestó Murúa y, poco después, se mudó a Buenos Aires, donde su hermano le consiguió un empleo como administrativo. Felipe Alberti se fue a Mar del Plata, la ciudad de su mujer: su suegro le buscó trabajo en una panadería. Di Toffino se quedó en Córdoba, siguió con Luz y Fuerza en la Resistencia y estaba cada vez más vinculado a los Montoneros: a fines de noviembre lo secuestró un grupo del Tercer Cuerpo, se lo llevó a La Perla y lo torturaron días y días. Pero esa Nochebuena todos trataban de olvidarse por un momento de dónde estaban, de las pocas posibilidades que tenían de salir vivos del campo de concentración. Tomás bailaba con Susana:

—¿Quién me iba a decir a mí que todavía me podía dar estos gustos, eh? Yo, barrigón y todo, veterano, bailando con una mina de veinte. Pero la vida es así, en momentos como éste respirás por cada poro. Será que cuando

uno sabe que le llega el final, redobla la alegría, apuesta más a la esperanza, aunque sepa que es imposible...

Susana dejó de bailar y prefirió que siguieran charlando sin tanta agitación. Los dos se sentaron en el piso.

—Mirá, Soledad, cuando estuve preso con el Gringo Tosco y Felipe Alberti, que nos conocíamos de años, parecía que en la cárcel empezábamos a conocernos en serio, en todo: los olores, la forma de roncar... Aquello ya fue hace años, más de siete años. Y ahora que estoy con ustedes, con muchachos más jóvenes, que recién nos conocemos, sentís que vivís para el otro...

Susana trató de rodear el hombro de Tomás con su brazo, pero era muy grandote.

—Sole, te juro que hoy, cuando me enteré que había muerto Herminia, sentía con toda mi alma que hubiera preferido mil veces estar en el lugar de ella. Te juro que preferiría con toda mi alma que Herminia estuviera viva. Y ojo que yo quiero vivir, vos sabés que a mí me van a llevar al «pozo» con una sonrisa dibujada.

Ese viernes 24 de diciembre había empezado con mucho calor y una muerte. El capitán Ernesto Barreiro —Hernández, el Rubio, el Nabo— había matado a Herminia Falik, obrera y sindicalista del gremio del calzado, en la sala de torturas. Susana y Tomás se enteraron por el boca a oreja, como el resto de los prisioneros, porque cada cual estaba en su colchoneta, vendado, y sólo podían hablarse en susurros. Salvo esa noche. El que les pasó el dato fue uno de los gendarmes que hacían de guardianes:

—La mujer se quedó seca en la sala de máquinas.

Esa tarde, el silencio de la siesta fue tan denso como el calor. Después entraron a la cuadra un par de miembros del grupo de tareas. El teniente primero José González —Quiroga, Juan Veintitrés, Juan el Bueno— se fue derecho hacia Susana:

—Sole, esta noche van a poder festejar.

El teniente González era flaco, de altura mediana, frente ancha y pelo peinado para atrás. Le contó con cierto entusiasmo que el cocinero les había preparado patas de pollo con arroz y que, más tarde, iban a recibir sidra y pan dulce.

—Yo no voy a quedarme. Me voy con mi familia, sabés.

Ese día les había tocado el cocinero bueno, un gendarme al que Susana había visto de refilón alguna vez. El tipo no quería ni pisar el pabellón, porque, según los otros gendarmes, se descomponía de sólo ver a los prisioneros. Para después de la cena, los gendarmes habían llevado una radio grande y música. Todo autorizado por el capitán Barreiro.

—Con moderación, pero se van a divertir. Tienen que tomarlo como una noche excepcional.

Para el teniente González, la «moderación» significaba que, después de la una, el campo de concentración de La Perla retomaría su rutina habitual. El jefe del grupo de tareas de La Perla era el capitán Ernesto Barreiro; el otro con el mismo grado era el capitán Héctor Vergez. Otros integrantes fijos eran los tenientes primero Jorge Acosta —Ruiz, Rulo— y González. Además estaban los suboficiales Luis Manzanelli, Hugo Herreras y Elpidio Tejeda —Texas—, y los civiles Jorge Romero —Palito—, José López, Ricardo Luján —Yanqui—, Lardone —Fogonazo— y Merlo —Capucha—. El grupo dependía del batallón 141 de Inteligencia que a su vez reportaba al general Luciano Benjamín Menéndez, el jefe del Tercer Cuerpo de Ejército. La mayoría de los integrantes del grupo de tareas operaba desde mediados de 1975 en el Comando Libertadores de América. Todos andaban de civil, algunos de blue jeans y pelo largo. Aunque el teniente González, por ejemplo, prefería llevar una boina con el escudo de Tradición Familia y Propiedad y un escapulario colgado del cuello. Para hacer los operativos, usaban autos robados y pedían «zona libre» a través de las radios: así evitaban enfrentamientos con uniformados o con otros comandos de civil. Cuando iban a sus «objetivos» o «blancos» llevaban «números»: otros militares que participaban eventualmente. Un «número» asiduo era el teniente primero Jorge Videla, primogénito del general y muy parecido a su padre. También llevaban «quebrados»: detenidos que no vivían en la cuadra con el resto sino en una salita aparte. Fermín de los Santos, Dora Zárate, Eduardo Pinchewsky y Cecilia Zússara tenían un papel importante, porque podían identificar personas en la calle y además contribuían a desmoralizar a sus ex compañeros en la tortura. Una vez que los del grupo de tareas secuestraban a un prisionero le vendaban los ojos, le asignaban un número y

lo interrogaban: las sesiones de tortura podían durar un día o veinte, no había regla fija. Hubo detenidos que murieron en la tortura o una vez que los dejaron agonizantes en el pabellón. Pero en la mayoría de los casos los dejaban recuperarse en el pabellón y recién después los mataban. Los prisioneros se enteraban muy poco acerca del funcionamiento del campo de concentración, porque su contacto directo se reducía a los tres gendarmes de guardia dentro de la cuadra, que les repartían la comida —en general, una sopa sin fideos ni arroz— y los acompañaban al baño y a las duchas en los horarios establecidos.

Susana Sastre ya llevaba seis meses allí y sabía algunas cosas. Pero no sabía que ese lugar de donde no salía nadie con vida se llamaba La Perla. Susana era de Bell Ville, tenía 20 años y a los 17 había ido a la ciudad de Córdoba a estudiar trabajo social. Vivía en una pensión de estudiantes y, a principios de 1973, se incorporó al frente estudiantil del PRT. El viernes 11 de junio de 1976 fue a una cita en una plaza de la ciudad: cumplía tareas de enlace o de correo. En la cartera llevaba unos periódicos, algo de plata de su organización y una carta que un militante que estaba en la clandestinidad le mandaba a su madre. Cuando llegó a la plaza se le tiraron encima varios tipos: la cita estaba cantada, y el capitán Barreiro comandaba el operativo. La esposaron atrás, la subieron a un auto y le pusieron unos anteojos con papel carbónico. El grupo operativo partió hacia otro «objetivo», pero el militante de la JP que quisieron secuestrar consiguió eludirlos. En el mismo auto iba Cecilia Zússara, una «quebrada» del PRT que le confirmó a Barreiro que Susana era la militante que buscaban. Mientras iban hacia La Perla, los del grupo de tareas empezaron a ablandarla:

—Soledad, te enganchamos, te jodiste. Pero vos sos un perejil verde, así que a lo mejor te salvás. Si nos ayudás, te podés salvar.

Cuando llegó a La Perla le pusieron un número —el 346— y un civil, Elpidio Tejeda, se ocupó de darle una paliza en una salita contigua a la cuadra. Al rato le sacaron la venda e hicieron pasar a Piero Di Monti, un obrero de Sancor y militante del PRT que estaba muy golpeado.

—Vas a cantar, Soledad, porque si no, vas a quedar como éste.

Le dijo Tejeda. En la sala había una pizarra con el organigrama del PRT de Córdoba, con muchos círculos rojos. Piero, que había dado información

en la tortura pero no era considerado un «quebrado», le dijo qué eran esos círculos:

—Si te llegan a preguntar por estos compañeros, no pierdas el tiempo, porque ya los agarraron.

Ese fin de semana Susana quedó aislada, a un costado de la cuadra. Escuchaba los gritos de la tortura de otros. Recién el lunes la llevaron a la sala, la desvistieron, la ataron a un catre y le empezaron a pasar la picana eléctrica por todo el cuerpo.

—¿Quién es Luis?

—No sé nada, no lo conozco.

—¿Vos sos correo?

—Sí, pero a mí me buscan en mi casa y no conozco a nadie.

La picanearon horas: el dolor era mayor que cualquier cosa que hubiera imaginado. Susana gritaba, se retorció y seguía diciendo que no sabía nada. Por momentos, le pareció que los torturadores empezaban a creerle.

—¡Ésta es un perejil verde!

Esa noche la dejaron ducharse, le dieron ropa limpia y la mandaron a uno de los sesenta colchones de paja que había en la cuadra. Pasaron los días, y parecía como si se hubieran olvidado de ella. Con el correr de las semanas empezó a entender los mecanismos del lugar. Había tres detenidos que eran respetados por todos, incluso por los del grupo de tareas, y Susana se sintió respaldada por ellos, aunque sólo podía hablarles muy de vez en cuando, aprovechando alguna distracción de los gendarmes. Horacio Álvarez —del grupo Brigadas Rojas - Poder Obrero— estaba en la colchoneta de al lado; María de los Milagros Doldán, la Gorda, viuda de José Sabino Navarro, era la referente de Montoneros, y Ricardo Ruffa, el Sapo, del PRT. Tenían números menores que el de Susana porque habían caído antes y sabían cuál sería su destino. La Gorda se lo dijo sin vueltas:

—Mirá, Sole, a nosotros saben que no nos pueden quebrar, pero los milicos de acá dicen que la decisión sobre nosotros la toma base y no ellos. La decisión es sólo sobre cuándo, ¿entendés? Pero éste es un frente más de lucha, aunque sea el último no deja de ser un frente de lucha.

«Base» era el batallón de Inteligencia. Además del número, los detenidos tenían una ficha por triplicado: una quedaba en La Perla, otra iba

a Inteligencia y la tercera a la jefatura del Tercer Cuerpo. Cuando base lo disponía, el grupo de tareas volvía a interrogar a los detenidos o los sacaba al «pozo». Susana, como el resto, no sabía qué era el pozo. Creían que era la muerte, pero no sabían dónde ni cómo. El signo más fuerte de la inminencia del pozo era el rumor del camión. Cuando los detenidos oían el ruido del mercedes benz, los gendarmes les ajustaban las vendas y los llamaban por número o los agarraban de un brazo. Era un momento aterrador. Cuando empezaba, Susana sabía que le podía tocar a ella, como a cualquiera. El teniente José González le había dicho varias veces que ellos tenían una misión redentora.

—Dios nos ha encomendado que purifiquemos el país. No se puede construir una nación con ateísmo, con comunismo. Tenemos que terminar con esto, por eso es que los eliminamos. Yo rezo por las almas de mis enemigos.

También le dijo que sus enemigos eran los sindicalistas, que no dejaban de hacer huelgas. Susana no llegó a ver a René Salamanca, porque lo mataron antes de que ella cayera, ni a otros dirigentes clasistas. Pero a mediados de julio, un mes después de su caída, los militares trajeron unos quince chicos del colegio Manuel Belgrano que estuvieron en la cuadra un par de semanas. A ellos también los llevaron al pozo. Así que Susana, aunque a veces se esperaba con la posibilidad de sobrevivir, no era muy optimista. El teniente González alguna vez le llevó desodorante o galletitas. También alguna ropa, que robaban en los allanamientos. Se llevaban los muebles, y en algunos casos también pedían rescate a sus familias. Una tarde de calor, a mediados de noviembre, el gendarme llamó fuerte.

—Trescientos cuarenta y seis.

—Sí.

Susana se paró y la llevaron a una oficina, le dieron un trapo y un balde con agua y le dijeron que limpiara una mampara llena de tierra. Justo entonces llegó el camión, y Horacio Álvarez se dijo que no había otra posibilidad: iban a matar a Susana. Se descompuso, vomitó. Al rato llegó el teniente primero Acosta, y Horacio habló con él.

—Rulo, ustedes siempre dijeron que Soledad es una perejil, que la iban a soltar, y ahora se la llevaron al pozo... ¿Para qué la hicieron ilusionar?

El teniente Acosta le dijo a Horacio que él no daba las órdenes:

—Yo soy un soldado y hago lo que dispone base. Además, no es cierto que a Soledad la hayan llevado al pozo.

—Y entonces, ¿por qué enrollaron la colchoneta de Sole?

Cuando Susana terminó de limpiar la mampara le dijeron que esperara sentada. Unas horas después la llevaron de vuelta a la cuadra. Tras la sopa de la noche, el teniente Acosta fue nuevamente a la cuadra y se acercó a la colchoneta de Horacio:

—¿Ves que yo tenía razón? ¿La puedo llevar a tomar un helado?

El teniente Acosta le garantizó que al rato estarían de vuelta. Fue a buscar a Susana, le sacó la venda, le puso los anteojos negros con papel carbónico y la llevó hasta la ciudad en un auto donde iban tres más. El teniente Acosta iba, como de costumbre, con vaqueros, una camisa florida, y el pelo bastante largo. Salvo por la escopeta itaka recortada que llevaba en una cartuchera a media pierna, hubiera pasado por un muchacho a la moda. El teniente Acosta se sacó la cartuchera, bajó del auto, y trajo el helado para Susana.

—Mirá, Sole, te vas a tener que dejar los anteojos. Mirá por abajo para no chorrearte.

El teniente Acosta le dio el tiempo suficiente para terminar el cucurucho y la llevó de vuelta a La Perla. Era la primera vez en cinco meses que Susana salía del campo de concentración.

Por eso esa Nochebuena se sentía tan identificada con lo que decía Tomás Di Toffino: ella también sentía que vivían intensamente, que toda su fragilidad se endurecía cuando los tenía cerca a tipos como el Titi, como Ruffa o la Gorda: que ellos le habían enseñado a vivir todo eso sin necesidad de resignarse o de darse vuelta. Se decía que había visto lo peor y lo mejor de sus veinte años en esos meses. Tipos como Fermín de los Santos, o Eduardo Pinchewsky, que salían a marcar a sus ex compañeros en los autos operativos o que participaban de los interrogatorios, le parecían monstruosos. Le provocaban incluso más odio que los del grupo de tareas. Pero también se acordaba de otros militantes que habían soportado lo peor sin perder nada de su dignidad. Siempre recordaba a uno que agonizó varias horas tirado en un rincón:

—Los cagué, no les dije ni mi nombre. Los recagué.

El médico Enrique Fernández Samar se murió en la cuadra sin que sus captores supieran quién era. Desde su colchoneta, Susana escuchó su voz toda la tarde, agonizante, desfigurado, riéndose de sus torturadores. Después, su recuerdo le daba la fuerza que necesitaba para tratar de enfrentar el miedo, la desesperanza. Esa Nochebuena los detenidos ya habían llegado al número novecientos, y Susana sabía que la estadística le jugaba en contra: en la cuadra eran sólo veintipico, y a todos los demás los habían matado en la tortura o en el pozo. Pero el lunes 27 de diciembre el teniente González se le acercó para darle la noticia:

—Soledad, te vas a ir. Despedite rápido de tus compañeros. Yo te voy a llevar. En base nos dijeron que tu caso lo resolviéramos nosotros y lo sometimos a votación. Te vas.

De camino, la paró el capitán Barreiro:

—Vos fuiste correo, ¿no? A partir de ahora, si ves un correo, cruzás la calle, ¿entendés? Te quiero decir una cosa: yo voté en contra. Que te quede claro: para mí sos una enemiga.

Era de mañana y la ruta estaba muy cargada. Susana no veía nada y se sobresaltó cuando el auto frenó bruscamente. Sobre todo cuando escuchó que amartillaban las armas. Se acordó de la escopeta recortada que llevaba el teniente Acosta y le agarró un escalofrío. Quiso pensar que el teniente González sería incapaz de matar a alguien indefenso, o que a lo mejor era más piadoso. No quería ilusionarse.

—Pero tampoco me puedo resignar.

Pensó. Una hora después estaba en otro lugar: la Ribera había sido la cárcel militar de Córdoba, pero funcionaba como campo de concentración desde mediados de 1975. Al otro día Susana se enteró de que, ahí, algunos se salvaban. Semanas después, el lunes 14 de febrero, el teniente González volvió a buscarla. Esta vez no llevaba armas a la vista y estaba solo. Le hizo ponerse los anteojos negros pero al cabo de un par de horas Susana pudo ver las sierras, los autos con el portaequipaje cargado, picnics a la orilla de los ríos. Cuando llegaron a Bell Ville, el militar le preguntó dónde era su casa. La encontraron cerrada. Un vecino que la miró como quien ve a un aparecido, apenas balbuceó:

—Tus padres fueron al campo.

Marcos Sastre, el padre de Susana, tenía un campito en las afueras. Hacía ocho meses que no veía a su hija. La abrazó y empezó a hacer preguntas. El militar se ocupó de contestarle rápido:

—Soy oficial del Ejército. Nosotros tuvimos detenida a su hija, pero fue un error; así que le pido disculpas y se la traigo de vuelta. Sana y salva.

—Oficial, usted me devuelve la vida. Hemos dado vuelta cielo y tierra. No quise presentarme a la Justicia, porque tenía miedo de que eso fuera peor. Me recibió el cardenal Primatesta, muy comprensivo, pero me dijo que él no podía hacer nada. Ay, Dios mío, qué suerte que estás aquí, querida.

El padre de Susana invitó a almorzar al teniente primero González, que nunca dijo su nombre. Antes de irse, el oficial le hizo sus últimas recomendaciones:

—Quedate acá en Bell Ville, Susana. Yo voy a pasar a hablar con el comisario para que no te molesten.

Susana Sastre también sobrevivió a una úlcera de estómago que la acompañó mucho tiempo. Años después, pudo saber que a Tomás Di Toffino, Horacio Álvarez, María de los Milagros Doldán y Ricardo Ruffa los habían «llevado al pozo». Y que el pozo tenía distintas versiones: a algunos prisioneros los tiraban desde helicópteros al dique San Roque, a otros los fusilaban en un descampado y los enterraban en fosas comunes en el cementerio San Jerónimo o en algún paraje alejado de las sierras. Las ejecuciones no siempre corrían por cuenta de los miembros del grupo de tareas: también actuaban esos integrantes eventuales de los operativos que llamaban «números». El general Luciano Benjamín Menéndez había decidido que todos los oficiales del Tercer Cuerpo de Ejército participaran de un «pacto de sangre». Para eso, ordenó que todos los oficiales bajo su mando ejecutaran por lo menos a uno de sus prisioneros. Se calcula que, sólo en La Perla, el Ejército Argentino mató a unas 2000 personas.

El 31 de diciembre Graciela Daleo comió con César Vela, el Flaco Aníbal, y su hijo Pablo, en el departamento donde ellos estaban viviendo. Era la casa de los Camilos: una pareja de militantes que habían dejado su

organización pero seguían colaborando con ella. César seguía desconsolado por la caída de su compañera, Marcela Gordillo, dos meses antes, y le mostraba a su hijo la foto de la madre. Pablito tenía dos años y decía mamá, mamá, la señalaba y preguntaba dónde estaba. Nadie sabía qué decirle.

Trataban de hablar, de mantener cierta animación, pero era muy difícil. El pasado inmediato era terrible y el futuro no se anunciaba mucho mejor. Diez días después, Graciela y César quedaron en encontrarse en la plaza de Ciudadela: era una cita amistosa, nada orgánico, y César iba a llevar a Pablito. Graciela lo esperó como quince minutos más allá de la hora prevista. Estaba sorprendida, se decía qué raro, César siempre tan puntual: por un rato largo no se le ocurrió pensar que podía haber caído.

Ese enero fue muy duro: todos los días Graciela se enteraba de nuevas caídas. A mediados de mes cayó un militante que conocía el local donde funcionaba la secretaría, en Ciudadela: Graciela tuvo que volver a pasarse todo el día en la calle, yirando de cita en cita. Era un peligro constante. En esos días, Graciela se enteró de que Beto, uno de los que habían estado con ella en la cena de Nochebuena, era el compañero de Ana María González. Ana María era una de las personas más buscadas del país desde que, en junio de 1976, había puesto una bomba debajo de la cama del general Cardozo, jefe de la Policía Federal.

Una mañana, semanas más tarde, Beto la fue a buscar en coche a la casa donde estaba guardada, en el oeste del gran Buenos Aires: tarde se dieron cuenta de que estaban cayendo en una pinza del Ejército. Los dos iban armados y trataron de forzar la salida: lo consiguieron, pero Ana quedó malherida. Beto tenía unas esquiras en la cara: sangraba, pero no era grave. Beto se conectó con un médico montonero y la llevaron, para atenderla, a la misma casa de Villa Ballester donde él había pasado la Nochebuena. La acostaron, el médico la revisó y les dijo que la herida era muy seria:

—Necesita cirugía mayor. Hay que llevarte a un hospital, compañera. Si no...

Ana le dijo que no. Hablaba con dificultad, esforzándose en cada palabra:

—No. Si me llevan a un hospital va a caer la cana, va a saltar quién soy, va a ser una victoria para ellos. Y me van a matar igual. No, mejor me

quedo acá...

—Pero, amor, intentemos. Siempre hay una posibilidad.

Beto sabía que las posibilidades eran muy escasas pero trató de convencerla. Ana no quiso saber nada:

—No, mi vida, no hay caso. Qué se le va a hacer. Qué pena, ¿no?

Beto la abrazó muy fuerte. Primero trató de que ella no viera que lloraba; después no le importó. Al cabo de unos minutos, Ana le pidió que se fuera.

—Deciles a los compañeros que los quiero mucho...

Le dijo, ya casi sin voz. Ana se murió unos minutos más tarde. Beto, en medio de su dolor, tenía que decidir qué hacer con el cuerpo. Si caía en manos de los militares, el esfuerzo habría sido inútil. Esa noche habló con Anselmo, el dueño de casa. Se quedaron unas horas allí, charlando y velando el cuerpo. A la mañana rociaron las paredes de la casa con nafta y le prendieron fuego.

La noticia de la muerte de Ana María González recién apareció en los diarios un mes más tarde, cuando los militares lo supieron por las confesiones de un militante en la tortura.

Nueve

Entre mediados y fines de 1976, los militares sacaron a todos los presos políticos varones del penal de Villa Devoto y los trasladaron a la Unidad 9 de La Plata. El coronel Ramón Camps, jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, esperó hasta el primer día hábil del nuevo año: el lunes 3 de enero, tropas de la policía rodearon la Unidad 9 con cascos y fusiles; los guardiacárceles se encargaron de patear a los presos y sacarles los libros. Y el coronel Camps lo explicó a la prensa:

—Se trata de una reclasificación de los subversivos detenidos.

Al día siguiente el diario *El Día* informaba que, en las afueras del penal, la policía había hecho una montaña con las pertenencias de los presos, incluidos los libros, y las había quemado a la vista del público. Alberto Elizalde se lamentaba de no haber podido terminar *Civilización y desarrollo*, del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro. Cuando se encontró solo, agobiado por el calor, en su celda del pabellón 2, se agarró una bronca de mil demonios: un preso sin libro se sentía mucho más preso. Y las horas en blanco lo obligaban a pensar una y mil veces en todos los peligros, los errores, los placeres que habían quedado tan tan lejos.

Para zafar, Alberto repasó mentalmente algunas categorías de Ribeiro sobre el destino de los modelos de desarrollo capitalista tardío: de pronto, se sentía brutalmente lúcido e imaginaba maneras de estimular el desarrollo industrial argentino o de resolver el problema de la tecnificación del agro y la propiedad de la tierra en la Argentina. Pero al mismo tiempo se preguntaba qué hacía en esa celda tan chica: el espacio no daba para más de tres pasos. Y, para colmo, la humedad, la falta de aire. Se puso a hacer flexiones de brazos y la bronca aflojó un poco. Recién al otro día, al salir al patio, se dio cuenta de que la reclasificación era bastante prolija: en ese pabellón había 25 presos, todos del PRT, y en el pabellón de enfrente, el 1, todos eran cuadros montoneros. En los demás pabellones también los

habían agrupado por organización, por nivel de compromiso o por sector político. Había sectores para los ex funcionarios del gobierno de Isabel, para los cuadros, los militantes de base y los simpatizantes. Y un pabellón para los presos que se habían dado vuelta: los «quebrados», los «buchones».

—¡Qué hacés, Negro! ¿Cómo andás?

En el recreo, Alberto se encontró con varios compañeros suyos que no había visto en mucho tiempo. Con los traslados de cárceles y cambios de pabellones, se encontraban y se desencontraban. Carlos Ponce de León, el Negro, había caído también en el pabellón 2: ya hacía dos meses que estaba en la cárcel de La Plata, pero en otro pabellón.

—La veo fiero, hermano.

—¿Qué sabés, Negro?

—La semana pasada estábamos encerrados en las celdas y por los movimientos nos dimos cuenta que había entrado una visita pesada, se escuchaban las botas en el pasillo. De repente me abren la puerta y me lo encuentro a Camps con todos los galones. El tipo me dice: «¿Usted es Ponce de León?», le digo que sí; el tipo insiste: «¿El que cayó en el comando de Sanidad del Ejército?». Yo le digo que sí, y entonces el tipo me dice que yo soy irrecuperable, y que los irrecuperables íbamos a padecer como en el infierno. Antes de irse, el tipo me puso el dedo en el pecho, se sonrió y me dijo: «Esto es una guerra, ustedes son enemigos de la Argentina. Se la buscaron».

Caminaban por un patio muy chico con alambres de púas sobre los muros. Alberto pensó que ahora parecía un campo de concentración como los de las películas de nazis.

—¿Y que te parece, Negro? ¿Cómo viene la mano?

—Mirá, no hay que dejarse impresionar, pero la sensación que me dejó ese tipo es que si pueden nos boletean a todos. ¿Sabés qué andan diciendo los guardias? Que a nuestros pabellones, el 1 y el 2, los milicos los llaman los pabellones de la muerte.

Enero de 1977. La posición oficial montonera seguía siendo optimista: insistía en que la Junta Militar estaba perdiendo espacio político, que los

sectores populares la repudiaban, que estaba enfrentada a la burguesía nacional por su política económica, que sólo la apoyaba la «alta burguesía nacional, la oligarquía y los monopolios», que «no logra ni siquiera el apoyo de la iglesia» y que, «ante la crisis definitiva del sistema capitalista dependiente, incapaz de promover el desarrollo de las fuerzas productivas en nuestro país», los Montoneros no tardarían en encabezar el contragolpe de las fuerzas populares. Pero las discusiones internas no se habían terminado con el desmantelamiento de la columna Norte. A esa altura las posturas de Rodolfo Walsh, por ejemplo, eran abiertamente críticas, y las planteaba en este escrito, que contestaba a la versión oficial de su organización, sintetizada en un «documento del Consejo del 11 de noviembre». Sus puntos respondían uno por uno a los de ese documento:

«1. DEFINICIONES POLÍTICAS. En nuestro país es el Movimiento el que genera la Vanguardia, y no a la inversa, como en los ejemplos clásicos del marxismo. Por eso, si la vanguardia niega al movimiento, desconoce su propia historia y asienta las bases para cualquier desviación. Ésa es la nota distintiva de la lucha de la liberación en nuestro país, que debemos tener siempre presente. La vanguardia —Montoneros— generada por el Movimiento —el peronismo— debe conducirlo hacia su transformación en el curso de la lucha por el poder y el socialismo. Ésos son los elementos básicos a los que debemos atenernos, lo que existe en la realidad y no en los libros. Montoneros y el movimiento peronista, al que aspira conducir.

»Si eso no se tiene en cuenta, la literatura china o vietnamita no nos sirve, porque tiende a confundir nuestra lucha social con una guerra colonial, en la que la organización en Movimiento, Frente, Partido y Ejército tiene sentido porque se presupone la unidad del pueblo detrás de su conducción y contra el invasor extranjero. Nosotros en cambio tenemos que empezar por ganar la representación de nuestro pueblo a partir de los elementos con que contamos.

»Hasta el 24 de marzo del 76, cuando las condiciones eran inmejorables para esa lucha, desistimos de ella y en vez de hacer política, de hablar con todo el mundo, en todos los niveles en nombre del peronismo, decidimos que las armas principales del enfrentamiento eran militares y dedicamos

nuestra atención a profundizar acuerdos ideológicos con la ultraizquierda. (...)

»2. MILITARISMO. El documento del Consejo critica el militarismo, pero en términos militaristas. Todo el documento es como una clase de estrategia sobre la mesa de arena y nuestra realidad no tiene nada que ver con ese enfoque. Para hacer política, hay que empezar por pensar en términos políticos, y expresarlos con sencillez y claridad.

»3. TRIUNFALISMO. A pesar de los golpes recibidos y de las rectificaciones del documento, seguimos triunfales. Decidimos el fracaso total de los planes del enemigo y seguimos subestimándolo. Esto es muy grave y pensamos que en el fondo obedece a la incompreensión sobre nuestra propia historia. Trataremos de ejemplificarlo. Al no reflexionar sobre las causas de nuestro crecimiento espectacular y nuestra representatividad popular en los años que van de 1970 a 1974-75, llegamos a pensar que no obedece a que actuamos correctamente, y con propuestas comprendidas y aceptadas por el pueblo, sino a que nosotros somos geniales, y si somos geniales es accesorio que acertemos o nos equivoquemos. Todo lo que hagamos estará bien. Esto lo notamos en documentos como el último Montonero de 1975 y en la persistente ausencia de autocrítica.

»4. DESMEDIDA AMBICIÓN DE PODER. Todo lo hacemos y lo pensamos a lo grande. Nuestra lucha es una guerra. Nuestra propaganda tiene que llegar a cuatro millones. Aunque criticamos el militarismo, todo el documento parece la receta para que un Ejército rompa el cerco de otro y luego lo derrote. Hay que ser más modesto. Nosotros tenemos que resistir junto con el pueblo a la dictadura. Necesitamos mucha propaganda. Tenemos que irnos organizando en la lucha sin delirios de grandeza y pensando en plazos largos. Ésta es la síntesis de nuestras apreciaciones generales. Ahora pasamos a nuestras observaciones punto por punto.

»1.2.1. SITUACIÓN FRENTE AL ENEMIGO. No es cierto que haya fracasado el aperturismo. Ejemplos: el PC no participa en los conflictos, mientras negocia con el gobierno a través del Partido Intransigente y les paga viajes a Lázara y García Costa para que vayan al Congreso de la Internacional Socialista a defender a Videla; la UCR no rompe a pesar de todos los

agravios, incluidos Solari Yrigoyen y Amaya; la reacción de la Iglesia es tibia comparada con todo lo que le han hecho y con los episcopados de Chile y Brasil, donde por mucho menos se enfrentan abiertamente con las dictaduras.

»1.2.2. DE LAS FUERZAS POPULARES. No es cierta la desaparición casi total de la izquierda no peronista, armada o no armada. Éstos son bandazos que nos alarman. Hace unos meses el proyecto de vanguardia pasaba por el debate ideológico en la OLA, ahora no existen más. Existen y actúan. El ERP pinta (más que nosotros), edita regularmente sus revistas, que llegan a las fábricas puntualmente a pesar de todos los golpes que sufrieron, toman un canal de televisión, tienen una radio clandestina, operan en el litoral, hacen operaciones militares. El PC, los distintos partidos socialistas, también existen. Que sean una bosta es otra cosa. Con ese criterio nosotros tampoco existimos.

»1.3.1. SITUACIÓN INTERNACIONAL. Hay un notable exceso de optimismo. Al enemigo la situación internacional lo mejora. Consigue créditos para su objetivo inmediato de refinanciar la deuda y mantiene excelente relación con el bloque soviético que con su importancia los salva en el sector externo. La exposición soviética en Buenos Aires muestra que no se trata de coletazos de la relación con Gelbard, sino de una política que se mantiene con el actual gobierno.

»1.3.2. SITUACIÓN MILITAR DE NUESTRAS FUERZAS. Sugerimos repensar la especialización militar. Al cambiar nuestra hipótesis de guerra, ¿no deberíamos también cambiar la metodología de construcción de nuestro Ejército? Tememos que al producirse situaciones insurreccionales, de seguir con la división actual, los oficiales políticos no sepan manejar su nivel de violencia, o los oficiales militares no sepan sobre qué blanco operar. No sabemos si la solución es alguna nueva forma de integralidad, o la subordinación de la estructura militar a la política o alguna otra que no se nos ocurre. Pero vemos que aquí hay un problema grueso.

»2.1.1. LA ESTRATEGIA DEL ENEMIGO. ESPACIO. No es cierto que haya “ausencia de identificación de nuestras fuerzas”. Con la delación, el enemigo superó esa “debilidad congénita” del cerco. Al ser falso esto, es

falso que el espacio principal sea el político. Es el militar, y éste es el gran triunfo que el enemigo consiguió sobre nosotros.

»Esta línea de error sigue. Para nosotros, el retorno a las masas es el retorno al espacio donde están las masas; en vez de librar el combate en la conciencia de la gente lo libramos en el espacio físico, lo cual es un error, coherente con el ideológico.

»Al no corregir el ideologismo, nos convocamos políticamente. Así, nuestra respuesta de volver a los barrios es elemental y peligrosísima. Nos van a golpear más duro todavía.

»2.1.2. TIEMPO. La contradicción entre guerra corta y naturaleza social del enfrentamiento valdría si se tratara de un enfrentamiento contra el conjunto del pueblo, pero lamentablemente lo que hay es una lucha militar contra nosotros.

»Tenemos que ser más autocríticos y realistas. Por supuesto que hay lucha de clases; siempre la hubo y la seguirá habiendo. Pero uno de los grandes éxitos del enemigo fue estar en guerra con nosotros y no con el conjunto del pueblo. Y esto en buena medida por errores nuestros, que nos autoaislamos con el ideologismo y nuestra falta de propuestas políticas para la gente real.

»2.1.3. ARMAS. Nuestras armas también son violatorias de las convenciones internacionales. Ellos se autoaislan, pero nosotros también, y en ese trueque ganan ellos, porque nosotros teníamos con qué impedirlo y ellos no. Es un cambio de peón por alfil; ellos ya estaban aislados y consiguieron aislarnos a nosotros, planteando una lucha de aparatos, que nosotros no podemos bancar.

»Nos parece espléndido que finalmente se comprenda la importancia de la censura de prensa.

»No es cierto que no tengan armas políticas. Hacen toda clase de esfuerzos para no enajenarse a los partidos y a la burocracia sindical y logran resultados. La burocracia los ayuda a pasar la prueba de la OIT. Osella Muñoz y Vanoli se niegan a declarar por los derechos humanos en Estados Unidos. Los gremialistas los felicitan por la libertad de Pita.

»Los radicales tienen varios embajadores, y un íntimo de Balbín (Ricardo Jofre, número 2 de Mor Roig en el plan político) es ahora número

2 de Villarreal en la Secretaría de la Presidencia, a través de la cual hay un diálogo muy amplio y muy inteligente. Ellos hablan con todos los que nosotros dejamos de lado para irnos a discutir con el ERP y el PC. Además no es cierto que no hayan establecido el cerco político. Lo que pasa es que lo establecieron con armas principalmente militares, por el terror, pero también secundariamente con armas políticas, que las tienen y las manejan muy bien. En todo este análisis vemos el triunfalismo que criticamos. Los subestimamos mucho, y esto está mal porque nos equivocamos.

»2.2.1. NUESTRA ESTRATEGIA. ESPACIO. Acá el problema es político y el lenguaje militarista no sirve. Es un grave error olvidar que ésta es una lucha política y que para la construcción organizativa las operaciones militares deben servirnos ante todo para hacer política, y no para construir un ejército cuando todavía no tenemos ganada la representatividad de nuestro pueblo. Lo que nosotros tenemos es una lucha de clases, con niveles crecientes de violencia, que debemos masificar, no es una guerra todavía. Además siguen los bandazos, porque ahora que descubrimos que las contradicciones en el seno de la clase obrera no son antagónicas, parece que nos olvidamos que igual son contradicciones y nos olvidamos de nuestras definiciones de la necesidad de darnos una política para los sectores más dinámicos y de mayor nivel de conciencia. Es como si no pudiéramos tener dos ideas en la cabeza al mismo tiempo: si hay contradicciones, las consideramos antagónicas, cuando nos damos cuenta que no son antagónicas, nos olvidamos de que existen. Esto es reaccionario. Anular con una opinión hechos de la realidad. (...)

»2.2.3. ARMAS. La concepción del repliegue al espacio seguro nos parece por varias razones errónea. Por militarista, al concebir la política como movimiento militar. Por ideologista, al aplicar conceptos de otras realidades trasplantados mecánicamente, incurriendo en los mismos errores que antes le criticábamos al ERP. Y fundamentalmente porque debido a nuestra ausencia de propuestas y a la confusión de nuestra identidad y de la identidad del pueblo, las masas no son un espacio seguro para nosotros. Lo perdimos por nuestro error.

»2.3.1. RELACIONES DE FUERZA. ECONÓMICO. La contradicción con nuestra base social, derivada del aparatismo, no es porque gastamos más de

lo que producimos, sino por nuestros errores políticos. Ahí está el aparatismo. Es querer imponer nuestros esquemas a la realidad. Negamos el Movimiento Peronista y el Movimiento Montonero no existe. Entonces, ¿dónde nos vamos a refugiar cuando el enemigo aprieta? El error no está en que los compañeros son unos cómodos o vagos y por eso se refugian en el aparato, sino en que nuestra política ideologista e irreal hace imposible una buena relación con el pueblo. Si no corregimos eso, todo seguirá igual aunque la gente trate de irse a vivir a otro lado.

»2.3.2. EN LA POLÍTICA NACIONAL. Es una barbaridad hablar de “fracaso total del plan” del gobierno. Se puede hablar de fracaso parcial o de éxito parcial, pero como lo plantea el documento es nuestro famoso exitismo. Ya vimos cómo los partidos y la Iglesia no rompen ni endurecen demasiado la relación con el gobierno. Y las luchas de las masas todavía no son tantas ni tan duras, aunque lo serán, con nosotros o sin nosotros.

»2.3.3. INTERNACIONAL. Ya dijimos que no los vemos aislados a ellos. Sobre derechos humanos, queremos agregar que es cierto que han perdido muchos puntos, pero esto forma parte de una política del imperialismo, que aprieta con dos pinzas: la económica y la de los derechos humanos, para mejor someter a nuestros países. Los mandan a matar y después aprietan. Además, ahora van a institucionalizar los derechos humanos, creando comisiones dirigidas por ellos, para regular las denuncias como mejor les convenga.

»2.3.4. MILITAR. De nuevo el militarismo, aun para criticar al militarismo. Ese esquema no ayuda a pensar. Y falta una autocrítica en serio, porque nosotros dijimos en 1974, cuando murió Perón, que queríamos el golpe para evitar la fractura del pueblo, y en 1975 que las armas principales del enfrentamiento serían las militares. Hay que ir a fondo, porque si no, no sirve. También está el documento de la regional Baires después del golpe, diciendo que era el último desafío de la historia.

»Es falso que no tengan reservas fácticas y que necesiten desafectar tropas de una zona para llevarlas a otra. Nos están dando muy duro y sólo empeñan una parte mínima de sus fuerzas. Les sobran reservas tácticas. Éste es un error gravísimo. Nos corresponde a nosotros esta crítica porque

evidentemente no informamos bien cuál es la situación. Pero hay que corregir esa apreciación.

»2.3.5. SÍNTESIS. Ellos avanzan en lo militar y también en lo político. Nosotros retrocedemos en ambos campos. Y esto porque sin política no era posible avanzar. Hay que admitirlo así aunque duela. (...)

»3.3.1. ARMAS. No es cierto que ellos no tengan iniciativa táctica con las masas. Ahora cuando rastrillan, pintan las casas y dan la vacuna, que es lo que hacíamos nosotros en otra época. (...)

»3.3.3. ORGANIZATIVAS. La autonomía tiene que estar en todo nivel y no en los oficiales, porque así el cambio es mínimo.

»Si las cantadas fueran por debilidades ideológicas, lo mejor sería bajar la cortina, porque la ideología se modifica en medio siglo. Es por falta de confianza en un proyecto, debido a los graves errores políticos cometidos. Por eso se puede corregir y no vamos a ser derrotados».

Poco después, en el mismo clima crítico, Walsh escribió un texto más íntimo: «Diciembre 29», sobre la muerte de su gran amigo Francisco Urondo, oficial montonero:

«El Paco había hecho testamento para poder reconocer a su hija que tuvo con Lucía. Los proscritos no pueden reconocer directamente a sus hijos. La madre se interna con nombre falso, el niño es anotado con nombre falso.

»El Paco no anduvo bien en Prensa. Por lo menos yo pensaba eso y otros también lo pensaban, aunque es difícil saber de quién era la responsabilidad. Prensa era un equipo muy grande: alrededor de setenta. El error que ellos cometieron fue no comprender a fines de 1975 la naturaleza del golpe que se avecinaba.

»Fue un error casi general. Se admitía la posibilidad del golpe pero también se trabajaba como si no fuera a ocurrir. Incluso se lo contemplaba con cierto optimismo, como si su víctima principal fuera a ser la burocracia en el gobierno, y no nosotros. No hicimos ningún programa contra el golpe. En agosto del 75 Pancho y yo empezamos a trabajar en una posible respuesta al golpe: sobre todo una respuesta militar que dificultara el despliegue inicial, las primeras 48 horas. No se trata de parar el golpe sino de que empezara mal, con un costo imprevisto. Cuando hablamos de eso

con Petrus, él dijo: “Pero entonces ustedes creen que va a haber un golpe. Eso cambia todas las cosas”.

»Poco después Petrus reestructuró los ámbitos y durante algunas semanas funcionamos con el Paco, Zavala, Federico, muertos en el 76, y Eduardo. El Paco y yo trabajamos entonces en la propuesta de un “plan de emergencia” para oponer al golpe. Sé que se discutió después en la regional y que sirvió de fundamento para un plan de operaciones pero nunca nos llamaron a discutirlo. O sea que el Paco estaba familiarizado en el tema y particularmente con el bloqueo informativo que se iba a producir, ya que ésa era una de las previsiones del plan de emergencia. Pero Prensa siguió funcionando como si hubiera un futuro electoral: pensando en una revista (que llegó a salir y tuvo vida efímera) e incluso en un diario.

»La última expresión clandestina era el *Evita*. Naturalmente si se pensaba en revistas y diarios había que mantener más o menos congregado un aparato importante, con grandes locales, imprentas, etc. Ése iba a ser un blanco terriblemente fácil para el enemigo.

»Al Paco lo trasladaron en mayo, a mí me dijeron que a Europa, pero en realidad a Mendoza, y esto llegaron a saberlo Rosita y Roberto. Me estuvieron buscando para una reunión de despedida. No me encontraron y se hizo sin mí. Después en junio, una mañana entró Juan en la oficina y me dijo: “Lo mataron a Ortiz”. El traslado de Paco a Mendoza fue un error. Cuyo era una sangría permanente desde 1975, nunca se la pudo poner en pie. El Paco duró pocas semanas; su muerte, dijo Roberto, se produjo en un contexto de derrota, por el mecanismo que después nos ha resultado familiar: las caídas en cadena, las casas que hay que levantar, la delación, finalmente la cita envenenada. Fue temiendo lo que sucedió. Hubo un encuentro con un vehículo enemigo, una persecución, un tiroteo de los dos coches a la par. Iban Paco, Lucía con la nena y una compañera. Tenían una metra, pero estaba en el baúl. No se pudieron despegar. Finalmente el Paco frenó, buscó algo en su ropa y dijo: “Disparen ustedes”. Luego agregó. “Me tomé la pastilla y ya me siento mal”. La compañera recuerda que Lucía dijo: “Pero Papi, por qué hiciste eso”. La compañera escapó entre las balas; poco después llegó herida a Buenos Aires. Cree que a Lucía, desarmada, la mataron ahí mismo. Al Paco le pegaron dos tiros en la cabeza, aunque

probablemente ya estaba muerto. A la nena la devolvieron poco después. La recuperó Josefina, la hija de Paco, hasta que la mataron este mes de diciembre».

Una semana después, Walsh produjo uno de sus últimos informes de inteligencia: un «Cuadro de situación del enemigo militar a comienzos de 1977».

«1. Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su Plan de Operaciones, pasó a la Fase 3 y se apresta en 1977 a realizar la Fase 4, que denomina de exterminio.

»2. En el último trimestre de 1976 el número de muertos en el campo popular osciló entre 200 y 300 por mes.

»3. Tras el aniquilamiento de la conducción del ERP en julio, el enemigo concentró su esfuerzo en Montoneros. A partir de fines de septiembre logró la destrucción de su Secretaría Política Nacional, conducciones zonales de La Plata y Norte, y muerte de un miembro de la Conducción Nacional. Asestó fuertes golpes a las conducciones zonales de Sur, Oeste, Capital y estructuras de Prensa e Informaciones del Área Federal. En el mismo período se produjo la caída de numerosos oficiales, aspirantes y soldados. La Inteligencia enemiga ha avanzado hacia un tipo de análisis estructural que le permitirá en grado creciente la búsqueda de estructuras prioritarias de conducción o del aparato federal. El conocimiento de la propia estructura le permite la selectividad de los blancos y el volumen de caídas y confesiones obtenidas por la tortura facilita una renovación constante del ciclo de Inteligencia. (...)

»5. El presupuesto de guerra, superior a los mil millones de dólares anuales, es el más alto de su historia. La Policía de la Provincia de Buenos Aires ha sido reequipada, mejorando notablemente en movilidad y armamento. La Policía Federal ha dado un salto cualitativo en su sistema de comunicaciones con la incorporación del sistema Digicom. (...)

»10. Curso probable de acción enemiga, enero-junio 1977:

»—El enemigo iniciará sin dificultades la Fase 4 de su Plan de Operaciones, lo que en términos generales significa una intensificación global de su ofensiva con vistas al triunfo antes de junio».

Después, Rodolfo Walsh decía que «el enemigo cuenta con suficiente inteligencia acumulada sobre la fuerza propia como para alcanzar sus objetivos en proporciones que oscilan entre el 60 y el 90 por ciento, sin que deba descartarse un acortamiento del plazo». Por eso proponía que los Montoneros ofrecieran la paz a las Fuerzas Armadas y redefinieran su estrategia: «Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el fal y la enega, las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño».

Cuando Julio Urien reconoció las voces de los otros presos del pabellón 1 de la cárcel de La Plata pensó que estaba jodido. Lo habían trasladado desde Villa Devoto a mediados de 1976, pero la reclasificación de enero de 1977 lo puso en uno de los «pabellones de la muerte» del coronel Ramón Camps. Sus compañeros, Rufino Pirles, Dardo Cabo, Ernesto Villanueva, Jorge Taiana, Francisco Gutiérrez, José Brontes, Horacio Crea, Horacio Rappaport, Eduardo Jozami, Ricardo Rodríguez Saá, Ángel Georgiades y varios más eran cuadros montoneros de mucho nivel. Eran unos veinte: Julio pensó que la selección estaba bien hecha, y que así los militares conseguían aislar a los militantes de base e intermedios de su conducción dentro de la cárcel.

Ser uno de ellos era casi un honor, pero también una amenaza fuerte: la muerte le podía llegar en cualquier momento. Julio pensó que era entonces, ante el mayor desafío, cuando tenía que asumir plenamente sus responsabilidades y demostrarse su valor. Y que lo importante era pasar esos primeros momentos del embate represivo. Tener paciencia, se decía: en esos casos, no había otra que tener paciencia.

Y decisión: en esos días se había enterado, a través de otro preso, de la muerte de Carlos Lebrón, y lo había golpeado mucho. Carlos caminaba desarmado por una plaza del centro de Tucumán cuando se le acercaron cuatro o cinco hombres y lo balearon sin más. Después del primer sacudón, Julio pensó que Carlos Lebrón había sido el primer oficial de la Armada que moría luchando por la revolución y que eso, algún día, sería un ejemplo para otros.

—¿Qué hacés, Almirante?

—Hola, Dardo, ¿cómo estás?

El recreo era corto y el patio chico, pero les hacía bien salir un rato, hablar con alguien. Unos días antes les habían sacado libros y revistas y los días de aislamiento se les hacían larguísimos.

—Jodido, che, como dijo el paisano: al pedo como harina que no se amasa y pan que no se vende. ¡Qué turros, apenas si nos dejaron la yerba y los cigarrillos! Acá se viene una brava, hermano.

Dardo Cabo sacó una sonrisa de dientes perfectos. Trataba de no perder la compostura, pese a las amenazas.

—Por ahora los tipos tienen margen; ya están matando presos en Córdoba, y los compañeros ya nos advirtieron que van a tratar de extenderlo a otras cárceles. Estos gorilas hijos de puta tienen el mismo libreto desde los bombardeos de Plaza de Mayo, desde los fusilamientos de José León Suárez.

En esos días, los presos de la cárcel de La Plata se enteraron de que en el Nordeste también se estaba aplicando la «ley de fugas». En la madrugada del 13 de diciembre, un grupo del Ejército apoyado por la policía provincial sacó a diez presos de la cárcel de Resistencia para llevarlos al penal de Formosa. El traslado era extraño: la cárcel de Resistencia era una de las más seguras del país, y la de Formosa era muy precaria. Primero los torturaron durante horas en la alcaidía de la policía de Resistencia; después se los llevaron. Y contaron que el convoy había sido interceptado en la ruta 11, a la altura de Margarita Belén, por «un grupo de delincuentes subversivos que pretendían liberar o eliminar a los presos, para evitar que hicieran declaraciones comprometedoras». Los diez presos murieron por bala y no hubo ningún herido: ni entre ellos, ni entre los supuestos asaltantes, ni entre los soldados y policías que sufrieron su ataque.

—Hermano, esto se está poniendo cada vez peor. No quiero ser lechuza, pero si esto sigue así acá nos van a terminar matando a todos.

El miércoles 5 de enero Julio recibió la visita de su madre y le contó todo lo que pasaba. Ese día los familiares de los presos de los pabellones de la muerte se enteraron de las amenazas y decidieron ir a ver a obispos y jueces y hacer denuncias internacionales para tratar de impedir que mataran a sus hijos o esposos. Julio, como todos, pensaba que si la situación se

difundía a los militares les iba a resultar más difícil fusilarlos. Los familiares solían juntarse, antes y después de las visitas, en el bar de enfrente del penal, para repartirse actividades y contarse las novedades, desde los traslados de cárcel o castigos en calabozos hasta la marcha de las comisiones de derechos humanos que habían empezado a funcionar últimamente.

Además de las denuncias, era útil recurrir a los contactos personales. Pero Susana Trotz de Urien estaba en problemas: Julio, su hijo mayor, estaba preso por montonero y su vida corría peligro. Facundo, el segundo, era teniente del Ejército bajo las órdenes del general Menéndez, con la sospecha de simpatizar con los Montoneros. Y el hermano de Susana era el coronel Ernesto Trotz, segundo del coronel Ramón Camps en la policía bonaerense: en noviembre, un conscripto montonero que le hacía de secretario dejó una bomba en su oficina, y le voló un brazo. Más de una vez la señora aprovechaba el mismo viaje a La Plata para visitar a su hijo Julio en la cárcel y a su hermano Ernesto en el hospital. Cuando recurrió a él para que ayudara al sobrino preso, el coronel le dijo que no estaba de acuerdo con algunas cosas que pasaban pero que no podía hacer nada por él.

De vuelta en su celda, Julio se sintió mejor. No tenía motivos para tranquilizarse pero, tras las visitas, los presos solían estar más aliviados. Prendió el calentador branmetal, llenó la pava de agua y se cebó unos mates. Caía el sol; no les dejaban tener reloj, pero debían ser las ocho. Julio se sobresaltó cuando oyó que el candado de la puerta de acceso al pabellón se abrió muy despacio: demasiada cautela. Esperó que no fuera nada. Un minuto después oyó las voces:

—Dardo Cabo, preparesé...

—Rufino Pirlés, preparesé...

Julio pegó la oreja al resquicio que quedaba entre la puerta de la celda y el piso.

—¿Para qué es?

—Cabo, a dirección. El resto, silencio. ¡Al primero que habla lo mando al calabozo!

Julio sintió que se le hinchaba el cuello, que la sangre se le agolpaba en las sienes. Otros presos empezaron a golpear sus puertas, a preguntar qué

pasaba. Julio pensó que la elección no era arbitraria: Dardo Cabo era un histórico dentro del peronismo y el Palometa Pirles formaba parte de la conducción montonera. Cabo y Pirles salieron caminando tranquilos, con la cabeza alta: los presos de los pabellones de la muerte habían acordado que, si no estaban seguros de que los fueran a matar, no harían escándalo: pensaban que cualquier pataleo los convertía en unos «cachivaches». Y que tampoco lo harían aunque estuvieran seguros de que los llevaban a la muerte: en tal caso, habían decidido que lo mejor era salir serenos, con la actitud del militante que sabía que la muerte formaba parte de sus opciones. Y reservarse para gritar, si acaso, viva la patria o vivan los Montoneros en el momento final.

Julio tomó unos mates: se sentía ridículo agarrando con cuidado la pava, chupando despacio la bombilla. Al rato oyó más pasos, ruido de candados. Tuvo un momento de esperanza: quizás los traían de vuelta. Pero no: los guardias habían venido a llevarse lo que había en sus celdas. Poco después, los guardias sacaron de sus calabozos a Ángel Georgiades y Horacio Rappaport para que repartieran la cena. Cuando terminaron de distribuir el guiso, Ángel le preguntó al celador:

—¿Nos puede informar dónde los llevaron a los compañeros?

—No. Yo no sé nada.

—Bueno, entonces, dígame al jefe de turno que, como delegado del pabellón, quiero una audiencia.

El oficial tardó unos minutos y se llevó a Ángel Georgiades a una salita contigua:

—Vea, acá no quiero delegado ni tres carajos. Y usted sabe que está terminantemente prohibido meterse en cosas de los demás...

—Pero oficial, se acaban de llevar a los compañeros Cabo y Pirles...

—Yo te voy a dar a vos, compañeros; ¿de qué compañeros me hablás? ¡Ahora vas a aprender!

Dijo el oficial, y lo mandó al calabozo. A la mañana del día siguiente, en el recreo, la noticia corría como reguero de pólvora: unos minutos antes, Alberto Ivillierat, Taca, se había presentado en el patio de recreo del pabellón 6 con una sonrisa siniestra:

—Al fin los matamos a esos hijos de puta... No va a quedar ni uno para contarla, acá mandan los nacionalistas del Ejército, se acabó la escoria montonera.

Ivillierat era uno de los pocos presos que podía circular por los pasillos: en el nuevo esquema concebido por el coronel Camps, Ivillierat era el ejemplo del colaborador, el que armó el pabellón de los «buchones», el que ayudó a confeccionar las listas de los «irrecuperables». Hasta unos meses antes se presentaba como un peronista con historia: solía decir que él y Cabo eran los únicos que sabían lo que había sido la resistencia, los que habían mamado el peronismo de la calle; y que, en cambio, la mayoría de los montoneros eran pibes macanudos pero que conocían al peronismo sólo por los libros. Al día siguiente, uno de los presos que venía de ver a su abogado les confirmó la noticia: la versión oficial decía que Cabo y Pirles habían muerto en un intento de fuga cuando eran trasladados a otra cárcel. El patio era un horno, el sol caía a pique y todos se juntaron en un círculo:

—... lo que me dijo el boga es que en vez de Rufino Pirles al Palometa le pusieron Rufino Uris.

Julio hizo una asociación rápida:

—¿Uris?

—Sí.

—Putá, el próximo soy yo: Uris es una mezcla de Urien con Pirles.

Dijo, sin mayores inflexiones. Poco después tuvo la confirmación de que su asociación no era una manía persecutoria: el sábado 15 de enero, a media mañana, antes del horario de visita, lo llevaron junto a Horacio Crea y Angel Georgiades al despacho del director del penal. El prefecto Dupuy no estaba: los que los recibieron tardaron segundos en esposarlos, vendarlos y ponerlos contra la pared. Entonces entró alguien que no se dejó ver:

—Ahora dentro de un rato ustedes van a volver al pabellón, y les avisan a todos que vamos a limpiar a tres de ustedes por cada hombre de las fuerzas militares o de seguridad que asesine la subversión acá en esta zona. ¿Quieren guerra sucia? Ahora van a saber lo que es desafiar al Ejército. Ya saben, eh. Ustedes encabezan la lista: son los próximos tres...

De vuelta en su celda, Julio no pudo tragar ni una cucharada del loco aguachento que le llevaron. Tenía que hacer algo, pronto, pero no tenía

muchas opciones: era terrible tener que quedarse así, sin poder reaccionar, sabiendo que su muerte era cuestión de días. Esa tarde, en la visita, su madre escuchó su relato restregándose las manos y tratando de que no se le notara la desesperación.

—Vieja, traten de avisarle al juez que nos están amenazando.

—Tu padre ya habló con varios amigos de la Justicia y además presentó un recurso de amparo.

En desacuerdo con la situación y con la nueva Corte Suprema, Julio César Urien padre se había jubilado como camarista de la Justicia de la Capital poco después del golpe.

—Mamá, si podés llamalo a Harguindeguy...

Susana Trotz de Urien conocía al ministro del Interior, el general Albano Harguindeguy, desde que era chica. La señora le dijo que bueno, que no se preocupara, que ella lo iba a llamar. Y que las camisas nuevas y los libros que le traía eran los regalos de cumpleaños de sus hermanos.

—Bueno, Julito, cuidate mucho, hijo, todos estamos muy orgullosos de vos, de tu temple, de tu entrega. El viernes 21 todos vamos a tenerte presente: ¡ya cumplís 27, nene! ¡Ay, lo que más quiero en el mundo es que los 28 los pases con nosotros! Voy a rezar mucho para que así sea.

—La cita es en Necochea.

—¿En Necochea?

—Sí, ni Capital ni La Plata tienen condiciones de seguridad para que ande el Pelado, así que a vas a tener que ir a Necochea.

El Cuervo All le trasmitió el mensaje del Buró político del PRT, y Daniel De Santis se acordó de que no pisaba un balneario desde aquel verano del 68 cuando se fue de campamento a Valeria del Mar con los del MALENA, al principio de su militancia universitaria. Nueve años después, la cita con Enrique Gorriarán Merlo le permitiría volver a ver el mar.

—Tenés que esperar en la escollera grande, mientras haya luz, en las horas impares del martes 4 de enero. Entre las en punto y las y cinco. Por ejemplo, de tres a tres y cinco, de cinco a cinco y cinco. Así hasta que aparezcan.

Por las dudas, se compró un short de baño, no fuera cosa que la policía le revisara el bolso en la ruta o la terminal. El lunes se tomó el micro en Rosario y trató de imitar la cara de vacaciones de la familia de los asientos contiguos. Después de un par de amagues, les contó que un primo lo había invitado a pescar corvinas pero que apenas llevaba un bolsito porque tenía que volverse el jueves.

—¿Y las cañas?

Preguntó el nene. Daniel se molestó; después le dijo que su primo tenía muchas, que era uno de esos que sólo vivía para la pesca, un fanático. El nene le preguntó si podía conocerlo, pero la madre se interpuso:

—Sebas, dejá leer al señor.

Daniel leía *La Capital* En España una cantidad de intelectuales reclamaba al gobierno de Adolfo Suárez la libertad de Santiago Carrillo, el secretario general del PC, detenido un par de semanas antes. Lo habían agarrado entrando en una casa madrileña, disfrazado con una peluca canosa. Daniel estaba convencido de que las pelucas solían ser demasiado llamativas. Y pensó que, de todas formas, los servicios siempre inventaban: que seguramente no lo habían agarrado por la peluca sino por el soplo de algún infiltrado, como les debía estar pasando a ellos.

—Bueno, acá está el famoso Rubén. Gusto de verlo, compañero.

Daniel le devolvió el abrazo. El chalet de Miramar no estaba mal, tenía parrilla, y Gorriarán, uno de los hombres más buscados de la Argentina, estaba haciendo el fuego. En shorts, muy blanco y con rollitos, parecía un oficinista huyendo del saco y la corbata. En la casa también estaba Alejandro All, un rosarino que había quedado al frente de la estructura militar del ERP, ya muy disminuida. Daniel comió con entusiasmo: hacía tiempo qué no se enfrentaba a un buen asado. Gorriarán contaba cómo lo habían recibido los cubanos:

—Nos vinieron a buscar a Praga y tuvimos varias reuniones. Los cubanos están de acuerdo con que profundicemos la táctica del repliegue. Nos van a dar algún apoyo para sacar a los compañeros del país. Cosas mínimas, sobre todo documentación. Y encargarse de su formación, una vez que estén afuera. Nosotros tampoco les pedimos más ayuda en este momento.

Cuando terminaron el vacío, Gorriarán les dijo que habían armado dos listas de militantes que consideraban prioritarios para la salida: unos irían a hacer cursos de formación política y otros de preparación militar. La idea del PRT consistía en constituir una reserva de cuadros fuera del país para garantizar la continuidad del partido, muy golpeado por la represión.

—Pero el problema es que esas listas las hicimos hace un par de meses, y la mayoría de estos compañeros cayeron. Por eso hemos elaborado otra lista, de emergencia, y vos sos uno de los que va a salir.

—¿Yo?

Daniel nunca había pensado en la posibilidad de irse. Vivía, como el resto, sabiendo que la muerte le podía llegar en cualquier momento, pero no se le había ocurrido la idea de dejar la Argentina. Fue curioso: se dio cuenta de que la noticia de que tenía muchas posibilidades de salvar su vida no le produjo alivio. Lo asaltó la idea de que muchos otros se quedaban, y pensó en su mujer y su hijo. All le dijo que tenía que traspasar la responsabilidad de la regional Rosario a una compañera de conRAINTeligencia.

—Después de eso tenés que ir a Buenos Aires. Ahí Mario te va a dar las instrucciones, te va a dar documentación nueva. La salida es por tierra, porque los aeropuertos los tienen muy controlados.

Daniel pasó cuatro días en Rosario, arreglando el traspaso. En Buenos Aires se encontró con Mario, que le dijo que todo lo que tenía que hacer era esperar para salir.

—Cuanto menos te muevas mejor, así cortás cualquier cola.

Una «cola» era una pista: las pistas que podían dar en la tortura los que caían, o los eventuales infiltrados. Lo mandaron a vivir a la casa del Lince, un militante de la regional Norte, en Grand Bourg. Daniel lo conocía de La Plata: el Lince estaba en tareas militares y, al segundo día de vivir con él, Daniel se dio cuenta de que los de la regional Norte no aplicaban la táctica del repliegue. Así que aprovechó una visita de Luis, el responsable de la regional, para decirle lo que pensaba:

—Mirá, yo no quiero meterme, pero los compañeros acá están militando a mil por hora, no cumplen con la política de preservación de cuadros.

Luis y el Lince lo miraron con cierta desconfianza.

—Los changos hacen las tareas, hermanito. Para nosotros la preservación no es derrotismo.

Le contestó Luis, y Daniel sintió una mezcla de bronca y culpa. Siempre había pensado que la mejor virtud de los militantes del PRT era demostrar sus criterios en la práctica: él, a punto de irse del país, no se sentía muy autorizado para seguir hablando.

—No, por supuesto. Pero tampoco se trata de caer en el aventurerismo. Es importante saber adaptarse a las necesidades de la etapa, y hay momentos en que los revolucionarios tienen que saber usar tácticas de repliegue.

—Pará, hermano, con esa actitud vamos a desmoralizar a los compañeros.

Daniel prefirió callarse. Se pasó una semana encerrado en la casa del Lince, hasta que tuvo que encontrarse con Mario. La cita era complicada: iba por Rivadavia y dobló por la vereda sur de Medrano. A la altura de Díaz Vélez, Mario se lo cruzó y los dos doblaron hacia Salguero, así podían ver de frente los autos. Mario miró con cautela al tipo del puesto de pochoclo:

—Cruzá vos primero que enseguida te alcanzo.

Daniel cruzó, pensando que todo había cambiado: la militancia era una guerra subterránea, cada vez más dependían de mecanismos de precisión, de ejercicios conspirativos. Ya casi ni hablaban de política. Al rato llegaron a una plaza donde media docena de jubilados jugaba al ajedrez. Mario se distendió:

—Bueno, una vez que tengas el documento hecho, te vas a ir con otra compañera. Eso sí, tenés que cumplir con todas las instrucciones. Hay muchos compañeros que, sin darse cuenta, boicotean su salida. ¿Está claro?

Mario le dijo que todavía no le podía dar detalles. La mayoría de los militantes del PRT salía por Paso de los Libres, en la frontera con Brasil. Además, el verano resultaba ideal: el flujo de turistas complicaba los controles de Gendarmería. Desde fines del año anterior que estaban mandando gente por ahí, y todavía no había caído nadie.

Manuel Gaggero había sido uno de los primeros en cruzar esa frontera. Cuando le llegó la orden se resistió bastante: que solo no se iba,

que no iba a dejar a su mujer y a sus tres hijos en banda, que había que planificarlo de otra manera. Pero se pusieron duros con él: «o te vas como dispone el partido o te olvidás de nosotros». Al final, Manuel sacó un pasaje en micro hasta Porto Alegre, tal como le dijeron, para las cuatro de la tarde del 31 de diciembre. Se preocupó cuando, al subir al ómnibus, vio a Nora, la viuda de Eduardo Merbilhaá. Ella miró para otro lado, pero su hijo de cuatro años lo reconoció y caminó hasta su asiento. Manuel temblaba.

—Vos eras amigo de mi papá.

Manuel lo miró como quien se pregunta qué quiere este marciano y el chico no insistió. Llevaba *La Opinión* de ese día, y la desplegó frente a su nariz. En la primera página, una nota lo impresionó: «La subversión tuvo 4000 bajas en 1976». Sergio Cerón empezaba diciendo que «el año 1976 ha sido el que parece marcar la declinación definitiva de la subversión en la Argentina como fuerza activa combatiente apta para la lucha frontal. Es muy difícil, en esta ríspida y delicada materia, hacer una evaluación aproximada de las bajas que sufrieron las organizaciones guerrilleras, ya que por supuesto esas informaciones pertenecen al rubro del secreto militar».

De todas formas, el periodista lo intentaba y calculaba que el ERP habría tenido 1800 bajas, seguido por los Montoneros con 1500, y que el resto correspondía a «elementos que desertaron y cuyo abandono de los puestos combatientes puede ser comprobado sin ninguna duda». Manuel tuvo un pequeño sobresalto, pero enseguida pensó que esa descripción no le correspondía: él seguía las instrucciones de su organización.

«En 1976, más de 150 combatientes del ERP cayeron en tierra tucumana, conquistando el Ejército un parque que algunos observadores hacen ascender a 20 morteros, 600 armas largas, 350 pistolas y gran cantidad de municiones. Es notorio que la población tucumana, al contar con la seguridad para sus vidas que significó la presencia del Ejército en operaciones, prestó una valiosa —imprescindible— colaboración.

»Montoneros, por su parte, habría experimentado la pérdida del 80 por ciento de sus efectivos de combate, estimados por algunos observadores en alrededor de 2000 hombres. Sufrió un deterioro material muy pronunciado en reductos, equipos y armamentos estimado en no menos de 25 millones

de dólares. Pero además fue recuperado por el Ejército el equivalente de otros 20 millones, fruto de rescates y contribuciones forzosas».

El gobierno debía sentirse seguro, pensó Manuel: ya permiten que la prensa use los nombres de las organizaciones. Es un mal signo, pensó. «En las Fuerzas Armadas existe clara conciencia sobre dos aspectos —terminaba el artículo—. La violencia terrorista tardará aún mucho tiempo en ser erradicada definitivamente del país y del mundo; es necesario, por otra parte, cegar futuros canales de reclutamiento subversivo. Para ello —como señalaron voceros autorizados del gobierno militar— es necesario prepararse para ganar la paz».

Cuando entraron a Paraná ya era casi medianoche, y la azafata del micro propuso a los pasajeros una parada larga para festejar la llegada del Año Nuevo:

—Si les parece, en el bar de la terminal podemos pedir unas sidras, turrónes.

Manuel había vivido en Paraná casi toda su vida. No tenía muchos argumentos para escaparle al brindis, pero cualquier policía de paso por la terminal podía reconocerlo. Empezó a barajar posibilidades: si era mejor quedarse en el micro simulando un ataque al hígado o hacerse el dormido o bajar y mirar el piso o meterse en el baño. Pero, a último momento, el chofer decidió no hacer el brindis en Paraná. Llegaron a Paso de los Libres a las cinco y media de la mañana. El gendarme que controlaba los documentos parecía borracho. Manuel estaba muy tenso y temió que se le notara. Por un momento pensó que si simulaba demasiada tranquilidad iba a ser peor. El punto justo era lo más difícil. El gendarme le devolvió su pasaporte falso con un gesto amistoso:

—Señor, este correntino de ley le desea muy feliz año.

Desde Brasil, Manuel pudo viajar a España. A mediados de enero, Alba Sager de Gaggero y sus tres hijos salieron de Buenos Aires en barco. A fines de enero los cinco se encontraron en París: era invierno, nevaba, todo parecía tan lejos de sí mismo.

Enero de 1977. El lunes 17, en el patio de la prisión estatal de Salt Lake City, Utah, con un frío que helaba la sangre, cinco voluntarios mormones apretaron el gatillo para cumplir la orden judicial que ordenaba matar a Gary Gilmore, juzgado culpable de doble homicidio. Era la primera vez en diez años que una condena a muerte no era conmutada por la justicia o el gobernador del estado correspondiente. La muerte de Gary Gilmore alcanzaría cierta notoriedad: sobre su historia, Norman Mailer escribiría *La canción del verdugo*. El presidente James Carter, defensor de los derechos humanos fuera de los Estados Unidos, no intervino en el caso porque se trataba de una cuestión estatal, no federal. El sábado 22 Carter firmó una amnistía para todos los americanos que habían desertado de las fuerzas armadas durante la guerra de Vietnam. Y un par de semanas después, un cable de *France Presse* informaba que un estudiante de Amherst, Massachussets, se estaba «haciendo rico con la venta de remeras con la inscripción *Let's do it* —hagámoslo—, las últimas palabras de Gilmore ante el pelotón de fusilamiento».

En Roma, el viernes 21, el Parlamento convirtió en ley la despenalización del aborto. La ley fue aprobada por una amplia mayoría que incluyó no sólo a comunistas y socialistas sino también a demócrata cristianos. Pese a la enconada oposición de la Iglesia, a partir de entonces las mujeres que quisieran interrumpir su embarazo tendrían que presentarse ante asistentes sociales y jueces que las autorizarían —o no— a ser operadas por médicos en condiciones sanitarias adecuadas y no en quirófanos clandestinos, como hasta entonces. Las asociaciones feministas de todo el mundo festejaron la nueva ley. Y el papa Paulo VI se manifestó horrorizado: estaba especialmente preocupado por la actitud de muchos legisladores de la Democracia Cristiana, que desobedecieron la consigna eclesiástica de votar en contra. En esos días, una encuesta mostraba que el 45 por ciento de los italianos opinaba que era posible ser un buen católico y un buen comunista al mismo tiempo: el compromiso histórico.

El miércoles 19 de enero Alberto Elizalde tuvo visita: Delia Avilés, su madre, fue a verlo con Elide, la madre de Gabriel Debenedetti, el Tordito, que acababa de llegar de Santa Fe. Gabriel era el hermano de

Oswaldo, el Tordo, que en ese momento estaba preso en Rawson. Delia estaba contenta de alojar a Elide en su casa:

—La pobre durmió en el sofá del living, pero mañana se va a ir a la casa de otra compañera.

La casa de Ensenada era chica y, además de Delia, estaban Felipe y Sofía, los hermanos de Alberto. Ese miércoles Delia le contó a Alberto que Cristina Constantini, su novia, que no veía desde hacía tres años, le iba a mandar una carta, que Sofía seguramente iría el domingo, el otro día de visita femenina, y que el sábado siguiente, Felipe iba a llevarle unos libros: novelas, que era lo único que les dejaban leer, si pasaban la censura. Le prometió *Amalia* de José Mármol y las *Vidas paralelas* de Plutarco: los preferían bien largos, porque no tenían derecho a recibir más de tres por mes.

—Chau, querido. Cuidate.

Delia le dio un beso y un abrazo muy fuerte y se fue caminando despacio, con su venda elástica en la pierna derecha para atajar las várices. Ese sábado Felipe Elizalde no fue a la visita. Alberto pensó que a lo mejor le habían cambiado el turno en el Correo, donde trabajaba, o que quizás había tenido que hacer algún trámite. Pero sintió un dolor en la nuca: una puntada, algo que cada tanto le pasaba y no podía explicar. El domingo tampoco fue su hermana Sofía, ni su madre. Alberto se quedó de nuevo sin visita, pero esta vez ya estaba preparado. Salió al patio, con el resto de los presos que no tenían visita. Eran los recreos más tristes. Alberto intentó una partida de ajedrez con el japonés Maeda, pero no podía concentrarse. Estaba pendiente del final de la visita, a ver qué le contaban. Cuando Gabriel Debenedetti entró al patio, Alberto le vio los ojos rojos. Gabriel lo agarró fuerte de los hombros:

—Cayeron a lo de tu mamá. Mi vieja fue a la casa y no contestaba nadie. Tocó a los vecinos y nadie decía nada, hasta que la señora de al lado le dijo que unos tipos habían llegado en varios autos, que no sabía a quiénes se llevaron pero que todo quedó patas para arriba.

De pronto, Alberto se escuchó gritando lo que nunca hubiera querido:

—¡La chuparon a mi vieja! ¡No tienen perdón! ¿Cómo se van a meter con mi vieja?

Sus compañeros trataban de tranquilizarlo sin llamar la atención. Alberto no podía parar de putear. Miraba las paredes, los alambres de púa, el pedacito de cielo y le parecía que todo era la creación de un gran hijo de puta. Odiaba. Odiaba mucho.

—¡Terminó el recreo!

Alberto se formó en la fila. Trataba de pensar que quizás había sacado una conclusión apresurada, que quizás pronto tuviera otras noticias. Caminaba sin darse cuenta: un autómatas lleno de bronca y de tristeza. De vuelta en su celda se sintió afiebrado. Era fiebre de odio. Se quedó sentado, con los ojos cerrados: ya estaba cayendo el sol. No debía haber pasado mucho tiempo y ahora venía la hora del recuento. Alberto lo sabía porque por los parlantes pasaban ese tema tan pegadizo, el de todos los días a la hora del recuento, con la voz de Roberto Carlos en castellano, que sonaba tan rara:

—Un día más,/ te agradezco, Señor,/ un día más.

Alberto no pudo dormir esa noche, ni muchas noches. Nunca más volvió a ver a Delia, ni a Felipe ni a Sofía. Delia había cumplido 59 años, Sofía tenía 25 —uno menos que Alberto— y Felipe, 23. Y no paraba de pensar que los habían llevado por su culpa. Aunque se repitiera que no era cierto, que la culpa era de esos milicos hijos de puta, que él no había hecho más que pelear por lo que creía correcto. El argumento era lógico, pero no siempre le servía. Unos días después, Alberto se enteró de que también habían secuestrado a Cristina a la salida del hospital donde trabajaba. Cristina Constantini tenía 28 años. Muchos después, Alberto sabría que probablemente los llevaron al Pozo de Arana, esa comisaría de la policía de la provincia convertida en campo de concentración. La misma donde él había estado en noviembre de 1971, la primera vez que fue preso.

Alberto no tuvo más visitas. Salvo una tía tucumana, hermana de su padre, que no sabía nada de esto, ya no le quedaba familia. Alberto siguió saliendo al patio pero no podía concentrarse para jugar al ajedrez y perdió el apetito. Estaba muy flaco. Mejoró un poco cuando los presos del pabellón 2 fueron autorizados a vivir de a dos en sus celdas: Alberto se mudó a la celda de Rubén Jáuregui, el Puma. Unos meses atrás, una patota había secuestrado a su padre, su hermana, su cuñado y su sobrino de meses. Y

también a su compañera, con quien había tenido una hija. Todos seguían desaparecidos.

Alberto y el Puma salían dos veces por semana a limpiar el pabellón y a repartir la comida al resto de sus compañeros del pabellón de la muerte. Todos sabían que a cualquiera le podía pasar lo mismo. Pero el Puma, de todos modos, era un optimista incurable:

—Siempre que llovió paró, hermano. No hay que aflojar.

El domingo 23 de enero, como todos los domingos, Julio escribió una carta denunciando su situación, con la idea de sacarla el martes, clandestinamente, a través de algún familiar. Afuera, los familiares harían copias y las difundirían como pudieran. Los presos se aferraban mucho al valor de esas cartas. El lunes, cuando salió al patio, Julio le dio su papel finito, escrito con letra minúscula, a José Brontes para que la agregara a los demás.

—Tomá, Pepe. Me parece que con el quilombo que están haciendo afuera, a estos tipos se les va a ir acabando el margen...

—Sí, pero hay que estar preparados para todo. Y, de últimas, si nos van a matar, tenemos que saber morir enteros, sin quebrarnos, como verdaderos revolucionarios.

De vuelta en su celda, le golpearon la puerta.

—Urien, a dirección.

Julio quiso pensar que no era nada: debía ser el juez o la Cruz Roja. En la oficina del director lo esperaban varios guardiacárceles.

—¡Desvístase!

Era la requisa de rutina. Lo revisaron, lo gastaron, le dijeron que volviera a vestirse. Apenas terminó, Julio sintió que lo agarraban entre tres: primero fue la capucha en la cabeza, después las esposas en las manos. Julio pensó que le había llegado el turno. Los militares lo agarraban sin violencia, casi con respeto. Quizás porque él también era grandote, fuerte, o porque sabían que era un combatiente montonero. A lo mejor, las vejaciones vendrían después, pensó. En ese momento lo que más le importaba era enfrentar la muerte con dignidad, ser valiente hasta el último momento. Un oficial ordenó que se lo llevaran: era un operativo del Ejército, a cargo del

teniente coronel Oscar Villone y el mayor Lucio Ramírez. Pocos minutos después estaba en la caja de una pickup: boca abajo, esposado atrás, amordazado. Por un resquicio de la venda pudo ver que era una ambulancia del Ejército.

—Pero si no lo llama al Beto Alonso es un hijo de puta.

—No, sí lo llama, lo llama, vas a ver. Menotti puede ser que sea un poco raro, pero no es ningún boludo.

Los suboficiales hablaban de pavadas, como si no quisieran pensar que llevaban a un condenado a muerte. Cuando prendieron el motor, Julio escuchó:

—¿Y? ¿Ya vamos?

—No, pará, que falta uno...

Julio lamentó que fueran a matar a un compañero suyo, pero no pudo evitar un sentimiento optimista: a lo mejor entre dos conseguimos hacer algo para zafar. Al rato trajeron a Ángel Georgiades. La ambulancia arrancó y anduvo unos minutos. Cuando paró, Julio supuso, por la poca distancia recorrida y los saludos que escuchó, que estaban en el Regimiento 7 de Infantería. Después la ambulancia siguió un trecho más, y se estacionó. Los dos militares que la manejaban se bajaron. Julio aguzó el oído: no oía nada, y pensó que estarían en un descampado, quizás en zona de instrucción. Intentaba soltarse las esposas, aflojarse la mordaza, hablar con Ángel para buscar alguna forma de escaparse. Por momentos pensaba que nunca lo conseguiría y se llenaba de desasosiego, y volvía a intentarlo. Era mejor seguir tratando de hacer algo: la pura espera era terrible.

Parecía que habían pasado horas. Quizás ya fuera de noche. Julio, al fin, consiguió aflojarse la mordaza:

—Che, yo pude zafar una muñeca de las esposas, si nos llegan a bajar para fusilarnos acá tenemos que salir corriendo uno para cada lado.

—Sí, está bien, a mí me las ajustaron mucho y con el calor se me hincharon las manos, así que no puedo aflojarme nada, pero lo mismo puedo correr...

Julio trató de dormirse: pensó que lo mejor era descansar lo más posible para estar mejor cuando tuviera que actuar. Pero se despertaba todo el

tiempo, sobresaltado. Al final oyó el ruido de la manija de la caja de la pickup, y se dispuso para el último intento. Lo bajaron a él solo.

—Vos sos Urien ¿no?

—Sí.

Los separaron: cada minuto que pasaba empeoraba su situación. Lo llevaron caminando hasta algún lugar: Julio, vendado, no sabía dónde estaba. Hacía tiempo que había aceptado la proximidad de su muerte: pensaba que los años que no llegase a vivir los apuraría en cada segundo que le quedara. Atado y vendado, tenía la mente despejada, llena de sensaciones hondas, de recuerdos. Se repetía una estrofa de un poema de Machado:

—«Amé, fui amado,/ el sol acarició mi faz./ Vida, nada me debes./ Vida, estamos en paz».

Lástima que estos hijos de puta me van a matar, con todas las cosas que tengo para hacer todavía, pensó. A cada rato modificaba la frase que iba a decirles en el momento que lo matasen.

—¡Vivan los montoneros, carajo! ¡Soy montonero y ustedes son unos vendepatrias! ¡Somos los mejores! ¡Ustedes matan a los mejores: están matando a la patria!

Pero después pensaba que era un discurso muy largo, que no iban a darle tiempo, que lo iban a llenar de plomo antes de decir la mitad. Entonces intentaba una frase breve:

—¡Soy militar y montonero, y ustedes son una mierda! ¡Tiren, cagones!

También se acordaba de la carta que había escrito el domingo, y se decía que por lo menos había dejado unas palabras escritas a sus compañeros. Le parecía fundamental que confiaran en él, que supieran que sería valiente hasta el último segundo:

—Quiero que los compañeros no me olviden, que se queden con mi recuerdo, que alguno de sus hijos se llame Julio César, que quede la memoria de mi moral de lucha, de que morí luchando por lo más sagrado que puede querer un hombre: por una sociedad más justa.

Tenía sed, no podía moverse, sabía que lo debían tener controlado por todos lados y se acordaba de Rintintín: sobre todo cuando los indios rodeaban a los soldados y parecía que ya no tenían escapatoria, y el pibe de

la serie le decía al ovejero ahora, Rintintín y el perro salía a todo pique y se colaba entre los indios y llegaba al cuartel y volvía con los refuerzos de caballería, al galope, con el clarín sonando. Cada tanto alguien le revisaba las ligaduras y la venda, para verificar que no pudiera moverse. Horas después, el oficial que lo había sacado de la ambulancia volvió a buscarlo y lo hizo parar y caminar. Lo estaba llevando de vuelta.

—Vos te vendiste, te pasaste al otro bando. Si fuera por mí ya te estaría sogueando, pero hay gente que piensa que sos recuperable.

El oficial lo tiró de nuevo en la camioneta, Georgiades lo saludó en voz muy baja. Pasaron varias horas; Julio se esperaba.

—Si llegamos a mañana vivos, cuando vayan los familiares a la visita, se va a armar un quilombo padre.

Suponía.

Cristian Urien, el hermano menor de Julio, llegó al penal a las dos de la tarde y se puso en la fila. Pero lo pararon en la puerta:

—Negativo, Julio Urien no figura en la unidad.

—¿Cómo que no figura?

—No, no está. ¡El siguiente!

—¡Qué siguiente, flaco! ¡Dónde mierda está mi hermano!

Cristian tenía 19 años y los modales de un rugbier del CASI: cuando uno de los guardias lo quiso agarrar se abalanzó sin pensar en las consecuencias. Poco después había varios oficiales disculpándose, diciéndole que ellos no sabían nada, que no podían informarle nada. Cristian les dijo que no se iba hasta que lo recibiera el director. Mientras le tramitaban la audiencia fue al bar de enfrente, pidió una coca-cola y trató de sonsacar a los mozos. El cajero, vacilante, le dijo que no lo fuera a deschavar:

—Por favor, no me mandes en cana, pero ayer a la tarde entró una ambulancia del Ejército al penal, a lo mejor se lo llevaron ahí.

—¿Me presta el teléfono?

—Te tengo que cobrar la llamada.

—Mamá, es urgente. ¡Hagan algo, a Julio se lo llevaron en una ambulancia del Ejército!

Cristian volvió al penal y preguntó si ya podía ver al director:

—Sí, pase por acá, ya le concedió la audiencia.

El prefecto Dupuy lo esperaba con cuatro oficiales más.

—¿Dónde está mi hermano?

—Mire, joven, en primer lugar le voy a pedir compostura...

—¿De qué compostura me habla? ¡Yo no me voy de acá hasta que lo traiga a mi hermano!

Uno de los oficiales se le acercó y Cristian se paró para enfrentarlo, pero el otro lo apuntó con su ametralladora. En unos segundos lo habían puesto en la calle. Mientras tanto, Susana Trotz de Urien llamaba a Harguindeguy. Tras un par de intentos de demorarla, un secretario la comunicó con el ministro del Interior:

—Tengo que verte ahora mismo.

—¿No puede ser a la noche? Mejor llamame a casa más tarde.

—Te digo que ahora, en media hora estoy allá.

Harguindeguy la hizo pasar a su despacho de la Casa Rosada y le pidió al secretario que le filtrara las llamadas.

—Salvo que sea el presidente, en los próximos diez minutos no atiende a nadie.

Ella se largó a llorar, y él la invitó a sentarse, muy amable.

—Quedate tranquila, Susana, lo único que te puedo decir es que no lo van a matar. Yo me voy a encargar personalmente de que a tu hijo no lo maten. Pero que quede bien claro: no lo hago por él, sino por tu familia.

Esa noche los militares sacaron a Julio y a Ángel de la ambulancia y los llevaron caminando hasta un lugar cerrado, chico, con olor a moho. Allí les dieron un vaso de agua y los dejaron ir al baño. A la mañana apareció alguien que se identificó como oficial:

—¿Así que vos sos Urien? ¡Qué parientes tenés! En realidad, tenés que ser un gran hijo de puta, porque si estás acá y tenés esos parientes, debés ser el peor de los hijos de puta.

El oficial le dijo a Ángel que se parara, que se lo llevaba. Julio pasó todo el día tirado en ese calabozo, encapuchado, atado y amordazado. A la mañana siguiente lo vinieron a buscar. Eran dos militares que se lo llevaron

a los empujones hasta otra sala. Allí, un médico le hizo sacar la capucha pero no la venda, y lo revisó. Julio pensó que si no se la sacaban podía ser que, al final, no fueran a matarlo. Escuchó que el médico escribía un informe y decía que ya se lo podían llevar. Julio se ilusionó: si lo iban a matar, no valía la pena revisarlo y, además, ése era un trámite que solía hacerse cuando una institución le entregaba un prisionero a otra: como para deslindar responsabilidades y certificar que lo libraban en buen estado.

Los dos tipos lo sacaron del edificio y lo llevaron caminando unos cientos de metros. Después pararon. Se oía el motor de un camión. La orden llegó de cerca:

—A ése lo bajan y lo llevan con el otro... A éste me lo suben...

Julio escuchó unos pasos vacilantes, empujones, insultos y apenas un quejido amortiguado por la mordaza. Sin saber por qué, pensó que era Pepe Brontes.

Lo subieron al camión y lo colgaron por los pies del techo: Julio quedó boca abajo, con las manos esposadas atrás y la cabeza bamboleándose. Después notó que apagaban el motor y escuchó un sonido inconfundible: estaban haciendo una fogata.

—Me van a quemar, voy a ser un desaparecido, no va a quedar ni mi cuerpo. A lo mejor, mis cenizas las come un pájaro, o el viento las lleva hasta el mar. Voy a seguir viviendo en algún lado, estos hijos de puta no van a terminar conmigo.

Pensó, y después oyó que el motor arrancaba y el camión se ponía en marcha:

—Ahora voy a hacer algo. No me voy a rendir.

Julio tensó los músculos abdominales con la idea de llegar con las manos hasta los pies y, de alguna manera, desatarse, pasarse las esposas para adelante, abrir la puerta trasera y saltar a toda velocidad. Era su chance. No iba tan mal: había llegado con la cabeza hasta las rodillas, con la mano izquierda se tocaba los tobillos.

—No te muevas más, pelotudo, que te estamos vigilando...

La voz venía de muy cerca. Hasta ese momento, Julio no se había dado cuenta de que había alguien junto con él en la caja del camión.

—Hasta acá me controlan, estos cagones.

Pensó. El viaje fue muy largo: Julio tenía todo el tiempo la cabeza a punto de estallar. Cuando el camión paró, alguien le soltó el nudo de los pies y se cayó redondo al suelo. Lo llevaron hasta una celda, le sacaron la venda y lo dejaron solo. La celda estaba oscura, y el silencio absoluto lo aturdía. Pasaron horas. Finalmente, cuando se abrió la puerta, el guardia tenía uniforme de penitenciario.

—Salga a asearse. Rápido.

—¿Dónde estoy?

—En Sierra Chica.

Dos días después, antes de llevarlo al pabellón 1, el director del penal se acercó a hablarle.

—Mire, usted está vivo de milagro. Aquí no lo van a joder más. El régimen no es de jardín de infantes, pero su vida no corre peligro.

Al día siguiente Julio recibió la visita de su madre. Susana le dijo que había ido con la madre de Ángel, que estaba esperando afuera:

—Quiere que le cuentes todo lo que sepas de su hijo.

Julio le dijo que los habían separado al segundo día y que, en el momento en que lo trasladaron para Sierra Chica, habían llevado a otro preso al regimiento.

—Me pareció que era Pepe Brontes.

—No, querido, Pepe está en La Plata, al que se llevaron fue a Horacio Rappaport.

El 1.º de febrero la esposa de Horacio Rappaport recibió en su casa un radiograma del Ejército informándole que tenían el cadáver de su marido. Al día siguiente, la comunicación llegó a la casa de los Georgiades. Durante varios días, sus familiares fueron a las puertas del Comando en Jefe del Ejército y del Regimiento 7 de Infantería, a pedir información. Hasta que el coronel Roque Presti, jefe del regimiento y del grupo de tareas de esa subzona militar, les dio una explicación: según Presti, Rappaport había intentado fugarse del cuartel y Georgiades se había suicidado. El sábado 12 de febrero el Ejército entregó a las dos familias dos cajones cerrados, con la recomendación de no abrirlos, «para evitar la impresión». Pero no les hicieron caso y pudieron verificar que los dos cuerpos tenían muchos signos

de torturas y que Ángel Georgiades, además, tenía un tajo que le partía el cuello de lado a lado.

Febrero de 1977. El mito estaba encontrando su lugar en el mundo: sólo en Londres, el simple con la canción *No llores por mí, Argentina* había vendido 250.000 copias en veinte días, y Evita se transformaba en una figura pop.

La historia había empezado cuatro años antes, cuando la radio de la BBC hacía un programa sobre el triunfo electoral del peronismo: uno de sus oyentes, Tim Rice, se quedó prendado de Eva Perón y le dijo a su amigo músico Andrew Lloyd-Webber que esa mujer sería un buen personaje para una ópera. Rice y Lloyd-Webber estaban tratando de reponerse de un éxito universal, *Jesucristo Superstar*.

Al cabo de un año de investigaciones y de un breve viaje a Buenos Aires, Rice se puso a escribir el guión. *Evita*, la ópera, empezaba el 26 de julio de 1952, cuando un joven estudiante, Che, estaba en un cine porteño cuya función se interrumpía para anunciar «el paso a la inmortalidad de la Jefa Espiritual de la Nación». Después del funeral, Che se convertía en el narrador de la ópera: en un flash-back, contaba un episodio, en 1934 y en un club de Junín, cuando Eva Duarte le pedía a un cantante que la llevara a la gran ciudad. El cantante era Agustín Magaldi.

Webber y Rice explicaron que el narrador se llamaba Che «como un símbolo del argentino común, de los millares de ches anónimos de las multitudes», sin segundas intenciones. Y el primer acto de la ópera terminaba con el ascenso de Juan Perón a su primera presidencia: ahí era cuando la protagonista cantaba el hit, *No llores por mí, Argentina*.

Durante el segundo acto, Che se ponía más irónico y, según el libreto, «procuraba apoyo del gobierno para fabricar un insecticida pero era rechazado». El resto de la trama, aparte de las reflexiones insidiosas de Che, seguía más o menos los hechos reales hasta la muerte de la protagonista: «Mientras su vida se extingue, ella se pregunta si no habría sido más feliz como una persona corriente...», decía la canción final, *El lamento de Eva*.

En esos días, ya lanzado el disco, el productor informaba que pensaba estrenar la ópera en Broadway y Londres. Según la revista *Variety*, «aunque sin repetir del mismo modo el impacto del enorme éxito anterior del dúo actoral, *Jesucristo Superstar*, la obra posee momentos de belleza musical, y eventualmente será considerada por muchos musicólogos como una pieza maestra. La partitura incluye elementos de rock, música clásica y coral, e inclusive calipso, con un efecto altamente gratificante».

En el folleto del álbum, los autores definían su objetivo: «*Evita* se basa en la vida de Eva Perón, segunda esposa del dictador argentino Juan Perón. Es la historia de personas cuyas vidas se dieron a la política, pero no es una historia política. Es un cuento de Cenicienta sobre la sorprendente vida de una muchacha de antecedentes de lo más mundanos que se convirtió en la mujer más poderosa de su país (y de Latinoamérica, indudablemente), una mujer jamás conforme con ser un mero ornamento junto a su marido, el presidente».

—Señor juez ¿a usted le parece una simple coincidencia que estén matando a nuestros compañeros y a nuestros familiares? Yo quiero que tome nota de que secuestraron a toda mi familia.

Dijo Alberto Elizalde, y el juez Rafael Sarmiento lo miró como quien no sabe de qué le están hablando. Sarmiento era juez federal y estaba a cargo de muchas causas de militantes presos que le habían mandado cartas pidiéndole por su seguridad, denunciando que su vida estaba en peligro. Esa tarde, en una oficina del penal, el juez los recibía en grupos de tres o cuatro. Pero no se hacía cargo de nada:

—Vea, para eso hay un principio que es el del juez natural. Usted tendrá que presentar el caso al juzgado federal de acá, de La Plata, no en el mío.

—Sí, pero ahora al que le puedo hablar es a usted. Y esto no es una cuestión de jurisdicciones, es cosa de vida o muerte. ¿Usted no me va a tomar la denuncia?

Alberto transpiraba bajo su ropa de preso de franela azul. Ese verano los guardias dijeron que el pañol de la cárcel no había recibido la partida de chaquetas y pantalones grises de verano. Alberto miraba la cara de la secretaria de Sarmiento, morocha y prolija, y le resultaba patética. La

secretaria estaba roja: Alberto pensó que debía ser vergüenza. Pero igual se quedó callada cuando escuchó la respuesta de Sarmiento:

—Elizalde, dígale a sus abogados que se ocupen del tema. Usted tiene al doctor Broquen que es un excelente abogado y él seguramente podrá hacer algo. Yo vine a ver las condiciones en que están ustedes: veo que comen, que tienen atención médica y el director me dijo que les iban a dar los uniformes nuevos, porque con este calor no es justo que tengan que andar con lana, eso sí.

—Señor juez, el doctor Broquen no puede venir porque está enfermo. Además, usted sabe bien que si viene, como está el país, le pasaría lo mismo que a los demás abogados que tuve: los mataron.

—Mire, que le quede claro, acá nadie les rompe las pelotas; los que corremos riesgos somos nosotros, con todas las bombas y los atentados terroristas que hay. Además, la vida suya y la del resto que están bajo mi juzgado, está garantizada. Al menos, mientras yo esté a cargo del juzgado. ¿Me entendió?

Diez

—Lo único, que la foto tiene que ser igual a la de los pasaportes.

Mario le prometió un pasaporte igual a los que hacía la Federal: Daniel De Santis sólo tenía que llevarle la foto. Eso era todo.

—Pero en serio, que sea igual igual.

Mario le mostró una: tres cuartos de perfil, fondo blanco.

—¿Y si el de la casa de fotografía me pregunta para qué es?

—Sencillo, le decís que es para el club. Eso sí, cuando te enfoque, levánta un poco la vista, porque los fotógrafos de la cana siempre te hacen levantar la vista para que se noten más los rasgos.

Daniel pensó que lo mejor era buscar a un fotógrafo por Lomas de Zamora. Era una zona que conocía, y podía decir que quería hacerse socio de Independiente. Primero pasó por el club para averiguar cuánto tenía que pagar de cuota y se llevó los papeles para la inscripción.

—Buenas tardes. Necesito unas fotos carnet.

—Como no, pase.

El fotógrafo, un cincuentón de bigote recortado, peinado a la gomina, lo ubicó contra un fondo blanco.

—Encima tenemos que apurarnos, no vaya a ser que nos corten la luz.

En esos días una mezcla de tormentas y sabotajes había deteriorado mucho el suministro eléctrico.

—Bueno, ya está. Quieto, eso, no se mueva. ¡Eh, eh, no levante tanto la vista!

El fotógrafo no disparó y con tanta luz en la cara, Daniel pensó que se estaba delatando.

—A ver, vamos a probar de nuevo. Eso, mire acá, al foco... ¡No, jefe, no me levante la vista!

—¡Si no levanto nada, señor!

El bigotitos suspiró, disparó y le pidió el nombre y una seña.

—Juan Alberto Pascual.

—Italiano, ¿no?

—No, español, mi abuelo era de Valencia.

—¿Español?

—Claro, Pascual como apellido es español. Como nombre es italiano.

—Ah...

Era el nombre que figuraba en su documento falso. Daniel se sentía interrogado y se estaba poniendo más y más nervioso.

—¿Dirección?

—Los Alerces 327.

La dirección fue un invento del momento. El fotógrafo le dijo que pasara a buscarlas al día siguiente. Daniel se dijo que mejor perdía la seña. Y decidió que a los porteros, los diarieros, los farmacéuticos, los médicos y los martilleros había que agregar los fotógrafos. Le parecía que no había oficio o comercio que no estuviera infectado de delatores o de policías de civil.

Daniel se tomó el tren hasta Constitución, el subte hasta el Obelisco y se sacó un juego de fotos en la máquina de instantáneas. Al otro día, antes de dárselas a Mario, le contó lo que había pasado. Mario las miró:

—No, hermano, esto no sirve. Con esta foto vas en cana.

—Y, bueno, sáquenme una foto ustedes.

—No. No puedo llevar a cada compañero a una casa para sacarle las fotos. Es imposible.

Daniel volvió a otra casa de fotografía y consiguió la foto correcta. Pocos días después le dieron un pasaporte a nombre de Pablo Daniel José De Petris. El auténtico De Petris era pariente de Juan De Petris, el militante de distribución de periódicos que no llegó a una cita con Daniel en Rosario, cuatro meses antes. Daniel pensó que podía tratarse de una coincidencia, de una colaboración voluntaria de su auténtico dueño, o que De Petris podía habérselo robado a su pariente. Mucho tiempo después supo que el De Petris del documento llevaba varios años muerto. Mario le dio las últimas precisiones de su nueva identidad:

—Acordate que sos descendiente de calabreses, taurino, que viviste en Rosario cerca del río, que sos de Rosario Central y que a los de Central les

dicen canallas. Bueno, ¿qué más?

—¿Con quién salgo del país?

—Con la Pola.

Pola era la viuda de Benito Urteaga: una mujer de pelo castaño lacio y rasgos finos. A Daniel le gustó la idea de simular que eran novios de vacaciones. El lunes 14 de febrero, Daniel y Pola fueron a la estación Chacarita y compraron pasajes para Paso de los Libres. Fueron dieciséis horas de una retirada tediosa y húmeda. Cuando bajaron del tren, Daniel tenía mucha sed y la presión baja. Empezó a despabilarse frente a las dos filas de gendarmes que custodiaban la única salida habilitada. Agarró a Pola de la mano, y un gendarme los ubicó en una de las filas, detrás de un turista que no encontraba sus documentos. La espera le parecía infinita: Pola miró la otra fila de gendarmes:

—Pasemos a ésa, que quedó libre.

El gendarme que los había ubicado se puso furioso:

—¡Los recién llegados se me quedan acá! ¡Dos pasos atrás! ¡Ahí es sólo para los lugareños!

Daniel sintió que todas las miradas los acusaban. Le dio un beso suave en los labios a Pola y los sintió resecos. Sus manos, en cambio, estaban empapadas. Cuando el gendarme de la ventanilla abrió su pasaporte, Daniel no paraba de repetir mentalmente el número, la fecha de nacimiento, la historia de De Petris. Pensó que, como siempre, el azar iba a jugar el papel más importante.

—¿Casados?

—Novios.

El gendarme miró la foto del pasaporte y Daniel automáticamente levantó la vista.

—Pasen.

Se subieron a un taxi para cruzar el puente. En el medio se toparon con el control de Prefectura: otra vez la misma ceremonia, los sudores, la suerte. Diez minutos después estaban sentados en la vereda de un bar. Daniel se sorprendió cuando se dio cuenta de que, en lugar de sentirse aliviado, todo le molestaba: que los brasileños se rieran fuerte, que los vendedores

ambulantes estuvieran amuchados en las esquinas, que los olores fueran tan intensos. Y, más que nada, que todos les resultaran sospechosos.

—Tratemos de salir hoy mismo para Porto Alegre. Acá podemos terminar en manos de la DOP.

Le dijo Daniel a Pola. La DOP era la policía política brasilera, que agarraba militantes en la frontera y se los devolvía clandestinamente a los militares argentinos.

A las dos y media de la tarde, cuando el tren a Porto Alegre salió de la estación, Daniel pensó que muchos revolucionarios habían tenido que vivir un tiempo fuera de sus países: Marx, Lenin, Trotski, Fidel Castro, Ho Chi Minh, tantos otros. Pola se iba quedando dormida sobre su hombro. Daniel pensó que tenía que combatir la amargura que lo estaba invadiendo. La tristeza y el cansancio se le mezclaban con el olor de Pola y se acordó de Silvia, su esposa. Se habían despedido medio peleados: su hijo Ernesto había cumplido dos años y ella le reprochaba que, en los últimos seis meses, él casi no lo había visto. Y ahora él se había ido sin mayores explicaciones: por unos meses no vas a tener noticias mías. El tren seguía, lento, y se le fueron aflojando los músculos del cuello. Mientras cabeceaba pensó en escribirle una carta a Silvia. El pelo de Pola se le enredaba en la cara.

De Porto Alegre se tomaron un avión a San Pablo. Y otro vuelo de Varig los llevó a Roma. El aeropuerto de Fiumicino era un tumulto de policías.

—Signora, una berlina veramente moderna... Trenta milla lire.

Enseguida apareció otro taxista, que les pidió la mitad y, poco después, los dejó en un hotel barato del barrio San Lorenzo. El día siguiente se compraron abrigos y fueron a la cita que les habían dado. Se quedaron un rato parados frente al Panteón romano y nadie fue a buscarlos. Pero dos horas después, en el mismo lugar, Daniel agarró a Pola de la mano, eufórico:

—Mirá, mirá, ahí viene el teniente Sergio.

Sergio aceleraba el paso y se le marcaba más la cojera: un tiro en la pierna que lo había obligado a bajar del monte tucumano. Los invitó con un chocolate caliente y les contó que era mejor que se mudaran a una pensión del Trastevere.

—Ahí estoy yo, y también el Chispa, el capitán Santiago. Ustedes se van a sumar a la escuela de cuadros que estamos preparando.

Sergio les explicó que la escuela consistía en reunirse diariamente a estudiar. Pero esa tarde los llevó a pasear por el Vaticano.

—Te das cuenta, la historia de la Iglesia es la historia del saqueo a los pueblos oprimidos. No ves, desde los papiros y los sarcófagos egipcios hasta lo que le sacaron a Napoleón cuando triunfó la contrarrevolución en Francia. Siempre saqueando, estos guanacos.

Recién cuando entraron en San Pedro, Daniel se dio cuenta de que hacía diez años que no iba a una iglesia. Caminó en silencio, cruzó frente al altar y, por primera vez, no se persignó. Después se paró a tres metros de una estatua de mármol que le dio una sensación de frío. La cara de ese Cristo muy flaco lo apesadumbró. El cuello tenso y el brazo que colgaba tenían el rictus de la muerte. Pero la cara de María era otra cosa: se preguntó si era dolor, sufrimiento y pensó que no, que María tenía cara de amor. Daniel se llevó las manos a la cara porque para seguir mirando tuvo que secarse las lágrimas. Pensó que eso era el arte: que La Piedad de Miguel Ángel derramaba la virtud del amor, un sentido de compasión o quizás de abnegación. Y supo que lloraba por tantas otras cosas.

Después pensaría, tantas veces, que la llegada de su hija Bernarda le había salvado la vida. Susana Sanz, ya instalada en el departamento de la avenida Las Heras, pudo traer a sus dos hijas a pasar unos días con ella, y Bernarda le pidió si podía quedarse con ella. Susana convenció a su ex marido: Mariana volvería con él, y Bernarda viviría con ella.

No sería fácil. Bernarda tenía 12 años y tenían, entre otras cosas, que encontrarle escuela. Susana empezó a averiguar: un compañero suyo le pasó un contacto con la directora y subdirectora de un colegio de monjas y le dijo que podía hablarles con confianza:

—No, el problema básico es si llegan a descubrir que está acá y vienen a preguntar, o a buscarla.

—Usted déjenos que nosotras nos encargamos. Habría que armar alguna historia.

Dijo la directora, y la subdirectora propuso algo:

—Les podemos decir a las maestras que usted se divorció del padre de la nena porque está loco, y que el señor la anda buscando, a la nena, y que si alguien aparece por acá preguntando por ella debe ser un enviado del padre. Y que entonces lo primero que tienen que hacer si viene alguien es avisarnos a nosotras.

Susana les dejó el teléfono de Pampi y Ramona para que le avisaran si pasaba algo, y les agradeció de verdad. La que se preocupó fue Bernarda:

—¿Una escuela de monjas? Pero si yo no sé ni hacer la señal de la cruz...

No era grave. Bernarda empezó a ir a la escuela, y se armó un grupo de amigas. No podía invitarlas a su casa, así que Susana, de vez en cuando, las llevaba a ver una obra de teatro o a comer un pancho.

En esos días, Susana se enteró de la caída de Conrado Gómez, un abogado mendocino del que había sido muy amiga: Gómez estuvo legal hasta último momento, y colaboró en muchas áreas con los Montoneros. Y también de Raúl Rossini, Pedro o Nariz con Pelo, el antiguo responsable de Mendoza, que había terminado plegándose a las críticas de la columna Norte del gran Buenos Aires y enfrentándose a la conducción montonera. Su mujer, Lidia Zunino, había caído tiempo antes, y Raúl andaba solo, con su hijito de dos años de acá para allá, hasta que lo mataron. Raúl era uno de los militantes que Susana más quería, un tipo que más de una vez la había bancado en situaciones difíciles. Y que alguna vez, en medio de sus discusiones con la conducción ausente, le había insistido para que se fuera:

—Vos rajate, en serio re lo digo: esto no da para más. No te dejes utilizar, preservate para más adelante. Yo me tengo que quedar, los voy a esperar para pedirles cuentas cuando regresen. Pero vos andate, de verdad.

Su muerte fue un golpe muy duro. Susana se desesperaba y, al mismo tiempo, se daba cuenta de que la llegada de Bernarda le había regularizado un poco la vida. Hasta entonces no tenía horarios ni obligaciones, podía cubrir las citas de otros que sí las tenían, andar de acá para allá casi sin límites: el hecho de que Bernarda viviera con ella la obligaba a ocuparse de ella, a volver a su casa a determinadas horas, a saber que había alguien que la esperaba con angustia. Bernarda sabía muy bien qué estaba haciendo su madre, y la apoyaba, pero pasaba mucho miedo cuando ella se retrasaba

unos minutos: Susana intentaba por todos los medios que no sucediera. E intentaba, dentro de lo posible, que tuvieran una vida normal: no podían ir al cine, por ejemplo, porque se consideraba peligroso por los operativos policiales, así que solían ir al teatro Colón, a ver óperas y conciertos. Susana suponía que nadie la iría a buscar allí, en medio de la burguesía porteña. Pensaba sin parar en esas cosas: cada movimiento que hacía era una jugada de ajedrez que tenía que preparar, revisar, ejecutar con sumo cuidado. Sabía que cualquier descuido podía costarle la vida. Aunque también podía perderla sin haberse descuidado.

En esos días, Susana había recibido y discutido una «circular de la Conducción Nacional a todos los compañeros del Partido», donde el número 2 de los Montoneros, Roberto Perdía, evaluaba largamente la situación. Eran unas veinte páginas mecanografiadas en papel manifold que decían, entre otras cosas, que «mientras al enemigo se les estrecha cada vez más su espacio político, sus aliados de clase son cada vez menos, se amplía el espectro de las fuerzas que el enemigo debe enfrentar y se pone de manifiesto la continuidad y crecimiento de la lucha y organización popular. Ello mejora nuestras posibilidades de ampliar nuestro espacio, generándose las mejores condiciones para que al enemigo se le haga cada vez más difícil avanzar en su política de cerco y aniquilamiento sobre nuestras fuerzas.

»En consecuencia, el campo popular está estrechando el cerco político sobre el enemigo, con perspectivas claras de establecer alianzas con sectores de la burguesía nacional que el enemigo está agrediendo con su política económica. (...) Frente a su creciente aislamiento, el enemigo apela al control de la situación mediante la actividad militar. En la medida en que la actividad represiva se muestre insuficiente para frenar el desarrollo de la organización y lucha popular estaremos asistiendo al fin de la ofensiva del enemigo. Ésta es la perspectiva del presente año: el enemigo, solitario, cercado políticamente, desplegado militarmente por todo el territorio, se verá incapaz de impedir que el pueblo profundice su resistencia (...) Hay que comprender que el enemigo no tiene ninguna posibilidad de triunfar sobre el pueblo, encontrándose en los tramos finales de su ofensiva, la que en los próximos meses comenzará a agotarse ante la imposibilidad de evitar con la sola fuerza represiva la continuidad de la organización y lucha

popular. Por otra parte, hay que tener en cuenta que aun manteniéndose el actual ritmo de las caídas, que puede no disminuir sensiblemente en los próximos meses, nuestro Partido aún mantiene y tiene condiciones de resistir eficazmente la ofensiva militar durante todo el presente año, siempre que se profundicen las tendencias que venimos impulsando desde el consejo de octubre, corrigiendo aquellos aspectos aún no superados. Contando con que en este período la ofensiva enemiga quedará agotada, las posibilidades estratégicas para la continuidad de nuestro proyecto son altamente halagüeñas, a pesar de la cantidad y calidad de las bajas que venimos sufriendo». Susana lo leía y se entusiasmaba: los planteos estaban bien articulados y resultaban convincentes. Hasta que recordaba todo lo que les pasaba cada día.

Su nuevo responsable en el área federal era Norberto Habegger, el Cabezón, que había sido uno de los jefes del diario *Noticias*. Susana solía seguir sus órdenes, pero a veces no: como cuando le mandaron a un militante para que lo enganchara para irse a Tucumán, y ella le dijo que no fuera, que era una locura, que no iba a durar ni dos semanas, y que si alguien le preguntaba algo dijera que había sido una orden del área federal. O cuando tuvo que pasar la orden de rescatar un servicio de documentación que había quedado en una casa y el grupo designado para hacerlo aceptó con la condición de quedarse con un juego, para tener autonomía en ese sentido. O cuando demoraba la orden de que unos militantes recién instalados en un barrio empezaran a volantearlo, hasta que se fueran ubicando.

—... pero me parece que, dada la coyuntura, sería mejor que yo saliera del país con mis hijas. Por un tiempo, hasta que esto se aclare un poco. ¿Vos sabés lo que es esta vida para una chica de doce años?

—No, Negra, pará. No te vas a ir justo ahora que estamos repuntando, que cada vez hay más compañeros trabajando.

Le contestaba Norberto Habegger, y Susana se enojaba:

—No, Cabezón, no me verseees. Si eso fuera cierto yo me habría ido hace meses. Precisamente por eso me quedo, por lo contrario, porque cada vez somos menos, porque somos muy pocos. Pero no sé si puedo seguir así mucho tiempo más...

Susana estaba tan cansada, y preocupada:

—La tienen a Mariana de rehén, ahí, al alcance de la mano. Es un peligro para todos. Yo no puedo saber cómo reaccionaría si la agarran y la torturan delante mío. De verdad no sé. Pero no me extrañaría que les contestara todo lo que me pregunten.

—No pienses en esas cosas. Esas cosas no hay ni que pensarlas.

—No, cómo. Sí, hay que pensarlas, justamente, para ver cómo manejarse mejor, para armarse las estrategias necesarias.

—Mirá, lo que yo sé es que si te vas del país dejás de pertenecer a la organización, con todo lo que eso significa.

Susana protestaba y postergaba. No quería una huida, no quería abandonar a sus compañeros, su proyecto. Pero muchas veces tenía la sensación de que no aguantaría mucho más.

Enero de 1977. «Las previsiones para 1977 no son promisorias. Es mi deber convocar a todos los brasileños a una toma de conciencia, objetiva y serena, con redoblados esfuerzos y aceptación de sacrificios», había dicho, unos días antes, el presidente Ernesto Geisel. La inflación estaba prevista en un 45 por ciento, la subida de los costos industriales complicaría las exportaciones, y la deuda externa ya estaba llegando a los 30.000 millones de dólares.

El «milagro brasileño» había sido una especie de modelo para el resto de las dictaduras militares latinoamericanas, pero estaba empezando a capotar. «Muchos empresarios critican cada vez más la gestión del presidente brasileño, Ernesto Geisel, mientras la Iglesia sigue denunciando los atentados a los derechos humanos en ese país», escribió Charles Vanhecke en *Le Monde*.

«En Brasil, donde el “milagro económico” llegó a su fin, los hombres de negocios y de empresa se quejan, en especial, de la burocracia que domina en la administración», decía el artículo. Ante esa situación, el presidente Geisel analizaba la posibilidad de endurecer sus posiciones y abandonar sus proyectos liberales, «lo cual se traduciría en una renuncia al sufragio universal, establecido en la Constitución para las elecciones de

gobernadores de Estado y de varias asambleas legislativas que deberían celebrarse en 1978». En las municipales de noviembre de 1976 el partido gubernamental ARENA había ganado con gran ventaja, pero el gobierno, ahora, temía un triunfo del Movimiento Democrático Brasileño (MDB), único partido de la oposición legal, en las elecciones de gobernadores.

«Entre tanto, el presidente Geisel titubea entre la tentación de cambiar las reglas del juego político, para evitar el triunfo opositor en 1978, y el propósito de impedir un brusco retorno hacia atrás, lo que reanudaría el estado de tensión, cercano a la explosión, que conoció el país al comenzar la década de 1970. Al mismo tiempo, los responsables del MDB vacilan entre dos posiciones: convertirse en “interlocutores válidos” del régimen, o reorganizarse, tras la derrota electoral de noviembre, para lo cual buscan una unidad doctrinaria que les permita convertir a su partido en una formación socialdemócrata a la europea».

Para *Le Monde*, «el fin del “milagro económico brasileño” entrañó consecuencias políticas, porque si, en su época, se justificó por el acelerado índice de crecimiento que produjo, lo que le valió la adhesión de la burguesía industrial satisfecha y de las clases medias agradecidas, en un período de austeridad tales apoyos disminuyen considerablemente. Por eso, ahora, se ha roto el pacto que unía a los medios empresarios con el régimen militar brasileño. Para esos sectores el milagro terminó. Geisel fracasó en su proyecto de pacificación. El régimen se agotó tras dar todo cuanto pudo. Ahora llegó el momento de que los militares vuelvan a los cuarteles».

—¡Videla se salvó raspando!

Daniel De Santis había llegado a Roma el día anterior, pero el grito de Sergio lo devolvía violentamente a la Argentina. Había aparecido de golpe en el café de la Piazza Navona: antes de sentarse sacó un ejemplar de *La Repubblica* y lo tiró sobre la mesa.

—Daniel, fueron los cumpas. Recién vino el capitán Santiago de ver a un compañero del Buró. Fuimos nosotros. ¡Casi lo hacemos al remil hijo de puta!

Daniel agarró el diario pero no entendió nada. Sergio empezó a traducirle:

—Le pusieron dos cargas de explosivo en el aeroparque, pero una falló. ¡Qué cagada! Parece que la venían preparando desde hace tiempo.

—¡Te podés imaginar, teniendo la posibilidad de hacerlo a Videla, los compañeros lo tenían que intentar!

El día anterior, viernes 18 de febrero, minutos antes de las nueve de la mañana, el Tango 02 —un fokker F28 acondicionado como avión presidencial— recibió el sacudón de la onda expansiva de 40 kilos de explosivos mientras despegaba del aeroparque de la Capital con rumbo a Bahía Blanca. La explosión estuvo a punto de matar a todos sus ocupantes: junto al general Jorge Rafael Videla viajaban José Martínez de Hoz, los generales Osvaldo Aspitarte y José Villarreal, el brigadier Oscar Caeiro y el secretario de Energía, Guillermo Zubarán. La Operación Gaviota —porque Videla iba a volar— había sido planificada por un comando del ERP. Empezaron a pensarla cuando descubrieron que los tubos por donde corría el arroyo Maldonado hacia el río de la Plata pasaban justo por debajo de la pista del aeroparque. Entonces impermeabilizaron dos cargas —una de 80 kilos y otra de 40—, las llevaron en lancha y dos buzos las introdujeron a través del arroyo hasta dejarlas bajo la pista. El sistema de detonación era eléctrico: un guerrillero simularía ser un pescador en busca de pejerreyes y activaría el explosivo con un cable. El pescador fue varias veces al lugar sin recibir la orden de accionar el mecanismo. Pero ese viernes pareció que todo coincidía. Primero se acercó un militante que le dijo que estuviera listo. Y, poco después, otro le dio la orden en el momento preciso. Todo se cumplió de acuerdo a lo planificado, salvo que el detonador de la carga principal no funcionó. Cuando explotó la segunda, de 40 kilos, el piloto del Fokker tuvo reflejos suficientes para equilibrar el avión y seguir volando.

El ERP barajó dos hipótesis: que la humedad hubiese afectado al detonador de la carga mayor, o que, como el cable de la carga mayor era más largo, había perdido amperaje en el trayecto y no llegó a accionar el detonador. En Buenos Aires, muchos se asombraron ante la suerte del dictador. El *Buenos Aires Herald* destacó que «ha habido tres atentados contra la vida del general Videla: dos durante el año pasado desde que se convirtiera en presidente, y uno hace aproximadamente un año y medio,

cuando salvó su vida merced a un giro afortunado de su destino». En el café romano, Sergio les contó algunos detalles menores:

—Anoche, en cuanto llegó la noticia, los montos de acá de Roma enseguida salieron a adjudicarse la acción: que ellos son expertos en explosivos, que son los únicos que tienen capacidad operativa para algo así... ¡Qué soberbios que son estos tipos! Cuando salió el comunicado del ERP se mandaron bien a guardar.

Daniel apagó el cigarrillo y se quedó mirando cómo se consumía la última brasa. No le interesaban mucho las historias de exiliados pero sí se sorprendió de que su partido, que estaba en pleno repliegue, tuviera capacidad para intentar una acción como ésa. Debía ser ese grupo que había quedado en la Argentina encargado de organizar acciones «de importancia estratégica», pensó. Todavía podemos, pensó, y que la muerte de Videla habría sido justa, que hubiera sido algo así como una venganza ahora que las fuerzas estaban tan desparejas, una forma de equilibrar un poco las cosas. Y, quizás, de empezar a revertir la situación.

Febrero de 1977. La Dirección General de Radio y Televisión estableció —de acuerdo con las pautas de la Secretaría de Información Pública— lo que debían programar los canales de televisión:

- «—Programas musicales de alto nivel y jerarquía.
- »—Obras cumbre de la literatura comentadas por personalidades.
- »—Conciertos con la explicación de las obras, su ubicación en el tiempo y características de ejecución.
- »—Visitas filmadas a museos del país.
- »—Ciclos de obras teatrales del más importante repertorio nacional y mundial.
- »—Audiciones didácticas de apoyo a la enseñanza primaria, secundaria y terciaria.
- »—Transmisiones referidas a todos los deportes, desarrolladas con criterio formativo de la adolescencia y la juventud.
- »—Temas de divulgación de la educación física para oyentes de las diversas edades y para ambos sexos.

»—Enseñanza y práctica de idiomas.

»—Información periodística seleccionada y elaborada para servicio de las necesidades concretas de la comunidad.

»—Humorismo con nobleza y verdadero ingenio, apuntando en el caso de los cuadros breves al nivel de la comedia brillante, con exclusión de tipos o situaciones que denigren el trabajo y la buena fe, o que basen su supuesta comicidad en la falta de escrúpulos o el parasitismo ventajero.

»—Programas de educación económica comprensibles para el nivel familiar, con orientaciones útiles para el comportamiento consumidor y productivo.

»—Fomento de actividades que amenicen la vida de hogar divulgando conocimientos prácticos para la restauración de objetos de arte, decoración, reparación de artefactos, muebles e instalaciones, labores con materiales de disponibilidad corriente, jardinería, etc.

»—Programación de espacios destinados a la confortación y amenidad de los enfermos, los solitarios, los ancianos y otros sectores necesitados de atención y afecto.

»—Espectáculos de interés para las colectividades extranjeras, e informativas de sus actividades integradas con las modalidades del país, gestionando reciprocidad con las televisiones extranjeras.

»—En el enfoque general de la programación y en su realización literaria, temática e interpretativa, se aplicarán las pautas establecidas oportunamente por la Secretaría de Información Pública.

»—Los filmes, series o piezas teatrales que contengan situaciones de violencia no podrán incluirse en la programación anterior a las 23 horas».

Aun en medio del descalabro, los militantes montoneros tenían derecho a tomarse quince días de vacaciones y, en general, sus responsables les insistían en que lo hicieran: se suponía que era una forma de recargar las pilas para el año difícil que se les venía encima. Graciela Daleo arregló con varios compañeros suyos para alquilar juntos un departamento en San Clemente: allí estarían Ariel Ferrari, Felipe, Rafael Espina, Polo, sus hijos, Beto y otra pareja que Graciela conoció allí, Pablito y la Negra.

Fueron dos semanas deliciosas. Se pasaban los días en la playa, sacando almejas, tirados en la arena leyendo, charlando de bueyes perdidos: era como si todo se hubiera detenido de repente. Por las tardes salían a dar una vuelta por el centro: no tenían mucha plata, así que sus lujos consistían en tomar un café en algún bar y después volverse a la casa, donde Graciela cocinaba: casi siempre fideos. Y, por las noches, se pasaban horas y horas jugando a la podrida.

Graciela y Ariel empezaron a mirarse con cierto interés. Él estaba muy deprimido porque su novia de muchos años había decidido dejar de militar e irse del país: por eso, Graciela nunca lo había visto como una relación posible. Pero una de esas noches, mientras jugaban a las cartas, algo pasó. Miradas, sonrisas, como un pacto que se armara de pronto. A partir del otro día empezaron una historia que trataron de mantener secreta:

—No, flaca, no digamos nada. Si no, quién lo aguanta al Polo...

La casa estaba demasiado llena como para que pudieran tener momentos de intimidad. Pero los demás tenían que irse dos días antes que ellos: tendrían la casa para ellos solos y, esa tarde, Graciela dijo algo acerca de «construir una relación». Para ella, empezar una historia con un hombre suponía pensarlo, a mayor o menor plazo, en términos de pareja.

—¡Ah no! Para mí mi compañera sigue siendo Estela.

Estela era la que se había ido: para Graciela fue como una puñalada en el alma, y no quiso saber nada más. La noche siguiente se volvieron a Buenos Aires.

Tres días después, Graciela iba a cubrir una cita cuando se encontró, de casualidad, a Ariel en el tren de Chacarita.

—Vos sabés, flaca, me parece que me equivoqué. Estela no va a volver nunca, y nosotros...

Ariel no terminó la frase; Graciela lo cortó con un ¿ah, sí? que sonó a por qué no te vas al carajo. Ariel insistió, y quedaron en encontrarse ese domingo en El Ancla, la playita de Olivos. Esa noche, Graciela recibió por el teléfono una cita de los Camilos. Dudó mucho antes de ir: César Vela, Aníbal, que había estado viviendo en casa de los Camilos, había desaparecido poco antes, y podía ser muy peligroso; la casa podía estar

fichada, o ellos mismos podían haber caído. Pero confió en ellos, y decidió que iría.

Se vieron en una esquina, y los Camilos le contaron que, cuando volvieron de sus vacaciones, se encontraron su departamento con las ventanas abiertas y la quinta edición de *La Razón* sobre la mesa. Visiblemente César había salido con el nene una tarde para su cita y no había vuelto más. Los Camilos habían averiguado que el nene estaba con su abuelo materno: una tarde alguien le tocó el portero eléctrico y le dijo que bajara, que tenía una sorpresa para él. Abajo se encontró con dos tipos que le entregaron a su nieto. El nene gritaba y lloraba sin parar.

El domingo, Graciela fue a la playa de Olivos, pero Ariel no apareció. No era una cita orgánica, y a esa altura no le extrañaba que él no hubiera ido: tampoco esa vez se le ocurrió pensar que le podría haber pasado algo. El martes, Graciela estaba haciendo tiempo en los alrededores de la estación San Andrés del ferrocarril Mitre. Tenía que encontrarse con el Negro Ricardo, Edgardo Moyano, un cuadro montonero que le daría su nuevo destino: desde la caída del local había estado medio en banda, sin una ubicación fija.

Mientras caminaba vio pasar a Beto en un peugeot 404. Beto paró y le dio un beso:

—¿Ya te enteraste lo de Polo y Felipe?

—No, otra vez no...

—¿Cómo? ¿No sabías nada?

Graciela ni quería escucharlo. Meses más tarde se enteraría de que Rafael Espina, Polo, y otro militante estaban haciendo un chequeo en la Plaza de Mayo cuando un militante que estaba preso en la ESMA los reconoció y los marcó. Los marinos los secuestraron, y consiguieron ubicar la casa donde vivían. Esa noche, aunque Rafael no llegó antes de las diez, Ariel Ferrari, Felipe, se quedó en la casa. A la mañana siguiente, cuando salió a buscar el auto, oyó que le daban el alto, intentó disparar. El teniente Astiz tiró y Ariel cayó muerto ahí mismo.

Graciela lloraba. Había momentos en que pensaba que no podría soportarlo: cada día era un muerto nuevo, gente muy querida que se perdía para siempre. En esos trances, trataba de recordar que eso era una

revolución, y que en una revolución los militantes podían morir por su causa, y que a los compañeros caídos, además de llorarlos, había que reemplazarlos y retomar sus banderas. A veces pensaba que cada una de esas muertes la comprometía más y más con su propia militancia. Pero, aun así, había momentos, como ése, en que tenía la sensación de que nunca podría recuperarse de tanto dolor.

Caminó, sin saber muy bien cómo, hasta la estación, para encontrarse con Edgardo Moyano.

—Hola, Victoria. ¡Qué cara! ¿Pasa algo?

Graciela le contó; Edgardo le dijo unas palabras de consuelo y la invitó a comer a un bodegón ahí enfrente. Graciela hacía grandes esfuerzos por no llorar: un llanto en público podía resultar sospechoso. Por un momento, se preguntó si no sería ella la que les traía mala suerte. Edgardo trataba de confortarla y, cuando se tranquilizó un poco, le pasó una cita: la semana siguiente tendría que encontrarse con alguien de la zona Sur del gran Buenos Aires, para empezar a militar allí. La organización Montoneros había decidido limitar la cantidad de citas, y de intermediarios entre los distintos niveles, para aminorar la cantidad de caídas. De ahí en más, las compañeras de los jefes montoneros se ocuparían de llevar sus mensajes a las citas y cumplirían con esas tareas auxiliares que, hasta entonces, estaban a cargo de otros militantes. Además, así, esos militantes podrían intentar reinsertarse entre la gente. Graciela escuchó casi complacida: la idea de dejar el aparato y pasar a un barrio consiguió entusiasmarla.

Los Sigal vivieron unos meses en la casa que les dio el Partido Comunista y, hacia el fin del verano, se mudaron a un departamento en el centro de Quilmes. La presentación de los abogados lo había dejado muy expuesto: aunque tenía pocas actividades, asumía públicamente su condición de comunista. Era un riesgo difícil de calcular: aunque su partido apoyaba al sector militar en el gobierno, había tenido docenas de secuestrados y desaparecidos. Algunos de sus camaradas le preguntaban si no era riesgoso tener actividades públicas. Y Eduardo les contestaba con la línea partidaria:

—La legalidad es una conquista, no es una dádiva. Tenemos que defenderla, con prudencia, pero no podemos renunciar a la poca legalidad que hay y tenemos que ir ensanchándola, también con nuestro ejemplo. Por eso no podemos marginarnos, autoilegalizarnos.

Los militantes comunistas sentían que su partido estaba recuperando el centro del espacio político de la izquierda. Que los demás se habían ido al exterior, o estaban presos o muertos o desaparecidos, y que ellos eran la izquierda que había adoptado una línea correcta, no había bajado sus banderas y que serían los encargados de llevarlas adelante cuando la situación se abriera un poco. Que volverían a ocupar el lugar que nunca deberían haber perdido.

En esos días Eduardo participó en las discusiones previas a la salida de un nuevo periódico de la Fede. *Juventud*, que había sido su órgano oficial durante mucho tiempo, estaba quemado: necesitaban uno que reflejara sus posturas pero que no tuviera su sigla, ni la hoz y el martillo, para no provocar. En marzo de 1977 llegó a los quioscos *Imagen de Nuestros Días*, y circuló normalmente. Vendió pocos ejemplares: a los militantes de la Fede les pareció razonable, porque la gente tenía miedo. El segundo número salió en abril: la nota central explicaba que la Unión Soviética defendía mejor que ningún otro país los derechos humanos de sus ciudadanos, y un editorial se preguntaba «¿Cómo interpretar el discurso de Videla?»:

«Para algunos, no dijo nada, frustró expectativas. Para otros, habló no para el gran público que no entiende de leer entre líneas sino para su “frente interno”, es decir, las Fuerzas Armadas. ¿No será acaso —como pensamos nosotros— un reflejo del actual estado de cosas militar, que dista de ser homogéneo?

»De ahí que proponemos analizar su discurso según la óptica que ofrece conocer cuál es el enemigo principal de este proceso. ¿Son las Fuerzas Armadas en general? ¿Es Videla? ¿Es todo el gobierno sin hacer distinciones? Se nos ocurre fundamentalmente determinarlo para comprender cuál es el campo de aliados con que cuenta hoy la democracia (aunque algunos sean sólo titubeantes defensores).

»Y el enemigo principal, hay que decirlo, es el “pinchetazo”. No hay diálogo creador (por más estrecho que resulte éste), ni Propuesta de Unión

Nacional, ni Convergencia cívico-militar, ni democracia pluralista, ni ninguna participación representativa del pueblo, que les interese. Prefieren la conspiración, el terrorismo político, la economía al servicio de los monopolios y la oligarquía con la consecuente miseria y sufrimiento de la mayoría, la persecución ideológica y política. Quieren el silencio, la paz de los cementerios.

»En este marco, se entiende, hay que valorar el mensaje presidencial del 31 de marzo como una contribución positiva a las fuerzas de la democracia. En la medida, claro está, que la civilidad responda al diálogo propuesto y se subraye con hechos una participación activa del conjunto de los sectores sociales y políticos, intérpretes verdaderos del sentimiento popular.

»Videla acertó cuando dijo que ningún sector por sí solo está en condiciones de superar la actual crisis: por ello surge la Propuesta de Unión Nacional que implica —según precisó— “el inicio de un diálogo fluido, tendiente a posibilitar la participación en la tarea de enriquecer el conjunto de ideas que elaborarán las Fuerzas Armadas”. Nosotros decimos al respecto que sería nefasto desmerecer el diálogo practicando el monólogo. El objetivo de “ganar la paz” y generar “consenso” pasa por la discusión y elaboración de un Proyecto Nacional Democrático en forma amplia y efectiva. Con el protagonismo de la civilidad en patriótica conjunción de esfuerzos con las Fuerzas Armadas. (...)

»Las “nuevas formas” que, según Videla, hay que encontrar para que la civilidad se exprese, enarbolarán reivindicaciones y aportarán soluciones. Que el gobierno no confunda este derecho inalienable con impacencias electoralistas. Pero los plazos se acortan. Y si queremos que el vacío no sea llenado por lo peor de la sociedad argentina, hay que actuar. Desde el gobierno, urgiendo el diálogo y la participación para corregir rumbos. Desde la civilidad, respondiendo a la convocatoria sin esperar que nos regalen la democracia. El tiempo que demore esta acción lo ganarán los “pinochetistas”, incluso contra Videla, contra lo más democrático y nacionalista de las Fuerzas Armadas y contra el pueblo todo. Habrá que incidir en la lucha contra ese “peligro principal”. A todo nivel».

En esos días, Martínez de Hoz intervino en una reunión de gabinete para explicar que si el gobierno quería mejorar la balanza comercial debía

ratificar los convenios comerciales que Gelbard había firmado con la URSS en 1974: el mercado cerealero de Europa occidental estaba cerrado debido a la alta protección a los productores locales; los soviéticos eran grandes productores de granos pero también grandes consumidores argumentó Martínez de Hoz para convencer a sus compañeros ministros y al presidente Videla.

La propuesta fue aceptada, y los comunistas argentinos se regocijaron: la Unión Soviética necesitaba ese trigo, y las necesidades de la «patria del socialismo» debían ser cubiertas para garantizar la supervivencia de la revolución mundial. Poco después, otra medida de Martínez conmovía la economía argentina: la nueva ley de entidades financieras, que el ministro impulsaba desde antes de asumir su función, cuando era asesor del Chase Manhattan Bank. A través de la liberación de la tasa de interés y la desaparición de los mecanismos de regulación del Banco Central, la reforma alentaba las colocaciones especulativas a treinta o sesenta días. La inflación desatada hacía más imprevisible el comportamiento de los mercados y, de hecho, todos se volcaban al dólar. Con la reforma ganaban sobre todo los bancos extranjeros, que estaban vinculados al ingreso de capitales golondrinas.

La liberalización barría con las cooperativas y cajas de crédito, que tenían una normativa específica contemplada por el Banco Central. La nueva ley ponía un plazo perentorio para que esas entidades se reconvirtieran en bancos comerciales o compañías financieras con requisitos de capital mínimo para su funcionamiento, obligaciones de prestación de los mismos servicios e iguales garantías que la banca comercial. Pero no era sólo la nueva reglamentación lo que amenazaba a la banca cooperativa, ligada históricamente a las pequeñas y medianas empresas: la creación de un mercado especulativo de alto rendimiento financiero llevaba al ahorrista a las colocaciones de corto plazo que le ofrecieran mayor interés. Y la banca cooperativa no estaba en condiciones de dar los mismos rendimientos que las entidades financieras para las que la nueva ley estaba hecha a medida.

La contracara de los altos rendimientos para los ahorristas fue el encarecimiento del crédito. Las cargas financieras empezaron a pesar más

dentro de las estructuras de costos de las empresas —sobre todo de las pequeñas y medianas—, que en muchos casos tuvieron que endeudarse más para refinar el capital sino también los intereses que se les iban acumulando. Era el principio de la «bicicleta financiera».

Los analistas preveían que a partir del 1.º de junio, cuando entrara en vigencia la ley, se produciría un cierre en cadena de entidades financieras: especialmente de la banca cooperativa, tan fuerte en la Argentina, ligada a sindicatos, sociedades de fomento, a planes de vivienda y al consumo personal. La decisión afectaría duro a los comunistas: el PC había conseguido una gran inserción social a través de los bancos cooperativos, y la nueva medida del gobierno los dejaría en muy mala situación.

Marzo de 1977. El jueves 24 Rodolfo Walsh terminó de mandar a redacciones, embajadas, políticos, intelectuales y oficinas estatales su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. Al día siguiente, un grupo de tareas de la ESMA, comandado por el oficial de inteligencia García Velasco, lo sorprendió en algún lugar de Buenos Aires. Rodeado, Rodolfo Walsh empuñó su revólver 22 para obligar a los secuestradores a dispararle. Una hora después llegaba muerto a la Escuela de Mecánica: dos meses antes había cumplido 50 años. El único diario que informó sobre su desaparición fue el *Buenos Aires Herald*; la única radio, Colonia, a través de Ariel Delgado. Su *Carta* sigue siendo, dos décadas después, uno de los esbozos de análisis más claros e inteligentes de la política de la Junta Militar:

«I. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

»El primer aniversario de esa Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y los que omiten son calamidades.

»El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde. En esa perspectiva, lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez de Perón, sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.

»Ilegítimo en su origen, el gobierno que ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el Programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el 80 por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo, único significado posible de ese “ser nacional” que ustedes invocan tan a menudo.

»Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina.

»II. 15.000 desaparecidos, 10.000 presos, 4000 muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

»Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales Campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio. Más de 7000 recursos de Hábeas Corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera ha sido presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los 50 o 60 que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

»De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al

juez en 10 días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

»La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despellejamiento, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana, el “submarino”, el soporte de las actualizaciones contemporáneas.

»Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar la guerrilla justifica los medios que usan han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica, en la medida en que el fin original de extraer información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

»III. La negativa de esta Junta Militar a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares desocupados y en horas de la madrugada con el pretexto de fraguados “combates” e imaginarias “tentativas de fuga”.

»“Extremistas” que panfletean el campo, pintan las acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian, son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla, mientras en lo interno se subraya su carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

»70 fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el ministerio de Defensa, 40 en la Masacre de Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1200 ejecuciones en 300 supuestos “combates” donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos.

»Depositarios de una culpa colectiva abolida en las normas civilizadas de justicia, incapaces de influir en la política que dicta los hechos por los cuales son represaliados, muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos a los cuales se mata para equilibrar la balanza de las bajas, según la doctrina extranjera de “cuenta-cadáveres” que usaron los SS nazis en los países ocupados y los invasores de Vietnam.

»El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares, que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y sólo 10 o 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un medio periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977 en 40 acciones reales las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos y la guerrilla 63 muertos. Más de 100 procesados han sido igualmente abatidos en “tentativas de fuga” cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y los partidos que aun los presos políticos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia o el humor del momento.

»Así ha ganado sus lauros el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército antes del 24 de marzo de 1976, con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros 50 prisioneros en variadas aplicaciones de la “Ley de fuga”, ejecutada sin piedad y narrada sin pudor.

»El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército que manda el general Suárez Mason, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados, sino la política misma que ustedes planifican desde sus Estados Mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como Comandantes en Jefe de las tres Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

»IV. Entre 1500 y 3000 personas más han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que

en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas.

»25 cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte del cargamento de torturados de la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años Floreal Avellaneda, atado de pies y manos “con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles” según su autopsia.

»Un verdadero cementerio lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el Lago San Roque en Córdoba, que acudió a la comisaría, donde no le recibieron la denuncia, y escribió a los diarios que no la publicaron.

»34 cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, 8 cadáveres en San Telmo el 4 de julio, 10 cadáveres en Río Luján el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron 30 muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y 17 muertos en Lomas de Zamora.

»En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las “Tres A” de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la 1.^a Brigada, sin que se enteren el general Videla, el almirante Massera, el brigadier Agosti. Las “Tres A” son hoy las Tres Armas y la Junta Militar que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre “dos terrorismos” sino la fuente misma del terror, que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte.

»La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, de Zelmar Michelini, de Héctor Gutiérrez Ruiz y decenas de asilados en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay.

»La segura participación en estos crímenes del Departamento de Asuntos Exteriores de la Policía Federal, conducido por oficiales becados

de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gaiter y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de M. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en la Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional, que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezca el papel de esa Agencia y de altos jefes del Ejército encabezados por el general Menéndez en la creación de la “Logia Libertadores de América” que reemplazó a las “Tres A” hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las Tres Armas.

»Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la marina, o del periodista de Prensa Libre, Horacio Novillo, apuñalado y calcinado después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

»A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: “La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal”.

»V. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones a los Derechos Humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes, sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

»En un año han reducido ustedes el salario real a los trabajadores al 40 por ciento, disminuido su participación en el Ingreso nacional al 30 por ciento, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para ganar la canasta familiar, resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

»Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9 por ciento y prometiendo aumentarla con

300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificado de “subversivos”, secuestrando cuerpos enteros de Delegados, que en algunos casos aparecieron muertos y en otros no aparecieron.

»Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40 por ciento, el de ropa más del 50 por ciento, el de medicina ha desaparecido prácticamente en las capas populares.

»Y hay zonas del Gran Buenos Aires, donde la mortalidad infantil supera el 30 por ciento, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia, en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si éstas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la Salud Pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la “racionalización”.

»Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política lo convierte en una “villa miseria” de 10 millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y sólo adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

»Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar “el país”, han sido ustedes más afortunados. Un descenso del Producto Bruto que orilla el 3 por ciento, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual de 400 por ciento, un aumento del circulante que en sólo una semana de diciembre llegó al 9 por ciento, una baja del 13 por ciento en la inversión interna, constituyen

también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda ineptia.

»Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. 1800 millones de dólares, que equivalen a la mitad de las exportaciones, han sido presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977; 4000 nuevas plazas de Agentes de Policía Federal; 12.000 en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares un 120 por ciento a partir de febrero, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

»VI. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, al Uruguay o a Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, a la nueva oligarquía especuladora y a un grupo selecto de los monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la US Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete.

»Un aumento del 722 por ciento en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: “Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos”.

»El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el 100 y el 200 por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el “festín de los corruptos”.

»Desnacionalizando bancos se pone el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y de la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina.

»Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

»Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados, no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos y que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores comandantes en jefe de las Tres Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarían desaparecidas, sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

»Éstas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

»Rodolfo Walsh — C.I. 2.845.022».

Ana Amado lo había llamado a la revista para avisarle que se iba para la maternidad, porque estaba empezando con las contracciones. Nicolás Casullo salió sin saludar y puteó cinco minutos a México y todos sus parientes porque no conseguía un taxi. Cuando llegó, corrió hacia la recepción:

—La habitación donde está internado Nicolás Casullo, por favor.

—¿Cómo dice, señor?

—Nicolás Casullo, la habitación.

Los ojos muy abiertos de la recepcionista lo hicieron reaccionar:

—Sí, no, disculpe, quise decir Ana Amado.

Después ella se reía entre las contracciones, cuando él se lo contó. En la habitación había una televisión con colores, una de las primeras que veían, y mirarla era una buena forma de no pensar en el miedo que tenían.

—Vamos, Turca, corazoncito. Si es varón Marcos, si es mujer Mariana.

Fue Mariana, nació el 14 de febrero y su padrino fue Paco Ignacio Taibo II, un periodista mexicano que había sido muy solidario con los exiliados argentinos. Cada vez que la sacaban a pasear, Mariana volvía llena de hollín y sus padres renegando de la polución del DF: eran tonterías, pero cualquiera de esos detalles podía hacerlos sentir un poco miserables, náufragos echados por las olas en ese raro rincón del mundo. Poco después decidieron mudarse al sur de la ciudad, más limpio, y se instalaron en la Villa Olímpica, donde ya había muchos argentinos: por ahí andaban Portantiero, Aricó, Jorge Tula, Oscar del Barco, Oscar Terán. A mediados de ese año llegó a México Lilia Ferreira, que había podido salir de la Argentina poco después de la muerte de su compañero, Rodolfo Walsh. Nicolás y Jorge la fueron a buscar al aeropuerto:

—¿Hay noticias? ¿Qué se sabe de Rodolfo?

—Rodolfo está muerto. Llegó muerto a la Escuela de Mecánica, lo mataron cuando quisieron agarrarlo. Quién sabe si no fue mejor.

Poco antes, Nicolás había escrito un artículo como parte de la campaña que exigía a la Junta Militar que legalizara al escritor secuestrado. La noticia de su muerte cambiaba el juego y, además, fue un golpe de los fuertes.

—Él no quería irse del país. Y tenía muchos problemas con la orga, estaba preparando su ruptura.

Les contaba Lilia, con la voz casi serena, la emoción contenida.

—Había vuelto a escribir cuentos, allá en San Vicente, tenía muchos proyectos. Estos hijos de puta se llevaron todo. No sólo a él: quisieron destruirle todo lo que pudieron. Se llevaron todo...

En esos meses Jorge y Nicolás empezaron a verse mucho con Sergio Caletti, Héctor Schmucler y Carlos Abalo para tratar de pensar juntos lo que había pasado en la Argentina. Poco después se les sumaron Miguel Talento,

Adriana Puiggrós, Juan Carlos Añón, Guillermo Greco y Jorge Todesca: todos ellos habían pasado por los Montoneros, todos se habían distanciado definitivamente, y decidieron organizar un grupo de reflexión que se reuniría todas las semanas para debatir su historia.

Empezaron a llamarlos «el grupo de los reflexivos», y quizás haya sido el primero en proponerse una discusión tan estructurada sobre el tema. Cada semana se encontraban en la casa de alguno y charlaban durante cuatro o cinco horas a partir de un temario que habían acordado previamente. «Hay que analizar la derrota», había dicho, en la primera reunión, Miguel Talento.

Eran militantes que habían tenido distintas responsabilidades en su organización, y manejaban muchos datos y buenos elementos de análisis. Intentaron ver todos los aspectos políticos, socioeconómicos y culturales de una época que había asumido la estrategia de la violencia contra la violencia económica y militar del capitalismo. También las ideologías gravitantes y sus orígenes, las fuentes teóricas y corrientes de pensamiento de distinto tipo que habían incidido desde los sesenta en adelante, los debates y consideraciones en cada etapa. El peronismo, una revisión extensa de su historia, los distintos elementos que lo componían, la discusión sobre el sindicalismo, la resistencia y el partido político. El rol de Perón, Perón en el exilio, Cooke, el golpe del 66 y su influencia en la nueva generación. Los signos internacionales de toda una época: Vietnam, Francia del 68, la guerrilla latinoamericana, Argelia, las rebeliones en Estados Unidos. Por último, lo más extenso: el montonerismo, desde las anécdotas previas a su conformación, su aparición pública y todo lo actuado de ahí en más. El «grupo de los reflexivos» se reuniría durante dos años y sería una experiencia básica para todos ellos.

—Esto de la resistencia me parece cada vez más estrecho, Ana, me parece que no me sirve para pensar la Argentina. Toda esta violencia desatada, estos horrores, parecen una maldición que viniera desde más atrás. Me da la sensación de que todo esto que nos fue pasando tiene que ver con algo mucho más ancestral, con la mentira de ese país Billiken, todo el verso del crisol de razas, del país hipócrita que ni tuvo guerras como las europeas ni masacres de indios como los aztecas o los incas...

Nicolás empezó a pensar en escribir una novela sobre esos orígenes: era, en principio, la historia de su abuelo que se había bajado de un barco a fines del siglo pasado, a sus cinco años, de la mano de un padre anarquista que venía huyendo de su Italia natal.

—Es como ese chiste que siempre dice Carlos Fuentes, eso de que los mexicanos descienden de los aztecas y nosotros descendemos de los barcos.

Una de esas noches, Ana y Nicolás estaban cenando en su casa con Sergio Caletti. Mariana ya se había dormido, y la charla era animada, cuando sonó el teléfono:

—¿Nicolás? ¿Quién habla, Nicolás?

La voz de su hermana se oía a la distancia, desde Buenos Aires, y Nicolás entendió todo en un segundo.

—Sí, Beba, hablo yo.

—Nicolás, murió papá.

—Sí.

—No quisimos avisarte, ayer lo enterramos, por si te agarraba la locura y querías venir. ¿Me estás oyendo?

—Sí, te oigo, hermanita, te oigo.

Cuatro o cinco días después, Nicolás empezó a escribir su novela sobre su abuelo italiano y la inmigración en la Argentina que, muchos años más tarde, se llamaría *El frutero de los ojos radiantes*.

El tipo venía caminando por la calle Fragata Sarmiento, de Gerli, con cara de buscar a alguien, y Graciela Daleo trató de que le viera el paquete de pastillas que llevaba en la mano izquierda. La tarde estaba nublada, como si el otoño quisiera anticipar su llegada. El tipo fue a su encuentro: era gordote, morochón, con pinta de boxeador retirado poco antes. Y no hizo el menor esfuerzo por congraciarse con ella:

—¡Ah! ¿Vos sos la que viene de la administración?

Graciela, por un momento, pensó que podría putearlo, o patearle los huevos. El tipo estaba haciendo valer su estilo obrero para burlarse de la minita de clase media que llegaba al barrio desde un puesto en el aparato. Después, el tipo le dijo que se llamaba José y que iba a ser su responsable. Pasadas las chicanas, José empezó a mostrarse amable, cálido, y Graciela le

contó que estaba jodida porque unos días antes había caído su compañero: a esa altura, en el recuerdo, Ariel se agrandaba más y más. Graciela, en esos días, solía pensar que si se hubiesen encontrado ese domingo en El Ancla seguramente habrían podido encontrar la manera de armar algo, terminar por formar una pareja. Pero que la muerte se había interpuesto una vez más.

—Yo sé cómo es eso, flaca. Mi compañera también perdió, hace seis meses.

Días después, Graciela se enteró de que José, su mujer y sus dos hijos habían tenido que dejar su casa e irse a vivir al departamento de un matrimonio de militantes en un tercer piso de Villa Corina. La policía de la provincia se presentó una madrugada, los rodeó y empezó a tirar. José, en calzoncillos, les contestaba desde la ventana con una ametralladora. Los dueños de casa y uno de sus hijos murieron cuando la policía de la provincia ametralló la puerta desde el pasillo. La mujer de José se tiró por la ventana para no caer viva. José tapó a sus dos hijos con un colchón y se descolgó por unos caños de agua. Después consiguió escaparse y apretar a un tipo que pasaba en bicicleta; con la bici pudo llegar hasta una villa cercana donde algunos vecinos lo escondieron: el Gordo José era un tipo con muchos años de militancia en la zona y conocía a mucha gente.

En el departamento de Villa Corina la policía entró tirando. Adolfo, el hijo mayor de José, trató de cubrir a Marcela, su hermanita, y las balas le entraron por la espalda y la rodilla. Marcela quedó con una herida en un brazo. La policía se los llevó al hospital Finochietto; José consiguió que su madre empezara a visitarlos y, con la ayuda de un par de médicos, se los llevó en cuanto pudieron levantarse. José se reunió con sus hijos a fines de 1976 y se fue a vivir con ellos a la casa de otro matrimonio de militantes. Marcela tenía que usar siempre mangas largas, para que no se le viera la cicatriz del balazo.

—La cosa está jodida pero algo siempre se puede hacer, no te vayas a creer. Acá no es como en Capital. Tenemos algún laburo en un club, y un par de cosas más. Bueno, ya te vas a ir enterando. Por ahora hagamos una cita para reunirnos la semana que viene y así ya empezás a funcionar.

El ámbito pertenecía a la secretaría política —la que se ocupaba del trabajo territorial— y era reducido: sus tres integrantes eran José, Graciela y

Marcela, Estela Oesterheld, una de las cuatro hijas del autor del Eternauta. Dos de sus hermanas —que también militaban— ya habían desaparecido: la primera, Beatriz, de 19 años, en San Isidro en junio de 1976; la segunda, Diana, de 23, embarazada de seis meses, en Tucumán unos días después. Su padre, Germán, estaba vivo y clandestino: hacía meses que Estela no lo veía. Graciela y Estela solían encontrarse con José en alguna esquina de Gerli, y él las llevaba tabicadas a la casa donde estaba viviendo, para hacer las reuniones de ámbito.

—Bueno, ustedes ya saben que no es fácil. Pero siempre se puede hacer algo. Como dice el Pepe, es cosa de seguir manteniendo el agua caliente y en algún momento la vamos a poder poner a hervir. Mirá, Victoria, por ahora vos vas a empezar a atender dos puntas de laburo que pueden llegar a funcionar. La cosa es tratar de ir insertándonos en los organismos de masas, como podamos. Vos sabés cómo es la cosa ahora: hay que ir bien despacio, no deschavarse, pero ir construyendo laburo para lo que pueda venir. Tenemos el club. Ahí la comisión directiva es gente piola, peronistas. No son compañeros, no hay que confundirse, pero son peronistas y si te metés y empezás a hacer algún laburo ahí no te van a poner trabas ni te van a preguntar demasiado. Y después está el tema de la parroquia...

Era como volver a empezar todo de nuevo, cada vez, y cada vez con el riesgo de que cualquier caída los haría dejar todo precipitadamente. Pero igual valía la pena, pensaba Graciela: había que intentarlo. En esos días le pasaron el *Evita Montonera* número 15, fechado en febrero. La revista había estado sin salir desde octubre: la alentó que apareciera de nuevo. Graciela se emocionó con la nota sobre Norma Arrostito, su vieja compañera del Camilo Torres: «El 2 de diciembre de 1976 cayó combatiendo, en una emboscada tendida por la policía, la Oficial Primero Norma Arrostito, fundadora de Montoneros. Norma, como tantas mujeres argentinas, luchó y combatió al lado de los hombres por la liberación de nuestra Patria. Ya en las invasiones inglesas, las mujeres actuaron contra las tropas del rey de Inglaterra. (...) En este siglo, la mujer obrera —compañera del trabajador y explotada ella también en las fábricas— fue un factor determinante en las luchas que sustentaron las conquistas políticas y sociales que está Dictadura patronal y entreguista quiere suprimir. Y Norma

Arrostito no se escapa de esta regla. Mujer del pueblo, acompañó e impulsó esta lucha de todo el pueblo peronista. Hoy nos quieren confundir con malévolas campañas de desprestigio que no paran ni ante la muerte. (...) Fue un cuadro de conducción cuando pasamos a la resistencia contra la traición de Isabel y López Rega y durante la transformación en Partido Revolucionario de la Organización Político-Militar. Y sin perder ni un instante su condición de mujer, de mujer del pueblo y militante revolucionaria. Hoy cayó ante las balas de la Dictadura, pero sigue junto a nosotros en sus realizaciones, en su ejemplo, como estuvo tantos años, hasta la victoria definitiva».

En el club la trataban bien. Muchas tardes, Graciela se quedaba tomando gancia con los viejos en el bar o mirándolos jugar a las bochas, charlando de bueyes perdidos para entrar en confianza. Al cabo de un tiempo pudo llevar también al Conejo, un colaborador que venía de Capital, que ella atendía, y juntos empezaron a hablar con el presidente del club de la posibilidad de armar una guardería para los chicos de la villa vecina. Graciela y el Conejo se presentaban como dos jóvenes con inquietudes, que querían ayudar, y nadie les preguntaba nada.

—Sería un golazo, claro, si la pudiéramos hacer sería un golazo. ¿Pero de dónde vamos a sacar la guita para los materiales? Y encima después, si la hacemos, ¿quién la va a atender?

—No se preocupe, don Julio. Los materiales vamos a ver si los podemos conseguir nosotros. Y después lo de la atención ya lo vamos a ir solucionando.

Graciela atendía a otro colaborador: el Negro era un muchacho de la villa, un contacto que le había pasado José, y poco después le acercó a otro villero, Cacholo, que trabajaba en el puerto. El Negro y Cacholo se dedicaron, con cierto éxito, a rearmar el equipo de fútbol del club.

Graciela también fue a una parroquia de Wilde donde el cura se ocupaba de los pobres del barrio, y le ofreció ayudarlo con los chicos. Graciela nunca había ejercido como maestra, pero enseñar a leer a esos pibes la gratificaba mucho. Sobre todo a dos mellizas de diez años que acababan de llegar de la Puna y no sabían ni escribir sus nombres.

—Flaca, se viene el 24 de marzo, vamos a tener que hacer algo.

—¿Algo como qué?

Caminaban por el barrio: el Gordo José la hacía caminar horas y horas; meses después, Graciela supo que era una forma de probarla: como ella era una pequeñoburguesa que venía de la administración, quería ver hasta dónde se bancaba el barro de esos andurriales.

—No sé, algo, lo que se pueda.

A eso de las siete de la tarde del jueves 24 de marzo, a un año del golpe, Graciela y el Gordo José se pararon en una esquina del camino General Belgrano, tiraron unos miguelitos en la calle y se fueron con la mayor discreción posible. Después fueron repartiendo unos volantes firmados Montoneros en los jardines de las casas de los alrededores: era un barrio humilde, de casitas bajas y no siempre terminadas. La operación también era de lo más humilde, pero no por eso dejaba de ser muy peligrosa. José y Graciela iban armados, mirando para todos lados, con la pastilla bien a mano. En un punto era terrible que pudieran matarlos por algo tan chico, pensó Graciela. Pero también pensó que eso era lo que se podía hacer y lo que tenían que seguir haciendo, y que de a poco iban a reconstruir el poder político y militar que habían perdido.

Pese a las órdenes de la organización, que decía que los militantes territoriales tenían que instalarse en su área, Graciela no se había mudado al Sur. A veces se paraba frente a alguna casilla con un cartel que ofreciera una pieza para alquilar, pero no se decidía: prefería seguir viviendo con su comadre Susana en Villa del Parque. El miércoles de Semana Santa, cuando llegó a su casa, empezó a oír unos ruidos terribles: tiros, sirenas, helicópteros.

—Negra, acá está pasando algo grave. ¿No nos estarán viniendo a buscar, no?

—Vení, subamos a la terraza a ver si se ve algo.

Mucha policía, humo, explosiones, dos tanquetas del ejército: el espectáculo era dantesco. Graciela bajó corriendo al departamento para romper todo lo que pudiera inculparla. No tenía mucho: para alojarla, la Negra le había puesto como condición que no guardara materiales en la casa. Pero estaban los documentos de identidad de César Vela y Marcela Gordillo, que los Camilos le habían dejado antes de irse. Graciela lloraba

mientras rompía las últimas fotos que quedaban de sus compañeros desaparecidos. Al otro día, Graciela bajó al almacén a ver qué escuchaba: los vecinos comentaban el operativo, y alguno decía que habían matado a una chica embarazada. Después supo que era Adriana Gatti y tres montoneros más.

Graciela iba a Gerli casi todos los días. Había conseguido un empleo de dactilógrafa en la Papelera del Plata, en Wilde, cerca de su zona pero muy lejos de su casa: cada mañana tenía como una hora de viaje para llegar al trabajo, y cada noche otro tanto para volver.

—No, nosotros el fin de semana fuimos al cine con Hugo, y después nos quedamos...

—¿Dónde se quedaron? Contá, contá.

—¿Y dónde nos vamos a quedar? Dale, Elena, no seas chusma. Además nosotros ya fijamos fecha...

—¿Y vos, Graciela, vos qué hiciste?

—No, nada, descansé, miré la tele. No tenía ganas de hacer nada especial, ¿saben?

—Che, pero algún muchacho habrá...

—Bueno, sí, pero no muy en serio, ustedes saben cómo son esas cosas.

Las charlas en el trabajo no siempre eran fáciles. Graciela se había presentado con sus papeles verdaderos: como venía por una empresa de trabajo temporario, no la habían investigado. El problema era con sus compañeras: quería mostrarse de lo más normal y siempre había un punto en que tenía que empezar a inventar todo tipo de historias.

—¿La verdad, quieren saber la verdad? Bueno, es un muchacho casado, así que no es fácil encontrarnos. Pero igual nos las arreglamos, nos vemos dos o tres veces por semana y...

—¿Casado? ¿Pero es un buen muchacho?

A veces, Graciela se maldecía por haber empezado una historia: tenía que seguirla, que inventarle más y más detalles. Sus compañeras de oficina eran tan amables como curiosas.

—Entonces, lo que se podría hacer es que vos, Victoria, te vinieras a vivir conmigo a la casa que yo voy a alquilar.

Le dijo, en medio de la reunión de ámbito, el Gordo José, y Graciela se quedó, por un minuto, sin saber qué decir.

—Sí, yo no puedo seguir mucho más en la casa de estos compañeros, tengo que alquilar algo. Pero un tipo solo con dos chicos es un fato terrible, los vecinos van a empezar a sospechar. Entonces la mejor cobertura sería que vos vivieras con nosotros en la casa, y así parecemos una familia común y corriente.

—¿Pero cómo me voy a instalar en una casa con vos? Me parece que sería una situación muy confusa. Y además, ¿qué hago si me llego a enamorar de otro compañero?

José reflexionó un momento:

—Nada, no hay problema. El compañero se viene a vivir con nosotros y para afuera vos seguís siendo mi mujer y decimos que él es tu hermano, y para adentro él es tu compañero. ¿Qué problema hay?

Graciela empezó a desesperarse. Se imaginaba situaciones horribles: ella durmiendo en la casa con el amor de su vida y después saliendo a la calle del brazo de José; o besándose con su compañero adentro de la casa y algún vecino viéndolos por la ventana: un amor incestuoso. Su cara debió traicionarla, porque José enseguida cambió de tema. Pero Graciela tenía otra preocupación:

—José, ¿vos viste lo que hizo el Vasco?

Estela se puso tensa: el Vasco era su compañero, y era el responsable del ámbito militar de la zona. José le contestó que no sabía.

—Me lo contó el Negro, no saben cómo estaba. Me quería matar, como si la culpa fuera mía. Parece que anteayer se presentó en el club con un par de compañeros de la estructura militar, reunió a los viejitos y les largó una arenga contra los milicos. Que se incorporaran al ejército montonero, les dijo, imaginensé. Es una locura, che, una locura. Nosotros nos rompemos el culo haciendo laburo político, despacito, sin deschavarnos, y después viene este compañero y en diez minutos revienta todo. ¿Qué pasa, che, estamos todos locos?

Abril de 1977. En esos días, Gabriel García Márquez se encontró en algún lugar del mundo con Mario Eduardo Firmenich y lo entrevistó. El artículo se publicó en varias revistas europeas y latinoamericanas. No, por supuesto, en la Argentina:

«Lo primero que impacta es su corpulencia de cemento armado. La segunda, su increíble juventud: 28 años. Ojos vivaces e intensos, risa fácil que se abre sobre dientes de mármol, mechones de pelo áspero, rojizo y frondoso, y bigotes tan cuidados que bien podrían ser postizos. De manera que, tanto por el físico como por la compostura, basta verlo una vez para comprender por qué es tan difícil descubrirlo: parece un enorme gato.

»“Hola”, dice dándome la mano. “Soy Mario Firmenich”. Como decir: el secretario general del Movimiento Montonero, el hombre más buscado por las fuerzas represivas de Argentina y uno de los más perseguidos por los periodistas del mundo. Sin embargo, su porte es tan natural que también podría parecer un artificio. Por eso es que comienzo la entrevista tratando de irritarlo.

»“Ya hace un año que la junta militar presidida por el general Jorge Videla está en el poder en Argentina”, le digo. “Mi impresión personal es que este lapso le ha bastado para exterminar la resistencia armada. Entonces ustedes los montoneros no tienen nada que hacer, al menos en el terreno militar. Están liquidados”.

»Mario Firmenich no se inmuta. Su respuesta es seca e inmediata: “A fin de octubre de 1975, cuando todavía estaba en el gobierno Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año. No hicimos nada para impedirlo porque, en definitiva, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista. Hicimos en cambio nuestros cálculos de guerra, y nos preparamos a soportar, en el primer año, un número de pérdidas humanas no inferior a 1500 bajas. Nuestra previsión era ésta: si logramos no superar este nivel de pérdidas, podíamos tener la seguridad de que tarde o temprano venceríamos. ¿Qué sucedió? Sucedió que nuestras pérdidas han sido inferiores a lo previsto. En cambio, en el mismo período, la dictadura se ha desinflado, no tiene más vía de salida, mientras que nosotros gozamos de gran prestigio entre las masas y somos en Argentina la opción política más segura para el futuro inmediato”.

»Es una respuesta cortante, precisa y elocuente. Con todo no me convence mucho. Tengo la impresión de que el suyo es un optimismo calculado. Se lo digo: “Soy optimista y me gusta la gente optimista, pero de las personas que son demasiado optimistas, desconfío. ¿Por qué no pensar, por ejemplo, que también los militares han calculado por anticipado esas pérdidas? Hay previsiones que nadie conoce. Probablemente ellos también piensen haber vencido, ¿no?”.

»Firmenich admite esta posibilidad, pero rebate muy rápidamente: “Los militares deben haberse hecho la idea de conseguir, entre marzo y diciembre de 1976, el aniquilamiento de cualquier fuerza organizada que les fuera adversa y de poder dedicarse después, en 1977, a dar caza a los últimos núcleos dispersos. Más que cálculos concretos eran puras hipótesis políticas: tal vez ni ellos lo han creído realmente. Y si luego lo han creído, peor para ellos; porque esto significa que no conocen la dialéctica de treinta años de historia del peronismo”.

»No obstante tanta demostración de lucidez política, yo aún no logro evitar la impresión de estar hablando, sobre todo, con un hombre de guerra. En efecto, Mario Firmenich ha tenido muy poco tiempo en su vida para dedicarse a otra cosa que no sea la guerra, desde que nació en 1948 en Buenos Aires. Es hijo de un agrimensor que se diplomó en ingeniería de edad adulta: típico producto del sector medio argentino de funcionarios públicos. En 1955, a la caída de Perón, Mario Firmenich tenía apenas siete años, pero no ha olvidado la impresión que le causó ver pasar un camión cargado de obreros armados sólo con palos para defenderse contra el golpe militar. Hasta este momento ha habido en Argentina, en menos de 22 años, 14 presidentes de la república y ninguno ha llegado a finalizar el período previsto del cargo.

»“El general Aramburu, el hombre que había echado del poder a Perón, estuvo en el sillón cuatro años. Luego se retiró a la vida privada y se encerró en un departamento de la calle Montevideo N.º 1053, octavo piso, en Buenos Aires, permaneciendo aparentemente lejos de cualquier actividad política. Pero el 29 de Mayo de 1970, dos jovencitos vestidos con uniformes militares lo detuvieron en su casa, a las nueve de la mañana, con el pretexto de asegurar mejor su protección. Aramburu fue conducido a una

vieja chacra en la periferia de Buenos Aires, procesado, condenado y fusilado. Alguien debió haber dicho a los autores de aquella ejecución capital que si enterraban el cadáver bajo 50 kilos de cal viva no quedarían ni siquiera los huesos. En cambio, sucedió todo lo contrario: el cuerpo se conservó intacto y de ahí a cierto tiempo afloró a la superficie y fue descubierto. El grupo peronista que se atribuyó la ejecución de Aramburu, era en esa época casi desconocido; tenía un nombre que impactó: Montoneros.

»Mario Firmenich, que entonces tenía 22 años, había formado parte del mismo comando que cumplió la operación Aramburu. Pero no había entrado en la casa de Aramburu. Había quedado sobre la vereda de enfrente, vestido de oficial de policía, para vigilar que nadie viniese a desplazar la camioneta sobre la cual habían proyectado transportar al general y que no habían logrado estacionar bien. Antes de esa empresa, había participado en 17 operaciones, pero su nombre no lo conocía nadie. El movimiento estaba compuesto entonces por sólo 10 personas y Mario Firmenich era el tercero en orden jerárquico. Por eso es que digo que su formación y su experiencia han sido sobre todo guerreras; mas, cuando le observo que, según mi opinión, lo que falta a los Montoneros es la capacidad para manejar opciones políticas y que en la cabeza no tienen más que el aspecto militar del problema, y que, en mi opinión, la solución militar es la última y arriesgadísima alternativa que les queda, “Pero no, no es cierto, es todo lo contrario”, me contesta rápidamente. “Uno de los trazos característicos de nuestra guerra revolucionaria es que no ha sido el foco guerrillero el que genera el movimiento de masas; es el movimiento de masas el que precedió a la guerrilla y eso hace un buen cuarto de siglo. El movimiento de masas en Argentina empezó en 1945 y el movimiento armado recién en 1970”.

»En síntesis, su idea es que el movimiento de masas del peronismo va adelante empujado por la misma dinámica de su propia conciencia y a veces hasta antecede a la vanguardia política. Dice que este movimiento se da como objetivo la búsqueda de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política en Argentina. Es antiimperialista y antioligárquico, y así como ha logrado durante 25 años actuar sin vanguardia política, eso mismo lo ha transformado también en antiburocrático, consecuencia de la

traición de los burócratas. “Hemos llegado a la lucha armada sólo cuando se agotaron todas las otras posibilidades de lucha política”, dice. “En determinado momento no tuvo más sentido el voto, no tuvo más sentido la creación de coaliciones electorales en compañía de candidatos no peronistas, no tuvo más sentido ni el voto en blanco ni el proyecto de golpe de Estado populista ni tampoco las tres sucesivas experiencias tentativas de guerrilla rural, todas prematuras. No tuvo más sentido ni siquiera el retorno político de Perón. Quiero decir: el proceso no ha comenzado con los Montoneros; los Montoneros han sido su inevitable consecuencia. Más aún, la decisión de lanzarse a la lucha armada ha sido en sí misma una política de masas”.

»De toda la conversación que tuvimos, el tema que quizá lo ha atraído más ha sido el de la modalidad absolutamente original que tiene la guerra en la ciudad. Firmenich está persuadido de que el hecho de no poder disponer de zonas liberadas, en vez de obstaculizar, facilita al revolucionario la conducción política de las masas. Es decir, mientras el ejército está obligado a quedarse encerrado en sus cuarteles, los Montoneros están en todas partes y nadan dentro de las masas como el pez en el agua. Es un ejército, el de los Montoneros, que tiene todas sus fuerzas en territorio enemigo; un ejército que se desarma todas las noches cuando sus militantes vuelven a casa para dormir pero que sigue estando intacto y alerta, aun cuando sus soldados duermen.

»Sin que él lo advierta, el análisis político-militar de Firmenich asume poco a poco tonos líricos. Y yo trato de llevarlo por ese camino y le pregunto, de golpe, si tantos años de durezas, de peligros y de luchas no habrán acabado por deshumanizarlo. No cae en la trampa y contesta: “Nadie se deshumaniza en la lucha humanista”. Verdad, es una linda frase de político; tal vez es también una frase verdadera pero antes que nada es una frase que tiene un sonido literario. Sin embargo, a Mario Firmenich, que ha llegado a una regular madurez y que ha frecuentado un par de años la facultad de ingeniería, la literatura no le agrada. No ha leído jamás una novela. Lee solamente libros políticos y casi nunca llega al final. Busca sólo en el índice las cosas que más le interesan y va al grano.

»Naturalmente me inclino a suponer que esta manera de leer se deba a la vida tumultuosa que lleva. Él sostiene que no. Una cosa es vivir escondido, dice, y otra es vivir en la clandestinidad. Firmenich está en la clandestinidad y esto quiere decir que sus enemigos no saben cómo hallarlo, pero él igual lleva una vida doméstica, recibe visitas de amigos íntimos, asiste a algunas fiestas muy reservadas y además dedica algunas horas del día a mirar televisión. El único problema real es andar por la calle: Firmenich puede hacerlo sólo al precio de severísimas medidas de seguridad. Así, lo que más le disgusta es no poder ir al cine. En los últimos siete años sólo ha visto tres películas.

»Resulta natural imaginarse que un hombre que no sale de su casa sino para realizar acciones de guerra, ha estado muchas veces al borde de la muerte. Él en cambio tiene la impresión de haber corrido verdadero peligro sólo una vez y por una operación que, considerada a distancia en el tiempo, en el fondo no valía mucho la pena. Fue en diciembre de 1970: él y un compañero vestido de cafetero ambulante trataron de desarmar a un policía que estaba de guardia nada menos que en el portón de la residencia presidencial de Olivos. Le quitaron la metralleta, pero no antes de que el policía lograra disparar una ráfaga y herir a Mario Firmenich en un dedo: “Fue un milagro”, cuenta con muy buen humor, “porque aquel dedo impidió que la bala me diera en el corazón”.

»De repente, como por distracción, me cuenta que uno de los gustos más grandes de su vida es jugar con sus hijos. La noticia no me sorprende. En efecto, la novedad más notable que he descubierto en los militantes montoneros es que aun cuando van por el mundo en misiones difíciles, llevan consigo a sus hijos. Los he visto en sus refugios clandestinos cambiar los pañales, dar el biberón a los pequeños, acunarlos en sus brazos y al mismo tiempo participar de una reunión política.

»“Pero claro”, comenta Firmenich, riéndose con gusto: “han pasado los tiempos en que se pensaba que era correcto evitar el tener hijos”. Y agrega que si hace treinta años los vietnamitas hubieran pensado de esa manera, no habrían tenido a nadie para ganar la guerra. “Los hijos son nuestra retaguardia”, dice.

»El tema de los hijos nos trae de vuelta a la situación argentina: la Argentina tiene el índice de desarrollo demográfico más bajo del continente. Es un país casi desierto, que debería duplicar su propia población si desea construirse un futuro. “Una familia tipo, entre nosotros, tiene ahora tres hijos”, dice Firmenich. “Es necesario que en el futuro tenga cinco. Dos para mantener en el mismo nivel el índice demográfico; tres para doblarlo”. Pero sus consideraciones no son sólo de orden técnico: sabe por experiencia de militante que quien tiene hijos milita de manera diferente que quien no los tiene. Entre otras cosas porque está más atento a sí mismo y a la propia conservación.

»En cambio, no parece interesarle mucho la pregunta que le hago y que en estos tiempos es ritual en conversaciones del género: ¿qué se espera que haga Carter en relación con América Latina? Se limita a responder (y yo creo que no se equivoca) que “la libertad no puede venir de afuera”. A la inversa, está radiante cuando le pregunto si acierta a dar un pronóstico sobre el futuro próximo de su país: “Pero seguro”, dice, “este año terminará la ofensiva de la dictadura y finalmente se presentarán las condiciones favorables para nuestra contraofensiva final. Y al mismo tiempo se verá que la única alternativa concreta de la dictadura es el Movimiento Peronista Montonero, el que llevará a la creación del partido Montonero. Luego de lo cual se pasará a la constitución de un Frente de Liberación Nacional con objetivos antidictatoriales, antioligárquicos y antiimperialistas”. Firmenich está convencido de que la burguesía nacional, seriamente golpeada en sus intereses por las multinacionales y descapitalizada por el Estado, también entrará a formar parte de la coalición. Piensa que al frente de la coalición confluirán también los partidos Radical, Intransigente y Comunista, los que aceptarán la transición al socialismo sobre la base de un programa aceptable para todos: expropiación de los monopolios extranjeros y expropiación de los monopolios nacionales. En suma, estarán todos de acuerdo en un programa que respetará la propiedad privada de la pequeña empresa y la cooperativa, pero que tendrá como objetivo la disolución de las grandes empresas extranjeras y de la industria monopólica del Estado. Firmenich está tan convencido de esto que atribuye la derrota de las tentativas revolucionarias de los años sesenta, en América Latina, al error de no haber

comprendido el rol que tienen las burguesías nacionales, como envi6n decisivo para la s3ntesis de lo militar y lo pol3tico. “La revoluci6n argentina”, concluye con un gran suspiro, “será la revoluci6n de Am3rica Latina”.

»Quizás tenga raz6n, pero no quiero darle la satisfacci6n de cerrar el coloquio bajo un tono tan triunfalista. Y entonces le sirvo un plato un poco duro de digerir, para un nacido en el R3o de la Plata: “Antes del Che Guevara, los argentinos no se sent3an latinoamericanos. Ahora en cambio creen que son ellos los 3nicos latinoamericanos”. Y 3l entonces estalla en una espl3ndida carcajada que desarticula completamente su inmensa cautela de gato.

»Cuando est3 a punto de cerrarme la puerta en la espalda trato de precisar un detalle final: “¿D6nde fechamos esta entrevista?”. Y 3l, haci3ndome un gesto cordial de saludo, me responde: “En donde te parezca”. Como decir: en ning3n lugar.

»M3s tarde, en el coche, mientras me voy, repasando mentalmente esta conversaci6n que se extendi6 durante dos horas, de golpe me doy cuenta de cu3l es la verdad: Mario Firmenich es el hombre m3s extraño que haya encontrado en mi vida».

Once

—Horacio, qué feliz sorpresa.

Dijo Piñón como quien dice los zapatos me aprietan demasiado. Francisco Piñón, el nuevo decano de la facultad de Sociología del Salvador, había sido alumno suyo en la Universidad de Buenos Aires, y Horacio González fue a verlo para pedirle que lo reincorporara a su cátedra de Historia Social Europea. Horacio no tenía otras fuentes de ingresos: necesitaba ese trabajo. El decano, vinculado con Guardia de Hierro y los jesuitas, no estaba muy convencido pero no encontró la manera de negarse:

—Bueno, si querés...

Horacio era como un aparecido inadaptado. Después de seis meses de cárcel, estaba de nuevo en la calle sin mayor explicación, y pretendía volver a hacer su vida normal como si casi nada hubiera sucedido. Pensaba que, como ya no tenía ninguna participación política, podría recuperar un ritmo normal, y creía que los policías no tenían por qué cumplir con las amenazas que le hicieron cuando lo soltaron. Las historias de represión que había escuchado en la leonera del Departamento eran terribles, pero suponía que eran casos más o menos aislados: no terminaba de darse cuenta de la magnitud de lo que estaba pasando en la Argentina, y supuso que esa vuelta a la normalidad era posible.

No era tan fácil. Cuando empezaron las clases vio que no lo trataban como a uno más. Los profesores, sus compañeros de claustro, se lo encontraban con sorpresa, se alegraban de que hubiera salido y enseguida tenían algo que hacer, estaban ocupados:

—Bueno, che, me tengo que ir. A ver cuándo nos vemos y charlamos un rato.

Horacio se sentía como una piedra en la papilla. Incómodo en la facultad, trataba de no andar mucho por la calle y se iba a su casa en cuanto podía, dormía mal, estaba intranquilo. Había vuelto a vivir con su esposa:

en ese mundo oscuro, era bueno tener una especie de hogar, alguien con quien hablar sin precauciones.

Horacio se decía que no tenía por qué preocuparse, que no hacía nada, que lo habían soltado, pero tampoco sabía bien cómo ni por qué, y la tentativa de vivir normal no funcionaba. Estaba claro que ése no era su lugar, pero no se le ocurría cuál otro era posible. Sobre todo, no quería irse de la Argentina. Entre otras cosas, porque le parecía que habría sido una reacción desmesurada: pensaba que el exilio estaba bien para los que corrían un peligro cierto, y que no era su caso. Pensaba que exiliarse, de alguna forma, habría sido arrogarse un derecho que no tenía, que les correspondía a los militantes, los que seguían en la pelea. Y él hacía tiempo que no estaba: por un lado, seguía pensando que había hecho bien en criticar a los Montoneros y abrirse pero, por otro, le jodía la idea de que a causa de esas críticas y esa disidencia él estaba vivo, había zafado, mientras que muchos de los que criticaba estaban muertos, presos o perseguidos. Se sentía culpable. Alguna vez llegó incluso a preguntarse si sus elecciones políticas no habían sido, también, una forma de salvar la vida.

En esos días, un amigo le dijo que un amigo común, Jorge Rulli, uno de los militantes más conocidos de la primera Juventud Peronista, se había ido a vivir a Salta con su mujer, una chilena de buena familia, y juntos habían abierto un restorán en un enorme caserón del siglo pasado en Cerrillos, un suburbio de Salta. Y a Horacio se le ocurrió que quizás pudiera ir a refugiarse allí. De todas formas, Buenos Aires ya no parecía un lugar vivible: Horacio habló con Rulli y, una mañana de fines de abril, hizo un bolsito, se despidió de su mujer y se fue a Retiro a tomar el tren a Salta.

Jorge Rulli lo recibió con alegría: se había ido a Salta para salir de la circulación, pero estaba demasiado aislado y se aburría. El restorán era de lo más elegante: hacía buena comida francesa y lo frecuentaba la oligarquía salteña. Entre esos terratenientes que, a veces, iban a cenar vestidos de gauchos con mucho hilo y mucha plata, con bombachas rebosantes de puntillas, Horacio empezó a trabajar de mozo y a aprender qué era un curry, un soufflé, un flambé, un paté de campagne.

Además del restorán, Rulli dedicaba sus horas a visitar a una especie de maestro esotérico, Rodolfo Kush, que vivía en un pueblo de la quebrada de

Humahuaca y, desde allí, influía sobre unos pocos discípulos que buscaban una especie de cosmovisión mística indigenista que pudiera fundar una razón diferente de la razón europea. Veinte años antes, Kush había formado parte del grupo Contorno, pero había abandonado la literatura y las ciudades para dedicarse a su búsqueda americanista. Una noche, después del servicio, Horacio y Jorge Rulli tomaban un vino en la cocina:

—¿Y qué pensás hacer? No te podés quedar acá toda la vida.

—No, Jorge, toda la vida no. Pero unos meses fuera de la circulación nos van a venir muy bien, ¿no? Hasta que todo esto se aclare un poco, hasta que empiecen a olvidarnos...

—Bueno, si vos creés que viniste acá para salvarte estás jodido, porque yo acá tengo enterradas todas mis armas.

—¡Dios mío!

Al cabo de un mes y medio, Horacio se había acostumbrado a esa vida gastronómica y decidió irse unos días a Buenos Aires para recoger algunas cosas y volver a instalarse en Salta. No llevaba cuatro días en la Capital cuando lo llamó Pelusa, la mujer de Rulli, para decirle que el Ejército había detenido a su marido mientras rondaba la casa de uno de los patricios que solía atender en su restorán salteño.

Abril de 1977. En esos días se cumplía un año del plan anunciado por Martínez de Hoz. Una de sus premisas había sido cambiar la economía de especulación por una de producción. Años después, el economista Jorge Schwarzer estimó que «un dólar colocado en pesos el primero de abril de 1976 y vuelto a cambiar a dólares un año después arrojó un beneficio real de 150 por ciento sin mayores riesgos dado que las operaciones efectuadas en el mercado financiero local gozaban de garantía estatal». Para hacer esas operaciones, en ese año habían entrado a la Argentina alrededor de 400 millones de dólares. Los agentes financieros ya no hablaban de «especulación» sino de «bicicleta» porque, según ellos, la ganancia provenía de «pedalear» con el dinero. Para facilitar esas operaciones —informar sobre los entretelones de la City— acababa de aparecer un diario nuevo, apenas un boletín de cuatro paginas que salía de lunes a viernes y

centralizaba toda la información sobre los mercados. *Ámbito Financiero* fue un emprendimiento de seis periodistas económicos, entre los que estaban Osvaldo Granados, que venía de *Clarín*, y Julio Ramos, de *La Opinión*, y en poco tiempo aumentó la cantidad de páginas y se instaló sólidamente.

Al mismo tiempo, la Junta empezó con su proyecto de «racionalización» de las empresas públicas: YPF pasó de 48.000 a 35.000 empleados, Ferrocarriles anunció que licenciaría a 23.500, y así de seguido. Y la recesión no remitía. En esos días, un cable de la agencia Ancla informaba sobre otro aspecto de la situación económica:

«Buenos Aires, abril 10 (ANCLA)— Todos los días se forman extensas colas frente a dos iglesias de esta Capital que ofrecen gratuitamente alimentos a los fieles.

»A las seis de la mañana llegan los primeros a la cola que se organiza frente a la iglesia del barrio porteño de Pompeya. Cuando les llega el turno de ser atendidos, son las nueve de la mañana y a sus espaldas hay ya más de mil personas formadas.

»El penoso espectáculo se repite al mediodía, frente a la iglesia del barrio de Constitución, también en Buenos Aires, donde se sirve un frugal almuerzo gratuito.

»En 1976, durante el primer año de gobierno militar, los precios aumentaron un 400 por ciento y los salarios menos del 150 por ciento. La situación de los trabajadores es la peor en todo el siglo veinte en la Argentina y la peor del mundo en 1977.

»La Unión de Bancos Suizos reveló en un informe que los argentinos deben trabajar más que los habitantes de cualquier otro país del mundo para pagar los mismos alimentos, ropas, bienes y servicios elementales. La encuesta indicó que para pagar esos consumos en Buenos Aires hay que trabajar el doble de horas que en Atenas, Estambul, Hong Kong, México, Río de Janeiro, Teherán y Tel Aviv; tres veces más que en Johannesburgo, París, Milán, Madrid, Londres o Tokio; cuatro veces más que en Amsterdam, Copenhague, Dusseldorf, Ginebra o Luxemburgo; cinco veces más que en Toronto y Montreal y seis veces más que en Chicago, Los Ángeles o Nueva York.

»El gobierno militar decretó en marzo una “tregua” de 120 días durante los cuales los precios debían permanecer sin aumentos, pero al día siguiente del discurso del ministro de Economía anunciando la medida el pan aumentó de 9400 a 11.400 pesos el kilo. Un kilo de pan diario representa así 350.000 pesos por mes, la sexta parte del salario mínimo».

—La dialéctica, desde Heráclito, transformó el pensamiento occidental. Lo que pasa es que los filósofos idealistas ven la dialéctica como un método de análisis. Ahí está el error: para el materialismo dialéctico no se puede separar el método de pensamiento del pensamiento mismo. No existen métodos de pensamiento en abstracto. Por eso el pensamiento revolucionario es un pensamiento de clase y no podemos pensar la revolución como un método sino como la transformación de la sociedad por la clase de vanguardia. Es lo que dice Marx en sus tesis sobre Feuerbach, eso de que hasta entonces, los filósofos se habían dedicado a interpretar al mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo, ¿no?

Daniel De Santis hizo una pausa y vio que Hugo Irurzún, el capitán Santiago, no era el único que bostezaba. Las reuniones de la «escuela de cuadros» del PRT habían empezado una semana antes, con lecturas de *La ideología alemana*, de Marx y Engels, y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, de Marx. Después siguieron con un manual de materialismo histórico de la Academia de Ciencias de la URSS y, al final, harían un recorrido por las revoluciones del siglo XX y la historia argentina. Los seis estudiantes vivían en la misma pensión del Trastevere y se reunían en un garaje que les habían prestado, a pocas cuadras. La escuela era, por un lado, una manera de mantener a los militantes en un funcionamiento regular y organizado: la dirección del PRT le daba mucha importancia a esas formas de la disciplina partidaria. Y, por otro, la dirección estaba intentando un acercamiento a los partidos del «campo socialista» y, en ese marco, le interesaba que sus cuadros recuperaran a los clásicos socialistas y se formaran en su lectura y discusión.

—Che, disculpame, pero quedamos en suspender a la hora del almuerzo.

Daniel también tenía hambre pero no quería abandonar su línea de pensamiento.

—Bueno, pero a la tarde tenemos que ver también la polémica con los althusserianos. Yo, francamente, no la domino lo suficiente, pero creo que la cosa pasa por el hecho de que Althusser critica una cierta visión dogmática de los soviéticos. Entonces por eso le da más importancia a las formaciones económico-sociales, a las alianzas de clases, pone más el énfasis en los movimientos populares que en los movimientos de clase. Eso también es dialéctica. Lo que tenemos que hacer nosotros es identificar los fundamentos de uno y de otro...

Hugo Irurzún y el resto se levantaron.

—Dale, Chango. Vamos a mangiare la pasta.

Fueron, como casi siempre, a la trattoria de al lado, y siguieron hablando de política. Hugo estaba entusiasmado con la posibilidad de un curso militar en Libia que habían conseguido a través de los cubanos.

—Hay una punta, vamos a ver si sale, qué tal es. Parece que en este momento los cursos de los campos de entrenamiento libios, con los palestinos, son mucho mejores que los de la isla.

Después del café, cuando se preparaban para volver a la dialéctica, llegó Rogelio Galeano, Leopoldo, con instrucciones del Buró político: iban a convocar a una reunión del Comité Ejecutivo, en Roma.

—La idea es tratar de restablecer el funcionamiento de los organismos partidarios, entonces queremos hacer una reunión con los cuadros de mayor experiencia para consolidar la línea del repliegue y para que esa línea les llegue a todos los compañeros que están en la Argentina.

La segunda novedad era más doméstica: como en España la vida era más barata y los fondos del PRT no eran abundantes, los cuadros se trasladarían a Madrid.

—Van a viajar en tren, en la estación de allá los va a esperar un compañero.

Pocos días después, el grupo del garaje del Trastevere desembarcó en Madrid. Daniel y Hugo llevaron varios bolsos con la biblioteca marxista leninista que había armado el PRT en el exilio. Seguían viajando con documentos falsos.

Daniel y sus compañeros pasaron las primeras semanas en un departamento en Madrid, en el barrio del Retiro, hasta que se enteraron de que la vida en las afueras era más barata. Un argentino, ya aclimatado, les sugirió que se mudaran a Villalba de Guadarrama, a unos treinta kilómetros del centro.

—Allá estás de puta madre, hermano, y por unas pocas pelas te conseguís un piso. Lo que sí, la movida está en Madrid.

España estaba en plena transición, convulsionada, y Daniel se sintió más en su ambiente. Cuando el gobierno de Adolfo Suárez llamó a un referéndum, el 95 por ciento de los españoles fue a las urnas para decir que querían elecciones libres, pero la derecha se resistía a la apertura y los grupos parapoliciales operaban fuerte. Semanas antes, el 24 de enero, un grupo armado había entrado a un estudio laboralista vinculado a Comisiones Obreras, el sindicato comunista, en el centro de Madrid. Los comandos de derecha, dirigidos por el argentino Jorge Cesarsky, tiraron contra las nueve personas que encontraron en la oficina y mataron a cinco. A menudo, la policía cargaba contra las manifestaciones por la libertad de los presos políticos y había heridos y algún muerto. En esos días, Madrid recibió a una cumbre eurocomunista: el italiano Enrico Berlinguer y el francés Georges Marchais sumaron presión para que el gobierno legalizara al PC español. Después de décadas de proscripción, Santiago Carrillo salía en la tapa de los diarios; presos y exiliados republicanos, comunistas y anarquistas que llevaban quince, veinte años de cárcel, recuperaban su libertad o volvían del destierro.

En ese ambiente, los exiliados argentinos eran bien acogidos. Daniel se reunió con militantes de Comisiones Obreras que le preguntaron por su experiencia en Propulsora. A la tercera vez le ofrecieron un trabajo con ellos. Esa noche, en Villalba, seguía entusiasmado.

—¿Te das cuenta, Santiago? Estos tipos se bancaron casi cuarenta años de franquismo y no los derrotaron ideológicamente. Los de Comisiones Obreras me contaron que ellos empezaron en el 65, o sea que desde el fin de la guerra civil hasta que reconstruyeron una fuerza de clase pasaron 25 años, una generación entera. Y volvieron con sus mismas banderas, con sus

mismos dirigentes. Por eso digo que no tenemos que perder la perspectiva histórica.

—Sí, yo estoy de acuerdo. Pero no nos engañemos, ahora están todos en la vía reformista. Para mí, como dijo el Che, la revolución está en los países del Tercer Mundo. A mí lo del eurocomunismo no me va ni cuadrado. Bueno, ¿conseguiste algo con los de Comisiones Obreras?

—Algo. Les conté que estamos sin fondos, que apenas tenemos para los alquileres y la comida, y me dijeron que prefieren militantes y no esos que sacan chapa de exiliado para quedarse con guita. Así que me ofrecieron trabajar con ellos.

—¿Haciendo qué?

—En la construcción. Están armando los locales, así que hay laburo de albañil, yesero, pintor. Parece que hay varios tupas, chilenos y ofrecen unos lugares para compañeros nuestros. ¿Y a vos cómo te fue?

—Un embole. Se pinchó lo del curso en Libia, así que me voy a tener que quedar acá. No entiendo cómo puede ser que los palestinos lleven montos y no podamos conseguir lugares para compañeros nuestros. Parece que los cubanos no arreglaron el viaje.

—¿Y por qué?

—No sé, pero vos viste lo desbolados que son. Cuando venga Leopoldo de Roma ya nos dirá qué pasó.

Los sobresaltos de los Urien no habían terminado: en esos días el ex camarista Julio César Urien fue detenido y puesto a disposición del PEN. Su hijo Julio se enteró a través de Facundo, su hermano, que fue a visitarlo al penal de Sierra Chica. Facundo Urien era oficial de caballería y seguía destinado en el Tercer Cuerpo de Ejército, en Córdoba.

—Mirá, Julio, yo estaba en bolas, cuando me llaman de casa y me dicen que al viejo lo habían ido a buscar, no sabía qué carajo hacer...

—¿Dónde lo llevaron a papá?

—A Caseros. Pero quedate tranquilo que está entero, el viejo tiene una fuerza bárbara. Te decía que cuando me enteré pedí autorización para ir a Buenos Aires y todos en la familia me decían que me quedara tranquilo, que la vieja se estaba moviendo. A los días me manda llamar Harguindeguy

y me dice: «mire, lo mandé llamar porque quería explicarle por qué detuve a su padre: lo detuve porque lo querían matar. Era mejor que yo lo tuviera a disposición del Poder Ejecutivo un tiempo, porque si no lo matan. Y con respecto a su hermano, yo lo hice por la familia, no por él. Cuando acá viene su madre y me pide que dé la orden de que no lo maten, me llaman un general y dos almirantes diciendo que era un hijo de puta y que había que liquidarlo».

Julio agarró a su hermano del hombro. Facundo llevaba su uniforme de oficial pero acababa de decirle que muy a menudo tenía ganas de dejar el Ejército, de mandarlos al carajo a todos. Julio no se atrevió a preguntarle por qué no lo hacía.

—¿Así te dijo ese hipócrita? Y por supuesto no te dio nombres.

—No, ni yo le iba a preguntar.

—¿Y a vos te joden mucho, Chimpa?

—Mirá, vos sabés que a mí ya me tienen como poco confiable desde que los del ERP atacaron la unidad de Azul, y que yo de casualidad estaba de licencia. Después me mandaron un par de meses a Tucumán y ahí sí que ves cómo para los mandos el principal objetivo era aislar a la guerrilla de la población. Eso siempre lo tienen claro. Y ahora, el Tercer Cuerpo es un destino duro; pero bueno, no es el momento ni el lugar para hablarlo... ¿Y vos cómo estás, Julio? Casi no podés caminar...

—Ya me voy a poner mejor. Estoy bien.

Julio tenía las dos piernas muy hinchadas por una flebitis. Lo jodía no poder moverse: era la primera vez en su vida que se pasaba unos meses sin siquiera hacer gimnasia. Y suponía que la flebitis debía ser una reacción por lo que había vivido a mediados de enero. Casi todas las noches soñaba con esos tres días en el Regimiento 7, con la cara de Dardo Cabo sonriendo, con la sonrisa de Horacio Rappaport: estaba claro que lo habían matado en su lugar. Sabía que no era su culpa, y se lo repetía todo el tiempo, pero no podía tolerar el pensamiento de que él había salvado su vida y otro había muerto en su lugar. Trataba de pensar en otras cosas, pero no era fácil: desde su llegada a Sierra Chica, a fines de enero, Julio estaba completamente aislado, encerrado todo el tiempo en la celda, sin recreo.

Los días pasaban iguales, espantosos. Salvo esa tarde en que vinieron a buscarlo para decirle que lo estaba esperando el señor juez.

—Urien, cómo le va.

—Marquardt, mucho gusto.

Era curioso que, aún en esos lugares, ciertas formalidades de clase se mantuvieran tan parecidas a sí mismas. El juez Marquardt le dijo que había recibido las denuncias de su familia; Julio empezó a contarle con detalle todo lo que le había pasado durante su secuestro. Marquardt lo escuchó, paciente, durante casi una hora, y al final le dijo que no podía registrar oficialmente su denuncia.

—¿Pero cómo? ¿Por qué?

—Porque tengo miedo. Si llego a hacer algo con su denuncia, tengo miedo de que ellos puedan tomar represalias conmigo, con mi familia. No, no puedo.

Julio volvió a su celda a las puteadas. Y encima esa flebitis que no lo dejaba moverse. La ventana de la celda era muy chica y estaba a cuatro metros de altura. La lamparita era de 25 watts. Por momentos recordaba el olor del pasto de una cancha de rugby, el verde intenso, una corrida de ingoal a ingoal, y se decía que algún día volvería a jugar, que seguramente jugaría un partido con Facundo. También se veía en el río, braceando contra la corriente, pataleando con todas sus fuerzas. Así se olvidaba un poco de las piernas hinchadas y se decía que se le iba a pasar más rápido. Que la curación dependía mucho de su moral: si estaba fuerte iba a recuperarse pronto. Y que, cuando lo vieran, sus compañeros iban a estar satisfechos de él. Julio estaba convencido de que todos los montoneros tenían que servirse de ejemplo mutuamente, sobre todo en esas situaciones, sobre todo en manos de sus enemigos.

Abril de 1977. Cuando Edgardo Sajón fue secuestrado, camino de su trabajo en *La Opinión*, algunos lo relacionaron con el «caso Graiver»; otros no. Edgardo Sajón había sido secretario de Prensa del gobierno del general Alejandro Lanusse, y su amigo personal: podía tratarse de una advertencia de los sectores duros del Ejército hacia el ex presidente, para que no

intentara presentarse como una alternativa democratista y negociadora frente al gobierno militar.

En ese momento, Sajón era el director técnico de la imprenta de *La Opinión*, y allí iba el viernes 1.º de abril cuando salió de su casa de Acassuso en un renault 12. Al día siguiente, su diario titulaba en tapa: «Ha conmovido a los medios periodísticos y políticos del país la desaparición del señor Edgardo Sajón», y decía que todos ignoraban qué había sido de él y que las autoridades del Ministerio del Interior habían dicho que «nada se sabía respecto del paradero de Sajón».

El domingo 3, *La Opinión* repetía que «Aún no hay noticias de Edgardo Sajón», pero su artículo de tapa ya aventuraba la conexión con el caso Graiver. David Graiver había empezado su carrera en 1967, a los 26 años, con la compra —con plata de su papá— de una empresa semifundida, el Banco Comercial de La Plata. En esos años, su habilidad y sus contactos con el ministro de Bienestar Social de Lanusse, el capitán Francisco Manrique, primero, y con el ministro de Economía peronista, José Ber Gelbard, después, lo hicieron prosperar. En 1974 el Banco Comercial ya tenía 18 sucursales y casi mil empleados, y Graiver también había comprado la Banque pour l'Amérique du Sud, de Bruselas, y el National Bank & Trust Co., de Nueva York. En esos días, los Montoneros, a través de Roberto Quieto, le dieron varios millones de dólares —se decía que doce— del rescate de los hermanos Born, para que los hiciera trabajar en el exterior.

El 7 de agosto de 1976 su avión particular se estrelló cerca de Acapulco y David Graiver, aparentemente, murió en el accidente: algunos sospecharon que, en realidad, todo había sido un truco para salir de la circulación y empezar una nueva vida, pero nunca pudieron probarlo. Los militares argentinos, cuando se enteraron del caso, dedicaron grandes esfuerzos a localizar a sus deudos y socios comerciales: suponían que así podrían encontrar la pista de los millones.

En marzo el gobierno detuvo a su viuda, Lidia Papaleo, hermana del ex secretario de Prensa de Isabel, Osvaldo Papaleo; su padre Juan y su hermano Isidoro; a varios de sus empleados, a dos abogados que trabajaban en su sucesión: Hipólito Jesús Paz, ex canciller, y Miguel de Anchorena, y a

Vicente Solano Lima y Ángel Robledo. Graiver también tenía relaciones comerciales con *La Opinión* y Jacobo Timerman. El 3 de abril, el diario de Bahía Blanca *La Nueva Provincia*, de la familia Massot, muy vinculada con las Fuerzas Armadas, decía que «la policía bonaerense está realizando una amplia investigación sobre la escandalosa estafa perpetrada por el banquero platense David Graiver», que el general Lanusse estaba «maniobrando para frenar la investigación, ya que en el misma se encontrarían involucrados algunos de sus asesores» y que las memorias que anunciaba el ex presidente tenían el propósito de presentarlo «como figura representativa del centro-izquierda según una estrategia urdida por su cerebro gris, el ex secretario de Prensa y Difusión». Ante las versiones y la desaparición de su amigo, Lanusse fue a ver a Videla para pedirle que se interesara en el caso.

Los diarios estaban alborotados por el caso Graiver, que ponían como demostración de la existencia de una «subversión financiera». *La Nueva Provincia* seguía a la vanguardia: «El diario *La Opinión* pertenecería — cuando menos en un 50 por ciento— al grupo Graiver», decía. Y que «el matutino “independiente”, cuyo apoyo a la gestión gelbardiana sólo podía compararse en efusividad a los elogios vertidos sobre los “mártires de Trelew”, habría sido la principal punta de lanza ideológica del dúo Gelbard-Graiver». La supuesta conspiración, además de implicar a guerrilleros, periodistas, banqueros y funcionarios peronistas, tenía la gran ventaja de ser predominantemente judía. Era, poco más o menos, la famosa sinarquía internacional.

En la madrugada del viernes 15, dos semanas después del secuestro de Sajón, veinte hombres de civil que dijeron pertenecer a la Décima Brigada de Infantería se presentaron en el departamento de Jacobo Timerman. «El trato dispensado al director de *La Opinión* fue sumamente correcto, y el oficial sugirió al señor Timerman que llevase consigo las medicinas que necesitase, así como cigarrillos y algún abrigo», decía, al día siguiente, su diario acéfalo, bajo un título enorme: «Confirmaron la detención de Timerman; sin noticias de Jara». Seguramente no ha habido muchos diarios que hayan tenido que anunciar una noticia semejante. Enrique Jara, el subdirector, había sido detenido poco antes por el mismo grupo de tareas.

«Como una serie de periodistas han sido amenazados en las últimas semanas, uno ha sido asesinado (para sumarse a una larga lista), los acontecimientos de ayer no contribuyeron mucho en lo que hace a la imagen del país en el exterior. Todavía no hay noticias sobre otro ejecutivo de *La Opinión*, el señor Edgardo Sajón, que fue secuestrado (presumiblemente) hace quince días. Y tampoco ninguna explicación sobre por qué era necesario adoptar las mismas tácticas del KGB al poner al señor Timerman y al señor Jara bajo custodia», decía el editorial del *Buenos Aires Herald*. «Si las fuerzas de seguridad realmente se preocuparan por la imagen que ofrecen al exterior, habrían arrestado a ambas personas a la luz del día en sus hogares u oficinas y producido un comunicado explicando el porqué, de inmediato». El director del *Herald*, Robert Cox, fue detenido unos días más tarde pero sobrevivió. Sajón siguió desaparecido: de hecho, nunca más se supo de él. Y el sábado 16 de abril otro comando sin identificación rodeó la manzana de Viamonte al 300 donde vivía Enrique Raab, periodista de *La Opinión* que había colaborado con publicaciones del PRT. Ametrallaron la puerta de su casa, se lo llevaron a la rastra y nunca más apareció.

El viernes 15, poco después de la detención de su marido, la esposa de Timerman, Rische Mindlin, presentó un hábeas corpus, y uno de sus hijos, Héctor, vicepresidente de la editorial, se ocupó de mandar telegramas a la Junta Militar y a las asociaciones de prensa argentinas y extranjeras. A las nueve de la noche, el Comando de la Zona 1 dio un comunicado diciendo que «Jacobo Timerman se encuentra a disposición de la Autoridad Militar con relación a la investigación del caso Graiver».

«Llegamos a un lugar. Se abrieron unos portones. Chirriaban. Perros ladraban muy cerca. Alguien dijo: “me siento realizado”. Me bajaron. Me acostaron en el suelo.

»Pasó un largo rato. Sólo se escuchaban pasos. De pronto varias carcajadas. Alguien se me acerca, pone lo que debe ser un caño de revólver sobre mi cabeza. Pone una mano sobre mi cabeza. Desde muy cerca —debe estar inclinado sobre mí— me dice: “Voy a contar hasta diez. Despedite, Jacobito. Se te terminó”. No digo nada. Comienza a contar.

»Su voz está bien modulada. Es lo que podría decir una voz educada. Cuenta lentamente. Pronuncia bien. Es una voz agradable. Sigo en silencio. Y digo para mí:

»“¿Era inevitable que muriera así? Sí, era inevitable. ¿Era lo que había deseado? Sí, era lo que había deseado. Esposa mía, hijos míos, os amo. Adiós, adiós, adiós...”.

»... diez. Ja... Ja... Ja. Oigo risas. Me pongo a reír, también. En voz alta. A carcajadas.

»Me sacan la venda de los ojos. Estoy en un amplio despacho, tenuemente iluminado; escritorio, sillones. El coronel Ramón J. Camps, jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, me está observando. Ordena que me liberen los brazos que tengo esposados por la espalda. Les lleva un tiempo porque han perdido las llaves. O quizás sólo fueron unos minutos. Ordena que me den un vaso de agua.

»—Timerman —me dice— de lo que usted conteste a mis preguntas depende su vida.

»—¿Sin juicio previo, Coronel?

»—Su vida depende de lo que conteste.

»—¿Quién ordenó mi arresto?

»—Usted es un prisionero del Primer Cuerpo de Ejército en operaciones».

Contó, años después, Jacobo Timerman en su libro *Preso sin nombre, celda sin número*. Timerman fue, probablemente, el prisionero más famoso de los militares: por su trayectoria, tenía amigos de peso —incluso dentro de las Fuerzas Armadas— y muchos organismos internacionales pidieron por él. Sobre todo, distintas organizaciones judías: el secuestro de Timerman fue clave en las acusaciones de antisemitismo que se hicieron a la Junta Militar y que, fundamentalmente en Estados Unidos, fueron básicas para su descrédito.

«El gobierno militar que tomó el poder en la Argentina en marzo de 1976 llegó con el más completo arsenal de ideología nazi como parte importante de su estructura. No sería posible determinar si lo era la mayoría o la minoría de las Fuerzas Armadas, pero es indudable que quien era nazi, o simplemente antisemita, no tenía ninguna necesidad de ocultar o

disimular sus sentimientos, podía actuar como tal. Los servicios de seguridad podían reprimir a judíos por el hecho de serlo, maltratar a los prisioneros políticos como tales y por el hecho de ser judíos, los servicios secretos podían montar procesos, acusaciones en que envolvían a judíos por el simple hecho de serlo; los jefes de la represión podían tener presos judíos por el solo placer de tener presos judíos sin necesidad de formular ninguna acusación válida contra ellos».

Escribió Timerman en su *Preso sin nombre*. Además, por su repudio habitual a la guerrilla, Timerman era más fácil de defender. El 30 de septiembre de 1976, Timerman había escrito una carta al presidente del subcomité de Organizaciones Internacionales de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Donald Fraser: «Ante la evidente parcialidad de las declaraciones prestadas al Subcomité por los abogados argentinos Lucio Garzón Maceda y Gustavo Roca, el Director de *La Opinión*, señor Jacobo Timerman, solicitó al diputado Fraser que lo invitara a testificar en el Subcomité», decía *La Opinión*. Garzón Maceda y Roca militaban en organismos de derechos humanos relacionados con el ERP y los Montoneros. Y la carta decía que «mi diario, *La Opinión*, se ha ocupado en todo momento del problema de los derechos humanos en la Argentina, intentando hacerlo con objetividad, sin parcialidad, preocupado por los derechos humanos de todos los habitantes del país. Con ese mismo espíritu, me siento obligado a señalarle el peligro que significaría escuchar testimonios parciales, lo que creo está ocurriendo en esa Subcomisión. *La Opinión* ha condenado todas las violencias, y en varias ocasiones ha subrayado que condenar uno solo de los extremos, ya sea del terrorismo de izquierda o el de derecha, significa ser cómplice del otro extremo».

Timerman estuvo treinta meses preso: primero en distintos centros clandestinos, entre ellos Puesto Vasco y COT-I Martínez, donde lo torturaron durante más de un mes; después en dependencias oficiales, y más tarde en su domicilio. Finalmente, en septiembre de 1979, la Junta Militar, presionada por los pedidos internacionales y las resoluciones de la Suprema Corte, lo expulsó de la Argentina tras despojarlo de su ciudadanía.

—En síntesis: los ejes son suspender cualquier acción armada y sacar del país a los militantes que quedan. Vamos a seguir publicando la edición esta de bolsillo de *El Combatiente*, para mandarla para allá, pero no podemos seguir arriesgando a la gente en esta situación. Pero lo que sí, hay que tener muy claro que ésta es una decisión táctica para acompañar el repliegue de masas. Una vez que el movimiento popular retome la iniciativa, el partido deberá afrontar nuevas tareas.

Dijo Luis Mattini, el secretario general del PRT. Empezaba abril, y la primavera caía sobre Roma. En un caserón de la via del Crescencio, a pocas cuadras del Vaticano, el Comité Ejecutivo del PRT empezaba su primera reunión plenaria en el exterior del país. La encabezaban los cinco miembros del Buró político —Mattini, Enrique Gorriarán Merlo, Julio Oropel, Daniel Martín y Rogelio Galeano—. Y también estaban Daniel De Santis, Hugo Irurzún y el resto de los miembros del Comité Central. Osvaldo y la Gringa habían llegado desde la Argentina: Osvaldo había quedado como el responsable del PRT en la Argentina. Llevaba sólo tres o cuatro años en el partido, pero era de origen obrero y seguía con mucha disciplina las líneas de la dirección, así que había llegado rápidamente a ese nivel de responsabilidad. La Gringa tenía más experiencia. Seis meses atrás había perdido a su compañero, Piqui Puyol, secuestrado en Córdoba.

Los debates duraron una semana, y se dedicaron sobre todo a analizar la historia reciente. Discutían cuándo había empezado el reflujo: algunos decían que con el golpe del 76, otros que con las movilizaciones de julio del 75. Ninguno coincidía con la fecha tentativa de Montoneros: a mediados del 74. Pero todos acordaban en que ese reflujo era transitorio. El clima era autocrítico: estaban sosteniendo lo contrario de lo que decían un año antes, cuando hablaban de un auge de masas y lanzaron la consigna «argentinos a las armas». A partir de eso también empezaron a cuestionar toda la estrategia militar lanzada a mediados de 1973. Mattini era el defensor más convencido de esas críticas:

—Debemos reconocer que nuestro partido no le dio suficiente importancia a la democracia, que las acciones de Sanidad y Azul entorpecieron nuestra política de alianzas y que tuvieron un efecto negativo sobre nuestras posibilidades de crecimiento en el seno de la clase...

La mayoría compartía las autocríticas respecto del pasado. La pregunta era qué hacer de ahí en más. Los del Buró ponían énfasis en la urgencia de sacar a los militantes que quedaban en la Argentina, sobre todo los que vivían clandestinos.

—Vamos a mandar a algunos compañeros con documentación, algo de plata y los contactos necesarios para que puedan salir a Brasil. A los compañeros que no podamos darles documentos o citas, que crucen la frontera como puedan y se asilen en las embajadas, pero que no se queden a merced de la represión.

Dijo Gorriarán, que un par de meses antes había estado en la Argentina. Osvaldo, que iba a ser el responsable de conducir el repliegue, tenía una postura más optimista:

—Vean compañeros, yo estoy de acuerdo en que necesitamos militantes más reflexivos y con visión a largo plazo. Pero quiero subrayar que el partido en la Argentina está de pie, listo para luchar en todos los frentes.

Daniel pensó que, por lo menos, exageraba: él mismo había visto el efecto devastador de la represión:

—Compañero Osvaldo, tengamos mucho cuidado en volver a caer en el voluntarismo que nos caracterizó durante tanto tiempo. Ya nos hizo cometer suficientes errores, que no podemos seguir repitiendo.

Osvaldo insistió en su postura:

—El compañero me conoce bien. Cuando él estaba en Propulsora y yo estaba en Tamet compartíamos las reuniones de secretariado gremial nacional y él sabe muy bien que yo siempre puse el acento en el punto de vista de las masas y no en una visión vanguardista.

Pero aclaró que iba a aceptar la línea que se votara. Daniel no quería llevar el tema a fondo, sobre todo porque Osvaldo tenía que cargar con el mayor peso, y no era lo mismo opinar desde España que desde la clandestinidad en la Argentina. Además, no sólo habían compartido reuniones gremiales: se habían escapado juntos de la reunión del Comité Central de Moreno, y se habían ayudado en pleno tiroteo.

En un cuarto intermedio, Daniel se fue con otros cuatro militantes al Vaticano. Algo de su raíz católica reaparecía cada tanto, aunque fuera por curiosidad. Era sábado de Gloria y en San Pedro había multitudes. Daniel

tuvo que entrar a los codazos por el pasillo de la nave central de la Basílica: quería llegar hasta el altar. En unos minutos estaba frente a Paulo VI. El Papa iba en un trono que cargaban media docena de lacayos. Llevaba su manto púrpura, su estola, su tiara y regaba de agua bendita a los fieles que se agolpaban a su alrededor. Un coro cantaba música seguramente celestial.

Daniel sintió que unas gotas le caían en el hombro, y algo de la fe religiosa de su infancia lo tocó en esas gotas. No tenía un dios a quién dirigirse pero quería pedir un deseo. Cerró los ojos y juntó las manos: lo que más quería era que, algún día, terminara esa etapa de contrarrevolución que se vivía en la Argentina.

Cuando el sol del sábado de Gloria caía sobre la plaza de San Pedro, Daniel ya había caminado las pocas cuadras que separaban el Vaticano del caserón de la vía del Crescencio y estaba de nuevo reunido con sus compañeros del PRT.

Mayo de 1977. El presidente argentino, general Jorge Rafael Videla, solía ser parco con la prensa. Pero, en esos días, contestó un par de preguntas del corresponsal del semanario francés *L'Express* sobre el estado de los derechos humanos en el país:

«—¿Se puede prever el fin del estado de sitio y el restablecimiento de los derechos humanos en la Argentina?

»—La subversión fue la primera en violar esos derechos atacando la existencia, el trabajo, la paz y la propiedad. Tenemos aquí un enemigo que quiere caotizar por la fuerza nuestra sociedad, y abolir los valores occidentales y cristianos que defendemos, y en cuya cúspide está Dios... Esos elementos subversivos, y con ellos los corruptos y los delincuentes económicos, se colocaron fuera de la sociedad. En vez de ocuparse de casos individuales, es necesario ver el conjunto de la sociedad. Fue el régimen precedente el que instaló el estado de sitio, instrumento perfectamente legal, un recurso que prevén casi todas las Constituciones del mundo. Nosotros lo utilizamos con la mayor moderación. Puedo afirmar que en la Argentina no hay personas detenidas por sus opiniones políticas. Sólo hay gente que por su acción o su actitud ha inspirado o ayudado a la subversión, realizando

agitación política o sindical. Y también abogados que, bajo la cobertura de su profesión, ayudaron a los subversivos que defendían a continuar la guerrilla. Además, toda la prensa independiente de nuestro país aprueba la adopción y el mantenimiento del estado de sitio. Pero como somos fervientes partidarios de la libertad, nuestro deseo es restablecer los derechos humanos y las garantías constitucionales. En la medida en que lo permitan las condiciones generales del país...

»—¿Y cuál es la situación actual?

»—Nuestra lucha contra los grupos subversivos ha entrado en una fase definitiva. Las Fuerzas Armadas controlan la situación y asestan golpes decisivos a los terroristas. Sin embargo, todavía existen manifestaciones de violencia aisladas. Esperamos terminar rápidamente con ellas.

»—¿Cuáles son las perspectivas para el porvenir político de la Argentina?

»—Queremos terminar con el fenómeno pendular por el que el poder oscila entre gobiernos militares fuertes pero impopulares, y grupos de políticos civiles que, en nombre de la democracia, hacen demagogia. Somos los herederos de los ideales legados por la Revolución Francesa. Pero esa democracia de 1789, ¿puede aplicarse en nuestra época? Creo que hay que adaptarla a las realidades de nuestro país. No queremos que, cuando el Ejército vuelva a los cuarteles, los políticos puedan destruir nuestra obra de renovación. Así, todos los argentinos —salvo los subversivos, los corruptos y los delincuentes— están invitados a apoyarla. Pero no se trata de distribuir puestos ministeriales ni de hablar de elecciones. Nuestro gran objetivo es la instauración de una auténtica democracia pluralista. Pero no sabemos cuánto tiempo llevará alcanzarla».

En esos días, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, general Ibérico Saint Jean, pronunció una frase que haría fortuna. Sus palabras aparecieron el 6 de mayo en *The Guardian* de Londres y unos días después en el *International Herald Tribune*: «Primero eliminaremos a los subversivos; después a sus cómplices; luego a sus simpatizantes; por último a los indiferentes y a los tibios».

Lloviznaba suave y el aire estaba frío. Por la calle empedrada del Puerto Nuevo los camiones pasaban traqueteando. En la vereda, unas doscientas personas hacían cola en silencio. Eran sobre todo mujeres de cincuenta, sesenta años, pero también había hombres, y mujeres más jóvenes. Unos pocos tenían paraguas, otros impermeables, alguna se había puesto un pañuelo en la cabeza. Todos esperaban su turno para entrar en la iglesia de Stella Maris, buscando una respuesta. Horacio González no sabía que algunas de esas mujeres eran las mismas que el 30 de abril habían empezado a encontrarse en la Plaza de Mayo.

Se habían conocido en las puertas del Ministerio del Interior o del Departamento de Policía o de cualquier otro lugar donde pensaban que alguien podría decirles algo sobre el destino de sus hijos, que comandos de civil o de fajina habían secuestrado y que, desde entonces, no habían vuelto. Y solían ir a la iglesia de la Armada, Stella Maris, a pedir información al capellán Gracelli, que a veces podía averiguar algo; hasta que una tarde, en la iglesia, decidieron que tenían que ir a la Plaza de Mayo a presentar una carta para pedir audiencia al presidente.

El 30 de abril era sábado: en cuanto llegaron, se dieron cuenta de que habían elegido mal. La plaza estaba vacía, y decidieron volver el viernes siguiente. El viernes 6 de mayo eran tres o cuatro docenas, y alguna propuso que los jueves serían un mejor día. Desde entonces se las veía todos los jueves, a eso de las tres de la tarde, en la Plaza de Mayo. No marchaban: se quedaban paradas en un rincón y charlaban, lloraban, intercambiaban informaciones y experiencias, se abrazaban, se ayudaban y las aliviaba encontrarse con otras en su misma situación: fuera de ese lugar, la mayoría de la gente las radiaba, las maltrataba, las condenaba diciendo que eran familiares de terroristas subversivos. Todavía no se ponían pañuelos blancos en la cabeza, y nadie las llamaba «Madres».

Pero un jueves, cuando ya eran sesenta o setenta, un oficial de policía se impacientó y les dijo que había estado de sitio, que no podían reunirse, que circularan: entonces empezaron a caminar en círculos alrededor de la Pirámide, y la policía no supo qué hacer. Cada jueves se juntaban más.

—¿Te parece que ese cura va a poder decirnos algo?

—No sé, cómo saberlo. Pero igual hay que probar.

Pocos días después de volver a Buenos Aires, Horacio González había recibido a Pelusa, la esposa chilena de Jorge Rulli, que venía a tratar de averiguar algo sobre su marido. El comando del Ejército en Salta había aceptado que lo tenían detenido, pero no quiso darle más información. Que lo reconocieran ya era un alivio, pero no alcanzaba. Pelusa y Horacio fueron a ver al doctor Raúl Matera: pensaron que podía ayudarlos. En su consultorio había como diez personas esperando su turno, pero la secretaria los hizo pasar enseguida:

—Bueno, ustedes me dirán.

—No, doctor, es por mi marido, Jorge Rulli, que se lo ha llevado el Ejército y queríamos ver si se podía hacer algo para...

—Ah, sí, Rulli, este muchacho. Sí, me acuerdo cuando lo atendí en su tortura.

Rulli había sido uno de los primeros peronistas torturados, a mediados de los sesenta, y Matera se había ocupado de él. Pero ahora no tenía mucho que decir. Se lo veía gentil y distante:

—Lamentablemente yo no puedo hacer nada. Lo que les recomiendo es que vayan a ver al capellán Gracelli, en la parroquia Stella Maris, en el puerto. Es un cura muy humano y como está en la Marina a veces puede conseguir alguna información.

Al día siguiente, Pelusa y Horacio fueron a la parroquia, y lo que vieron los impresionó: toda esa gente esperando para saber algo, todos esos parientes de presos o de secuestrados. Era una revelación siniestra. Hasta entonces, Horacio nunca había pensado que la tragedia pudiera tener esas dimensiones.

Hicieron varias horas de cola, bajo la llovizna: lo más terrible era el silencio, esa manera de encerrarse en sí mismos de todos los que esperaban. Una docena de colimbas marineros, encapotados, custodiaban la fila; los controlaban dos o tres oficiales. Horacio pensó que la información debía correr en ambos sentidos: los familiares podían enterarse de algo sobre sus secuestrados y los marinos podían enterarse de qué familiares andaban preguntando por quién. Al cabo de un par de horas, monseñor Gracelli los recibió en el atrio:

—¿Qué puedo hacer por ustedes, hijos míos?

Pelusa le contó la historia de su marido y el capellán anotó los datos en una hoja y le dijo que volviera dentro de una semana, a ver qué podía averiguar:

—Voy a hacer todo lo que pueda, pero no se ilusionen, hijos. La situación está muy dura.

Horacio y Pelusa quedaron en volver a encontrarse al día siguiente a las tres de la tarde en el bar El Olmo, de Santa Fe y Pueyrredón, para otra diligencia. Pelusa llamaría a un ex diputado peronista para pedirle que él también fuera a la cita, a ver si podían convencerlo de que buscara información. Al otro día, Horacio llegó al Olmo a las tres y cinco; mientras entraba, le pareció ver un movimiento extraño en la calle, como si dos o tres coches pasaran a toda velocidad, pero no le hizo caso: en esos días, era normal. Se sentó a esperar y leyó un rato: al cabo de tres cuartos de hora, como Pelusa no aparecía, pensó que debía de haber tenido alguna otra cosa que hacer, y se fue.

Al día siguiente, Horacio empezó a preocuparse porque Pelusa seguía sin llamarlo. A las ocho de la noche sonó el teléfono. Era ella:

—Oye, he tenido problemas. Encontrémonos mañana a la mañana y te cuento bien.

—¿Pero estás bien, está todo bien?

—Sí, ahora sí, no te preocupes.

—¿Y te enteraste de algo?

—Sí, no, ya mañana te cuento.

Cuando se vieron, Pelusa le contó que a las tres de la tarde del día anterior, mientras esperaba, seis tipos habían entrado al Olmo con armas en la mano y se habían ido directamente a buscarla. Le preguntaron si era ella, la agarraron y, a los empujones, la metieron en un coche que salió a todo gas, escoltado por otros dos. Con los ojos vendados, la llevaron a un lugar desde dónde escuchó gritos de la hinchada de Boca: esa noche Boca jugaba en su cancha y después, reconstruyendo, supuso que había estado cerca del Bajo. Ahí en Paseo Colón y Cochabamba, estaba el «Club Atlético», uno de los centros de detención clandestina de la Policía Federal. No la habían tratado del todo mal: la pusieron en un cuarto y la interrogaron, sin pegarle, durante varias horas. Pelusa les contó que estaba buscando a su marido y las

gestiones que había hecho. La dejaron dormir un rato, a la mañana siguiente la interrogaron de nuevo y, al principio de la tarde, volvieron a subirla a un auto, encapuchada, y la soltaron poco después, cerca de Retiro.

Horacio y Pelusa pensaron que seguramente algún organismo de represión tenía intervenido el teléfono del diputado: habrían escuchado su conversación y los fueron a buscar. Pelusa todavía estaba bajo el shock, y Horacio pensaba en cómo se había quedado en ese bar, esperando, sin sospechar ni darse cuenta de nada, y cómo se engañaba: era evidente que las fuerzas represivas tenían controlado un amplio sector de gente y que ese espacio lo incluía, por más que no estuviera militando. Y pensó que si hubiese llegado unos minutos antes también lo habrían agarrado a él, que salía de una prisión anterior, y que quizás esta vez no habría zafado. Los márgenes de maniobra que creía que tenía se le estrechaban más y más.

Horacio empezó a pensar que quizás no tendría más remedio que irse del país. No quería, pero lo estaban empujando. Unos días después se encontró con tres amigos, viejos compañeros de militancia que no andaban en nada, en la casa de uno de ellos. Comieron una pizza, tomaron un par de cervezas y charlaron sobre lo que estaba pasando. Los tres trataban de mantenerse fuera de cualquier circulación, haciendo vida hogareña, escondiéndose en sus empleos, hablando sólo con los amigos muy confiables. Cualquier encuentro, cualquier paseo, cualquier palabra fuera de lugar podía traer peligro. En esos días, mucha gente evitaba todo lo posible la amenaza de los espacios públicos y se refugiaba en lo más privado:

—Sí, por ahora la cosa es ver dónde podemos guardarnos hasta que pase un poco el vendaval, ¿no? Cómo carajo hacer para tener una vida más o menos normal en medio de todo este kilombo...

—Sí, la otra es irse. Yo no creo que el exilio se justifique en un caso como el mío, pero acá las posibilidades se van cerrando cada vez más y...

Horacio no tenía trabajo: desde su vuelta de Salta no había conseguido nada y estaba viendo si podía hacer unas encuestas o algo así. Un trabajo donde nadie le preguntara mucho, donde no tuviera demasiada exposición. Seguían charlando, y el clima era turbio, desesperanzado.

—Che, ya son como las once. Mejor vayamos yendo, que no conviene andar muy tarde por la calle.

—Bueno, yo los puedo llevar en el coche. Es mejor que andar en colectivo a estas horas.

Ya estaban llegando a Primera Junta, a dos cuadras de la casa de Horacio, cuando se les cruzó por delante un falcon bordó, y un peugeot blanco por detrás. De los dos coches se bajaron cuatro tipos jóvenes, pistolas en la mano:

—¡Abajo, abajo todos! ¡Vamos, rápido, manos arriba, pegados contra las puertas!

Dos de los tipos los seguían apuntando mientras los otros dos los palpaban de armas, les pedían documentos, les preguntaban qué estaban haciendo. Horacio tuvo un momento de pánico; después pensó que seguramente no era nada personal, que debían estar haciendo controles de rutina. Sólo esperó que su nombre no saltara, que no estuviera en una lista de buscados.

—Bueno, ya está, no pasa nada, ya pueden irse. Circulen, circulen.

Horacio y sus amigos volvieron a subirse al coche. El dueño tardó como un minuto en arrancarlo: le temblaba la mano. Cuando lo dejaron en su casa, Horacio miró para todos lados antes de abrir la puerta y, cuando entró en el departamento, le dijo a su mujer que ya no podía seguir así, que se tenía que ir de la Argentina.

—Vamos, Urien, con todo, va a pabellón.

Julio no tenía nada que llevar. Los guardias lo escoltaron hasta el pabellón once, donde había mayoría de presos montoneros, y al otro día pudo salir, con muchas dificultades, al recreo. Estaba débil y muy flaco, pero cuando entró en el patio sus compañeros rompieron la disciplina carcelaria que impedía hablar o caminar con más de un preso durante el recreo.

—¡Grande, Almirante...!

—¡Fuerza, loco, fuiste un ejemplo para todos!

Cada palabra de aliento, cada abrazo, eran una bocanada de vida. Todo lo que podían hacer, durante el recreo era caminar, de a dos y en el sentido de las agujas del reloj, bajo la mirada atenta de los guardias armados que los vigilaban desde las garitas, sobre los muros. Varios de los presos habían

caído en Buenos Aires, como Juan Gullo, Emiliano Costa, el Pampa Álvaro, Eduardo Soares, Carlos Puccio. También estaba el grupo que había llegado meses atrás de la Cárcel de Encausados de Córdoba: el Negro Juez, Pinina y Curro De Breuil, Boxi Guevara, Sebastián Canizzo.

Juan Gullo recibió a Julio y le explicó el funcionamiento. Además de integrarlo a un ámbito de la organización, tenía que planificar sus charlas de patio: el recreo era el único momento en que los dejaban charlar. Los militantes presos lo aprovechaban para reunirse y, por eso, los encuentros seguían un organigrama cuidadoso. A los pocos días, Julio tuvo que hacer la ronda con el Boxi Guevara.

—En Córdoba no nos mataron a todos porque no pudieron, pero el plan era de exterminio total. Cuando dieron el golpe, los del Ejército se hicieron cargo directamente de la cárcel y entraron dispuestos a matarnos. A un compañero le clavaron un bayonetazo en la espalda, a otro lo tuvieron toda la noche estaqueado, tirándole baldazos de agua fría, hasta que murió...

Julio sabía que Boxi hablaba de los oficiales y suboficiales del Tercer Cuerpo de Ejército. Por su propia experiencia en la Armada, suponía que esos grupos comando funcionaban independientes del resto de sus camaradas. Pero no podía dejar de pensar que su hermano Facundo estaba ahí, que era teniente y que estaba bajo las órdenes de Menéndez. Boxi le contaba a Julio esas historias con una voz serena que escondía mucho dolor, mucha bronca contenida:

—Mirá, Julio, ves ese que va caminando ahí... El petiso, rubio...

—Sí.

—Bueno, es la Pinina De Breuil, es hermano del Curro, que es el que camina allá. A la Pinina lo sacaron una vez con Gustavo, el tercero de los hermanos De Breuil, que estaba con nosotros. Los milicos los encadenaron a los dos, los metieron en un camión y cuando llegaron a un descampado, un oficial, a cara descubierta, les dijo: «¿Cara o seca? El que gana pierde y el que pierde la cuenta...». Ellos no le contestaron y el tipo les asignó la suerte a cada uno, revoleó la moneda y dijo: «Cara». Sacó la pistola y lo mató a Gustavo. Al rato, trajeron de nuevo a la Pinina De Breuil al pabellón...

—¿Y cómo quedó el compañero, después de eso?

—Mirá, tiene una firmeza y una voluntad impresionantes. Al Curro no lo van a quebrar con nada. Después, con el tiempo, nos dimos cuenta de que los tipos tenían que adecuar el plan: como no podían aniquilarnos a todos, querían sembrar el terror, y nosotros nos planteamos que la única manera era resistir, mantener firmes nuestros principios, sin arrastrarnos, sin perder la dignidad, qué mierda...

Doce

Elvio Vitali había llegado a México en febrero de 1977. Estaba por cumplir 24 años y no tenía una profesión ni sabía bien qué quería hacer con su vida. Tenía la sensación de que el exilio había quebrado todos sus proyectos y que nada valía la pena. Adriana, su compañera, llegó dos meses después: era socióloga y no le costó conseguir un buen trabajo. Elvio tardó más. A veces, sus relaciones se complicaban por esa disparidad. Las parejas solían complicarse mucho cuando tenían que adaptarse a las condiciones nuevas del exilio.

—Bueno, yo soy el Tano de Derecho. Quiero avisar que estoy acá, por cualquier cosa.

Aunque técnicamente era un «desertor», cuando llegó a México Elvio se presentó ante uno de los responsables montoneros en el DF. Que lo recibió en la Casa Argentina, lo escuchó, no le contestó casi y le dijo que cualquier cosa ya se pondrían en contacto. Era casi un ritual: una manera de pagar la culpa y decir bueno, cumplí.

Aunque la culpa no terminaba de desaparecer. Seguían llegando las noticias de más y más muertos: muchas mañanas, Elvio no tenía ganas de levantarse por miedo de la noticia que el día pudiera destinarle. Estaba harto de esa angustia, pero no sabía cómo dejarla atrás. Tenía incluso la sensación de que se había transformado en un fulano aburrido: él, que siempre había sido más bien divertido, un tipo simpático.

Pero, poco a poco, las cosas fueron mejorando. Primero, un amigo argentino le consiguió unas clases en un colegio secundario. Enseñaba historia: con leer un par de libros y poner en juego sus habilidades de militante curtido en muchas asambleas le alcanzaba. Pero no ganaba suficiente. Después se consiguió una beca de la embajada de Italia para estudiar el idioma. Y, finalmente, Willi Schavelzon, otro exiliado que había puesto una editorial, Nueva Imagen, lo contrató como vendedor. Elvio entró

en el negocio de los libros: poco después pondría, con un amigo mexicano, una distribuidora que importaba libros argentinos y españoles. El trabajo ya no era problema. Y todos los miércoles se reunía con un grupo de compañeros suyos para discutir lo que había pasado en esos años. En ese grupo se reencontró con sus viejos amigos de Derecho: Miguel Talento, Juan Pablo Ventura. Esas discusiones minuciosas, encarnizadas, fueron tranquilizándolo, reconciliándolo con su historia: fue, con mucho esfuerzo, entendiendo qué le había pasado, y eso le permitió pensar en seguir adelante. Estaba empezando la segunda parte de su vida.

Julio de 1977. *Extra*, la revista de Bernardo Neustadt, cumplía 13 años —«un milagro nacional», decía su dueño— y se alegraba del contexto: «El 7 de junio fue el día del Periodista. Por supuesto, no es novedad. Novedad fue la manera en que se celebró en un país bajo régimen militar. Fue pleno de atenciones a todos los hombres de prensa en sus más distintas dimensiones. El cocktail con el brigadier Agosti; la doble reunión del presidente Videla en la Casa de Gobierno y en el Comando General del Ejército; el gesto del almirante Emilio Massera que habiendo estado en Ecuador por esos días, al volver, el 23 de junio, reunió a los hombres que hacen opinión pública. Se llegó a tal extremo que un grupo de analistas definió el día del Periodista como el “día del casi Primer Poder”. Porque antes era el cuarto... Pero ahora que sirve de enlace entre la sociedad y el Gobierno aumentó su importancia y también su vitalidad».

En su editorial, Neustadt decía que «hoy la gran novedad es que Perón, después de 30 años de vedettismo total —en el Poder o en el exilio— ya no está. Se había transformado un poco en dueño del “no casamiento”. El radicalismo no es ya un acero inflexible; nadie dice que se doble, pero tampoco aman tanto la ruptura: si convivieron con María Estela Martínez de Perón, en un intento de salvar la democracia formal, ¿por qué no comprender el esfuerzo actual de las Fuerzas Armadas en su búsqueda de una democracia entera, integrada, profunda, con autoridad adentro? Aseguro que comprenden. (...) Libertad, paz, orden, honestidad y

continuidad —que alguien termine alguna vez lo que empieza— son los sueños de cualquier argentino en cualquier esquina del país.

»Aquí es cuando asoma Jorge Rafael Videla y su planteo del diálogo, la consulta, el libreto, la comunicación. Diálogo no es llamar a Balbín, Frondizi, Robledo, Luder, Manrique o González Bergez a la Casa de Gobierno y preguntarles qué piensan. Tampoco pedirles que indiquen cómo debe ser la Argentina que vendrá. Menos convocar excluyentemente a los políticos por más respetables que sean. Y según no pocos militares los políticos debieron ser los últimos en la consulta. Diálogo no es rifar el país en una urna próxima. Esto no lo quiere nadie serio: ni el más apasionado electoralista».

—Me duele como la gran siete.

—Bueno, Manuel, vamos a hablar con los cubanos para que te hagas un tratamiento allá. Mirá, aunque no nos den mucha bola con las cosas políticas, para estas cuestiones son de fierro.

—Pero, Pelado, no hace dos meses que conseguimos instalarnos acá. Mirá, mirá cómo disfrutaban los chicos de la piletta. No vamos a dejar todo de nuevo, sería una pesadilla. Además, con el golpe que le dieron al partido, no voy a dejar todo en banda.

—Loco, así, enfermo, no le servís ni a tu familia ni al partido. Dejate de joder.

Bajo el sol madrileño de mayo, Enrique Gorriarán trataba de convencer a Manuel Gaggero de que no podía seguir con esa úlcera, y que en La Habana se la podrían tratar. Ya lo arreglarían. Más les preocupaba la situación del PRT: en las últimas semanas los militares habían secuestrado o matado a unos trescientos militantes, dos tercios de la gente que les quedaba en la Argentina.

—Che, Pelado, ¿se supo cuál es la punta de las caídas?

—Mirá, en realidad, hemos perdido contacto orgánico. Parece que cayeron Osvaldo y la Gringa. Y como cayeron compañeros de todas las regionales, hay dos posibilidades: una es que lograron arrancar en la tortura información a alguno de los compañeros que tenían alta responsabilidad allá. Entonces, los tipos, en vez de salir a reventar citas, hicieron trabajo de

inteligencia y recién después montaron operaciones simultáneas en todo el país.

—¿Y la segunda?

—Un filtro. Eso no se puede descartar. Y tendría que ser un infiltrado en un lugar muy alto, si no, no se explica. Lo feo es que nos dan el golpe justo cuando queremos profundizar la línea de preservación de cuadros.

Los demás comentarios de Gorriarán también eran duros: ante el terror de que hubiera un infiltrado en los niveles de dirección, algunos de los que quedaron vivos en la Argentina había optado por desvincularse totalmente; otros habían salido por la frontera a Brasil con sus propios documentos, corriendo un riesgo grande. En el exterior tampoco estaban mejor: el PRT no tenía fondos para financiar sus actividades, sus militantes en el exilio debían conseguir trabajo para ganarse la vida y sus relaciones políticas con los partidos comunistas de otros países, incluido el cubano, se iban debilitando a medida que el PRT se extinguía.

Manuel estaba débil: apenas podía trabajar. Después de hablar con Alba, aceptó ir a tratarse la úlcera a Cuba. Al menos, ella lo acompañaría, y también Mauricio, el hijo del medio; los otros dos los esperarían en Madrid, en casa de una pareja de militantes amigos suyos.

Pocos días después Gorriarán les mandó sus nuevos pasaportes falsos: tenían la fecha real de nacimiento de los tres, un domicilio verdadero en Buenos Aires y sus nombres y apellidos reales. Después de casi tres años de nombres ficticios, Manuel pensó que recuperaba su identidad de la manera más curiosa.

—Total, quién se va a ir a quejar de que no lo hicimos a través del consulado argentino.

Un oficial de la seguridad cubana los esperaba en el aeropuerto de La Habana. El hotel del Vedado estaba lleno de latinoamericanos.

—Chico ¿así que tú vienes a tratarte por problemas de salud? Tienes que saber que aquí te vamos a cuidar de lo mejor, chico, de lo mejor.

El primer diagnóstico que le dieron en el Hospital Ciro García lo puso ansioso.

—Es como si te tragaras el odio, compañero: los ácidos trabajan de más, y entonces te comen las paredes de tu estómago. Tú lo que tienes que hacer

es recuperar la tranquilidad. Y eso puede llevarte un tiempo.

La advertencia fue clara, pero Manuel se impacientaba igual: todo era tan lento. Cada análisis era una espera de horas, cada consulta otras tantas. Manuel aprendió a olvidarse del tiempo, a recuperar el placer de la lectura, de las caminatas por jardines de pasto mullido y cocoteros. En el hospital había pacientes de varios países, con enfermedades muy variadas: muchos eran angoleños con esquirlas y balazos. Cada mañana, Manuel tomaba una cucharada sopera de un líquido pastoso que le llevaba la enfermera.

—¡Esto es peor que el aceite de ricino!

—Pero mi amor, éste es el zostakovitch. Es lo mejor que descubrió la ciencia soviética para curar tu úlcera. Vamos, compañero, tómalo.

Junio de 1977. En esos días, el presidente Carter parecía estar cambiando muchas reglas del juego. En la revista de *La Opinión*, Mario Diament trataba de analizar algunos de esos cambios:

«Uno no puede menos que sonreír pensando que apenas veinticinco años atrás el actual ocupante de la Casa Blanca hubiera sido cesanteado de su trabajo, acusado de “comunista”. Allá por 1952, ni los más flagrantes “radicales” se hubieran atrevido a decir públicamente lo que el presidente Jimmy Carter dijo el domingo 22 de mayo durante la ceremonia de graduación en la Universidad de Notre Dame, en South Bend, Indiana, cuando afirmó que “ahora estamos liberados del descontrolado temor al comunismo, que alguna vez nos condujo a apoyar a cualquier dictador que compartiese nuestras inquietudes”.

»La explicación que el mandatario norteamericano dio a esta aseveración es que la amenaza de un conflicto con la Unión Soviética, que servía de unificadora, ya no es tan intensa y que los Estados Unidos ya no pueden tener únicamente una política para las naciones industrializadas como base de la estabilidad global, sino que es preciso forjar un sistema internacional que dure más que los pactos secretos.

»¿Qué extraño fenómeno se ha producido en el país de Joseph McCarthy, de Barry Goldwater y de George Wallace, para que la extinción

del fantasma del comunismo pueda decretarse sin que se precipiten los valores de Wall Street y la gente salte por las ventanas?

»Lo que en principio parece visualizarse es una concientización de la sociedad norteamericana en la fortaleza de su propio sistema, que surgió indemne de una derrota militar, la malfunción de un presidente y la purgación de sus servicios de seguridad.

»En realidad, ha ocurrido más que eso. El sistema no se ha salvado a pesar de las calamidades, sino que, más bien, fue el sistema el que permitió el saneamiento moral y político de los Estados Unidos.

»No seamos ingenuos: la moralización política de los Estados Unidos no pasa, en muchos casos, de ser un rótulo. No ha resuelto por ejemplo, la intolerancia racial, la delincuencia, la drogadicción y las actividades de la Mafia. Pero ha señalado un camino, y el presidente Carter parece resuelto a seguirlo empeñadamente.

»Los sondeos de la opinión pública demuestran que su popularidad alcanza cifras cercanas al 70 por ciento. Pocos de sus antecesores pudieron haberse vanagloriado de semejante adhesión. Pero tampoco recibieron, como Carter, la herencia de una nación que realizó las necesarias abluciones sobre los pecados del pasado y cuyas tropas engordan pacíficamente en sus bases.

»En definitiva, Carter opera modificaciones en un país mentalmente preparado para los cambios.

»Por más empeño que pusiera durante su campaña electoral para denostar la política de Henry Kissinger, Carter es su heredero natural. Ambos han resuelto distender las relaciones internacionales y negociar sobre bases pragmáticas. Kissinger prefería convertir esta negociación en una gesta unipersonal; Carter insiste en comprometer a la totalidad del pueblo norteamericano.

»Esta actitud no es casual ni antojadiza. Como buen granjero sureño, tiene una dialéctica coloquial: “muy bien muchachos; vamos a dar tal o cual paso, pero vamos a hacerlo juntos”. Es un pluralista químicamente puro y no lo acosan los fantasmas. La seguridad interior es un principio rector en el manejo de la política exterior, pero también es una triquiñuela. La amenaza exterior puede convertirse en una eficaz arma de demagogia, porque es una

prioridad que tiene la facultad de sepultar toda expresión de disconformismo.

»La transformación que Carter espera operar en su país no puede dar cabida a esta forma de demagogia. Por el contrario, su prédica es de tono moralizante. “No podemos esperar vivir sanos dentro de casa si toleramos que la enfermedad ande rondando alrededor de la cerca”, parece decir. Entonces resuelve declarar el fin de la era de los fantasmas. Puede hacerlo, sin duda, porque los soviéticos, a su vez, han caído en la cuenta de que no pueden exportar su proyecto más allá de sus fronteras. Paradójicamente, el eurocomunismo favorece más a Jimmy Carter que a Leonid Brezhnev.

»Lo significativo del programa exterior de la administración Carter es que se parece más a una promesa que a una realidad. Hasta el momento, ha sido más espectacular que efectiva. Más aún, los pocos éxitos que parece haber obtenido han sido, precisamente, sobre los flancos menos convencionales: las negociaciones con Cuba y las tratativas sobre el canal de Panamá. En cambio, ha irritado a aliados tan tradicionales como los países sudamericanos y no ha logrado dar un paso adelante en las negociaciones SALT para la limitación del armamento atómico y en la pacificación del Oriente Medio.

»Pero tal vez sea éste el camino: una política no convencional para un mundo que cada día se aleja más de los convencionalismos. Un mundo que se levanta una mañana para descubrir que la Unión Soviética apoya las reclamaciones de Brasil por la injerencia de Estados Unidos en el manejo de sus derechos humanos, que un grupo de turistas norteamericanos retoza por Cuba declarando que todo es espléndido, o que el presidente de la mayor de las potencias occidentales declara que, en realidad, el comunismo es inocuo».

Mercedes Depino se enteró en París de que la organización Montoneros la había condenado a muerte, junto con varios de sus compañeros disidentes, por «deserción en tiempos de guerra». Ya llevaba varios meses en Francia, y todavía no estaba decidida a quedarse. En realidad, su plan era otro: estaba esperando que los militantes que habían salido de la Argentina al mismo tiempo que ella —y que habían pasado a

Brasil, donde pidieron el asilo— pudieran resolver su situación legal y seguir viaje a México. Querían encontrarse todos allí para ver qué podían hacer, cómo podrían recomponer una estructura política. Mientras tanto había empezado a estudiar francés y, en septiembre, se anotó en la carrera de historia de la universidad de París-VII.

Jaime atendía a sus primeros pacientes en el departamento de un ambiente donde vivían: Mercedes, entonces, se iba al café del parc Montsouris y se pasaba las tardes leyendo, pensando, escribiéndoles cartas a Carlos Goldenberg y Sergio Berlín, donde quiera que estuviesen. Había empezado a bordar un tapiz interminable, que le servía como laborterapia: muchas veces, mientras lo hacía, sus vecinos y amigos, los psicoanalistas argentinos Nenuca Rosenberg y Horacio Amigorena, escuchaban sus historias y trataban de sacarle algo de su enorme tristeza.

En la facultad conoció a un estudiante de segundo año, Martín Caparrós, que solía contarle dónde había teléfonos públicos descompuestos: en esos días, los exiliados se pasaban horas buscándolos, para poder llamar a sus amigos o parientes en otros países y, sobre todo, en la Argentina. Les hacía gracia: los argentinos, siempre tan desorganizados para todo, habían llevado la organización de los llamados telefónicos al nivel más alto. En cuanto aparecía un público descompuesto la voz se corría y, en pocas horas, docenas de sudacas hacían cola en una esquina cualquiera. No era la mejor forma: el arreglo llegaba mucho antes, porque la aglomeración alertaba a la compañía. Entonces mejoraron el sistema: una o dos personas se ocupaban de dar números y los demás se iban y volvían horas más tarde, cuando les tocaba. O iban más allá: en esos días, en Barcelona, una colecta entre exiliados le pagó sueldos a un ex empleado de Entel para que estudiara exhaustivamente un teléfono público que otro grupo se había llevado de una cabina y descubriera maneras de hablar gratis. Algunos, incluso, habían encontrado una justificación: no estaban robándole nada a la compañía telefónica, que sólo se perdía de ganar por llamadas que, teniendo que pagar, no habrían hecho.

La fascinaba la belleza de la ciudad, la cantidad de libros, el mundo que se le abría de pronto: cada tarde, el diario le ofrecía noticias de lugares que hasta entonces le eran desconocidos. Mercedes trataba de disfrutar de todo

eso, aunque muchas veces lamentaba no poder compartirlo con los que había querido tanto. Solía decir que no quería conocer a nadie: que ella ya tenía sus amigos y que, aunque estuvieran lejos o muertos, ellos seguían siendo lo que le importaba. A menudo llegaban noticias de nuevos desastres. En esos días, se enteró de que había caído Gustavo Grigera, el médico del Hospital Italiano con quien había armado el grupo de la JTP. Grigera se había quedado en Buenos Aires, clandestino: alguien cantó una cita que tenía en el bar Gildo, de Corrientes y Medrano. Cuando se dio cuenta de que entraban a buscarlo, consiguió salir por otra puerta y correr hasta el hospital, que conocía muy bien. Lo persiguieron por los pasillos; al cabo de unos minutos, acorralado cerca de terapia intensiva, se tomó la pastilla de cianuro. Pero sus secuestradores les ordenaron a los médicos de terapia que se la hicieran vomitar. Grigera les rogaba que no, que lo dejaran morir, pero sus ex compañeros lo revivieron igual, y los militares pudieron llevárselo, interrogarlo, torturarlo.

—¿Lila?

—¡Loco, no lo puedo creer! ¿Dónde estás?

—Acá, en el boulevard Saint Michel. ¿Nos vemos?

Eran las doce de una noche de verano y Mercedes se encontró con Rodolfo Galimberti poco después en un café del Barrio Latino. El encuentro fue intenso. Después de los primeros momentos de alegría, Galimberti le insistía en que se fuera para México para volver a conectarse con los Montoneros.

—Yo puedo arreglar que te levanten la condena, Petisa. Ahora más que nunca necesitamos que todos los compañeros valiosos sigan haciendo algo...

Se despidieron con la promesa de que pronto se verían en México. Poco después, Adriana Lesgart la llamó a su casa para proponerle una cita. Adriana Lesgart era la responsable de los Montoneros para Europa: Mercedes la conocía de cuando militaba con su compañero, Juan sin Tierra, que estaba desaparecido.

—Flaca, la orga decidió levantarte la condena. La etapa cambió y ahora nos parece más importante volver a juntar a todos los compañeros, más allá de las diferencias que puedan haber surgido en algún momento dado... Lo

que te proponemos es que escribas tu autocrítica y entonces nosotros también vamos a rever nuestra posición y podemos reincorporarte. Sería bueno, podrías hacerte cargo de una cantidad de tareas que tenemos acá en Europa...

Estaban en un bar frente al jardín del Luxemburgo, tomando un té. La escena parecía ligeramente fuera de lugar.

—No, mirá, me alegra que piensen en reconsiderar la medida, pero yo no tengo nada que autocriticarme... Si querés podemos empezar a discutir, a ver qué se puede hacer, pero por el momento no tengo la suficiente confianza política como para reincorporarme en estas condiciones.

Quedaron en volver a verse, y Adriana Lesgart le pasó una *Evita Montonera* donde Horacio Mendizábal, «comandante del Ejército Montonero», escribía un artículo que titulaba «Continuemos pegando: forcemos la mano que comienzan a aflojar». Mendizábal decía que «los trabajadores reaccionamos apenas habían transcurrido cuatro meses del golpe, y cada vez las luchas se extienden y organizan más. De nada les sirvió imponer la mayor represión que soportó jamás nuestro pueblo. También anuncian todos los días que matan a decenas de subversivos y todos los días deben soportar un golpe nuevo, sea un sabotaje, una voladura o una ejecución de algún patrón. Para colmo ahora nos llaman con nombre y apellido, dicen que están aniquilando a los Montoneros y que los golpes que damos son los últimos coletazos. Para ser coletazos parecen de ballena por el destrozo que causan. Y como si todo esto fuera poco, ahora hasta sus papás los yanquis los retan porque se les va la mano con la tortura y el asesinato. Entonces, apenas transcurrido un año, empiezan a ponerse nerviosos, vuelven a pelearse entre ellos como ya lo hicieron las otras dictaduras militares. Massera contra Martínez de Hoz, Menéndez contra Videla, y así, cada vez peor».

Mendizábal seguía siendo optimista: «Fue muy duro luchar el año pasado cuando éstos parecían invencibles, fue muy duro aguantar los miles de compañeros muertos, secuestrados o encarcelados, se nos hizo cuesta arriba saber cómo los torturaban. Pero ahora empieza a ser distinto, y no es porque esas atrocidades no sucedan, sino porque ahora le vamos viendo la pata a la sota, porque ahora comenzamos a percibir el efecto de nuestros

sacrificios y el de tantos queridos compañeros desaparecidos. Es que hoy contemplamos cómo la lucha de este año, que pareció eterno, va dando sus frutos, cómo cada caño, cada sabotaje, cada molotov que tiramos genera más conflictos entre ellos, empiezan a vacilar, a dar distintas respuestas, a discutir públicamente entre sí acerca de medidas económicas, políticas o militares.

»Y entonces nosotros avanzamos, les vamos abriendo brechas, aumentando el accionar político y acompañándolo cada vez más con los golpes violentos. Cuando dijimos que había que hacer miles de sabotajes y poner cientos de caños, éste era el efecto político que buscábamos producir en el enemigo, lo logramos. Ahora debemos continuar, pero avanzando. El peor error que se puede cometer es parar el ataque cuando vemos que este empieza a debilitar al enemigo, es precisamente en esa circunstancia cuando hay que avanzar.

»Y, como avanzamos, lo haremos masificando la violencia, haciendo que cada compañero del Movimiento hostigue al enemigo, que todos hagan algo. Multipliquemos aún más los caños, que los centenares que pusimos este tiempo en las vías de los trenes y en las casillas de señales, en los transformadores de SEGBA y en las casas y autos de los patrones, se transformen en miles, que los ruidos de las explosiones no los dejen dormir.

»Que no haya ni un solo compañero que no realice una acción de sabotaje por más pequeña que sea y, el que no pueda, que tire un cascotazo a la ventana de algún patrón.

»Peguémosle con todo lo que tengamos sin importarnos si la acción nos parece chica, lo importante no es la envergadura de cada acción individual sino ejecutar miles de ellas. A través de estas acciones vamos corporizando el avance político y, a la vez, nos permiten avanzar más al hacer que milicos y patrones no se sientan sólo preocupados por el dinero que les puede hacer perder un paro, sino además porque lo que pueden perder, si insisten en pretender explotarnos, es su propia vida».

El estilo montonero, que conocía tan bien, le producía a Mercedes una mezcla de nostalgia e irritación. Quería creer que lo que leía era cierto, pero otras historias que le habían contado, y su propia experiencia, la hacían desconfiar mucho. El comandante Mendizábal seguía:

«Mientras nuestro Ejército va aumentando nuevamente la calidad y cantidad de sus acciones atacando a milicos y patronos, los compañeros de las agrupaciones tienen como meta lograr que cada día más y más compañeros del Movimiento ejecuten acciones de violencia contra el régimen. Para ello todas las armas son válidas y deben conseguirse. El Ejército brindará su apoyo elaborando cartillas que expliquen la fabricación simple de explosivos, de caños, de incendiarias, etc. pero si aún no lo tienen, no se queden esperando esto, ataquen con lo que tengan; si no hay relojes para espoletas hagamos los retardos con pedacitos de espirales para los mosquitos, si no hay mecha usemos hilo de algodón, si no hay explosivo usemos pólvora negra y si no la conseguimos en lugar de un caño tiremos molotov; si deseamos que haga un efecto mayor hagámosla en una damajuana de 5 lts. en lugar de usar una botella. No nos quedemos esperando la acción ideal, golpeemos de cualquier manera, desarrollemos nuestra imaginación para inventar elementos bélicos. Un pueblo que pelea, que de cada herramienta u objeto cotidiano hace un arma, que sólo piensa en golpear al enemigo y lo hace sin cesar una y mil veces, es un pueblo que jamás será derrotado, que mantendrá la frente alta y el pecho erguido hasta la Victoria Final».

«La frente alta y el pecho erguido hasta la Victoria Final», volvió a leer Mercedes, y le dio un ataque de bronca. Pero por qué no te vas a la puta que te parió. Siempre con las grandes palabras, pensó: con los slogans, los discursos huecos. «Un pueblo que jamás será derrotado»: las pelotas, pensó. ¿Pero por qué no serán capaces de decir nos equivocamos, compañeros, les pedimos perdón, vamos a pensar todos juntos cómo salir de este agujero?, pensó. ¿Por qué podrán equivocarse tanto? ¿Cómo pudimos equivocarnos tanto? ¿Podremos todavía salir de ésta y empezar de nuevo?, pensó. La bronca se le estaba convirtiendo en tristeza, y tuvo que hacer esfuerzos para no llorar.

—¿Sabés qué, Flaca? Yo a veces pienso que quisiera estar en esa situación para saber qué es lo que pasa, qué les hacen a los compañeros para que canten.

Dijo Cacholo, y Graciela Daleo lo miró con cara de espanto. Era 9 de julio y estaban en el bar del club, tomando un fernet después de un partido de fútbol: hablaban de un militante que acababa de caer y que, según parecía, había cantado.

—No tientes al destino.

Le contestó Graciela, y se acordó de esa noche de 1969 cuando se peleó con el Flaco Jorge y, en su enojo, pensó ojalá mañana cuando vaya a volantear a Morón me pase algo, así éste se da cuenta de cuánto le importo. Y que, al día siguiente, la metieron presa.

—No seas boludo. Mirá que yo una vez dije ojalá que me pase algo, y me pasó...

Pocos días después, el Negro, que vivía en la misma villa que Cacholo, le dejó una cita a Graciela en el teléfono. Cuando se encontraron, le dijo que hacía dos días que Cacholo no aparecía:

—No sé, no volvió a su casa, nadie sabe nada. Pero en la villa dicen que se fue con una mina. Él se llevaba mal con su mujer, vos sabés. Puede que sea cierto, pero a mí me parece muy raro. El Cacholo es un tipo entero. Nos habría dicho algo, ¿no?

Ese fin de semana, un amigo del Negro que trabajaba con Cacholo le contó que unos tipos habían ido a vaciar su taquilla en el vestuario de su trabajo en el puerto. Y, el martes, alguien dijo que lo había visto en la parada del 102 en Constitución y que Cacholo no le había contestado el saludo. Y que le pareció que tenía una pierna enyesada.

—No, ahora sí que parece una caída. Puede ser que lo hayan sacado los milicos para ver si pescaban a alguien y por eso el compañero no le dio bola al que quería saludarlo, para no mandarlo en cana.

—Sí, hay que ver. De cualquier manera vamos a tener que levantarnos del club. Si Cacholo cayó no podemos seguir yendo...

Era duro tener que dejar un trabajo que parecía bien encaminado pero, a partir de la desaparición de Cacholo, mantenerlo era una inconsciencia. Graciela se desalentaba: un esfuerzo de meses perdido por la caída de un militante. Y así sería todo el tiempo, mientras las cosas se mantuvieran como estaban: cualquier intento era precario, nunca se sabía cuánto podría durar. Todo era precario. Días más tarde, el Conejo le dejó un mensaje en el

teléfono de control: que no quería vender más camisas, que se iba a buscar otro empleo. Quería decir que se borraba. Graciela puteó, pero no tenía ni siquiera una manera de llamarlo para hablar con él.

La semana siguiente, en la reunión de ámbito, el Gordo José le dijo que quería hacer una cita con ella.

—Pero si ya estamos reunidos ahora...

—No, Flaca, es otra cosa. Mañana a las seis en el puente de Gerli, ¿te parece?

Esa noche, Graciela comentó con su comadre Susana que le parecía que José estaba pensando en tirarle los ganchos.

—¿Y, qué vas a hacer?

—No sé, Negra. Es un buen tipo, y un buen compañero, pero la verdad que no me hace tilín por ningún lado.

Se rieron un rato, y después Graciela hizo dormir a María con un cuento. Al otro día Graciela se encontró con José. Mientras pasaban por debajo de un puente ferroviario, él le dijo que le gustaba:

—Creo que podríamos juntarnos, formar una pareja...

—Bueno, José, yo tendría que pensarlo un poco más. Recién nos estamos conociendo y...

—Sí, claro, entiendo. Pero igual podemos seguir viéndonos, ¿no?

Ese fin de semana fueron a un cine de Almagro a ver *Los hombres del presidente*. Cuando José trató de acariciarle la cabeza, Graciela le sacó la mano, suave pero firme. Y sin embargo más tarde, cuando él le propuso que se fueran a su casa, ella aceptó.

Graciela empezó a pasar los fines de semana en la casita de Lanús donde vivía José con sus hijos y los dueños de casa, Marita y Quique. José la iba a buscar a la capital los viernes a la noche, la llevaba compartimentada hasta la casa y la volvía a sacar el lunes bien temprano, para que Graciela fuera a su trabajo. Durante el fin de semana hacían la reunión de ámbito con Estela Oesterheld, cocinaban, descansaban, jugaban con los chicos, dormían juntos. Graciela no se sentía muy enamorada, pero el Gordo José podía ser un tipo bien agradable. Y, decididamente, esos oasis de calma y vida familiar le resultaban muy reparadores. Pero eran escasos.

—Ayer me contaron un chiste, bueno. Dice que los tres comandantes lo llaman al hijo de puta de Martínez de Hoz y le dicen que decidieron despedir a seis millones de obreros. El Orejas pega un salto y dice que es una barbaridad, pero los milicos le dicen que no lo van a discutir, que ya está decidido. Entonces el Orejas les pregunta cómo los van a reemplazar. Con seis millones de chinos, le dicen los milicos. ¿Cómo seis millones de chinos? Sí, seis millones de chinos, ya dimos la orden en Cancillería para que los traigan. El Orejas pregunta por qué. Porque son los únicos seres humanos capaces de comer con dos palitos, le dicen los milicos.

Dos palitos eran 20.000 pesos, el sueldo mínimo de un obrero: unos cien dólares. Esa mañana, José y Graciela estaban tomando un café en un bar de avenida La Plata y Rosario. Graciela, a esa altura, había cambiado de trabajo: en la Papelera estaban contentos con ella y le ofrecieron tomarla permanente, pero tuvo que negarse porque, si lo hacían, iban a investigarla y ahí podía saltar todo. Un día, alguien le comentó que dos policías habían pasado por la oficina de personal. Graciela sintió un frío húmedo en la espalda y decidió que tenía que irse. Cuando fue a decírselo, el jefe de personal le insistió para que se quedara: Graciela tuvo que inventar que le habían ofrecido otro empleo, que eran menos horas, que le quedaba más cerca de su casa. Y, pocos días después, su madre le consiguió un empleo en el laboratorio donde ella trabajaba.

Esa mañana, Graciela llevaba un bolsito con su ropa, unos papeles, un libro de Eduardo Galeano, *La canción de nosotros*, y sus dos pastillas de cianuro.

—Viene una columna, un camión del ejército por Rosario. Pero seguro que siguen de largo.

Los soldados se bajaron del camión y entraron en el bar como los nazis de las películas. Graciela pensó que ni siquiera sabía el nombre de José.

—Ricardo Cruz. Es el documento que tengo.

Le dijo él, bajito y rápido. Graciela estaba por decirle el suyo cuando llegaron tres soldados apuntándolos con sus fal.

—¡Documentos!

Graciela los buscó en su cartera, y José los sacó del bolsillo. Y también sacó la pastilla, que se metió entre los dedos, por si acaso. Un soldado lo

palpó: no tenía nada.

—¿Y usted dónde trabaja?

—En la Papelera del Plata.

—¿Dónde es eso?

—En Wilde.

—¿Y qué está haciendo acá?

—Nada, acá vine a encontrarme con Ricardo. Él es mi novio, ¿sabe?

Otro soldado le revisaba la cartera, y encontró un papel lleno de signos que no entendió. Era el borrador de un volante que pensaban repartir en el barrio:

—¿Y esto qué es?

—Nada, yo soy taquígrafa y practico con programas de radio.

—¿Cómo?

—Sí, que escucho programas de radio y los voy copiando, para practicar taquigrafía.

El soldado le preguntó qué decía; Graciela tuvo que inventarle una charla radiofónica sobre la salud de los niños. El soldado no parecía nada convencido, y Graciela esperaba que no se diera cuenta de que estaba sudando sin parar: el viejo olor del miedo. El soldado llamó a un suboficial y cambiaron un par de frases. Graciela rezaba porque no la siguieran revisando y encontrarán el libro de Galeano o las pastillas: ahí sí que estaría perdida. Al final, el sargento le dijo que tuviera más cuidado:

—No ande más con cosas adentro de la cartera que no las pueda leer todo el mundo. El país no está como para andar jodiendo, con tanto subversivo suelto...

—Sí, sí, claro.

Los militares se fueron. Graciela y José esperaron unos minutos antes de llamar al mozo: habría sido sospechoso que se fueran enseguida. En el bar se habían apagado todas las conversaciones. Esa noche, Graciela se compró papas fritas, salamín, queso y una botella de ginebra bols y los llevó a la casa de su comadre:

—Negra, hoy tenemos que festejar.

—¿Por qué, qué pasó?

—Primero brindemos y después te cuento.

Se tomaron media botella de ginebra. Graciela no estaba acostumbrada a esos trotes, y esa noche durmió como un tronco.

Agosto de 1977. Los políticos argentinos quisieron explicárselo bien claro: «las inquietudes políticas vigentes en nuestro país no están determinadas por apremios electorales, y sí por participar en el proceso político y social», le dijeron, y Terence Todman, el subsecretario de Asuntos Interamericanos de Estados Unidos, les hizo servir más champaña. El diplomático estaba de gira por América latina y había llegado a la Argentina el día anterior: muchos argentinos comentaron, en voz baja, su extrañeza de que el gobierno de la Unión les mandara un negro. Sus invitados, esa noche, en la embajada norteamericana, eran los radicales Enrique Vanoli, Antonio Tróccoli y Luis Caeiro, los peronistas Federico Robledo, Felipe Bittel, Roberto Ares y Enrique Osella Muñoz, el democristiano José Antonio Allende, el desarrollista Oscar Valdovinos y los sindicalistas Luis Rubeo, Antonio Campos y Juan José Taccone.

Después Todman les explicó el abecé de la administración Carter: «el tema de los derechos humanos es principio básico de nuestra estrategia gubernamental, y no se limita a una cuestión de torturas o desapariciones. Derechos humanos significa respeto político a las individualidades, una vida económica justa, la facultad de elegir o disentir. O sea, principios que están por encima de las fronteras y que pertenecen a todos los ciudadanos del mundo». Pero aclaró varias veces que Estados Unidos no pensaba intervenir en asuntos cuya resolución correspondía exclusivamente a la Argentina.

En ese momento su segunda en la gira, Patricia Derian, una militante de los derechos civiles que se había convertido en la coordinadora del Departamento de Estado sobre Derechos Humanos y Asuntos Humanitarios, se reunía en la casa de un miembro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos con militantes de ese grupo, de la Liga por los Derechos del Hombre, de las Madres de Plaza de Mayo y de otras comisiones de familiares de presos y desaparecidos.

Al día siguiente, lunes 15, por la mañana, Todman tenía cita con el general Videla: ya se habían visto unos meses antes en Venezuela y la prensa había comentado que el encuentro resultó tenso. Esta vez Videla lo esperó en la antesala de su despacho, de civil, ante los periodistas y, con sonrisa nerviosa, trató de ser amable:

—Señor Todman, qué lástima que se va tan pronto del país y no podamos hacerle conocer la Argentina.

Después los dos se encerraron una hora en el despacho presidencial. Mientras tanto, del otro lado de la calle Balcarce, treinta o cuarenta señoras caminaban alrededor de la Pirámide de Mayo. Un grupo de policías se acercó a gritarles que se fueran.

—Vamos a esperar que salga el señor Todman. Tenemos que entregarle las listas de nuestros hijos desaparecidos y presos.

Le dijo una señora a un oficial de civil muy engominado.

—No, acá yo tengo órdenes de decirles que se vayan. Si se van, el señor presidente las va a atender en fecha próxima.

Dijo el oficial, y algunas madres dijeron que bueno, sí, vayámonos, así Videla nos atiende, y varias les contestaron que no, que Videla igual no las iba a recibir.

—Si nunca nos recibió, por qué nos va a recibir ahora.

Decidieron quedarse. Entonces llegaron dos docenas de policías con cascos y fusiles y el oficial les dijo que se formaran.

—¡Apunten!

—¡Fuego!

Les gritaron las madres, y los periodistas que esperaban a la salida de la Casa Rosada escucharon los gritos y fueron a ver qué pasaba. El oficial se fue a un costado a pedir instrucciones por walkie talkie. Hubo corridas, insultos, bastante miedo. Y se quedaron. Al rato salieron Todman y Derian, se acercaron a las señoras y charlaron con ellas.

Esa tarde, Todman dio una conferencia de prensa en su embajada y dijo que su gobierno todavía no había designado embajador en la Argentina, y que Washington deseaba mantener buenas relaciones con todos los gobiernos latinoamericanos «pero otorga y seguirá otorgando preferencias a aquellos regímenes democráticos o cuya intención sea la de efectuar el pase

hacia un estado democrático en un futuro próximo». Aunque, decía, las relaciones mejorarían porque su país sabía que la Argentina estaba «emergiendo de un período de anormalidad». Después, a la salida, algunos periodistas comentaron que era extraño que fuera precisamente Estados Unidos el impulsor de la democratización en la Argentina. Otros querían creerlo.

Pero Estados Unidos estaba en un mal momento: ese viernes se moría en Memphis, Tennessee, de una sobredosis de todo, el gran ídolo americano, Elvis Presley. Tenía 42 años y estaba tratando de adelgazar treinta o cuarenta kilos para volver a los escenarios. Y, casi en silencio, esa misma tarde, en Nueva York, lo seguía Groucho Marx, de 82, que era marxista de la línea Groucho y nunca había querido pertenecer a ningún club que lo aceptara como socio.

Daniel De Santis se sentía un estúpido, en la Plaza Mayor de Madrid, en medio de turistas japoneses, mientras Julio Oropel le contaba cómo la represión había arrasado con los militantes del PRT.

—¡Qué terrible, Negro! ¿Y en Rosario qué pasó?

—Parece que no quedó casi nadie.

Fue un mazazo.

—¿Y las compañeras del secretariado?

—También cayeron.

Julio le dijo que Mónica Capelli había salido una mañana de la pensión con su hija de tres años, y que al otro día había aparecido en la pensión un hombre trayendo a la nena. No sabía cómo la habían secuestrado, pero lo deducía:

—Se ve que ella iría a una cita y le dejó la criatura a algún compañero. Seguramente le habrá dejado instrucción de que si no volvía la llevara a la pensión. Pero nunca se supo quién era el compañero. Calculamos que si el tipo hubiera sido milico, por lo menos habrían allanado la pensión. Así que milico no era. Después, la nena se la llevaron a la familia de ella. Así que por lo menos la nena se salvó.

—¿Y la Negrita?

La Negrita era Magdalena Nosiglia. Julio bajó la mirada:

—También la agarraron. A ella la levantaron en Buenos Aires, parece que fue el 27 de marzo, unos días antes de la reunión del comité ejecutivo. La Negrita había salido de Rosario, la pasaron a documentación. Fue a una casa en Pompeya y la casa estaba cantada, ahí la levantaron. Estaba viviendo con su hijita y con otra compañera. Cuando la compañera se dio cuenta de que no volvía, llamó por teléfono a la familia de la Negrita y les hizo una cita para entregarles a la hija.

—Así que por lo menos a la nena la recuperaron.

—Sí, pero fue todo muy complicado. Antes de que pudiera ir a la cita que habían hecho, a la compañera también la levantaron y se llevaron a la hija de la Negrita. Pocos días después, como la familia de la Negrita es importante, los llamaron y les entregaron a Mariana, la nena.

Mariana Ciarlotti tenía tres años y su familia recibió un llamado anónimo indicándole que la criatura estaba en una comisaría del menor de la provincia de Buenos Aires.

Daniel se sintió solo. En ese momento pensó que iba a seguir siendo, para siempre, el hombre de las viudas, aunque ellas no estuvieran. Daniel trabajaba como albañil en un local que Comisiones Obreras estaba construyendo en Alcalá, a 30 kilómetros de Madrid. Julio le dijo que un grupo que incluía a dos miembros del Buró iba a viajar clandestino a Buenos Aires con pasaportes en blanco para tratar de localizar a los militantes que quedaran, llenar los documentos y sacarlos a Brasil. Poco después, Julio volvió con novedades: los del rescate habían entrado a la Argentina.

—Uno llevaba una guitarra y los de migraciones empezaron a preguntarle para qué llevaba la guitarra. El compañero le dijo que era concertista y los hijos de puta le dijeron que la saque y empiece a tocar. Así que el loco tuvo que desenfundar y puntear.

El grupo había viajado sin contactos precisos. Fueron a Rosario, Buenos Aires, La Plata y Córdoba y se presentaron en casas de militantes o simpatizantes que suponían libres, a ver a quién encontraban. Era peligrosísimo, pero consiguieron sacar a un centenar de militantes por la frontera con Brasil.

Una noche, a la vuelta de su trabajo, Julio lo fue a buscar:

—Mirá, Rubén, estuvimos peloteando en la dirección quién podría tomar la responsabilidad de Brasil. Y nos inclinamos por vos.

—¿Y para qué, Negro?

—Para sacar a Europa a los compañeros. En Brasil no están seguros. Parece que los milicos han mandado tipos a husmear y allá corren riesgo de caer en manos del enemigo. Pero además hay podridas internas: los compañeros que están en San Pablo tienen el ánimo por el piso, hay puteríos por ver quién asume la dirección, líos de parejas. Un kilombo, hermano. Y vos podés poner un poco de autoridad partidaria.

Después, Julio le explicó que su trabajo también incluiría un aspecto más técnico: hacer los pasaportes, escribir datos, pegar fotos, poner sellos. Daniel recibió un curso acelerado; antes de salir tuvo una reunión con Gorriarán Merlo:

—Bueno, te dejo algo de plata, más no te puedo dar porque andamos muy cortos. Tomá, tenés que llevarles este documentito que escribió el Buró, es un saludo para los compañeros.

Daniel partió hacia Río de Janeiro con una valija con doble fondo. Se alojó en un hotelito barato pero inseguro: la policía caía a menudo y era muy peligroso usarlo para hacer los pasaportes. En octubre le mandaron de Europa una valija con 40.000 marcos alemanes: en Portugal, un comando del ERP había secuestrado a un empresario. No lo firmaron, para no complicar su situación: lo hicieron porque no encontraban otra forma de conseguir el dinero que necesitaban para seguir funcionando. Cobraron el equivalente de 80.000 dólares, y le mandaron una cuarta parte a Daniel para que pagara los pasajes de los militantes que llegaban de la Argentina. Con esa plata, además, pudo alquilarse un departamento de un ambiente en Copacabana.

Ya con recursos empezó a ser el hombre orquesta. Viajaba cada semana a San Pablo, donde vivía la mayoría de los evadidos: unos cincuenta. Se reunía con todos, discutían desde la línea política hasta las relaciones paralelas en las parejas, les hacía sacarse fotos y firmar los pasaportes. De vuelta en Río armaba los documentos, les ponía sellos de visados, de migraciones, hacía distintas caligrafías. Solo. Cuando trabajaba, el departamento era un tallercito: goma de pegar, fotos carnet, sellos,

lapiceras. Esa noche hacía un calor muy carioca, y Daniel estaba en plena actividad. El timbre no lo sobresaltó pero le resultó extraño. Era el dueño del departamento.

—Oi, argentino, boa noite.

Primero, la sonrisa del brasilero le pareció sospechosa. Pero Daniel terminó de sorprenderse cuando el tipo lo miró a los ojos, puso voz dulce y le preguntó cómo hacía para tener tan buenos músculos.

—¿Posso entrar?

—No, no. Estoy ocupado. Ahora no.

—Ah, uma garota, ¿hein?

—Sí, sí. Una garota.

Daniel cerró la puerta y suspiró. Trató de seguir con los documentos, pero tenía la respiración acelerada y le temblaba el pulso.

—Voy a hacer cagadas.

Pensó, y guardó todo en la valijita de doble fondo. De pronto lo asaltó un humor de perros: sacó su botella de whisky, se tomó un par de vasos y se durmió diez horas seguidas.

—Es lo único que nos queda, Cacho, hay que tratar de conservarlo, de no entregárselo a ellos.

—Tenés razón. No va a ser fácil pero tengo que tratar.

—Sí, tenemos que hacer lo posible. El enemigo quiere que estemos tristes, destruidos: nosotros tenemos que sacar alegría de donde podamos para no darles el gusto. Y si el enemigo quiere que vivamos lamentándonos, tenemos que saber por qué estamos acá, aprovechar el tiempo, estudiar, trabajar, aprender cosas nuevas.

Cacho El Kadri lo escuchaba y se prometía que iba a hacer todo lo posible: con sólo escucharlo se sentía mejor. Esas convicciones lo ayudarían a dejar atrás su depresión. Héctor Jouvét, el Pelado, era uno de los viejos militantes que más respetaba: había formado parte del EGP y había pasado muchos años preso: así se habían conocido, a principios de los setenta, en la cárcel de Resistencia. En diciembre de 1976, Jouvét decidió salir de la Argentina y pensó que tenía que intentar la vía legal: en el departamento de Policía le entregaron su pasaporte, pero cuando su mujer, Clara, lo fue a

buscar, la secuestraron. Jovet se pasó semanas peregrinando por casas de militantes y conocidos, con sus dos hijos chicos, mientras trataba de averiguar algo sobre su mujer. En enero estaba parando en la casa de Alicia Eguren de Cooke cuando llegó la patota a secuestrarla: Jovet se salvó de milagro, porque en ese momento no estaba, y entendió que tema que salir lo antes posible del país. Poco después llegaba a Francia, al pueblito de los Alpes donde había nacido su padre. Hasta ahí fue a verlo, en el verano europeo, Cacho, feliz de encontrarse con un viejo compañero.

—Y si quieren que vivamos amargados por estar en el exilio, tenemos que hacer cosas que nos enriquezcan, que nos vayan a servir un día para volver a combatirlos. Cambiando los métodos, quizás, las formas de hacerlo, pero sin abandonar nuestras convicciones y nuestros objetivos.

En Francia el año lectivo y laboral empezaba en septiembre, después de las vacaciones de verano: Cacho decidió intensificar sus cursos de francés y se anotó en la facultad. Liliana lo había convencido de retomar sus estudios y lo aceptaron en la carrera de derecho del trabajo. Se pasaba buena parte del día en la biblioteca universitaria de la rue Cujas; a las 8 de la noche tenía que estar de vuelta en la Cartoucherie para empezar su turno de sereno.

En esos días, Cacho recibió con mucho gusto una carta de Eduardo Galeano, desde Barcelona, que contestaba a la que él le había mandado hablándole de José Luis Nell: «Quería decirte que recibí tu larga carta — linda carta, emocionante, sobria— sobre el amigo muerto. En realidad yo no quería más que contar una historia que él me había contado, una noche, y que era historia de amor. Iba a decirte “no política”, pero José Luis sabía, como vos y como yo, que la política es el oficio de vivir de acuerdo con lo que uno siente y cree; y por lo tanto el amor es tan político como las asambleas, los tiros o los votos: no sé si a vos te pasa, pero cada vez me cabrean más los tipos que proclaman la revolución y son a la vez unos tremendos reaccionarios sexuales o unos autoritarios de mierda en su relación con los compañeros. Para mí el revolucionario de verdad es el tipo que anuncia, por lo que es y por lo que hace, el mundo nuevo que postula. Encarna él mismo, modestamente, humildemente, que de estridencias y espectacularidades tenemos los huevos llenos, el tiempo de los justos y los

libres. No existe, creo, “un” campo político y “otro” campo de la vida. Por tu carta veo que te indignás con razón contra los militantes que son milicos de alma, o jueces del género humano, hombres sin ternura que viven la revolución como una fuga del espejo. Eso son, después, los implacables comisarios que enchastran el socialismo de mierda y sangre».

Poco después, Cacho y Liliana se alquilaron un departamento de dos ambientes que arreglaron con unos muebles comprados en Emaus, y se instalaron por fin en una casa casi propia. De Buenos Aires seguían llegando malas noticias: la caída de Edgardo Lombardi, uno de sus compañeros desde la fundación del Movimiento de la Juventud Peronista, secuestrado junto con su mujer, Margarita, en su casa de Morón. O, tiempo después, la de Samuel Leonardo Slutzky, el médico con quien había compartido la guerrilla de Taco Ralo y muchos años de cárcel, secuestrado en La Plata delante de sus dos hijos.

—Esto es una locura, nos siguen pegando y parece que la única respuesta nuestra fuera poner la cabeza para que nos den más, carajo.

—No, compañero. Me parece que la distancia no te deja entender la situación.

—Pero qué situación. Acá lo que pasa es que estamos pagando carísimo los errores cometidos, el aislamiento, el militarismo, la pretensión de cortarse solos, la ambición de copar el movimiento y reemplazar a Perón...

—Pará, pará. Esto no es algo que podamos discutir acá. La política se hace en el país, donde los compañeros se están jugando las bolas todos los días. Y los que se están jugando las bolas no son los críticos como ustedes, son los militantes montoneros, el pueblo, que cada vez más va entendiendo dónde están las verdaderas posibilidades de resistir a la dictadura...

Las discusiones con los Montoneros de París se le hacían cada vez más infructuosas, y Cacho los evitaba todo lo posible. Tenía la sensación de que el trabajo de autocrítica que trataba de hacer chocaba contra su soberbia, contra los argumentos «testiculares», como los llamaba, donde los huevos de los militantes justificaban cualquier política y acababan con cualquier intento crítico. Así que Liliana y él decidieron dedicarse más bien a la solidaridad concreta con los argentinos que seguían llegando: conseguirles lugar en un hogar para refugiados, tramitarles una beca para estudiar

francés, contarles sus experiencias y algunos datos sobre cómo moverse en ese mundo nuevo.

Ya había empezado el otoño cuando recibieron la noticia de que Néstor Verdinelli y la Negra Amanda Peralta se habían salvado y pudieron llegar a Gotemburgo, Suecia, vía Brasil. Fue una alegría enorme, y empezaron a hacer planes para ir a visitarlos. Con ellos sí podrían hablar, entenderse, avanzar en ese intento de entender qué aplanadora les había pasado por encima.

Septiembre de 1977. A 800 pesos el ejemplar, con avisos de vinos y colchones y Victoria Ocampo en la tapa, aparecía en Buenos Aires el número uno de *Pájaro de fuego — toda la cultura*. La dirigía Carlos Garramuño, que se presentaba con un editorial programático: «No creemos que nuestra sociedad deba transcurrir con un sistema de valores estático, no modificable. Creemos, habrá que repetirlo, en la polémica. Sin embargo, ganada la guerra habremos de ganar la posguerra desde pautas históricas — desde esencias— que los argentinos, mayoritariamente, no deseamos cambiar». Además, citaba algunas palabras del flamante secretario de Cultura del general Videla, Raúl Casal: «Lo que pasará en el país en las próximas cuatro o cinco décadas estará signado por lo que el país esté en condiciones de hacer en estos años. (...) Cuando un país llega a la culminación de un período de crisis, el porvenir pasa siempre por la cultura. (...) El país está jaqueado por dos tipos de subversión: la armada —que ya ha costado tanta sangre y que las Fuerzas Armadas están extirpando— y la otra, la de aquellos que tienen subvertidos los valores fundamentales en el orden de prioridades que un país siempre debe tener».

En otra sección de la revista un señor llamado Bandín Ron entrevistaba a Jorge Romero Brest, y el diálogo empezaba así:

«—¿Hasta qué punto es cierto que el Instituto Di Tella se manejaba con cierto criterio de moda, importando e impulsando imágenes foráneas, y no dando crédito a los escasos intentos de tinte local?

»—Es absolutamente falso. Es tan absolutamente falso que creo que ni siquiera vale la pena que lo conteste.

»—Bueno, pero por lo menos le ha de interesar a usted el hecho de que esto que acabo de decirle sea algo muy comentado.

»—La gente dice cada cosa que yo no termino nunca de salir de mi asombro. Bastaría ver la lista de exposiciones realizadas para comprobar que la inmensa mayoría eran nacionales, y que el primer premio que instituí fue el Nacional Di Tella y que recién después vino el internacional.

»—Claro, lo que ocurre es que ésta no es una cuestión de nacionalidad de los artistas sino del tipo de imagen que manejan: se dice, por ejemplo, que los únicos pintores que eran tenidos en cuenta y promovidos eran aquellos que manejaban imágenes de carácter internacional...

»—No había entonces ni hay aún hoy otra posibilidad, porque los únicos que tienen calidad pictórica son los que manejan una imagen internacional, los demás no tienen calidad.

»—¿Usted lo afirma como una regla?

»—No, como una regla no, como un hecho...».

El periodista, entonces, contraatacó con la pregunta insidiosa:

«—¿Cuál es su reflexión con respecto a la gran cantidad de gente embarcada en toda esa serie de experiencias de la década pasada que, tras el cierre del Instituto, y aun antes de ello, se alejaron de la pintura y se dedicaron a otras cosas...?»

»—Es que me parece una extraordinaria consecuencia...

»—¿En qué sentido lo dice?

»—Creo que la pintura es un arte que está perdiendo vigencia. Simplemente».

El 29 de septiembre, uno de los mayores coleccionistas de arte argentino, Federico Vogelius, fue secuestrado por un grupo de tareas del Ejército que, además, le robó una buena cantidad de cuadros. Un año antes, Vogelius había publicado el último número de su revista, *Crisis*. Entendía que la situación del país no daba para seguir sacándola, pero quiso creer que no tenía que hacer caso a sus amigos, que le insistían en que se exiliase. Pudo hacerlo: los militares lo soltaron unos días después, contra el pago de un rescate importante.

Graciela Daleo se subió al micro en Plaza Once: antes de llegar a Ciudadela ya se había quedado dormida, y durmió casi todo el viaje a Bariloche. Su hermano, que vivía allí, le había hecho llegar un mensaje a través de su madre: iba a bautizar a su segundo hijo y quería que Graciela fuera la madrina.

Terminó de despertarse a la entrada de la ciudad: un soldado en uniforme de fajina, con la ametralladora colgando, le pedía documentos. Graciela se los dio, aterrada: el soldado la miró un momento y pasó al siguiente pasajero. Decididamente, estaban por todas partes.

Cuando se bajó del micro, su hermano y su cuñada tuvieron que hacer un esfuerzo para que no se les notara la sorpresa: hacía mucho que no la veían y ahora Graciela se aparecía ante ellos con el pelo mal cortado y mal teñido de rubio y un saco de piel sintética que le había prestado su madre.

—Parece una secretaria piruja.

Murmuró la cuñada. Pero la sorpresa dejó lugar a los abrazos y los recuerdos. La cabaña de los Daleo parecía una casita de Hansel y Gretel, en medio de un bosque, tan lleno de calma: un lugar encantado. Había mucho sol y nada que temer: por un momento, Graciela le dio vueltas a la tentación de quedarse ahí, o en un lugar como ése, tranquila, alejada de los miedos y la muerte. Pero no lo haría: sabía que tenía que volver, que su vida estaba en otra parte. Dos días después, cuando su hermano y sus sobrinos la acompañaron a tomar el micro de vuelta, Graciela tuvo un momento de flaqueza: Alejandro, su sobrino mayor, la miraba sonriente: era una última imagen de ese mundo sin dolores, y ella dejó caer unas lágrimas. Estaba volviendo.

—José, no sabés lo que era eso. Maravilloso, el paisaje, el sol, la tranquilidad...

—Sí, la tranquilidad de los burgueses que apoyan a estos hijos de puta.

—Bueno, no es tan así. Algunos sí son de éstos, pero también hay otra gente.

—Los que se borraron, los que eligieron la personal.

—Bueno, puede ser...

—¿Te hubiera gustado quedarte, no?

—Ni loca, Gordo. Mi lugar está acá, yo eso lo sé bien.

Estaban en la casa de Lanús: José parecía incómodo, de mal humor. Días después se trenzó en una discusión política con Quique, el dueño de la casa, y Graciela no lo apoyó. José se fue a encerrar a su pieza: la casa estaba muy llena. Cuando se levantó, José le dijo a Graciela que se iba a la mierda:

—Yo de acá me voy, me llevo a los chicos de acá y me voy. Quique es un burgués y vos también. Una pequeñoburguesa, eso es lo que sos.

Graciela intentó discutir, pero era imposible. José no atendía razones.

—Bueno, mirá, si querés que dejemos de vernos dejamos de vernos. No te preocupes, yo me las puedo arreglar.

—No, no quería decir eso. Carajo, no sé por qué siempre tenés que entender mal lo que te digo.

Para el 7 de septiembre, Día del Montonero, Graciela y José prepararon unos volantes chiquitos, unas obleas, y se fueron de madrugada, en bicicleta, hasta Sarandí, cerca del club, a repartirlos por debajo de las puertas y pegarlos en los coches. El Negro también tenía que ir, pero no apareció: desde la caída de Cacholo andaba preocupado y participaba poco. Graciela y José lo esperaron los diez minutos del reglamento y después empezaron a distribuir los volantes. En una de las casas una vieja empezó a gritar que venían los subversivos. Graciela y José tuvieron que salir corriendo. El mundo podía resultarles muy adverso.

Dos días después, Graciela y José se encontraron con el Negro en una esquina de Gerli. El Negro tenía la mirada huidiza y les dijo que no quería seguir más. José se calentó:

—¿Estás diciendo que te querés borrar?

—No, compañero. Lo que yo digo es que no estoy de acuerdo con la forma en que estamos llevando adelante las cosas. En esta etapa, digo. Capaz que habría que aceptar que en este momento no se puede construir nada y guardarse hasta que aclare. Pero si seguimos así lo único que vamos a conseguir es que nos vayan bajando uno detrás del otro. ¿A vos te parece bien esto de arriesgarnos a que nos caguen a tiros para repartir unos volantitos? Eso no va, hermano, no va. Esto es un problema político, no personal, y...

—¡Político las pelotas! ¡Lo que pasa, nene, es que vos te estás borrando y querés disimular con argumentos políticos! ¡Lo que pasa es vos te cagaste, nene, te cagaste!

La discusión era imposible. El Negro se despidió, y nunca más volvieron a verlo. Días más tarde, Graciela y José tenían que encontrarse en un bar de Loria y Rivadavia. José llegó con sus dos hijos:

—Ahora te explico, Flaca. Hubo quilombo. ¿No tenés algún lugar para dejar a los pibes?

No podía llevarlos a casa de su comadre, pero se acordó de la hermana de un compañero suyo que estaba desaparecido y la llamó. La mujer aceptó tenerlos unos días en su casa. Graciela fue a llevarlos y después se encontró de vuelta con José en Rivadavia y Paraná.

—No, lo que pasa es que cayó Mary con sus hijas, ayer. Mary había estado viviendo en nuestra casa, sabés, este verano, así que tuvimos que levantarnos. Parece que a ellos los mataron, pero Yoli, la piba más grande, sabía dónde estaba la casa, no nos podíamos arriesgar. A la piba la vieron unos compañeros, la tenían encadenada en una camioneta de la brigada de Lanús. La piba tiene doce años, andá a saber cómo está, qué entendió de todo esto.

Graciela se quedó un rato sin decir palabra: las muertes no paraban, sus compañeros seguían cayendo uno tras otro. Se estaba haciendo de noche y no tenían dónde ir.

—Gordo, me parece que lo mejor va a ser que nos vayamos a un telo.

—¿Pero te parece que será seguro? Me dijeron que la cana va mucho...

Graciela nunca había ido a un hotel alojamiento y, aunque lo había propuesto, la idea le producía cierto escozor. Siempre había pensado que los hoteles alojamiento eran lugares sucios, donde las mucamas tenían que abanicar las camas para enfriarlas antes de que pasara el siguiente, un lugar donde iban mujeres un poco dudosas que entraban escondiéndose.

—¿Vos sabés dónde hay alguno, Victoria?

—¿Yo? Ni idea. Qué voy a saber, yo.

—¿Y adónde vamos?

Terminaron en un hotel de Castro Barros y Rivadavia que Graciela había visto alguna vez mientras yiraba por la zona. Cuando entraron en la

habitación, José le mostró las pastillas de cianuro nuevas que había fabricado. Las pastillas comunes tenían un problema: muchas veces, cuando entraban en una cita peligrosa, los militantes preferían llevarlas en la boca, por si caían los militares y no les daban tiempo para sacarlas del bolsillo, la mano o, en el caso de Graciela, el corpiño. Pero era arriesgado: en la boca, la pastilla podía romperse por error. José había comprado unas cajitas de plástico en la Casa de los Mil Envases, las había llenado con el cianuro y las había recubierto con una capa de poxipol.

—Así las podemos llevar en la boca sin problemas, no se van a romper sin querer.

—¿Y estás seguro de que se rompen de un mordisco?

—Mirá, acá tengo un par vacías, como para probar.

Graciela mordió una y la rompió fácil.

—Funciona, Gordo, anda bien.

—Bueno, es una tranquilidad, ¿no?

Durante todo el mes de septiembre, Graciela y José durmieron en distintos telos: no tenían otro lugar. A menudo se metían en un cine para dejar pasar el tiempo hasta las doce de la noche: a esa hora, los hoteles tenían una tarifa barata hasta la mañana siguiente. Era duro dormir cada noche en un lugar distinto, siempre con el miedo de que cayera un allanamiento y la sensación de que andaban perdidos, dejados de la mano de Dios.

Después de las últimas caídas —Alfredo y Mary, Alberto Camps— la zona Sur estaba prácticamente desactivada, y los militantes que quedaban esperaban nuevos contactos y destinos. Graciela intentó volver a la parroquia donde daba cursos de apoyo escolar pero el cura, que era amigo de Mary y sabía que ella la conocía, la recibió muy mal:

—No, disculpame pero no te quiero ver más por acá. Yo no quiero tener nada más que ver con ustedes. Ustedes ponen en riesgo a la gente, no protegen a la gente. Yo creo que están totalmente equivocados, que así no se puede construir nada. Lo siento, pero prefiero que dejes de venir.

Era otro esfuerzo que se derrumbaba. Graciela, a esta altura, no tenía ningún trabajo concreto: sólo le quedaba esperar que la mandaran a algún otro lado, para empezar de nuevo.

Trece

—Che, llegó la orden de que salgas del país.

—¿Qué?

—Eso, lo que oíste. Están por ampliar el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, y te necesitan para eso. Parece que vas a formar parte del Consejo.

El Movimiento Peronista Montonero había sido lanzado por los Montoneros en abril, con la intención de proponer una «estructura amplia, capaz de dar cabida a las luchas y reivindicaciones del conjunto del pueblo»: otro intento de sustitución del Movimiento Peronista. Los nueve «Puntos básicos del programa de pacificación y liberación» eran muy amplios:

«Destitución del ministro Martínez de Hoz y cambio de la política económica a favor de los intereses nacionales y populares. Restitución de los derechos y garantías constitucionales. Rehabilitación, sin excepciones, de todos los partidos políticos. Liberación de todos los presos políticos, gremiales, científicos, estudiantiles, eclesiásticos, profesionales, militares, periodistas, escritores y docentes. Eliminación de los campos de concentración y publicación de la nómina de secuestrados indicando su paradero y estado. Inmediata liberación del presidente Héctor J. Cámpora —y una lista de políticos y gremialistas destacados—. Eliminación inmediata de los procedimientos represivos que implican la sistemática violación de los derechos humanos, como así el procesamiento de los inculpados de torturas, secuestros, asesinatos y pillaje. Restitución de la Confederación General del Trabajo, de los sindicatos intervenidos y de toda la legislación suprimida. Convocatoria a elecciones generales para designar autoridades nacionales, provinciales y municipales sin exclusiones, inhabilitaciones ni proscripciones de ningún tipo».

Pero el Consejo Superior del MPM no contaba con ningún integrante que no hubiera formado parte antes de las estructuras cercanas a los Montoneros, y fue presentado en una conferencia de prensa en Roma. En esos días sirvió más como un sello que los Montoneros aprovecharon para manejar sus relaciones políticas internacionales. Pero esa tarde, en Buenos Aires, Susana Sanz trató de disimular su alegría, y Norberto Habegger siguió dándole las instrucciones para el viaje. Saldría una semana después: se tomaría un avión a Iguazú, y de allí cruzaría por tierra al Brasil. Iría sola y Bernarda la seguiría después. Así que, por el momento, tendría que quedarse con su padre. Arreglaron que él vendría a buscarla a Buenos Aires, y Susana fue a su colegio a avisarles a las monjas que se iba.

—Toda esta noche vamos a estar de oración para ayudarla a usted.

Susana estaba muy nerviosa y repasó miles de veces sus planes: eran más bien difusos. Pero esa mañana abrazó muy fuerte a Bernarda, saludó a su ex marido y marchó hacia Aeroparque con una valija no muy llena y un tapado de piel de leopardo. El avión salía a las diez. Eran las nueve, y ya estaba a punto de embarcar, cuando se dio cuenta de que se había olvidado su pastilla de cianuro.

La llevaba siempre consigo: era, para ella, la seguridad de poder elegir su propia muerte. La aterraba, más que nada, la posibilidad de terminar hecha una piltrafa humana y denunciando a su gente: la pastilla era la forma de garantizar que eso no le pasaría. Era, se decía Susana, una razón de vida, no de muerte: un medio para elegir una muerte que no desmintiera lo que había vivido, lo que creía, aquello por lo que luchaba. Y ahora no la tenía. Le dio un ataque de pánico: se sentía desnuda. Tampoco tenía tiempo de volver a su departamento a buscarla. Llevaba una cédula bastante correcta que se había hecho ella misma. Poco antes de que el avión empezara a carretear, Susana se aterró cuando vio que un jeep del Ejército iba a toda velocidad hacia él. Pero fue una falsa alarma: el jeep siguió camino.

—¿Necesita taxi, señora?

—Sí, gracias.

Susana llegó al aeropuerto de Iguazú arregladísima, bien vestida, bien maquillada y con un tapado de leopardo que no tenía nada que ver con el trópico circundante.

—¿Sabe qué? Estoy de paso y me gustaría conocer las cataratas. ¿Usted me puede llevar a dar una vuelta?

El taxista le dijo que claro, que para eso estaba, y se alegró con la perspectiva de una buena recaudación. Era charlatán:

—No, acá estamos bien. Acá la vida es tranquila, no como en otros lugares, no nos vamos a quejar. Hace poco nomás aparecieron unos subversivos que los agarraron...

Susana se mantenía impávida.

—... no, pero no se asuste porque no le han hecho mal a nadie.

El taxista seguía levantando polvo rojo en medio de la selva misionera. Ya cerca de las cataratas, Susana le empezó a contar que estaba muy confundida, que había viajado porque estaba medio enloquecida:

—Mire, no sé por qué le cuento esto, pero mi marido se ha ido con su secretaria, el muy canalla, y ahora me dice que quiere volver conmigo. Y yo no sé qué hacer, y él me apura, así que decidí salir por unos días, así, sin planes fijos, casi huyendo, hasta que se me aclaren un poco las ideas...

—Pero, señora, a usted lo que le conviene es pasar para el lado del Brasil. Acá es medio aburrido, ahora, sin muchos turistas. Pero allá va a encontrar buena música, se va a divertir, que es lo que necesita.

—Sí, a lo mejor tiene razón, pero ya me vine hasta acá, qué se le va a hacer.

—No, es muy fácil, acá hay una lanchita que la pasa para el otro lado. Yo la llevo y ve. Piénselo.

Susana se bajó a la entrada de las cataratas: dejó su valija en el taxi y quedaron en que volvía un rato después. Estaba tranquila: le parecía que las cosas con el taxista estaban bien planteadas. Y el lugar era maravilloso. Por unos minutos se olvidó de casi todo el resto.

—¿Y? ¿Qué decidió?

—Me parece que tiene razón: llevémé, si le parece.

El taxista la llevó un par de kilómetros río arriba, hasta una casillita al borde del agua. Ahí se bajó a averiguar:

—Sí, está todo bien, en un ratito sale una.

—Bueno, voy a intentar pasarla bien y empezar una nueva vida.

En la lanchita había cuatro pasajeros más, pero Susana era la única con valija y tapado de piel. Tardaron unos minutos en llegar a la orilla brasileña, tan descuidada como la argentina, y un cuarto de hora después, Susana estaba en un colectivo que la llevaba a la terminal de Foz do Iguaçu.

—¿No hay teléfono, acá, para llamar a la Argentina?

—Nao. Internacional nao ten. No aeroporto, só.

Susana estaba desesperada por llamar a su hija y avisarle que todo había salido bien, que estaba afuera. Pero el teléfono del aeropuerto tampoco andaba. En cambio, había un vuelo para San Pablo una hora después. Susana compró el pasaje, una conexión para Río de Janeiro y antes del atardecer estaba instalándose en un hotelito del centro de Río.

Estaba sola: Bernarda llegaría unos días más tarde. Sola, se pasaba las horas caminando por la ciudad, sin parar, sin rumbo, y lloraba. Lloraba y lloraba, sin gestos, sin sollozos, sólo lágrimas que le caían por las mejillas durante horas. A veces se despertaba de noche y descubría que, en sueños, también había estado llorando. Recién ahí pensó que los últimos meses en Buenos Aires su cabeza había funcionado como la de un robot que no se permitía la menor distracción y que, seguramente, por eso había sobrevivido, pero que había estado como enajenada. Y que en esos primeros días en Río, entre lágrimas, iba saliendo de su caparazón y volvía sentir el sol, los colores, el viento en la frente.

A fines de septiembre llegó Bernarda, y los demás militantes que salían para integrarse al Consejo: Jaime Dri, Ernesto Jauretche, Armando Croatto. Se pasaban horas discutiendo qué habían hecho bien y qué mal, cómo seguir adelante. Sobre todo con Ernesto Jauretche: largas caminatas por las calles de Río, larguísimas charlas, la sorpresa de entenderse tan bien. Una de esas tardes, el ex diputado Armando Croatto propuso que fueran todos a bailar. Susana no había bailado en años. Esa noche la música carioca, el calor, la alegría de la gente, la sensación de libertad la agarraron del cuello: bailaba y bailaba, no podía parar y sentía que volvía a nacer, que recuperaba la alegría y pensó que, además, se había enamorado.

Septiembre de 1977. Desde el lunes 12 no había una habitación disponible en Montevideo y las calles estaban inundadas de banderas azul y oro. Radio Montecarlo habló de 25 mil hinchas y en la intendencia pensaron en abrirles las puertas de los cines para que durmieran, pero «la doce» prefirió pasar la noche del martes en vela: a lo sumo, un sueñito en los micros. La espera valía la pena: el miércoles Boca jugaba la finalísima de la Copa Libertadores, en el estadio Centenario, contra el Cruzeiro de Brasil. Ya habían jugado en Buenos Aires y Belo Horizonte, y habían ganado una final cada uno, los dos por 1 a 0: en 180 minutos cada equipo había marcado sólo un gol. El tercer partido era el decisivo.

Boca salió a la ofensiva, pero no hubo goles. Entonces se jugaron 30 minutos de alargue, y tampoco. Era una injusticia: Boca se había perdido cuatro o cinco y el Cruzeiro ninguno. Después de un breve descanso el árbitro venezolano llamó a patear los penales. La tribuna temblaba. Todos la metían. Cuando habían llegado a 5-4, Hugo Gatti se agazapó, se jugó a un palo y le tapó el tiro a Vanderley, el defensor brasileño. El estadio estalló en gritos. Gatti encabezó la vuelta olímpica; lo seguían Pernía, Tesare, Mouzo, Tarantini, Benítez, Suñé, Zanabria, Mastrángelo, Veglio, Felman y también Ribolzi y Pavón, que habían entrado en el segundo tiempo. Era la primera vez que Boca llegaba a ser campeón de América.

«Los de River, o los de otros cuadros, se abrazaban ante una conquista argentina. Esa unión que acercaba a contrarios o rivales permanentes, ¿no sugería que el deporte producía el efecto catártico que no logran muchas veces la política, los gobiernos o la simple falta de solidaridad social? En una jungla como es la sociedad actual, estos hechos aparecen como epifenómenos de aquellas variantes que, en la realidad, toman el nombre de crisis no resueltas», escribía, en *La Opinión*, Raúl Vera Ocampo. «El desborde popular, la curiosa aproximación entre diferentes clases sociales y mentalidades que, ante una pantalla televisiva o siguiendo la pelota en la cancha, quebraron sus posiciones sectarias, demuestran posibilidades que se abren ante nosotros».

Esa noche, en Buenos Aires, la fiesta duró hasta la madrugada. No era habitual, en esos días, en ese país.

—Lo mejor sería que buscáramos juntos, una casa para los cuatro.

—¿Qué cuatro?

—Vamos, Victoria, no te hagas la boluda. Los chicos, vos y yo.

—No, Gordo, me parece que no. Sería muy apresurado. Capaz que más adelante, pero por ahora yo preferiría seguir así como estamos.

—¿Más adelante? ¿Vos creés que hay mucho tiempo para hacernos los exquisitos, Flaca?

Tras varias semanas de yirar con el Gordo José por distintos hoteles alojamiento, Graciela Daleo se consiguió un cuarto en una casa de familia en Villa del Parque, donde su mudó el primero de octubre. En esos días José alquiló una casita en Valentín Alsina y pudo volver a vivir con sus hijos. Graciela los visitaba los fines de semana y, entre otras cosas, trataba de enseñarles algunas cosas a los chicos. Por la situación de José, Marcela y Adolfo no podían ir a la escuela. Unos días antes Graciela había recibido la notificación de que tenía que pasar a militar en Berazategui: era duro. En esos días, el gobierno había dado una cifra oficial de 8000 «muertos y desaparecidos».

—¿Vos sabés cómo está la cosa en Beraza, Flaca, no?

—Sí, ya sé. Dicen que ahí nadie dura más de quince días...

—Bueno, pero es una boludez de esas que se dicen. Lo bueno es que hay una punta de laburo que parece piola. Te querían dar la cita para el próximo fin de semana, pero les dije que no, que dejemos pasar una semana más.

—¿Por qué?

—El próximo fin de semana es el Día de la Madre, y el lunes es 17 de octubre, la cana va a andar como loca pensando que nosotros seguramente vamos a hacer algo. Mejor vas unos días después...

El martes 11 de octubre Graciela se encontró en Acoyte y Rivadavia con su madre, que la iba a acompañar a Etam a comprar un par de vestiditos para el verano. La señora estaba preocupada:

—El otro día me contó el portero del departamento viejo que fue un señor rubio a buscarnos para cobrarnos unos libros.

—¿Y?

—Y yo no compré ningún libro, no sé qué andaría buscando.

Graciela se alarmó. Meses antes, sus padres se habían mudado a Yerbal y Acoyte, muy cerca de su domicilio anterior. Graciela había comentado la mudanza con un compañero suyo que después cayó en la ESMA. Más tarde sabría que, en la tortura, el militante lo contó y los marinos empezaron a rastrear inmobiliarias y dieron con el departamento anterior: el señor rubio fue a preguntar por los Daleo y el portero le dijo que ya no vivían ahí pero que se habían mudado a unas cuatro cuadras. Los marinos, al cabo de unos días, encontraron la dirección del departamento nuevo en el Registro de la Propiedad.

Tras las compras, su madre fue para su casa: los Montoneros prohibían que los militantes fueran a sus casas legales, pero su madre quería darle una comida que le había preparado y Graciela la siguió poco después. En la puerta del edificio se cruzó con un vecino, que le preguntó si podían hablar un minuto:

—Mire, disculpe que me meta, pero yo quería decirle que a usted la están buscando, están siguiendo a su papá, quieren alquilar el departamento de enfrente. Yo no sé qué pasa, en qué anda usted, pero quería avisarle.

Por un momento, Graciela se quedó con la mirada en blanco, como perdida. El vecino pensó que tenía que justificarse:

—Mire, yo vacilé mucho antes de decírselo, pero tengo una hija de su edad y no quisiera que le pase nada. Me dijeron que lo que pasa es que usted está vinculada con drogas. No sé qué andarán buscando, pero sé que vienen seguido por acá...

Graciela oscilaba entre el terror por la noticia y las ganas de agradecerle efusivamente a ese vecino que casi no conocía y que se estaba arriesgando por ella:

—No, no es cierto. Yo nunca tuve nada que ver con las drogas. Lo que pasa es que en la facultad estuve con la Juventud Peronista, entonces...

—Ah, yo pensé que podía ser algo así. No se preocupe, igual cuando me preguntaron yo les dije que usted por acá no venía nunca.

Cuando llegó al departamento y le contó lo que acababan de decirle, su madre la miró un rato y después le dijo que ese seguro que era Carlos.

—¿Cómo Carlos?

—Carlos está en la pesada de la ESMA.

—¿Cómo no me lo dijiste?

La señora no supo qué contestar y se calló la boca. Carlos Carella era el teniente de navío que se había casado con una prima hermana de Graciela, la hija de un hermano de su madre. Graciela creía que, como oficial aeronaval, actuaba sobre todo en emergencias sociales: ubicar pesqueros perdidos, rescatar vacas ahogadas y cosas por el estilo. Pero en ese momento se dio cuenta de que toda su familia estaba al tanto de la actividad de su primo político, y que nadie le había dicho nada. Y entendió ciertas escenas, como la del Día del Padre, unos meses atrás, cuando se apareció en la casa de su tío, donde también estaban sus padres, con una pyrex llena de mousse de chocolate, el postre favorito de su papá. Cuando la vieron llegar, sus tíos, los suegros de Carella, se pusieron nerviosos y Graciela escuchó sus cuchicheos:

—Vino. ¿Y ahora qué hacemos?

Aunque Graciela no lo sabía, en ese momento el teniente Carella ya había sido trasladado a Trelew, después de haber formado parte del grupo de tareas 3.3/2 durante todo 1976.

—Lo tuvimos que mandar al sur porque su mujer llamaba todo el tiempo, rompía demasiado las pelotas.

Diría, tiempo después, el capitán de corbeta Jorge Perren, de la ESMA. Graciela se dio cuenta de que le estaban siguiendo los pasos muy de cerca. Tras un primer momento de pánico decidió tomar ciertas medidas. Antes que nada, no volvería a ir a la casa de sus padres. Además, si estaban siguiendo a su padre, en cualquier momento podían empezar a seguir a su madre, y eso los llevaría hasta el laboratorio donde ella también trabajaba: tenía que dejarlo de inmediato. El miércoles fue feriado, pero el jueves 13, antes de empezar su turno, se presentó en la oficina del jefe y le dijo que lamentablemente tenía que renunciar.

—Pero cómo, Graciela, yo pensé que estabas contenta, que nos estábamos entendiendo bien.

—Sí, por supuesto, pero lo que pasa es que me ofrecieron un puesto donde me pagan el doble y trabajo dos horas menos. Yo lo siento, de verdad, porque estaba cómoda acá, pero se dará cuenta de que no puedo desperdiciar una oportunidad así.

—Pero Graciela, me lo hubieras dicho desde el principio. Si ése el asunto, no hay problema. Yo te pago lo mismo que te ofrecen, y si necesitás quedarte dos horas menos, está bien. Viste que charlando se arreglan las cosas...

—No, señor. Le agradezco muchísimo, pero es un trabajo que me interesa particularmente, tiene que ver con lo que yo estudié, imaginesé, y además...

Al final, el jefe le pidió que por lo menos se quedara una semana más, para no dejarlo en banda y terminar las cosas que tenía pendientes. Graciela aceptó. Su último día sería el miércoles 19.

El domingo 16 era el Día de la Madre: Marcela cumplía nueve años y quería que la llevaran al circo. Graciela y José tuvieron que convencerla de que mejor no y le hicieron una gran torta para compensarla: no le dijeron que la salida les parecía demasiado peligrosa. El lunes 17 Graciela había quedado en encontrarse con una amiga para charlar un rato, a la salida del trabajo, pero a la tarde la llamó para proponerle que lo dejaran para el día siguiente: la noche del 17 de octubre podía ser peligrosa.

El martes 18, Graciela Daleo se levantó un poco más temprano que de costumbre: hacía un par de semanas que lo venía postergando, pero ese día sí iría a depilarse. Antes de tomar el colectivo 135 en la parada de Nazca y Jonte vaciló: el 135 pasaba por la esquina de la casa de sus padres, y tenía claro que no le convenía andar por ahí. Pero decidió que, en vez de quedarse en Rivadavia, seguiría hasta Rosario y se bajaría ahí, para volver a tomar el subte en la estación Acoyte. Llevaba una camisa blanca, una pollera escocesa, un blazer rojo de corderoy y medias y sandalias negras con plataforma. Su organización prohibía que las militantes usaran plataformas porque no eran buenas para correr, pero Graciela las usaba igual. En la mano tenía *Cirujano de almas*, una biografía de Sigmund Freud.

Cuando el colectivo paró en Rivadavia, Graciela pensó que no valía la pena dar toda esa vuelta, y se bajó. Frente a la parada había un almacén que vendía damascos en almíbar. A Graciela le encantaban los damascos en almíbar y pensó en comprarse una lata, pero se dijo que no, que no tenía

plata. Quizás, se dijo, cuando cobre el último sueldo en el laboratorio. Sobre Rivadavia había un falcon beige parado en un costado. Graciela lo miró de nuevo pero no notó nada raro. Además era beige. Bajó las escaleras del subte, pasó el molinete y se acercó hasta el kiosco de diarios: *Clarín* tenía en la tapa una foto del papa Paulo VI ofreciéndose como rehén a los secuestradores de un avión en Mogadiscio. Cuando el subte estaba entrando en el andén, Graciela vio que al lado suyo había un tipo de boina y tuvo una especie de intuición: qué ridículo, pensó, un tipo de boina. Y, antes de que pudiera pensar nada más, el tipo se le cruzó por delante:

—Policía Federal, me va a tener que acompañar.

Graciela tuvo otro pensamiento, rápido como un flash: así que esto era. Era un momento que se había imaginado demasiadas veces: así que era así. Pensó estoy muerta y enseguida se tiró al suelo y empezó a gritar. Cayó boca abajo y se llevó las manos al pecho: quería sacar la pastilla de cianuro que llevaba en el bolsillo de la camisa. También tenía otras dos, en el corpiño y en la cartera. Mientras trataba de sacarla, Graciela vio con el rabillo del ojo a varios tipos que saltaban los molinetes del subte y corrían hacia ella. En el andén había mucha gente y un silencio espantoso. El subte estaba parado con las puertas abiertas; Graciela encontró la pastilla. Así que esto era, pensó. Y pensó: no voy a hacer más el amor y no voy a ver más a María.

María era su ahijada. El pensamiento la llenó de una pena infinita pero enseguida sintió un alivio inmenso: ya no tendría que andar cuidándose, ya no tendría que seguir sufriendo el terror de todos los días, cuando iba por la calle con el miedo de que la próxima cita estuviera cantada, o que le hubieran pasado una cita envenenada por el teléfono, o que el colectivo cayera en una pinza, o que la estuvieran esperando al llegar a su casa.

Ya tenía la pastilla en la mano. Graciela pensó que ahora por fin iba a poder enterarse de todo lo que había pasado, de lo que les pasaba a sus compañeros cuando caían, de cómo era ese gran misterio. Estaba por morir, y creía en alguna forma de la vida después de la muerte: no estaba muy clara, pero sería como pasar de ser actor a ser espectador. Ahora, ya muerta, sabría. Desde ese lugar adonde fuera su alma podría ver todo lo que pasaba.

Con la pastilla les estaba ganando esa partida: se moriría sin decir nada, acortaría el dolor, protegiéndose y protegiendo a sus compañeros.

Graciela tenía la pastilla en la mano y trataba de llevársela a la boca. Tres o cuatro hombres la estaban golpeando, la pateaban, intentaban levantarla. Le trabaron los brazos, le apretaron las muñecas: Graciela vio cómo la pastilla se le escapaba de la mano y rodaba hacia el borde del andén. La pastilla era como un mundo que rodaba hacia el final. La esposaron y la pusieron de pie.

—¡Me secuestran! ¡Me van a matar!

Gritaba, y la seguían golpeando.

—¡Me llamo Graciela Daleo, me secuestran, me van a matar! ¡Avisen a mi papá al 59-2780!

La agarraron del cuello y se lo apretaron. Mientras la arrastraban hacia las escaleras, le preguntaron si se iba a callar la boca. Graciela dijo que sí con la cabeza, pero en cuanto la soltaron volvió a gritar. Dos o tres personas trataron de acercarse y los secuestradores las ahuyentaron con sus armas.

—¡Me matan, me matan! ¡Avisen a mi papá al 59-2780!

Los secuestradores le volvieron a apretar el cuello. Y gritaban para que todos los oyeran que eran policías deteniendo a una delincuente:

—Es por drogas, es una vendedora de drogas.

—¡Mentira, me quieren matar, me matan!

Gritó Graciela, y la acogotaron otra vez. Ya casi estaban en la calle. Después, mucho después, sabría que tres de las personas que vieron su secuestro llamaron al teléfono de su padre, sin decir sus nombres, para contarle lo que había pasado.

Entre tres, a los empujones, esposada, encapuchada, la subieron al falcon beige y la tiraron en el piso del asiento de atrás. El tipo de la boina, el comisario Weber, le puso los pies encima y el coche arrancó. A Weber los marinos lo llamaban 220 porque era el que les había enseñado a manejar la picana eléctrica. 220 le preguntó su nombre y su número de documento. Graciela le contestó. El que iba adelante empezó a revisarle la cartera y se sorprendió de no encontrar más que cosméticos, papeles y documentos con su nombre verdadero. Los secuestradores suponían que Victoria sería un

personaje feroz. La ficha que tenían de ella decía que solía usar un cinturón de granadas, y esta Graciela Daleo no llevaba ni un arma: eso los desconcertó por un momento. 220 quiso asegurarse:

—Paren, vamos a verificar si es ella.

La sentaron, le sacaron la capucha.

—Mirá todo el kilombo que armaste y por ahí te vas a tu casa tranquila.

Graciela pensó que quizás todavía podría escapar. Ya había zafado otras veces: ¿por qué no una más? Por un segundo se vio bajándose del coche, caminando por Bogotá a contramano, para que los tipos no pudieran arrepentirse y volver a buscarla, y pensó en cómo lo iba a celebrar esa noche. Entonces trató de mostrarse de lo más legal:

—¿Cómo no voy a armar todo este barullo si usted se me tiró encima y me empezaron a pegar?

Mientras lo decía, oyó que la motorola del auto contestaba la pregunta:

—Afirmativo, es ella.

Anita Dvatman, Barbarella, la misma que la había marcado cuando la vio cruzando Acoyte, había confirmado que ella era Victoria. Desde su caída en octubre de 1976, el día de las citas nacionales, Barbarella había colaborado con los marinos de la Escuela de Mecánica. Y salía, periódicamente, a dar vueltas por la ciudad a ver si, por casualidad, se cruzaba con alguno de sus antiguos compañeros. Esa mañana estaba en uno de los coches que acompañaban al falcon beige cuando vio, de atrás, a Graciela Daleo cruzando Acoyte para entrar al subte, y le pareció reconocerla:

—Creo que es Victoria. Chupenlá. Si no es la largamos.

Después, ella misma, desde el otro coche, confirmó que los datos correspondían. Ya seguros de su presa, los secuestradores la volvieron a tirar al piso del coche y empezaron a pegarle de nuevo:

—Así que sos vos, hija de puta. Ahora sí que te vas a divertir un rato.

Los secuestradores empezaron con un interrogatorio de ablande:

—¿Qué es tabicarse?

—¿Qué es la OPM?

—¿Qué son los ámbitos?

Graciela, perdido por perdido, intentó un golpe de efecto:

—Ustedes me llevan a la Escuela de Mecánica, y en ese otro auto está mi primo.

No tenía ningún dato para pensar que sus secuestradores fueran de la ESMA, fuera de una sólida formación cristiana que le hacía pensar, cada vez, que le tocaba lo peor.

—¿Quién es tu primo?

—Carlos Carella.

—Es uno de los nuestros, pero no está en ese auto. Pero sí te llevamos a la Escuela de Mecánica de la Armada.

Graciela sintió la vuelta de la desesperación. Sus presunciones eran horriblemente ciertas. No sabía qué podía pasar ahí: qué le harían, qué les habrían hecho a todos sus compañeros. Pero sabía que tenía que morir, ganarles esa pelea. Para proteger a sus compañeros, para no sufrir. De la ESMA nadie volvía: lo mejor era que todo terminara rápido. Acurrucada en el piso del falcon, trató de retener el aliento: quizás, si conseguía no respirar, se muriera asfixiada. Al cabo de un par de intentos vio que era imposible. Entonces cambió de táctica.

—Me duelen mucho los brazos. ¿No me podría esposar por adelante?

220 no le hizo caso, y Graciela insistió. Todavía le quedaba una pastilla en el corpiño y, si la esposaban adelante, quizás podría alcanzarla. Pero 220 no lo hizo. Al rato, los dos coches agarraron por Libertador en dirección a la General Paz. Poco antes de llegar, el chofer pidió por la radio a Selenio —el nombre clave de la ESMA— que le abrieran la puerta. La radio le pidió precisiones sobre el operativo:

—Cerrar la partida con un seis alfil rey. Regreso a casa sin novedad, resultado positivo.

Sin novedad significaba que no había habido ningún enfrentamiento; el resultado positivo era Graciela.

—Sabemos que sos una dura, pero acá vas a hablar. Acá hablan todos.

Le dijo Francis William Whamond, Duque, un capitán retirado que se había incorporado voluntariamente al grupo de tareas.

—Yo no soy una dura.

Le contestó Graciela Daleo, y la alertó la idea que tenían de ella. Creen que soy una dura, pensó: que soy un cuadro montonero. Tengo que acortar el sufrimiento y proteger a mis compañeros. Cómo voy a hacer para morirme pronto, pensó.

Unos minutos antes la habían bajado a la rastra hasta un sótano del casino de oficiales de la Escuela de Mecánica. El sótano tenía un pasillo largo con una serie de cuartos recién hechos a los lados, donde los marinos tenían varias oficinitas y, al fondo, los cuartitos de tortura, numerados: 13, 14, 15. En la puerta del 13 había un cartel como de calle madrileña que decía Avenida de la Felicidad, y otro que decía El silencio es salud. Adentro había un catre metálico y varios tipos jóvenes con blue jeans, mocasines y camisa arremangada.

—Yo soy Rata.

Le dijo el teniente de navío Antonio Pernías y la empezó a desvestir: meticuloso, casi impersonal. Primero le sacó las esposas; después el blazer rojo, la pollera escocesa, las medias negras. Y yo sin depilar, pensó Graciela, y enseguida se extrañó de su pensamiento. Le sacó la bombacha: Graciela estaba menstruando y el teniente se divertía con la toalla higiénica:

—Vamos a ver. ¿No tendrá un embute acá, no?

Graciela se sintió espantosamente humillada. Era extraño: todo lo que le estaba pasando era horrible, pero su menstruación así exhibida la hizo sentir tan humillada. Entonces el teniente Pernías le encontró la tercera pastilla de cianuro escondida en el corpiño:

—Así que pensaba matarse. No, acá va a tener que vivir un rato, para contarnos todo, todo.

Graciela se preguntó por qué insistían en hablarle de usted. Con la camisa puesta, abierta, le ataron tobillos y muñecas al catre, piernas y brazos abiertos como aspas de molino. Sonaba fuerte un disco de Joan Manuel Serrat. Fue entonces cuando entró el capitán Whamond y le dijo que ella era una dura pero que igual iba a terminar hablando, y que no se preocupara, que solamente la iban a picanear.

—No es cierto eso que andan diciendo por ahí, que cortamos a la gente con una sierra. Eso que escucha es porque están aserrando madera.

El capitán Whamond trataba de parecer casi amable.

—Va a tener que hablar, para ayudarnos a acabar con toda esta monstruosidad. Yo estoy dispuesto a todo para terminar con la subversión apátrida. Yo tengo hijos de su edad, ¿sabe? Si supiera que mis hijos están en esto... lo único que pediría es no estar al frente de la columna que los vaya a detener.

Era obvio: el capitán le decía que estaban dispuestos a todo. En la pared del cuartito había un cartel que decía «Área Sur». Eran los restos de un organigrama de la organización Montoneros muy completo que durante meses tuvieron pegado en esa pared.

—A ustedes ya los tenemos controlados: destruidos. Así que si habla va a ser por su bien.

El teniente Pernías se acercó a Graciela con una capucha y se la puso en la cabeza. Después agarró la picana eléctrica y empezó a pasársela por el cuerpo, despacio, sin apuro. La primera pregunta fue sorprendente:

—¿Te acostaste o no te acostaste con el Loco Nicolás?

Dijo el teniente Pernías. Graciela, al principio, no pudo ni gritar: el dolor era sólo una sorpresa intolerable. Nunca había imaginado que algo pudiera doler tanto. Hasta que empezó con los gritos: a los gritos, rezaba avemarías.

—¡No recés, hija de puta!

Le gritaba el teniente Pernías. Ya se había olvidado del usted. Graciela lo veía cuando se le caía la capucha: los ojos desorbitados, la camisa celeste empapada en sudor y la medallita de la Virgen Milagrosa y el crucifijo colgados del cuello. Graciela trataba de que se le cayera la capucha: le parecía que si podía ver adonde iba la picana, el dolor sería menor. Cuando no podía prever la descarga se sentía más inerme.

—Sabemos que tenés un novio en Sur. ¿Quién es?

—Yo no sé nada. Yo estoy desengachada. Hace meses que estoy desengachada.

Gemía Graciela. El dolor podía ser terrible, recorrerle todo el cuerpo como un chicotazo incomparable. Por las preguntas, se fue dando cuenta de que sus torturadores tenían datos sobre ella hasta marzo, hasta su pase a Sur.

—No es cierto. Sabemos que tenés un novio en Sur. ¡Desengachada, un carajo!

—Sí, desde marzo, desde marzo que estoy desenganchada. Desde marzo que no veo a nadie.

—No mientas, hija de puta, qué vas a estar desenganchada, vos.

De a ratos la picana venía sola, sin preguntas. Después, las preguntas volvían:

—¿Y quién es ese novio que tenés en Sur?

—No sé, no sé cómo se llama, nunca supe.

—Así que no sabés cómo se llama... Hija de puta, acá si no cantás te vas ir a hablar con Natalio.

Graciela no entendió, y tampoco le importaba mucho. Tardó en saber que los marinos «mandaban a hablar con Natalio» a los que mataban: Natalio era Oscar Natalio «Ringo» Bonavena, que había sido baleado un año antes en la puerta de un burdel de Reno, Nevada.

—A ver, empecemos de nuevo. Describimelo, a ese novio tuyo, decime cómo es.

—Nada, rubio, es rubio.

De a poco, tratando de ganar tiempo, Graciela armó la descripción de un rubio alto de ojos celestes: lo más distinto de José que se le pudo ocurrir. Quería ganar tiempo, aunque no sabía muy bien para qué. Tendida en ese catre, picaneada, el dolor era terrible, pero peor era la sensación de que nada de eso tenía límites: de que podía durar para siempre, todo lo que ellos quisieran: que la tenían en sus manos y que podían hacerle cualquier cosa.

—Y ahora me vas a decir el nombre. ¿Entendiste? ¡El nombre!

Y más picana. Graciela se retorció, se agarraba de los bordes de metal.

—¡No toqués el metal! ¡¿Qué hacés, hija de puta, te querés matar?!

Graciela había descubierto que si apretaba el metal la descarga se multiplicaba, y apostaba a que en una de éstas le fallara el corazón. También tiraba muy fuerte de las sogas: quizás consiguiera romperse una arteria importante y morir desangrada. Pero no había caso. Morirse podía ser muy difícil. Las torturas pararon un momento. Seguramente el teniente necesitaba un descanso.

—Así que está desenganchada, dice. Bueno, si quiere ver a cualquiera de sus compañeros digamé y se lo traemos. Acá los tenemos a todos.

Le dijo el capitán de corbeta Jorge Acosta, Tigre, jefe de inteligencia del grupo de tareas de la ESMA, que acababa de entrar. Graciela no sabía qué pensar. Vio al capitán Whamond y le preguntó, con un hilo de voz si él le creía que estaba desenganchada.

—Sí, yo le creo, pero tiene que convencerlo a él.

Le dijo, señalando al teniente Pernías. Que ya estaba preparándose para seguir la sesión:

—Al atardecer será su fin.

La noticia la tranquilizó un poco: si era cierto, sólo tenía que aguantar un rato más. Pero cómo saber si era cierto. El teniente Pernías intentó una perorata política:

—Lo que usted no se da cuenta es que cuando usted está tirando un volante en Avellaneda es porque un señor gordo con un habano en la boca está apretando un botón detrás de la cortina de hierro. Son unos boludos, ustedes, para lo único que sirven es para hacerles el juego a los rusos... Títeres de Moscú, eso es lo que son.

Graciela no podía creer que le estuviera diciendo semejante tontería: y estos tipos son los que nos están ganando, pensó. Por un momento, casi se indignó de que ni siquiera les reconocieran que habían hecho su propia elección. Pero no había espacio para reflexiones. El teniente Pernías agarró la picana y volvió a empezar. Graciela tenía cada vez más la sensación de que esto podía durar siglos. Cada momento de dolor era mucho más duro por la amenaza de que podía multiplicarse al infinito.

—¿Dónde está Firmenich? Yo sé que usted lo conoce. ¿Por dónde entran, por dónde se van sus jefes a Cuba?

Le gritaba el teniente Pernías.

—No sé, ni sabía que estaban fuera del país.

Gritaba Graciela.

—¡Mentira! ¿Dónde está la plata que les robaron a los Born? ¡Deme la cita estancia con el Pelado Carlos!

Y más y más preguntas.

—¿Ahora también vas a decir que estamos violando los derechos humanos?

Le dijo, inesperadamente, el teniente Pernías.

—Pero si los están violando.

Alcanzó a murmurar Graciela, antes de pensar que nada de eso tenía sentido.

—A ver, vamos a trabajar en serio. ¿Este chinazo quién es?

Le preguntó el teniente Pernías, mostrándole por debajo de la capucha la foto de José que había encontrado en la billetera de Graciela.

—No, ésa estaba en la billetera. Yo la encontré, la billetera, y ésa estaba.

Le dijo Graciela. La explicación era inverosímil, pero el teniente Pernías no insistió.

—Ahora te va a venir a visitar un compañero tuyo.

Le levantaron la capucha y Graciela vio cómo entraba Marcelo Hernández, Manuel, un militante con quien se había cruzado varias veces. Graciela se quedó alhelada: Marcelo había caído diez meses antes y sin embargo estaba ahí, vivo, bien vestido, bien alimentado. Se le acercó y le dijo:

—Flaca, hablá, te conviene hablar. Acá si hablás vivís, Flaca, te conviene. En serio te lo digo.

—Pero yo estoy desenganchada desde marzo. ¿Vos me creés, Manuel?

—Sí, sí, claro que te creo. Pero igual contales todo lo que sepas, tratá de hacer memoria. Que vean que estás tratando.

Graciela empezaba a ver que la situación era mucho más compleja que lo que había imaginado. Trataba de seguir jugando su papel de Estrellita esa pobre campesina, la chica que no sabe nada, que hace tiempo dejó la militancia, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Sabía que tenía que cuidarse mucho: si mentía en algo que los marinos pudieran detectar, todo su verso se caía. Los marinos le dijeron a Marcelo que se fuera e hicieron entrar a Mantecol, un pibe muy flaquito de la villa La Cava, de Boulogne. Graciela no lo conocía. Mantecol trataba de no mirarla: Graciela estaba casi desnuda y el muchacho trataba de no avergonzarla. El capitán Whamond le dijo que le contara cómo lo trataban ahí adentro:

—Cuando a mí me trajeron yo no tenía trabajo, no tenía dónde dormir, y ahora estoy acá y tengo dónde dormir todas las noches, tengo qué comer, y estoy haciendo un trabajo. Estoy cortando maderas para las reformas, para los tabiques.

Le dijo Mantecol, arreglándose el flequillo morocho. Pero no le dijo que hablara. Graciela tomó nota. Cuando se iba, el teniente Pernías lo volvió a llamar y le alcanzó una botella de cocaola vacía:

—Tráigame agua.

Mantecol trajo la botella con agua. El agua servía para mojar el cuerpo de Graciela: la picana funciona mejor si el cuerpo está mojado. La sesión volvió a empezar. Las mismas preguntas, las mismas respuestas:

—No sé, no sé. Yo ya les dije que hace mucho que estoy desenganchada. ¡Estoy desenganchada!

De a ratos, Graciela sentía como si una parte de ella se le desprendiera y observara lo que estaba sucediendo. El teniente Pernías le preguntó una vez más a quién quería ver.

—Acá están todos. Hasta la Gaby está.

La Gaby era Norma Arrostito, y estaba muerta.

—No es cierto, a la Gaby la mataron el año pasado.

—No, no. Está acá, está viva, en el tercer piso.

Graciela decidió probarlos:

—Bueno, sí, quiero verla.

—No, no la vamos a bajar porque tiene los rulos puestos.

—Usted me está mintiendo porque la Gaby nunca usó rulos.

—También está la Kika.

Graciela no quería ver a nadie: pensaba que cualquiera que estuviera vivo ahí adentro tenía que haber colaborado, y si se lo llevaban sería para abrindarla. Graciela quería ahorrarse el dolor de ver quebrados a sus compañeros. Pero estaba segura de que la Kika no podía haber colaborado: ella no. La Kika Osatinsky había caído en mayo de ese año, pero antes había perdido a su marido y a sus dos hijos: ella no podía estar colaborando. Entonces pidió verla.

La Kika Osatinsky entró en la 13 diez minutos después. Tenía un pantalón y una camisa sencillos pero limpios. Los marinos se fueron y las dejaron solas. Aunque el teniente Pernías, desde el otro lado de la puerta, les gritó que no se hicieran las vivas:

—Ojo con lo que le dice, que yo estoy escuchando todo.

Graciela lo creyó. Los ojos de la Kika estaban llenos de pena y espanto. Le dio un beso y le dijo al oído que aguantara:

—Aguantá. Saben mucho de vos, pero no saben que estuviste en la oficina del farolito.

Era una gran ayuda saber hasta dónde le convenía negar, y hasta dónde no. Pero la muerte seguía siendo mejor. Graciela señaló con el mentón la botella de cocacola en el piso, junto al catre.

—Matame.

Le dijo muy bajito. Quería que su compañera la rompiera y le cortara el cuello.

—No me pidas eso.

El teniente Pernías abrió la puerta y entró a los gritos. La sesión de picana volvió a empezar, las preguntas, las respuestas que no respondían nada.

—¡Vos hacés yoga, hija de puta!

Gritaba el teniente Pernías fuera de sí. Hasta que llegó otra visita:

—¡Hola! ¿Vos por acá?

Le dijo, en tono muy casual, cómodo, cuando entró, Anita Dvatman, Barbarella. Graciela todavía no sabía que era ella quien la había entregado. Anita tenía los claritos bastante bien hechos, anteojos, un blue jean ajustado.

—Yo creí que estabas muerta.

Le dijo Graciela. Dos días después se cumplía un año de la caída de Anita, y Graciela recordó que la semana anterior se le había ocurrido pensar dónde podría dejarle una flor. Pero ahora la tenía ahí, frente a ella, sonriente:

—¿Muerta, yo? No, yo estaba acá, Victoria. Yo estuve todo el tiempo acá.

Octubre de 1977. Ese día, martes 18, el general Jorge Rafael Videla hablaba en la cena de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa. Lo rodeaban los ministros Martínez de Hoz y Catalán, los curas Aramburu y Pío Laghi, un par de generales y cientos de empresarios.

—Para instaurar el sistema democrático al que aspiramos, las experiencias vividas nos indican que éste sólo podrá alcanzarse a través de una propuesta que las Fuerzas Armadas deberán ofrecer al país en tiempo y forma. Decimos en tiempo y forma porque, si bien es cierto que el proceso no está sujeto a plazos sino al cumplimiento de sus objetivos, tampoco podemos ignorar que el inmovilismo en política tiene un alto precio.

Dijo Videla, y se extendió sobre «la necesidad de concertar criterios, voluntades y esfuerzos alrededor de un conjunto de ideas-fuerza que conformen un programa de gobierno de unión nacional». Sus anfitriones lo aplaudieron con entusiasmo pero sin perder la compostura. Esa tarde, en una entrevista de un canal de televisión, José Martínez de Hoz había dicho que estaba en contra de los «aumentos masivos de las remuneraciones» y que cada empresa tenía que pagar el salario que pudiera. YPF «racionalizaba» el expendio de nafta, porque tenía problemas de abastecimiento. Chile pedía un arbitraje internacional en el conflicto de límites del Beagle. Vencía el pago del IVA y se hablaba de sanciones a los evasores impositivos: tres meses, por lo menos, para las infracciones graves. Y el almirante Emilio Eduardo Massera salía hacia Madrid, donde iba a comprar barcos por 140 millones de dólares. Algunos decían que esas compras le dejaban comisiones importantes.

En Alemania, los comandos especiales que habían liberado el avión de Lufthansa secuestrado en Mogadiscio, la capital de Somalía, por la Fracción del Ejército Rojo —grupo Baader-Meinhof— eran recibidos con toda la fanfarria. Al mismo tiempo, en la prisión de máxima seguridad de Stamheinn-Stuttgart, Andreas Baader y otros dos dirigentes del grupo —cuya libertad pedían los secuestradores del avión— se «suicidaban».

En La Plata, un incendio accidental destruía completamente el teatro Argentino. «No hay palabras que puedan expresar este drama», decía su director, Luis Vivet. Esa noche, Boca jugaba con Platense y River con Atlanta, por el torneo Metropolitano. El canal 7 ofrecía un espectacular de los Bee Gees; los demás contraatacaban con series como *Las Calles de San Francisco*, *Patrulla Juvenil*, *División Homicidios* y *La Familia Ingalls*.

La familia Ortega festejaba: había nacido el cuarto hijo de Palito y Evangelina, Emanuel, con tres kilos ochocientos. El día estaba templado,

nubosidad variable con leve ascenso de la temperatura, y la señorita Pata Villanueva había «sufrido un grave contratiempo: se quedó encerrada en el baño de un avión, mientras regresaba de un desfile en Cipolletti, y las azafatas no escuchaban sus reclamos. “Esto me pasa por arreglarme tantas veces, últimamente. Me está cansando la profesión de linda”», dijo, según *Clarín*, la señorita Villanueva.

—Le dije que al atardecer iba a ser su fin.

Dijo el teniente Pernías. Graciela Daleo pudo ver el reloj del marino: las siete y cuarto de la tarde. Afuera debía estar oscureciendo.

—Así que preparesé, Victoria. Esto se termina.

Graciela tenía la sensación de que ya no tenía más sensaciones: que se había convertido en puro pensamiento. Qué suerte que por fin me matan, pensaba. Pero estos hijos de puta no me van a matar, se contestaba, y seguía debatiendo la cuestión. Los tenientes Pernías y Yon la desataron, le pusieron la pollera escocesa, el blazer rojo, las sandalias con plataformas, la esposaron, le engrillaron las piernas, le vendaron los ojos y la sacaron del edificio de la Escuela por una puerta lateral, que daba al playón donde estacionaban los coches.

—¡Qué lindo este saco! Vamos a sacárselo, yo se lo quiero llevar a mi mujer y no quiero que se arruine.

Graciela no veía nada pero oía ruidos de armas amartillándose. Después la subieron a un auto y le hicieron dar unas vueltas por dentro de la ESMA. Cuando la bajaron pudo ver, por debajo de la venda, pasto. La cabeza le daba vueltas y más vueltas. Pensaba que no podía ser que le hicieran el favor de matarla, y pensaba que quizás la mataran y le daba un alivio inmenso. Se preguntaba cómo serían las balas entrándole en el cuerpo. Se acordaba de una charla, un año antes, con César Vela, que solía decirle que había que pensar que la muerte no duele.

—Bueno, es su última oportunidad. Hable de una buena vez.

—No tengo nada que decir. Ya se lo dije: yo no tengo nada que decir.

Graciela no sabía si la iban a matar, pero pensaba que lo mejor era mantener el estilo Estrellita. Por si acaso. Estaba parada en medio de un

lugar desconocido, con los ojos vendados y los marinos amartillando armas. El teniente Pernías lo intentó de nuevo:

—La vamos a fusilar. Diga su última voluntad.

—Sáquenme la venda, quiero ver cómo me matan.

Le parecía que morir con los ojos vendados era la peor de las humillaciones: ni siquiera la dejarían ver cómo le llegaría su muerte. Y además, era facilitarle las cosas a sus asesinos: que no tuvieran la necesidad de mirarla a los ojos, de soportar su mirada. Graciela sintió que alguien empezaba a manipular el elástico de su venda. Entonces escuchó el grito del teniente Pernías:

—¿Qué está haciendo?

—Ella pidió que le sacáramos la venda.

—No, eso no. Pida otra cosa.

—Avísenle a mis padres que me mataron para que no me busquen.

—Bueno.

—¿No va a decir nada, no va a decir viva la patria, vivan los montoneros?

—No.

Graciela apostó a que no la mataban, y decidió seguir Estrellita. Si decía algo significaba que les había mentado, que era un cuadro montonero y entonces su verso se derrumbaba y la torturarían mucho más. Era una apuesta dura: también era posible que estuvieran a punto de matarla y ni siquiera se daría el gusto de ese último grito. Pero moriría con la satisfacción de no haber dicho nada, de haber protegido a sus compañeros.

—Pará, primero vamos a sacarle el saco, que no se nos manche.

Sonaron varios tiros. Graciela se estremeció y enseguida confirmó lo que ya suponía: la peor de las alternativas. Estaba viva y escuchaba los comentarios de sus secuestradores:

—Ay, que mala puntería.

—Sí, qué animal. Bueno, ahora sí.

Otras dos veces sonaron los disparos. Cada vez, se repetían los comentarios. Después, el teniente Pernías la hizo arrodillarse.

—Ahora va en serio.

Graciela sintió el caño de un arma en la cabeza.

—Es su última oportunidad. ¿Va a hablar, carajo?

Graciela se quedó callada. De vuelta sonó un tiro. Graciela seguía viva. Su propio olor le pareció terrible. Era adrenalina pura: el olor del miedo. Entonces un marino la agarró del brazo, la levantó y la felicitó:

—No veo por qué me felicita.

Dijo Graciela.

—Yo en su lugar me hubiera hecho encima.

Le contestó el marino.

—Aguantá, Flaca.

Le dijo la voz, y Graciela tardó un momento en reconocerla: era Alicia Milia, la Cabra, una compañera suya que había caído cinco meses antes: Alicia era la viuda de Roberto Rufino Pirlés, el cuadro montonero que los militares habían matado en la cárcel de La Plata en enero, junto a Dardo Cabo. Graciela estaba encapuchada, engrillada, esposada, tirada en una de las «cuchas» de Capucha, en el tercer piso del casino de oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada, donde los marinos guardaban a sus prisioneros hasta que decidían que había llegado el momento de matarlos.

Capucha era una sala muy grande en ele con el techo a dos aguas, el suelo de cemento y muy poca luz: había, cada tanto, una bombita débil que colgaba del techo. Capucha estaba subdividida por tabiques de aglomerado en tres docenas de cubículos: cada secuestrado estaba aislado en uno de ellos. Pero a veces podían burlar las reglas y acercarse a otro prisionero, susurrarle algo tratando de que «los verdes» no lo vieran. Los verdes eran los alumnos de la Escuela, muchachos entre los 16 y los 20 años, que servían de carceleros.

—Aguantá.

Le dijo la Cabra, y su mano le apretó el hombro. Graciela se sintió reconfortada. Hacía unas horas que la habían subido a Capucha y le habían dicho que, a partir de ahora, ya no tenía nombre sino número: sería la 008. Graciela, entonces, no sabía que era la quinta vez que los marinos empezaban con esa numeración que iba del 000 al 999, o sea: que ya habían pasado por la ESMA cuatro mil secuestrados.

Graciela tampoco sabía qué iba a ser de ella, si le esperaba más tortura, la muerte, qué. Trató de dormirse, pero no podía: no paraba de pensar en cómo podría zafar. Zafar no era escaparse: eso era imposible. Zafar era morir.

—Soy la Chinita, Victoria.

Le dijo otra voz. Era Cristina Vieira, la China, que le pasó un pedacito de chocolate. El suelo de la cucha estaba cubierto por una colchoneta mugrosa, con costras que parecían sangre. Después oyó a un guardia:

—A la nueva, la 008, denle común.

—¡Pero yo soy política!

Protestó Graciela, hasta que se dio cuenta de que estaban hablando de su comida: le tocaba común, un pedazo de pan con carne. Graciela ni se lo llevó a la boca. Además, para qué comer si me van a matar pronto, pensó. Horas después, ya de madrugada, un verde vino a buscarla para llevarla hasta las duchas. Le sacaron la capucha, las esposas y los grilletes: Graciela tuvo que desvestirse delante del verde y se sintió humillada, pero la sensación del agua corriéndole por el cuerpo fue maravillosa. Era como sacarse de encima al enemigo: como recuperar, por un momento, algo de su libertad.

—Quiero hablar con el Duque.

Dijo Graciela, y un Pedro vino a ver qué pasaba. Los Pedros eran los suboficiales a cargo de la guardia.

—Quiero hablar con el Duque. Él me dijo que si tenía algo que decir lo hiciera llamar.

Ese miércoles, a las nueve de la mañana, Graciela tenía una cita con José en la Torino de Juan B. Justo y avenida San Martín. Quizás él ya supiera que ella había caído y no fuese pero, en cualquier caso, Graciela quería garantizarse que mantendría a los marinos lo más lejos posible de esa esquina.

—Es cierto que tengo un novio en zona Sur. Bueno, tenemos una cita estanca los lunes, miércoles y viernes a las diez de la mañana. Hoy es miércoles, ¿no?

—Así que nos va a llevar a buscarlo...

Le dijo el subprefecto Héctor Antonio Febres, Selva: el capitán Whamond no estaba, pero el subprefecto Febres se hizo cargo. Graciela se quedó callada: tenía que hacer convincente su traición.

—Vamos, hable, no tenemos mucho tiempo.

—Sí, la cita es caminando por la calle Presidente Sarmiento, en Avellaneda...

El subprefecto Febres se levantó de un golpe y corrió a preparar el operativo. Graciela sabía que José no podía pasar por ahí; a esa hora iba a estar en la Torino. Por Sarmiento pasaba el 85: si tenía suerte, pensó Graciela, podría soltarse y tirarse bajo las ruedas del colectivo.

El grupo de tareas se puso en marcha. Un par de marinos le pusieron a Graciela un chaleco antibalas y la subieron a una renoleta con los vidrios espejados. Le sacaron la venda cuando la renoleta estaba sobre la General Paz. Una sensación de irrealidad dominaba de a ratos a esa parte que Graciela sentía desprendida de sí misma y que observaba lo que estaba sucediendo.

La columna se completaba con tres coches más: iban a toda velocidad, y Graciela rezaba para que chocaran y se mataran todos. Cuando llegaron a la calle Presidente Sarmiento, los marinos dejaron a Graciela en el auto, a cargo del teniente Pernías, y los demás empezaron a tomar posiciones. El teniente de corbeta Alfredo Astiz, Rubio, con una camisa azul, se puso a acomodar unos ladrillos que había en la vereda, como si fuera un albañil. Otros simulaban que esperaban el colectivo o que compraban cigarrillos.

—Pero yo me tengo que bajar.

Dijo Graciela, y el teniente Pernías le dijo que no, que ella se quedaba ahí y marcaba a José cuando lo viera.

—Pero si él no me ve no va a entrar en la cita, se va a quedar en alguna bocacalle.

—Usted de acá no se mueve.

Pasó media hora y los marinos empezaron a enojarse:

—Usted es una versera, me mintió.

Le dijo el teniente Pernías.

—No, no mentí. Algo le debe haber pasado por eso no vino. O capaz que fue porque no me vio, porque ustedes no me dejaron bajar. Se debe

haber olido algo.

De vuelta en la ESMA la llevaron a la 13. Allí la dejaron hasta la noche, cuando la subieron a Capucha. Horas después, Graciela estaba tirada en su cucha cuando alguien le levantó la capucha y le dio un beso. Era Norma Arrostito: estaba viva.

—Yo no colaboro.

Le dijo, y Graciela, callada, se lo agradeció infinitamente. Más tarde Ana María Martí, Chiche: le levantó la capucha y la miró muy fijo con sus grandes ojos azules teñidos de desesperación:

—No confíes en nadie, ni siquiera en mí.

Y, poco después, llegó Juan Gasparini:

—Una vez que te suben casi seguro que no te dan más máquina.

Y le dijo que estaba pensando que, cuando saliera, se iba a sumar a la socialdemocracia. Graciela no entendía más nada: estaba encapuchada, engrillada, esperando la muerte, y venía gente, le hablaba, le decía cosas increíbles: cómo podía alguien pensar en esas cosas cuando en cualquier momento se lo llevarían para matarlo. Al cabo de varias horas de vueltas y más vueltas, sintió que lo mejor sería no tratar de entender. Pero no era tan fácil. La cabeza no le paraba ni un minuto.

Octubre de 1977. En esos días el general Videla recibió a un grupo de periodistas ingleses. Uno de ellos le decía que «en Ezeiza hay un cartel donde dice que la Argentina es occidental y cristiana», pero que entre los principios europeos estaba la idea de que «ningún hombre o ser humano sufra por sus creencias y que las minorías reciban una justa consideración por parte del Estado».

El general Videla le contestó que «la Argentina es un país occidental y cristiano, no porque esté escrito así en el aeropuerto de Ezeiza; Argentina es occidental y cristiana porque le viene de su historia. Nació cristiana a través de la conducción española, heredó de España la cultura occidental y nunca renunció a esa condición sino que justamente la defendió. Es por defender esa condición de occidental y cristiana como estilo de vida que se planteó esta lucha contra quienes no aceptaron ese sistema de vida y quisieron

imponer otro distinto. Yo le puedo asegurar que la vocación democrática cristiana y occidental que pueden tener los pueblos de Europa no es superior a la nuestra. Para esto es necesario distinguir lo que puede ser disenso, controversia en el plano de las ideas, y lo que es la subversión terrorista. Nosotros decimos que en la Argentina no hay presos políticos, no hay presos gremiales, hay delincuentes subversivos. Es decir que por el solo hecho de pensar distinto dentro de nuestro estilo de vida, nadie es privado de su libertad, pero consideramos que es un delito grave atentar contra el estilo de vida occidental y cristiano queriéndolo cambiar por otro que nos es ajeno, y en este tipo de lucha no solamente es considerado como agresor el que agrede a través de la bomba, del disparo o del secuestro, sino también aquel que en el plano de las ideas quiere cambiar nuestro sistema de vida a través de ideas que son justamente subversivas es decir, subvierten valores, cambian, trastruecan valores.

»Quiero ser más claro; el fenómeno de la subversión no se puede comparar con un conjunto de jóvenes idealistas a quienes la intemperancia del gobierno no deja actuar. Es una lucha de las Fuerzas Armadas y la ciudadanía argentina contra una minoría que respondiendo a fines extraños a nosotros quiso cambiar nuestro sistema de vida».

Después, el periodista le preguntó por una joven ciega que había desaparecido más de un año antes:

«—El caso de esta niña, a quien usted hace referencia, no lo conozco en detalle; entiendo que está detenida a pesar de estar lisiada. Vuelvo a la parte inicial; el terrorista no sólo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana a otras personas, y es posiblemente en esta condición que esta joven esté detenida».

Dijo Videla. Y otro periodista:

«—Aproximadamente, teniendo en cuenta las mejores estimaciones, ¿cuánta sería la cantidad de gente detenida o desaparecida en la Argentina? Además, quisiéramos saber si es cierto que hay campos de concentración en la Argentina.

»—Yo sé que en Europa se comenta que en la Argentina hay no menos de treinta o cuarenta mil personas detenidas. Yo le voy a dar solamente un

dato: nuestros establecimientos carcelarios aun en las peores condiciones de hacinamiento, de aglomeración, pueden admitir cinco mil personas. De modo que con la simple confrontación de las cifras se concluye rápidamente que la que se señala no tiene razón de ser, pues nuestro sistema carcelario no podría, nunca, absorber tanta cantidad de detenidos. Con referencia a que en la Argentina habría campos de concentración, en cuyo caso no sería válida esta cifra de lo que aceptan nuestras instituciones carcelarias, yo niego rotundamente que existan en la Argentina campos de concentración o detenidos en establecimientos militares más allá del tiempo indispensable para indagar a una persona capturada en un procedimiento y antes de pasar a un establecimiento carcelario. Yo vivo con mi familia en una zona militar y estoy seguro de no vivir en un campo de concentración. Lamentablemente, no tengo los últimos registros, pero sí puedo asegurar que no alcanzan a cuatro mil las personas detenidas como delincuentes subversivos, en cuyo caso, más de la mitad estaban detenidas por el gobierno anterior, y además, gran parte de ellos están bajo debido proceso, algunos cumpliendo condenas y otros esperando el fallo de la justicia.

»—Yendo de nuevo hacia atrás un minuto: si esta lucha contra el terrorismo está llegando a su fin y si paralelamente ustedes necesitan ayuda desde el exterior, ¿no sería llegado el momento que comiencen a publicar listas de la gente que se encuentra detenida por tales motivos?

»—Ello es posible, y es nuestra intención hacerlo a corto plazo, en cuanto a la nómina de personas que están detenidas. Como usted comprenderá no podemos dar una nómina de personas desaparecidas por cuanto esas desapariciones no siempre significan personas muertas. Hay personas que están desaparecidas porque han abandonado la subversión y no quieren que su nombre aparezca en tales condiciones. Muchas de ellas están colaborando con las Fuerzas Armadas produciendo información. Otras personas figuran como desaparecidas porque han ingresado a la clandestinidad dentro de la subversión; otras que figuran desaparecidas están fuera del país. Otras han sido muertas por la subversión por considerarlas traidoras a su causa y sus cadáveres no han aparecido. De otras personas se dice que se encuentran desaparecidas por cuanto en algún enfrentamiento armado que se ha producido a través del uso de explosivos o

incendios, no ha sido posible identificar los cuerpos, y acepto como sexta condición o posibilidad, que alguna persona pueda haber desaparecido como consecuencia de la represión, pero le pido que recuerde que es represión dentro de una guerra en que estábamos empeñados, y le repito que toda guerra tiene, siempre, al fin, un saldo de muertos, heridos y aun desaparecidos».

—¡008, arriba!

Cuando el verde le dijo que se parara, Graciela tuvo un escalofrío: quizás ya le había llegado el momento. Era de noche: la tercera o la cuarta noche, no podía estar segura. Ahí, en las cucas, el tiempo se hacía confuso, una masa espesa muy difícil de controlar. El verde la hizo caminar por un pasillo largo y recién le sacó la capucha frente a la puerta de un cuarto.

Era la pieza del «ministaff». Adentro había tres camas muy prolijas, con sus colchas y almohadas, tres mesitas de luz con flores y, en el medio, sillas y una mesa tendida para cuatro con vasos, cubiertos y platos grandes de loza blanca. Sentada en una de las sillas, Anita Dvatman, Barbarella, la saludó como si la hubiera visto dos días antes en cualquier lugar y no atada a un catre en la 13.

—Victoria, qué bueno verte.

Graciela no supo qué decirle. Su desconcierto era absoluto. A esa altura ya sabía que Anita la había entregado pero no se lo dijo: había empezado a intuir que no sólo debía callar lo que sabía respecto a sus compañeros, sino que también debía silenciar otros saberes y sus sentimientos.

—Al principio te vas a sentir un poco mal cuando cantes, pero después te acostumbrás.

Le dijo Anita Dvatman, con esa forma tan suya de decir cualquier cosa como quien dice llueve. Graciela trató de disimular su odio, su asco. Anita y Graciela estaban sentadas a la mesa del ministaff y les habían traído omelettes de queso.

A fines de 1976, cuando ya habían matado a más de 3000 personas y creyeron que tenían la situación más o menos controlada, los marinos de la ESMA decidieron seleccionar a ciertos secuestrados para «recuperarlos».

Con un grupito de prisioneros que habían doblegado con la tortura, el terror y promesas de sobrevida, armaron el ministaff. Esos prisioneros colaboraban activamente con los marinos, marcaban en los «paseos», imaginaban lugares donde podrían encontrar militantes para capturarlos. A varios de ellos los llevaban a que desempeñaran tareas en el Ministerio de Relaciones Exteriores y algunos ni siquiera tenían que volver a dormir a la ESMA. En el ministaff estaban Graciela García Romero —la Negrita—, Anita Dvatman —Barbarella—, Marta Bazán —Coca—, Marisa Murgier —Estela—, Alfredo Bursalino —el Gordo—, que decía que había entregado a más de 200 militantes montoneros; el «Chanchó» Caprioli, a quien enviaron a Europa en busca de los dólares que los Montoneros le habían cobrado como rescate a los hermanos Born. Eran los mayores éxitos de los marinos, los productos más acabados del terror que habían sabido imponer.

Después estaba el «staff». Los marinos los seleccionaban para ensayar sobre ellos el «proceso de recuperación» con criterios vinculados a necesidades logísticas, no necesariamente relacionados con su comportamiento ante la tortura. Solían elegir militantes cuya formación política o habilidades manuales podían resultarles útiles; había cuadros políticos importantes, viudas de notorios y otros que, por las razones que fueran, ellos querían «recuperar». A algunos les habían arrancado algún dato en la tortura, a otros ninguno.

En el sótano también había otro grupo de prisioneros, que solían llamarse a sí mismos «el barrio chino».

En ese mundo cerrado que transcurría en el sótano y el tercer piso del casino de oficiales de la ESMA había prisioneros que simulaban ser receptivos al proceso de recuperación, y había otros que bajo el terror habían asumido el proyecto de sus captores. Y todos los demás, los que no eran seleccionados por los marinos para ese proyecto esperaban, tirados en Capucha.

Es probable que el proceso de recuperación haya sido la forma elegida por los marinos para mostrar y mostrarse que, además de ser los dueños de la muerte de tanta gente, también eran los dueños de sus vidas. Quizás fuera incluso un desafío: ya habían descubierto y demostrado que matar les resultaba fácil. Ahora querían probarse que también podían destruir gente

sin matarla. Además, esa gente les serviría más tarde para difundir lo que había pasado adentro de la ESMA: ellos sabían que para que el horror fuera eficaz tenía que ser conocido.

Graciela miraba su omelette y escuchaba a Anita sin saber qué decirle. Le pidió ir al baño y Anita, como si fuera la dueña de casa, llamó al verde y le dijo que la llevara a «nuestro baño». El de los prisioneros era un lugar sucio con un gran tacho al lado, lleno de papel higiénico y mierda hasta el tope; el del ministaff era un bañito muy correcto con olor a perfume donde había incluso un lavarropas. Graciela se miró en el espejo: meses antes había leído *Papillon* y recordaba que cuando a Henri Charriere lo condenaron a muerte, de un día para otro se le había llenado la cabeza de canas. Graciela buscó en el espejo algún signo de lo que le estaba pasando: la habría tranquilizado encontrar una señal externa de que estaba entrando y saliendo de la muerte a cada rato. Pero no la encontraba.

Poco después entró en la pieza la Negrita Graciela, agitada, preocupada, con una carpeta en la mano:

—¡Qué barbaridad! Recién cuando salimos con la columna nos estuvo siguiendo un coche, y no lo pudimos interceptar. Esperemos que no sea que nos quieren atacar, ¿no?

Graciela pensaba ojalá los ataquen, los hagan mierda, los destruyan, y mantenía su cara de nada. Entonces llegó el teniente Pernías, recién duchado, y también se sentó a la mesa.

—¿Qué tal, todo bien?

Pernías, Anita y la Negrita hablaban de banalidades: una perfecta conversación de mesa. Graciela trataba de seguirla, pero le resultaba muy difícil: se le agolpaban los pensamientos más contradictorios. Y tenía que mantener el tipo. No podía hacer nada con las palabras, con la cara: todo consistía en tratar de disimular lo que estaba sintiendo, guardarse el odio que le llenaba el cuerpo: esa resistencia interior, pensaba, es mi espacio privado, el lugar adonde ellos no van a poder llegar nunca. Cómo hago para que no se me note lo que estoy sintiendo, se preguntaba todo el tiempo. Cómo me defiendo de lo que va a venir.

—Comé algo, Victoria, está muy bueno.

—No, gracias, no tengo hambre.

La charla seguía y Graciela no podía dejar de pensar qué había hecho mal, en qué se había equivocado para que estos hijos de puta, en vez de matarla, la tuvieran ahí frente a una omelette de queso. Todo era tan incoherente, tan terrible, que Graciela no conseguía prever qué pasaría en el momento siguiente. El desconcierto era una forma espantosa del terror: quizás la estuvieran invitando para decirle que la iban a matar esa noche, o para pedirle que cantara o que entregara a alguien o quién sabría qué.

—Ya vas a ver, Victoria, al principio te puede parecer un poco raro, pero ya vas a ver.

Después, en un momento, se le ocurrió que Anita y la Negrita también estaban simulando: claro, se dijo, ellas también están sentadas, como yo, a esta mesa, junto con este hijo de puta, y yo tampoco estoy diciéndole asesino de mierda torturador sino que trato de poner cara de poker y seguir acá como si sentarse a la mesa con el tipo que me dio máquina hace tres días fuera de lo más normal. Ellas deben estar haciendo lo mismo, se decía, y enseguida se contestaba que no, que Anita Dvatman la había entregado a ella, y que la Negrita García Romero había marcado a decenas de militantes. No, no estaban simulando, pero quién sabe qué sería el juego, se decía. Y así infinitamente, en el horror del desconcierto más completo.

Graciela sabía qué era lo que no iba a hacer: no cantarían, no entregarían a nadie, no les daría datos sobre su organización que les ayudaran a destruirla. Pero era muy difícil saber qué sí podía hacer: la situación era tan nueva, tan inesperada, que no tenía ninguna preparación que le permitiera hacerle frente. Nunca hubiera pensado que podían sucederle cosas como las que le pasaban todo el tiempo. Había pensado y hablado con sus compañeros sobre la esperable tortura, sobre la muerte, pero no estaba preparada para que la pusieran a comer en la mesa con el hombre que la torturó y la mujer que la entregó.

Graciela empezaba a adentrarse en esa dimensión inverosímil de la ESMA. El «después» de la caída siempre era imaginado con un final rápido después del tormento. La muerte segura después de más o menos dolor. Pero ahora se corría otro telón, y lo que veía entonces era que también la vida en versión naval podía ser una forma de muerte, sólo que leída en un espejo.

Más tarde, cuando la llevaron de vuelta a la Capucha, Graciela se preguntaba cómo pudo quedarse ahí sentada, con ellos, y no encontraba una respuesta. ¿Habré hecho bien en quedarme callada? ¿Estará bien que trate de sobrevivir o será que me asusté, que claudiqué? ¿O tendría que haberme levantado y haberle gritado asesino hijo de mil putas a ese asesino hijo de mil putas, para que me mataran y se acabara todo? Graciela todavía no sabía que, con sus variantes, éstas serían las preguntas esenciales que seguiría haciéndose durante mucho tiempo. Y que se respondería diciendo que tenía que vivir para seguir adelante, para salir de ahí adentro y denunciar todo lo que habían hecho los militares y volver a militar con los Montoneros, como antes. Aunque todo el tiempo tenía la sensación de que estaba caminando sobre una gillette: ¿yo soy la que soy o soy la que simulo ser? ¿No estaré pasando la raya, no me convertiré en aquella que estoy tratando de simular que soy para que ellos crean que estoy «recuperada»?

Catorce

Susana Sanz y su hija Bernarda llegaron a Madrid a fines de octubre: se suponía que se quedarían allí, y se alojaron en el departamento de la periodista Lía Levit. Se divertían, la pasaban bien. A mediados de noviembre, Susana fue a la reunión en que se concretaría la ampliación del Consejo Superior del MPM, en el convento de Montesclaros, en el norte de España, cerca de la cueva de Altamira. Bernarda la esperaría en Madrid con unos amigos.

El encuentro empezó con abrazos y alegría: gente que no se había visto en meses o años se reencontraba tras haber pasado por las peores dificultades. Allí estaban Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja, Gonzalo Chávez, Bidegain, Obregón Cano, Lili Mazzaferro, Adriana Lesgart, Miguel Bonasso, Juan Gelman, y los nuevos. Que se sorprendieron cuando, en la primera reunión, empezaron a escuchar informes de oficiales del partido Montonero que entraban y salían de la Argentina:

—... se registra el crecimiento de nuestras estructuras en todos los frentes. En el territorial, por ejemplo, se están recomponiendo una serie de unidades básicas que, aunque funcionan con las condiciones de clandestinidad y dificultad que la etapa impone, están muy activas en su relación con sus barrios, hacen llegar las propuestas a los vecinos, empiezan a aglutinarlos, distribuyen nuestra prensa. Del número 1 de *El Montonero*, sin ir más lejos, se han distribuido unos 10.000 ejemplares...

Susana no podía creer lo que estaba escuchando. Ella, que acababa de salir de la Argentina, y que había funcionado en el área federal —la que tendría que haber distribuido la revista— recién la había podido ver en Brasil. Y así todo el resto. Desde la mesa cabecera, Firmenich y Perdía asentían complacidos ante una versión que los recién llegados consideraban totalmente falsa.

—También hemos podido restablecer relaciones importantes con una serie de políticos, que pueden ser muy productivas a mediano plazo, en la medida en que siga creciendo la agitación popular contra la dictadura...

Jaime Dri, Ernesto Jauretche, Susana y varios más empezaron a levantar la mano para intervenir, pero Firmenich no les concedía la palabra. Al cabo de un rato, Ernesto se hartó y empezó a los gritos:

—¡Compañeros, esto es un error gravísimo! Tenemos que enfrentar la realidad de las cosas: nuestras estructuras en el país están al borde de la aniquilación, hay un repliegue de masas, estamos retrocediendo en todos los frentes, en la mayoría de los casos la única lucha que podemos llevar adelante es la pelea por la supervivencia.

La presidencia trató de acallarlo, pero otros asistentes lo defendieron y pidieron que se escucharan informes de los militantes recién salidos de la Argentina.

—Ésa es la realidad que hay que tomar en cuenta para diseñar nuestras políticas de aquí en adelante, compañeros, y no unos informes que, de tan optimistas, empiezan a ser mentirosos. ¿Para qué sirven esos engaños, compañeros, esos autoengaños? Sólo para llevarnos al error, a no diseñar las políticas correctas. Unas políticas que habría que discutir mucho pero que, en síntesis, tendrían que consistir en un repliegue general hacia los sectores populares, para poder reconstruir el movimiento, compañeros.

Hubo más gritos, más confusión. Susana se paró y pidió la palabra. Trató de sonar calma:

—Yo lo que lamento, compañeros, es que nos venga a tocar a nosotros la misión de pinchar globos, pero considero que lo más importante es que la conducción esté bien informada: es nuestra obligación hacer todo lo posible en ese sentido. Para empezar, no hay ninguna posibilidad, en este momento, digo bien: ninguna posibilidad, de abrir una unidad básica del MPM en nuestro territorio: al día siguiente vendrían los tanques a demolerla. Y, para seguir...

La sesión se había salido de madre, y Firmenich decidió que pasaran a un cuarto intermedio. Los pasillos del convento hervían de discusiones, y algunos de los recién llegados fueron arrinconados e instados a que no insistieran en esa línea. Un rato después, la conducción informó que los

curas del convento les habían dicho que habían detectado movimientos extraños en los alrededores y que, ante la posibilidad de un ataque de la derecha franquista, se levantaba la sesión hasta nuevo aviso.

La reunión volvió a convocarse unas semanas más tarde, en los alrededores de París. Para entonces ya había habido algunos cambios: se informó, por ejemplo, que Ernesto Jauretche no iba a participar porque había sido relevado de su responsabilidad en la rama política del MPM. Poco después, la Comandancia del Ejército Montonero publicó una resolución sobre «Implantación y utilización de uniforme e insignias del Ejército Montonero y de las milicias montoneras».

«RESOLUCIÓN N.º 001/78

»Objeto: Implantación y utilización de uniforme e insignias del Ejército Montonero y de las milicias montoneras.

»Vistos y considerando:

»Que la corrección de las estrategias centrales y de las políticas desarrolladas históricamente por nuestro Partido, así como su inquebrantable consecuencia en la defensa de los intereses populares manifestada en los años de lucha, ha ido y continúa multiplicando nuestra representatividad y prestigio en el Pueblo Argentino.

»Que ello está avalado, además por haber ocupado siempre las primeras líneas de combate en el terreno político como en el militar, como lo demuestra la sangre derramada de nuestros gloriosos mártires.

»Que en la actualidad esta representatividad se ha incrementado a partir de la heroica resistencia de nuestro pueblo, que orientada y encabezada por nuestro Partido, nuestro Ejército y el Movimiento Peronista Montonero, ha coronado con éxito la maniobra de Defensa Activa e hizo detener la ofensiva del enemigo.

»Que, por ello, nuestras fuerzas están ahora en condiciones de comenzar a ejecutar una nueva maniobra consistente en la preparación de la Contraofensiva popular contra la Dictadura.

»Que las tareas de preparación de la contraofensiva consisten para el Partido Montonero y el Ejército Montonero en la consolidación ideológica, política, militar y organizativa con el fin interno de clarificar el objetivo, ratificar la confianza en el triunfo y fortalecer aún más el espíritu de cuerpo;

y el fin externo de brindar a las masas una corporización mayor de las fuerzas políticas y militares que conducen sus luchas.

»Que al logro de estos objetivos también contribuyen en un modo importante algunos elementos formales, siendo el principal de ellos el uso del uniforme que distinga a nuestras fuerzas y exprese formalmente el aspecto militar de esta guerra integral de Liberación que estamos librando.

»Que todos los miembros del Partido Montonero son a la vez, mientras permanezca esta situación de guerra, integrantes del Ejército Montonero u Oficiales de las Milicias Montoneras.

»Que la adopción y utilización de uniforme para el Ejército y las Milicias Montoneras, es un derecho ganado legítimamente a través de largos años de lucha heroica y consecuente; es una expresión del poder acumulado en esa lucha; y es una necesidad para la consolidación y organización de las fuerzas a los efectos de preparar y lanzar luego la contraofensiva popular.

»La Conducción Nacional del Partido montonero y Comandancia en Jefe del Ejército Montonero,

»Resuelve:

»Implantar el uso del uniforme para el Ejército montonero y las Milicias Montoneras cuyas características se especifican en el Anexo I.

»Determinar las insignias indicativas de arma y grado especificadas en el Anexo II.

»Establecer las condiciones de su utilización compatibilizándola con el carácter clandestino de nuestras fuerzas conforme a las disposiciones enumeradas en el Anexo III.

»ANEXO I DE LA RESOLUCIÓN N.º 001/78 SOBRE UNIFORME:

»A) Prendas del uniforme

»Camisa: color celeste, con charreteras y dos bolsillos con solapa en la parte superior.

»Pantalón: color azul marino, de tela gabardina.

»Pollera: las compañeras están autorizadas a utilizar pantalón o pollera. En este último caso debe ser también de color azul marino, de tela gabardina, de corte recto y de largo hasta el borde superior de la rodilla (no debe ser ni mini-falda ni maxi-falda).

»Chaqueta: tipo cazadora, de cuero, color negro, con charreteras, con cuatro bolsillos, aplicados con tapa, dos en la parte superior y dos en la inferior, de corte derecho, sin cinturón y tres botones.

»Boina: color negro, debiendo usarse ladeada hacia la izquierda.

»Cinturón: de cuero color negro con hebilla plateada.

»Zapatos: color negro, abotinados.

»Medias: color azul marino.

»Bufanda: resistente, color azul marino, preferentemente larga.

»Sobretodo: color azul marino, corte cruzado, sin cinturón.

»B) Variaciones por camouflaje

»Por necesidad de camouflaje está permitida la modificación de características de las prendas del uniforme siempre que se mantenga invariable el color reglamentario de las mismas. Por ejemplo, el pantalón puede ser vaquero, la chaqueta también de la misma tela, etcétera.

»Para las operaciones, al utilizarse las insignias para combate especificadas en el Anexo II, pueden utilizarse camisas sin charreteras.

»C) Correaje

»El correaje reglamentario es el de uso interno y está compuesto por funda para pistola o revólver y portacargadores. El color reglamentario es el negro.

»D) Aclaración sobre provisión del uniforme

»Debido a la clandestinidad de nuestras fuerzas y el grado de despliegue organizativo en que estamos operando, la provisión del uniforme, así como su confección no será centralizada. Por lo tanto, cada compañero deberá proveerse de las prendas aquí establecidas tratando de mantener lo más posible las normas dispuestas, siendo en todos los casos el aspecto principal, el mantenimiento de los colores reglamentarios.

»E) Fuerzas no urbanas

»El uniforme para las mismas será establecido en otra resolución, aclarándose aquí que el presente uniforme no es de uso para ellas sino exclusivamente para la fuerza urbana.

»ANEXO II DE LA RESOLUCIÓN N.º 001/ 78 SOBRE UNIFORME:

»A) Insignias de grado

»En los casos en que las insignias son estrellas, éstas son estrellas federales, es decir de ocho puntas.

»A excepción hecha del tipo de estrella que simboliza los grados de los oficiales y el color de las utilizadas para el grado de Comandante, todas las insignias son idénticas a las identificatorias de grado que utiliza el Ejército Argentino.

»Comandante: 1 estrella roja.

»Segundo Comandante: 2 estrellas doradas.

»Mayor: 1 estrella dorada.

»Capitán: 3 estrellas plateadas.

»Teniente Primero: 2 estrellas plateadas.

»Teniente: 1 estrella dorada y una plateada, debiendo ubicarse la primera sobre el borde interior y la plateada sobre el exterior de la charretera.

»Subteniente: 1 estrella plateada.

»Sargento: tres bandas en forma de V corta, paralelas, de color amarillo sobre fondo azul, las dos inferiores anchas y la superior angosta. (...)

»ANEXO III DE LA RESOLUCIÓN N.º 001/78 SOBRE UNIFORME:

»Normas de utilización del uniforme

»1) El uso del uniforme, bajo las condiciones establecidas en la presente resolución, es obligatorio para:

»a) todos los integrantes del Ejército Montonero,

»b) todos los oficiales de las Milicias Montoneras,

»c) todos los compañeros del Movimiento que están prestando funciones dependientes directamente del Partido en tareas Milicianas, o del Ejército.

»Quedan excluidos aquellos compañeros que prestan funciones sólo de colaboración.

»2) Es obligatorio el uso del uniforme durante el transcurso de toda reunión o ceremonia del Partido o Ejército.

»3) Es igualmente obligatoria su utilización para la ejecución de las operaciones militares del Ejército. Los jefes operativos están facultados para efectuar todas las modificaciones necesarias para el camouflaje que dé seguridad a la operación, manteniendo siempre la utilización de los colores

reglamentarios (aunque por ejemplo, la camisa no tenga charretera) y utilizando las insignias de combate. En casos extremos, el jefe operativo está facultado a prescindir totalmente del uso del uniforme para la ejecución de una operación. Esto quedará bajo su responsabilidad y deberá fundamentarlo a su superior».

Poco después, el Ejército Montonero decidió que también debía dotarse de un capellán militar.

Manuel Gaggero mejoraba. El aire caliente y la música cubana que escuchaban en el hospital lo ayudaban a recuperarse de su úlcera de estómago. Además, en la biblioteca del hospital tenía los libros de las campañas de Maceo y Martí, una colección de *Bohemia* y mucha bibliografía soviética de la segunda guerra. Los fines de semana trataba de ir al cine o al teatro y, sobre todo, de no perder la gimnasia de la política. Para eso solía ver a Rafael, un cuadro del PC cubano de quien se había hecho amigo. Su mujer y su hijo ya habían tenido que volverse a Madrid, porque habían empezado las clases.

—Vamos, Manuel, levántate que te voy a llevar a la exposición.

La entrada del edificio frente al Malecón tenía un gran cartel con una frase de Fidel Castro: «El eslabón más débil de la cadena del imperialismo está en África». Adentro había fotos de Angola y hasta un tanque que le habían capturado a las tropas sudafricanas en la frontera. También había medallas, pistolas y otros recuerdos de los cubanos muertos en combate. Rafael decía que esa guerra les estaba pesando:

—Han muerto muchos compatriotas allá, cuadros militares de buen nivel. Y los familiares de los que están en el frente están inquietos, preocupados.

No era común que un cuadro cubano reconociera problemas ante un extranjero:

—Cuba es un país con pocos recursos. Para nosotros mantener esta lucha es demasiado costoso. Fíjate, chico, que los soviéticos nos retacean el apoyo para esta guerra. Se conoce que ellos tienen otra estrategia...

El conflicto de Angola ya llevaba tres años. Había empezado en abril de 1974 con la Revolución de los Claveles, que derrocó al dictador portugués

Marcelo Caetano. Uno de los objetivos principales del nuevo gobierno militar era la descolonización de los territorios portugueses en África. En pocos meses, Angola, Guinea Bissau y Mozambique tuvieron gobiernos provisionales encabezados por movimientos revolucionarios apoyados por la URSS; la oposición estaba formada por grupos alentados por Sudáfrica y Estados Unidos... Todos los sectores estaban armados. En Angola, el levantamiento del Unita, bancado por los americanos, contra el Movimiento Popular de Liberación desembocó en una guerra civil. A los muertos por combates se sumaban los que morían de hambre o por la ingesta de aguas infectadas. África negra estaba convulsionada. Organizaciones políticas, traficantes de armas, mercenarios y gobiernos que apoyaban a los distintos grupos se mezclaron en los combates. Poco a poco la URSS fue limitando su apoyo. Ante el reflujo de las luchas en Latinoamérica, Cuba se volcó hacia la zona. En 1975 empezó a mandar hombres y equipos a Angola. Un año después, el comandante Arnaldo Ochoa —uno de los militares cubanos más prestigiosos— quedó al frente de las tropas cubanas en Angola. Era un cachetazo para el gobierno republicano de Gerald Ford. Era, también, una jugada que no terminaba de cuajar con los acuerdos cubano-soviéticos.

En ese clima, Rafael invitó a Manuel al acto de conmemoración de los 50 años de la Revolución Rusa. Fue el lunes 7 de noviembre en la Plaza de la Revolución de La Habana. Fidel cerró el encuentro con un encendido homenaje a Lenin y a su defensa del internacionalismo proletario. Ese mismo día, en Moscú, los miembros del buró político del PCUS compartían el palco con Berlinguer, Marchais y Carrillo, los eurocomunistas en ascenso, los defensores de la vía pacífica al socialismo.

Esa noche, Rafael llevó a Manuel de vuelta al hospital: los médicos le habían dado un permiso especial para salir, pero tenía que volver temprano. El lado rojo de Rafael andaba despacio, esquivando pozos.

—Mira, Manuel, aquí tenemos que vivir en un equilibrio constante. Todavía los soviéticos nos proveen de máquinas, de nuestro sistema de defensa, de tecnologías y nos compran nuestro azúcar. Y, al mismo tiempo, los comunistas cubanos no resignamos ni nuestra independencia ni el camino de nuestra revolución. El problema, compañero, es cuánto tiempo más podremos pagar el costo de esa independencia.

Antes de dejarlo en la puerta del hospital, Rafael le dijo que el sábado lo pasaba a buscar para ir a un seminario.

—Ese que ya te dije, «Lenin y la revolución latinoamericana». Va a estar bueno, chico, muy bueno.

El título era pomposo y lo presidía Carlos Rafael Rodríguez, uno de los máximos dirigentes cubanos. Antes de entrar, Rafael le hizo una advertencia:

—Mira que tú vas de observador, compañero. Ya tú sabes como es esto, las delegaciones oficiales no son siempre los que uno querría tener ahí.

Cuando llegaron al hotel Habana Libre Manuel entendió por qué el cubano le había pedido discreción: las delegaciones oficiales representaban a los partidos comunistas latinoamericanos. Manuel se sentó solo, a un costado. Las introducciones le resultaron interesantes: el pensamiento de Mariátegui, la experiencia de la columna Prestes en Brasil, las primeras luchas obreras en Chile y Uruguay. Después los discursos se hicieron farragosos, y Manuel no pudo evitar unas cabeceadas. Al rato anunciaron al delegado argentino: Jesús Mira. A Manuel no le hicieron mella las referencias de Mira al peronismo, porque ya las conocía, pero se le retorció el estómago cuando empezó a hablar de la dictadura:

—En la Argentina hay una profunda lucha en el seno de las Fuerzas Armadas. Existe un sector recalcitrante, con generales fascistas, como Menéndez, y otro sector moderado, en el que se alinean oficiales que conservan algo de la tradición democrática argentina. El general Videla encabeza el sector de las Fuerzas Armadas a través del cual puede lograrse en el futuro un gobierno de amplia coalición democrática...

Manuel le golpeó el hombro a Rafael.

—¡Este canalla dice eso porque la URSS le compra trigo a Videla! ¡Éstos son unos contrarrevolucionarios!

—Pero, Manuel, ya tú sabes que el equilibrio es eso: algunos comunistas luchamos por la revolución, otros están pensando en los negocios que necesitamos para sobrevivir.

Después Carlos Rafael Rodríguez se acercó al rincón donde estaba Manuel con Pascal Allende, un dirigente del MIR chileno:

—Con estos PC no vamos a ir a ningún lado.

Les dijo, en un susurro. Pero desde la tribuna oficial no había dicho nada. La estadía de Manuel en La Habana se estaba terminando. Había sido más larga de lo previsto pero se sentía renovado. Se había curado en base a tranquilidad, medicamentos y una dieta estricta de arroz blanco, leche, queso. No tenía derecho a ninguna fritura pero podía tomar un vasito de ron, una cerveza o un helado de vez en cuando. Además, ir a comer un helado a Copelia era toda una salida en La Habana. La cola era larga y muy charlada, interesante. Una tarde, a principios de diciembre, poco antes de volverse a Madrid, Manuel se encontró con María Antonia Berger. Apenas la conocía pero se la presentó otro argentino al que había visto en el local que Montoneros tenía cerca del Museo de la Revolución: una especie de representación diplomática. Después de los saludos, Manuel se sorprendió de la seguridad de María Antonia.

—Mirá, ya es tiempo de preparar la vuelta a la Argentina. Los milicos están empezando a sufrir el desgaste y nosotros tenemos que ponernos al frente de las luchas populares. La evaluación que hacemos es que se está avanzando hacia un equilibrio de fuerzas y que si el campo nacional resiste, pronto va a llegar el momento de pasar a la contraofensiva.

Manuel respetaba mucho a esa mujer que había sobrevivido a los fusilamientos de Trelew: era, para él, el prototipo de la militante inquebrantable. Pero lo que decía le sonaba exitista, cerrado. Cuando ella le dijo que había que terminar con los discursos derrotistas, Manuel sintió algo extraño. Su voz se le hizo lejana, un sudor frío empezó a correrle por la frente. Y eso que hacía tanto calor.

—¡Agárrenlo que se cae!

Gritó alguien, y Manuel no se dio cuenta que se refería a él. Al rato se despertó. Estaba sentado con la cabeza gacha.

—Es para que te irrigue bien el cerebro. Fue una lipotimia, Manuel, quedate tranquilo.

María Antonia se reía con una sonrisa inmensa y en vez de helado le quería dar café, para levantarle la presión.

—No, café no puedo. Por la úlcera. Quiero helado.

Eran sus últimos días en La Habana. Su esposa y su hijo Mauricio ya habían vuelto para Madrid. Mientras contaba los días, ansioso, pensaba que

la vuelta a la militancia no le resultaría nada fácil.

Noviembre de 1977. En esos días, los políticos no solían aparecer en los diarios. Salvo que sus declaraciones no molestaran demasiado al poder. A principios de noviembre, Raúl Alfonsín dijo en *La Nación*: «No estamos urgidos por necesidades electorales. Todos sentimos la necesidad de llevar a buen término este proceso». La frase se parecía mucho al clásico «no tenemos plazos sino objetivos», que solían decir los generales en el gobierno.

Por una vez, Alfonsín estaba de acuerdo con su clásico rival: unos días antes, Ricardo Balbín había dado una entrevista al diario *El Litoral* de Santa Fe: «Desde hace tiempo no tengo un minuto de descanso porque me preocupa esta coyuntura y todos debemos hacer cuanto podamos para recuperarnos, no se trata de hacer un proselitismo sectorial, sino de realizar una tarea de pacificación y de mutua comprensión». Después dijo que quienes aprovechan las crisis políticas son los «indiferentes y los apolíticos, que forman un gran partido» y que «los esfuerzos por lograr la recuperación son desaparejos y creo que ahí ha estado el error de la conducción económica».

Cuando le preguntaron sobre el tema electoral, Balbín dijo que «creo honradamente que el país político no está atado a plazos, el país reclama actitudes. Nadie pide elecciones para hoy, pero sí que se inicien las tareas de reconstrucción. Si vamos hacia una democracia fuerte y estable, debemos, desde ahora, iniciar el estudio y concretar las formas de lo que debe ser su organización».

Su correligionario Fernando de la Rúa acababa de volver de un viaje a Alemania, sacudida por el secuestro de un avión de Lufthansa en Mogadiscio, el atentado mortal contra un dirigente industrial y la muerte en prisión, en circunstancias muy confusas, de tres miembros del «Ejército Rojo» o grupo Baader-Meinhof. De la Rúa escribió sobre todo eso una larga nota en *La Opinión*:

«La cuestión ha abierto un intenso debate político, y aunque sea áspero está orientado en una sola dirección: eliminar la violencia. El éxito del

cuerpo policial especial de Ulrich Wegener en el operativo de rescate de Mogadiscio generó sentimientos de confianza y orgullo. El frío asesinato de Schleyer convocó a una solidaridad general. La muerte de los tres terroristas de la banda de Baader-Meinhof cuyas circunstancias (suicidio) el gobierno federal procuró confirmar llamando a peritos extranjeros para la autopsia, le hizo sentir el peligro de la incomprensión y lo puso a la defensiva ante las injurias de las extremas izquierdas de Italia y Francia (sin que ninguna manifestación se produjera en cambio en Alemania).

»Alguien me dijo que hay, a partir de ahora, otra Alemania. O, para ubicar las cosas en su medida, una nueva conciencia alemana frente a la violencia terrorista. Es que a pesar del fatídico atentado de Munich cuando doce deportistas olímpicos israelíes fueron asesinados por un comando, el terrorismo era tomado aquí todavía como un problema de los otros, una cuestión ajena originada en países más pobres por causas sociales que teñían de cierto lirismo combativo las crueldades poco conocidas de sus métodos. No se comprendía la universalidad del mal, ni se medían sus peligros, ni se advertía el irracionalismo de una violencia que pretende ampararse en el tapujo de falsos ideologismos. Ahora, en cambio, se ha percibido dolorosamente que el terrorismo mata, que es despiadado, y que es preciso unir esfuerzos para vencerlo».

Después, de la Rúa decía que «la condena al terrorismo se ha convertido en una bandera popular: los partidos políticos levantan esa bandera y compiten sobre la contundencia de sus respectivas posiciones», y que «el presidente Walter Schell fue muy claro cuando habló en las exequias de Schleyer: la lucha contra el terrorismo es la lucha de la civilización contra quienes atentan contra ella». Pero que en Alemania «se ha entendido, desde el gobierno hacia abajo, que a este mal doloroso no lo podrá curar nadie solo, sino todo el pueblo. Ojalá esta nueva conciencia haga que la misma energía empleada para condenar al terrorismo en Europa, se use para condenar también el terrorismo que tantos daños y angustias ha causado en la Argentina y uniéndose el mundo, en un solo gesto solidario, sume el esfuerzo y la comprensión de todos los pueblos para lograr la paz».

Eduardo Sigal participó de la reunión del frente universitario de la Federación Juvenil Comunista que elaboró las «Pautas para el aporte de la universidad a un proyecto nacional». Estaban convencidos de que había que sentar las bases para reflotar la FUA. Y, por los contactos que tenían con los jóvenes radicales, creían que, esta vez, la división entre FUA-La Plata y FUA-Córdoba quedaría en la historia.

Sabían que no era fácil: los militares no toleraban la política en las universidades. Y lo expresaban claramente: unos meses antes, en junio, un grupo comando había secuestrado a diez militantes del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina de La Plata que estaban preparando actividades para el aniversario de la reforma universitaria. La mayoría era de la Fede y uno de ellos, Juan José Lunasi, había sido secretario del centro y muy amigo Eduardo. Presentaron recursos, movilizaron influencias, intentaron investigaciones pero, al cabo de unos días, los abogados de la Liga les dijeron que había muy pocas posibilidades de que reaparecieran. Eduardo tuvo momentos de desazón, de miedo, pero se decía que tenían que seguir adelante, que no tenían que desalentarse, y mucho menos intimidarse.

En octubre participó con otros dirigentes de la Fede en la elaboración de un documento para sus militantes: uno de sus ejes centrales era la idea de que el movimiento estudiantil no estuviera ajeno «al amplio diálogo que contribuyera a gestar una convergencia cívico-militar para formular y plasmar el proyecto nacional que permita encauzar a nuestra patria por la senda de una democracia avanzada, pluralista, de profundo contenido social».

—Che, por qué no le agregan este editorial del *Herald* sobre Bravo...

Unos días antes, el *Buenos Aires Herald* había sacado un artículo denunciando el secuestro de Alfredo Bravo, entonces secretario general de CTERA, y miembro del consejo de presidencias de la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos. Bravo había sido detenido por media docena de hombres que lo sacaron a golpes del colegio donde daba clases, y estuvo secuestrado doce días: entre los que lo interrogaron y torturaron estaba el general Camps:

«La desaparición del profesor Bravo es un caso clave. Éste es el desafío que el presidente Videla y los hombres decentes que conducen las fuerzas de seguridad deben haber estado esperando. Ahora es el momento de borrar la oscura imagen que pende sobre la Argentina y que la diplomacia personal del presidente Videla hiciera tanto por borrar. Veamos al profesor Bravo, rescatado de sus raptos y a los dos delincuentes que se hicieron pasar por policías, como así también a los traidores que los escoltaron en los automóviles, llevados ante la Justicia. Mucho es lo que depende de los resultados de este impactante asunto. Si las fuerzas de seguridad fracasan en resolver este caso, el gobierno deberá considerar si es que se ha declarado la guerra contra el presidente en su mismo terreno. Si se soluciona, estaremos en la senda de lograr la paz».

Al final de la reunión, Eduardo recibió una noticia que le cambió el humor. Cuando llegó a su departamento de Quilmes, saludó al portero y a un par de vecinos con una gran sonrisa. Llevaba su traje gastado y su portafolios primicia, como siempre: «si estos tipos supieran lo que voy a hacer la semana que viene, si supieran quién soy», pensó. Entró a su casa apurado y abrazó a su mujer:

—Mabel, Mabel, ¡me voy a Moscú!

—¿En serio?

—Sí, querida, me acaban de avisar que integro una de las delegaciones del partido. No voy a los actos centrales, pero voy a participar de un seminario... ¡Imaginate!

El seminario era parte de los festejos de los sesenta años de la Revolución Rusa. La cúpula soviética estaba intentando revitalizar sus vínculos con los partidos comunistas de países occidentales: los eurocomunistas Berlinguer, Marchais y Carrillo se distanciaban cada vez más de Moscú, y muchos de sus camaradas de otros países no socialistas empezaban a pensar en seguirlos. No era el caso del PC argentino, identificado con el pensamiento oficial soviético desde los tiempos en que Vittorio Codovilla seguía las ideas de José Stalin. Eduardo había sido designado junto a otros dos miembros del Comité Central de la Fede y saldrían en pocos días, vía Francia.

—En París vamos a estar sólo hasta que nos den los pasajes y la visa para ir a Moscú, pero el seminario nuestro se hace en Leningrado...

—¡Qué bárbaro! ¿Y cuándo volvés?

—Calculo que en menos de un mes.

—¿Y qué les vamos a decir a los vecinos?

Les parecía que, ante el más mínimo cambio de rutina, todos sospechaban de todos, todos tenían la curiosidad morbosa de descubrir subversivos o, al menos, algún marido infiel, un esposo abandonado. En los días siguientes Mabel se ocupó de decir, como al descuido, que su marido se iba unas semanas a San Juan, por un tío enfermo y una chacra que se disputaban sus herederos. En ese momento Eduardo ya estaba buscando la Bastilla, un poco desencantado de que no existiera y que la revolución de 1789 tuviera un monolito pequeño con una plaquita de bronce que homenajeaba a los precursores de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Después de retirar su pasaje en la embajada soviética, Eduardo se encontró con unos camaradas suyos que estaban viviendo en París. Oficialmente, el PC argentino no tenía exiliados, pero mandaba algunos de sus cuadros a cumplir tareas al exterior: como Francia se había convertido en un centro internacional de denuncias sobre la situación argentina, el PC tenía un representante y la Fede otro. José Westfreid, de la Fede, lo invitó a comer un sándwich griego por el barrio Latino y le contó que una de sus tareas centrales era participar de los comités de solidaridad con los exiliados.

—¿Y qué tal es el ambiente?

—Mirá, hay de todo. Están copados por montos y perros, mucha ultra, pero más allá de eso se está haciendo una buena labor de denuncia del genocidio en la Argentina...

—¿Y pueden hacer algo, en organismos copados por la ultra? ¿Y qué es eso que decís del genocidio?

—Como sabés, está bastante documentada la política de exterminio de rehenes que tienen tanto el Ejército como la Armada en los campos de concentración. Y te podés imaginar que acá, en Europa, se están sensibilizando con estos temas, así que hay bastante apoyo. Sobre todo por los secuestros de chicos...

En el tupolev de Aeroflot que lo llevaba a Moscú, mientras una azafata robusta le servía muchas papas, Eduardo se preguntaba si no sería que una mezcla de miedo y espíritu de supervivencia no le dejaba ver esas cosas espantosas. Westfreid le había hablado de miles de desaparecidos, de un plan sistemático de exterminio dirigido por los mandos orgánicos de las Fuerzas Armadas, de los campos de concentración en los mismos cuarteles. Por un momento pensó que si las cosas fueran de esa magnitud, eso de diferenciar los matices entre militares democratistas y pinochetistas era una estupidez o, peor: una barbaridad. Dudaba, y eso no le gustaba nada. La azafata pasó de nuevo y le ofreció algo, en ruso. Eduardo supuso que sería bebida pero le daba vergüenza hablar por señas, y menos para pedir vodka. Incómodo, trató de abstraerse en la lectura.

La edición de ese mes de la *Nouvelle Revue Internationale*, del PC francés, había publicado un artículo de Athos Fava titulado «Características y vías de la lucha por una democracia renovada». La extensa nota de Fava, uno de los máximos dirigentes del PC argentino, decía que «el gobierno actual de la Argentina llegó al poder tras un golpe de Estado. La víspera de ese golpe, la incertidumbre y el caos reinaban en el país. El Estado ya no era gobernado. La inflación causaba gran daño a la economía y golpeaba particularmente el presupuesto de los trabajadores. (...).

»En las dos últimas reuniones de comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, el general Videla recibió el apoyo de sus colegas para mantener un diálogo constructivo con los medios civiles y encontrar una solución política a los problemas. Nosotros, los comunistas, que hemos estudiado en los últimos años la situación existente en el seno de las Fuerzas Armadas, sostenemos que es imposible avanzar sin una unión de los sectores progresistas civiles y militares, y que el proceso de transformación exige la participación de los militares democráticos. (...)

»Nosotros trazamos una línea neta de demarcación entre los medios progresistas, patrióticos y democráticos y los grupos reaccionarios que se encuentran en el seno de las Fuerzas Armadas. Sostenemos que el peligro principal que amenaza a nuestro pueblo es el pinochetismo, apoyado por la reacción, el imperialismo y la CIA. Los pinochetistas no han sido vencidos, se acorralan furiosamente en sus posiciones y se esfuerzan para mantenerse

a cualquier costo en el centro de la batalla. Es precisamente por luchar contra ellos que nos esforzamos en unir a todas las fuerzas democráticas, civiles y militares, aun aquellas que son dubitativas e inestables. (...) El PC aprecia la actividad de otros partidos políticos y de otras fuerzas democráticas y patrióticas, como la Iglesia, que apoyan de una u otra manera a la corriente dirigida por el general Videla y sus acciones positivas, particularmente aquellas tendientes a aislar a los pinochetistas y a lograr la victoria en la batalla por la democracia. En el campo contrario se encuentran las fuerzas de la derecha, la extrema derecha y los izquierdistas. (...)

»Excepto los grupos izquierdistas que fueron prohibidos, la Junta Militar no disolvió los partidos políticos, aunque suspendió temporalmente su actividad política —bajo pena de prisión—, y les permitió conservar sus locales para funciones organizativas. (...) En la lucha que lleva adelante por la democracia y contra el pinochetismo, nuestro partido ha sufrido grandes pérdidas: docenas de asesinados, alrededor de cien desaparecidos, centenares de detenidos, de los cuales muchos fueron sometidos a monstruosas torturas. (...)

»Nosotros, los comunistas, consideramos que nuestra línea es justa, científicamente fundada y que responde a la realidad de los hechos. Las masas, que han acumulado una dura experiencia, lo comprenden cada vez mejor. Por eso llamamos a todas las fuerzas democráticas del mundo para que presten atención al drama que vive la Argentina, que comprendan su difícil situación política, y que ayuden a aislar a los pinochetistas de nuestro país y a evitar así un baño de sangre que podría tener una amplitud sin precedentes. Con la victoria de una dictadura de los émulos de Pinochet, el círculo del imperialismo amenaza reafirmarse en el cono sur y la situación del continente se encontraría en grave peligro».

Ya en Moscú, Eduardo iba de asombro en regocijo: hacía tantos años que imaginaba ese encuentro con la patria del socialismo. Todo le parecía increíble: el empedrado prolijo de la Plaza Roja y las cúpulas del Kremlin, las sonrisas de las viejas que habían soportado la guerra del 40, el mausoleo de Lenin, los enormes edificios universitarios, los uniformes, las botas y los kalashnikov de los guardias rojos, las fábricas con grandes chimeneas, la

bandera roja inmensa que flameaba desde hacía sesenta años. Todo era monumental.

El hotel de Leningrado resultó majestuoso, con ventanales altísimos, confiterías, botones con uniformes muy marciales. El traductor que le tocó era un muchacho de su edad, muy simpático, que quería saber todo sobre la Argentina y, muy especialmente, sobre el Mundial del año siguiente.

—Bueno, va a ser una situación complicada. Con suerte, los sectores más democráticos del Ejército lo van a poder utilizar para afirmarse. Básicamente porque la Argentina va a estar en la mira del mundo, y eso obliga al gobierno a mantener cierta cohesión y conducta detrás de Videla, Viola y los demás. Y además tenemos a Menotti, que es un tipo nuestro.

—¿Cómo, nuestro?

—Sí, él está con la línea del partido. Por supuesto que no sale a decirlo en público, pero sabemos que está más o menos cerca.

Era un eufemismo. Hacía varios años que Florindo Moretti, un caudillo del PC santafesino, lo había contactado y se reunía con él. Menotti era, en esos años, un colaborador orgánico del Partido Comunista.

—Claro, ése es un punto importantísimo.

El seminario sobre pensamiento leninista empezó con las estrofas de la Internacional cantada en tantos idiomas que las voces se fundían en un grito incomprensible y exaltante. Eduardo escuchaba interesado, pero lo mejor era la atmósfera: la historia viva, la reunión de revolucionarios de todo el mundo que torneaban el futuro de la humanidad. Un locutor lo anunció y Eduardo bajó unos escalones sobre una alfombra mullida. Habló con ademanes, con silencios, con la experiencia de las asambleas de barricada. Dijo que la historia era antes y después de Lenin, que en la Argentina no todo estaba perdido y unas pocas cosas más que tradujeron simultáneamente a decenas de idiomas. Estaba tranquilo. Sólo se impresionó horas después, cuando el traductor le dijo que el representante de los komsomoles de Leningrado estaba satisfecho:

—Dijo que tus palabras combinan el temple del revolucionario con la sutileza del político.

Eduardo terminaba su viaje muy reconfortado: la Unión Soviética le resultó como un sueño hecho realidad. Aunque, poco antes de salir de

vuelta para París, tuvo una larga charla con León Lev, el secretario general de la Juventud Comunista uruguaya. Lev era un enemigo cerrado de las tácticas del PC argentino:

—Mirá, la represión en Uruguay es un poroto al lado de lo que pasa en la Argentina, y nosotros no le buscamos el filón democrático a los dictadores... A mí no me entra en la cabeza cómo ustedes pueden apoyar a Videla.

—¿Y de dónde sacás que nosotros apoyamos a Videla? Eso es no entender para nada nuestra línea. Primero, porque se vive un retroceso del movimiento popular y para salir de esa situación lo que hacemos nosotros es aprovechar las contradicciones del enemigo, neutralizar los sectores menos recalcitrantes, ocupar los espacios que se van abriendo y tratar de avanzar a medida que avanza la organización y la conciencia de las masas...

—Momento, tú hablás de los matices, yo te hablo de los principios.

El viernes 25 de noviembre Eduardo se abrazó con Mabel en Ezeiza.

—Amor, te tengo que contar todo. Es increíble, increíble, mucho más que lo que nos imaginábamos...

—Eduardo, antes que nada, antes de que me olvide: el miércoles hubo un terrible terremoto en San Juan.

—¿Y?

Eduardo no podía creer que su mujer lo interrumpiera con algo tan banal cuando él estaba por contarle las maravillas del socialismo real.

—¿Cómo y? Vos estás llegando de ahí, ¿no te acordás? En el edificio no sabés cómo se preocuparon los vecinos...

Una hora después sus vecinos le preguntaban detalles del terremoto que había arrasado Caucete. Una cosa era leer los diarios o un reporte televisivo y otra escuchar a alguien que había estado cerca. Juan, el portero, estaba intrigado: quería saber cómo era la tierra temblando, si todo era tan rápido, si las grietas eran tan profundas.

—No, sabe qué pasa, yo estuve en San Juan capital, por suerte no estuve en Caucete...

—Pero el piso lo mismo se movía bastante ¿no?

—Yyyy... Sí, cómo decirle, se mueve, pero vio cómo es, que a veces uno se da cuenta de las cosas recién cuando se le cae la estantería encima; en las tragedias los humanos somos bichos muy raros, vio...

A esa altura, tras unos pocos días, Graciela Daleo ya empezaba a saber que en la ESMA ninguna señal era del todo clara o que, más bien, cualquier señal podía darse vuelta: la primera regla ahí adentro era que no había reglas, que todo estaba supeditado a la voluntad de los marinos. Que los marinos se complacían en mostrar a sus prisioneros que el juego no tenía más reglas que las que ellos querían poner en cada momento, y modificar al minuto siguiente: como el prisionero que recibía un cigarrillo un día, otro al día siguiente y otro al tercero y que, al cuarto, cuando esperaba su cigarrillo, se encontraba con que no se lo daban, para que supiera que si se lo habían dado era por capricho: que no había derechos adquiridos. O como el prisionero que, porque lo habían tratado mejor que a otros, o lo habían llevado a comer o lo habían pasado al sótano, pensaba que su vida ya estaba más o menos segura sólo para encontrarse con que, un miércoles cualquiera su número estaba en la lista de traslados. Los marinos querían que estuviera muy claro que ellos eran los dueños de la vida y de la muerte. Y que decidir una muerte, después de tantas, ya no les costaba nada.

El segundo día, cuando Graciela pidió hablar con el capitán Whamond para salir a —supuestamente— marcar al Gordo José, sus compañeros en Capucha empezaron a murmurar que estaba colaborando. Y, cuando la llevaron a la pieza del ministaff, varios pensaron que era la confirmación. Otros no. Esa noche, el Beto Ahumada le comentó a Andrés Castillo, el Gordo Ángel:

—Me parece que esta piba ya se avivó de cómo viene la mano.

Ese domingo la sacaron a hacer «un estático» —pararse a ver si aparecía alguien conocido para marcarlo— a la entrada de la cancha de Huracán. Sabían que Graciela había militado en Parque Patricios. Pero eso había sido tanto tiempo antes. Graciela estaba sentada en el asiento de atrás de la renoleta con vidrios espejados y les decía que no conocía nadie.

—No, fíjese bien, a alguien tiene que ver.

Graciela habría querido hundirse en el asiento, deshacerse: transpiraba, sabía que si la ponían en la calle podía ser un peligro para sus compañeros, para los que la conocían y quizás, viéndola, se le acercaran, o hicieran un movimiento que pudiera delatarlos. O para ella y su propia estima, si algún militante la veía y pensaba que estaba colaborando. Además, era terrible ver cómo funcionaban en la Argentina dos mundos paralelos: el de los muertos-vivos, ellos, encerrados esperando que unos señores decidieran sobre su vida o su muerte, y el mundo de los vivos que seguía igual, con gente que se divertía, paseaba, hablaba, iba a la cancha. Era aterrador.

—¡008, levántese!

Ya llevaba tres semanas en Capucha cuando la despertó el grito. El oficial le hizo una pregunta que era casi una afirmación:

—Usted sabe escribir a máquina.

—Sí.

—Entonces venga.

La llevaron engrillada, esposada y encapuchada hasta la Pecera, nueve cuartitos al fondo del tercer piso, del lado opuesto a la Capucha: los habían construido poco antes, con paneles de aglomerado hasta medio metro del piso y el resto de acrílico, para que estuvieran los prisioneros del staff «en proceso de recuperación». Cuando venían militares de otras fuerzas o policías o periodistas o invitados extranjeros o políticos amigos de los marinos a conocer el lugar, les mostraban a los «recuperados» en sus oficinitas: ahí adentro, decían, eran como pescaditos en una pecera. Parecían hombres y mujeres jóvenes ocupados en tareas de oficina, sólo que tenían grilletes en las piernas y, para circular entre la Capucha y la Pecera, los verdes solían llevarlos con los ojos vendados, después de anotar su tránsito en el libro de guardia.

Le sacaron la capucha, la sentaron frente a una máquina de escribir Olivetti lexicon y la dijeron que tipeara unos papeles manuscritos que estaban ahí: era una monografía sobre la batalla de Verdún que un prisionero, Antonio Nelson Latorre, el Pelado Diego, había escrito para que el mayor del Ejército «Chavi» Acosta, hermano del capitán de corbeta Jorge Acosta, aprobara su curso de la Escuela de Guerra. Antonio Latorre era un histórico de las FAR: cuando cayó, en mayo de 1977, era el responsable

montonero de la Capital Federal y, tras unos minutos de tortura, negoció la entrega de Kika Osatinsky, Andrés Castillo, Alberto Gironde y Yaya Azcone a cambio de que no persiguieran a su mujer, Liliana Goldenberg, la hermana menor de Carlos. Entonces los marinos le dieron permiso para llamarla:

—Bichito, andate que voy a cantar.

—Andate vos a la puta madre que te parió.

Los marinos de la ESMA despreciaban al militante que no había resistido «ni medio disco» de tortura. Pero Antonio Latorre era un analista político de gran capacidad: desde su oficinita en la ESMA se convirtió en uno de los asesores del almirante Eduardo Massera y del canciller, vicealmirante Oscar Montes. Y también lo usaban para tareas menores, como esa monografía. El mayor Acosta tenía que entregarla al día siguiente, así que estaban apurados. Graciela tecleaba esposada y los oficiales la miraban como si fuera un fenómeno:

—¿Viste? Escribe sin mirar.

Graciela tardó un par de horas en pasar el texto en limpio. Cuando terminó la volvieron a encapuchar y la devolvieron a su cucha. El horror de Capucha era distinto. El silencio, la penumbra, las patadas que algún verde le daba a un prisionero, las ratas que caminaban sobre los cuerpos tendidos en las cucas. Pero también allí se tejían subterráneos impulsos de vida. Cuando la guardia aflojaba un poco y el Pedro estaba lejos, el Tano Cigliutti jugaba partidas de ajedrez con Pajarito Berroeta. Sus cucas estaban enfrentadas y se pasaban las jugadas hablando con las manos. Así movían las piezas de miga de pan sobre tableros dibujados en papel.

Los presos que salían de Capucha actuaban como secretos proveedores de quienes permanecían todo el tiempo allí. El Nariz buscó en la biblioteca de la Pecera, donde estaban los libros robados de las casas que saqueaban en los operativos, uno de Capablanca. Los ajedrecistas de Capucha querían mejorar sus jugadas.

Entre el tabique y la colchoneta acumulaban pequeños tesoros, que resguardaban de las ratas y conservaban hasta que los verdes se los quitaban. Entonces volvían a empezar. La resistencia, pensaba Graciela,

también estaba en las figuritas de miga que la Biónica Alcira Fidalgo teñía con el polvo raspado de la pared de la Capucha.

Diciembre de 1977. Un tal Mauro Viale hacía los comentarios de televisión de la revista semanal de *La Opinión* y decía que dadas «las condiciones en que se dan actualmente la forma y el contenido», los programas *Video Show* y *Mónica presenta*— conducidos por Cacho Fontana y Mónica Cahen D’Anvers— «son los más modernos de nuestro medio televisivo, lo cual no quiere decir que sean los de mejor calidad artística y periodística. Ello obedece (y no es ningún misterio) a las innovaciones técnicas que, discutidas o no, permiten acceder desde diferentes maneras a la noticia, la base de esas audiciones. Las cámaras portátiles, el hecho de que la emisión sea diaria, las producciones espectaculares y costosas, la dedicación exclusiva, los corresponsales, los viajes por todo el mundo, la búsqueda obsesiva del material periodístico, y las figuras carismáticas de Fontana y Mónica favorecieron en 1977 una cantidad incesante de situaciones televisivas con oscilaciones cualitativas pero no cuantitativas.

»A través de estos dos programas, la televisión argentina accedió, en 1977, a la implantación de un nuevo formato, de un sistema que apareció bajo el nombre genérico de “cámaras de video-cassettes”, y que tiende a miniaturizar la enorme infraestructura técnica de los canales de televisión», decía Viale.

«Los ratings más elevados del año correspondieron a las emisiones deportivas (Boca-Cruzeiro, por el 13, obtuvo 60,6, uno de los más altos). Las series más vistas fueron *Los Ángeles de Charlie*, *Mujer Maravilla*, *Bonanza*, *La mujer biónica*, *El Zorro*, *Kojak*, *El hombre nuclear* y *Mujer policía*. (...) Según los datos de IPSA, los noticieros estuvieron relegados en el rating y el show que se salvó fue *La noche de Andrés* (casi siempre sobre los 20 puntos), con una muestra archiconocida de lo que gusta exponer frente a las cámaras Andrés Percivale: cantar, bailar, gesticular, leer cuentos, sonreír.

»Los programas de humor también estuvieron marginados de las preferencias generalizadas, y es evidente que no hay éxito como en otros

tiempos. El canal 11 debió importar un show cómico distinto, que triunfara en 110 países del mundo, *The Muppet Show*, en el que las situaciones humorísticas son aportadas por marionetas.

»Casi sobre fin de año, se produjo la reaparición de Pinky, después de tres años de ausencia. “La reina de la TV”, como muchos la llaman, se lanzó a competir con *Los almuerzos de Mirtha Legrand* (con nueve años de vigencia absoluta en la televisión argentina) y de acuerdo a las estadísticas superó muchas veces a la señora Mirtha Legrand en las puntuaciones».

En la misma revista, Miguel Grinberg escribía sobre rock nacional y decía que «durante 1977, sufrió embates de adentro y de afuera. Desde el campo externo, se agudizó un “exilio involuntario”, ya que ni la radio ni la televisión se han dado por aludidas en cuanto a la riqueza musical del género, dándose el caso de directores artísticos que la encuadran en el rubro de las prácticas “malsanas” afines a la toxicomanía y —créase o no— a la violencia política. De este modo, los discos de nueva música urbana no son programados, y excepto un programa diario nocturno de Radio del Plata, sus protagonistas tienen rango de inexistentes».

Después decía que «vivir de la música puede llegar a ser un martirologio» y que «en 1977 decayeron las fuentes de trabajo, pues disminuyó el efectivo juvenil para gastos musicales. Bajó en más de un 50 por ciento la venta de discos (en comparación con 1976) y se triplicó el precio de los álbumes».

Grinberg decía que muchos de los músicos del rock nacional estaban en el extranjero: Moris, Miguel Cantilo, Kubero Díaz y Roque Narvaja en España; «León Gieco ha sido invitado para actuar en Colombia, y Charly García y David Lebón se instalarán en Brasil durante un tiempo». Y que los «pioneros como Alberto Spinetta y Litto Nebbia» eligieron «la difícil desnudez del espíritu, en pos de nuevas vivencias para su carrera como creadores. Los grupos de Nito Mestre y Gustavo Santaolalla se acurrucaron en bellos logros del año 1976. La agrupación MIA y el conjunto Bubu siguieron sonando en la órbita de las sanas promesas. Alas se estancó pesadamente. Separados en Europa del grupo de Astor Piazzolla, los talentosos Osvaldo Caló y Tomás Gubitsch no volvieron de inmediato. Y

aparecieron decenas de nuevos grupos, en su mayoría efímeros o insoportables.

»Las máximas conquistas sonoras de 1977 fueron el tercer LP de Raúl Porchetto y el concierto del Coliseo de Rodolfo Mederos con Generación Cero. Tanto en Buenos Aires como en ciudades de provincia siguen apareciendo más músicos jóvenes. Durante 1977 hubo muchos naufragios, pero los sobrevivientes reman duro y afinan. No hay costa a la vista, pero se adivina».

—Acá nosotros somos los dueños de la vida y de la muerte.

Solía decirles el capitán Jorge Acosta.

—Acá nadie vive cuando quiere ni se muere cuando quiere, 008. Yo hablo todos los días con Jesusito. Si Jesusito me dice que 008 va a vivir, usted vive. Pero claro, mañana Jesusito me puede decir Victoria se va para arriba, y le damos un pentonaval y usted se va para arriba.

Graciela Daleo ya se lo había escuchado varias veces, pero igual le resultaba difícil contener un escalofrío, y sólo intentaba que el capitán no lo notara. El pentonaval era el nombre que le daban los marinos a la inyección de pentotal con que dopaban a sus prisioneros para tirarlos vivos al Río de la Plata.

Graciela sabía que su vida no estaba en sus manos. Su situación era, como la de todos, ambigua, inestable: en la Escuela de Mecánica de la Armada ningún prisionero podía saber si moriría o seguiría vivo al día siguiente. Los marinos se lo subrayaban todo el tiempo. Que eran ellos los que decidían, pero que en su decisión también pesaría la medida en que ella «se recuperara». Porque lo que sí estaba en sus manos era seguir manteniendo la dignidad o pasarse al bando de los marinos. Por eso se preguntaba, angustiosamente, todo el tiempo si no corría el riesgo de jugar el juego de los marinos: si en su simulación, no se estaría dejando cambiar por ellos.

Un par de semanas antes habían empezado a llevarla a una de las salitas del sótano, donde tenían la composer, y la hacían pasar en limpio papeles, documentos. El sótano era un largo pasillo a cuyos lados los marinos habían ido armando habitaciones según las fueron necesitando: los cuartos de

tortura, la enfermería, el laboratorio fotográfico, el taller de diagramación y composición de textos, el de falsificación de documentos, el estudio de audio: ahí los marinos falsificaban los documentos que les servían para apropiarse y vender casas y autos, para hacerse pasar por miembros de otras fuerzas, para moverse y viajar con identidades falsas. Ahí, también, producían el *Informe Cero*, un boletín que repartían fuera del país para «mejorar la imagen argentina» o los audiovisuales que mandaban a las embajadas.

En el sótano también estaban Lauletta, Ricardo Coquet, Carlos García, Alfredo Margari, el ingeniero Della Zopa, Bichi, Mantecol, Ana María Ponce —la Loli—, el tío Lorenzo, el Gallego Fermín y varios más.

—Si esto sigue así va a haber que salir a chupar patrones.

Dijo el oficial del Servicio Penitenciario Generoso, Fragote, y Graciela se quedó helada. La habían llevado al pasillo del sótano y hacía un rato que la tenían parada frente a unos paneles que habían armado con fotos de los cadáveres de la bomba que los Montoneros habían puesto en julio de 1976 en la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal. La contemplación tenía un fin didáctico: debía servir para que los secuestrados «en proceso de recuperación» siguieran aprendiendo cómo era el infierno que acababan de abandonar y se afirmaran en su camino hacia el bien. Pero ese día, el personal de la ESMA estaba indignado:

—Nosotros ya reventamos a toda la monta, pero si estos tipos siguen con esta política económica la guerrilla va a volver a aparecer.

Varios de los militares de la ESMA tenían reparos acerca del proyecto económico de Martínez de Hoz y del gobierno de Videla: suponían que, si seguían hambreado a la población, terminarían por crear nuevos focos de descontento y de agitación sindical y política. En esos días había una huelga de subterráneos por reclamos salariales, y los marinos estaban preocupados.

—Si los patrones insisten con esa vamos a tener que salir a chuparlos, hasta que se den cuenta. ¿O qué se creen, que hicimos todo este laburo al pedo? Con lo que está haciendo el gobierno va a conseguir que vuelvan a aparecer los subversivos. Nosotros estamos de sangre hasta el cuello, y ellos hacen esto.

Graciela los escuchaba azorada: parecía que los marinos estaban convencidos de que su método podía aplicarse a todos. Que la bajaran al sótano era un avance: el solo hecho de que la sacaran de Capucha indicaba que los marinos la incluían en el proceso de recuperación. Aunque pudieran dar marcha atrás en cualquier momento. Ya no la torturaban físicamente: en la recuperación, la picana era reemplazada por el adoctrinamiento, la presión, el miedo. Graciela buscaba otras formas de aguantar: su preocupación mayor ya no era el dolor, sino el miedo de pasar los límites que separaban la simulación de la colaboración. El tormento, entonces, estaba sobre todo en no saber, en cada momento, qué hacer. En tener que estar alerta porque nada se podía predecir. Cuando el de la cucha de al lado le quería hablar, por ejemplo, ¿le contestaba o no le contestaba? Si le contestaba a lo mejor le estaba tirando de la lengua para ver qué decía, pero si no le contestaba podía ser un gesto insolidario, o de cobardía... O, cuando le llevaban la comida: ¿por qué comerla? Comer la comida de los asesinos, ¿no era también un gesto de entrega, un renuncio? Pero no comer, ¿no sería una forma de facilitarles demasiado las cosas? O, peor, cuando un marino volvía de afuera y contaba cómo le había ido en el operativo que acababa de hacer, cómo había matado a algún compañero suyo. ¿Por qué no levantarse y pegarle el grito definitorio, cómo no levantarse, cómo soportar esos momentos y, sobre todo, la duda de si era correcto, si era válido, si tenía que soportarlos? Si, con eso, no estaba aceptando los mecanismos de destrucción que los marinos querían utilizar en ella: desestructurarlos, desarmarlos completamente para hacerlos de nuevo, distintos, otros. Cada pregunta tenía varias respuestas y muchas más preguntas: cada momento era una zozobra insoportable. El 18 de noviembre, por ejemplo, los marinos habían traído a Oscar De Gregorio, el Sordo, oficial mayor montonero secuestrado en Montevideo: esa noche, el teniente Astiz había entrado en la Pecera con un DNI que llevaba un nombre cualquiera y la foto del Sordo, preguntando si alguien lo conocía: nadie dijo nada. Y Graciela estaba segura de que algunos de los que estaban ahí lo conocían.

—Victoria, parece que te quieren presentar en una conferencia de prensa.

—¿Cómo una conferencia de prensa?

—Sí, al Pelado Diego ya lo filmaron para una. El Pelado decía que se arrepentía de lo que había hecho y llamaba a la rendición a los montoneros que quedan. Algo así...

Graciela se quedó callada. Martín Grass, Chacho, le parecía un tipo confiable, pero no tenía muy claro para qué le decía esto. Quizás estuviera tratando de ayudarla: le daba información para que estuviera preparada cuando se lo propusieran, por ejemplo. Pero cómo saberlo. Graciela recordaba, todo el tiempo, la frase de Chiche:

—Victoria, no tenés que confiar en nadie. Ni siquiera en mí.

Era de madrugada: Martín y Graciela charlaban sentados a la mesa de la Pecera. En la ESMA los días y las noches se confundían muy fácil. Graciela sintió que no tenía más ganas de mantener la careta. A veces le pasaba:

—Yo eso no lo voy a hacer. Que me maten... ¿Por qué no me dejan en paz? Que me maten de una vez. Yo eso no lo voy a hacer.

Martín se quedó callado. Pero Graciela se quedó preocupada por la posibilidad. Esa tarde le pidió a una de sus compañeras, a quien los marinos llevaban a visita familiar, que tratara de conseguirle una pastilla de cianuro. Quería tener ese reaseguro. Por si acaso.

—Sí, seguramente te la puedo conseguir.

Las visitas familiares eran parte del proceso de recuperación naval. Y, al mismo tiempo, una especie de test: salir en visita suponía que los marinos creían que ese proceso avanzaba. Y los que estaban en la Pecera estaban mejor que los que tenían que bajar al sótano. Aunque el sótano ya fuera un paso adelante. Eran pistas, pero ningún dato era definitivo: cualquier categoría podía desmoronarse cada miércoles, el día de los traslados.

Los miércoles los guardias estaban crispados, gritaban por cualquier tontería. Y los prisioneros estaban asustados, reconcentrados, tensos. La Capucha siempre era silenciosa, pero los miércoles el silencio se oía, se hacía insoportable. El aire se hacía gelatina. Todo parecía teñirse de una oscuridad densa, impenetrable. En cada cucha, una persona esperaba el momento en que dirían o no dirían su número, y su vida o su muerte dependían de eso.

A la tarde, un oficial empezaba a leer una lista de números. Los prisioneros mencionados se iban parando. El ruido de sus pasos, de las

cadena tintineando en sus tobillos era el sonido del espanto. Les decían que era para llevarlos a un campo de recuperación en el sur del país. Muchos pensaban que eso era cierto.

Cuando llegó, alguien le contó a Graciela que había traslados buenos y traslados malos. Que los buenos eran los que iban a ese campo; que los malos eran los que iban a la muerte.

—¿Me dijeron que hay traslados buenos y traslados malos?

Le preguntó, en cuanto pudo, Graciela a Mónica, su vecina de cucha. Esa tarde, el verde que estaba de guardia era un poco más tolerante que la mayoría. Mónica se asomó, se levantó la venda de los ojos y la miró fijo:

—No hay traslados buenos.

Graciela se quedó callada, hundida en el silencio. De a poco, los prisioneros fueron conociendo los detalles del mecanismo. Uno de ellos, Emilio Assales, Tincho, un suboficial de la Armada que se había pasado a los Montoneros, había caído en la ESMA. Un miércoles a la tarde, en la Capucha, escuchó al verde de turno que lo llamaba por su número. Se lo llevaron junto con otros veinte prisioneros pero lo volvieron a traer horas después, dormido. Cuando se despertó, tras un día entero, le contó a Juan Gasparini, su vecino de cucha, que le habían inyectado algo que lo dopó y, muy mareado, lo estaban subiendo a un fokker en el aeroparque, pero cuando el Pedro Bolita lo vio, lo hizo bajar:

—Por ahora te salvaste, pibe. Te piden de Mendoza.

Contó que le dijeron. Sus compañeros de traslado despegaron en ese avión, desde dónde los tirarían, todavía vivos, a las aguas del Río de la Plata. Para Graciela fue un golpe muy duro. Empezaba a confirmar que cualquier traslado era la muerte. No había creído mucho en los traslados buenos, pero, como los demás, necesitaba creerlo. Por sus propias posibilidades de sobrevivir, y para no sufrir horriblemente cada vez que oía a uno de sus compañeros salir de su cucha porque acababan de gritar su número.

—008.

—¿Sí?

—Mire, la vinieron a visitar.

Le dijo el capitán Whamond. Graciela estaba en el sótano, tipeando un texto en la composer. Cuando se dio vuelta, vio al teniente de navío Carlos Carella, Palanca, que le sonreía desde la puerta:

—Hola, qué hacés.

Le dijo Graciela, tratando de sonar cordial, y se levantó a darle un beso. Después de unos minutos de charla, Graciela le dijo que ella creía que él había dado la dirección de sus padres.

—Pero si usted dijo que no tenía cómo ubicarla.

Dijo el capitán Whamond.

—Efectivamente, no tenía cómo ubicarla.

Dijo el teniente Carella. Graciela sabía que no era cierto. Después se preguntó por qué lo habría hecho y supuso que, más que nada, no había querido tener problemas con su mujer y su familia política. El capitán Whamond se fue y los dejó solos. El teniente Carella le preguntó si ella había pasado sus datos a la organización.

—No.

—¿Por qué?

—Porque creí que estabas rescatando vacas ahogadas, no sabía que estabas en esto.

El marino la miró de una manera que Graciela no consiguió interpretar. Su primo político estaba amable, sin excesos:

—No sé por qué mi mujer te quiere tanto. Te imaginarás que no le puedo decir a ella que te vi. Ah, hace poco los vi a tus viejos. Todo esto me da mucha pena por ellos.

La charla duró unos minutos más. Algo se dijo del GAN, Graciela mencionó a Lanusse y Carella se puso rígido:

—Ése es un traidor. Tendríamos que haberlo matado.

La despedida fue cordial. Más tarde, Juan Gasparini le preguntó por qué había ido a verla Palanca, que ya no estaba más en la ESMA:

—Porque es mi primo.

Cuando Graciela le contó el diálogo, Juan se la quiso comer cruda:

—¡Estás loca! ¿Por qué no le dijiste que no habías dado sus datos por el sentido de familia o algo así?

En el atardecer del 8 de diciembre, Graciela estaba en la oficinita del sótano cuando vinieron a cerrarle la puerta que daba al pasillo. Al rato escuchó muchos ruidos: estaban trayendo a un contingente grande de secuestrados. Después pusieron la música bien fuerte. Al rato empezaron a sonar los gritos.

Los veteranos contaban que el ritmo de las llegadas de nuevos prisioneros se había hecho mucho más lento que en el 76 o la primera mitad del 77, pero igual seguían llegando. Graciela sabía, porque se lo había contado Martín, que el teniente Astiz, acompañado por una prisionera, se estaba infiltrando en el grupo de madres que iban a la Plaza de Mayo y se reunían en la iglesia de la Santa Cruz. Como a otros, la desesperaba la impotencia de saberlo y no poder sacar afuera esa información. Esa tarde, cuando salió de la oficinita, vio a varios prisioneros, encapuchados y esposados, en el pasillo. También se cruzó a los tenientes Astiz y Pernías que entraban y salían de los cuartos de tortura: Pernías andaba desencajado, como cuando estaba torturando. Esa noche se enteró de que los marinos habían secuestrado a la monja Alice Domon, a las madres María Ponce de Bianco, Ester Ballestrino de Careaga y a un grupo de militantes —la mayoría de Vanguardia Comunista— que trabajaba con ellas.

Tres días después, un mediodía, le tocó hacer el rancho en el sótano. Cuando fue al laboratorio viejo a lavar los platos se encontró con una mujer encapuchada: se notaba que era una persona mayor. Graciela se le acercó, la abrazó y le preguntó si quería algo.

—Un café, por favor. ¿Me podrás dar un café?

Era la monja Léonie Duquet: la habían secuestrado el día anterior, igual que a Azucena Villaflor. En ese momento entró el verde que estaba de guardia en el pasillo:

—Hermana, ya le dije que no tiene que hablar con nadie.

Una semana después, los marinos se llevaron a todos los secuestrados del 8 y 10 de diciembre. Esa noche, varios prisioneros los vieron llegar con los zapatos embarrados, diciendo que habían encontrado un buen lugar para dejar los bultos.

Diciembre de 1977. El secuestro de las monjas francesas tenía mucho que ver con la solicitada que el grupo que se reunía en la iglesia de la Santa Cruz publicó el viernes 10 en *La Nación*:

«Hicimos esa solicitada de las Madres, para la que trabajamos muy intensamente, juntando pesito por pesito, buscando los nombres», contaría, después, Hebe de Bonafini. «Y el 8 de diciembre, en la iglesia de la Santa Cruz, cuando estábamos recogiendo dinero para esa solicitada, Astiz —que se había infiltrado entre nosotras, que entre agosto y septiembre había comenzado a ir a la Plaza diciéndonos que tenía un hermano desaparecido y dándonos el nombre y haciendo un hábeas corpus por él— provoca, señalando a nuestras compañeras, el secuestro de los familiares, de las monjas y de dos de nuestras madres —Mary Ponce y Esther Ballestrino de Careaga— en la iglesia de la Santa Cruz. Se hace este terrible secuestro, ese terrible operativo. Y, al otro día, cuando nos encontramos nuevamente con Azucena y con las otras, que todavía no habían secuestrado, estábamos todas muy mal, muy terriblemente desesperadas, era una cosa tremenda, era un secuestro a nosotras mismas; era ponernos un alerta rojo muy tremendo. Pensábamos, yo decía “pero no sigamos con la solicitada, Azucena, no porque... cómo... busquemos a los que faltan”. Ella me decía “mirá, ya hay gente que está haciendo hábeas corpus y cosas; los que faltan, faltan por hacer esta solicitada; los que secuestraron, los secuestraron por esta solicitada; nosotras no podemos parar, la tendremos que seguir”. Y así seguimos con la solicitada. Cuando la llevamos a *La Nación*, ingenuamente, la llevamos escrita a mano y no por orden alfabético. Y en *La Nación* dijeron “señoras, escrita a mano... así no se puede hacer, esto hay que hacerlo a máquina”. No teníamos oficina, ni teníamos lugar para hacerla, pero conseguimos algunos empleados de un ministerio que nos ofrecieron —si nosotras entreteníamos a dos jefes— pasar a máquina la solicitada muy rápidamente. Y así lo hicimos. Dos de nosotras entretenimos a los jefes, y los empleados nos pasaron la solicitada. Y llevamos la solicitada a *La Nación*, y salió. En ese día secuestraron a otra de las monjas. Y al otro día, a la mañana, cuando Azucena va a comprar el diario de esa solicitada que ella había gestado y que había sido tan firme para decir “no, hay que seguir haciéndola”, cuando va a buscar ese diario la secuestran en la esquina de su

casa. Fue terrible, un golpe durísimo para nosotras. Era muy difícil pensar cómo íbamos a hacer para seguir. Era casi imposible, porque en esos días también habían secuestrado más jóvenes, más hijos nuestros, los que teníamos un desaparecido ahora teníamos dos, y algunas tres, y también a las madres, y a los familiares, y a las monjas».

La solicitada ocupaba más de media página de *La Nación*:

«Por una navidad en paz — Sólo pedimos la verdad.

»Al Excmo. Señor presidente — A la Corte Suprema de Justicia — A los altos mandos de las Fuerzas Armadas — A la junta militar — A las autoridades eclesiásticas — A la prensa nacional:

»El excelentísimo señor presidente de la Nación, teniente general Jorge Rafael Videla, en una reciente conferencia de prensa celebrada en Estados Unidos, expresó: “quien diga verdad no va a recibir represalias por ello”. ¿A quién debemos recurrir para saber la verdad sobre la suerte corrida por nuestros hijos? Somos la expresión del dolor de cientos de madres y esposas de desaparecidos.

»También prometió el señor presidente en la misma oportunidad “una navidad en paz” — La paz tiene que empezar por la verdad.

»La verdad que pedimos es saber si nuestros desaparecidos están vivos o muertos y dónde están.

»¿Cuándo se publicarán las listas completas de detenidos? ¿Cuáles han sido las víctimas del “exceso de represión” al que se refirió el señor presidente?

»No soportamos ya la más cruel de las torturas para una madre, la incertidumbre sobre el destino de sus hijos. Pedimos para ellos un proceso legal y que sea así probada su culpabilidad o inocencia y, en consecuencia, juzgados o liberados.

»Hemos agotado todos los medios para llegar a la verdad, por eso hoy, públicamente, requerimos la ayuda de los hombres de bien que realmente amen la verdad y la paz, y de todos aquellos que auténticamente creen en Dios y en el juicio final, del que nadie podrá evadirse».

Abajo, en seis columnas, aparecían los nombres y números de documento de las 800 personas que firmaban el texto: la mayoría eran mujeres. Y, al pie de la solicitada, una última frase: «Esta solicitada ha sido

costeada con el aporte —en algunos casos muy sacrificado— de las personas firmantes».

El domingo 19 todos los diarios denunciaban la desaparición de Domon y Duquet: «Los montoneros secuestran a las religiosas francesas», decía *La Nación*. Que, igual que *Clarín* y *La Opinión*, reproducía un parte del Comando de Zona 1 del Ejército, que decía que los montoneros habían hecho llegar un comunicado donde imponían cuatro condiciones para liberar a las monjas: «1) Obtener de la Iglesia Católica un documento de repudio al Gobierno. 2) Obtener del gobierno francés una declaración de igual tenor y la concesión de asilo a los perseguidos políticos. 3) Obtener de la Junta Militar un documento para conocimiento de la opinión pública internacional y de la ONU de la situación de los detenidos y/o desaparecidos. 4) Obtener la libertad de 21 delincuentes subversivos». Ningún periodista se extrañó de que los montoneros llamaran «delincuentes subversivos» a sus compañeros presos. *La Opinión* decía, en cambio, que el día anterior «el Gobierno había expresado su “vivo y categórico repudio a todo intento perturbador de la paz y la tranquilidad de los argentinos”, señalando que la desaparición de “un grupo de personas, entre ellas dos religiosas”, ocurría en momentos en que “pueblo y gobierno buscan con renovado afán las soluciones que les permitan arribar a una paz digna y duradera”, y afirmando que, con ese proceder, “la subversión, encerrada en su nihilismo, insiste con sus métodos de odio y destrucción”».

La rodoviaria de San Pablo era un caos de gritos, colores desmedidos y cuerpos sudorosos. Sus olores se mezclaban con los gases de los ómnibus y el empalago de la fruta pudriéndose: Horacio González caminaba con dificultad, arrastrando una valija demasiado pesada, y varios chicos negros lo rodeaban para ofrecerle sus servicios de changarines. Horacio no los aceptaba y miraba, receloso, para todos lados: buscaba la salida, intentaba que no le robaran y, al mismo tiempo, trataba de ver cómo sería ese mundo donde estaba a punto de instalarse. Los primeros días de un exilio se presentan como si todo fuera posible otra vez, o casi nada.

Desde la noche en que lo decidió, Horacio tardó menos de dos semanas en irse. Un amigo le dijo que había otro que le podía conseguir un trabajo

de encuestador para una multinacional en San Pablo, y fue a San Pablo: en situaciones como la suya, las decisiones podían tener razones peregrinas. Además, San Pablo era lo más barato y accesible. Horacio juntó su poca ropa, algunos libros, unos cientos de dólares, se separó por fin de su mujer y se tomó el micro vía Paso de los Libres. Después, ya en Brasil, le contarían que los grupos de la represión solían parar esos micros y que más de una vez habían secuestrado gente que trataba de irse en ellos, pero entonces Horacio no lo sabía y el viaje fue tranquilo y pesaroso. Durante esos dos días en la ruta, la tristeza fue mayor que el alivio.

Horacio llegó a San Pablo con su gran valija y poco más: se sentía una réplica irónica de esos inmigrantes que habían desembarcado en la Argentina cincuenta años antes: su abuelo, por ejemplo. Aunque, en medio de su desconcierto, la situación le interesaba: estaba, por primera vez, tratando de entender un país que no era el suyo, con el que tenía la distancia necesaria pero donde, al mismo tiempo, tendría que habitar durante un lapso indefinido. Eso también era un punto: imaginaba que serían unos meses o, a lo sumo, un par de años, pero no podía saberlo. Horacio consiguió arrastrar su valija hasta la salida y se tomó un taxi a la casa del amigo que lo alojaría. El chofer, un negro gordote, lo miró cuando le dio la dirección:

—¿O senhor mora aquí, em São Paulo?

—¿Cómo?

—¿Sabe o qué? Temos cada vez más argentinos, aquí, porra.

Horacio se pasó unos días en la casa de su amigo Daniel. Cuando empezó a ver a otros argentinos, lo molestó la facilidad con la que parecían haberse adaptado a su nueva vida. Juan Carlos, por ejemplo, ya llevaba más de dos años en San Pablo, le había ido muy bien como publicitario y tenía un departamento elegante con mucama de uniforme. Muchos exiliados habían sabido aprovechar el know-how de sus años militantes para organizar negocios y pequeñas empresas: una heladería, una fábrica de empanadas, una mensajería. O ciertos profesionales, que en Buenos Aires ocupaban mucho tiempo con la militancia, en San Pablo se habían dedicado con todo a sus carreras y estaban ricos y exitosos. Horacio pensaba que ese cambio de país no debía ser también la ocasión para cambiar de vida.

Había, por supuesto, otros que no habían variado tanto, porque no quisieron o porque no pudieron. Horacio empezó a trabajar con las encuestas y se mudó a un departamentito en Higienopolis, cerca del centro de la ciudad. De a poco empezó a hacerse amigo de un grupo de argentinos que tenían parientes desaparecidos y que seguían manteniendo sus ideas: Federico Monjeau, José Burgos, Gustavo Fleiberg, Juan Moscardi. Sus relatos le permitieron seguir armando el rompecabezas de lo que estaba pasando en la Argentina. Su posición era ambigua: por un lado, veía cómo sus viejas críticas a los Montoneros eran confirmadas por la práctica; por otro, le daba horrible culpa por no estar más ahí, en esa pelea que no le ofrecía ninguna esperanza. Esa Nochebuena, después de cenar y brindar tristes, diez o doce exiliados cantaron, por primera vez en tanto tiempo, la Marcha Peronista: no estaba claro si era en serio o en joda, si era por reivindicación o por sarcasmo. Seguramente había parte de ambos, pero, en cualquier caso, se emocionaron al cantarla.

—Hola, papá...

El señor Daleo se quedó mudo.

—Hola, papá, soy yo.

—¿Sos vos, ñatita?

—Sí, soy yo.

El señor Daleo no lo podía creer y se largó a llorar. Su hija, que creía perdida para siempre, desaparecida, muerta, lo estaba llamando por teléfono. Los dos estaban tan emocionados que no sabían qué decirse. Graciela Daleo le preguntaba por toda la familia:

—¿Y la madrina?

—Bien, bien. ¿Pero vos estás bien, Graciela, cómo estás vos?

—Bien, papá, bien.

Le habían dejado llamar a su padre al trabajo: se acercaban las fiestas, y la autorización era un gesto más dentro del proceso de recuperación. Fueron sólo dos o tres minutos pero, de alguna manera, esa llamada la volvía a conectar con el mundo del que la habían arrancado dos meses antes. Era raro, pero también adentro de la ESMA las fiestas significaban algo.

—En esta guerra han sucedido cosas terribles, en las que usted tiene más responsabilidad que yo.

Dijo el almirante Emilio Eduardo Massera, comandante en jefe de la Armada, mirando fijo al contralmirante Rubén Chamorro, director de la Escuela de Mecánica. El almirante Chamorro, muy bajito, se levantaba sobre las puntas de sus pies y parecía nervioso. Alrededor, en la entrada de la Pecera, diez oficiales del grupo de tareas 3.3/2 vestidos de gala y quince secuestrados escuchaban la arenga del comandante.

—Porque acá ha habido una guerra que nos ha enfrentado, donde pasaron algunas cosas terribles... Y quizás nosotros y ustedes no somos tan diferentes, quizás tenemos más cosas en común que las que ustedes y nosotros nos imaginábamos antes de conocernos...

Era el mediodía del 23 de diciembre de 1977: el jefe había ido a dar su saludo navideño a su tropa. Después se le ocurrió subir a la Pecera a ver a sus prisioneros. Algunos de los cuales deberían servirle, según sus proyectos, para ayudarlo a elaborar sus propios planes políticos. Al almirante Massera le faltaba menos de un año para dejar la comandancia de la Marina, pero no estaba dispuesto a olvidar la política. Empezaba a armar su Partido de la Democracia Social y se veía a sí mismo como un posible Perón, con un programa más o menos socialdemócrata:

—Perón era muy vivo, era militar y tenía la sonrisa que atrapa. Y el almirante Cero también.

Solía decir el teniente Benazzi. Días antes María Inés Imaz, una presa del staff, había hecho unos angelitos de papel plateado y los había colocado en las vigas de la Pecera, muy bajas. Graciela se golpeó la cabeza contra una y un par de angelitos volaron hasta el suelo. Cuando se golpeó por segunda vez, el almirante Massera la pasó la mano por la cabeza, le sonrió y le dijo:

—Cuidado, no me vaya a tirar abajo la Escuela.

Graciela tuvo que contener el escalofrío. Ojalá se viniera todo abajo, pensó.

—¿Qué te pareció el Coara?

Le dijo, esa noche, Anita Dvatman. Coara, en la jerga naval, correspondía a comandante de la Armada de la República Argentina. Los

miembros del ministaff prepararon una cena para los prisioneros en proceso de recuperación. Habían armado un arbolito en la Pecera, con algunos regalos: biyutería, remeras, sorpresas tipo cotillón. En la mesa había pan dulce, sidra, garrapiñadas. Graciela tenía sensaciones contradictorias: por un lado, era increíble estar ahí, comiendo y bebiendo y hasta riéndose, en una cena que podría haber sido la de cualquier grupo de compañeros de oficina. Por otro, era espantoso.

En esos días el capitán Acosta les había preguntado quiénes querían oír misa de gallo, pero después anunció que no la habría porque los terroristas no merecían ningún Dios. Aunque él no la había picaneado, nadie le resultaba tan temible a Graciela como el capitán Acosta. Cada tanto pasaba y le decía que ya era hora de que hiciera algo en serio:

—Victoria, después voy a subir a hablar con usted. Algo tiene que dar. Acá todo el mundo tiene que poner los dedos, y usted también. Así que vaya pensando, ¿eh?

Poner los dedos era entregar compañeros, pringarse con sangre. Aunque eso tampoco garantizara nada: los veteranos siempre contaban la historia de dos prisioneros que habían caído en febrero de 1977. Habían cantado, marcado, colaborado, y creyeron que eso les garantizaba la sobrevida. Hasta que un día, agrandados, le contestaron con mal tono a un oficial: en el siguiente traslado, se los llevaron a los dos. Una vez más, los marinos dejaban en claro que sólo su voluntad garantizaba la muerte o la vida. El traslado o la duración.

Graciela se quedaba aterrada esperando que volviera Acosta. Se había agenciado un cúter, de esos que sirven para recortar diarios y papeles: lo había encontrado en una mesa de la Pecera y, con infinitas precauciones, lo llevaba en su cartera. En la ESMA todos tenían todo el tiempo la sensación de que siempre había alguien mirándolos. Desde el Dorado seguían los movimientos en la Pecera con un circuito cerrado de televisión. El cúter la tranquilizaba mucho: si las cosas se le ponían insoportables, le quedaba la posibilidad de cortarse las venas. Graciela se preguntaba cómo soportaría el dolor mientras se estuviera cortando, y se acordaba de una película en que el romano Petronio ponía la cuchilla en una madera, con el filo hacia arriba, y clavaba las muñecas con un movimiento seco. Quizás ésa fuera la forma.

Y era una garantía: los primeros días, Graciela estaba muy segura de que iba a morir, y que quería morir. Después, la muerte pasó a ser un recurso al que apelaría si fuera necesario, pero poco a poco los problemas cotidianos la relegaron: cada momento suponía una decisión que tenía que tomar en lo inmediato. Si yo ahora le pido al verde que me lleve al baño — pensaba, por ejemplo—, ¿me dará un golpe en la cabeza o me llevará o me dejará esperando tres horas? Si me sientan a copiar algo en la máquina de escribir, ¿lo hago o no lo hago? Si lo hago, ¿estoy colaborando? Si no lo hago, ¿me matarán? Graciela tenía la sensación de que era como caminar todo el tiempo sobre la gillette: el delicado equilibrio entre no mostrar sus verdaderas intenciones, por un lado, y no pasar los límites que significaran colaborar con la represión, por otro. Y todo eso tratando de no volverse loca, de que algo finalmente no estallara en su interior.

El 24 a la noche los presos del staff pudieron cenar con los del sótano en la Pecera. Los del ministaff ya no estaban, porque se habían ido a pasar las fiestas con sus familias. En la mesa, frente a Graciela, se había sentado Norma Arrostito: estaba flaca y tenía la mirada triste, pero trataba de corresponder a todas las sonrisas. Su presencia tenía algo de imponente: un símbolo de dignidad y resistencia en medio del desastre.

Cuando dieron las doce, los presos se pararon y empezaron a brindar, entrechocando sus vasitos de plástico. La situación era espantosamente irreal: un grupo de gente que, para el mundo exterior, estaba muerta, celebraba la Nochebuena; a treinta metros sus compañeros en la Capucha seguían esperando el próximo traslado; en el sótano había prisioneros recién capturados que pronto pasarían a la mesa de tortura; ellos mismos no sabían si vivirían cuatro días más y, sin embargo, ahí estaban, brindando como brindaban los compañeros de una oficina cualquiera, en esos días, allá afuera.

Los presos se besaban, se deseaban feliz Navidad y se intercambiaban regalos: muñequitos de miga de pan, dibujos, pedacitos de tela. Lauletta le regaló a Norma un libro: *La imitación de Cristo*. Ana María Ponce, la Loli, le regaló a Graciela un cuadrado pintado con marcadores sobre un trozo de madera.

—¿Te acordás que el día que caíste yo te decía que ibas a vivir y vos me decías que acá no ibas a poder? ¡Mirá cómo estás viviendo!

Le dijo Marcelo Hernández, el primer preso que la visitó en el cuarto de tortura. Graciela no le contestó. Unos minutos después llegaron los oficiales de guardia, los tenientes González Menotti y Astiz, y les dieron la mano uno por uno.

—Si no la hubiéramos traído acá no nos hubiera conocido, ni a toda esta gente.

Le dijo el teniente Astiz, y Graciela no pudo contenerse:

—Hubiera preferido no conocerlos nunca.

Era un exabrupto peligroso, pero el aire navideño lo disolvió entre sonrisas. Cuando los marinos se fueron, las prisioneras del staff corrieron a Capucha a darles sus regalos a los otros presos. Gurí, el ayudante del Pedro de ese turno las apuraba. Si llegaba el oficial la iban a pasar mal. Durante días, habían recortado de los diarios historietas —Clemente, Diógenes y el Linyera, Inodoro Pereyra y Mafalda— y habían armado libritos para sus compañeros.

La escena en Capucha era alucinante. Sin hablar, como si los impulsara algún resorte común, todos los presos se levantaron de sus cucas y, engrillados, caminaron hacia el pasillo que dejaban los cubículos. La luz era turbia: Graciela tuvo la sensación de ver a una masa de espectros que se movía al unísono y pensó que nunca Capucha había sido más tenebrosa que esa noche. Sin palabras, los desaparecidos se abrazaban muy fuerte. Trataban de no llorar. Las lágrimas, en la ESMA, eran peligrosas: un signo de que el proceso de recuperación no estaba funcionando. Un signo de que, pese a las apariencias, seguían siendo ellos mismos. Pero tenían que simular que empezaban a ser lo que sus captores querían que fueran.

Graciela se acercó a Edgardo Moyano, el Negro. Edgardo Moyano había caído unos meses antes, cuando era jefe de operaciones especiales de los Montoneros. Lo había entregado Máximo Nicoletti. Cuando lo secuestraron, y empezó a colaborar, Nicoletti mantuvo una cita que tenía con su jefe, el Negro, y lo llevó en una moto, tabicado, hasta una supuesta reunión. Cuando Moyano se subió a la moto, Nicoletti le pidió el arma: si el otro tenía que ir tapado, era mejor que la llevara él, le dijo. Y lo llevó

directo a una casa donde lo esperaba un grupo del Servicio de Información Naval. Durante mucho tiempo, a Edgardo Moyano lo tuvieron en Capuchita, un atillo encima de Capucha donde estaban los prisioneros del Servicio de Informaciones Navales. Nunca le arrancaron un dato. Él sólo repetiría que era capitán montonero. Los verdes lo admiraban por su coraje y aprovechaban cuando no estaba el Pedro para hablar con él. Pero los del SIN lo siguieron torturando: ya sin preguntas, por sólo el gusto de dejarlo destrozado. En diciembre lo bajaron a Capucha, pero cuando el teniente de navío Francisco Rioja, Fibra, llegaba, lo subían a Capuchita. Cuando lo picaneaban ahí arriba, las luces de Capucha titilaban y se apagaban, porque la instalación eléctrica no soportaba. Los presos lo respetaban particularmente; esa noche, Graciela le llevó un regalo especial: un librito que había armado con las historietas de Inodoro Pereyra, el Renegau.

—El Pedro Colibrí me avisó que secuestraron a mi compañera y a mi bebé.

Le dijo Edgardo. La semana anterior, los marinos habían llevado más secuestrados del Uruguay: la compañera de Oscar De Gregorio, Rosario Quiroga, y sus tres hijas, Chiqui y Tito Pisariello y su hija Laura, de tres meses, y el Pelado Jaime Dri.

Casi todos los presos eran montoneros, casi todos eran menores de 30 años. Salvo El Viejo, y el Viejo también salió, esa noche de espectros, a brindar por la Navidad. El Viejo ya llevaba seis meses en Capucha: nadie sabía su nombre, pero sí que era miembro del Partido Comunista y que, aún ahí adentro, mantenía la línea del partido:

—Hay que cuidar a este gobierno. Hay que cuidarlo, porque si no se viene el golpe fascista.

Solía decir, y el Gordo Andrés, su vecino, se desesperaba:

—¿Pero de qué golpe fascista me estás hablando? ¿Y esto qué es?

Después, las prisioneras subieron a Capuchita, a repetir el rito. Apenas pudieron darles un abrazo. Las bajaron enseguida. Graciela bajó y se escapó por un momento a la pieza del fondo de la Pecera: quería estar sola, dejar de simular y, por fin, llorar todo lo que necesitaba. Por la soledad, por la angustia, por el miedo. Pero Loli se le había adelantado: su compañero, Lucho, había desaparecido en enero, y no sabía dónde estaría, ahora, el hijo

que tenían, el Pirincho. Loli había podido conservar una foto de su hijo, y le escribía cuentos. Cuando pudieron contener el llanto, Graciela y Loli se secaron las lágrimas, esperaron a que los ojos se les opacaran de nuevo y volvieron a escena.

Les faltaba ir a la pieza de las embarazadas, en el pasillo entre la Capucha y la Pecera. Los marinos trataban a las embarazadas con cierta ambivalencia: en el secuestro no les ahorran tormentos, y no podían ocultar su odio porque mujeres —y más aún mujeres embarazadas— militarán, pero, por otro lado, no las mataban de inmediato porque las consideraban como «envases de criaturas inocentes».

—Los fetos no son subversivos.

Solían decir, y organizaron esa sala donde las embarazadas esperaban, tejiendo, cosiendo, el momento de parir, cuando sus bebés, les decían, serían entregados a sus familiares. Tenían camas, y un médico las visitaba cada semana: los marinos decían que la ESMA era una «Sardá por izquierda» y recibían embarazadas de otros campos de concentración para que parieran. Les interesaba cuidarlas. Sus bebés, después, constituían parte de su botín de guerra: eran chicos sanos, blanquitos, hijos en su mayoría de la clase media, genéticamente confiables.

Las embarazadas estaban bajo las órdenes del subprefecto Febres: era él quien se ocupaba, también, de repartir sus bebés a familias occidentales y cristianas. En general eran miembros de «la gran familia naval», estériles, que se habían anotado en una lista de espera que funcionaba en el Hospital Naval.

Elizabeth Marcuzzo, Liliana Pereyra, Susana Siver, María José Rapella, Alicia Alfonsín de Cabandie habían preparado tarjetas. Para Graciela, una que tenía en la tapa un iglú. Y adentro decía que «el amor derrite cualquier hielo». La firmaban «Las Mamás» y habían dibujado un charquito: el hielo derretido. Ahí adentro, las embarazadas seguían esperando que nacieran sus hijos, sin saber lo que sería de ellas y de ellos.

Diciembre de 1977. «Ningún artista conoció, en vida, la celebridad de Charles Spencer Chaplin. Cuando no era más que un comediante de cabaret

en gira por París, recibió ese homenaje de un admirador cuyo nombre, entonces, no le decía nada: “Usted es un músico y un bailarín innato”. El admirador se llamaba Claude Debussy. Unos años después, las copias de los primeros “Carlitos” se difundían en el mundo y la cultura universal heredaba un nuevo mito. Todos los análisis —centenares, miles— publicados sobre su obra no consiguen agotar su riqueza. La admiración de sus pares, Renoir, Eisenstein, Rossellini, se une a la de los públicos más vastos. Ahora, aun Jean-Luc Godard puede escribir: “Está por encima de todo elogio, porque es el más grande. El único cineasta, en todo caso, que pueda soportar ese calificativo tan arruinado: humano”», escribió, en esos días, un crítico francés, Claude-Jean Philippe.

Carlitos Chaplin acababa de morir, el 25, en la casa de Vevey, Suiza, donde vivía con su mujer y algunos de sus ocho hijos. Había nacido en Londres en 1889: hijo de una actriz de music-hall, la reemplazó por primera vez cuando su madre perdió la voz en medio de una escena. Carlitos tenía cinco años, y nunca más se bajó del escenario. Pero su vida fue difícil hasta que filmó, en 1914, su primera película: *Carlitos mozo de café*. Desde entonces, su personaje se convirtió en uno de los iconos del siglo: la mezcla de ternura, patetismo, maldad y humor que todos entendieron sin palabras. Y llegó a su punto culminante en dos películas «políticas» de los años treinta: *Tiempos modernos*, sobre la alienación del trabajo, y *El gran dictador*, sobre Hitler. Que le valieron una investigación de la Comisión de Actividades Antinorteamericanas del senador McCarthy: en 1952, Chaplin se hartó de la intolerancia maccartista, se mudó a Suiza y lanzó su desafío: «Le declaro la guerra a Hollywood».

Ese año había filmado *Luz de gas*. «La última secuencia de *Luz de gas* es como su testamento estético y moral», escribió Philippe. «El payaso arruinado va a entrar en escena. Debe reconquistar a su público a cualquier precio. Solo como a los cinco años “ante el encandilamiento de las luces y las caras perdidas entre el humo”, con la mueca del comediante cabaretero, avanza hacia nosotros tocando el violín. La música es vibrante, plena. La mirada de Chaplin está atravesada por brillos extraños, casi crueles, que dicen, mejor que cualquier discurso, la felicidad de crear, la locura simple de sentirse vivo, el precio de esos minutos ganados a la muerte».

El 31, en la ESMA, no hubo más regalos, pero sí una cena especial. Esa noche, Graciela se cruzó con Maco, un verde de 18 años, que lloraba sobre el libro donde tenía que registrar el tránsito de los presos del staff entre Capucha y la Pecera.

—Les hemos hecho cosas terribles, Victoria. Usted no sabe lo que les hemos hecho a ustedes.

Dijo Maco, y Graciela lo escuchó en silencio.

—Andábamos en moto encima de la gente apilada en el sótano. Usted no sabe lo que les hemos hecho.

Cuando sonaron las doce los presos del staff volvieron a brindar con sus vasos de plástico. Graciela no paraba de preguntarse si sería su último Año Nuevo. Entonces chocó su vasito de plástico con el del Gordo Andrés Castillo. Castillo venía del nacionalismo peronista: había participado, junto a Dardo Cabo, en el Operativo Cóndor, el desembarco de 18 personas en las islas Malvinas en septiembre de 1966. Trabajaba en la Caja de Ahorros, donde fue delegado general; desde 1973 fue dirigente nacional de la JTP y militante montonero. El Gordo la abrazó y le susurró unas palabras al oído:

—Porque este año podamos hacer mierda a todos estos hijos de puta.

Graciela lo miró y sintió que no le mentía. Que no le estaba tirando de la lengua para después mandarla al frente con algún oficial, como podrían haber hecho otros. Pero decirle eso era correr un riesgo enorme: era ponerse en sus manos. Era parte de la lucha constante que sufrían muchos de los presos: la pelea entre el riesgo de hablar con la persona equivocada y su necesidad de creer en alguien, de poder hablar libremente con alguien. Era una ruptura de la regla básica del «no confíes en nadie», que constituía un arma de defensa pero, al mismo tiempo, una condena a la soledad más absoluta. Y era, también, sobre todo, un reconocimiento: al correr ese riesgo, Andrés le estaba diciendo que confiaba en ella, que reconocía que Graciela era una de ellos, de los que no se habían entregado.

—Porque este año podamos hacer mierda a todos estos hijos de puta.

Le había dicho, al oído, el Gordo Andrés Castillo. Graciela volvió a mirarlo y, en ese momento, se enamoró de él.

Quince

—Varig anuncia la llegada de su vuelo 721 procedente de Río de Janeiro...

La locutora del aeropuerto de Barajas lo decía con desinterés profesional, pero Silvia Kreilis sintió un hueco en el estómago: hacía un año que no veía a su marido. Trató de controlarse y se quedó sentada, con los ojos puestos en la puerta vaivén por la que salían los pasajeros. Una sola pregunta le machacaba la cabeza:

—¿Qué pensará Daniel? Ni siquiera sabe que vine a buscarlo.

Silvia se decía que un hombre, en un año, podía haber hecho muchas cosas, incluso enamorarse de otra mujer, incluso tomarse el avión con la nueva.

Pero Daniel De Santis salió solo, bronceado, con su carterita colgada al hombro y una valija liviana, de vuelta de su misión en Brasil. Había hecho los pasaportes para varias docenas de militantes del PRT: la mayoría ya estaba en Europa, y Daniel estaba contento de que el Buró político lo hubiera relevado de esa tarea de documentación que le gustaba tan poco. Cuando descubrió a Silvia en el hall, se sobresaltó: miró para todos lados, entre la sorpresa y el pánico. Ella se le acercó rápido:

—Quedate tranquilo, mi amor, está todo bien.

—¿Qué hacés acá? ¿Cómo te enteraste que llegaba?

—Los compañeros se conectaron conmigo y me ofrecieron venir, Daniel, no te persigas. En el viaje te cuento.

—Ay, pensé cualquier cosa: que te habrían agarrado, que los servicios te tendrían prisionera. ¡Me enteré de cada historia! Se me cruzó de todo por la cabeza. ¿Cuándo llegaste?

Silvia le dijo que había llegado a Madrid tres semanas antes, el primer día del año, y que se había pasado los últimos meses en casa de sus padres,

desconectada del partido y del mundo. Cuando apareció un militante que le ofreció la posibilidad de ir a España, ella se decidió a sacar el pasaporte.

—Mirá, estaba segura que no bien entrara al Departamento de Policía me iban a interrogar, que me iban a preguntar por vos, que me iban a dejar presa, cualquier cosa... Pero no pasó nada, casi no podía creerlo. Así que a la semana, cuando me lo entregaron, mis viejos me acompañaron a Ezeiza. Cuando tenía que pasar por Migraciones se me ocurrió que me debían haber dejado para el último momento: el corazón me latía a mil, me faltaba el aire. Me aferraba a Ernestito, si no hubiera sido por él, yo creo que me atacaba el pánico. ¿Qué locura, no?

Madrid estaba nuboso, opaco, las veredas sucias y escarchadas. El taxi los llevó hasta un departamento amueblado que Silvia había alquilado cerca de Cibeles. Ernestito se había quedado con una amiga de Silvia que lo entretenía con un rompecabezas. Cuando Daniel entró, el nene empezó a saltar y gritar.

—¡Papá, papá!

Daniel lo miraba y repetía:

—¡Papá, papá!

Y se apuntaba a sí mismo con el dedo índice. Después de un año sin verse, tenían que empezar todo de nuevo.

Enero de 1978. El martes 3, los curas terciaristas —que todavía resistían dentro de la estructura católica bajo el nombre de Equipo Pastoral de Villas de Emergencias— le dejaron un largo informe a su responsable eclesiástico, el arzobispo de Buenos Aires, cardenal Juan Carlos Aramburu. Jorge Vernazza, Héctor Botán, Daniel de la Sierra, Pichi Mesegeir, Rodolfo Richardelli, Pedro Lephaile, Miguel Valle, Orlando Yorio y Jorge Goñi no se desalentaban y hacían el tercer intento de los últimos siete meses para pedirle al cardenal que intercediera ante el intendente Osvaldo Cacciatore, que ya había empezado a cumplir su promesa de terminar con las villas miseria en la ciudad.

Ya hacía casi un año que el brigadier Cacciatore insistía con el tema, y expresaba su alarma: los villeros habían crecido hasta convertirse en el diez

por ciento de la población —unas 300.000 personas— y aumentaba la proporción de bolivianos, paraguayos y chilenos. En esos días, el intendente dijo a quien quisiera oírlo que eso era inadmisibile; de paso, iba a poder poner en marcha las autopistas, el sueño de empresas constructoras y funcionarios amigos. Entonces, en mayo de 1977, los curas villeros le pidieron al cardenal de Buenos Aires que hiciera algo: «Eminencia, se trata de un no pequeño sector de nuestra iglesia arquidiocesana. Son pobres y débiles. Carecen al presente de toda organización y medios de expresión. Son, en verdad, los que no tienen voz. Conocedores de sus angustias, nos dirigimos a usted para solicitarle que, ante las anunciadas políticas a implementarse respecto a las villas de emergencia, interponga su paternal mediación en favor de nuestros hermanos villeros».

Aramburu se reunió con los curas a fines de junio y les pidió un informe con «casos concretos». Tres días después, Aramburu lo tuvo en su despacho. Tenía detalles sobre la inexistencia de los supuestos terrenos a los que derivarían a las familias erradicadas, y cientos de casos de desalojados que habían quedado a la intemperie. Aramburu le mandó una carta a Cacciatore pidiéndole «ampliación de los plazos y mejores condiciones para el traslado» de los villeros. Pero los curas no obtuvieron siquiera una copia de la carta en la que Cacciatore había contestado que «las inquietudes del señor Cardenal ya están perfectamente contempladas en el articulado» de la ordenanza de erradicación.

Quince días después, el miércoles 13 de julio, el intendente firmó el decreto con la solución final. Erradicación total y definitiva de todas las villas: Retiro, Colegiales, Bajo Belgrano, Bajo Flores, Lacarra, y Córdoba y Anchorena, entre las principales. El secretario de Vivienda de Cacciatore, Guillermo del Cioppo, dio una conferencia de prensa con los pormenores: los primeros pasos serían cortar el suministro de electricidad a las villas, «reubicar a los que acepten» y mandar a los ilegales a sus países de origen. Explicó que la villa de Comunicaciones era «un típico pueblo boliviano, con su comercio al menudeo y multitud de actividades» y que los villeros vivían del «gran negocio de la villa». Para demostrarlo, dijo que los primeros operativos de desalojo se encontraban con verdaderos establecimientos industriales clandestinos —fábricas de muebles, zapatos,

de soda, talleres textiles— y hasta agencias de turismo que organizaban viajes al Paraguay.

Después de las palabras, Cacciatore y Del Cioppo pasaron a los hechos. Con la colaboración de la Policía Federal y el Ejército, en agosto empezaron los desalojos: por ejemplo, la municipalidad decidió radicar una escuela y construir la sede del Cinturón Ecológico Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE) justamente donde estaba la villa de Colegiales; en la villa de Retiro, los desalojos obedecían a la construcción de una futura «autopista costera».

Aramburu comunicó a los miembros del Equipo Pastoral de las Villas de Emergencia que quería conocer mejor los «aspectos pastorales, directamente religiosos, llevados a cabo por cada uno de los sacerdotes dentro de sus respectivas villas». Por eso ese martes 3 de enero de 1978, con más calor que esperanzas, Vernazza, Mesegeir y el resto de los curas villeros elevaron su nuevo informe al cardenal. Muy persuasivos, después de explicarle la profundidad y persistencia del trabajo pastoral, los curas le contaban al cardenal los datos de la realidad:

«A un grupo numeroso de familias —especialmente en las villas de Retiro y Colegiales— les ha tocado ya padecer un compulsivo realojamiento, que los ha sumido en un hacinamiento mucho peor que el que ya sufrían. Con la finalidad de despejar el terreno para abrir calles, se obligó a muchas familias, sin darles tiempo suficiente, a dejar sus casas y se las ubicó en lugares donde ya había otras familias. Se ha dado el caso que, en un espacio de cuatro metros por diez, se obligó a vivir a cuatro familias. Había, sin embargo, otros terrenos en los cuales se hubiera podido permitir rehacer sus casillas.

»Tales procedimientos fueron, además, llevados a cabo con un deplorable trato. Al menos en la Villa de Colegiales se puede probar que el encargado de los realojamientos ostenta armas, que hay vecinos que fueron golpeados, insultados, gritados; que se hizo a mujeres proposiciones deshonestas a cambio de la promesa de mejor reubicación, que con esa misma finalidad se solicitaron “coimas” por parte del personal municipal. No se trata sólo de deficiencias personales que en cualquier lugar podrían señalarse, sino de graves abusos en el ejercicio de las funciones públicas».

Al final, los curas, le reiteraban al cardenal «las sugerencias concretas» que le habían elevado en mayo del año anterior:

«Eminencia: las presentaciones y peticiones de los propios afectados, al igual que nuestras pobres mediaciones, no hallan eco en las autoridades responsables. (...) Abrigamos la esperanza de que la paternal intervención de su Eminencia ayude a mitigar las angustias de nuestros hermanos de la villa».

Faltaba poco para que se cumplieran diez años del lanzamiento del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Vernazza, Botán, De la Sierra, Mesegeir, Richardelli, Lephaile, Valle, Yorio y Goñi habían sido de la partida. Se sentían un poco más viejos y se decían que ese tiempo no había sido generoso con ellos, y que su lenguaje era, quizás, demasiado suave. Pero también se decían que siempre iban a seguir junto a los villeros. Como fuera.

—... porque hay que tener presente que el enemigo nos amenaza todo el tiempo: la subversión internacional, el terrorismo apátrida. Nosotros hemos logrado la destrucción de una de sus ramas, la organización Montoneros, pero quedan muchos otros que sólo buscan la eliminación de nuestros valores tradicionales, los valores occidentales y cristianos.

El que más les hablaba era el teniente Pernías. Le gustaba lanzarse a largas parrafadas de adoctrinamiento y esa noche, en la Pecera, estaba desatado, pero sus palabras siempre llevaban al mismo punto: «los valores occidentales y cristianos». Casi sin pensarlo, Graciela Daleo intervino. Sabía que ésa no era la convención: que los presos estaban ahí para escuchar y contestar si les preguntaban, pero por un momento se dejó llevar:

—Bueno. ¿Pero cuáles son esos valores occidentales y cristianos?

El teniente Pernías la miró extrañado. Fueron unos segundos de silencio, que a Graciela le parecieron siglos:

—¡Esos! ¡Los occidentales y cristianos!

Nadie se rió. Poco después, el teniente Astiz, que se jactaba de leer libros, aportó su visión:

—Hay hechos científicos indudables. Por ejemplo, está científicamente comprobado que los cerebros de los negros son más livianos que los de los blancos, y que tienen menos circunvoluciones. Entonces no se puede discutir que hay una superioridad de la raza blanca, que por algo ha hecho todo lo que ha hecho mientras que los negros...

Dos días después les proyectaron una película: de vez en cuando, en la ESMA había funciones de cine. Los verdes armaban una pantalla en el pasillo del sótano, ponían unas sillas y llevaban a los prisioneros de la Pecera y del sótano. Ese mes ya habían dado *Heroína* y *La aventura del Poseidón*, pero esa noche fue *El barco de los condenados*, la historia de unos judíos que se escapaban en un barco de la Alemania nazi que deambulaba por semanas porque ningún puerto de América lo aceptaba. Parecía una maldad particular: era como si les estuvieran refregando su situación por la cara. Y lo peor, pensaba Graciela, era no poder conversar con nadie: había que respetar ese pacto tácito entre los prisioneros según el cual había dos cosas que no se mencionaban casi nunca: lo que habían hecho afuera, antes de caer, y lo que les estaba pasando ahí adentro. Meses más tarde, cuando Graciela y Andrés Castillo ya conversaban con más libertad, él le dijo que si salían de ahí, su situación sería como la de esos judíos en el barco.

—A nosotros no nos va a querer recibir nadie. Nadie nos va a creer. ¿O vos te creés que si vamos y contamos lo que pasó acá adentro, alguien nos va a creer? ¿O que la orga no nos va a juzgar? Nosotros no vamos a poder ir a ninguna parte.

Fue un mazazo: todo ese tiempo, Graciela pensaba que iba a volver a militar, y basaba en esa idea sus esperanzas, sus formas de resistencia y sus maneras de soportar la simulación.

El cine servía, como otras cosas, para recrear dentro de la ESMA el ambiente de afuera, de la vida. Y era, también, otra de las concesiones que los marinos les daban a sus presos para que les quedara claro que podían sacárselas cuando quisieran: para seguir diciendo que eran los dueños de todo. En esos días, Graciela se enteró de que habían matado a su compañera de Sur, Estela Oesterheld, y a su compañero, el Vasco; el padre de Estela, Héctor Oesterheld, había sido secuestrado en abril, y lo mataron meses

después. Y la otra hermana, Marina, de 18 años, embarazada de ocho meses, también había desaparecido poco antes de fin de año. En la tarde del 15 de enero, Graciela iba de la Pecera a la Capucha cuando vio a un verde que llegaba corriendo y pedía que le abrieran: la puerta sólo se abría desde afuera.

—¡Puerta, puerta, un médico! ¡La Gaby se descompuso!

El guardia dijo que Norma Arrostito estaba muy mal. Tommy, uno de los médicos, le había dado una inyección, y se moría. Graciela trató de ir a ver qué pasaba, pero los guardias la hicieron volver a la Pecera, donde la encerraron, junto con varios de sus compañeros. Se miraron, en silencio, un rato: nadie se atrevía a decir lo que todos pensaban.

Todos sabían cómo era el tema de la «inyección». Semanas antes, Graciela estaba tirada en su cucha con un dolor menstrual muy fuerte cuando pasó el enfermero: le pidió un lialgil, pero el enfermero no tenía pastillas sino inyecciones. El enfermero la llevó a una piecita contigua y se lo inyectó. Graciela se desmayó. Cuando se recuperó estaba de vuelta en su cucha y su vecina Mónica le hablaba muy bajito:

—Nunca dejes que te den una inyección.

Esa noche les dijeron que Norma Arrostito había muerto en el Hospital Naval. Era un golpe muy duro para todos. Norma Arrostito era una síntesis de la historia montonera y era, además, una especie de marco de referencia tácito para los prisioneros del proceso de recuperación: si la Gaby recorta diarios, quiere decir que recortar diarios no es colaborar, se dijo alguna vez Graciela.

Los marinos siempre afirmaron que la sentencia de Norma Arrostito estaba suspendida pero se cumpliría; incluso, ella había conseguido que el contralmirante Chamorro le prometiera que iba a tener una muerte digna de una jefa montonera: que la haría fusilar. Esa noche algunos prisioneros estaban en la Pecera, casi sin hablar, mirando al suelo, recordando historias, cuando entró el capitán Acosta:

—¿Qué pasó con la Gaby?

Le preguntó al Gordo Alfredo Bursalino, uno de los puntales del ministaff. Un marino había contado que, días antes, lo habían sacado a comer a un carrito de la Costanera y que Bursalino identificó a Luis

Brandoni en una mesa cercana y que insistió mucho para que lo secuestraran. Los marinos no le hicieron caso.

—No sé, señor.

La situación era ridícula: el jefe de inteligencia, el que seguramente había dado la orden, le preguntaba a su prisionero qué había pasado en su cárcel. Pero estaba claro que la ESMA se parecía muy poco a una cárcel común. Los marinos solían decir que la cárcel no servía:

—Si no, miren lo que pasó el 25 de mayo del 73, que salieron todos los presos y después hicieron lo que hicieron. La cárcel es una escuela de cuadros para la monta, salen fortalecidos... Por eso hay que mandarlos a todos para arriba.

—El perejil de hoy es el oficial superior de mañana.

Comentaba uno de Ejército que recorría la Capucha en una de esas visitas guiadas que solía brindar el capitán Acosta.

—Señores, todos inmediatamente a la Pecera.

La voz era amenazadora. El capitán Acosta, el Tigre, los hizo sentar en el piso y empezó su arenga: el odio se le mezclaba con la burla por los «verdes», los de Ejército, en la jerga naval. Acosta contaba cómo un montonero, Tulio Valenzuela, les había tomado el pelo a los verdes del Segundo Cuerpo que comandaba el general Leopoldo Fortunato Galtieri.

Hacia mediados de 1977 Tulio Valenzuela, Tucho, el responsable de la columna Rosario de Montoneros, se despidió de su compañera, Raquel Negro, María, y de Sebastián, el hijito de ella y de su anterior compañero, que había caído en manos del Ejército. Tenía que salir del país para participar de una reunión con la conducción nacional montonera, y esperaba volver a verlos pronto en Brasil. Tulio dejó a Carlos Laluf, Nacho, en su reemplazo: era, además de su compañero, uno de sus amigos más cercanos.

Poco después de la partida de Tulio, un grupo de tareas del Segundo Cuerpo de Ejército, que reportaba directamente al general Galtieri, tomó prisionero a Carlos Laluf. Consiguieron agarrarlo sin que sus compañeros lo supieran y se lo llevaron a la Quinta de Funes, un campo de detención donde, además de torturar y matar prisioneros, trataban de hacerlos colaborar. Tras amenazas y torturas, Carlos se prestó a ser un agente doble:

lo soltaron, bajo una vigilancia estrecha, y retomó su militancia como si nada. Poco después entregó a dos de sus compañeros, que también aceptaron seguir su juego.

Raquel Negro tenía que ir a Brasil con Carlos para encontrarse con Tulio, pero Carlos se había pasado varios días sin llamar a su control telefónico, y prefirió ir sola. Los militares de la Quinta de Funes se sorprendieron, y después doblaron la apuesta: ordenaron a Nacho que mandara a Brasil a otro militante montonero que no sabía nada sobre su doble juego. El militante hizo contacto con Tulio, le entregó un informe sobre la columna de Rosario escrito en la Quinta de Funes, y recibió de él 70.000 dólares para el funcionamiento de la columna que después, vía Carlos, irían a parar a las arcas del grupo de tareas. Y, además, arregló un encuentro entre Carlos y Tulio para noviembre, otra vez en Brasil.

Los militares de la Quinta de Funes pensaron que ya era momento de arriesgar en serio: dejarían salir a Carlos, aún corriendo el riesgo de que se diera vuelta. Como argumento de peso para impedirlo tenían a su compañera: si Carlos hacía cualquier movimiento ambiguo la mataban, le explicaron. Carlos viajó a Río de Janeiro con Leopoldo, otro militante quebrado, y no encontró a Tulio porque se equivocó de cita. Pero, de casualidad, se topó con Raquel en Copacabana, y pudo recuperar el contacto: poco después se encontraría con su responsable y amigo en Puerto Stroessner, Paraguay. A cien metros del lugar, un grupo de tareas del Segundo Cuerpo vigilaba el encuentro. Les habría resultado muy fácil detener a Tulio, pero sus planes eran más ambiciosos: querían darle un golpe decisivo a la conducción nacional montonera, como trampolín para que Galtieri ocupara la jefatura del Estado Mayor cuando el general Viola reemplazara a Videla en la comandancia del arma.

La idea de los militares era capturar a Tulio en enero, cuando se encontrara con Carlos Laluf, sin que nadie se enterara; llevarlo a la Quinta de Funes, quebrarlo y conseguir su colaboración. Terminaba diciembre de 1977: Tulio, su compañera y su hijo pasaron la frontera y fueron a Mar del Plata, donde él tenía que reunirse con Carlos. Raquel hizo los primeros contactos y, en la tarde del lunes 2 de enero, fue a una cita con uno de los quebrados en Luro y Catamarca. A pocas cuadras, Tulio y el pequeño

Sebastián paseaban por la tienda Los Gallegos, llena de turistas. Los oficiales del grupo de tareas de la Quinta de Funes habían tomado todos los recaudos: pidieron «zona liberada» a las autoridades militares de la subzona Mar del Plata, hicieron los seguimientos de rigor, se vistieron como turistas y prepararon su emboscada:

—¡Ése es el ladrón! ¡Ése es el que se robó la moto!

Gritaron varios tipos que le cayeron encima en medio de la tienda Los Gallegos, lo redujeron a trompadas y lo metieron en uno de los coches. En el otro, detrás, se llevaron al nene. Raquel, mientras tanto, caía en una trampa semejante. En media hora, el grupo de tareas estaba pasando sus prisioneros a un camión que los esperaba en la ruta, y esa noche, tarde, llegaron a Rosario.

Cuando lo metieron en la Quinta de Funes, Tulio se sorprendió de que, en vez de torturarlo, lo llamaran «mayor Valenzuela». A los 32 años, Tulio Valenzuela llevaba siete de militancia montonera, y sabía que ésa no era la conducta que podía esperar de sus enemigos.

Todo se aclaró en pocas horas, cuando uno de los oficiales de Galtieri le contó el plan: tenía que conducir a un grupo de tareas del Ejército hasta la siguiente reunión de la conducción nacional montonera, en México: allí, los militares intentarían secuestrarlos o matarlos. Tulio tenía que repetir con Firmenich y sus compañeros lo que Nacho había hecho con él. Dijo que quería pensarlo, y consultarlo con Raquel: le permitieron verla. Un par de días después dijo que colaboraría.

Algunos mandos del Segundo Cuerpo desconfiaban: no veían por qué Valenzuela se habría dado vuelta tan rápido, sin demasiadas presiones, y argumentaban que no había entregado a nadie.

—Pero cantó la casa donde vivía, acá en Rosario.

—Sí, pero no entregó personal.

—Bueno, nosotros tampoco lo presionamos mucho. Preferimos cuidarlo para esta operación.

Algunos de los argumentos eran lógicos, pero Galtieri y los suyos estaban deslumbrados ante la posibilidad del golpe maestro. Pocos días después, el jefe del Segundo Cuerpo quiso ver a su prisionero: con un whisky en la mano, le preguntó cuáles eran los motivos por los cuales un

jefe montonero aceptaría la misión encomendada por un general enemigo. Tulio le dijo que Montoneros estaba en una situación similar a la del ejército alemán a fines de 1944: todos los generales sabían que la guerra estaba perdida, pero algunos se negaban a aceptarlo y eso les estaba costando muchas vidas. En 1944 muchos generales, encabezados por Rommel, estaban dispuestos a capitular ante los aliados, pero Hitler lo impedía. Palabras más, palabras menos, Firmenich era el Hitler vernáculo. Galtieri aceptó el razonamiento y le dijo que, para él, el objetivo de acabar con la guerra también era fundamental. Después le aclaró que Raquel y Sebastián eran la garantía de su misión: si Tulio no la cumplía, él haría matar a su compañera y a su hijo. Tulio puso una condición final para aceptar la operación: que el pequeño Sebastián fuera entregado a sus abuelos. Le dijeron que sí, pero que no lo harían hasta el inicio del operativo, para evitar la posibilidad de que la conducción montonera, si se enteraba, sospechara la caída de Tulio.

El general Galtieri consiguió el acuerdo de Videla y de Viola, y la «operación México» se puso en marcha el sábado 14 de enero, cuando Tulio y Nacho viajaron acompañados por tres oficiales del Ejército: todos llevaban documentos falsos. Antes de salir, Galtieri les había advertido que en México no tendrían ningún apoyo: no era como Brasil, Uruguay, Bolivia. «Todo por zurda», les había dicho. «Tengan cuidado».

En México, Tulio aprovechó que tenía que tomar contacto con los Montoneros para informarles sobre el plan. La conducción montonera puso en marcha la respuesta a Galtieri: una conferencia de prensa para cuatro periodistas de confianza en el local del Movimiento Peronista Montonero. Allí, el 19 de enero, Tulio Valenzuela contaría su historia. A su lado estaban Miguel Bonasso, Rodolfo Galimberti, Ricardo Obregón Cano, Holver Martínez Borelli, Sylvia Berman, René Cháves, César Calcagno, Pablo Fernández Long y Manuel Pedreira, del MPM. Tulio relató los hechos, y después trató de darles un marco más amplio:

«—Hay que tener en cuenta en qué condiciones vengo yo. Además de que supuestamente me convencieron políticamente de que debía colaborar. Pero la condición principal es que mi compañera, que está embarazada de seis meses, que se llama Raquel Negro, y mi hijo, que tiene un año y medio,

Sebastián, están en manos del enemigo. Ellos son los rehenes. Yo fui amenazado de que serían inmediatamente ejecutados si la misión de infiltración fracasaba o se producía algún hecho como éste. Cualquiera se puede dar cuenta de que es una situación muy difícil para cualquier hombre, aun para un cuadro revolucionario. (...) Yo discutí esta situación con mi compañera. Mi compañera manifestó que estaba totalmente dispuesta a quedar en el país como rehén, para morir, para salvar algo que era mucho más trascendente que nuestras propias vidas, para llegar acá y poder informarle a nuestro partido y al mundo de los planes de la dictadura y hacer un esfuerzo por desbaratarlos...».

Después, Tulio responsabilizó a «los jefes militares que participaron en esta operación, los generales Videla, Viola, Martínez y Galtieri» por la vida de su mujer y su hijo. Al mismo tiempo las autoridades mexicanas, alertadas por los Montoneros, capturaban a los cuatro agentes encubiertos, que confesaron el motivo de su viaje a México. Al día siguiente, la maniobra de Galtieri aparecía en los diarios: «Junta argentina envía agentes a México para asesinar dirigentes exiliados».

Al otro día, Tulio le escribió una carta al patrón de la Quinta de Funes:

«Señor Gral. de División

»Comandante del II Cuerpo de Ejército

»D. Leopoldo Fortunato Galtieri (...)

»Usted es un general enemigo, jefe de una unidad de batalla que enfrenta la unidad de batalla bajo mi mando. Somos como usted mismo lo dice “colegas en esta guerra”. El enfrentamiento de nuestras fuerzas —más allá de nuestra voluntad— nos ha colocado frente a frente por segunda vez», escribió Tulio, y le recordó un episodio de 1973, cuando tuvo que negociar con Galtieri, entonces jefe del V Cuerpo, la suerte de los militantes presos en Rawson.

«Entre agosto de 1977 y enero de 1978, usted obtuvo la más importante victoria táctica de toda la guerra, al capturar vivos y lograr la colaboración y traición a la causa popular de varios de mis oficiales. Era la primera vez que estuvo en sus manos y en las de su ejército la posibilidad de aniquilar nuestro centro de gravedad y retrasar por largos años la revolución. (...) Victoria admirable e inesperada para mí. El talento del jefe enemigo no

puede dejar de ser reconocido por el jefe de la propia fuerza. Yo lo había subestimado y eso me convirtió en su prisionero, junto a mi familia. Pero en la explotación de la victoria, usted cometió el mismo error que yo, me subestimó al pretender sumarme a los traidores, permitió que se desarrollase así un combate entre la astucia y la fuerza sin ninguna necesidad ya que Laluf (Nacho) hubiera garantizado, en un poco más de tiempo, todos los objetivos que usted se proponía, sin necesidad de arriesgarse conmigo.

»Venció la astucia y usted ha sido derrotado por segunda vez. A un costo personal enorme, yo lo he vencido y mi movimiento ha transformado una derrota militar táctica (que pudo convertirse en estratégica) en una gran victoria política. Pero no es una victoria personal, es una victoria popular donde el principal protagonista ha sido el pueblo que resiste, y yo un mero instrumento de implementación.

»Tampoco la suya es una derrota personal. Es una derrota del Estado Mayor General del Ejército, al que yo logré que Ud. convenciera de aprobar la operación, es una derrota del general Videla, que dio su consentimiento. Pero es mucho más que eso, es la derrota de una política condenada por la historia.

»Una política de hambre, represión salvaje y entrega a los intereses extranjeros. Algunos militares saben qué intereses están defendiendo en esta guerra, otros tienen la cabeza tan llena de confusiones que hasta creen que luchan por un sistema de valores defendibles.

»La guerra seguirá. Uds. tuvieron en sus manos la posibilidad de una victoria estratégica que, aunque no hubiera detenido las ruedas de la historia, hubiera retrasado varios años el triunfo popular. Nuestra victoria es solamente táctica, aunque consolida nuestras posibilidades de victoria estratégica en el mediano plazo. (...)

»Los que vamos a “desembarcar en Normandía” en algún momento de los próximos dos años somos los Montoneros. Los que deberán decidir la resistencia de Berlín hasta la última bala, o su rendición, deberán ser ustedes, los generales. Pero su dilema será distinto al que yo mismo simulé considerar.

»La mayor parte de los oficiales y seguramente hasta algunos generales no saben a ciencia cierta qué intereses defienden en esta lucha. Ustedes

dicen luchar por “la patria”, “la libertad”, “la familia”. Usted me manifestó personalmente que “el general Galtieri no es un agente de los monopolios”, “a mí también me preocupa que la gente se muera de hambre”. Es posible que en esto, como en sus manifiestas convicciones “cristianas”, haya sido sincero; yo quisiera creerle.

»Cuando políticamente hayan comprendido que han estado luchando contra el pueblo y la nación, y sus más caras tradiciones; cuando hayan comprendido el daño que le han causado a la patria, y estén dispuestos a rectificar, a dar por concluida la guerra, contribuir a la pacificación nacional y evitar más derramamientos de sangre, nosotros los Montoneros les tenderemos la mano.

»Por encima de las pasiones que desatan las guerras y de las cicatrices que origina el salvajismo con que ustedes nos combaten, nosotros, los Montoneros, somos maduros y patriotas y con la misma fuerza con que hemos luchado, aceptaremos cualquier propuesta justa que ponga fin a esta guerra y evite los derramamientos de sangre inútiles y dolorosos, en la medida en que la misma garantice los objetivos de independencia económica, justicia social y soberanía política por los que nuestro pueblo lucha desde hace muchos años. (...)

»El pueblo vencerá y nosotros, los Montoneros, conduciremos esa victoria. Esta afirmación no se basa en una confianza mística, sino en un análisis político. Está basada en la justicia de nuestra causa y en la profunda injusticia de la de ustedes, en la calidad de las fuerzas enfrentadas: nosotros expresamos los intereses de las grandes mayorías populares, ustedes los de las pequeñas minorías oligárquicas. Está basada en la naturaleza de nuestros respectivos ejércitos: nuestro pueblo sabe muy bien por qué lucha y son millones; el Ejército de ustedes, en su gran mayoría, no sabe por qué lucha aunque crean tener intactas sus cien mil bayonetas.

»Nosotros tenemos el número, la justicia y tratamos de tener la astucia de nuestra parte. Ustedes tienen la organización y las armas de la suya. El desenlace es seguro, tarde lo que tarde y cueste lo que cueste, nosotros venceremos. (...)

Más adelante, Tulio analizaba los detalles de la Operación México:

«Comprendí que el primer combate se libraba convenciendo a los traidores de que yo también era uno de ellos. Debí vencer el grave obstáculo que significaba el hecho de haber convivido con ellos durante años y el conocimiento mutuo que derivaba de allí, simulando en condiciones difíciles. Ellos se equivocaron porque su traición les acarrea problemas de conciencia, ellos querían una justificación, deseaban a toda costa argumentos políticos que les permitieran dormir en paz en el futuro. Sabían que era su debilidad personal y no el análisis político determinante de su traición, aunque dijeran lo contrario Yo les di los argumentos que querían oír, sobre la supuesta derrota de nuestra fuerza. (...)

»El cuarto error es suyo, general, porque sus conocimientos políticos no están a la altura de sus conocimientos militares, que son muchos. Porque debió advertir que no soy tan torpe como para pensar que mi unidad de batalla estaba destruida por el solo hecho de que algunos de mis oficiales estaban prisioneros y colaborando con el enemigo. ¿Y nuestros soldados? Nuestra fuerza es antes que nada una fuerza social, nuestros soldados son los miles de obreros en conflicto, nuestras fuerzas son esos dos millones y medio de votos que usted mismo reconoció que teníamos.

»En segundo lugar, porque el curso de la guerra es favorable a nosotros, y aunque muchos oficiales suyos vivan algunas victorias militares tácticas sobre algunos de nuestros cuadros como “la victoria”, y algunos de nuestros oficiales, sometidos al más espeluznante método de “lavado de cerebro” del que tenga noticia, terminan por vivir esos hechos como “la derrota”, ustedes, los generales enemigos, y nosotros, los jefes Montoneros, sabemos perfectamente cuál es el curso de la guerra. Usted mismo lo dijo cuando afirmó que “el país no aguanta un año 1978 igual al 1977” o cuando afirmó que, de no conseguir el éxito de mi “misión”, la guerra duraría cinco años más.

»Yo no puedo impedir que mi compañera Raquel Negro y mi hijo Sebastián sean fusilados, si es que no lo fueron ya. Si usted o cualquier otro jefe militar da esa orden, yo le pido que antes de su ejecución, usted tenga el coraje de leer esta carta y de transmitirle que los montoneros estamos

orgullosos de su heroísmo, que ha sido el ejemplo más alto de conducta en lo que va de esta guerra, que el pueblo la recordará para siempre.

»En el plano personal, le pido que le transmita que los quiero más que nunca y que jamás los olvidaré. Sin ella y su excepcional conducta, la maniobra no hubiera sido posible, hubiéramos sido derrotados, y yo no habría conocido este año de felicidad personal que pasamos juntos.

»General Galtieri: la historia suele tener muchas vueltas, es posible que uno de los dos, ambos, perdamos la vida en esta guerra. Tampoco es descartable que usted defienda Berlín hasta sus últimas consecuencias, o que recapacite y sea uno de los Rommel que logren impedir el derramamiento de sangre cuando nuestra victoria sea inevitable. Yo le pido que recapacite ante su Dios y su conciencia los graves errores que viene cometiendo: sepa reconocerlos y tienda la mano al pueblo, nosotros se la sabremos recibir si la misma es sincera,

»Oficial Mayor Montonero Tulio Valenzuela».

Como primera medida tras la Operación México, la conducción montonera decidió «replegar» a su jefe y subjefe, Firmenich y Perdía, a Cuba. En México quedaron los otros dos, Mendizábal y Yager. Firmenich, Perdía y Yager volvieron a reunirse un mes después para formar el «tribunal revolucionario» que juzgaría la conducta de Tulio Valenzuela.

Antes, Tulio había hecho un recorrido por Europa. El 26 de enero, desde Amsterdam, le escribió una carta al hijo de su compañera, Sebastián, que quizás ya hubiera muerto:

«Querido Quinqui: yo sé que ahora sos chiquito y todavía no sabés leer, pero algún día aprenderás y recién después podrás comprender esta carta. Yo te escribo porque no sé si te voy a volver a ver, mi vida es una vida muy difícil y la muerte se cruza con frecuencia en mi camino. Cuando puedas comprender, tus abuelos que te quieren mucho te contarán esta historia. Te leerán esta carta. Con la responsabilidad de ser quien sos, deberás enfrentar tu propia vida, como tu madre y yo enfrentamos la nuestra.

»Si quisieras saber qué te aconsejamos, como guía de tu vida, yo te diría tres cosas básicas: 1) sé sincero contigo y con los demás; 2) búscate una causa noble por la cual luchar y haz de ella el eje de tu vida; 3) sé consecuente con lo que piensas aunque te vaya en ello la vida o puedas

perder todo lo que tengas. Sólo quien así vive puede alcanzar la felicidad y trascendencia como ser humano. Se sufre, pero sólo sufriendo se pueden vivir a fondo los momentos felices, los éxitos y la satisfacción que surge del deber cumplido.

»Pero ahora lo que quiero contarte es una historia de la que vos también fuiste protagonista. Sos un hijo de la guerra. Tus padres te tuvieron entre el fragor de los combates, en tiempos muy difíciles para los revolucionarios. Anduviste de casa en casa, en la clandestinidad y ocultándote con ellos. Un día, cuando tenías cuatro meses, tu padre fue secuestrado y desapareció. Tuvo una buena conducta en la tortura y no delató a ningún compañero».

Después, Tulio le contaba los hechos de la Operación México.

«Se salvaron muchas vidas con esta acción y tu madre se convirtió en la máxima heroína de nuestro movimiento. Todos hablan de ella, de vos, todos están agradecidos y los quieren profundamente. Yo les he mostrado fotos de ustedes y las han sacado en una película y por televisión.

»Yo estoy escribiendo a mucha gente importante para que interceda por la vida de tu madre. Quizás ellos logren salvarla. Le he escrito al Papa. Hay que tener esperanzas, aunque sean pocas las posibilidades. Yo estoy destrozado personalmente. La he perdido a tu madre a quien quería como nunca quise a nadie y no sé nada de vos, que eras nuestro sol. Como te dije, no sé si volveré a verte. Ibas a tener un hermanito. No pierdo las esperanzas de que nazca y vaya a vivir contigo.

»Querido hijo: voy a hacer lo imposible para que esta carta te llegue y te voy a escribir todas las veces que pueda. Tu primer padre, para nuestra sorpresa, está vivo todavía. Ojalá podamos liberarlo y ojalá uno de los dos pueda vivir para criarte y cuidarte.

»Te quiero muchísimo y te mando un beso enorme. Te repito la frase con que te despedí la última vez: portate bien, jugá mucho y no te olvides de mamá y papá.

»Tulio».

Tulio nunca volvió a ver a Raquel. Todo hace suponer que el general Galtieri cumplió con su amenaza y la hizo matar. Versiones de detenidos en campos de concentración indican que esperaron hasta que pariera, y que tuvo mellizos. Sebastián fue devuelto a su familia materna.

Después, cuando se reunió el tribunal montonero, Roberto Perdía actuó de «oficial sumariante»:

—Del relato de los hechos ejecutados por el compañero Tulio, surge que ha cometido los siguientes delitos: a) Traición: El artículo 4 del Código dice que «incurre en el delito de traición cualquiera de las personas indicadas en el capítulo uno, que por cualquier medio colabore o sirva conscientemente al enemigo». En este caso concreto, este delito se manifestó en la colaboración consciente con el enemigo en el planeamiento y desarrollo para infiltrarse en la reunión de área y en la elaboración de doctrina para asesinar al comandante Firmenich; b) Delación. El artículo 7 establece que constituye este delito «la entrega consciente al enemigo de datos o elementos que puedan perjudicar objetivamente a la organización o a las estructuras que ella conduce...». Se manifiesta este delito en la entrega de la vivienda de Mar del Plata donde se había ordenado su instalación provisoria y del embute con dinero del partido; c) Instigación. Si bien no está previsto en el Código, el Tribunal Revolucionario considera que este delito debe ser incluido y el mismo consiste en la presión del compañero Tulio sobre la compañera Raquel, para que cometa el delito de entregar la casa que compartían en Rosario.

El martes 7 de marzo el tribunal falló. Consideraba, entre otras cosas, «que a pesar que los cargos probados están sancionados hasta con la pena de fusilamiento (Art. 28), no corresponde la aplicación de la misma, por cuanto el efecto final y principal previsto por el enemigo no pudo ser ejecutado», y «que los delitos fueron cometidos en medio de una maniobra que permitió preservar a importantes sectores de la estructura partidaria, salvar su vida, pero también evitar la acción sobre la propia conducción nacional, todo lo cual merece el reconocimiento del conjunto de nuestro Partido, no obstante lo cual el compañero Tucho debe ser castigado con la máxima severidad que permite nuestro código en función del nivel del mismo y como efecto ejemplificador para evitar reiteraciones en la aplicación de este tipo de doctrina totalmente sujetas al arbitrio individual».

El tribunal lo condenó a «la máxima degradación dentro del partido»: Tulio pasaba a ser subteniente y, además, tendría que «desarrollar prácticas superadoras para su recuperación», que incluían una autocrítica. Tulio

aceptó la decisión del tribunal y el sábado 11 de marzo presentó su autocrítica escrita:

«La primera autocrítica es, en síntesis, haber cometido delitos de colaboración y traición, con hechos concretos reprimidos por el código revolucionario. La segunda es haber elaborado una doctrina incorrecta y haberme sentido autorizado para implementarla. Una doctrina donde se busca compatibilizar el interés individual con el interés colectivo, en una relación defectuosa que necesariamente coloca al filo del error, e incursiona irresponsablemente en el terreno donde el campo de la revolución y el campo de la contrarrevolución se tocan, pensando que la mera voluntad individual nos garantiza que en última instancia obraremos con lealtad. Me autocrítico de la soberbia de haber pensado que tenía el control de la situación y de que podía jugar impunemente a vencer al enemigo dándole más ventajas de las que tenía en el momento de la captura. (...)

»Este éxito del enemigo se da también por mis debilidades ideológicas. Durante ese tiempo he sentido que sólo podía estar seguro de mí mismo, pero que no podía confiar en tal o cual compañero, en concreto en ninguno, sobre su evolución como cuadro, sobre todo si caía en manos del enemigo. Al haber muerto prácticamente todos mis amigos y haber perdido mi familia, se generó un vacío afectivo que vengo negándome a llenar por desconfianza. El aspecto condicionante de esa desconfianza está dado por la efectiva traición de algunos de mis amigos en Funes. Pero lo determinante está en el individualismo con que he venido viviendo esta situación. Mi lado revolucionario me hace confiar en las masas, en el Partido y en su política. Me hace querer seguir siendo montonero a toda costa. Mis limitaciones individualistas me hacen confiar mucho en mí y desconfiar del resto de los individuos».

Hacia el final, Tulio decía:

«Compañeros de la Conducción Nacional: ahora soy consciente hasta qué punto debe haberles costado sancionarme. Algunos de ustedes están vivos porque, a pesar de todos los errores míos, el haberme presentado en México impidió que el enemigo los matara. (...) Cuando se fueron disipando las sospechas de que podía estar loco, ser un mentiroso o inclusive un cuadro ganado por el enemigo, debe haberse vuelto muy difícil

para ustedes volverse objetivos con el cuadro que protagonizó estos hechos. Vencer la tendencia espontánea a protegerme, proceder con justicia y mirando el interés del conjunto los honra como Conducción. Que hayan tenido la paciencia y el acierto de hacerme ver las cosas desde una nueva óptica, despojada del subjetivismo individualista, es algo de lo que les estaré muy reconocido para siempre».

—¿Pero cómo se les pudo ocurrir a los verdes que su recuperación iba a ser tan rápida, si además Tucho no había puesto los dedos?

Bramaba, en la Pecera de la ESMA, el capitán Acosta, mirando uno a uno a sus prisioneros. Y seguía:

—Por eso acá hay que poner los dedos. Exprímanse el cerebro, pero el que no pone los dedos se va para arriba. No hay recuperación que valga...

Y se fue taconeando. Algunos prisioneros comentaban lo que había pasado. La mayoría callaba. Graciela se preguntaba qué pasaría ahora, mientras pensaba que Tucho había simulado para salvar a sus compañeros y lo había conseguido. Simular, entonces, podía ser una forma de resistencia, se decía, en su continuo debate interior.

—¡Que los cumplas feliz, que los cumplas feliz...!

—¿Qué es lo que está pasando acá?

Gritó el teniente Pernías, y Andrés Castillo le explicó que estaban celebrando el cumpleaños de Graciela. Era el domingo 22 de enero: el lunes 23 cumpliría 30 años. Como ya había pasado la medianoche se lo estaban festejando con un pedazo de torta que había traído de su visita familiar Ricardo Coquet.

—No, no. A Victoria todavía le falta. Le falta.

Dijo el teniente Pernías, tajante. Los marinos controlaban cada concesión, el «progreso» de cada prisionero, según baremos que sólo ellos manejaban.

—Victoria, preparesé para bajar al sótano. La Loli le tiene que preguntar una cosa de la composer.

Le dijo, ese lunes de carnaval, 13 de febrero, un verde. En esos días, Graciela estaba tipeando una monografía sobre los antecedentes del conflicto del Canal de Beagle, que Antonio Latorre, el Pelado Diego,

preparaba para que la Cancillería argentina tuviera argumentos para discutir con los chilenos.

—Victoria, quería hablar con vos. Me dijo Federico que me van a llevar a hablar con Chamorro, que quieren que dé una conferencia de prensa diciendo que me entregué, que estoy arrepentida, todo eso.

Federico era el policía Roberto González. Ana María Ponce, Loli, no le pidió opinión a Graciela, pero le repitió varias veces las palabras de González. Era raro que apenas un policía, un operativo, transmitiera semejante plan. Las dos dudaban, pero ninguna lo dijo. Graciela rechazaba la idea de las conferencias, pero tampoco se atrevía a decírselo a Ana María. Los marinos decían siempre que la Loli estaba condenada. Quizá, si daba la conferencia no la mataban, pero sólo quizás. ¿Por qué les creerían a los marinos? Aunque, si tenía alguna posibilidad de que no la mataran, ¿cómo decirle que no lo hiciera, si eso no significaba la caída de ningún compañero?

—Loli, preparés que la llevamos a La Plata.

Ana María Ponce había militado en La Plata pero el viaje no era creíble. Graciela nunca se olvidaría de la forma en que la miró en ese momento. Las dos sabían que el Pedro Cacho mentía: no querían terminar de saberlo, pero lo sabían, aunque no hubo palabras que dijeran lo que había que decir. Ana sacó de un canasto un sobre donde guardaba los poemas que había escrito en su cautiverio, algunos para su hijo y las cartas que había conseguido mandarle Matías, su compañero, mientras estaba en Capuchita, y se los dio a Graciela:

—Guardalos.

Graciela apretó el sobre y se quedó parada, muda, mientras el Pedro se llevaba a Ana. Graciela seguía ahí cuando llegó Miguel Ángel Lauletta, Caín, y le puso una mano en el hombro:

—Ya sabíamos que esto iba a pasar.

Le dijo Lauletta. Al cabo de un rato consiguió que la subieran de vuelta a la Pecera, y le contó a Alicia Milia, la Cabra, lo que había pasado. Ella ya estaba al tanto:

—Sí, la trajeron hasta la cucha a que agarrara su ropa. Yo la vi. Tenía una dignidad impresionante. Salió como una reina, la Loli.

Poco después llegó un prisionero y les contó que otro verde había llegado a la Capucha y había hecho levantar a los apurones a Edgardo Moyano y también se lo llevaron. Graciela miró a su alrededor y no encontró dónde refugiarse. Se levantó, fue hasta el cuartito de Horacio Maggio, Nariz, en la Pecera, se sentó mirando a la pared y se largó a llorar. Unos minutos después, una mano le tocó un hombro. Graciela se dio vuelta y se vio cara a cara con Frankenstein. Graciela soltó un alarido.

Era el subprefecto Febres, el Gordo Selva, que se había puesto una careta y, ahora, se reía a carcajadas. Después, cuando volvió a Capucha, Graciela vio que el verde de guardia, la Brujita, hacía lo mismo: se ponía la careta de Frankenstein y les levantaba la capucha a los prisioneros, para que lo vieran: carnaval en la ESMA. Y lo más raro, pensaba Graciela, era que los prisioneros se reían.

Dos días más tarde un verde les dijo que a la Loli y al Negro los habían electrocutado ahí mismo, en El Dorado, el sector donde funcionaba la sala de Inteligencia, y que el Negro, a pesar de estar tan destruido por la tortura, les había dado mucho trabajo: que habían tenido que darle varias descargas, porque no se moría. En esos días hubo un traslado: los marinos sacaron a quince o veinte prisioneros de Capucha para tirarlos vivos al Río de la Plata. Uno de ellos fue el viejo comunista que explicaba que había que oponerse al golpe fascista.

Febrero de 1978. «—¿Por qué renunciaste a la selección?

»—No hay un motivo determinante. Son un montón de circunstancias que viví en el fútbol a través de muchos años, pero fundamentalmente por una forma de vida, en la cual me tenía que demostrar a mí mismo ante un hecho importante como el mundial que se puede vivir tranquilo con otros valores.

»—¿Cuáles son esos valores?

»—Pienso que, si bien la ambición es natural en el ser humano, no solamente hay que volcarla en forma desmedida a lo material. También se puede volcar en el deporte, en el sentimiento y en lo espiritual. No hay un hecho gravitante en mi actitud, es demostrarme que a los 29 años siento

haber logrado la madurez necesaria como para saber qué es lo que quiero para mi vida. Saber qué es lo que está bien y qué es lo que no me interesa».

La nota de la revista *Goles* trataba de aclarar un tema caliente: faltaban cuatro meses para el mundial de fútbol y Jorge Carrascosa, el capitán de la selección y amigo personal del técnico Luis Menotti, acababa de anunciar su renuncia.

«—¿Meditaste sobre cómo transmitir tu decisión?

»—Claro, lo estuve pensando profundamente. Tengo temor de que mucha gente no interprete el verdadero sentido de mi actitud. Pero no puedo dilatarlo más».

El periodista insistía: si el problema era la repatriación de los jugadores que estaban en el extranjero o si estaba cansado del fútbol, si le molestaban las concentraciones. Carrascosa le dijo que iba a seguir jugando en Huracán, que Menotti «era un gran ser humano, con virtudes y defectos» y que «él también me respeta como hombre» y por eso aceptaba su decisión. Rumores suponían que Carrascosa era de izquierda y no quería participar en la fiesta del Proceso. El periodista quería saber más y, sobre el final, se lo dijo:

«—¿Te das cuenta que en toda esta explicación hay algo que no convence? ¿Por qué no te jugás?

»—¿Qué querés, que me vaya a vivir a otro país?».

A principios de febrero, los diarios argentinos estaban llenos de avisos firmados por el Ente Autónomo Mundial 78 y Coca-Cola: «Veinticinco millones de argentinos jugaremos el Mundial» y «En el Mundial, usted juega de argentino». Pero la organización del Mundial provocaba polémicas en el establishment. Juan Alemann publicó una columna en *La Nación* deplorando los gastos que causaría, y Aldo Montes de Oca retomó el argumento en la revista *Somos*, donde decía que con «los 700 millones de dólares que según el doctor Juan Alemann costará al país la realización del Mundial 78» se podían pagar cinco millones de sueldos mensuales de maestros, construir 100.000 viviendas económicas o comprar 50 boeings 727. «Pero lo más grave es la construcción de un inmenso estudio de televisión en la avenida Figueroa Alcorta», con sus lujosos

revestimientos de mármol, decía Alemann: el Mundial sirvió, entre otras cosas, para introducir la televisión color en la Argentina y, sin duda, para disimular negocios sucios. El Mundial argentino costó cuatro veces más que el que organizó España en 1982.

En Estados Unidos, el *New York Times* publicaba un artículo para explicar a sus lectores que podían ir a la Argentina sin problemas: «Sus Fuerzas Armadas están librando una lucha contra la subversión, pero eso de ninguna manera afecta al turista; al contrario, convierte a Buenos Aires en una ciudad más segura que Nueva York, especialmente de noche». El 15 de febrero, en París, el cardenal François Marty negó el permiso para que se celebrara en su diócesis una misa en conmemoración de los 200 años del nacimiento de San Martín, por la desaparición en la Argentina de dos monjas y otros 14 ciudadanos franceses. De a poco, el mundo empezaba a enterarse de lo que estaba pasando. Poco antes, un grupo de argentinos y franceses había formado el COBA —Comité pour le Boycott de l'Organisation par l'Argentine de la Coupe du Monde de Football—: Cacho El Kadri estaba entre ellos. Al principio, le había resultado difícil aceptar la solidaridad de los franceses.

—No, ustedes ahora quieren ayudarnos para sacarse la culpa, para pagar sus pecados imperialistas, lo que hicieron en Vietnam, en Argelia, en toda África...

En muchos casos, Cacho siguió pensando que tenía razón, pero había grupos, como el COBA o el Comité Catholique contre la Faim et pour le Développement, que lo hacían creer que no todos eran iguales. El COBA fue apoyado por varios partidos de la izquierda francesa y editaba un periódico cuya forma parodiaba a *L'Equipe*, el diario deportivo: *L'Epique* se difundió mucho y fue un buen vehículo para publicar denuncias sobre la situación de los derechos humanos en la Argentina. Entre los «padrinos» del COBA estaban Louis Aragon, Roland Barthes, David Cooper, Marguerite Duras, Juan Goytisolo, Daniel Gélin, Félix Guattari, Marek Halter, Alain Krivine, Bernard-Henri Lévy, Michel Lonsdale, Armand Mattelart, Philippe Sollers, René Lourau, Bertrand Tavernier, Jean Lacouture, Michel de Certeau, Vladimir Jankelevitch, Joris Ivens, Yves Montand, Simone Signoret, Alain Touraine, Jean-Paul Sartre y muchos más.

—El problema no está en boicotear el Mundial, sino en saber que hay que boicotear a la Argentina. El Partido Socialista ha denunciado constantemente a la Junta Militar que instaló un reino de terror sangriento sobre su país. Entre las numerosas dictaduras que existen en el mundo, ésta es sin duda una de las más feroces. La represión sigue funcionando, y el gobierno del general Videla no consigue siquiera disimularlo. Yo practiqué deportes durante muchos años, así que entiendo el deseo de los futbolistas franceses de participar en el torneo. Pero mi opinión es clara: hay que hacer todo lo posible para que el Mundial no se juegue en la Argentina.

Decía, en una entrevista publicada por *Le Matin*, el responsable del «sector Tercer Mundo» del Partido Socialista francés, Lionel Jospin.

—No, nosotros no entramos en ésa. No creemos que el boicot sea una buena manera de intervenir en la cuestión. Además, es totalmente impopular: el pueblo argentino quiere el Mundial, siempre lo quiso. Lo que sí tenemos que hacer es aprovechar que todas las miradas van a estar puestas en la Argentina para hacer algo que llame bien la atención...

Decía Norman Briski, y Cacho no terminaba de estar de acuerdo. Pero los Montoneros habían decidido no boicotear, y mantenían su postura.

—Además, acá el boicot es cosa de los franceses. No vamos a ir nosotros a decirles lo que tienen o no tienen que hacer.

Decían los montoneros de París y, poco después, Rodolfo Galimberti, en una entrevista del semanario *L'Express*, fue más allá: «Montoneros no producirá ninguna operación que pueda poner en peligro a los jugadores y a los periodistas. No habrá de nuestra parte ningún recrudecimiento de la lucha armada durante este período. Nosotros vamos más lejos, nosotros proponemos una tregua a la dictadura militar de Videla».

Y Adriana Lesgart, en el diario *Le Monde*, dijo que «nosotros no descartamos la posibilidad de reunirnos con el almirante Massera, porque queremos que se termine la guerra en la Argentina». Cacho estaba indignado y escribió, junto con el ex cura mendocino Agustín Toterá, uno de los fundadores del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, un folleto, «El peronismo revolucionario interroga a Montoneros». Entre otras cosas, se preguntaba «¿qué quiere decir la conducción montonera con esta afirmación de que “el pueblo ama el fútbol”? La respuesta está en la misma

entrevista: “no podemos ir contra su deseo, porque esa medida sería impopular”. En la base de esta afirmación subyace una concepción profundamente reaccionaria del pueblo, que no tiene nada que ver con la vocación popular revolucionaria del Peronismo —que transformó la clase obrera en sujeto de nuestra historia— sino con el populismo de raíz conservadora de Barceló, Manrique y compañía, que creían que ser populares era repartir favores o colchones sonriendo como Gardel; o el populismo de la izquierda pequeñoburguesa que para ser popular se pone el mameluco y va a hacer turismo social a las villas.

»Detrás de esa concepción del populismo se esconde el objetivo de manipular al Pueblo, de usarlo, de servirse de él como lo hace cualquier político del régimen, o las campañas publicitarias. En el fondo, esto nos lleva a pensar que la asunción del peronismo por parte de la conducción montonera no nace de la comprensión racional de las luchas históricas del Pueblo Argentino sino de una simple “adaptación a las circunstancias”. Mimetismo que alguna vez escuchamos expresado en esta fórmula: “somos peronistas porque el pueblo es peronista”».

En esos días, un grupo de anarquistas de Toulouse decidió que la denuncia en la prensa no era suficiente. Cacho los conocía de las reuniones del COBA:

—Queríamos avisarte que estos días estés bien visible, vos y los demás argentinos, que se muestren en público.

—¿Por qué, qué pasa?

—Nada, nada.

—No, diganmé.

—Vamos a secuestrar a Michel Hidalgo, y no queremos que te puedan culpar de nada.

—No, pero eso es una locura. Acá ése no es el método, se pueden hacer otras cosas...

Hidalgo era el director técnico de la selección francesa, y su secuestro de unas pocas horas sirvió para poner el tema del «Mundial en el país de los desaparecidos» en la primera página de todos los diarios. El COBA, por supuesto, condenó la iniciativa.

El Zurdo Suárez, el Galleguito García y Alberto Elizalde formaban la dirección del PRT del pabellón 2 de La Plata. Todos los presos del pabellón eran militantes del partido: la única tarea que no tenían organizada era «política de alianzas» o «relación con otras organizaciones», como algunos la llamaban. El resto estaba prolijamente establecido: desde la administración de la cantina y la biblioteca hasta los trabajos de inteligencia y contrainteligencia. Hasta tenían un responsable de gimnasia, aunque les habían prohibido hacer deportes. La responsabilidad consistía en armarle a cada cual, según sus necesidades, una rutina de sentadillas, lagartijas o abdominales para hacerlas tarde a la noche o por la madrugada, cuando no había ningún penitenciario en el pabellón. Necesitaban tener el cuerpo duro para que las palizas les dolieran menos. Pero la gimnasia era, más que nada, una cuestión de disciplina: cumplir con los ejercicios era ganar una batalla.

Los presos se pasaban unas veinte horas por día encerrados en celdas de uno veinte por dos y medio. En las dos horas del recreo de la mañana hacían sus reuniones de célula —para discutir línea política—; en las dos horas del recreo de la tarde se reunían las comisiones. Las células tenían tres integrantes; las comisiones, cuatro o cinco. Había comisión de biblioteca, de cursos, de visitas, de abogados, de limpieza, de circulación de revistas. La fundamental era la de economato: hacía las cuentas de cuánta plata le depositaban a cada preso para sumarla al pozo común. En general alcanzaba para lo básico: cigarrillos, yerba, azúcar y unas pocas delicadezas, como queso mar del plata y dulce de leche. Siempre tenían tareas. Y también tenían varias direcciones.

Por encima de la dirección del pabellón —el Zurdo, el Galleguito y Alberto— estaba la dirección del penal, que eran otros tres o cuatro presos que estaban en el mismo pabellón pero que, además, tenían autoridad partidaria sobre las direcciones de otros pabellones: el Chaqueño Gómez, el Negro Ponce de León, el Tordito Debenedetti y el Chino Villanueva, en esos días. Que se comunicaban con el resto de los pabellones a través de caramelos —reellenos de papelititos—, por morse o hablando con las manos.

Esa tarde, el Zurdo, el Galleguito y Alberto caminaban por el patio, como todos: rápido, de una punta a la otra, con las manos agarradas a la espalda —por hábito— y al llegar a la pared se daban vuelta sobre los tacos

sin perder ritmo. Tenían también la costumbre de respetar el temario. El Zurdo les transmitía información de la dirección del penal:

—Los compañeros de un pabellón del fondo mandaron un caramelo sobre un chupadero. La fuente es un facho que está con ellos; bah, no sé si será facho, uno que estaba con Calabró, pero que tiene buen comportamiento con los compañeros...

—¿Quién?

—Un tal Destéfano.

Juan Destéfano —iniciado en la UOM como chofer de Vandor— había colaborado con Victorio Calabró en la gobernación de Buenos Aires. Cuando Calabró se distanció de Lorenzo Miguel para aliarse con el general Videla, pactó algunas cosas: que él y algunos de sus compañeros no irían presos, que les entregaría a algunos miembros de las Tres A —para que los militares mostrasen que combatían la violencia de todo signo— y a otros que manejaban negocios paralelos a la función pública, para mostrar que castigaban a los funcionarios corruptos. Destéfano estaba entre estos últimos y fue a parar a la cárcel de La Plata. Tiempo después, los militares lo sacaron para llevarlo a un campo clandestino de tortura. En esos casos, la tortura era para obtener «botín de guerra»: quedarse con la plata eventualmente malversada. Dos semanas después, cuando volvió del Pozo de Arana, a algunos kilómetros de La Plata, flaco y con la marca del espanto en la cara, contó lo que había visto a sus compañeros de pabellón. Y los presos del PRT mandaron a su dirección un informe escrito en un papelito. Esa tarde, el Zurdo hablaba bajo: no sólo por los guardias, sino porque el tema tenía cola:

—Los compañeros de la dirección no quieren que se difunda el informe entre los compañeros.

Alberto bajó un poco el ritmo de la marcha.

—¿Qué problema hay? Decís que la fuente es un tipo de Calabró, y cada cual sabe a qué atenerse.

—Pero, ¿qué es lo que dice el informe? ¿Por qué tanto misterio?

—El tipo dice que vio cosas espantosas, que un día llevaron como a veinte militantes de un grupo llamado PROA y que los quemaron vivos ahí mismo, con gomas de camión.

—¡Qué pedazos de hijos de puta!

—Sí, pero además dice que aunque estaba encapuchado había algunos prisioneros que colaboraban, parece que los sacaban a marcar gente. Por eso dicen que el informe hay que tomarlo con pinzas y mejor que los compañeros no sepan, que por ahí es una maniobra de los servicios.

Alberto se indignó:

—¿Pero maniobra de qué?

—Y, hermano, para generar más terror; qué se yo. ¡Yo estoy en el medio!

—Mirá, los de la dirección siempre tienen esa actitud paternalista, que se creen que todo lo tienen que manejar con intrigas, con secretos. Para mí es claro, si les ocultamos una información a los compañeros es que no les tenemos confianza. Están locos...

El Galleguito García lo interrumpió:

—Eh, pará. Si vamos al caso, estamos todos un poco locos, pero por culpa del enemigo.

—Sí, pero hay locos y locos: si los compañeros los eligieron para ejercer la dirección, es que les dan la confianza. Y si ellos en vez de devolver la confianza empiezan a ocultar...

El Galleguito García estaba de acuerdo, pero tenía un temperamento cordial.

—Bueno, tampoco caigamos en el subjetivismo, hermano. No son diferencias de fondo. Tenemos que dar la discusión y que los compañeros lo entiendan.

El Zurdo trató de zanjar:

—Bueno, yo voy a llevar nuestra posición: que se difunda el informe. ¿Estamos?

Pero las fricciones crecían: últimamente, ante cualquier discusión, todos se tildaban de locos. Por motivos distintos, pero siempre de locos. Las cosas se habían agravado desde mediados de 1977, cuando los presos perdieron contacto con el Buró político del PRT. Ante la incertidumbre, algunos seguían hablando del partido y otros hablaban de la necesidad de disolver las estructuras. Eso generaba fuego cruzado: acusaciones de derrotismo y de esquematismo, entre otras tantas. Y usaban sus pocas horas de recreo para

discutir, organizadamente, acerca de la necesidad de la organización. Alberto soñaba con organigramas, con designaciones, con documentos internos. Sospechaba, como muchos, que todo había terminado. Pero tampoco quería decirlo así, porque eso sonaba tremendo y sentía que tenía que estar firme, que con la discusión sobre la disolución —o dilución como la llamaban algunos— no se iba a terminar todo.

—Mirá, Zurdo, con eso de que tal cosa no, porque estamos en manos del enemigo, tal otra tampoco, porque estamos en manos del enemigo, están viviendo al margen de la realidad. Llamale derrota, llamale retroceso, llamale como quieras, pero yo no estoy en nada de acuerdo.

Otros militantes replicaban a la dirección del penal de manera más categórica. Pedro Cazes Camarero, que recordaba pasajes completos de Isaac Deutscher —el biógrafo de Trotski—, se había tomado el trabajo de buscar analogías con las internas de los bolcheviques rusos y afirmaba que la dirección del penal del PRT era una camarilla burocrática stalinista enquistada en el seno del partido. Hubo quienes optaron por abandonar el funcionamiento partidario y les importó poco que otros dijeran que se trataba de una muestra de debilidad ideológica mientras se estaba en manos del enemigo.

Cuando se terminaba el recreo, cada cual volvía a su celda y sobre todo a sus pensamientos. Alternaban literatura clásica con *El Tony*, *El Gráfico* y la música que salía de los parlantes del penal: tango y folklore. Lo más duro era cuando caía el sol y llegaba el recuento de la tarde: era difícil soportar tanto silencio.

El jueves 2 de febrero, después del recreo de la tarde, cuando todos los presos estaban encerrados, el celador golpeó las puertas de dos celdas:

—Carranza, con todo.

—Segalli, con todo.

Gonzalo Carranza y Guillermo Segalli pusieron en una manta lo poco que tenían. Como siempre, los podían llamar para un simple traslado de pabellón, o para matarlos. Carranza, que llevaba tres años preso, tenía una causa judicial en el juzgado federal 1 de la Capital, a cargo de Eduardo Marquardt: podía ser, incluso, que lo dejaran libre. Segalli, detenido después del golpe, estaba bajo consejo de guerra.

Al día siguiente los padres de Guillermo y la madre de Gonzalo fueron al penal a preguntar por sus hijos: la explicación del director, prefecto Abel Dupuy, fue que habían sido puestos en libertad junto con Miguel Domínguez, del pabellón 13. El prefecto Dupuy se lavó las manos cuando la madre de Gonzalo lo encaró:

—No se altere, señora, aquí está la constancia. Su hijo firmó la libertad. Se fue ayer de esta unidad. Seguramente estará por llegar a su casa, señora. O quizás lo hayan secuestrado los mismos subversivos. Tranquilícese, por favor.

La madre de Gonzalo había pasado una semana secuestrada en Campo de Mayo a fines de 1976, y no estaba dispuesta a callarse la boca:

—Mire, a mi hija y a mí nos tuvieron una semana vendadas, al lado nuestro había gente a la que torturaban y mataban... ¿Usted no sabe que en este país secuestran y asesinan gente?! ¡Yo no me voy de acá hasta que no me diga dónde lo mandaron a mi hijo!

El prefecto Dupuy no salió de su libreto. El mismo argumento esgrimió el juez Marquardt: estaba muy sorprendido de que Gonzalo Carranza nunca hubiese llegado a su casa.

Febrero de 1978. «Este año pasado marca un récord difícilmente superable en cuanto a escasez de estrenos, y lo que constituye un síntoma mucho más lamentable, de realizaciones y proyectos. Es cierto que quedan enlatados muchos films argentinos —según parece de imposible acceso a las salas locales, por muy variados motivos— y postergados puntualmente libros y ambiciones consideradas poco propicias en esta época. Las profundas limitaciones culturales que aquejan al país ante la total identificación de sus hijos en el orden de la expresión sincera, de la serena autocrítica o de la denuncia de la infinidad de problemas que nos rodean, dan como resultado, en las escasísimas muestras proyectadas —y permitidas— una atmósfera de tremendo conformismo y —esto dicho con mucho respeto por producciones de mero entretenimiento muy dignas— de angustiante mediocridad temática. Aunque este enfoque podría aplicarse a muchos medios de expresión, es en el cine nacional donde cobra inusitada

vigencia. La penosa imagen pasatista que encubre o soslaya la realidad circundante, una actitud que se ha convertido en la constante de nuestra penosa televisión, llega al cine con mayor fuerza, ante las dificultades apuntadas y los riesgos innegables que implica intentar siquiera un proyecto fílmico más o menos ambicioso», decía, con cierta audacia, Armando Rapallo en la revista oficialista *Pájaro de Fuego*.

En ese mismo número, el secretario de Cultura de la Nación, Raúl Casal, tenía otra visión:

«Las Fuerzas Armadas están cumpliendo con el mandato y los objetivos del Proceso de Reorganización Nacional. Proceso que es consecuencia de la sistemática corrupción institucional que la precediera y de la acción de la subversión organizada. En ambos casos, el invalorable patrimonio cultural ha sido directamente atacado por aquella acción disolvente y negativa. De allí la preocupación de las Fuerzas Armadas por la defensa cultural de nuestro patrimonio. Esto origina una estrategia de programas de acción cultural destinados a recomponer los valores esenciales del ser nacional».

Las películas argentinas estrenadas ese año habían sido *Las turistas quieren guerra* de Cahen Salaberry, con Porcel y Olmedo; *Brigada en acción* de y por Palito Ortega; *Así es la vida* de Enrique Carreras; *La nueva cigarra* de Fernando Siro; o *Jacinta Pichimahuida se enamora*, con una María de los Ángeles Medrano que saltaba de la televisión al cine. Hubo una excepción: en junio se presentó la adaptación al cine del cuento de Haroldo Conti *Crece de golpe*, dirigida por Sergio Renán. Trece meses antes, el 4 de mayo de 1976, un grupo de tareas lo había secuestrado en su casa de Buenos Aires, y nunca más apareció.

Sobre las películas extranjeras, Rapallo sostuvo que «Buenos Aires se puso al día, dentro de lo permitido por el Ente de Calificación Cinematográfica, con buena parte de la producción extranjera de primera línea» y destacó que lo mejor del año había sido *Atrapado sin salida* de Milos Forman, con Jack Nicholson, y *Barry Lindon* de Stanley Kubrick. Ese año también se habían estrenado *El hombre que sería rey* de John Houston, *La maratón de la muerte* de John Schlesinger, *El inquilino* de Roman Polanski y *Taxi driver*, de Martin Scorsese, con Robert De Niro y Jodie Foster.

Entre los libros más leídos había varios que habían sido adaptados al cine, como *La profecía* y *Abismo*. Y aparecían, con mucha fuerza, dos nuevos autores nacionales que vendían miles y miles de libros: Julia Prilutzky Farny, cuyos poemas de *Antología del amor* habían sido muy citados en la telenovela *Pablo en nuestra piel*, y José Narosky, que agotó varias ediciones de sus dos volúmenes de aforismos: *Si todos los tiempos...* y *Si todos los hombres...*

Emiliano Costa era un veterano de Sierra Chica. En esos días compartía la celda con Carlos Puccio, un rubio eléctrico que discutía apasionadamente sobre cualquier tema que se presentara. Los dos eran montoneros y, también, hijos de comodoros. Una de sus obsesiones era la lucha contra la chinche: primero pasaban un trapo con querosén por la estructura de hierro de los camastros; después lo quemaban con el calentador y algunos bichos caían achicharrados. Además, jugaban mucho al go: Carlos era imbatible. Emiliano escribía cartas a su hermana y a su cuñado, exiliados en Montevideo, a sus padres, y a Victoria, su hija, que estaba viviendo con ellos. A veces podían llevársela a la visita: eran los mejores momentos. Cuando Victoria cumplió dos años, Emiliano se pasó horas haciéndole un dibujo sobre cartulina.

—Yo me acuerdo de vos, a vos te decían Boina...

A veces, Emiliano compartía alguna caminata con Julio César Urien.

—A mí también me resultás cara conocida. ¿De dónde puede ser?

—De alguna práctica, también estaba otro que era de la Armada; uno un poco mayor que vos...

—Sí, Carlos Lebrón. Perdió en Tucumán, Carlos...

Emiliano, como muchos otros militantes, le preguntaba por el levantamiento de la ESMA de noviembre de 1972. Y Julio ya lo tenía sistematizado, casi como quien da una conferencia.

—Pero, Almirante, lo que no entiendo es por qué una vez que se retiran los suboficiales con el armamento no se lo pudieron entregar a los compañeros.

—Mirá, yo recién pude hacerme una idea cuando lo trasladaron a Tejerina a la cárcel de Magdalena, donde estaba yo. Tejerina era cabo

segundo y, cuando a mí me detienen asume el mando y decide seguir con la operación. Cargaron los camiones y se fueron a la plaza de Lomas de Zamora, que era donde habíamos arreglado para entregar el armamento que nos llevábamos... Pero ahí jugaron dos factores, primero que Tejerina no tenía suficiente conocimiento para saber a quién y cómo entregarlos, por eso fue que se atrincheró en la plaza, y segundo que el tipo que nos pasó a nosotros las citas de la orga para recibir las armas era un infiltrado, un agente de los servicios de la Fuerza Aérea...

—Qué cagada, che...

Los presos montoneros pasaban vueltas y vueltas hablando de acciones militares, comentaban los artículos del *Evita Montonera* que les traían sus familiares en minúsculas copias a mano, y se preparaban para volver a la lucha en un futuro que veían más o menos lejano. Una de esas tardes Julio fue llamado a visita. Cuando llegó a la capilla del penal, entre el tumulto de familiares, vio a su padre. Se abrazaron fuerte.

—¡Viejo, te largaron!

—Sí, hijo, yo les decía que me trajeran con vos, pero no me hicieron caso.

La voz del guardia puso los límites.

—¡Sentarse! ¡Todo el mundo a sentarse!

Cuando los presos y los familiares ya se habían saludado se repetía la misma escena: en una fila de bancos los presos, en la otra, a unos tres metros de distancia, sus familiares. Todos apretados. El diálogo era ensordecedor. Algunos se pasaban largos minutos en silencio, mirándose a los ojos. Muchas veces los que estaban al lado se turnaban para hablar. Julio vio que su padre tenía la misma expresión de siempre:

—Se te ve muy bien, papá.

—Mirá, Julio, yo estoy bien... A mí me pueden hacer lo que quieran, pero voy a tener siempre la tranquilidad de poder mirar a mis hijos a los ojos. En cambio, éstos que están vendiendo la Nación no tienen vergüenza. Gobiernan porque someten a la gente por el terror, pero no tienen la dignidad ni de contar de qué se valen. Julio, hijo, algún día la historia nos va a pedir cuentas a todos. Ese día llegará, no me cabe duda, no sé si estaré para verlo, pero tengo la tranquilidad de que llegará.

Ya repuesto de su úlcera, Manuel Gaggero volvió a Madrid vía Praga. Su primera cita fue en un bar de Lavapiés: mientras esperaba a un miembro del Buró del PRT, pidió té con leche y vainillas, con la esperanza de que su estómago no se resintiera. Daniel Martín, el Vasco, se alegró mucho al verlo y pidió un orujo.

—Che, Manuel, estás bárbaro. Viniste quemado, gordito.

Pero lo que tenía para contarle no era alentador:

—Hemos hecho un organigrama provisorio con todos los compañeros que pudimos sacar, y más o menos están funcionando en equipos, pero la verdad es que en la Argentina no nos queda nada, salvo contactos y compañeros que quedaron en banda.

—¿Nada, de verdad?

Manuel lo suponía. Casi por reflejo se metió en la boca una pastilla que le calmaba la acidez.

—Casi. Mirá, el funcionamiento fuera del trabajo de masas y del combate es imposible, y además el trabajo con los otros argentinos que están en el exilio y no militan es toda una historia. Los tipos tienen sus propios mambos: que la cana los corre de las plazas donde venden biyuta, que andan con el ánimo por el piso con la cosa del desarraigo.

Daniel le contó que la mayoría de los que tenían categoría de militantes en la Argentina ahora estaban organizados en las escuelas de cuadros.

—Las de Italia andan bárbaro.

En el norte de Italia, el PRT había conseguido que unos ex partisanos del Partido Comunista italiano les contaran sus historias y les dieran cursos teóricos. La situación variaba en cada regional, decía Daniel Martín. Las regionales más importantes eran España, Holanda, Bélgica, Suecia, México, Brasil.

—En la dirección hemos pensado una tarea para vos.

Manuel tomó otro té y escuchó la oferta: integrarse a un comité —llamado internacional— junto a Rodolfo Mattarolo y Roberto Guevara.

—Lo que pensamos es que el comité se reúna cada tanto para que ustedes puedan ponerse al frente de la actividad en cada lugar: la idea es

que Rodolfo se quede en París, Roberto acá en Madrid y vos, Manuel, si no tenés problema, te harías cargo de México.

Además de la confianza partidaria, los tres daban un buen perfil para las actividades de denuncia en Europa y Estados Unidos. Los tres eran abogados, Mattarolo y Gaggero eran periodistas, y Guevara era hermano del Che. Daniel le contó que el otro frente internacional —el de las relaciones con el campo socialista— estaba bastante flaco y que el Buró político había decidido que Luis Mattini, el secretario general, fuera a La Habana para tratar de recomponer lazos con el PC cubano.

—Además, allá va a tratar de reunirse con la conducción de Montoneros. Hace casi un año que no hay trato de dirección a dirección. Ellos prácticamente no nos dan bola. Un poco porque quedaron mejor parados, les quedan fondos financieros, y otro tanto por esa soberbia que a veces los hace insoportables.

Lo que Daniel no le contó fue que empezaban a profundizarse las diferencias en la dirección de su partido: que la poca simpatía que siempre se habían tenido Gorriarán y Mattini empezaba a amenazar con divisiones. A medida que avanzaba la conversación, Manuel empezó a pensar que si se concretaba la oferta, en poco tiempo más estaría lejos de Alba y de sus hijos. Y su vida familiar se había desgastado mucho en ese último año. Apuró otro trago de té y miró a Daniel:

—Che, disculpame, ¿me decías que yo me tendría que ir a México?

—Sí, al D. F. Además, desde ahí vas a poder trabajar con los compañeros que están en Nueva York, ahí estás cerca. Sabés que Gino Lofredo está haciendo un laburo muy piola con el diario *Denuncia*, y no hay nadie que los atienda regularmente. Viste que los yanquis al fútbol no le dan bola, por eso el tema del Mundial allá no cuaja, pero hay sectores del gobierno de Carter que son permeables a la denuncia y se puede laburar el tema del boicot de armas a la dictadura en el Congreso...

Manuel se tomó un tiempo para decidir: lo suficiente para ir al zoológico con sus hijos, llevarlos otro día a Alcalá, y tener una buena charla con su mujer. Manuel le dijo a Alba que aceptaría la propuesta del Vasco.

—Sí, pero los chicos recién retoman la escuela, Manuel. Así que ni hablar de llevarlos a ellos. Además el desgaste lo estamos sufriendo

nosotros mismos. Es imposible mantener la relación de esta manera. Yo ya empecé a trabajar, aunque no sea lo que me gusta, es una manera de salir del encierro. Todo esto de vivir con los compañeros, de cocinarse en la propia salsa, finalmente te agota.

A Manuel se le hacía difícil decirle a Alba que la quería, que todo iba a recomponerse, cuando era él el que se iba. Así que resolvieron que Alba se quedaría con los tres chicos en el piso de la calle Illescas, en Madrid. No hacía mucho que había empezado, como muchos otros exiliados, a vender bijutería en las plazas.

Dieciséis

—Esperá hasta que se enciendan las cámaras. No te mates antes, Victoria.

Le dijo Andrés Castillo para tratar de moderarla, pero Graciela Daleo estaba muy exaltada. Los marinos de la ESMA se habían puesto nerviosos por la inminencia del Mundial y querían armar una serie de conferencias de prensa de sus prisioneros, para blanquearse frente a la opinión pública del mundo que, en esos días, fútbol mediante, había decidido ocuparse de la dictadura militar en la Argentina. Había que contrarrestar la campaña antiargentina, decían los marinos.

—No sé, ya vamos a ver cómo lo hago. Lo que sí sé es que ni muerta me van a filmar haciendo de arrepentida.

Estaban solos en un cuartito de la Pecera pero hablaban en susurros. Era peligroso y, para Graciela, tanto alivio poder hablar de esas cosas con alguien. Aunque todavía se cuidara: desde la noche del 31 de diciembre había intuido que podía hablar con Andrés, que era alguien en quien podía creer, pero tampoco quería tirarse de cabeza: tenían que ir construyendo esa confianza poco a poco. Y, por supuesto, ni una palabra de su amor, pero la sensación la ayudaba a sobrellevar la vida ahí adentro.

Él tampoco le contaba demasiado. No era sólo que todavía desconfiaran el uno del otro: también cabía la posibilidad de que volvieran a torturarlos y, en ese caso, cuanto menos supieran menos tendrían que tratar de guardarse.

—Yo lo que voy a hacer es tratar de rajarme cuando lleguemos a Suiza. Ahí va a ser más fácil.

Dijo Andrés. Le tenían preparado un programa especial: presentarlo en el encuentro de la Organización Internacional del Trabajo, en Ginebra, como ex dirigente sindical, para que desacreditara a sus antiguos compañeros y exaltara la labor de los marinos.

—Pero de todas maneras tampoco la voy a dar, la conferencia de prensa. Eso quedate tranquila. Y si no me puedo rajar, me terminaré matando.

La ESMA estaba convulsionada con los preparativos. En realidad, nadie sabía nada seguro: eran todos rumores, versiones que corrían por los pasillos de la Pecera, por las cucas de Capucha. La ESMA siempre había sido una gran usina de rumores: los prisioneros, inquietos por su suerte, los recogían y amplificaban con denuedo, aunque siempre en secreto. En esos días, Martín Grass, Chacho, uno de los miembros más conspicuos del staff, había escuchado que pensaban llevarlos a un campo de concentración en la Isla de los Estados. Y Andrés, que había visto la isla desde un barco en 1966, cuando lo llevaron desde las Malvinas al penal de Río Grande, estaba aterrado:

—¡Pero ustedes no saben lo que es la Isla de los Estados! ¡Es una roca negra, un peladal!

—No, parece que lo que sí están pensando es armar un lugar en Chapadmalal, para terminar la recuperación allá...

Cada uno de esos planes suponía que, aunque fuera en un peñasco en medio del océano, los prisioneros seguirían vivos. Pero también quería decir que podrían pasarse años en un lugar inexistente, fuera del mundo, en manos de los marinos.

—Victoria, acá le traje algo de ropa. Se la manda su mamá.

A principios de marzo el teniente Pernías había mandado a un suboficial, Moncho, a la casa de los padres de Graciela, con una carta de ella. Era un verdadero avance: los prisioneros solían suponer que una vez que empezaba el contacto con la familia de un secuestrado era muy difícil que los marinos decidieran matarlo.

—Los vi a su papá y a su mamá. Los padres de ustedes tienen todos los mismos ojos...

Le dijo Moncho. No era un orador, pero Graciela lo entendió: le estaba diciendo que todos tenían la misma mirada triste, vaciada de esperanzas. Esa tarde, Graciela pudo ponerse, por primera vez en cuatro meses, ropa propia. Hasta entonces, había usado la que le daban los marinos: la sacaban del pañol chico, un cuarto donde guardaban la ropa robada a los secuestrados. En el pañol grande tenían los muebles, vajillas, aparatos

eléctricos que habían robado en sus casas: eran unos doscientos metros cuadrados llenos de todo tipo de objetos, que terminaron vendiendo. Allí vio una noche dos de los almohadones en forma de rana que años atrás le había hecho su prima, la mujer del teniente Carella. Graciela usaba, casi siempre, una remerita con un Snoopy recostado sobre el techo de su cucha: seguramente venía del pañol, pero se la había dado Norma Arrostito, y no era lo mismo.

—Prepárense que los vamos a bajar a ver al psicólogo.

Dijo el verde de guardia en la Pecera. Y empezaron a llevarlos de a uno a una oficina en la planta baja. La Negra Oraci volvió desencajada:

—Me dijo que soy una persona de convicciones muy firmes.

Graciela entendió su preocupación: eso podía poner en cuestión la credibilidad de la recuperación que la Negra simulaba tan trabajosamente. A la Negra la habían secuestrado los de la Federal, que la torturaron en el Club Atlético, en Paseo Colón y Cochabamba. Después el coronel Roualdes se la entregó a los de la ESMA: la torturaron mucho y no dijo ni una palabra.

—Victoria, ahora usted.

El verde la llevó escaleras abajo, hasta el cuartito donde estaba el psicólogo sentado detrás de un escritorio. Que, después de hacerle preguntas generales, empezó con los tests.

Los prisioneros más viejos ya habían pasado por eso. Y lo consideraban muy peligroso. Se preguntaban cuánto podía escarbar un psicólogo, cuánto podía adivinar de lo que ellos ocultaban. Graciela también lo pensó mientras completaba los cuadrados con puntos, rectas y curvas.

—Victoria, hemos decidido que va a tener visita familiar para el 18 de marzo.

Le dijo el teniente Pernías, antes de irse a España, y la alegría, como muchas otras veces, se le mezcló con la culpa: era bueno seguir viva, tener cada vez más posibilidades de sobrevivir al espanto pero, al mismo tiempo, volvía la pregunta recurrente: ¿por qué yo? ¿Por qué a mí me dejan viva donde tantos de mis compañeros encontraron la muerte? Las respuestas eran tantas que ninguna terminaba de responder a la pregunta.

—Victoria, su visita está suspendida.

Le dijo, seco, el martes 14, el capitán Acosta. Quizás sólo fuera una manera de reafirmar que eran ellos los que decidían, pensó Graciela. O quizás significara que no estaban tan seguros de que fueran a dejarla vivir. El viernes a la tarde Graciela estaba en el cuartito de la composer, en el sótano, con Serafín y Rosita, cuando entró Jorgelina Ramus:

—Se perdió Nariz.

—¿Cómo qué se perdió Nariz?

Le contestaron a coro.

—Lo llevaron a despachar unas cartas al correo de Pueyrredón y como el verde que lo llevaba no pudo estacionar, dio la vuelta manzana y, cuando volvió, Nariz no estaba. Pero no digan nada, ¿eh? Nada de nada.

Graciela trató de mantener cara de poker pero le dio un arrebató de felicidad: uno que se había animado. Sin ninguna lógica, a algunos prisioneros los sacaban a hacer ese tipo de trámites fuera de la ESMA, pero ninguno había intentado la fuga: las amenazas habían sido eficaces. Algunos tenían miedo por sus familias; otros, porque los marinos decían que, si uno se escapaba, todos los demás presos pagarían por él.

Graciela pidió que la llevaran al tercer piso, a la Pecera. Cuando entró ya estaban los presos sentados a la mesa, esperando la cena. Graciela le dijo a Beto Ahumada que necesitaba hablar con él y se fueron a la oficinita del fondo. Habían tenido un par de charlas casi francas y, unos días antes, Beto le había dicho que su obligación como revolucionarios era fugarse, no sólo para reincorporarse a su militancia sino también para informar sobre lo que estaba pasando ahí adentro.

—Beto, el Nariz se rajó.

Y le contó lo que había dicho Jorgelina.

—Ahá.

Dijo Beto, con su mejor cara de nada. Cuando volvieron a la mesa algunos les preguntaban qué había pasado, pero Beto y Graciela no les contestaron. Poco después entró el capitán Acosta:

—Beto, venga.

Le dijo, y los dos fueron hacia el cuartito del fondo. Cuando volvieron, el capitán les hizo el anuncio oficial:

—Nariz no volvió. Posiblemente lo haya chupado Ejército.

Más tarde, Beto le contó a Graciela que ésa había sido su idea. Cuando el capitán Acosta, desencajado, le dijo que Nariz se había perdido, se le ocurrió que podía usar los viejos recelos entre el Ejército y la Armada:

—¿Y no lo habrá chupado Ejército?

El capitán Acosta se agarró de esa explicación: lo exoneraba de parte de la culpa. Nariz era un prisionero «suyo», alguien de quien él se había encargado personalmente, alguien que él consideraba recuperado, y era una derrota que se le escapara. Justo a él, el más inteligente, el más feroz. En la mesa de la Pecera, algunos prisioneros protestaban:

—No, qué hijo de puta, cómo va a hacer una cosa así...

Que, en el idioma lleno de sobreentendidos de la ESMA, podía ser parte de la simulación, o significar qué hijo de puta cómo hace algo que nos puede poner a todos en peligro de muerte. Graciela no podía saber si estaban simulando para congraciarse con los marinos o si realmente lo pensaban. Otros escuchaban en silencio. Graciela y Andrés Castillo se miraron, casi sin gestos, y ella tuvo la sensación de que con esa mirada se estaban diciendo qué bueno, uno que salió de acá para contarlo. Aunque nos maten a todos, pensó, ahora se va a saber lo que está pasando en el infierno.

—Yo no voy a tolerar más arrepentimientos ni falsas lealtades. Además, no tengo por qué tolerarlos, porque vamos ganando. Y al vencedor no se le piden explicaciones... Vamos a fundar una república que va a durar cien años. Los que quieran enrolarse pueden entrar. Pero, ojo: entrar significa entrar. Comprometerse. Poner los dedos. El que no pone los dedos se va para arriba. Algunos de ustedes llevan tiempo acá, y han visto que yo no macaneo. Que cuando hay que ser severo, soy severo. Ustedes saben que yo soy bueno, soy noble (por eso me pudo engañar el señor este que se escapó), que fui educado en los sanos principios de patria, moral y familia, pero digámoslo clarito, con todas las letras: ¡no soy ningún pelotudo!

Decía el capitán Acosta, y la perorata siguió un rato largo:

—Se los voy a decir clarito: ésta es mi última advertencia. Todos los que están acá deben saber que no tienen comprada su libertad. Ni siquiera tienen comprada la vida. Solamente tienen una sentencia pendiente, y están a disposición del juicio de Dios. Y el juicio de Dios es inapelable. Jesusito determina quién sigue vivo y quién se va para arriba... Y otra cosa más: no

les quepa ninguna duda de que a este señor lo vamos a agarrar. Y ustedes van a colaborar en la cacería. Así que más vale que se preparen. No les voy a pedir que rindan el cien por ciento... Para seguir respirando tendrán que dar el ciento diez por ciento...

Enseguida salió una columna de la ESMA hacia Santa Fe, donde vivían los padres de Horacio Maggio, para apretarlos. Los marinos estaban descontrolados: en la semana pasada, desde su fuga, Maggio no había dejado de llamar por teléfono. Primero a la ESMA, con insultos, amenazas y cargadas. Después, a embajadas, sindicatos, partidos y organizaciones eclesíásticas, con denuncias. Maggio empezó a escribir cartas a esas mismas instituciones y, finalmente, a mediados de abril, concertó una cita con el subdirector de la agencia *Associated Press* en la Argentina, Richard Boudreaux, y le contó todo lo que había vivido en sus trece meses de cautiverio: la Argentina, en vísperas del Mundial, era noticia en el mundo y, a través de esa entrevista, las historias de la ESMA, las monjas francesas, la adolescente sueca y las formas más inimaginables del horror empezaron a aparecer en diarios y revistas americanos y europeos.

La cacería se hizo furiosa. Los miembros del ministaff, instalados en una oficina de la planta baja, se dedicaron a interrogar a los demás prisioneros pretendiendo averiguar cualquier detalle que Maggio les hubiera contado y que pudiese servir para encontrarlo. Querían, sobre todo, saber a qué colegio iban sus hijos. El Grupo de Tareas 3.3/2 funcionaba como en sus mejores momentos: pidieron «área libre» al Primer Cuerpo de Ejército y, todos los días, caravanas de marinos recorrían la capital y la zona norte del gran Buenos Aires buscando al prófugo.

Una semana después llegaron noticias de otra fuga. En la madrugada del 24 de marzo, cuatro prisioneros se habían escapado del campo Mansión Seré, de la Fuerza Aérea. O, al menos, eso contaban los oficiales: en la Pecera, los prisioneros dudaban. Quizás era una manera de disimular el golpe que les había significado la fuga de Horacio Maggio.

Cuando Alberto Elizalde se enteró de la complicidad de Marquardt en la desaparición de Gonzalo Carranza, se preocupó por la situación del Galleguito García, que también tenía causa abierta en su juzgado. En esos

días, Marquardt había entrevistado a Pablo Monsegur, la Tonina, un compañero de causa del Gallego.

—Che, Gallego, este hijo de puta de Marquardt anda husmeando atrás de lo tuyo, ¿no?

—Sí, no me gusta nada. Por las cosas que le preguntó a la Tonina, algo deben saber.

Pablo Monsegur les contó que Marquardt le había preguntado con cierta insistencia si estaba seguro que Jorge García era Jorge García. Así dicho, sonaba amenazante, porque el Galleguito estaba preso con un nombre falso: no era Jorge García —como decía el documento con que lo habían detenido— sino Juan Pettigiani, buscado porque era soldado en el arsenal de pólvora y explosivos de Villa María cuando el ERP lo copó, en agosto de 1974. Pettigiani había franqueado la entrada de sus compañeros. Pocos días después, el Galleguito recibió una información procedente del abogado Carsen: el juez Marquardt quería otorgarle la libertad bajo caución juratoria. Cuando se enteró, el Galleguito se las vio negras:

—Esto es una cama. El hijo de puta de Marquardt se lo cargó a Gonzalo hace un mes con la misma fórmula de la libertad. Es evidente que es una cama.

Alberto, que había dejado de fumar, prendió un particulares. Creía que Marquardt tenía otros respaldos:

—El tipo está bancado por la patota del camarón en el gobierno de Saint Jean, que están ligados a Camps y Suárez Mason. Imaginate si el tipo estará bancado que fue el que le dictó la preventiva a Lanusse. ¡A Lanusse! ¿Sabés el poder que hay que tener en este país para meterse con Lanusse?

Marquardt tuvo en sus manos una causa que sonó mucho en esos meses: el general Alejandro Lanusse, el almirante Pedro Gnavi, el comodoro Carlos Rey y el general José Cáceres Monié fueron acusados por el fiscal Conrado Saadi Masué de «incumplimiento de los deberes del funcionario público» en la contratación de la empresa Aluar como proveedora de aluminio del Estado. Lanusse, Gnavi y Rey conformaron la junta militar que convocó al Gran Acuerdo Nacional y gobernó entre noviembre de 1971 y mayo de 1973; Cáceres Monié fue su ministro de Defensa. La empresa Aluar empezó a producir aluminio a mediados de 1971, gracias a un decreto

de excepción con fuerte apoyo fiscal y crediticio del Estado. Entonces el Ministerio de Defensa contrató a Aluar como proveedora de insumos a precios que, según Saadi Masué, estaban sobrevaluados. Había un detalle que molestaba a los militares «duros» de 1976 y a sus amigos empresarios: Aluar era propiedad del grupo empresario Gelbard-Madanes. El mismo José Gelbard que estuvo frente al Ministerio de Economía durante las administraciones de Cámpora, Lastiri y Perón.

El tema Aluar tenía un trámite lento en la Justicia desde mediados de 1975, y la acusación fiscal no encontraba pruebas contundentes. Sin embargo, dos años después, Marquardt, de un día para otro, dictó prisión preventiva a los cuatro imputados y les mandó patrulleros para que los trasladaran a Tribunales. La actuación de Marquardt provocó revuelo en los mismos sectores de poder: parecía muy poco elegante meter compulsivamente a Lanusse en un ford falcon. La Cámara Federal la revocó de inmediato y los imputados volvieron a sus casas. Todos los observadores coincidieron en ese momento en que el fallo de Marquardt tenía otra lectura: los «duros» del Ejército —Suárez Mason, Saint Jean— no sólo se estaban cobrando viejas cuentas —el GAN, las elecciones de 1973, el entendimiento con Gelbard— sino que además querían abortar la pretensión de Lanusse de convertirse en un artífice de una salida pactada con los políticos. Esta segunda advertencia a Lanusse llegó en junio de 1977, mientras se agotaba la primera edición de su libro *Mi testimonio*. La primera había sido indirecta pero más brutal: el secuestro, en abril de 1977, de su íntimo amigo Edgardo Sajón.

Alberto, el Galleguito y el Zurdo se pasaron varios recreos discutiendo qué hacer ante la amenaza de Marquardt. Incluso barajaron la idea de que Juan Pettigiani presentara un recurso de amparo reconociendo su verdadera identidad: quizás así tendría más posibilidades de salvarse. Pero el Galleguito pensaba que no funcionaría:

—Mirá, si los tipos lo saben y se la quieren cobrar lo van a hacer lo mismo. Así que deschavarme no tiene sentido.

Alberto se impresionó ante la tranquilidad que mostraba su compañero. Se acordó de una situación del ajedrez que se parecía a su situación: el «zug zwang», cuando un jugador tiene que mover pero cualquier movida que

haga lo pierde. Alberto pensó que el Gallego no tenía ninguna jugada buena, pero sí un temple envidiable. Aunque no sirviera para nada, resolvieron que si le ofrecían la caución juratoria como condición para liberarlo, se negara, con lo cual seguiría preso.

Una semana después, cuando ya no había presos en los patios, ni visitas en el penal, cuando ya no se escuchaba música por los altoparlantes, cuando el silencio invadía la cárcel y cada cual estaba encerrado en su celda, Alberto oyó la voz suave del celador, a la altura de la celda de al lado:

—García, con todo.

—La puta madre que los parió.

Murmuró Alberto, y enseguida oyó la voz del Galleguito:

—¿Para qué es, celador?

—No sé, García. Con todo.

No tenía cartas: siendo otro, su familia no podía escribirle. Su esposa estaba clandestina y le mandaba algún mensaje cada tanto. También tenía un tío en el exilio, que era militante y alguna vez le hizo llegar saludos. Metió las zapatillas, los calzoncillos, el calentador en una frazada vieja de la cárcel: sabía que seguramente se lo llevaban a la muerte, pero su única posibilidad era seguir simulando que creía en ese falso traslado.

—¿Le puedo dejar las cosas de cantina al compañero de al lado?

El celador abrió el pasaplatos de Alberto, y el Gallego le dejó un atado de particulares cerrado, un pedazo de queso, *Los siete pilares de la sabiduría* de Lawrence de Arabia y un apretón de manos por un agujero de diez centímetros por treinta. Otros presos que habían escuchado entrecortado empezaron a preguntar qué pasaba. El Galleguito habló fuerte:

—Compañeros, me llevan. ¡Yo me llevo el recuerdo de ustedes! ¡Hasta la victoria siempre, compañeros!

—¡Hasta la victoria siempre, Gallego!

Unos días después, el abogado Carsen supo que el radiograma del juez Marquardt al prefecto Dupuy decía que «el detenido Jorge Roberto García ha sido sobreseído de los cargos en la causa que se tramitó en este juzgado y queda libre de culpa y cargo. El juez ordena la libertad del detenido». Marquardt había obviado la cláusula de la caución juratoria. Ni sus

compañeros ni sus familiares supieron nunca más nada sobre el Gallego García, Juan Pettigiani. Cuando desapareció tenía 24 años.

El juez Marquardt tenía 29. Era el juez federal más joven: en sus años de estudiante de derecho había sido un reconocido militante nazi. En los Tribunales decían que Marquardt siempre elegía como colaboradores a jóvenes de músculos trabajados, con quienes a veces salía en moto a buscar peleas. Otras veces lo acompañaban a recorrer los pabellones de los presos políticos: se sabe que firmó la libertad de varios de ellos para que los grupos de tareas pudieran secuestrarlos y hacerlos desaparecer.

Cuando el guardia suizo les dijo que por fin podían pasar, Susana Sanz se desesperó y miró a su alrededor: hacía más de una hora que esperaban el encuentro, la entrevista no tenía una hora fija y los familiares de presos y desaparecidos que también debían participar del encuentro habían salido a desayunar. Habían llegado desde varios países de Europa para esa entrevista y justo ahora que los llamaban, no aparecían. Susana, Adriana Lesgart y Daniel Tarnopolsky se miraron sin saber qué hacer. Pero no podían hacer esperar al Papa, y decidieron entrar sin los familiares.

La Rama Femenina del Movimiento Peronista Montonero se ocupaba más que nada de los derechos humanos y la solidaridad con los presos y desaparecidos en la Argentina, y hacía unos meses que Susana estaba sumergida en esa tarea, colaborando con centros, grupos de solidaridad, entes internacionales y otros organismos. Sobre todo, los Comités de Solidaridad con los Familiares de Presos y Desaparecidos —COSOFAM—: al principio los habían impulsado los Montoneros, que mantenían una presencia fuerte en ellos, pero a esa altura los comités ya tenían una dinámica propia. Empezaron por conseguir, revisar y sistematizar todos el material de denuncias y hábeas corpus, para ir estableciendo una lista tan completa como fuera posible. Entonces las desglosaban por sectores profesionales o sociales para intentar que las organizaciones gremiales y sociales de cada país pidieran por sus pares. Y también las mandaron a los organismos de derechos humanos de la Argentina. La lista, todavía muy incompleta, ya contaba unas 8000 personas.

En esos días, la hermana de Adriana Lesgart, Liliana, tuvo una idea muy eficaz: firmando como Jacqueline, empezó a escribir cartas a los familiares de presos y desaparecidos que, en la Argentina, seguían buscando a sus parientes. En esas cartas les explicaba cómo desenvolverse, a quién recurrir, si podían presentarse en embajadas o en organismos internacionales, a qué direcciones extranjeras debían escribir, y muchos otros datos que les fueron muy útiles: Jacqueline fue una figura importante para las madres y demás familiares.

Susana se pasaba los días en estos trabajos. En enero, empapelaron todo Madrid con un afiche que después haría fortuna: una foto de una Madre de Plaza de Mayo, con su pañuelo blanco, gritando en primer plano. A veces le tocaba viajar: en febrero fue con una delegación del Movimiento Peronista Montonero a los campamentos del Frente Polisario en el sur de Argelia. Los Montoneros habían trabado buenas relaciones con los países de África y el Oriente Medio: tenían una representación permanente en Dar-es-Salaam, Tanzania, e hicieron visitas oficiales al Líbano, Irak, Mozambique, Etiopía y Zimbabwe.

En marzo, Susana viajó a México para organizar una de las primeras presentaciones de familiares de desaparecidos ante las Naciones Unidas. Los acogieron bien, y el representante norteamericano ante la ONU les prometió que personal de su embajada iría todos los jueves a la Plaza de Mayo para tratar de velar por la seguridad de las Madres. En Europa, a veces, era más difícil: los partidos comunistas, que manejaban buena parte de ese espacio, no apoyaban o boicoteaban esas denuncias.

En esos días Susana fue con Antonio Rodríguez Larreta, la señora de Bettini y otros parientes de desaparecidos a una audiencia con monseñor Tarancón, el cardenal primado de España. El cura se comprometió a celebrar una misa por las víctimas de la dictadura argentina y les contó que, unos días antes, había coincidido en Roma con el cardenal Primatesta, primado de la Argentina, y que el papa Paulo VI, preocupado por los informes que le habían llegado acerca de su país, le preguntó qué estaba pasando allí. Y que el cardenal le contestó: «No tengo nada que informar, Santo Padre».

Fue el cardenal Pironio, siempre dispuesto a recibir a los familiares de las víctimas de la represión en la Argentina, quien les consiguió la entrevista con el Papa. Era un logro, y seguramente tendría gran repercusión periodística. Por eso, y porque era nada menos que el Papa, Susana y Adriana estaban tan nerviosas. El guardia suizo las escoltó a lo largo de corredores llenos de molduras doradas y cuadros renacentistas hasta una puerta imponente: detrás, el cardenal Samoré, secretario de Su Eminencia, los esperaba con su media sonrisa:

—Nos van a tener que disculpar, pero el Santo Padre lamenta mucho no poder recibirlas: su salud no está muy bien. Lo lamenta realmente: está muy preocupado por la situación en vuestro país. Cada mañana, cuando se le hacen los informes, pregunta qué ha pasado allí, cómo siguen las cosas.

Seguramente el cardenal, buen cortesano, exageraba algo, pero quizás no mucho. Y era cierto que Paulo VI estaba muy enfermo: de hecho, moriría poco después. El cardenal las hizo pasar y las llevó de paseo por corredores y pasillos: les mostró el estudio de su jefe, la capilla privada pintada por Michelangelo y, a lo lejos, la puerta de su habitación.

—Así que ahora, por favor, tomad asiento y contadme en qué podemos seros útiles.

Les dijo, frente a unos silloncitos de doscientos años y medio kilo de láminas de oro en cada uno. Susana, Adriana y Daniel se sentaron y le entregaron una serie de carpetas con una selección de los casos más representativos.

—... los militares secuestraron a mi hermano, su mujer, mis padres y a mi hermanita de 16 años, y todavía no hemos tenido ninguna noticia de ellos...

Decía Daniel Tarnopolsky. La entrevista fue larga y, seguramente, daría buenos frutos. Pero lo mejor sería la conferencia de prensa donde la contarían: ahora sí que todos los diarios, al día siguiente, hablarían de la represión y las violaciones de los derechos humanos en la Argentina.

Dos horas después, en la sala que el COSOFAM de Roma y el Movimiento Peronista Montonero habían preparado para la conferencia no había ni un periodista. Susana y Adriana no entendían. Hasta que llegó alguien que les explicó que, un rato antes, las Brigadas Rojas habían

secuestrado en una calle romana a Aldo Moro, el líder de la Democracia Cristiana y ex primer ministro de Italia.

Marzo de 1978. El jueves 16 a las 9 de la mañana, en pleno centro de Roma, un fiat 128 chocó contra el auto donde iba Aldo Moro, y otros brigadistas balearon a los tres guardaespaldas que lo seguían en otro coche. En dos minutos, el coche que llevaba a Aldo Moro y a sus secuestradores de las Brigadas Rojas se había perdido en la ciudad. El país fue sacudido por el golpe. Moro era el jefe histórico de la Democracia Cristiana y había sido primer ministro por más de seis años en distintos períodos entre 1964 y 1976. En los intervalos fue ministro de Educación, de Justicia y de Relaciones Exteriores. Moro lideraba el sector aperturista de la DC, el más proclive al «compromiso histórico».

Al otro día, 50.000 policías batían toda Italia y los secuestradores comunicaban sus demandas: querían canjear a Moro por Renato Curcio, y otros doce líderes brigadistas que eran juzgados en ese momento en Turín. El secuestro de Moro reavivó las viejas polémicas sobre el compromiso histórico: la derecha democristiana y la izquierda extraparlamentaria lo condenaban y, de alguna forma, coincidían en alegrarse por su posible desaparición. El gobierno, mientras tanto, desechaba cualquier negociación con los secuestradores.

Mientras la policía no daba con Moro y los secuestradores amenazaban con matarlo, circulaba todo tipo de sospechas: que la derecha de la DC no hacía gran cosa para encontrarlo porque prefería sacárselo de encima, que había acuerdos entre los neofascistas y las Brigadas Rojas, que la operación había sido organizada por palestinos o por alemanes, y así sucesivamente. Ninguna se confirmó, y todo terminó el martes 9 de mayo cuando el cuerpo de Aldo Moro apareció, con un tiro en la cabeza, en un auto estacionado en las afueras de Roma. El líder demócrata cristiano no llegó a cumplir 63 años. El viernes 23 de junio, el tribunal de Turín dictó sentencia contra los brigadistas y 29 de ellos fueron condenados a largas penas de prisión. Ese día Curcio decidió no ir al tribunal.

En Zaire, el dictador Mobutu Sese Seku, dueño de una fortuna personal incalculable gracias a sus negocios con traficantes de armas y diamantes franceses y belgas, tenía problemas con los rebeldes izquierdistas de la provincia de Katanga. Los katanguenses, con ayuda de tropas de Angola, habían tomado el centro minero de Kolvezi, donde vivían unos dos mil europeos. Entonces, Mobutu pidió ayuda a los ex poderes coloniales, Francia y Bélgica, y el primer ministro francés Raymond Barre alistó a miles de paracaidistas que, en pocos días, recuperaron la ciudad de Kavasi y, sobre todo, las minas explotadas por las compañías europeas.

En Afganistán, el jueves 27 de abril triunfó una conspiración militar encabezada por el general pro soviético Mohamed Karaki que derrocó al presidente Daud Khan. Karaki formó un consejo revolucionario con miembros del proscrito Partido Demócrata Popular y mandó fusilar a Khan, que había dado un golpe cinco años atrás, apoyado por los británicos y los americanos. Afganistán era un país pobre, de unos 10 millones de habitantes, con grandes extensiones desérticas y altas montañas recorridas a caballo por pobladores nómades acostumbrados a las invasiones. En los últimos dos mil años los afganos habían sido sometidos por chinos, hunos, mongoles, persas, turcos, rusos y británicos.

Afganistán lindaba con Irán, que también estaba convulsionado: el sha Reza Pahlevi, que había disuelto el Parlamento en 1961 y se había hecho coronar emperador de Persia en 1967, reprimía duramente los levantamientos de los musulmanes chiítas que seguían al ayatolá Jomeini. Los fundamentalistas proponían la creación de un Estado religioso pero ajeno a las empresas petroleras y financieras vinculadas a Pahlevi, uno de los hombres más ricos del mundo. Irán tenía 50 millones de habitantes y grandes reservas de petróleo. El jueves 11 de mayo una manifestación inundó las calles y pasadizos del bazar de Teherán: pedían la cabeza de Pahlevi, que los reprimió con el ejército.

En Mónaco, después de meses en que las revistas del corazón llenaron páginas sobre las dificultades para concretar el matrimonio entre una princesa y un plebeyo, la bella Carolina se casaba con el financista francés Phillip Junot. Todas las casas reales de Europa y todos los canales de televisión del mundo estuvieron presentes.

En Buenos Aires, el mismo día del secuestro de Aldo Moro, los 161 inquilinos del pabellón 7 de Villa Devoto se amotinaron. Eran presos comunes y pedían mejoras en las condiciones de detención: cuando prendieron fuego a varios colchones, los guardias del penal cerraron las puertas del pabellón. Los presos quedaron encerrados en una trampa mortal: entre el incendio y la represión, murieron alrededor de cien presos. Nunca se supo la cifra exacta.

La reunión de Madrid del Comité Central del PRT se producía nueve meses después del gran golpe que había desarticulado su organización en la Argentina, y la conducción del partido todavía no había detectado el origen del desastre: no sabían si era por información obtenida a través de la tortura en campos de concentración o por el trabajo de algún infiltrado. El clima era de sospechas generalizadas. La reunión, en una casa de las afueras de Madrid, estaba dirigida por los cinco miembros del Buró político: Mattini, Gorriarán, Oropel, Martín y Galeano. El resto de los asistentes, una quincena, eran los mismos que habían estado en Roma en abril de 1977, más algunos cuadros intermedios. Tanto Mattini como Gorriarán trataron de que la inseguridad pasara a un segundo plano.

—Tenemos que hacer funcionar al partido como un intelectual colectivo: que cada compañero se sienta un secretario general, que se capacite en esta etapa de reflujo para nuestro regreso futuro a la Argentina.

Dijo Mattini, y Gorriarán recurrió a otro estímulo:

—Ya se empiezan a ver los primeros síntomas de recuperación de la lucha en otros países del continente, especialmente en Nicaragua y El Salvador, de modo que vamos a poner en práctica la solidaridad revolucionaria y vamos a enviar compañeros a que aporten nuestra experiencia de combate a esos países.

A esa altura, la militancia del PRT en la Argentina se reducía a cuatro grupos de militantes organizados: dos en el Gran Buenos Aires, uno en la Capital y otro en Córdoba, que se mantenían en la más rigurosa clandestinidad a la espera de tiempos mejores.

En la reunión, para evitar la dispersión de fuerzas, el Comité Central resolvió poner el acento en un viejo dogma leninista: el periódico como

organizador del partido. Así, decidieron mantener la edición mensual de *El Combatiente* en papel biblia y formato de bolsillo. Lo seguirían imprimiendo en Madrid y, desde allí, la dirección debía garantizar su distribución a las regionales: Roma, Milán, Barcelona, Estocolmo, Ginebra, México. También mandarían algunos ejemplares a la Argentina, para intentar mantener al menos cierta presencia política entre viejos simpatizantes y los pocos que iban apareciendo.

Los miembros del Comité Central se distribuyeron tareas y regionales. Seguían muy interesados en las escuelas de cuadros para estudiar teoría marxista: Daniel fue designado para hacer una recorrida por las escuelas de Suecia, Bélgica, Suiza y Holanda. Mattini explicó el sentido de su viaje:

—No tanto por los temas de estudio, sino sobre todo para ver el estado de ánimo de los compañeros y mantener una presencia de viejos cuadros, porque con el tiempo se va produciendo un cierto desgaste y se agudizan las diferencias entre los compañeros. Nos está costando mucho mantener el espíritu partidario.

Daniel se mentalizó para muchas horas de viaje en tren y, sobre todo, para intentar hacerse entender en castellano adonde fuera. Cuando todo terminó, Rogelio Galeano se fue charlando con Daniel. Cruzaron la calle y el diálogo parecía trivial. Subieron al auto y Rogelio lo puso en marcha:

—Che, Rubén, decime: ¿vos estás de acuerdo con la lucha armada?

Daniel tardó en entender:

—¿Con la lucha armada? Sí, claro, cómo no voy a estar de acuerdo. ¿En qué sentido me lo preguntás?

—No, nada, lo que pasa es que es tan difícil hacer una autocrítica de nuestra historia que uno a veces se pregunta cuáles son los límites, ¿no?

La conversación retomó su curso intrascendente. Daniel entendió el sentido de la pregunta recién un año después, cuando explotaron las disputas en el Buró político del PRT. Pero las diferencias ya existían en ese momento: Gorriarán desconfiaba de Mattini y sostenía que ponía demasiado celo en la autocrítica política y poco esfuerzo en retomar la lucha, Mattini desconfiaba de Gorriarán, a quien veía como un foquista militarista. Mattini quería encauzar la vida partidaria a través de la lucha por la democracia y los derechos humanos en la Argentina. Para Gorriarán, la clave era foguear

a los militantes en las filas sandinistas, en Nicaragua. Así las cosas, la ruptura llegó por recelos y desconfianzas. A fines de 1978, Mattini y Oropel llegaron a la sospecha de que Daniel Martín era un infiltrado —o un traidor— y decidieron apresararlo para someterlo a un interrogatorio. Gorriarán se enteró de esa decisión por la infidencia de otro militante y alertó a Daniel, al que consideraba su único aliado en el Buró. No llegaron a agarrarlo. En esos días, en distintos países, la mayoría de los militantes del PRT se fueron enterando de la querrela por miembros de una y otra fracción, que intentaban encuadrarlos en su sector. A mediados de 1979, el PRT se dividió. Daniel De Santis lo supo en Cuba, mientras se preparaba para ir a luchar a Nicaragua. Hasta entonces nunca había dormido una semana seguida: fue la primera vez en sus 31 años que sintió una depresión profunda. Se decía todo el tiempo que el problema no eran los golpes de la represión, sino las peleas internas. Daniel, como Hugo Irurzún y Manuel Gaggero, entre otros, siguieron militando en el sector de Gorriarán Merlo.

Brasil tenía un régimen militar bastante tolerante y, en general, los exiliados argentinos conseguían trabajos interesantes. Muchos izquierdistas locales trataban de ayudarlos: a los pocos meses de su llegada, un amigo argentino, Ángel Núñez, le ofreció a Horacio González que empezara a trabajar con él en la editorial Brasiliense: se trataba de escribir libros de divulgación sobre temas como la Comuna de París, la Revolución Rusa o la vida de Albert Camus. Los libros solían vender decenas de miles de ejemplares, y eran una buena fuente de ingresos. Al principio, el portugués de Horacio era vacilante, pero poco a poco lo fue mejorando: seguía hablando con acento argentino y le molestaban los que trataban de disimularlo, pero lo escribía muy bien. Los argentinos en San Pablo no tenían lugares de reunión, ni funcionamientos políticos como los exiliados en México, París o Madrid: la dictadura estaba demasiado cerca y, por otro lado, la mayoría de ellos se desentendieron bastante rápido de sus historias anteriores.

Horacio extrañaba la universidad: seguía sintiéndose un docente, y quería retomar esa actividad. A través de Núñez conoció a un treintañero de apellidos muy prestigiosos, Matarazzo Suplicy. En San Pablo, Matarazzo

era el dinero y Suplicy la tradición aristocrática, y el hombre era un izquierdista genérico y muy generoso con los exiliados argentinos. En esos días, Matarazzo decidió presentarse a las elecciones legislativas como candidato del Movimiento Democrático Brasileiro —MDB—, el partido de oposición tolerado por los militares, y les pidió a sus amigos argentinos que lo ayudaran.

Se reunieron varias veces: Matarazzo les explicó que pensaba hacer su campaña hablando con la gente por la calle, entrando en los bares a tomarse un cafecito con los parroquianos, sentándose con tres o cuatro en un banco de plaza: los argentinos lo tomaron por ingenuo y lo miraban con cierto desprecio. La política, le decían, era otra cosa: una pulseada entre fuerzas opuestas, y sólo se podía construir ese poder capaz de oponerse al poder del régimen con la organización y la movilización, y que tenía que hacer grandes actos con bombos y pancartas, le explicaban. Matarazzo los escuchaba con interés y después seguía haciendo lo que a él le parecía: su campaña fue un éxito y entro al Parlamento con holgura.

Uno de esos días, Matarazzo le dijo a Horacio que si quería entrar en la universidad, un amigo suyo podía hacerle un contacto con el director del CEBRAP —Centro de Estudios Brasileños de Planeamiento—, una institución muy prestigiosa en el ambiente académico paulista, donde se concentraban sociólogos y economistas que apoyaban al MDB.

Horacio preparó un proyecto de investigación y un programa de cursos sobre «Capitalismo y metáfora», basado sobre todo en ciertas ideas de Walter Benjamín, y se presentó, previa cita, en el caserón elegante del CEBRAP. Su director lo recibió en un castellano impecable:

—Bueno, encantado de conocerlo, González. ¿Qué lo trae por aquí? ¿Cuáles son sus posibilidades? ¿Tiene algún proyecto?

Horacio estaba impresionado por estos intelectuales brasileños, muchos de ellos de buenas familias paulistas, tan educados, tan elegantes: unos gentlemen universales que hablaban varios idiomas y podían contar sus encuentros con Tristán Tzara o sus comidas en los mejores restaurantes parisinos. Tan distintos de sus colegas argentinos.

—Me han dicho, González, que usted tiene una vasta experiencia como profesor universitario...

El director del CEBRAP, Fernando Henrique Cardoso, lo trataba con toda delicadeza y el aire más o menos distante de un ejecutivo internacional. Llevaba un traje azul oscuro y una corbata que debía costar sólo un poco más que la plata con la que Horacio vivía todo el mes. Horacio le explicó su proyecto y Cardoso le contestó muy eficiente:

—Bueno, me parece interesante. Vamos a ver qué posibilidades de trabajo le encontramos. Pero creo que primero usted tendría que pensar en hacer algunos cursos sobre el tema, incluso ver si puede hacer un doctorado, para estar más cubierto desde el punto de vista institucional. Mientras tanto, voy a hablar con un amigo de la Escuela de Sociología...

Poco después, Horacio estaba dando clases en la Escuela, una vieja institución donde habían enseñado, entre otros, Claude Lévi-Strauss y Roger Bastide. Horacio se alegró mucho de volver a la enseñanza. Quizás, pensaba, eso era lo que él era: alguien que daba clases, que trataba de pensar ciertos problemas y discutirlos con los jóvenes.

Horacio se adaptaba con más facilidad que la que había supuesto al principio. Se fue a vivir con una chica brasileña, empezó a escribir críticas de libros en el suplemento cultural de la *Folha de São Paulo* y se preocupó por aprender y entender la ciudad y el país. Le gustaba esa mezcla de cercanía y distancia: a veces se sentía un explorador, un lévi-strauss con casco de corcho interesándose por ese mundo tan distinto. Y otras, casi sin darse cuenta, lo que pasaba en Brasil empezaba a sucederle a él. En esos días, grandes huelgas metalúrgicas agitaban el cinturón industrial de San Pablo, y Horacio salió varias noches con algunos de sus alumnos a hacer pintadas a favor del movimiento. De esa mezcla de socialistas, cristianos, trotskistas, sindicalistas e intelectuales saldría, poco después, el Partido del Trabajo, PT.

La Argentina se alejaba y Brasil era una opción más y más presente. Aunque, cada seis meses, tenía que salir para renovar su visa. Entonces viajaba hasta Foz do Iguaçu y cruzaba a Puerto Stroessner, la ciudad paraguaya: cuando volvía a entrar al Brasil con el sello que decía «válido por seis meses» sentía un gran alivio, la sensación de que estaba protegido por algo que sus amigos brasileños llamaban la «dictadura militar» y que él consideraba un lugar seguro. Sus amigos brasileños a veces se lo

reprochaban y le mostraban que esa dictadura tenía momentos de crueldad. En esos días, un periodista del Partido Comunista, Vladimir Herzog, había sido torturado hasta la muerte en un cuartel. Pero entonces el presidente, el general Ernesto Geisel, encarceló a varios militares y relevó al comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, el más poderoso del país. De la Argentina, en cambio, le llegaban historias cada vez más alarmantes.

Abril de 1978. En su artículo editorial, el director del mensuario *Carta Política*, Mariano Grondona, volvía a expresar los planes de un sector importante del establishment con respecto al futuro de la Patria:

«Las tres Fuerzas Armadas se han puesto a buscar el “suelo común” a partir del cual será posible levantar, luego, el proyecto político e institucional del Proceso de Reorganización Nacional. Tareas como ésta, de colocación de fundamentos o de “bases” a la manera de Alberdi, pocas veces se ofrecen a una generación. Antes de empezarla o antes de ofrecerle aportes, hay que asumir por lo pronto la gravísima responsabilidad histórica que entraña. Como a la entrada del templo, hay que recoger ante ella el espíritu aventando, las preocupaciones, las preferencias y las pasiones cotidianas. (...)

»La primera lección que nos enseña la experiencia de casi medio siglo de tiempos revueltos es ésta: que la restauración constitucional no tiene horizonte alguno de estabilidad si el gobierno civil que la inaugura nace en contradicción con el gobierno militar que la promovió. Esta contradicción es, por el contrario, el motor secreto del péndulo: si las Fuerzas Armadas se alejan del poder en oposición a quienes las reemplazan en él, son tenidas desde ese momento por los argentinos, inexorablemente, como la oposición real del gobierno, y son arrastradas otra vez al poder cuando el gobierno se desgasta. Cuando Frondizi triunfó contra la intención de las Fuerzas Armadas con la ayuda del “pacto” en 1958, cuando Illia venció contra la intención de las Fuerzas Armadas en las turbulentas elecciones de 1963, cuando Cámpora llegó a la Casa Rosada en medio de una turba enardecidamente antimilitar, ese mismo modo de acceder arrojó a quienes se iban al papel inexorable de fuerza alternativa o de oposición. Por su

modo de nacer, 1958 llamó a 1962, 1963 a 1966 y 1973 a 1976 como una voz tan fuerte como la del destino. Si no queremos oír ese grito de catástrofe otra vez, debemos aceptar desde ahora la premisa contraria. Esta vez, el proceso fundacional ha de culminar en la constitución de un gobierno civil que nazca en continuidad y no en contradicción con su progenitor militar.

»La experiencia latinoamericana corrobora, por otra parte, esta primera premisa. Todos los gobiernos constitucionales que en nuestra América exhiben registros considerables de duración, han nacido como productos de y no como movilizaciones contra, la revolución militar que los precedió; así, de modos varios, ocurrió en México y en Venezuela, en Colombia y en el Brasil. Sea cual fuere su forma interna, todos esos regímenes son regímenes de continuación. (...)

»¿Qué es lo que tenemos hoy? El pronunciamiento militar del 24 de marzo, sus decisiones e instituciones fundamentales. No los pongamos en duda hacia el futuro. Elaboremos a partir de ellos el futuro. Que la república civil nazca entonces de la república militar, sin solución de continuidad. Que no haga falta ningún referéndum ni plebiscito ni reforma constitucional para saltar hacia una legitimidad distinta del acto revolucionario del 24 de marzo. Que ese acto sea, por el contrario, la primera letra de una nueva palabra institucional. No ya la palabra “salida constitucional” sino la palabra “desarrollo o encauzamiento constitucional”. Que no se diga que necesitamos una nueva Constitución hacia la cual hay que “salir”. Esa Constitución ya la tenemos: son los actos fundamentales de marzo. (...)

»El gradualismo que ha de adoptarse tiene dos fundamentos racionales. El primero, que permitirá en todo momento retroceder en el camino, o rectificarlo, si nuevas experiencias lo aconsejan. El proceso de maduración de la república militar hacia la república civil ha de ser por esencia reversible. Debe permitir que cada error o exceso encuentre su correctivo, y esto no podría lograrse si la marcha no fuese gradual, porque sólo así será posible reclutar primero, hacer que maduren después, las nuevas élites civiles que deberán acompañar y prolongar la obra de las Fuerzas Armadas. Esas nuevas élites no podrían surgir de la nada. Sería una aventura entregar el proceso, en un acto puramente aleatorio, a este o aquel dirigente o grupo

nada más que porque resultan convincentes o simpáticos. No. Habrá que probarlos por años en el gradual desarrollo de las instituciones municipales, provinciales y nacionales hasta que los que reciban el testimonio, al fin, lo hagan después de haber demostrado más allá de toda duda razonable que son los verdaderos continuadores del proceso. Algunos de ellos serán políticos maduros que adhieran a la nueva política. Otros, jóvenes y nuevos civiles. Un tercer sector, jefes retirados. Ese ramillete de dirigentes tendrá que formarse por años en el *cursus honorum* de la república gradualista antes de que pueda decirse que la tarea fundacional ha terminado».

—Mamá, estoy en la ESMA. Carlos me vio. Se supone que voy a volver a llamar. Si pasa un tiempo y no llamo ni vengo es que me mataron. No canté nada...

Dijo Graciela Daleo.

—A mí eso no me interesa.

Le contestó su madre.

—Pero yo quiero que lo sepas.

Estaban en la habitación de sus padres, en su departamento: era mediados de abril, y Graciela hacía su primera visita familiar. La habían llevado en un falcon de la ESMA con tres marinos adentro; dos se habían quedado de guardia abajo y el subprefecto Roberto Carnot, Espejaime, había subido con ella y, ahora, estaba charlando de tangos con su padre en el living mientras Graciela y su madre buscaban algo en la pieza.

—Acordate, mamá, no te olvides.

Después volvieron al living, se integraron a la charla y siguieron tomando el té. La situación era siniestra: una típica charla casual entre conocidos que, casi por error, resultaban ser un carcelero, su víctima y sus padres. Graciela se sentía como un triste autómatas que, ante sus padres, tenía que seguir simulando que era otra. Ya sabía cómo simular adentro; seguir simulando afuera era un golpe terrible. Y, además, con la visita, los marinos la ponían en contacto con el mundo que, a la vez, le negaban. Al mismo tiempo, Graciela sabía que estaba dando un paso hacia la supervivencia. Quizás: nunca podría estar segura. Y, una hora después, tenía que volver al infierno.

Esa noche se dio cuenta de que la visita tan esperada la había destrozado: con el tiempo, había ido armándose para soportar la vida adentro de esa cápsula del horror que era la Escuela de Mecánica, pero el choque con el mundo exterior había resquebrajado su coraza. La aterraba la idea de que, a esta altura, la ESMA se hubiera convertido en su mundo, el lugar donde sabía cómo moverse.

Últimamente había habido cambios en el grupo de tareas: los tenientes Pernías y Yon habían sido enviados al Centro Piloto que los marinos organizaron en París para mejorar «la imagen argentina en el exterior» y hacer trabajos de inteligencia e infiltración en los grupos de solidaridad en Europa. El capitán de corbeta Jorge Perren, el Puma, había reemplazado al teniente Yon como jefe de Operaciones. A cada oficial le habían asignado un grupo de prisioneros en proceso de recuperación. Graciela quedó bajo la autoridad de Perren.

El teniente de navío Juan Carlos Rolón, Niño, se había hecho cargo de la Pecera en lugar del teniente Pernías. Cuando asumió, el teniente Rolón llamó uno por uno a los prisioneros de la Pecera y los volvió a interrogar, casi amablemente, sobre su militancia, su comportamiento cuando los secuestraron, su situación actual. Graciela trató de ser correcta:

—Cuando salga, mi intención es formar una familia, tener hijos, y si fuera posible terminar mis estudios, claro...

Cuando terminaron, el teniente Rolón le dijo que él tampoco se hacía muchas ilusiones. Había momentos en que parecía que los marinos también sufrían el desgaste de dos años de represión continua:

—Yo estoy convencido de que el día de mañana el diez por ciento de ustedes me va a poner una pistola en el pecho. Pero por ese diez por ciento hoy ya no me banco mandarlos a todos para arriba.

En la Pecera, las horas siguieron bastante parecidas a sí mismas. Las largas charlas sobre trivialidades, los silencios sobre las cosas importantes, las miradas cargadas de sentidos mudos, las partidas de tute, las módicas peleas y las pequeñas alianzas.

—Sí, la cuarta es el viento.

—¡Los hijos del viento!

—No, son seis.

—Sí, decí cuál es la primera.

En esos días se les había dado por jugar a dígalo con mímica.

—¡Ah, *Lo que el viento se llevó!*

Se juntaban siete u ocho en la Pecera, tarde a la noche, y se pasaban horas: se reían como desaforados, excesivamente. Graciela, por momentos, se preguntaba qué significaba estar ahí, riéndose: ¿pero cómo, pensaba, puede ser que esté acá adentro y me ría? ¿Será que me estoy adaptando, que estoy perdiendo toda capacidad de resistencia? ¿Será que ya no me importa nada de lo que siempre me importó?

Al cabo de un par de noches se les sumó un oficial de guardia, el policía Roberto González: se puso a jugar con ellos y se divertía mucho. Los prisioneros no se dijeron nada, pero les resultaba intolerable: sus captores no les dejaban el más mínimo resquicio sin ocupar. A la cuarta noche, cuando el oficial subió a la Pecera, se encontró con que los prisioneros habían dejado de jugar.

En esos días nació, en el cuarto de las embarazadas, el bebé de Elizabeth Marcuzzo, Pati. A Elizabeth la habían traído secuestrada desde Mar del Plata seis meses antes. Sebastián nació en abril y era un bebé lindísimo: Graciela se preguntaba cómo un chico nacido en medio del horror y la muerte podía tener ese aspecto tan plácido, tan lleno de vida. Sebastián no estuvo mucho tiempo con su madre.

—Victoria, Pati te manda decir que se quiere despedir de vos, le dijeron que se la llevan.

Le habían dicho que la llevaban de vuelta a Mar del Plata, pero las dos sabían que seguramente no era cierto. Graciela y Elizabeth se abrazaron tratando de contener las lágrimas. Graciela le dio una pulsera que tenía, y Elizabeth un pañuelito blanco donde había bordado los primeros versos de una canción de Serrat: «Se le hinchan los pies,/ el cuarto mes/ le pesa en el vientre./ A esa muchacha en flor/ por donde anduvo el amor/ derramando simiente».

—Victoria, cayó el Gordo José.

Le dijo Mónica, una de sus compañeras, y Graciela creyó que no había oído bien. Unos días antes le había contado la historia de su relación con José, de Sur. Y ese jueves 25 de mayo, mientras los llevaban al sótano para

que tomaran el chocolate con churros que celebraba la fecha patria, Mónica le repitió el susurro:

—Sí, lo siento. Que cayó José.

No sabía ni cuándo ni cómo: se había enterado por una prisionera nueva, María Eva, una militante de Sur, que no tenía detalles pero estaba segura. Graciela trató de que no se le notara nada, pero se le hizo un terrible vacío en el estómago. Y se puso muy pálida.

—¿Qué te pasa, Victoria, te sentís mal?

Le preguntó el Bichi, uno de los presos que hacían reparaciones en el sótano.

—Cayó mi compañero.

Cuando los marinos llevaron sus archivos al tercer piso, Graciela pudo ver una ficha a nombre del «Gordo José» y otra, con los mismos datos, de «José Vicente Vega». Recién entonces se enteró de su nombre. Y nunca tuvo precisiones sobre su suerte. Años más tarde pudo averiguar que, a principios de 1978, José fue a una cita que podía estar cantada. Cuando salía de su casa en Valentín Alsina les dijo a sus hijos que si no volvía antes de las diez se fueran a lo de su abuela, en San Francisco Solano, porque él habría caído. A las diez y cuarto, Marcela, la hija de José, empezó a comerse la foto de Graciela que su padre había guardado. Pocos minutos después llegó un grupo de hombres que llevaban a su padre encadenado. José les dijo a sus chicos que se prepararan algo de ropa, y los señores los metieron a todos en dos coches y arrancaron hacia algún lugar desconocido. Allí, los chicos comieron pollo y papas fritas; después, los llevaron a ver a su padre, que estaba encadenado a una pared, y les dijeron que se despidieran de él.

Entonces los volvieron a meter en el coche y los llevaron tabicados hasta la casa de su abuela. Antes de dejarlos bajar les dijeron que le contaran a la abuela que los Montoneros se habían llevado a su papá. José Vicente Vega no apareció nunca más.

—Gordo, perdió mi compañero.

Andrés Castillo se quedó un momento sin saber qué decirle. Pero su mirada y su palmada en el hombro fueron elocuentes. A la noche, un verde le dijo que se vistiera para salir. Era la primera vez que la sacarían a cenar.

El capitán Acosta cumplía años el 27 de mayo, el mismo día que el padre de Graciela, y decidió sacar a cuatro prisioneros a cenar al restorán El Globo, en Hipólito Irigoyen y Salta, para festejar. Aunque esto podía ser una señal de que su situación mejoraba, a Graciela la atormentaba la idea de compartir una mesa con sus torturadores. Y la aterraba pensar que quizás alguien podría verla ahí y pensar que se había convertido en uno de ellos.

El sábado la sacaron de la cucha muy temprano. Ese día tenía su segunda visita familiar, y tenía que cumplir con un requisito que los marinos habían impuesto la semana anterior. Sentada a la mesa del comedor, el subprefecto Febres le dio papel romaní y un texto para copiar. Debía escribir sus datos personales, que se había presentado voluntariamente en la ESMA, que había sido bien tratada y otros veinte renglones de cosas por el estilo. Después de firmarlo la bajaron al playón, y el oficial penitenciario Generoso la llevó a casa de sus padres. Graciela lo miraba con un espanto particular: alguna vez el oficial Generoso, Fragote, había dicho que había estado en la Triple A, y llegó a contar que él, junto con el oficial de prefectura Gonzalo Sánchez, habían formado parte del comando que mató al padre Carlos Mugica.

Abril de 1978. En esos días, la prensa seguía atenta y vigilante, lista para detectar cualquier rastro de subversión que quedara en la Argentina: según habían escrito muchas veces, ése era su «puesto de lucha en la batalla que todos los argentinos libramos contra el terror apátrida». La revista *Gente*, dirigida por Samuel Gelblung, se preocupaba por los libros de texto, y publicaba una nota titulada «Doctor Catalán: esto tiene que preocuparlo». Juan José Catalán era el ministro de Educación del gobierno militar.

«El país viene de sufrir una guerra. Armada e ideológica. Y la ganó gracias al valor y sacrificio de muchos. Pero, esa guerra no terminó. El enemigo aprovechará cualquier fisura para seguir con su trabajo destructor. Un área fundamental para ellos es la educación en los tres niveles. Su táctica es atrapar mentes y en especial la de los jóvenes, que son el futuro de la Nación. Nos preocupa entonces que aún hoy circulen en los colegios libros con frases y conceptos como los que transcribimos. No pretendemos

desatar una caza de brujas. Pero el lenguaje y la ideología que estos libros expresan se parecen demasiado a la ideología que imponen los subversivos marxistas en la prédica diaria. Creemos que esto debe ser controlado y corregido.

»*Historia moderna y contemporánea*, de Alfredo L. Drago, editado en 1978 por la Editorial Stella:

»—“Se impondrá la mano de obra asalariada con lo cual se inicia un nuevo sistema de explotación, fuente de grandes desequilibrios y raíz de profundos movimientos sociales” (Unidad 1 — “La época del Renacimiento”).

»—“Las feraces tierras americanas son inmensas pero están muy mal repartidas: en todo el continente existen gigantescas propiedades, desconocidas en otros países, en manos de pocos terratenientes o de compañías extranjeras... Junto a una ínfima minoría de multimillonarios, convive la masa de la población, poseedora de escasos recursos, cuando no carente de lo imprescindible...” (“El mundo latinoamericano”).

»—“Tratados con países europeos favorecieron la exportación de nuestros productos, pero subordinando nuestra economía a los extranjeros” (“Argentina: década de crisis”).

»—“Uno de los aspectos más oscuros de la auténtica imagen del mundo, hasta hoy escamoteado y disimulado por los grupos dominantes, es la existencia de manchones demográficos de poblaciones hambrientas... El hambre es la expresión más típica de la miseria que reina en nuestro mundo”. (Citando a Josué de Castro, Actividad 3.)

»—“...Perón exhortó a los argentinos a mantener la unidad, la paz y la concordia y a poner en toda actividad personas al servicio del progreso del país. También se hizo eco del deseo general de orden y trabajo que era la meta aspirada por la inmensa mayoría de la población argentina” (mismo capítulo, página 599).

»—“La tirantez de relaciones y la aplastante superioridad económica norteamericana ha hecho que el marxismo haya penetrado en las masas latinoamericanas con éxito sumamente efectivo” (“El comunismo en Latinoamérica”).

»Y también en *Las edades moderna y contemporánea* de Juan A. Bustinza y Gabriel A. Rivas, editado en 1977 por la Editorial Kapelusz:

»—“El burgués capitalista busca satisfacer una sed devoradora de beneficios...” (Actividad I — “Nace la burguesía capitalista”).

»—“Es el adelanto acelerado más impresionante que el mundo ha conocido. De esta manera la Revolución China —a pesar de sus errores y contradicciones— ha obtenido un rotundo éxito, transformando en menos de 15 años al país mediante un salto hacia adelante sin precedentes en la historia”. (“La República Popular”).

»—“Se forma un proletariado urbano que, ante la desigualdad social y el descenso de sus salarios, apenas puede subsistir con su trabajo”. (“Capitalismo y poder político”).

»—“Cada uno mira al otro tan sólo como objeto de utilización: el más fuerte pisotea al más débil...” (citando a Engels, Actividad 3).

»—“El liberalismo económico y la revolución industrial crearon así una nueva estructura social, en la cual el obrero era un verdadero esclavo que debía aceptar pasivamente su situación...” (“Las ideas socialistas”).

»—“En cuanto a Proudhon, se hizo famoso cuando en su folleto ‘¿Qué es la propiedad?’, afirmó que ‘la propiedad es un robo’. A partir de entonces este pensador fue el crítico más violento del sistema capitalista” (“Las ideas socialistas”).

»—“El partido del proletariado no puede en modo alguno proponerse implantar el socialismo en un país de pequeños campesinos mientras la inmensa mayoría de la población no haya adquirido conciencia de la necesidad de la revolución socialista.” (Citando a Lenin, Actividad 2).

»Éstos son sólo algunos de los conceptos que contienen estos dos libros. Muchas de esas frases han sido usadas, y lo son todavía, como slogans de la delincuencia subversiva. Con la excusa de contar la historia, se deslizan teorías y afirmaciones que, en chicos de colegios secundarios, son tomadas como verdades absolutas. Aquí reside el verdadero peligro de esos textos. No se trata de ocultar la historia. Pero sí es necesario que, cuando estos temas se traten en las aulas, los libros y los profesores sepan diferenciar correctamente lo que es un hecho histórico y su consecuencia. Es fácil decir que la revolución china procuraba justicia social y mejor distribución de la

riqueza. Pero hay que enseñar también, que esa revolución convirtió a 800 millones de chinos en esclavos de un régimen comunista».

—Perdón, pero aquí hubo una confusión. ¿Usted es Claudio Aguirre?

Dijo el chileno Fernando Reyes Matta y Nicolás Casullo le contestó que no:

—No, soy Nicolás Casullo.

—No entiendo, yo pregunté por Claudio Aguirre en el diario *Unomásuno*, por el que escribe la columna sobre medios de comunicación y cultura. Ahí me dieron un teléfono, y llamó mi secretaria para citarlo a esta hora.

—Bueno, Claudio Aguirre también soy yo.

—¿Cómo que usted es Claudio Aguirre? ¿Qué es esto, una broma? Yo lo conozco a Claudio Aguirre, es un compatriota mío que estuvo exiliado por Suecia y trabajaba sobre comunicación. Y como las columnas que escribe en el periódico me interesaron, lo quise citar. Supongo que ahora estará viviendo en México.

—Claudio Aguirre es mi seudónimo, yo soy el columnista que usted lee.

Reyes Matta lanzó la carcajada y le pidió dos cafés a la secretaria. Era el director del Departamento de Investigaciones en Cultura y Comunicación del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, el ILET. Y al rato le estaba ofreciendo a Nicolás un puesto de investigador en el departamento.

El ILET era un caserón de dos pisos con un gran jardín en la zona residencial de San Jerónimo. Formaba parte de las estribaciones del Instituto del Tercer Mundo del ex presidente Luis Echeverría, y lo conducían exiliados chilenos provenientes de la izquierda cristiana. Para Nicolás era un espacio perfecto, una bendición: una semana después empezó a trabajar en un proyecto sobre los nuevos pensamientos de época que iban naciendo en el Occidente capitalista: el de la Tricontinental, el Eurocomunista y el del neoconservadurismo que empezaba a despuntar en USA alrededor de un actor con pretensiones de ser presidente. En el ILET trabajaban varios compatriotas suyos: Héctor Schmucler, Alcira Argumedo,

Silvia Schuleim, y en el Departamento de Economía, Eduardo Basualdo y Jorge Fontanals. Ana Amado, mientras tanto, había entrado a trabajar en el *Unomásuno*, el nuevo diario de la izquierda mexicana, como crítica cinematográfica, y daba clases en la Universidad Autónoma sobre teoría del cine. Decididamente, México recibía con gran amabilidad a sus exiliados intelectuales. En esos días, Nicolás empezó a discutir con José Aricó y Jorge Tula la posibilidad de sacar una revista para discutir la historia argentina reciente.

—Entonces hacemos la revista entre ustedes que provienen del peronismo, y nosotros del socialismo marxista, para tratar de examinar esas dos historias en lo político y en lo cultural. Una cosa es hablar, como lo venimos haciendo hasta el hartazgo, y otra escribir. La escritura te exige rigor y te compromete con el pensamiento. Si esto es así, si uno cree que con una revista está interviniendo realmente en la historia aunque seamos diez gatos locos, entonces la saca. De lo contrario no se publica nada. ¿Queremos la democracia? Problematicemos por escrito la democracia. ¿Queremos una crítica honesta a la violencia armada que en un tiempo apoyamos? Llevémosla a imprenta. ¿Hablamos de los derechos humanos? Discutamos en las páginas de qué se trata eso. ¿Pensamos que el marxismo está en crisis? Discutámoslo hacia afuera. Trabajemos realmente como intelectuales de izquierda que pensamos distinto, que coincidimos y discrepamos. De ser verdad todo esto, la revista tendría que llamarse Debate, Controversia, Discusión...

Decía Aricó. Después la charla fue derivando hacia otros campos:

—No, lo que dicen los compañeros de Madrid es cierto: el Mundial es una estrategia de la Junta para blanquear su imagen, para demostrar que todo lo que venimos denunciando afuera son infundios y para sacar a la gente a la calle para festejar en pleno tiempo de campos de concentración.

—¿Y?

Nicolás no se dejaba convencer. En esos días, el Mundial se había convertido en el tema central de las reuniones del Comité Argentino de Solidaridad y, sobre todo, de las tardecitas en el café de la librería Gandhi.

—¿Cómo y?

—Sí: y. Todo eso es cierto, ya lo sabemos, pero eso no quita que el fútbol sigue siendo el fútbol, y que es uno de los grandes ritos atávicos de los argentinos. Hay que entender que es el rito de cultura popular más genuino, atávico y esplendoroso para un argentino que se precie: el fútbol, la cancha, el seleccionado en un mundial. El fútbol no lo inventaron los milicos: ahora van a tratar de aprovecharlo, pero es algo popular que va mucho más allá de lo que ellos hagan o digan.

Dijo Nicolás, y Elvio Vitali estaba de acuerdo:

—Las dictaduras pasan y el fútbol queda. Es obvio que estos hijos de puta van a tratar de aprovechar el Mundial, y ahí tendremos que hacer todo lo posible para que no sea así. Pero de ahí a querer que no se juegue... Y además, la relación que hay entre la dictadura y el pueblo argentino no va a cambiar porque el conchudo de Videla le dé o no le dé la copa a Passarella. Eso es creer que el pueblo es boludo, que lo engañan con cualquier espejito de colores...

—No, no es eso. Pero seguro que el Mundial les va a dar un oxígeno que les va a venir muy bien, justo ahora.

Decía Pancho Aricó, y seguía argumentando. Los otros contertulios eran Ricardo Nudelman, el gerente de la librería, Jorge Tula, Esteban Righi, Toto Schmucler y alguno más.

—Mirá, el que piense que la relación del pueblo con el fútbol se puede transformar en algo puramente político, no entiende nada de fútbol ni de pueblo. Eso, en una parte es, pero no es todo así. Si hay unos pibes jugando en la calle y pasa un tipo con una mina, y la pelota va hacia él, no la va a devolver con la mano, ni estúpidamente, va a hacer un rulo y después se la va a dar al pibe. Esto cualquier tipo más o menos bien nacido lo hace. Y el que no, qué se yo, será un marciano. No es tan poca cosa, es una cosa importante, que nos marca. Como nos marca el tango, cosas importantes.

Dijo Elvio. A veces se mezclaba en esas discusiones de gente más grande que él, más formada y, aunque solía escuchar, no dejaba de dar sus opiniones:

—Menotti es un director técnico elegido antes de la dictadura. Al país lo eligieron como sede antes de la dictadura. Que la dictadura haya pretendido sacar rédito político, por supuesto que es así y hay que denunciarlo. Pero de

ahí a sabotear es otra cosa. El Mundial lo tenemos que hacer, nosotros somos la Argentina jugando al fútbol. Es una de las pocas cosas donde somos de punta. Donde vos te sentás con un alemán y le decís no, viejo, las cosas son así. Casi en ninguna otra cosa podemos decirle a un alemán que las cosas son así. Esto no es poca cosa.

Schmucler lo miraba con sorpresa: el argumento nacionalista lo había descolocado. El Negro Tula estaba más melancólico:

—Ahora, lo triste es que tengamos que estar acá, que no podamos estar viviendo el Mundial en Argentina, con todo el mundo. Ésta es otra cosa que nos afanaron los turros de los milicos. Otra que nos deben.

La discusión fue deshilachándose. Unos días después, Nicolás y Ana recorrieron de punta a punta Tepito, un mercado popular del centro de México, barrio viejo y descascarado donde se podía encontrar cualquier cosa contrabandeada, hasta que encontraron lo que buscaban:

—Bueno, ¿ustedes me llevan el televisor?

—Pos no, nosotros lo vendemos, carnal, tú sales y no te conocemos.

—Por lo menos hasta el auto.

Dijo Ana.

—¿Qué pasó, güera? ¿Auto? Me cae que no hay autos aquí.

—¿Pero si salimos los dos cargando el televisor y nos para la policía?

—¿Policía? La policía no le entra a nadie, licenciado, y menos a los argentinos. Le damos en la madre, pos. ¿Qué buey le va a robar a la linda güera?

Era un televisor color, un aparato que todavía era raro. Nicolás estaba dispuesto a ver el Mundial como Dios mandaba y, si acaso, a que su casa se convirtiera en una tribuna de doctrina futbolística.

Mayo de 1978. «*Achicá el pánico* se le dice al que está despistado. *Apurame el cáncer* es la forma de pedir un cigarrillo. Decir *me copa* indica que algo gusta mucho. *Vení, copate* equivale a incorporate y divertite. *Mató mil* es algo sensacional y se aplica tanto a un concierto, una fiesta, un personaje especialmente kitsch, un recién estrenado velero, etc. Si alguien *es muy legal* es porque no se atreve a nada y es aburridísimo. Si es una

zarpada o un *zarpado* es lo contrario. Andar con *la pálida* es estar depre, acumular cosas que salen mal, sentirse fuera de caja. *Tener onda* con alguien no implica ser radioaficionado sino entenderse, comunicarse casi sin palabras con el susodicho/a. *Tirársela de burgos* es hacerse el matón o hacer pinta. En todo caso, el cheterío mayor usa el idioma cheto en tono de cargada. Es decir, en el aspecto parlante son vergonzantes. Los cánones vigentes en la comunicación entre chetos reiteran, sí, los “gorda”, “flaca”, “viste”, “se dan con todo”, “el reviente” y “es como”. Ejemplo: “Pero, flaca, pará la pálida porque en cualquier momento entrás en el reviente. Pensá que Jim Junior está como delirado, ¿viste?”».

Los «chetos», decía el informe de *La Opinión* semanal, habían empezado a florecer el invierno anterior, y se habían consagrado ese verano: sobre todo, en su reducto mayor, Punta del Este. Se preocupaban por diferenciarse, de todas las formas posibles, de los «pardos» y los «rockeros»: eran los hijos dilectos del Proceso. En *La Opinión*, las periodistas Alicia Dujovne Ortiz y Moira Soto discutían el asunto a partir de las experiencias de sus hijas adolescentes. Y empezaban por decir que nunca habían visto un fenómeno de moda juvenil que hubiera tenido tanta difusión mediática.

«M. S.: —Sí, hay quienes sostienen que antes las pautas eran igualmente rígidas aunque menos promocionadas. Yo personalmente no tengo memoria de que adolescentes de otras generaciones hayan estado tan al tanto de lo que se debía hacer siguiendo los dictados de determinada clase. Porque el interés de la prensa en este fenómeno se traduce en una gran ansiedad por averiguar qué hacen y qué no hacen, qué dicen y qué no dicen, adonde van y adonde han dejado de ir. Naturalmente, esta publicitación de las costumbres chetas tiene que ver con el consumo.

»A. D. O.: —Tiene que ver con el consumo porque la publicidad se ha dado cuenta desde hace bastante tiempo de que el adolescente es el gran consumidor, y entonces le interesa conocer las pautas de conducta. De las tres grandes categorías en que ahora se dividen los adolescentes —chetos, pardos y rockeros— ¿qué podía quedarles a nuestras hijas? Pardas no pueden ser porque no nacieron en Lanús Oeste, en el sentido en que esa palabra implica al mersa de antes, el muchacho de barrio. Podían ser chetas

o rockeras. Y eligieron ser rockeras porque el cheto representa para ellas todo lo que desprecian de sometimiento a reglas sociales, a no ser ellas mismas sino *pasar por*. El cheto es, según mi hija, el aspirante a clase alta. Ella me dijo: “No creas que un cheto es realmente bien; alguien que se llame Mitre o Pereyra Iraola no trata de ser cheto, está más allá de esa clasificación”. O sea: el chetaje es la burguesía y la clase alta con pretensiones aristocráticas y elitistas y que cuenta, como ya dijimos, con su propio código. La rebeldía de nuestras hijas, por su origen y por lo que son como personas, no puede menos que refugiarse en este tercer grupo, muy minoritario, de los rockeros, que se distinguen por dos cosas: su afición a la música progresiva y por usar la ropa como un desafío a las normas impuestas por la sociedad de consumo sobre la elegancia y el buen gusto.

»M. S.: —Aunque no tengo cifras ni estadísticas, no creo que el sector rockero sea tan minoritario, si tomamos en cuenta como índice su asistencia a los recitales. Quizás estén menos promocionados porque consumen menos y no tienen las pretensiones aristocráticas que siempre han fascinado a la clase media argentina».

Después, las dos periodistas trataban de definir a qué clase social pertenecían los rockeros, terminaban diciendo que «venían muy mezclados» y comparaban las músicas que les gustaban a unos y otros: «los chetos parecen estar en la cosa frívola, en el cantante extranjero de moda —Paul Williams, por ejemplo—, mientras que los rockeros responden a la apertura y los experimentos de la música progresiva». La ropa también establecía distinciones claras.

«M. S.: —Sí, y los rockeros además se diferencian de los chetos en que tienen tema de que hablar. Porque parece que los chetos no sólo son malos alumnos, sino que también se abstienen de todo tema cultural. Se habla de la pilcha y de los lugares a los que hay que ir. Debe resultar medio tedioso al cabo de un tiempo. El mismo Landrú, en un reportaje, dice que un cheto que intenta seguir siendo cheto después de los 18 años es un cretino, y la chica que intenta lo mismo, una tilinga.

»—A. D. O.: —Reconozco que en determinado momento empezó a preocuparme el excesivo interés que demostraba mi hija por estos códigos sociales, estos guiños de reconocimiento. Se lo dije y me contestó algo que

me cerró totalmente la boca: “Mirá, ya bastante sapo de otro pozo es una, como para que encima se convierta en un lobo solitario. Alguna identificación con algún grupo tiene que tener una, para no quedarse sola y aislada”. Mientras lo haga conscientemente, creo que no está mal».

La discusión había sido larga y en ningún momento se refirió a lo evidente: que, junto a esos tres grupos juveniles, existía hasta poco tiempo antes un cuarto: el de los militantes.

—... nada detiene/ al gallo cantor./ Nadie detiene/ al gallo cantor...

Cantaba el Tata Cedrón al frente de su cuarteto. Miguel Praíno sudaba sobre su violín y, alrededor, más de 3000 personas llenaban la Mutualité, la sala histórica de los mitines de la izquierda parisina. Antes habían cantado Georges Moustaki y Paco Ibáñez: el acto por el boicot al Mundial argentino era un éxito. En los pasillos, Mercedes Depino corría de un lado a otro para controlar que hubiera entradas, que no se acabaran los folletos, que los invitados especiales estuvieran bien atendidos. Había conocido a Cacho El Kadri unos meses antes por medio de un amigo común.

—Así que vos sos el famoso Cacho El Kadri...

—Bueno, no será para tanto.

—Sí, yo escuché hablar mucho de vos. No sólo en público. Mi compañero era Sergio Berlín, que estuvo con vos en el buque *Granaderos* en el 72.

—¡Pero sí, Oakie! ¡Gran tipo, Oakie! ¿Y cómo está?

—No, él murió en agosto del 76...

—Ay, disculpame, no sabía.

Los diálogos no siempre eran fáciles. Mercedes entró a colaborar con el COBA: esa noche, el acto era un éxito. Dos meses antes, el 24 de marzo, el COBA había organizado una manifestación frente a la embajada argentina para presentar una carta pidiendo los nombres de los presos políticos, que nadie salió a recibir. El COBA tenía unos doscientos comités repartidos por toda Francia, sus periódicos *L'Épique* vendían más de 100.000 ejemplares y su llamado al boicot fue firmado por 150.000 personas. En uno de esos periódicos, el COBA informaba que el costo mensual de la mano de obra especializada industrial argentina —«una de las más calificadas del

mundo»— había pasado de 200 dólares mensuales en 1975 a 80 en diciembre de 1976. Y que para comprar un litro de leche un obrero argentino tenía que trabajar una hora y media mientras que su par francés necesitaba doce minutos. Pero, al mismo tiempo, la oficina del COBA en la rue de Nanteuil recibía cientos de cartas desde la Argentina: era una campaña organizada por la revista *Para Ti*, que se llamaba «Argentina toda la verdad», y publicaba postales que sus lectores recortaban y mandaban. Las postales mostraban gente sana corriendo por Palermo, niños con delantales blancos saliendo de una escuela, supermercados llenos, la Pirámide de Mayo rodeada de palomas, cafés con estudiantes estudiosos, bebés con banderitas patrias, Ezeiza renovado, una familia jugando en un parque soleado, la calle Florida, costureras cosiendo prolijitas, cirujanos operando sin demasiada sangre. Y los textos decían, por ejemplo: «La guerra ya terminó en la Argentina. Ese miedo que se había instalado en cada uno de los argentinos quedó definitivamente atrás. Quedó en una historia que no hemos olvidado porque fue una dura lección para todos nosotros. Los violentos, y su desenfadada lucha con el único objetivo de la destrucción por la destrucción misma, nos llevaron al caos. Supimos vencerlos y ahora nuestras familias gozan de una paz ganada con sacrificio y esfuerzo».

Esa noche, en la Mutualité, un militante vendía el número 3-4 de una revistita, *Correo Argentino*, que sacaban Gustavo Roca y Eduardo Duhalde. En la contratapa, una nota se titulaba: «Cómo se negocia la resistencia obrera y la sangre derramada».

«De regreso de su viaje a Arabia Saudita, el Almirante Massera concurrió a Madrid y París dónde se entrevistó con notorios peronistas que estaban reunidos en sendos cónclaves. Entre ellos, Héctor Villalón, Casildo Herreras, Sobrino Aranda, Díaz Ortiz, Vitar, junto a otros insospechados concurrentes», decía el artículo; los argentinos en Madrid y París comentaban que se había encontrado con militantes del PRT y de los Montoneros.

«Massera mantuvo entrevistas individuales con voceros de los reunidos en Madrid y París. A ellos expuso el plan político de la Junta y dentro de éste su propio proyecto. “Estas conversaciones —afirmó— cuentan con el

conocimiento de Videla y Agosti”. Cada sector del peronismo presente —“estamos indisolublemente unidos”, sostuvieron— reclamó la libertad de la figura que les interesa: Isabel Perón, Lorenzo Miguel y Héctor J. Cámpora. Una pronta solución para los tres casos prometió el jefe represor.

»Cuando se tocó el tema de la amnistía, fue categórico: “No hay más presos que los que están en las listas que se están publicando, de los demás deben olvidarse y no insistir. Ésta es una decisión irrevocable”. Es decir, la decisión de matar a los 20.000 secuestrados y 5000 presos que no figuran en las listas. Massera en el cónclave y en otras reuniones individuales que sostuvo con algunas figuras del exilio, delineó el plan político de la Junta en lo que hace a la acción internacional.

»En pocas palabras sería el siguiente: “La acción de los exiliados ha dañado profundamente la imagen de la Junta Militar y crea graves problemas al país. Por lo tanto, aunque los exiliados carecen de fuerza en el interior, no hay pacificación nacional si la propuesta política no los involucra también. Para ello la Junta Militar está dispuesta en la nueva etapa que se inicia, con las condiciones y garantías necesarias, a llevar a cabo las siguientes medidas: a) Amnistía y expulsión del país del 75 por ciento de los presos reconocidos. Sólo quedaría un 25 por ciento — calificados de elementos peligrosos— sobre los que se dictarán las condenas respectivas. Ello importa el compromiso conocido como ‘ley del olvido’ de no agitar más con el problema de los secuestrados y desaparecidos. ‘Los muertos habidos en esta guerra —habría dicho Massera a uno de los interlocutores— deben ser prenda de unidad y no de odios y rencores’. b) Con excepción de los presos que recuperen su libertad por expulsión, y de unos pocos ‘loquitos que andan sueltos’, las FF. AA. darían garantías para el regreso masivo de los exiliados, con el compromiso de reintegrarse al Proceso de Reorganización Nacional. Éste sería el aval internacional necesario para esta nueva etapa. La unidad del peronismo y una renuncia expresa a los métodos violentos permitiría integrar a este proceso a sectores que de otra manera verían dificultado un compromiso directo con la Junta Militar. c) Los dirigentes sindicales garantizarán a su vez un ‘pacto social’ —habrá que ponerle otro nombre, sugirió Casildo Herrerías— por el cual la prohibición de realizar toda medida de huelga y de

acción directa sería fruto de ese acuerdo y decisión ‘voluntaria’ de los trabajadores. d) A su vez, para terminar con la incertidumbre de los familiares y con las campañas internacionales sobre los desaparecidos, se publicarían listas de más de 10.000 personas muertas ‘en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad’. Allí se incluirían los nombres de buena parte de los secuestrados asesinados...

»“Con las libertades, publicación de listas y retorno de la mayoría del exilio”, habría dicho el jefe de la marina, “para fin de año se acabaron todas las denuncias en el exterior contra la Argentina e iniciamos la nueva etapa sin problemas”. A un joven interlocutor le habría expresado: “Lo que debe quedar claro es que la guerra la ganamos nosotros y somos nosotros los que ponemos las condiciones. Los vencidos deben enterrar sus armas definitivamente”».

Esa noche, en la Mutualité, una militante montonera de París le contaba detalles de la campaña que los Montoneros habían organizado para los días del Mundial.

—Estamos mandando gente para la Argentina con unos aparatos increíbles que te permiten interceptar las ondas de televisión. Los compañeros van a mandar mensajes nuestros en medio de los partidos de la selección, va a ser un despelote...

—Si es que no los quieren colgar por no dejarles ver el partido. ¿Están seguros de que es una buena idea?

—Sí, porque los vamos a convocar y creemos que puede ser muy interesante. La gente va a terminar por salir a la calle, con eso de los festejos, y ahí puede pasar cualquier cosa. Seguramente se van a armar manifestaciones espontáneas contra la dictadura, y eso va a producir un cambio cualitativo importante en...

En la puerta se vendían revistas, afiches y postales. Pierre Jacquin, Patrick Fillioud y Martín Caparrós, los redactores del *Cri des Murs*, un periódico mural estilo dazibao que salía cada dos meses, habían dedicado su número de mayo al boicot y vendieron 10.000 ejemplares en pocos días. En Buenos Aires, el clima oficial también era eufórico. Las obras estaban terminadas y sólo faltaba esperar el comienzo de la fiesta.

«Hay que dejar bien abiertas las fronteras del país y dejar que lleguen los hombres del exterior. Por eso el Mundial es importante, aunque se puedan esgrimir conceptos reales de tipo económico. El mejor embajador argentino es la ciudad de Buenos Aires. Quien camina por sus calles se da cuenta de que sólo los delincuentes tienen problemas, como en todos los países del mundo», declaraba el embajador argentino en Washington, Jorge Aja Espil, a la revista *Gente*. El vicepresidente y hombre fuerte del EAM, contralmirante Carlos Lacoste, estimaba que llegarían entre 50 y 60.000 visitantes: fueron, finalmente, menos de 10.000.

Las autoridades no pensaban dejar nada librado al azar. El Ente Autónomo Mundial '78 tenía una oficina de informaciones a cargo de Aldo Proietto, y los periodistas de todos los medios habían recibido instrucciones: por disposición del Poder Ejecutivo, no se podían criticar las decisiones y elecciones de Menotti porque era un funcionario del Proceso.

Diecisiete

—... y es justamente la confrontación en el campo deportivo y la amistad en el campo de las relaciones humanas que nos permiten afirmar que es posible, aun hoy, en nuestros días, la convivencia en unidad y en la diversidad, única forma para construir la paz. Por ello pido a Dios nuestro Señor que este evento sea realmente una contribución para afirmar la paz. Esa paz que todos deseamos...

Decía el general Jorge Rafael Videla, desde el palco de la cancha de River, y setenta mil personas aplaudían sin grandes fervores. A su lado, el brigadier Agosti y el almirante Massera asentían con sonrisas. En el campo de juego, 1700 jóvenes formaban con sus cuerpos la palabra PAZ. Antes, el cardenal primado de la Argentina, monseñor Juan Carlos Aramburu, había invitado a todos los presentes a rezar un Padrenuestro, y leído una bendición del papa Paulo VI. Y habían volado las palomas y los globos y los setenta mil habían aplaudido y vitoreado y cantado vamos vamos Argentina vamos vamos a ganar.

Después, a las tres en punto de la tarde, un árbitro tocó un pito y, por ATC, la nueva televisión color, Marcelo Araujo pegó un grito:

—¡Mueve la pelota Fischer para Alemania, comenzó el Campeonato Mundial en la Argentina!

Ese jueves 1.º de junio las Madres que rodeaban la Pirámide de Mayo fueron más insultadas que de costumbre:

—¿Pero qué hacen acá, locas? ¿No se dan cuenta de la imagen que están dando del país? ¿No ven que hay periodistas extranjeros que van a aprovechar lo que ustedes hacen para desprestigiarnos, para atacarnos? ¿No les da vergüenza ser tan antipatria?

La policía también las atacaba: llevaban perros, les tiraban gases, las detenían. Las Madres aprendieron a llevar bicarbonato para soportar los gases y un diario enrollado para defenderse de los perros. A esa altura ya

usaban sus pañuelos blancos. Y muchos periodistas extranjeros pasaron, en esos días, por la marcha de los jueves, y las historias de las Madres de Plaza de Mayo empezaron a difundirse por el mundo. Dos días después, la Argentina debutó en River contra Hungría. Argentina formaba con Fillol, Olguín, Galván, Passarella y Tarantini; Gallego, Ardiles y Valencia; Houseman, Luque y Kempes, y ganó 2 a 1: con goles de Luque y Bertoni, que entró en el segundo tiempo.

El martes 6, *El Gráfico* ya cantaba victoria: «Para los de afuera, para todo ese periodismo insidioso y malintencionado que durante meses montó una campaña de mentiras acerca de la Argentina, este certamen le está revelando al mundo la realidad de nuestro país y su capacidad de hacer, con responsabilidad y bien, cosas importantes. Un país tan golpeado y tan caído después de las duras experiencias pasadas, se está demostrando a sí mismo sus enormes posibilidades de realización. Y esto no tiene nada que ver con los resultados futbolísticos: Argentina ya ganó su Mundial». Esa tarde, Argentina le ganó 2 a 1 a Francia, con goles de Passarella, de penal, y Luque.

El jueves 8, Daniel De Santis llegó a Ginebra desde Madrid, y se instaló en el departamento de Pola. Pola estaba igual que un año y medio antes: linda, con los dientes blancos y el pelo lacio peinado al medio. Daniel se alegró de verla:

—¿Qué hacés, Polita? ¡Parece que hubieran pasado mil años desde que cruzamos la frontera!

—Ay, qué alegría verte... Sí, esto es tan distinto, nunca me hubiera imaginado que iba a terminar en Suiza.

Ella lo llevó al balcón y le mostró un escenario impactante: abajo tenían un verde de pinos añosos, más allá, los Alpes, y todo el paisaje se reflejaba en el lago Lemán. En el departamento también estaba, de paso, el Gringo Porcu, que había sido delegado en Acindar años antes y vivía en Roma. Daniel y el Gringo iban a denunciar a la dictadura argentina y a repudiar la misión oficial en la reunión anual de la Organización Internacional del Trabajo. El viernes 9, Daniel aprovechó sus contactos con los de Comisiones Obreras de España, y Porcu con los de la Centrale Generale degli Lavoratori de Italia, para hacer firmar una declaración contra la

dictadura y conseguir fondos para publicarla en diarios europeos. Al día siguiente había un partido caliente: Argentina contra Italia. Los dos venían invictos. Y Porcu se había puesto la camiseta:

—¡Evviva l'Azurra!

—¡Pará Gringo! Una cosa es el boicot a la dictadura y otra es patear en contra, pará...

—No, yo hincho por Italia, yo tengo sangre tana, no es que patee en contra. ¿Entendés?

—Ah, si vamos al caso, yo también tengo sangre tana, y calabresa, encima, pero soy argentino...

La discusión siguió hasta que, a los 67 minutos, Bettega aprovechó un descuido de la defensa argentina y metió el único gol del partido. Porcu festejaba a los saltos:

—¡¡Gooooo!!!! ¡Va fangulo, Videla!

Ese domingo, en Buenos Aires, los diarios se quejaban de la baja producción del equipo. El país parecía paralizado, sombrío, expectante: tenía mucho miedo. Borges, que se quejaba mucho del Mundial, decía que «la democracia es un abuso de las estadísticas: a menudo otorga el poder a quien no lo merece. Las elecciones deben ser postergadas 300 o 400 años, pues se necesita no un gobierno de hampones democráticos, sino un gobierno honesto y justo».

A Eduardo Sigal no le interesaba el fútbol. Pero esos días era el tema político excluyente y sentía que su partido lo encaraba desde un lugar privilegiado: que el Mundial contribuía a ensanchar los márgenes democráticos. Igual, ese domingo, apuró el rato de charla futbolera que, últimamente, precedía a cualquier reunión: estaba impaciente por retomar el asunto que lo obsesionaba en esos días.

—Quiero anunciarles que ya estamos en condiciones de sacar la declaración conjunta de la intención de reunificar la FUA. Si no hay inconveniente, lo lanzamos el jueves. Es más bien una declaración de intenciones, como les digo, nada concreto, pero es bueno sacarla ahora que todo el mundo está atento a la Argentina. Y, si todo marcha bien, en unos pocos meses la concretamos. Va a ser un paso histórico.

Eduardo sabía que el panorama era duro, que los estudiantes tenían miedo, que estaban muy despolitizados, que los docentes estaban controlados por la intervención, pero pensaba que la alianza con los radicales y los socialistas era sólida, que Storani, Moreau y Stubrin de Franja Morada o Jaimovich del Movimiento Nacional Reformista eran tipos con los que se podían entender bien. Por otra parte, la ausencia de otras expresiones de izquierda, reprimidas y derrotadas, le daba al Movimiento de Orientación Reformista, dirigido por el PC, la posibilidad de volver a convertirse en la fuerza hegemónica de izquierda que había sido siempre.

Esa misma tarde, en San Pablo, Horacio González repartía por diversas facultades un afiche que había diseñado: sobre la imagen del encapuchado de Magritte, una leyenda decía: «¿Quién va a ganar este partido?». La respuesta parecía evidente.

—¡Putá, qué trueno!

Dijo Antonio Latorre, el Pelado Diego. El ruido los había hecho saltar de las sillas donde estaban sentados, charlando, en la piecita del fondo de la Pecera. Jaime Dri miró a Graciela Daleo.

—¡Qué trueno ni trueno! Eso fue una explosión.

Dijo Jaime. Al ratito entró un verde, agitado:

—Metieron un bombazo en la playa de estacionamiento.

Al rato llegó el capitán Acosta, más tranquilo, y les explicó que el comando terrorista había lanzado un energazo y se había retirado sin incidentes. A la noche, algunos periodistas acreditados para el Mundial sabrían que un «Pelotón de Combate Mártires de la Resistencia de la Sección Tropas Especiales Capitán Alberto Camps del Ejército Montonero» se atribuía el atentado.

El energazo había dado en el cartel del edificio principal, donde decía Escuela de Mecánica de la Armada: la acción formaba parte de la campaña que los Montoneros habían emprendido durante el Mundial. En esos días, sus militantes tiraron granadas contra la Escuela de Oficiales de la Policía Federal, la Casa Rosada, la Escuela Superior de Guerra, el edificio Libertador, el Monumento a la Bandera de Rosario y las casas del general Bignone y el coronel Pandolfi, entre otros, sin sufrir bajas. El responsable

militar de los Montoneros, Horacio Mendizábal, declaró en España que «realizamos más de veinte acciones, de las cuales diez fueron operaciones espectaculares de ataque a los ejes centrales del poder político y militar del enemigo. Lo que hicimos no fue una simple campaña operativa más. Ahí ensayamos ya nuevas tácticas operativas y formas organizativas que van a servir para la contraofensiva (...). La misión fue cumplida, convenciendo a la dictadura de que para ellos ha comenzado la cuenta regresiva».

En la Pecera, el capitán Acosta tenía una metralleta en la mano:

—Justo hoy retiramos el camión con infantes que teníamos de custodia. Nos madrugaron.

Era la tercera vez que sucedía desde el principio del Mundial. Graciela puso cara de qué barbaridad, pero estaba contenta. La alegraba saber que, allá afuera, todavía había militantes que seguían en la brecha. Sobre todo en esos días, cuando todo el país parecía hipnotizado por el fútbol.

Los prisioneros de la ESMA estaban al tanto de las discusiones que se habían dado entre los militantes, en el exterior y en el país, sobre la actitud a tomar frente al Mundial: si había que boicotear o no ese tinglado por el cual la Argentina se mostraría, durante un mes, como un país de fiesta. Ellos sabían que, a pocos metros, la cancha de River se llenaba de compatriotas enfervorizados: el mundo de los vivos se hacía más y más extraño, más y más ajeno. Aunque en la Pecera vieran los partidos, y vibraran con los goles de la selección.

Ese miércoles 21 la algarabía en las calles de Buenos Aires llegó muy cerca del clímax. La selección había ganado su primer partido de la ronda final contra Polonia —2 a 0, con goles de Kempes— y empatado el segundo contra Brasil, 0 a 0. La clasificación dependía de la diferencia de goles con los brasileños, y la organización, avalada por la FIFA, dispuso que el partido Brasil-Polonia se jugara a las cuatro de la tarde. Argentina-Perú, en cambio, empezaría a las siete, una vez conocido el otro resultado.

Que trajo pánico: Argentina necesitaría ganar por más de cuatro goles de diferencia para clasificarse. Después, se hablaría durante años de las supuestas contrapartidas que Argentina le ofreció a Perú a cambio del resultado. La hipótesis más común fue que la selección nacional compró el

6 a 0 con una cantidad de toneladas de grano entregadas en Lima semanas más tarde.

La Argentina estaba en plena euforia. Al día siguiente, trescientas entidades privadas publicaron un pequeño comunicado en todos los diarios: «Ante la acción de aquellos que en el exterior intentan deformar la imagen del país, entidades privadas representativas de la comunidad argentina se autoconvocan para expresar la reacción nacional bajo el lema: la verdadera Argentina también es noticia». Entre los firmantes había cantidad de asociaciones, desde la del cáncer hasta las de compañías de seguros pasando por las de turismo, concesionarios y fabricantes de autos, editores de revistas, bancos argentinos, empresarios de viviendas y tantos más. También firmaban todas las cámaras de comercio, las cámaras bilaterales, las bolsas de valores, cinco gremios menores, el club Atlético River Plate, el Círculo de Armas, el Jockey Club, el Rotary Club, la Sociedad Rural Argentina y la Universidad Católica Argentina, entre tantos otros.

Mientras, los marinos de la ESMA empezaron a preocuparse por los ataques montoneros. En esos días sacaron por primera vez a Graciela en la Swat. La Swat era una camioneta camuflada de transporte de alimentos: en la caja tenía una camilla y un generador eléctrico. Estaba preparada para torturas inmediatas. A Graciela le dijeron que debía avisar si veía a algún militante. Iba parada dentro de la caja, mirando hacia afuera por unas rendijas. Por la radio, el capitán Acosta la arengaba. Detrás, dos autos más completaban la columna.

—¿Cómo puede ser, Victoria? Sale la Coca y trae a dos, y usted sale y nunca ve a nadie. ¿Qué está pasando?

—Es que no vi a nadie, señor.

Le contestó esa noche Graciela al capitán Acosta, que repasaba los resultados de cada salida.

—Recién pasé al lado de la salita de los yugas y estaban como autómatas esperando el partido. De refilón vi la tele color; no entendés nada, es impresionante...

—Pará, Puma, ¿vos también? Ya me tienen hartos con fútbol y fútbol y a nosotros hace más de dos años que nos tienen prohibido hasta hacer

gimnasia en la celda.

Hacia un año y medio que Alberto Elizalde compartía su celda del pabellón de la muerte de la cárcel de La Plata con el Puma Jáuregui. El domingo 25 de junio les había tocado limpieza y el Puma pudo mirar, en la sala de celadores, los preámbulos del partido en la cancha de River. Además, José María Muñoz lo anunciaba por los altoparlantes del penal. Su voz parecía aún más afónica, más impúdica que de costumbre:

—¡Ésta es la gran fiesta argentina! ¡Es la gran final que jugamos 24 millones de argentinos!

Y hablaba de los miles de papelitos que caían, y cómo Clemente le había ganado la pulseada. Alberto trataba de ignorarlo, y estaba enfrascado en la lectura de *El Don* de Sholojov: una historia de guerras y cosacos altivos, duros, atados al caballo, al vodka y al sable. Alberto se entusiasmaba y encontraba paralelos: sobre todo en esa decisión de no darse por vencidos aunque Stalin les pasara por encima. El Puma miraba por la ventana al vigilante de una torreta encima del murallón que los separaba de la libertad. El vigilante estaba aferrado a su radio portátil.

—Especial para una fuga.

—¿Qué?

—Están todos en otra cosa. Es la que yo siempre digo, la más clásica, nada más que hoy pueden llegar en camiones disfrazados de hinchas gritando Argentina Argentina, muchas vinchas y bombos, y zas, de afuera me vuelan el paredón y, simultáneamente, adentro garantizamos la toma.

—Pará, Puma, dejá de cajetear.

—Ya sé, macho, no hay con qué, pero no hay que dejar de soñar. Basta de posibilismo, que esto se puede, que esto no. Mínga. Ya los vamos a cagar, ellos están confiados, se están relajando.

—Puma, si estuvieran tan confiados no se hubieran llevado rehenes, no hubieran amenazado familiares.

Los primeros días de junio habían sacado presos de varias cárceles. Además, a los familiares de presos los amenazaron más que de costumbre. Casi como en el 76. Por esos días, oficiales de civil habían ido a entrevistar a jefes montoneros y del ERP presos. Y les hicieron entender que, si sus

organizaciones intentaban cualquier cosa durante el Mundial, primero pagarían los rehenes y después sus familiares.

—¡Empezó el partido! Toca la pelota el gran capitán, se la pasa a Ardiles...

La Argentina formaba con Fillol; Olguín, Galván, Passarella y Tarantini; Ardiles, Gallego y Kempes; Bertoni, Luque y Ortiz. En los pabellones de presos comunes de la U9 de La Plata empezaron a golpear sus platos de aluminio, y los pabellones de políticos se contagiaron. El Puma se asomó a la ventana.

—¡Paren con la jarreada, loco! ¡Parecen lúmpenes!

Alberto seguía sentado en la cama. Los cosacos estaban diezmados, ya no eran tropas de caballería disciplinadas sino guerrillas dispersas en la llanura a las que el Ejército Rojo iba capturando y aniquilando en grupos. Iván, el personaje central, había sobrevivido y escapado a cien emboscadas, y cuando supo que se acercaban las tropas soviéticas, mandó a los suyos que tumbaran los caballos entre los juncos. No eran más de diez cosacos. Detrás tenían la orilla del Don. No había escape. Por delante se iba cerrando el cerco de soldados con cascos brillantes y fusiles con bayoneta calada. Iván le pidió a otro de los cosacos que sacara su balalaica y empezara a tocar. Los demás empezaron a batir palmas. Iván se agachó y revoleó las piernas en el baile de siempre; otros se le agregaron. Los caballos se levantaron y empezaron a pastar. Las tropas soviéticas cerraban el círculo. Alberto sabía que se terminaba la novela y quería saborearla. Sabía que era apenas una novela. No quería decirle al Puma que eso era morir en su ley. Era muy cursi, pero le gustaba. Además, no quería escuchar el partido.

Emiliano Costa y Julio Urien no eran fanáticos del fútbol, pero querían saber qué pasaba con la final y les indignaba que a los de su pabellón ni siquiera les hubieran conectado los parlantes del penal de Sierra Chica. El régimen carcelario contemplaba tres tratamientos distintos: los recuperables, los medianamente recuperables y los no recuperables. Para los no recuperables, como Julio y Emiliano, ni fútbol por parlante. Pero Emiliano se trepaba a la ventana de su celda, a tres metros de altura, ponía la oreja cerca de alguno de los agujeros del chapón de una pulgada que

estaba detrás de las rejas y escuchaba lejana, casi incomprensible, la voz del gordo Muñoz llegada desde algún pabellón de recuperables.

—Si Argentina hace un gol, el relator va a gritarlo fuerte y además, lo van a gritar los presos.

—¡Gooooo!!! ¡Gol, carajo, gol! ¡Ahora que nos aguanten estos holandeses y la puta que los parió!

La algarabía estalló en el living de la casa de Nicolás Casullo, en México. Eran más de treinta mirando el partido en el televisor color nuevo, y ahora saltaban y se abrazaban y, por un minuto, se olvidaban de dudas, pesadillas y rencores. Era el minuto 37 del primer tiempo, y Mario Kempes acababa de poner el uno a cero.

Cerca de ahí, en el Zócalo de Chapultepec, Manuel Gaggero tomaba una gaseosa y disfrutaba del solcito de la tarde: estaba harto de tanto oír hablar de fútbol, y había decidido que esa tarde trataría de no enterarse de nada. En San Pablo, Horacio González sí lo veía, en su casa, con una docena de compatriotas que también gritaban. En París, Mercedes Depino se comía la uñas con Jaime y varios más, en su living; a diez cuadras, en la sede del COBA, Cacho El Kadri y sus compañeros de militancia por el boicot se habían juntado para ver juntos la final que habían tratado de impedir.

—¿En serio lo van a ver? ¿Después de todo lo que hicieron para combatirlo?

Había preguntado, el día anterior, un francés cartesiano, y los argentinos del COBA le explicaron que una cosa era estar en contra de ese Mundial de la dictadura y otra no querer que la Argentina ganara su primer campeonato del mundo. Que eso era algo que habían querido desde chicos, y que un milico hijo de puta en el gobierno no los iba a privar de ese placer. Y que, de todas formas, estaban muy satisfechos con el resultado de su campaña: que, gracias a ella, gracias al Mundial, mucha más gente en Europa sabía qué estaba pasando en la Argentina. En un rincón, un periodista de *Gente* miraba cómo miraban el partido los peligrosos subversivos que habían llevado adelante la campaña antiargentina en el exterior. Estaba casi aterrado.

—¡No! ¡No, no puede ser, no!

Gritó Elvio Vitali y, a su lado, en el café de la librería Gandhi, más de cien compatriotas se agarraron la cabeza, putearon, patearon, gritaron o quedaron con la mirada perdida en el vacío. Cuando ya arreciaban los festejos, a los 38 minutos del segundo tiempo, el holandés Nanninga había empatado el partido y forzado un suplementario. Los jugadores argentinos estaban cansados por el esfuerzo y golpeados por ese gol: no estaba claro que pudieran sobreponerse y, de pronto, todo parecía a punto de zozobrar.

—Bueno, no está mal. Así los milicos van a tener que bancarse la derrota, la gente se va a calentar, se les van a ir al humo...

—¡Pero por qué no te vas a la reputa que te parió, lechuza!

—Va a tirar Passarella, pide pelota larga Houseman a la izquierda para Bertoni... ¡Vamos, Argentina! ¿Dónde está ese público? Bertoni engancho bien hacia adentro... Da para Kempes... Se metió en el área, peligro de gol, va a tirar, salió el arquero, entra... ¡Gol, gol, gol, gol, gol, gol, gol, gol, goooooooooooooooooool, goooooooooooooooooool de Argentina! ¡Kempes! ¡Gooooooooooooooooool argentino, Kempes, de guapo! ¡Kempes goleador del Mundial de guapo se llevó la pelota y Argentina dos Holanda uno, catorce minutos, está por terminar el primer período suplementario y tembló el estadio Monumental, se estremecieron las tribunas, se abraza la gente!

Alberto contuvo el salto y se cebó el primer mate. Tenía el mismo mate negro que le había entrado Delia, su madre, un año y medio atrás y, aunque la acidez lo estaba matando, seguía tomándolo amargo.

Emiliano, en Sierra Chica, escuchó el grito de gol y descontó que sería argentino. No estaba seguro, pero le parecía que debía ser el segundo. El problema era que no podía saber si los holandeses habrían hecho alguno. En San Pablo, en México, en París y Madrid, otros argentinos saltaron de alegría. Y en la Escuela de Mecánica de la Armada:

—¡... que esta barra/ kilombera/ no te deja, no te deja/ de alentar./ Vamos, vamos, Argentina...!

El tiempo suplementario estaba por terminar. Bertoni había asegurado el resultado con el tercer gol argentino. En la Pecera, una docena de prisioneros de la ESMA gritaban entusiasmados, festejando la victoria.

Unos metros más allá, los que estaban en Capucha, deducían la marcha de la final a través de los gritos que les llegaban desde el Monumental.

—¡... vamos, vamos/ a ganar,/ que esta barra/ kilombera...!

Eran las cinco y media: el italiano Sergio Gonella pitó el final y los prisioneros se abrazaban y felicitaban. En la televisión, Videla, Agosti y Massera se abrazaban también. Graciela Daleo, por un momento, se dejó llevar por el entusiasmo general. Hasta que vio entrar al capitán de corbeta Jorge Acosta, sonriente, entusiasmado:

—¡Ganamos, ganamos! ¡Vamos Argentina todavía!

Dijo, y empezó a abrazar a todos sus prisioneros: besaba a las mujeres, estrechaba las manos de los hombres a quienes había torturado, cuyas vidas le seguían perteneciendo. No puede ser que si él gana, yo también gane, se decía Graciela mientras recibía el saludo: no puede ser que ganemos juntos, no puede ser.

—Bueno, señores, los que yo diga preparensé que vamos a salir a festejar.

En San Pablo, Horacio y sus amigos salían a recorrer la avenida Paulista en una caravana de coches y banderas. En Sierra Chica, Emiliano escuchó un mensaje por morse carcelero: «Argentina campeón, pasalo». Entonces agarró la birome y golpeó la pared que daba a la celda de Urien. En Quilmes, Eduardo Sigal salió a festejar con Mabel y Paola: el centro de Quilmes era un caos de saltos, gritos y banderines patrios. No le importaba el fútbol pero estaba feliz: que la selección hubiera ganado, pensaba, era un éxito para el país y una alegría para el pueblo, pero también un triunfo del sector más democrático del Ejército y, sobre todo, la afirmación de que un tipo tan cercano al PC como era Menotti podía generar un hecho de trascendencia nacional. Un tipo que había aplicado al deporte una concepción científica, con mucho trabajo de equipo, apoyo psicológico, ideas claras: era el triunfo de una metodología, la que su partido solía aplicar.

En la cancha de River, en medio del delirio, el general Videla entregaba la copa Jules Rimet al capitán argentino, Daniel Passarella y le daba un apretón de manos que no se terminaba nunca. Cada jugador argentino

recibiría además un premio de 24.000 dólares por el campeonato. El general Videla enjugó algunas lágrimas:

—Con este triunfo ganamos todos los argentinos, con fe y con coraje, y esperamos que esta victoria se traslade a otros campos para construir la Argentina grande que todos anhelamos. La ventana al mundo está abierta para que nos conozcan de verdad en el exterior.

Dijo. A su lado, en el palco, todas las autoridades: el almirante Massera, el brigadier Agosti, el presidente boliviano general Bánzer, el cardenal primado monseñor Aramburu, el nuncio apostólico monseñor Pío Laghi, todos los ministros del gabinete, el intendente de Buenos Aires general Cacciatore, el gobernador de la provincia de Buenos Aires general Saint Jean, el presidente de la FIFA João Havelange y el ex secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger.

—Hemos ganado y debemos seguir ganando. Si algo faltaba para que los argentinos nos identificásemos plenamente, con esto se logró.

Dijo, eufórico, el almirante Massera. En la ESMA, Graciela fue una de las designadas para salir. Prepararse quería decir que tenía que vestirse bien y maquillarse: los marinos de la ESMA solían decir que las mujeres militaban porque eran feas y los hombres no les daban bola. Entonces, para las secuestradas, una de las formas más primarias de simular que se estaban recuperando consistía en mostrarles que empezaban a preocuparse por su aspecto: que querían «recuperar su estilo femenino, volver a ser mujeres normales». Así que los marinos les daban cosméticos que iban sacando del pañol donde guardaban todo lo que les habían robado a sus víctimas. Graciela se cambió de ropa, se pintó los labios y se guardó el rouge en la cartera que siempre llevaba. Era curioso: llevaba cartera incluso para ir desde Capucha hasta la Pecera. Era una forma de suponer que seguía en el mundo.

—Bueno, señores, ya bajamos.

La caravana atravesaba calles vacías: ya era tarde en la ciudad de México y sólo los argentinos seguían festejando: los pocos mexicanos que se cruzaban los insultaban, pero a ellos no les importaba nada. Se habían encontrado un rato antes en la puerta de la librería Gandhi: desde ahí, en

docenas de coches, habían tomado por Insurgentes hasta el Paseo de la Reforma y el Zócalo. En la gran plaza, entre más gritos y banderas, Nicolás Casullo posaba para una foto abrazado a Héctor Schmucler, y a Elvio Vitali se le mezclaban los saltos con las lágrimas: era horrible no estar en Buenos Aires esa noche.

En Buenos Aires, Graciela Daleo terminó de prepararse y la subieron en un peugeot 504 verde, con el subprefecto Febres, un suboficial de comunicaciones, Alberto Mendoza, y otros dos marinos. Iban siguiendo a otros tres coches de la ESMA, en busca del fervor popular.

Que era mucho mayor que todo lo que Graciela había podido imaginar. Subieron por Republiquetas; cuando llegaron a Cabildo había miles de personas con vinchas y banderas, gritando, tirando papelitos, abrazándose. Graciela pensó en las movilizaciones de 1973: era, de alguna forma, parecido. Tanta gente en la calle, tanto entusiasmo patriótico. En ese momento, en todo el país, millones de personas daban los mismos gritos, revoleaban banderas, se besaban, eran felices, se felicitaban, estaban orgullosos de ser argentinos.

—¡Sí, sí, señores,/ soy argentino,/ sí, sí, señores,/ de corazón,/ porque este año,/ desde Argentina...!

En algún lugar de la ciudad, Sergio Renán filmaba una película sobre el mundial, *La fiesta de todos*, donde el historiador Félix Luna comentaría tanta alegría:

—Estas multitudes, delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto en mi vida a un pueblo maduro, realizado, vibrando con un sentimiento común, sin que nadie se sienta marginado o derrotado. Y tal vez, por primera vez en este país, sin que la alegría de unos signifique la tristeza de otros. Ésta fue nuestra fiesta, nuestra mejor fiesta, porque fue la fiesta de todos.

Graciela le dijo al subprefecto que le gustaría mirar mejor. Febres corrió la tapa del techo y ella se paró en el asiento y, con medio cuerpo afuera, lloró en silencio, despacito. Si yo me pongo a gritar, acá, ahora, que estoy secuestrada, nadie me daría pelota, pensó, y siguió llorando. Era difícil sentirse más sola.

La caravana de la ESMA se quedó un rato atascada en el mar de coches, hasta que alguien decidió que fueran a cenar al Mangrullo, una parrilla de Olivos, sobre Maipú. El Mangrullo también rebosaba de gente que cantaba, saltaba y bailaba, pero los marinos debían tener influencias, porque les prepararon una mesa larga en un salón del fondo. Secuestradores y secuestrados pidieron asado y vino tinto, brindaron y cantaron.

—¡Y el que no salta es un holandés./ Y el que no salta...!

En el Salón Dorado del Plaza Hotel, los futbolistas recibían el agasajo del general Videla y sus compañeros de gobierno:

—... este Mundial será un símbolo de paz, esa paz que deseamos para todos los hombres, fruto del esfuerzo conquistado día a día, esa paz que merezca ser vivida, a cuyo amparo el hombre pueda realizarse plenamente en un clima de dignidad y libertad...

Dijo el presidente y entregó a Daniel Passarella el trofeo Fair Play, porque el equipo argentino había sido designado como el más caballeroso del torneo. En la parrilla de Olivos, Graciela Daleo vio la mirada triste de la Negra Nilda Oraci, miró el cuchillo que tenía en la mano y decidió que tenía que hacer algo. Que no aguantaba más esa simulación, que si seguía ahí iba a estallar, a joder el teatro tan difícilmente sostenido durante tantos meses.

—Señor, ¿puedo ir al baño?

Graciela entró, puso la traba, confirmó que nadie pudiera abrir la puerta, sacó de su cartera el lápiz de labios y empezó a pintar las paredes de azulejo: «Milicos asesinos. Massera asesino. Viva Perón. Vivan los Montoneros». Se sentía desatada, libre de tanta simulación. Cuando gastó todo el lápiz rojo se volvió a la mesa.

—¡Vamos, vamos/ Argentina,/ vamos, vamos/ a ganar...!

Graciela se sentó y empezó a preocuparse: ahora van a ir al baño, se van a dar cuenta de que fui yo por el color de lápiz de labios. Me van a revisar las pinturas, me van a descubrir; por qué no habré tirado el lápiz. Quería salir lo antes posible de ese restorán. Era terrible: estaba impaciente y no veía el momento de que los llevaran de vuelta a la Escuela de Mecánica de la Armada.

Epílogos

La Voluntad intentó contar la historia de una época a través de las historias de un grupo de gente que vivió, como tantas otras, esa época. Muchas veces, en las horas incontables de entrevistas, cada uno de ellos quiso hacer una aclaración: «No, entonces yo hice tal cosa, pero ahora pienso que...». La convención narrativa de *La Voluntad* era cruel: no había forma de incluir las opiniones actuales de sus protagonistas —o de sus autores—. Por eso, para compensar la rigidez de esa regla, les propusimos que escribieran un breve balance de sus experiencias. La mayoría de ellos quiso hacerlo. Suya es, ahora, la palabra.

Nicolás Casullo

A casi treinta años, es difícil reencontrarse con uno mismo desde una escritura explicativa, ensayística. Solemos recordar con una extraña exactitud la antigua voz de un amigo, el ademán recurrente de una muchacha, su mano quitándose el pelo de la cara, el carácter duro de este otro que lo fue perdiendo. Lo improbable en cambio es restaurarse uno: ya no lo más cercano, sino lo que no tiene distancia, lo que nunca la tuvo. Únicamente decir entonces que dejamos de ser, que se deshizo un tiempo, un mundo, las palabras que nos relacionaban con ese mundo, las imágenes cuando nos despertábamos, y ese gesto que nunca nos vimos porque eternamente perteneció a nadie, o a los otros, a los que suelen decir cómo éramos hace treinta años.

Sólo la pura literatura, que es toda verdad proustiana, retiene la utopía de recobrar ese tiempo jamás calculado al vivir: el de estar haciendo sobre todo, siempre, de manera inaudita, nuestro pasado. Podemos sin embargo reponer el debate existencial de pensamientos, de ideas, de cosas, de circunstancias. Podemos reflexionar acerca de hechos, políticas, puntos de las ideologías y doctrinas. Ahí seleccionamos lo que sentimos que hoy importa para una memoria de lo sucedido, para argumentar sobre un tiempo histórico y la experiencia de la revolución planteada por las vanguardias en la Argentina.

Quizás porque mi obsesión es escribir cosas para serenarlas —ahí donde supieron estar o ser algo sin duda distinto—, aquella época no se constituye dentro mío en una negación pedestre, en un rechazo traumático de plano, en una pose última de valor oculto, o en una intelectualización que la exterminen. Si la historia persiste como noción es por su intervención en ella, y este involucramiento nunca deja de tener un fondo más o menos demoníaco. Es decir, una justa o injusta violentación de las circunstancias, de lo dado, una complaciente o temible lectura sobre lo que hace falta.

Fuimos parte, desde nuestra decisión, responsabilidad y sentimientos, de una extensa —dramática en sus hechos, erudita en sus fundamentaciones últimas— biografía del hombre moderno por cambiar la historia y que adviniese el tiempo socialista, entendido como el de la justicia humana en todos los planos. Nada hay de mejor ni peor en eso, con respecto a un supuesto lugar «del bien» que hoy habríamos descubierto en lo personal. En todo caso ésa es nuestra patología, estar antes, y también ahora, siempre en el lugar del bien, un pacto equívoco con la lucidez.

Pero todo esto no quita la crítica, leer de otra forma los despojos de un tiempo ido, incluir la develación macerada, reflexiva de que el mundo nuevo que postulábamos crujía de miserias como el que hoy, por otras referencias o las mismas, padecemos. Así creo que es la historia pensada desde su horizonte mayor: una escasa felicidad que nunca contó.

Me separa de aquel tiempo una conciencia más acabada y definida de lo que empecé a sentir en el 75 cuando me fui de Montoneros y del país, y en el 76 cuando quebré para siempre una nueva y circunstancial aproximación. Mi rechazo a esa experiencia existencial de valores y procedimientos que constituyó lo medular del modelo político vanguardista de las izquierdas armadas, y también desarmadas. El aparato deshumanizante. El aparato con sus lógicas, medidas, usos y formas de situar lo humano comprometido, lo que éramos. Los autoritarismos de conducción, la verticalidad de funcionamiento, las jefaturas de corte despótico, los alineamientos forzados con las cadenas de mando, la arbitrariedad de las decisiones, la extinción de toda individualidad genuinamente pensante, la obligatoriedad de los acatamientos, los dispositivos cercenadores de las discrepancias, la penalización del que disenta, el recelo sobre el que ponía en duda las cosas, la gimnasia del pacto con el propio poder del aparato, la imposibilidad de modificar los cursos. Ese molde, eso que éramos, fecundó copiosamente en la no verdad sobre las cosas, sobre la realidad, sobre la vida: fecundó en contracara de esta última, antes de que arribaran las muertes irreparables. Este molde fecundó el militarismo, la apologética del arma, la profunda mediocridad política frente a los datos, el abstraccionismo ideológico y el valor secundarizado de la humanidad del cuadro político frente a la retórica del martirio.

Recuerdo: éramos mucho más valiosos, en todo, de lo que el aparato nos reconvirtió. Esto me queda de aquella historia, de mi historia, en cuanto a una precisa forma de militancia, y de nuestra responsabilidad en ella, además de los genocidas del Estado de terror. Pero eso no me da para el escarnio, ni para el miedo en regresar a ella en lo que tuvo de otras éticas, entregas, intensidades, compromisos colectivos auténticos con el hombre vejado social y culturalmente por los poderes de la historia. Fuimos jóvenes: para las grandes equivocaciones pero también para no pensar en el negocio íntimo con nosotros mismos en la edad del mercado. Una generación de valores, que no supo resguardarlos en las decisivas circunstancias en que debió hacerlo.

Emiliano Costa

Creo que es imposible pensar las cosas de la misma manera hoy que hace veinte años. Y tampoco es posible pensar, hacer un balance, centrándose en los años 70. Este tema es imprescindible verlo con una perspectiva histórica. Si no, es imposible de entender.

Dejando en un segundo plano todo lo que tiene que ver con la cosa idealista, romántica, personal, que es parte de una generación, de una juventud, que no me parece lo más importante para analizar —más allá de que es importante como valor— creo que la reflexión que me surge de todo esto es pensar por qué se llegó a la búsqueda, a la salida de la lucha armada, de la violencia, como instrumento de transformación, y cuáles fueron las consecuencias. Por qué podemos hablar hoy en ciertos términos de una derrota, de un fracaso, y por qué, sin embargo, esos términos se relativizan cuando se los analiza desde la perspectiva del aporte que ha tenido toda esa generación y toda esa historia en la construcción de un nuevo sistema de relaciones político-sociales en la Argentina. La democracia de hoy con todas sus imperfecciones, está también, en alguna medida, abonada por los errores y los aciertos de nuestra generación.

La Argentina no había conocido realmente una democracia, una forma de resolver sus conflictos de una manera democrática. Era un país joven, signado por la utilización de distintos métodos de imposición de la voluntad de la minoría sobre la mayoría a través del fraude, de la proscripción o de la represión, lisa y llanamente. Y todos los distintos estamentos y los distintos canales y formas de resolución que puede tener una sociedad para sus conflictos, estaban absolutamente invalidados. Los partidos políticos proscriptos, cerrados o utilizados como parte del sistema para legalizar la proscripción de una mayoría, como en el caso del peronismo, las entidades sindicales que actuaban en complicidad con el poder, ahogando toda posibilidad de renovación, de nuevas perspectivas, y toda posibilidad de

lucha en otros niveles. Permanentemente se iban buscando formas de transformar las situaciones injustas. Y siempre terminaban en un callejón sin salida.

En ese contexto, yo creo que a nuestra generación ciertos hechos históricos internacionales la impactaron tremendamente, generando esa ilusión de poder transformar el mundo, todo, simplemente a partir de una voluntad de cambio. Fundamentalmente, la Revolución Cubana, el Che, la lucha de los Tupamaros, que marcaban todo ese contexto, de alguna manera idealista, que engancha en el idealismo propio de nuestra juventud y en la realidad política argentina y, particularmente, en lo que hace a mi propia visión, en la existencia de la proscripción del peronismo.

Entonces, la elección de la lucha armada fue un poco la consecuencia de toda esa cantidad de elementos. Y ese idealismo, ese romanticismo, esa voluntad de cambio, se fue transformando también en la medida en que se fue convirtiendo en una lucha de aparatos. No digo ninguna novedad con respecto a esto, pero lo tengo cada vez más claro en este sentido, el verdadero fracaso fue no el fracaso en ganar una batalla a un aparato armado, sino en haber perdido la batalla en el consenso, en seguir interpretando lo que era la voluntad de la mayoría, alejándose de la representación de esos intereses; y caer cada vez más profundamente en una especie de autismo, en el sentido de que la realimentación hacia qué es lo que había que hacer y hacia dónde orientar las acciones ya no pasaba por la voluntad mayoritaria, por los caminos que se buscaban en general, sino por la manipulación de algunos supuestos iluminados, en que se convirtieron las conducciones de las organizaciones armadas. Entraron en esa espiral de delirio y creo que tienen una enorme responsabilidad en haber llevado al abismo, al fracaso y a la esterilidad y el sacrificio de una generación.

En ese tema, todos tenemos alguna responsabilidad, mayor o menor. Los que tuvimos alguna responsabilidad de conducción, por no haber podido plantear o no haber sabido plantear una alternativa, no haberla visto más firmemente, a pesar de todas las dudas que uno podía tener, no haberse plantado en esa situación en ese momento, no haber encontrado otro rumbo. Ahora lo veo así, en ese momento...

—Una pregunta en cuanto a tu participación en el libro. Por un lado, qué valor pensás que tiene la memoria sobre esos años, 20, 25 años después. Y en términos personales, qué te significa hacer memoria.

—Creo que tiene un enorme valor hacer memoria sobre esos años. De alguna manera, tratar de reconstruir esas cosas, aun cuando sigue siendo enormemente doloroso. Y ahí es donde me toca a mí personalmente. Para mí es muy doloroso hacerlo. No es que yo haya borrado la historia del pasado. Inclusive en mi participación en lo que fue la cobertura periodística del juicio a las Juntas, ejercité, en ese momento, verdaderamente, una memoria dolorosa. Pero estaban todavía demasiado cercanas las cosas como para poder verlas con alguna perspectiva de reflexión.

El oscurecimiento y el ocultamiento de las cosas, de los hechos, las complicidades negadas, la falta de asunción de las responsabilidades, son en las sociedades como en las personas. Demoran los procesos de toma de conciencia, de cambio, que finalmente se producen igual, con mayor o menor dolor. Yo creo que eso es lo que está pasando hoy, y supongo que van a aparecer, de distintas maneras, con mayor o menor mérito o con mayor o menor acierto, pero aparecen y van a seguir apareciendo. Y creo que es importante que así sea, cada vez más formas de recuperar y analizar, y tratar de, no digo cerrar, porque yo creo que es imposible cerrar totalmente estas cosas, pero sí de sacar a la luz, de alguna manera, saldar en cierto sentido, esa parte de la historia.

Graciela Daleo

Me llevó meses escribir sobre los años de *La Voluntad*, respondiendo a la propuesta que Eduardo y Martín nos hicieron a quienes vivimos estas páginas. Las reflexiones surgen de encuentros y desencuentros con los compañeros de entonces y de ahora; con nuestra historia y, sobre todo, con nuestros presentes. Con la voluntad de por medio.

Cuento mi fragmento —que también es de otros— cruzada por muchos sentimientos. Exigida por la responsabilidad y la urgencia de ser, serme, serles, sernos, fiel. Tremendo compromiso ser parte de esta historia rica, fecunda, luego cruel y dolorosa de la vida de nuestro pueblo. Historia silenciada, mentida, tergiversada, pendiente.

Aprendí que debemos armar mosaicos de experiencias de lucha sin pretender que cada parcialidad sea el todo. Que hay que romper el oficialismo de los dos demonios que nos cristaliza en años de «delirio, mesianismo y muerte», como en el estereotipo de los ingenuos o inalcanzables héroes, cuando fuimos movimiento, contradicción, vida. Que dialogar con el pasado es también actuar en el presente. Que cruzar dos lógicas, la del 70 y la de los 80/90, es necesario para que las experiencias de los pueblos no terminen siendo compartimientos estancos. Cruzar los tiempos sin que eso suponga un juicio moral o jerarquizar a uno por sobre el otro.

Cruzar lógicas diferentes. La nuestra, de opciones, dirigida a objetivos y fines, difícil de comprender hoy —cuando lo existente aparece como lo único posible—. Tiempo de absolutos y totalidades en el que nos forjamos y del que fuimos forjadores, armados de una visión integral de los procesos sociales que articula las partes vistas desde el todo. Buscamos la destrucción del capitalismo y la construcción de un socialismo nuevo, original, propio, como objetivos de la revolución.

Arrancamos desde distintas ubicaciones sociales para encuadrarnos en múltiples pertenencias organizativas y políticas, pero con un iniciador común: sentir el sufrimiento y la miseria del otro como propios. En muchos las opciones fueron antes vivenciales que teóricas o científicas: primero el dolor y la bronca ante la explotación ajena y la propia y la voluntad de hacer algo para que las cosas cambien; después organizar el pensamiento en una teoría revolucionaria, definir las clases, el imperialismo, la dependencia, formular la estrategia para la toma del poder.

Por la revolución integral pusimos en juego múltiples formas de organización y lucha: el centro de estudiantes, la comisión barrial, el partido revolucionario, la organización político-militar, el movimiento y el frente, la agrupación sindical y las coordinadoras de gremios en lucha, las cátedras universitarias y los medios de comunicación; la lucha armada y la lucha electoral, la acción política y reivindicativa frente a las expropiaciones revolucionarias.

El objetivo no era poner arriba lo que estaba abajo y viceversa, sino reorganizar la sociedad sin que hubiera «arriba» y «abajo». Pero para llegar a eso había mucho que andar. Constatamos la existencia de antagonismos sociales, que los peronistas revolucionarios definimos como el enfrentamiento del campo del pueblo con el campo del enemigo, y los militantes de la izquierda desde las clases según las categorías marxistas. Por ello, avanzar hacia formas más justas de organización social, hacer la revolución, necesariamente implica formularla a favor de unos y en contra de otros. Si los obreros deben ser dueños de los medios de producción y la tierra para el que la trabaja, la burguesía debe perder la propiedad de las fábricas y la oligarquía los millones de hectáreas de campo. «La Revolución no sería un té servido a las cinco de la tarde» ni «un tratado de urbanidad», dice Andrés Rivera. Es una construcción integral. Y en ella tuvo un lugar la violencia, ni gratuita ni indolora, que nos violentó primero a nosotros mismos al asumirla como necesaria en algunos tramos.

Cada acto, aun el más doméstico, tenía que ver con la Revolución, con la construcción del hombre nuevo. Porque todo es político. Pusimos ideologías, comportamientos y sentimientos bajo la lupa del ámbito para discutirlos con y por el «nosotros». El «nosotros» predominando sobre el

«yo». Ni totalitarismos ni despersonalización, sino compromiso y ser parte de una identidad colectiva. (Así lo contamos desde fines de los 60 hasta gran parte de los 70. El «yo» en los relatos reaparece cuando la dictadura había pulverizado parte de las organizaciones populares. El «nosotros» se mantuvo en quienes resistieron escapando al cerco del miedo).

Asumir todo esto fue difícil, pero no lo hicimos por compulsión al sacrificio o a cargar cruces innecesarias, como señalan quienes confunden la utopía con idealizar las condiciones materiales de la existencia completa, a las que consideran producto de elecciones individuales tomadas en una libertad irreal. ¿El desocupado, el analfabeto, el hambriento, el proscrito, lo son por una elegida compulsión al sacrificio, acaso? ¿La vida de quién es un paraíso en un mundo plagado de injusticias?

Nuestras fueron opciones vitales desde el deseo profundo de vivir nosotros y los otros en un mundo mejor. Aprendimos que éste no cambiaría por inercia fatal, sino sólo si los pueblos, sus hombres y mujeres, nos poníamos a hacerlo con voluntad e inteligencia. Decidimos vivir y morir por conseguirlo. Una forma de vivir que quiere trascender aun después de llegado el fatal desemboque de cada vida, porque no desconoce la certeza de la muerte propia y ajena, que hoy la cultura inmedatista pretende ignorar.

¿Que nuestros propósitos no se plasmaron en realidades? ¿Que a veces tomamos decisiones políticas y operativas que contradijeron en los hechos la propuesta teórica, ideológica? ¿Que hicimos algunas lecturas erradas de la realidad que llevaron en oportunidades a formulaciones teóricas y estratégicas equivocadas? ¿Que la exigencia y autoexigencia que nos planteamos a veces desembocó en sacrificios innecesarios? Es verdad. En *La Voluntad* mucho de esto se expone, sin recurrir al atajo fácil de los conversos, al de los «autocríticos» funcionales a la democracia devaluada, ni a la degradación de los que hoy participan del festín del menemismo alegando que esto es el poder por el cual luchábamos. Sin buscar la mirada «piadosa» de los que desnaturalizan nuestro compromiso considerándolo ingenuidad, ni la sesgada de los que se sacuden por sobre el hombro la responsabilidad en los aciertos y en los errores.

Aquel slogan que durante la dictadura fue norma de las conductas cómplices, «por algo será», aquí tiene su explicación. En algo, en mucho, andábamos. Por eso el sistema nos dictó como destino el desaparecer e hizo todo para concretarlo. Desaparecer como personas, como militantes, como generación. Desaparecer como pueblo organizado con sueños y proyectos de transformación. *La Voluntad* es un ejercicio de aparición mostrando nuestra pequeña porción —y con ella la de tantos— de ese «por algo», de signo contrario al usado para justificar el genocidio.

Este libro termina una noche de junio de 1978. Yo tenía entonces treinta años, y estaba secuestrada en la ESMA. Así como decidieron la desaparición de miles, los marinos determinaron que yo viviera.

Soy una sobreviviente.

Recuperar la libertad, aparecer, exilio, retorno, testimoniar, cárcel, nuevo exilio, nuevo retorno. Un recorrido de veinte años. Nada fue repentino, a poco puedo ponerle fecha fija. El primer día que pronuncié el nombre de un represor para acusarlo me inundó la libertad, pero la impunidad que hoy los hace andar entre nosotros me vuelve muchas noches a la ESMA. El rechazo del indulto fue un oxigenante acto de libertad. Pero la sospecha que todavía hoy asoma en quienes piensan —aunque no se animen a verbalizarlo— «si estás viva, por algo será, algo habrás hecho», me vuelve a esa desesperada noche del Mundial. Los pibes interrogan hoy nuestra experiencia con pasión y avidez; formar parte de las respuestas es volver y aparecer. Que en el diseño de las feroces políticas de este gobierno se alineen ex compañeros agrade el proyecto que alguna vez compartimos.

En *La Voluntad* no está sólo parte de mi pasado, sino mi presente. Está mi vida. Los valores en los que me sostengo son los que aprendí con los compañeros, y que me fueron empapando en la lucha compartida. Ya no están muchos de aquellos con los que tanto soñé y a los que tanto amé. Los encuentro en los gestos rebeldes de sus hijos, en el conflicto que no se elude, en una lucha que se emprende, en la madre que se anuda un pañuelo blanco, en el compañero que abre su casa solidaria y comparte el trabajo escaso; en los que lograron mi libertad cuando estuve presa y cruzaron el río para aliviarme el exilio; en los compañeros nuevos. No toda lucha

termina en los sótanos de la ESMA, en los galpones de Campo de Mayo ni cooptada por los alfombrados despachos del menemismo.

Encuentro a mis compañeros, y lo que aprendí de ellos y con ellos cuando soy capaz de sostenerme en una línea de resistencia, si sacudo mi individualismo y vuelvo al «nosotros», si arriesgo un pensamiento o una acción crítica y afronto las consecuencias, si venzo el temor a exponerme a la mirada de quienes lean este libro. Si luchar «para que las cosas cambien» sigue siendo mi profundo y apasionado deseo.

A Eduardo Anguita, a Martín Caparrós, por esta aparición de Victoria, gracias.

Mercedes Depino

Hace poco más de veinte años creíamos estar a punto de tocar el cielo con las manos, de alcanzar la utopía de construir una sociedad más justa. Un mundo mejor. De hacer la Revolución. Sin embargo, en pocos años el mundo se nos vino encima. Todo comenzó a desaparecer. Los que tuvimos la suerte de seguir viviendo nos fuimos quedando solos. Muy solos. Ya no estaba el amor, la ternura y el compromiso ineludible del flaco Sergio, la alegría de Carlitos, la inteligencia de Sergio Puiggrós, la ética de la gorda Amalia y de Román, la frescura de Laura Mugica, el valor de poner su profesión al servicio de una causa como Gustavo Grigera y Daniel Callejas, y tantos otros compañeros.

Y entonces los sobrevivientes tuvimos que aprender nuevamente a vivir, llevando nuestras mochilas cargadas de recuerdos, nostalgias, sabores de derrota, viviendo un sentimiento de gran orfandad. Pero también conservamos la alegría y la fuerza interior de saber que a pesar de los errores, que no fueron pocos, teníamos la certeza de que en esos momentos históricos, sociales y políticos, tanto nacionales como internacionales, los aires eran de Revolución. Creíamos que hacíamos lo mejor que podíamos hacer. Entregar nuestro destino individual a la construcción de un proyecto colectivo, donde los valores principales eran la ética, la solidaridad, la igualdad y la justicia.

Los que aceptamos dar nuestro testimonio de vida en este libro, no lo hicimos con ningún afán de protagonismo, sino con la responsabilidad de contar una historia, nuestra historia, que fue ocultada y desvirtuada primero por el terrorismo de Estado y luego por la teoría de los dos demonios.

Hoy, es otra cosa. La derrota del movimiento popular y la globalización nos metieron en una época menos ambiciosa, más chiquita, más íntima. Con el cambio de época, nuestras perspectivas también se modifican. Construimos y laburamos desde aquellos valores del pasado, pero ahora

más que nada para ayudar a reconstruir la memoria social, para apuntalar las defensas contra la impunidad, contra la voluntad del poder, contra la mediocridad de la vida cotidiana. En este tiempo, en esta democracia, con las Abuelas, con las Madres, con nuestros hijos.

Para terminar, quiero tener un reconocimiento muy especial para nuestros padres que, con mucho temor y con el sufrimiento diario de que algo nos pasara, nos acompañaron y protegieron durante esos años en el camino que habíamos elegido.

Daniel De Santis

Entre mediados de 1978 y principios de 1979 el PRT se dividió, el sector que yo integraba decide apoyar la Revolución Sandinista en Nicaragua. En septiembre de ese año llego a Managua con Silvia, Ernesto y el recién nacido Luciano. Creo que las experiencias allí vividas nos marcaron fuertemente a toda la familia. Silvia se integró plenamente al trabajo productivo y político con el campesinado de Managua. Ernesto, alto y rubio, fue el que más sufrió: valga como síntesis contar que al tener alguna pelea con otro niño le gritaban gringo. Luciano aprendió a caminar y a hablar allí, y desde todo punto de vista era un niño nica más. Yo, a raíz de la división del partido, viví los años más oscuros de mi vida, me apoyé en el recuerdo de mis compañeros del PRT, en el de los obreros de Propulsora y en el calor y el afecto del pueblo revolucionario de Nicaragua.

Al regresar a la Argentina, en diciembre de 1983, la esperanza y la alegría que se dibujaba en los rostros de los argentinos contrastaba con el clima de guerra que se vivía en Managua, ciudad en la que todos sus habitantes, incluidos los niños, comenzábamos a cavar refugios antiaéreos por la amenaza de bombardeos de la contrarrevolución organizada, armada y financiada por el imperialismo norteamericano.

No me sumé a la explosión alfonsinista, consciente de que era un recambio en la forma de dominación de la burguesía, pero en el ánimo de muchos y en el mío también se comenzó a anidar un sentimiento de búsqueda de nuevas rutas que condujeran a la meta por la que habíamos luchado, la revolución socialista.

Mientras reorganizaba mi vida impulsé, junto a un heterogéneo grupo de compañeros, un ateneo político y social en Chivilcoy; luego fue la revista *Entre Todos* y el Movimiento Todos por la Patria. Recibido de profesor de Física, conseguí trabajo como docente y como tal retomé la actividad sindical y participé en la fundación de los sindicatos de

Trabajadores de la Educación de Brandsen y de La Plata, viví la extraordinaria huelga de 45 días y la multitudinaria Marcha Blanca. Si bien me había alejado del MTP por no compartir la concepción movimientista y la excesiva preocupación por la interna militar que todo lo condicionaba, el intento de copamiento del Regimiento de La Tablada me afectó directamente porque la inteligencia militar me investigó. De todas maneras —junto con otros compañeros— tuvimos la hombría de bien, y nótese el calificativo poco ortodoxo que uso, de salir a denunciar los crímenes y solidarizarnos con los compañeros, quienes, es cierto, cometieron un grueso error, pero también comprobamos la falsedad de muchos que se amparaban tras el discurso izquierdista y de los derechos humanos. Y nuevamente volví a empezar, esta vez impulsando una agrupación política limitada a la ciudad de La Plata, vínculos con el grupo Confluencia, luego la Propuesta Política de los Trabajadores y otras actividades menudas, entre ellas las reiteradas apariciones en la puerta de Propulsora Siderúrgica donde encontraba el abrazo interminable de mis viejos compañeros y la sospecha de los que no me conocieron, alimentada por la calumnia del MAS y en menor medida del PC, grupos que no estuvieron a la altura de la lucha de nuestro pueblo y por ello mismo se sentían inhabilitados para confrontar en el debate ideológico y en la práctica militante. El sectarismo no les permitió ver que colaboraban con la burguesía en el sentido que denunció Rodolfo Walsh: «Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las cosas. Esta vez es posible que se quiebre ese círculo».

En esta ininterrumpida búsqueda, también hice mi paso por la lucha electoral como candidato a intendente de Chivilcoy por el FREJUSO en 1991 y luego, la fundación y la lucha interna en el Frente Grande. La política del PRT se asentaba en lo que nosotros llamábamos los cuatro pilares de la construcción revolucionaria: el partido de la clase obrera, el ejército del pueblo, el frente de liberación nacional y social, y la solidaridad internacional. Nos dijimos, junto con nuestro pequeño grupo de

compañeros, por qué no empezar por el tercer pilar, el frente; luego vendría lo demás. Con este análisis, y el entusiasmo juvenil de mis compañeros y el mío incluido, nos alistamos para dar la lucha por la construcción del Frente de Liberación. En ese intento impusimos, en la ciudad de La Plata, una asamblea popular en la que más de setecientos trabajadores elegimos la lista de candidatos a diputados constituyentes provinciales. Fue la única y auténtica experiencia de ejercicio de la democracia directa. No tuvimos la misma suerte en la asamblea provincial. La oratoria fogosa y principista abrió grietas, pero no alcanzó a quebrar el acuerdo previo de los partidos del FG que llevaron a sus militantes a votar con mano de yeso un estatuto antidemocrático. Varios de los que armaron esta rosca fueron víctimas de su propia obra. Después del 10 de abril de 1994, el FG abandonó su programa antiimperialista y comenzó a deslizarse por una empinada pendiente que lo lleva rápidamente a ser «del mismo palo que Bill Clinton». En aquel año nos detuvimos a pensar. En toda la década del 80 y en lo que iba de la del 90 se agitaba la consigna de «las nuevas formas de hacer política», y nosotros veíamos que las «viejas» y estigmatizadas formas apelaban a los mejores sentimientos desarrollados por la sociedad humana en sus cien mil años de formación, resumidos en las palabras «solidaridad» y «socialismo». En cambio en el FG los viejos y los jóvenes mutaban el «tener posición de principios» por «posicionarse ante la oferta de cargos electorales». De allí en más, el derrumbe ético del cual rápidamente nos apartamos.

Por fuerza me vi en la necesidad de comparar entre la «vieja» política revolucionaria y la «nueva» política realista. No me quedaron dudas en el balance, lo mejor, lo más sano, lo que realmente sirvió y sirve al pueblo trabajador es la «vieja» política de ser pueblo, marchar con el pueblo, rescatar la vocación militante, el espíritu de sacrificio, la organización de las masas desde la base y la organización del partido de los trabajadores para que dirija la lucha por el socialismo. Quiero aclarar que nunca abandoné estas ideas y siempre me guié por ellas; sólo que buscaba atajos, variantes, otros caminos, pero la dura realidad me convenció de que no había atajos para los trabajadores, no había variantes ante el necesario sacrificio militante, no quedaba otro camino que la lucha encarnizada contra los explotadores. Por lo tanto, decidí, junto con mis compañeros, sacarle

nuevos filos a las melladas y vilipendiadas ideas del marxismo revolucionario, del marxismo leninismo, las que aprendí del Che Guevara, de Silvio Frondizi, de Luis Pujals, del Negrito Fernández, de Agustín Tosco, de Leandro Fote, de Eduardo Castello, de Domingo Mena, de los comandantes Juan Eliseo Ledesma y Juan Manuel Carrizo, a las visionarias ideas de Mario Roberto Santucho.

Hoy pienso que todos, o casi todos, ya hemos realizado nuestro balance, y es en correspondencia con él como actuamos en la vida y en la práctica política. El mío es que no me arrepiento de haber luchado. Es lo mejor que hice y que hicimos. Si de algo siento dolor es de que no hayamos tenido más madurez política en el momento de la ofensiva contrarrevolucionaria, lo que nos hubiese ahorrado muchas vidas de los mejores hijos de nuestro pueblo y nos hubiera permitido mantener la organización del partido revolucionario. Su ausencia es la mayor carencia que tenemos los trabajadores y el pueblo argentino.

Estoy empeñado, junto con un colectivo, en el rescate y la reconstrucción de las ideas y la práctica militante que aprendí junto a muchos compañeros, entre ellos mis responsables en la época de mi formación: Eduardo Merbilhaá (el Nono), Susana Gaggero (Laura), Norberto Pujol (el Piqui) y Benito Urteaga (Mariano); de mis pares: el capitán del ERP Jorge Arretche (el Gordo Emilio), y de los obreros revolucionarios: el montonero Omar Jacinto Cherry (el Turco) y el comunista Salvador Delaturi (el Pampa). La memoria de mis compañeros me acompaña permanentemente en la lucha, pero estoy absolutamente seguro de que todos los revolucionarios militamos por el futuro, por los explotados, por los desplazados, por los niños que no tienen porvenir, por los que no tienen pan, por los que no tienen techo. También estoy racionalmente convencido de que, aunque más tarde que temprano, el sol de la libertad y la estrella roja del socialismo se impondrán.

Daniel Egea

¿Por qué nos robaron la esperanza?

¿Por qué nos tenemos que arrepentir de querer construir la libertad, el amor, la esperanza en un futuro mejor, la solidaridad que tanto nos costó conseguir?

¿Con qué herramientas contábamos cuando empezamos, en los años sesenta y setenta?

Lo que quiero decir es: ¿qué nos habían dejado las generaciones anteriores para que nuestra irrupción en la vida política haya tenido la forma que tuvo? Aunque suene un poco exagerado, no contábamos con nada; no teníamos carriles de participación democrática y las enseñanzas del pasado las teníamos que sacar con nuestro propio esfuerzo.

Entonces, ¿cuál es el rol que debíamos jugar —en la sociedad— los privilegiados ayer? Cuando digo privilegiados, me refiero a todos los jóvenes de esa época, como generación.

Sólo veíamos la marginación, la desocupación, los bajos salarios, los malos tratos, la represión despiadada ante las quejas —represión que sólo engendraba reacción—, la corrupción, la impunidad de los más fuertes, una clara desarmonía de la lucha de clases, la clase política vacía y sin salida ante los acontecimientos, la entrega del patrimonio nacional.

¿Qué decían en aquel entonces los «actuales demócratas» sobre nuestra participación en las luchas de aquella época? ¿Qué dicen ahora...? Ahora dicen que a la experiencia revolucionaria de los setenta «le falta autocrítica»; sin embargo, muchos de ellos no tienen empacho en caminar por la misma vereda de los asesinos, con el peligro de que, con su prédica que silencia la memoria sobre la historia, intentan conducir los destinos de millones de argentinos.

Veinte años después, yo creo que el papel social que protagonizamos fue el de pelear con las armas que teníamos: la inteligencia, el valor, la

experiencia indirecta de pueblos hermanos, nuestra propia inexperiencia y, también, el romanticismo. En el plano internacional era una época donde las luchas filosóficas, teóricas, políticas, se daban en todos los países. La intromisión en los asuntos internos de los países del Tercer Mundo por parte de Estados Unidos era permanente. Sobre todo en seguridad, en intentar frenar la lucha de liberación nacional de los pueblos, en intentar parar los cambios de estructuras sociales y económicas que pretendían los pobres de cada país. Yo era un convencido de que nuestras banderas de revolución pasaban por la libertad, la democracia, la independencia y de que para lograrlo, todo el movimiento revolucionario apelaba a distintas filosofías, teorías y prácticas revolucionarias que nos daba el conocimiento indirecto de la experiencia de países hermanos, como la aplicación del análisis de nuestra propia historia.

Aquella era una época de hombres llenos de amor, de romanticismo, una generación de hombres y mujeres íntegros, imprescindibles, cuyo objetivo era mejorar las condiciones de vida de la gente, transformar los valores de una sociedad en decadencia. Se merecen mi admiración y mi cariño eterno: los José Ignacio Ríos, los Oscar Ríos, Carlitos Giglio, Bibel Casals, Humberto Francarolli, Cuqui y Hugo Carzoglio, Cacho, Hilda y Eduardito Herrera, los hermanos Bonafini, y tantos otros que llenaron de vida las páginas de estos libros. Va para todos y todas mi homenaje. Para mí, su grandeza de espíritu jamás dejará de estar presente en cada hombre y mujer que sufren. Los llevo en mi corazón. Por ello, sólo me arrepiento de no haber conseguido los objetivos que nos habíamos propuesto: vivir en libertad, democracia y justicia social. Pese al vacío que me deja aún hoy la ausencia de tantos compañeros, siempre recuerdo una frase que aprendí en aquellos años, de Jules Fucik, un militante comunista checoslovaco: «por la alegría vivo, por la alegría fui al combate, por la alegría muero. Que la tristeza nunca vaya unida a mi nombre».

Hoy, en 1998, hay mucha tristeza en la gente, muchas preguntas sin respuestas, y además yo siento que tengo una vida distinta, acomodada a las circunstancias y a una realidad que, a veces, me parece que ha girado casi 180 grados: a veces, después de ocho años de cárcel, de pérdidas y derrotas,

siento que ante la realidad política actual, mi experiencia no alcanza, que las formas de militancia deben variar, que el análisis de la realidad cotidiana debe ser minucioso, que debe buscar respuestas a los problemas actuales. No puedo ocultar que me descorazona ver que a la juventud no la motiva — como sucedió con nuestra generación— la lucha y la participación política. Creo que los jóvenes ven a la política como una solución económica personal y no como un elemento transformador y solidario. Veo que las banderas de lucha que nos motivaban veinte años atrás, hoy pasan por cosas mucho más cotidianas, y se practican mayormente a través de los medios de comunicación y no con el protagonismo de la gente tan característico de los años setenta.

Pero no me quedo sólo con las dudas y las preguntas sin respuestas de estos años: es imprescindible una síntesis de los últimos 30 años de vida social y política en la Argentina. Extraer enseñanzas, tanto de nuestros aciertos como de nuestros errores, elevar esa práctica riquísima al nivel de la teoría para iluminar las nuevas prácticas de lucha que hoy, quizás diferentes a las de aquel entonces, pero que tienen que dar respuesta a los mismos problemas y a las mismas angustias de la gente común, la que trabaja y anhela una sociedad mejor, la que no trabaja y se siente aislada, expulsada de la sociedad. Seres humanos con distintas creencias, con distintas perspectivas, gente común, la que para mí sigue siendo ese concepto que en aquellos años nos identificaba y le daba sentido a la entrega militante: el pueblo. Por eso, no perder la perspectiva de la historia de aquellos años me parece tan importante, porque cada joven que sepa valerse de aquellas historias con los contenidos de hoy tendrá la fuerza del retoño que aparece y, con ella, la esperanza. Por eso, como dijo un poeta: «podrán cortar mil flores, pero jamás pararán la primavera».

Alberto Elizalde

En uno de sus libros, Jorge Semprún afirma que la Historia, con su astucia y su violencia, se había adueñado de sus problemas de juventud, los había resuelto provisoriamente por él. La crisis de la Historia le había evitado así la crisis de la adolescencia. De alguna manera el vendaval de los sesenta produjo en mí un efecto similar. En un ambiente social de irritación ante el autoritarismo y a favor de la natural tendencia, que se tiene cuando joven, a reaccionar con pasión y vehemencia ante los desafíos del entorno, sentí (sentimos) que el compromiso militante era algo ineludible. Más que una responsabilidad ciudadana o un deber político, la militancia surgía como un imperativo moral, un mandato que desde los textos del marxismo, desde los discursos de Perón o desde las luchas populares del pasado se imponía con la fuerza arrasadora de un destino de lucha con la recompensa final de ver la utopía concretada: Argentina socialista, independiente, próspera. Un mandato que era como una peste, un contagio masivo que al calor de las movilizaciones de la época se iba adueñando de nuestras mentes y nuestros corazones, subsumiendo nuestras pequeñas expectativas individuales en un torrente de voluntades que de una vez por todas y para siempre «barrería de la faz de la tierra a los enemigos del pueblo y de la Patria». Es difícil, para quien no lo vivió, imaginar siquiera el quantum de pasión y energía que se puede poner en funcionamiento al calor del sentimiento político compartido, del sentido de trascendencia histórica, del sentirse partícipe y sujeto de un quiebre histórico que se imaginaba ahí, al alcance de nuestro esfuerzo, de nuestra voluntad.

En los días que corren resulta fácil para entomólogos sociales o pontificadores de opereta criticar el pasado o hablar de los errores, desviaciones e infantilismos en que incurrimos quienes tuvimos el atrevimiento de intentar un camino nuevo haciendo oír nuestra voz desafinada frente al coro rutinario del reformismo y la partidocracia. Salir

del ciclo «gobierno civil — crisis política — gobierno militar» que había enervado a la Argentina durante veinte años exigía una ruptura, un quiebre definitivo que nuestra generación encaró con extrema dedicación y perseverancia. ¿Cómo saber en esos días, que transcurrían como ráfagas, cuál era la política matemáticamente exacta, la que sumando $a + b + c$ daría como resultado la Liberación químicamente pura y sin costos humanos y materiales? Desafortunadamente, en política no existe el laboratorio, y la puesta en acto de estrategias y tácticas revolucionarias determinó que la reacción del sistema amenazado se tradujera en la represión que todos padecimos. Habiendo pasado treinta años desde los inicios de mis primeros pasos en la militancia revolucionaria, siento que las causas profundas que motivaron a una generación para salir a pelear aún permanecen intactas a la espera de que otras generaciones, más sabias, más hábiles o más pacientes, las eliminen para siempre. Vivimos en democracia como quien navega en un barco comandado por un capitán no demasiado ducho en las artes marineras. No muy lejos, la tormenta siempre se está formando. La Argentina es hoy económicamente mucho más dependiente, socialmente mucho más injusta y políticamente mucho más sumisa que hace treinta años. El pasado es irrepetible, pero los valores de solidaridad, justicia e igualdad que nuestra generación encarnó desinteresadamente serán en algún momento de utilidad para aquellos que en algún momento sientan que el cambio es posible, que la política no es necesariamente transa y negociado y que vale la pena el futuro cuando se pelea por él. Lo expresó mucho mejor una amiga en una breve poesía:

*Ellos salvarán lo que peleamos
el sol
el pan
las calles infinitas.
Ellos verán
las ideas desgarradas pero erectas
las manos victoriosas
las espigas. Llevarán al hombro
un largo olvido*

*de sangres y derrotas
un presente soñado desde siempre.
Heredaran
el aliento imbatible
más allá de nuestros huesos y despojos
y entonces
todos estaremos allí,
en el soplo resucitador de nuestras voces.*

Envar El Kadri

Tenés que contarme tu vida, dijo Caparrós mirándome fijo. A quién le puede interesar, le dije, el pasado es lo que fue y no volverá; y por ahí algún despistado se engancha y cree que se puede volver a hacer lo que hicimos... Motivos no faltan, pensé, pero los tiempos son otros.

Tenés que contarme tu vida, volvió a repetir Martín Caparrós, con un tono entre imperativo y cargoso. Sos sordo o te hacés el que no entendés, le respondí con firmeza no exenta de molestia. Nuestras vidas son nuestras, podemos compartirlas con amigos, cuando nos sentimos a gusto y se nos da la gana de recordar. Lo que hicimos fue, como dicen ahora, y además por hablar del pasado, perdí a alguien que me andaba enamorando...

Tenés que contarme tu vida, insistió don Martín, desde lo alto de su figura, llevando una mano al bolsillo, para extraer un ridículo grabador a pilas, creyendo que podía correrme con la vaina del hecho consumado. Me puse a preparar unos mates, como para reflexionar. Por qué me insiste tanto el Martín si es de buena familia y sabe que la insistencia no se estila entre gente educada. Me lo arruinó el periodismo, pensé mientras acomodaba la bombilla para el primer mate.

¿Y para qué querés que te cuente mi vida?, le dije, ya medio enojado. Para hacer un libro contando por qué lucharon, pero no desde el discurso heroico, sino desde la vida misma, chiquita, grande, no importa, la que vivieron...

Y así me ganó la voluntad para trabajar en *La Voluntad*. Lo vi tan entusiasta y confiado que no pude decirle que no, ni reírme de su optimismo, porque aunque dijera que a nadie le iban a interesar nuestras historias o historietas, en realidad deseaba que sí, que tantos esfuerzos y trabajos les interesaran a muchos y no quedaran en el olvido. Y así fue, ya vamos por el tercer tomo y no faltan los inconscientes que piden «¡otro, otro!».

Ahora, no conformes con habernos «exprimido» tanto, nos piden que escribamos «algo» para el final. Me pongo a hacerlo y casi me sale otro libro... No soy lo que se dice de hablar poco, y cuando me entusiasmo «las coplas me van brotando como agua de manantial». Carlitos siempre decía: «a éste lo dejan hablar y no lo fusilan».

Pero la verdad es que fue lindo contar estas historias de vida, de amor, de pasión, compartirlas con lectores conocidos y desconocidos, saber que una hija recuperaba una anécdota de su papá, un romance de su mamá, aventuras y desventuras, enfrentamientos ideológicos y acercamientos fraternos, peleas «a muerte» olvidadas con un abrazo; y que desde Río Gallegos o Tres Arroyos te llamen los compañeros para decirte «estos días estuve tomando mate con vos leyendo *La Voluntad*...».

Al mismo tiempo, fue difícil encontrar el equilibrio entre el pudor y las ganas de contar. En mi caso, coincidieron dos circunstancias: que fuera Martín el que me «provocara» —en el doble sentido, de «dar ganas» y de «molestar»—, para contarle cosas, como si fuera un hermano menor preguntón y molesto, cebando mates que no pasarán a la historia; y, por otra parte, que acabara de pasar por un infarto, de esos que casi te mandan al «otro lado», y en una cama del Hospital Francés pensara: si me voy, quién se acordará de lo nuestro...

Y lo nuestro es esto, las historias banales o trascendentes, creíbles o increíbles, de los Juan Pueblo, los compañeros de abajo, de la segunda o quinta línea, los conocidos y, sobre todo, los menos conocidos, sin cuya participación esta historia no hubiera sido posible. Aquí trabajamos como sus voceros, para darles el lugar que siempre merecieron.

Porque este libro es, antes que nada, el de todos ellos, aunque a veces no aparezcan sus nombres y apellidos. Claro que también fue difícil meterse con el pasado, recordar hechos, incluso recordarlos sin contarlos (perdón, Martín), porque son esos recuerdos que pertenecen a lo más íntimo tuyo, que uno quisiera no tener que haberlos vivido nunca y que sin embargo volvían a aparecer, con su carga de dolor y angustia, porque costaron vidas, nuestras y de ellos. Y como dice Don Fierro: «la sangre que se derrama/no se olvida hasta la muerte». Y entonces, le decía a Martín que abandonaba, que buscara otros, que ya le había dicho lo esencial, y me juraba que no

volvería a verlo. Hasta que quince días después Martín me llamaba, me aseguraba que no era para hablar de nuevo, sino para «completar unos datos» y me volvía a enganchar...

Porque otro gran mérito de *La Voluntad* es el de reflejar estos dolores y alegrías, estas afirmaciones y vacilaciones, que también fueron las nuestras de entonces. Cuenta la vida de aquellos tiempos, tal como era, sin el embellecimiento que le dan los años, ni la fealdad que a veces asoma en los derrotados. Nos muestra como somos, aunque hable del pasado y deba decir como fuimos. Pero da la casualidad de que muchos de los que trabajamos en este libro seguimos siendo los de entonces. Desensillamos, pero no vendimos el caballo.

Por eso estas líneas son de agradecimiento a sus autores: por habernos hecho existir, por permitirnos transmitir lo que fuimos/somos sin eufemismos, ni subtítulos, ni intérpretes autorizados, sino con nuestras dudas/certezas/aciertos/errores/luces y sombras de chicas y muchachos que un día abrieron los ojos y decidieron no volver a cerrarlos más...

Lo necesario que era/es este libro queda demostrado en el hecho de que en este ambiente de fin de siglo, en que se consolidan el individualismo, la resignación, el todo es igual, el libro de Martín y Eduardo, apoyado por Fernando Fagnani, el Quijote de la editorial, navegó contra la corriente y toda lógica marketinera: miles de páginas, letra chiquita, ninguna receta sobre cómo triunfar en la vida, ni un miserable horóscopo. Solamente la vida, pedacitos de vida de los que están y los que no están, que por eso mismo siguen viviendo, y no en el recuerdo nostálgico, sino en la celebración de su razón de vivir, que era la lucha para cambiar el mundo. Nada menos.

Y por ser necesario y por la forma original que le dieron sus autores a nuestras conversaciones, el mamotreto se vendió, circuló, se leyó, hizo reír y llorar, despertó lo mismo que sentimos nosotros al ir haciéndolo: pasión. Algunos se enojaron por las cosas que conté («eso no se dice»), otros porque los nombré («¿y si se entera la cana?»), otros porque no. A todos les pido disculpas, si por acción u omisión, los molesté en algo. Si les sirve de consuelo, sepan que mucho más lo molesté a Martín para que cambiara tal nombre o sacara tal hecho, hasta que me convencía (o viceversa). Y, al fin

de cuentas, lo que importa es que lo contado sea verdad. Al menos la que honestamente pienso que es la verdad, aunque la memoria me traicione a veces con fechas, nombres o circunstancias.

A la confianza que me merecía Martín se sumaba la de saber que su coautor, Eduardo Anguita, era un compañero de los de antes, que quería rescatar la historia de nuestras luchas, desde la dimensión de «lo humano y cotidiano en la guerra del pueblo».

La salida de los primeros tomos, las sucesivas presentaciones, me confirmaron esa confianza y tengo para mí, como una de las más bellas consecuencias de esta colaboración, la amistad que fuimos construyendo y nos brindamos. La misma que siento por Roberto Baschetti que, con sus *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, *Documentos. 1970-1973* y *Documentos. 1973-1976*, viene demostrando que no teníamos solamente coraje, sino también ideas. No importa cuánto se coincidiera o no con ellas; ahí están, documentadas para siempre, las que nos llevaron a la pelea, las generosas utopías con que soñamos el retorno de Perón, la construcción de una Patria Justa, Libre y Soberana, del Socialismo Nacional, de la Revolución Socialista, de esos ideales de solidaridad y fraternidad que alimentaron nuestro accionar, por encima de siglas o banderas, como lo demuestran Caparrós y Anguita, porque la sangre de los que caían no fue nunca patrimonio de un grupo, sino de esa cosa tan bella que se llama Revolución.

Y ahora que esta historia se termina, pienso que la verdad que transmiten estas hojas quedará para siempre como testimonio de vida de miles de otros, que nosotros contamos por ellos. Por los miles de Felipes, Carlitos, Gerardos, Lucías, Adas o Irenes, Marcelas, Brunos, Diegos y Manolos, Julios, Titos y Chiquis, Guidos y Flacas, Negros, Jorges, Pochos, y tantos otros que, como dice Yupanqui, «vienen con nosotros/ pa' que naides quede atrás»; por todos aquellos que fueron los cumpas de carne y hueso que compartieron estas opciones y ya forman parte de la Historia. La verdadera. La de los que no ganamos nada. Pero ¿acaso no teníamos en la apuesta la razón de nuestra vida?

Aquí están también y todavía mis compañeros, el Águila, el Abuelo, Jaja, el Chanco, el Utu, el Tuerto, la Inesa, Checha, la Cristina, la Negra, la

Nelly, el Gitano, el Patas, Rubén, el Ciego, Giorgio, la Correntina, Miguel, Raúl, Cachito, Bera, el Indio, los Néstor, Mirta y el Pájaro, Nacho, Ramón, Carlos, Héctor, el Juan; también los de la Banda Oriental del Uruguay, los del paisito, esos Ñatos, Viejos, Sordos, Pepes, Tamberos, Ingenieros, Gracielas y Marías, y tantos otros «que no los puedo contar...». Todos pervivientes, orgullosamente vivos y pobres, que se alimentaban con un sándwich y abajo de la cama tenían millones de pesos, expropiados y de la Orga, es decir, sagrados.

De todos aquellos que compartieron nuestros sueños y siguen vivos, muy pocos renegaron de su elección de vida, pasaron a ser funcionales al modelo y llegaron incluso a recordar sinceramente a «nuestros compañeros caídos» como si los compañeros hubieran muerto para que triunfaran los ideales de nuestros eternos enemigos: la oligarquía y el imperialismo, disfrazados hoy de economía de mercado y globalización.

Anguita y Caparrós nos han rescatado del olvido, nos han devuelto una identidad medio perdida, confundida entre tantos diarieras, arrepentidos, avergonzados. Confundida también por la insidiosa teoría de los dos demonios, que pretende culpabilizar a víctimas y victimarios, torturados y torturadores, explotados y explotadores, como si todo fuera un cambalache y la lucha por la Revolución pudiera equipararse al terrorismo de Estado. Perdimos, no pudimos hacer la Revolución. Pero tuvimos/tenemos/tendremos razón en intentarlo. Y ganaremos cada vez que algún joven lea estas líneas y sepa que no todo se compra ni se vende, y sienta ganas de querer cambiar el mundo.

Manuel Justo Gaggero

El ayer visto desde hoy

No resulta tarea fácil reflexionar o repensar los 60 y 70. Se mezclan afectos, pasiones y sobre todo un relativo complejo de culpa por haber sobrevivido. En esos años, del período épico de nuestra vida, perdieron la vida o fueron secuestrados-desaparecidos centenares de amigos entrañables, y entre ellos dos seres muy cercanos y queridos, mi hermana Susana, asesinada por las llamadas «fuerzas conjuntas» en el Comité Central de Moreno del Partido Revolucionario de los Trabajadores, y mi cuñado Luis Pujals, desaparecido en setiembre de 1971.

Con esta aclaración previa, intentaremos una interpretación lo más racional posible.

No cabe la menor duda de que nuestra generación —60/70— participó de un proceso de ruptura que se daba en todos los planos y que tenía características mundiales. Las luchas independentistas en África y Asia, la liberación de Argelia, y el triunfo de la Revolución Cubana, acompañadas por grandes movilizaciones de estudiantes y obreros en Europa central —Mayo Francés— determinaban quiebres importantes con lo establecido, con la «institucionalidad». Los Beatles en la música, la nueva ola francesa y el realismo italiano en el cine, eran algunas expresiones de este movimiento de transformación que aspiraba a construir un mundo diferente.

Nosotros acompañamos este proceso, como correspondía, planteando un desafío a los sectores dominantes y al imperio. Nos proponíamos construir una sociedad socialista y para eso, con justeza, considerábamos legítimo hacerlo por la vía armada.

Cometimos muchísimos errores y, el más serio, subestimamos al enemigo. Y también sobreestimamos nuestras propias fuerzas, pero, de

cualquier forma, cumplimos un imperativo categórico: luchar por una sociedad más humana y un país libre.

Creo que debemos autocriticarnos de apreciaciones tácticas equivocadas. Las acciones armadas durante el período que va desde el 25 de mayo de 1973 a julio de 1974 confrontaban con grandes sectores de trabajadores que confiaban en el peronismo y en Perón, y nos alejaban del grueso de nuestro pueblo que había visto con simpatía el accionar guerrillero durante la dictadura militar, por lo que debemos hacer una mirada crítica a las mismas.

Asimismo, nuestra falta de «cultura democrática» —para llamarla de alguna forma— nos impidió valorizar, correctamente, el cambio que se opera en una sociedad que transita de un Estado dictatorial a un Estado de derecho —más allá de la limitación de éste, por la hegemonía de la burguesía—. Esto también se traducía en la vida de las organizaciones que conformamos, en las que nos resultaba difícil, o casi imposible, conciliar con los diferentes y aceptar las divergencias.

Un relativo «determinismo social» nos hacía pensar que el triunfo del socialismo era el «sentido de la historia», por lo que absolutizábamos nuestras posturas, no admitiendo discrepancias o puntos de vista diferentes, que, muchas veces, no provenían del campo enemigo.

Ésta sí es una lección importante para el futuro. Lo que construyamos o en lo que participemos debe estar fundado en el respeto a la diversidad. En la aceptación del otro y de sus diferencias, y por sobre todas las cosas, en la búsqueda permanente del consenso.

Sigo pensando hoy, en el marco del genocidio capitalista más brutal —mil setecientos millones de seres humanos por debajo del nivel de pobreza en el mundo—, que el ejercicio de la violencia legítima contra la opresión forma parte de la contracultura y que sigue siendo uno de los grandes objetivos de la humanidad el recrear una sociedad socialista, en el reino de la libertad.

El relativo «fracaso» del socialismo real no impugna, de ninguna manera, el análisis marxista de la realidad ni la meta de lograr una sociedad fraterna y humana, de hombres libres e iguales, por lo que pensamos que debemos volcar todo nuestro esfuerzo en el logro de este objetivo.

Las llamadas «condiciones objetivas» son hoy más favorables que en los años 60 y 70, pero lamentablemente no contamos, por ahora, con el espíritu y la decisión de los jóvenes de aquel período. Sí contamos con la experiencia que se puede extraer de aquellas luchas, lo que permite ir haciendo camino al andar, como diría el poeta.

El hoy

Desde hace más de diecinueve años vivo con Cecilia Inés Lascano, arquitecta, que se exilió en Madrid en 1977, y con la que viajé a Nicaragua, para radicamos allí, en 1979.

Tuvimos tres hijos, uno murió a los seis meses y los otros dos, Ana Cecilia y Tomás Justo, tienen 17 y 13 años, respectivamente.

Mis hijos del primer matrimonio viven, dos en el extranjero. Luis Manuel, de 33 años, es doctor en física y está radicado en Zacatecas, México. Mauricio Fernando está radicado en Madrid, España, y trabaja en Telefónica, y Emilio Mariano vive en Buenos Aires, es egresado en teatro de la Escuela Municipal de Arte Dramático, y estudia psicología.

Además del ejercicio de la profesión de abogado, soy docente, cotitular de la cátedra Pensamiento Político del Che Guevara en las universidades de Buenos Aires, La Plata y El Comahue. Participo en la directiva de la Asociación de Abogados de Buenos Aires y en el cuerpo de delegados del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal, además, integro las comisiones de derechos humanos de ambas instituciones.

Horacio González

Regresé de Brasil en 1985, cumpliendo un ciclo de exilio irónicamente perfecto, como si los períodos políticos del país ordenaran secretamente nuestra vida y en nada fuéramos al margen de esas grandes mutaciones. Y comencé a dar clases en la Universidad. El paréntesis brasileiro, durante el cual también había estado vinculado a la Universidad, revelaba aún con más fuerza el mecanismo de continuidad de una vida. Por eso, lo más fácil es dudar de la voluntad, pues a cada paso se muestra el indicio de que, lo que creemos exclusivo, puede estar moldeado en formas maquinales.

No es posible irse en calma de ningún país, ni del propio ni del ajeno, porque siempre nos acecha la temible demostración de que el ajeno se hace propio y el propio ajeno. Sin embargo, se dejan hilachas por todos lados, único resguardo frente al hecho de que la vida se parte en franjas, con fuertes vallas entre tramo y tramo. Pero no hay tantos trechos. Son, escuetamente, como los que se revelan cuando pido ahora un certificado cualquiera, lo que en las oficinas públicas argentinas llaman un «histórico». Por ejemplo, el vacío de «aportes» entre el 76 y el 85 me recuerda con gráfica mudez que aún estoy obligado a pensar una explicación que sea más fuerte que aquel contundente hueco estadístico. Pero una ausencia es, por definición, aquello en lo que es más difícil poner relatos.

Aún leo en portugués, pero ya siento la distancia irreversible con ese idioma que traté de asumir con la preocupación de no saber cuál sería la dimensión de la otra lengua, la mía, que estaba abandonando. Ahora podría leer *La Voluntad* sabiendo que sería infinito el esfuerzo por reconocermé en relatos que sin embargo nada traicionan, nada contradicen. Es que en el fondo si nada se abandona, es porque suele haber en todas las cosas un cuño involuntario y desconocido, que por lo poco que conocemos de nuestra voluntad, precisamente siempre tratamos de explicar.

Susana Sanz

Rescatar y armar la memoria de los años narrados en el libro fue una tarea que me obligó a revisar pensamientos y sentimientos, deseos, alegrías y frustraciones vividas. El hurgar afanosamente, sin trampas, en la búsqueda de lo más recóndito, permitió que lo que brotó en un primer momento como tumultuoso, entremezclado y deshilvanado, ocupara poco a poco su lugar, que cada vivencia fuera reconocida, desmenuzada y vinculada. Pude verme a mí misma y a los compañeros y compañeras, creo, con mayor objetividad, reconociendo virtudes y defectos, aciertos y errores, grandezas y miserias.

En lo personal, ese aprendizaje ha sido altamente positivo. Sentí que había cumplido con la obligación que me impusiera como sobreviviente de esos años, la de dar testimonio acerca de lo que creían y sentían miles de militantes que estaban dispuestos a pagar con su vida una vida mejor para los demás. Desmentir la teoría de los dos demonios, rescatando los contenidos de una lucha heroica, despereja y quizá un poco idílica, pero que respondía a principios solidarios y justos. Y que se dio en el marco de la gran violencia autoritaria generada desde el golpe del 55 y sufrida, principalmente, por el peronismo.

Como los signos más claros de esos primeros años en que se iba construyendo el compromiso, aparecen la esperanza, la fe, la libertad y la solidaridad. Esperanza de transformar un mundo injusto y lleno de desigualdades, una enorme fe en la posibilidad de lograrlo, la libertad para decidirlo y una gran solidaridad con la injusticia y el dolor de los demás. Lo avalaban las revoluciones triunfantes, la lucha en distintos continentes por lograr la liberación de los pueblos, el contagio de la Revolución Cubana en Latinoamérica, la gestación de un hombre nuevo. Y fundamentalmente, el

avance imparable de un pueblo peronista fogueado en la represión, en la proscripción, pero también en la defensa inquebrantable de sus derechos, de su dignidad y solidaridad, compartida mayoritariamente por los trabajadores argentinos, y que daba sustento tangible al ideal revolucionario. Todo era alegría y optimismo. La lucha armada, herramienta imprescindible para salvar de la muerte y de la miseria a millones de niños y marginados, era un mal menor, dolorosa y cruenta, pero necesaria para la toma del poder y la transformación.

Luego vinieron el compromiso, la responsabilidad, las opciones, los renunciamentos. El comprobar día a día que la realidad era caprichosa, que muchas veces no la entendíamos. El ejercicio de la humildad frente a decisiones no compartidas, y también los enfrentamientos. Pero especialmente, la aparición de un sentimiento de pertenencia, de entrega, de compañerismo, de ser junto con los otros. Una enorme voluntad dispuesta a triunfar. Y a morir si era necesario.

Finalmente, el acorralamiento, las muertes, la impotencia, el cuestionamiento, las dudas, la bronca, pero sobre todo, el sentir la obligación de continuar para que tantas muertes tuvieran sentido, para que tanto sacrificio no fuera en vano. Luego, el exilio y la búsqueda de la solidaridad internacional para con los detenidos, los presos y sus familiares.

Es difícil analizar y evaluar el pasado con los parámetros del presente. Las circunstancias han cambiado, han cambiado los contextos y han fracasado muchas propuestas en las que confiábamos. Sin embargo, la miseria, el hambre, la injusticia, la discriminación no han desaparecido. La exclusión social es cada vez mayor. No es el mundo por mí deseado ni buscado. Creo con total convicción que puede y debe ser transformado. Nuestra propuesta de esos años mostró sus limitaciones y sus errores, pero también la pertinencia de sus objetivos.

No es fácil tener una propuesta para el cambio; yo no la tengo, pero confío en que podremos armarla en un tiempo no muy lejano. Espero sin desesperanza el tiempo de sumarme a esa empresa. Mientras, me dedico a tratar de entender este presente y sus contradicciones, a interpretar los nuevos signos y encontrar nuevas herramientas. Desde 1991, cuando regresé al país luego de ser indultada, trabajo en un organismo del gobierno nacional que tiene como objetivo luchar contra la discriminación de las mujeres, lo que me permitió lograr una continuidad en mis inquietudes nacidas con la Agrupación Evita. Trabajo con ganas, en la creencia de que todo lo que se hace con rectitud, dignidad y por una causa justa, vale. Amo a mi familia, de manera especial a mis hijas Mariana y Bernarda, y tengo debilidad por mi nieto Francisco de 5 años. Cultivo la amistad, el respeto y la camaradería con algunos viejos compañeros y compañeras a los que me une un entrañable cariño, y también con gente nueva a la que encontré en estos años y con la que hemos anudado lazos de afecto.

Estoy en paz conmigo misma por los actos, decisiones y compromisos que asumí en mi vida. Obré de acuerdo con mis creencias y convicciones en casi todos los casos. No me arrepiento de haberme sumado al intento de transformar la sociedad y fundar las bases para una revolución económica, social y cultural. Acepto mis responsabilidades. También es verdad que cometí torpezas y errores en mi vida personal, pero sin ninguna duda, más a causa de mi temperamento o inmadurez que por mi militancia.

Eduardo Sigal

En realidad le llamamos años «setenta» a un período que termina en 1976: después del golpe y el genocidio perpetrado por los militares de entonces se cierra definitivamente una etapa en la vida política del país.

Hoy existe toda una literatura destinada a «disculpar» a los protagonistas de aquellas luchas políticas con el argumento de que eran «productos de la época». No comparto esta perspectiva; creo que tenemos que reconocernos como corresponsables de aquel período, como sujetos de acciones y omisiones que trajeron consecuencias muy importantes.

Aquella generación vivió y peleó bajo dos banderas diferenciadoras: la resistencia a las dictaduras y el sueño de la revolución. Aunque los discursos de la época las mezclaran y las confundieran, son símbolos distintos y adquieren significado diverso en una perspectiva histórica. Detrás de la utopía revolucionaria latía la ilusión romántica de una humanidad regenerada y homogénea; por eso puede resultar fascinante su evocación en épocas como la nuestra en la que predominan valores mercantilistas y cierto desapego por la cosa pública. Pero lo cierto es que el resultado histórico de esa ilusión romántica no puede ser más lamentable. Y no hablo solamente del balance desastroso del «socialismo real» sino de nuestras propias prácticas políticas y organizativas profundamente dogmáticas, ultrajerárquicas y autorreferenciales.

Ahora bien, esa constatación no puede desconocer que bajo la inspiración de esas ideas de época se desarrollaron importantes luchas contra las dictaduras, las proscripciones, los atropellos a la libertad y a la dignidad de los sectores más postergados de la sociedad. Aquella activación del movimiento social produjo conquistas y aportó experiencias. Por eso, así como rechazo el relato testimonial que idealiza al militante de aquella época y pretende reconstruir escenarios y conflictos como si nada hubiera

cambiado, no tengo dudas en reconocer la presencia y la actualidad de una herencia generosa y noble de solidaridad, sentido de justicia y equidad.

Además de esas consideraciones políticas generales, es inevitable pensar en mi propia experiencia militante y en cómo permanece viva en mi práctica actual. Reconocido el agotamiento de las ideologías cerradas y omniexplicativas, encuentro que hay un amplio espacio para la creatividad, para la innovación. Que hay lugar para los ideales y para los sueños. Que la política sin esta inspiración es un oficio pobre y sin perspectivas. El mundo no cambió como queríamos nosotros. Pero nosotros cambiamos y estamos en mejores condiciones de entender el mundo y luchar para mejorarlo. Ahora sabemos que es en la escena a veces gris de la política cotidiana aquélla en la que se diseñan las condiciones para los grandes cambios de época. Ni melancolía por los tiempos idos ni renuncia a la memoria: reconocemos en la actividad política una de las actividades nobles a las que podemos dedicar nuestros días.

El camino lento y sinuoso de las reformas y las terapias parciales no tendrá el brillo de la épica fundacional, pero puede alcanzar para mejorar la vida de las mujeres y los hombres tales como son.

Julio Urien

Desde la década del 70 hasta nuestros días, han ocurrido muchas transformaciones, tanto en nuestro país como a nivel internacional, que hacen difícil a las nuevas generaciones poder comprender en su real dimensión lo que nosotros sentíamos y percibíamos, lo que nos motivaba como para lanzarnos de lleno a la lucha para modificar los condicionamientos de la época, planteándonos la lucha por la toma del poder para cambiar la sociedad, para crear una nueva, con nuevos valores como la justicia social, la solidaridad, la igualdad de posibilidades, la soberanía, la unidad latinoamericana, la liberación nacional y social.

Teníamos referentes históricos que encontramos, a través de nuestra búsqueda, en el revisionismo histórico. Pudimos ver el hilo conductor entre nuestros antepasados y el presente, las mismas causas e ideales pero en diferentes contextos; los comportamientos del movimiento nacional según las circunstancias. Teníamos referentes de lucha, de entrega, de resistencia, de fracasos y victorias: San Martín, los caudillos federales, Yrigoyen, Perón, Evita, Cuba, el Che, Camilo Torres, los Tupas, Mao, Vietnam, que demostraban que era posible plasmar nuestros ideales, que no sólo era una utopía. Analizábamos las causas de sus triunfos y derrotas, sus tácticas y estrategias para adaptarlas a nuestra realidad.

Convencidos de la justeza de nuestra causa y con la fuerza y el desinterés de nuestra juventud, era como si fuera imposible fracasar en el intento de forjar nuestro propio destino.

Llevamos adelante políticas correctas, en algunos aspectos, e incorrectas, en otros. Avanzamos con el conjunto de los sectores nacionales y populares, y a la cabeza. Y también solos.

Fuimos amplios y pecamos también de sectarios.

Pero no alcanzó. Nosotros como parte del movimiento nacional no logramos nuestro objetivo. La política del imperialismo y sus sirvientes otra

vez nos hacían fracasar en nuestro intento. Pero no desaparecieron las causas y motivos que nos impulsaron a la lucha.

Creo que los pueblos sin historia son pueblos sin raíces. Por eso la necesidad de conocerla tal cual fue, con sus aciertos y errores. Todo sirve. Nuestros tiempos personales son muy cortos, los movimientos populares tienen sus propios tiempos, por eso una generación da un paso, luego otra da otro, y así sucesivamente, formando parte de ese sector de la humanidad que avanza arrastrando al resto hacia su mayor nivel de conciencia social y política.

Luis Venencio

Cuando me dijeron si me animaba a escribir unas líneas acerca de mi pensamiento sobre los años 70, pensé que sería cuanto menos, todo un atrevimiento de mi parte hacerlo. Cuento para ello con las herramientas que me dieron aquellas maestras del Tigre que me enseñaron a leer y escribir y a hilvanar algunas ideas de cómo narrar historias sueltas, anécdotas, vivencias y biografías.

Por lo tanto no pretendo —ni podría— dar a estas líneas el vuelo intelectual de un análisis profundo sobre este fenómeno que fue la década del 70.

Pero como ya habrán advertido, prevaleció mi atrevimiento y aquí estoy intentando dar forma a algunas ideas.

Quisiera comentar en principio, que cuando me invitaron a participar de los proyectos de *Cazadores de utopías* y luego del libro *La Voluntad*, me interesó porque hasta ahora no habían hablado los protagonistas de uno de los proyectos ideológicos enfrentados en aquellos años. En todo caso, si algo se había dicho, era a través de algunos libros cuyos autores intentaban asumir el pensamiento de aquella época. Además, habiendo transcurrido más de veinte años, ya podría ser el momento de empezar a hablar más adultamente de lo acontecido.

Para el análisis de esos años es necesario, como diría un pensador liberal, ubicarse «en tiempo y espacio». Veníamos del triunfo, en Cuba y en Vietnam, sobre el gigante imperial, que para muchos de nosotros fue paradigma de los objetivos y formas organizativas de las luchas populares. Con ello se pone en contexto un ideario de cambio que no era patrimonio de un grupito de locos y rompe con las críticas que he escuchado más de una vez en cuanto a que era un fenómeno aislado y delirante.

Si tuviera que definir sintéticamente los objetivos que teníamos en aquellos años, diría que la consigna que usábamos la mayoría de los grupos

y organizaciones en aquel entonces «Liberación o Dependencia» es la que mejor representa la orientación del pensamiento que animaba nuestras acciones.

Basta ver el estado en que nos encontramos hoy, para entender que el diagnóstico de situación de esa época y los objetivos sobre opciones excluyentes tenía el valor de una visión histórica que anticipaba el futuro.

No obstante, seguramente vamos a coincidir, para analizar este tipo de fenómenos es necesario poner en discusión todos los factores que intervinieron en estos años, pero esto lo dejo para aquellos que saben más que yo.

Prefiero contar alguna anécdota como por ejemplo que alguna vez compañeros muy jóvenes me han preguntado ¿cómo era esa gente que hoy es desaparecida?

Lo primero que me sale contestar es que es muy difícil, por lo menos para mí, poder contestar sobre esos compañeros y que sea creíble lo que le estoy contando a gente que vive en un país como el de hoy donde priman el individualismo, la resignación y la aceptación en forma totalmente pasiva de las imposiciones que afectan los intereses de aquellos sectores más necesitados y que, día a día, no sólo están postergados en su ascenso social, sino que van irremediamente a ser excluidos del sistema.

Cómo les digo que eran compañeros mayoritariamente muy solidarios, que estaban dispuestos a aceptar únicamente lo que comprendían como beneficioso para ellos y para el conjunto, y que también estaban dispuestos a discutir o enfrentar con la metodología que entendieran como correcta lo que evaluaran como perjudicial a los intereses de la sociedad en que vivían.

Dejo para el final deliberadamente lo negativo de aquellos años, los terroríficos errores de diagnóstico y el monstruoso comportamiento moral y ético que tuvo principalmente gran parte de la conducción de la organización Montoneros.

En cuanto a lo personal, en relación a esos años, quiero pedir perdón a los 30.000 desaparecidos por no tener el coraje que ellos tuvieron y decirles que me queda el dolor de haber sido y el dolor de ya no ser.

Índice Onomástico

A

Abal Medina, Juan Manuel
Abalo, Carlos
Acosta, Jorge (Negro, Tigre)
Acosta, Jorge (Ruiz, Rulo)
Acosta, mayor (Chavi)
Actis, Omar
Agosti, Orlando Ramón
Aguado, Jorge
Aguirre, Mario
Ahumada (Beto)
Aja Espil, Jorge
Alberdi, Juan Bautista
Alberte, Bernardo
Alberti, Felipe
Alconada Sempé, Raúl
Alemann, Juan
Alfonsín de Cabandie, Alicia
Alfonsín, Raúl
All, Alejandro (Cuervo)
Allende, José Antonio
Allende, Salvador
Alonso Gallo, Mauro
Alonso, José
Alonso, Norberto (Beto)
Alsogaray, Álvaro

Althusser, Louis
Álvarez, Federico
Álvarez, Horacio
Álvaro (Pampa)
Amado, Ana
Amaya, Mario Abel (Negro)
Amigorena, Horacio
Anchorena, Miguel de
Andreone, Liliana
Angelelli, Enrique
Antonio, Jorge
Anzulovic, comisario general
Añón, Juan Carlos
Arafat, Yasser
Aragon, Louis
Aramburu, Juan Carlos
Aramburu, Pedro Eugenio
Araujo, Marcelo
Ardiles, Osvaldo
Arduino, Adolfo M.
Ares, Roberto
Argumedo, Alcira
Arias Noriega, Marimé
Aricó, José (Pancho)
Arigotti, Luis
Arlt, Roberto
Arrostito, Norma Esther (Gaby)
Artigas, oftalmólogo
Asiain, Próspero
Aspitarte, Osvaldo
Assales, Emilio (Tincho)
Astiz, Alfredo
Avellaneda, Floreal
Averbury, lord

Avilés, Delia
Ayala, delegado gremial
Ayala, Oscar
Azcone (Yaya)
Aznárez (Narigón)

B

Baader, Andreas
Balbín, Ricardo
Ballestrino de Careaga, Ester
Bandín Ron
Bánzer Suárez, Hugo
Barceló, Miguel
Barco, Oscar del
Barka, Ben
Barre, Raymond
Barreiro, Ernesto (Hernández) capitán
Barrionuevo, Hugo
Barrios, Américo
Barthes, Roland
Bastide, Roger
Basualdo, Eduardo
Baudelaire
Bauducco, Raúl
Bazán, Marta (Coca)
Bellagamba, Francisco
Beltrán, Ignacio
Benazzi, teniente
Benítez (Chino)
Benjamín, Walter
Berger, María Antonia
Berlín, Alejandro
Berlín, Ilda de

Berlín, León
Berlín, Sergio
Berlinguer, Enrico
Berman, Sylvia
Bernetti, Jorge
Bernstein, Carl
Berroeta (Pajarito)
Bertello, capitán
Bertin, Marie-Pascale
Bertoni, Daniel
Besteiro, Evaristo
Bettega, Roberto
Bettini, señora de
Bicheno, H.
Bidegain, Oscar
Bignone, Reynaldo
Birgín, Haydeé
Bittel, Deolindo Felipe
Blanco, Juan Carlos
Boitano, Lita
Bolívar, Simón
Bonafini, Hebe de
Bonaparte, Napoleón
Bonasso, Miguel
Bonavena, Oscar Natalio (Ringo)
Boncio, delegado gremial
Bordaberry, Juan María
Bores, Tato
Borges, Jorge Luis
Born, Juan y Jorge
Botán, Héctor
Boudreaux, Richard
Brandoni, Luis
Bravo, Alfredo

Bravo, Leopoldo
Brezhnev, Leonid
Briski, Norman
Britos, Horacio
Brontes, José (Pepe)
Broquen, Enrique
Brymer, Williard
Burgos, José
Bursalino, Alfredo (Gordo)
Bussi, Antonio
Bustinza, Juan A.

C

Cabo, Dardo
Cabrera, familia
Cacciatore, Osvaldo
Cáceres Monié, José
Cáceres, general
Caeiro, Luis
Caeiro, Oscar
Caetano, Marcelo
Cahen D'Anvers, Mónica
Cahen Salaberry, Enrique
Calabro, Victorio
Calcagno, César
Calderón, S.
Caletti, Sergio
Callejas, Daniel
Caló, Osvaldo
Calvo Paz, Pedro
Cámara, Helder
Cámpora, Héctor J.
Campos, Antonio

Camps, Alberto
Camps, Ramón J.
Camus, Albert
Canizzo, Sebastián
Cantilo, Miguel
Caparrós, Martín
Capelli, Mónica
Caprioli (Chancho)
Carazo, Mercedes (Lucy)
Cardo, Víctor
Cardoso, Fernando Henrique
Cardozo, Cesáreo
Cardozo, María Graciela
Carella, Carlos (Palanca)
Caride, Carlos
Caride, Susana
Carneval, Luis
Carnot, Roberto (Espejaime)
Carranza, Gonzalo
Carrascosa, Jorge
Carreño
Carreras, Enrique
Carrillo, Santiago
Carrizo, José Manuel
Carter, James
Casal, Raúl
Casasbellas, Ramiro de
Casco, Alberto
Castellani, Leonardo
Castellanos, coronel
Castello, Eduardo
Castillo, Andrés (Gordo Ángel)
Castillo, Carlos (Indio)
Castro, Fidel

Castro, Josué de
Casullo (Beba)
Casullo, Mariana
Casullo, Nicolás
Catalán, Juan José
Cazes Camarero, Pedro
Cedrón, Tata
Cepernic, Jorge
Cerecedo, Francisco
Cerón, Sergio
Certeau, Michel de
Cesarsky, Jorge
Chamorro, Benjamín
Chamorro, Rubén
Chan Kai Sek
Chandler, Raymond
Chaplin, Charles Spencer
Chapuis, Bernard
Cháves, René
Chávez, Gonzalo
Chen Si
Chimento, Ramón
Chou En Lai
Chu Teh
Churchill, Winston
Ciarlotti, Mariana
Ciarlotti, Oscar
Cigliutti (Tano)
Cioppo, Guillermo del
Clausewitz, von
Codovilla, Vittorio
Conforte, Joe
Conforte, Sally
Confucio

Constantini, Cristina
Conti, Haroldo
Contreras, Bernardo
Cooke, John
Cooper, David
Coquet, Ricardo
Corbetta, Arturo Amador
Coronel, Carlos (Negrito)
Cortázar, Julio
Costa, Emiliano
Costa, Miguel
Costa, Victoria María
Costa-Gavras, Constantin
Cox, Robert
Crea, Horacio
Croatto, Armando
Cullen, Lucía
Curcio, Renato

D

Daleo, Graciela (Victoria)
Dalla Tea, Carlos
D'Amico, Héctor
Dantou, Alain
De Breuil (Curro)
De Breuil (Pinina)
De Breuil Gustavo
De Gaulle, Charles
De Gregorio, Oscar (Sordo)
De la Rúa, Fernando
de los Santos, Fermín
De Niro, Robert
De Petris, Juan (Rolo)

De Santis, Daniel
De Santis, Ernesto
Debenedetti, Gabriel (Tordito)
Debenedetti, Osvaldo (Tordo)
Debray, Régis
Debussy, Claude
Deheza, Francisco
Delfino, Liliana
Delgado, Ariel
Delgado, Irma Leticia Lizazo de
Delía, Carlos
Della Zopa, ingeniero
Delon, Alain
Demarchi, Héctor (Negro)
Demichelli, Alberto
Deneuve, Catherine
Depino, Beba
Depino, Marcela
Depino, Mercedes (Lila)
Depino, Ricardo
Derian, Patricia
Destéfano, Juan
Deutscher, Isaac
Di Monti, Piero
Di Pasquale, Jorge
Di Toffino, Tomás (Titi)
Diament, Mario
Díaz Bessone, Ramón
Díaz Ortiz
Díaz, Susana (Mónica)
Dinamarca, Víctor
Dios, José Luis
Doldán, María de los Milagros (la Gorda)
Domon, Alice

Dottori, Horacio
Drago, Alfredo L.
Dri, Jaime (Pelado)
Driman, Robert
Duarte de Perón, María Eva (Evita)
Duhalde, Eduardo Luis
Dujovne Ortiz, Alicia
Dupuy, Abel
Duquet, Léonie
Duras, Marguerite
Durdos, Tío
Dvatman, Ana (Barbarella, Anita)

E

Echeverría, Luis
Echeverría
Eguren de Cooke, Alicia
Eisenstein, Sergei
El Kadri, Envar (Cacho)
Elizalde, Alberto
Elizalde, Felipe
Elizalde, Sofía
Emanuel, Pierre
Engels, Federico
Enríquez, Edgardo
Enríquez, Miguel
Errecalde Pueyrredón, Patricio
Erro, Enrique
Espil, Alberto
Espil, Felipe
Espil, Juan
Espina, Rafael (Polo)
Estrada, Santiago de

F

Falik, Herminia

Fava, Athos

Favaloro, René

Febres, Héctor Antonio (Gordo Selva)

Federico, Martín

Feeney, Patricia

Felman, Oscar

Fernández Long, Pablo

Fernández Samar, Enrique

Fernández, capitán

Ferrari, Ariel (Felipe)

Ferreira, Lilia

Ferreyra, Alejandro (Lucas)

Feuerbach, Ludwig

Fidalgo, Alcira

Fillioud, Patrick

Fillol, Ubaldo

Firmenich, Mario Eduardo

Fischer, Klaus

Fleiberg, Gustavo

Fontana, Jorge (Cacho)

Fontanals, Jorge

Ford, Gerald

Forman, Milos

Fortabat, Amalia

Foster, Jodie

Franco, Francisco

Fraser, Donald

Freud, Sigmund

Frigerio, Rogelio

Fronzizi, Arturo

Fuentes, Carlos

G

Gaggero, Manuel
Gaggero, Mauricio
Gaggero, Susana
Gainza Paz, Alberto
Gaiter, Juan
Galeano, Eduardo
Galeano, Rogelio (Leopoldo)
Galimberti, Rodolfo
Gallego, Américo
Galli, Mario
Galtieri, Leopoldo Fortunato
Galván, Luis
Gándara, Horacio
García (Polilla)
García Costa, Víctor
García Márquez, Gabriel
García Romero, Graciela (Negrita)
García Velasco, oficial de inteligencia
García, Carlos
García, Charly
García, Héctor Ricardo
Gardel, Carlos
Gardener Hathaway, M.
Garramuño, Carlos
Garzón Maceda, Lucio
Gasparini, Juan
Gatti, Adriana
Gatti, Hugo Orlando
Geisel, Ernesto
Gelbard, José Ber

Gelblung, Samuel
Gélin, Daniel
Gelman, Juan
Generoso (Fragote)
Georgiades, Ángel
Germán, Carlos (Negro Mauro)
Gertel, Ángel (Petete)
Getino, Octavio
Gettor, Antonio
Gèze, François
Gieco, León
Gierek, Edward
Gigli, Lorenzo
Gilmore, Gary
Girondo, Alberto
Gnavi, Pedro
Godard, Jean-Luc
Goldenberg, Carlos (Tomás)
Goldenberg, Inés
Goldenberg, Isabel
Goldenberg, Liliana
Goldwater, Barry
Gómez (Chaqueño)
Gómez Morales, Alfredo
Gómez, Conrado
Gonella, Sergio
González Bergez
González Menotti, teniente
González, Ana María
González, Horacio
González, José (Quiroga, Juan Veintitrés, Juan el Bueno)
González, Julio
González, Roberto (Federico)
Goñi, Jorge

Gordillo, Marcela
Gorki, Máximo
Gorriarán Merlo, Enrique (Pelado)
Goytisoló, Juan
Gracelli, capellán
Graiver, David
Gramsci, Antonio
Granados, Osvaldo
Grass, Martín (Chacho)
Greco, Guillermo
Grigera, Gustavo
Grimaldi, Carolina
Grinberg, Miguel
Grondona, Mariano
Guattari, Félix
Gubitsch, Tomás
Guelar, Diego
Guevara (Boxi)
Guevara, Ernesto (Che)
Guevara, Roberto
Guido, José María
Guillán, Julio
Guillemot (Francés)
Gullo, Juan Carlos Dante (Canca)
Gurrea, Silvia
Gutiérrez Ruiz, Héctor
Gutiérrez, Francisco
Gutiérrez, Luis
Guzzetti, César Augusto

H

Habegger, Norberto (el Cabezón)
Halter, Marek

Hammet, Dashiell
Hardy, Françoise
Harguindeguy, Albano
Hartridge de Videla, Alicia Raquel
Havelange, João
Hernández Arregui, Juan José
Hernández, Marcelo (Manuel)
Hernández, Marcelo
Hernández, Mario
Herrerias, Casildo
Herrerias, Hugo
Herzog, Vladimir
Hidalgo, Michel
Hitler, Adolf
Ho Chi Minh
Hopen, Daniel
Houseman, René
Houston, John
Hsu Hsiang Chien
Huber, comisario general

I

Ibáñez, Paco
Iglesias, Julio
Imaz, José Luis de
Imaz, María Inés
Inzaugarat, María Elena
Irurzún, Hugo (capitán Santiago)
Iturraspe, Graciela
Ivens, Joris
Ivillierat, Alberto (Taca)

J

Jacques, André

Jacquin, Pierre

Jaimovich

Jalics

Jankelevitch, Vladimir

Jara, Enrique

Jáuregui, Rubén (Puma)

Jauretche, Arturo

Jauretche, Ernesto

Jitrik, Noé

Jofre, Ricardo

Joiner, Billy

Jomeini, Rulollah

Jorio

Jospin, Lionel

Jouvet, Héctor (Pelado)

Jozami, Eduardo

Juan Carlos de Borbón

Juárez, Quique

Juez (Negro)

Junot, Phillip

K

Kant, Emanuel

Karakachoff, Gustavo

Karakachoff, Matilde

Karakachoff, Sergio

Karakachoff, Sofía

Karaki, Mohamed

Kempes, Mario
Kennedy, Edward (Ted)
Kestelboim, Mario
Khan, Daud
Kissinger, Henry
Kreilis, Silvia
Kreimer, Arnold
Krivine, Alain
Kubero Díaz
Kubrick, Stanley
Kurlat, Marcelo (Monra)
Kush, Rodolfo

L

Labrousse, Alain
Lacoste, Carlos
Lacouture, Jean
Laghi, Pío
Lagrotta, Alejandro
Laluf, Carlos (Nacho)
Lamarca, Pepe
Lami Dozo, brigadier
Landaburu, Jorge
Landrú
Lang, Jack
Lanusse, Alejandro Agustín
Lanzilloto, Ana María
Lardone (Fogonazo)
Lastiri, Raúl
Latorre, Antonio Nelson (Pelado Diego)
Lauletta, Miguel Angel (Caín)
Lázara, Simón
Lea Place, Luis

Lebón, David
Lebrón, Carlos Federico
Lechinsky, oftalmólogo
Ledesma, Juan
Legrand, Mirtha
Leguizamón, suboficial segundo
Lelouch, Claude
Lenin
Leonetti, Juan Carlos
Lephaile, Pedro
Lesgart, Adriana
Lesgart, Liliana (Jackeline)
Lev, León
Lévi-Strauss, Claude
Levit, Lía
Lévy, Bernard-Henri
Li Li San
Liendo, Horacio
Lin Piao
Liu Shao Shi
Lizazo, Arnaldo
Lizazo, Carlos
Lizazo, Jorge Héctor
Lizazo, Miguel
Llorente, Bernarda
Llorente, Mariana
Lloyd-Webber, Andrew
Lofredo, Gino
Lois, Graciela
Lombardi, Edgardo
Lombardich, Antonio
Lonsdale, Michel
López Portillo, José
López Rega de Lastiri, Norma

López Rega, José (Brujo)
López, José
López, Mirta (Petisa)
Lourau, René
Lucero, Juan (Chancho)
Luder, Ítalo Argentino
Luján, Ricardo (Yanqui)
Luna, Félix
Lunasi, Juan José
Luque, Leopoldo
Lurie, Ted R.

M

Maceo, Antonio
Machado, Antonio
Maestre, Juan Pablo
Magaldi, Agustín
Maggio, Horacio (Nariz)
Magneto, Héctor
Magritte, René
Mailer, Norman
Malek, Gustavo
Malraux, André
Mandela, Nelson
Mangini, Juan (Pepe)
Manrique, Francisco
Manzanelli, Luis suboficial
Mao Tse Tung
Marchais, Georges
Marcuzzo, Elizabeth (Pati)
Marcuzzo, Sebastián
Marechal, Leopoldo
Margari, Alfredo

Mariátegui, Carlos
Marín (Lito)
Marino, Rafael
Mármol, José
Marquardt, Eduardo
Martí, Ana María (Chiche)
Martí, José
Martín, Daniel (Vasco)
Martínez Agüero, María Elpidia (Negrita Inés)
Martínez Baca, Alberto
Martínez Borelli, Holver
Martínez de Hoz, José Alfredo
Martínez de Perón, María Estela (Isabel)
Martínez, Carlos
Marty, François
Marx, Carlos
Marx, Groucho
Massera, Emilio Eduardo
Mastinú, Martín (Tano)
Mastrángelo, Ernesto Enrique
Matarazzo Suplicy, diputado brasileño
Matera, Raúl
Mattarolo, Rodolfo
Mattelart, Armand
Mattini, Luis (Arnold Kreimer)
Mayo, Jorge Omar (Reja)
Mayorga, Horacio
Mazzaferro, Lili
Mazzola, Aníbal
McCarthy, Joseph
Mederos, Rodolfo
Medrano Pizarro, Carlos
Medrano, María de los Ángeles
Mena, Domingo

Méndez, Aparicio
Mendizábal, Horacio
Mendoza, Alberto
Menem, Carlos
Menéndez, Luciano Benjamín
Menéndez, Salvio O. (Capitán)
Menotti, César Luis
Menucci, Luis (Colorado)
Merbilhaá, Eduardo
Merbilhaá, Nora de
Merlo (Capucha)
Mesegeir (Pichi)
Mestre, Nito
Michelini, Zelmar
Mignone, Emilio Fermín
Mignone, Mónica
Miguel, Lorenzo
Milia, Alicia (Cabra)
Mindlin, Rische
Mira, Jesús
Misetich, Antonio
Misetich, Mirta
Mitre, Bartolomé
Miterrand, François
Mnouchkine, Arianne
Molina, Orlando
Molinas, Alberto (Chacho)
Monjeau, Federico
Monsegur, Pablo (Tonina)
Montand, Yves
Montes de Oca, Aldo
Montes, Gilberto
Montes, Oscar
Montgomery, Bernard

Monzón, Carlos
Mor Roig, Arturo
Morales, Rafael
Moreau, Leopoldo
Moretti, Florindo
Moris
Moro, Aldo
Moro, Raúl (Negro Ricardo)
Moscardi, Juan
Moustaki, Georges
Mouzo, Roberto
Moyano, Edgardo (Negro)
Mugica, Carlos
Mugica, Laura
Munilla Lacasa, Enrique
Muñoz, coronel
Muñoz, José María (el Gordo)
Murgier, Marisa (Estela)
Murúa, Arnaldo

N

Nanninga, Dirk Jacobus
Narosky, José
Narvaja, Roque
Navarro, José Sabino
Nebbia, Litto
Negro, Raquel (María)
Nell, José Luis
Neustadt, Bernardo
Nevares, Jaime de
Nicholson, Jack
Nicoletti, Máximo
Nietzsche, Federico

Nixon, Richard
Nkomo, Joshua
Norton, Ken
Nosiglia, Magdalena (Negrita)
Novillo, Horacio
Nudelman, Ricardo
Núñez de Lizazo, María del Carmen
Núñez, Ángel
Núñez, María Dortona de
Núñez, María Juana
Núñez, Roque (hijo)
Núñez, Roque

O

Obregón Cano, Ricardo
Ocampo, Carlos (el Inglés)
Ocampo, Victoria
Ocaranza, Jorge
Ochoa, Arnaldo
Oesterheld, Beatriz
Oesterheld, Diana
Oesterheld, Estela
Oesterheld, Héctor Germán
Oesterheld, Marina
Ojeda, René
Olguín, Jorge
Olguín, Orlando
Olmedo, Alberto
Olmedo, Carlos
Ongaro, Raimundo
Oraci, Nilda (Negra)
Orfanó, Lilia
Orfanó, Lucas

Ormaechea Lugones, capitán
Oropel, Julio (Negro Jorge)
Ortega, Emanuel
Ortega, Ramón (Palito)
Ortiz, Alfredo
Ortiz, Oscar
Osatinsky (Kika)
Osatinsky, Marcos
Osella Muñoz, Enrique

P

Pacheco, Julio Alberto
Pagani, Ricardo
Pandolfi, coronel
Papagno, Rogelio
Papaleo, Lidia
Papaleo, Osvaldo
Pascal Allende, Andrés
Passarella, Daniel
Pasteur, Luis
Paulo VI
Paulón, Ana
Paulón, Laura
Paulón, Victorio
Pavón, Daniel S.
Paz, Hipólito Jesús
Pedreira, Manuel
Pen Te Huai
Peralta Ramos, familia
Peralta, Amanda (Negra)
Percivale, Andrés
Perdía, Roberto (Pelado Carlos)
Pereda, Celedonio

Pereyra Rossi, Eduardo (Carlón)
Pereyra, Jorge
Pereyra, Liliana
Pérez, Guillermo
Pernía, Vicente
Pernías, Antonio (Rata)
Perón, Juan Domingo
Perren, Jorge (Inglés, Puma)
Perrota, Rafael
Pettigiani, Juan (Galleguito Jorge García)
Philippe, Claude-Jean
Piazzolla, Astor
Piccinini, Alberto
Pinchewsky, Eduardo
Pinky
Pinochet, Augusto
Piñón, Francisco
Pirles, Roberto Rufino (Palometa)
Pisariello (Chiqui)
Pisariello (Tito)
Pisariello, Laura
Pita, Juan
Plutarco
Polanski, Roman
Ponce de Bianco, María
Ponce de León, Carlos (el Negro)
Ponce, Ana María (Loli)
Porcel, Jorge
Porchetto, Raúl
Porcu (Gringo)
Portantiero, Juan Carlos
Praíno, Miguel
Prats, Carlos
Presley, Elvis

Presti, Roque
Prilutzky Farny, Julia
Primatesta, Raúl
Proietto, Aldo
Proudhon, Pierre-Joseph
Puccio, Carlos
Puiggrós, Adriana
Puiggrós, Sergio (Federico)
Pujals, Enrique
Pujals, Luis
Puyol (Piqui)

Q

Quarracino, Antonio
Quieto, Roberto
Quiroga, Rosario

R

Raab, Enrique
Ramírez, Lucio
Ramos, Julio
Ramus, Jorgelina
Ranier (Oso)
Rapallo, Armando
Rapella, María José
Rappaport, Horacio
Ratti, Horacio Esteban
Reiz, comisario
Renán, Sergio
Renoir, Jean
Repetto, comisario

Resek, delegado gremial
Revuelta, Manuel (Manolo)
Rey, Carlos
Reyes Matta, Fernando
Reza Pahlevi, sha de Persia
Ribatti, comisario
Ribeiro, Darcy
Ribolzi, Jorge D.
Rice, Tim
Richardelli, Rodolfo
Righi, Esteban (Bebe)
Rioja, Francisco (Fibra)
Rivarola, doctor
Rivas, Gabriel A.
Rivas, Hugo
Rivero, Lorenzo
Roa Bastos, Augusto
Róbeda, oficial
Roberto Carlos
Robledo, Ángel Federico
Roca, Gustavo
Rocca, Agustín
Rodríguez Larreta, Antonio
Rodríguez Saá, Ricardo
Rodríguez, Carlos Rafael
Rolón, Juan Carlos (Niño)
Rommel, Erwin
Romero Brest, Jorge
Romero, Dionisio
Romero, Jorge (Palito)
Ropero, Cacho
Roqué, Julio (Lino)
Rosas, Juan Manuel de
Rosenberg (Nenuca)

Rossellini, Roberto
Rossini, Raúl (Pedro, Nariz con pelo)
Roualdes, coronel
Roy, Claude
Rubeo, Luis
Rudni, Silvia
Ruffa, Ricardo (el Sapo)
Rufino, René
Ruiz, activista gremial
Rulli, Jorge

S

Saadi Masué, Conrado
Sábato, Ernesto
Sager de Gaggero, Alba
Saint Jean, Ibérico
Sajón, Edgardo
Salamanca, René
Salame, Ismael
Salazar, Evangelina
Salonia, Antonio
San Francisco de Asís
San Martín, José Francisco
Sánchez, Gonzalo
Sandler, Héctor
Sansoulé, Luis
Santamaría, contraalmirante
Santaolalla, Gustavo
Santucho, Mario (hijo)
Santucho, Mario Roberto
Sanz, Susana
Sarmiento, Domingo Faustino
Sarmiento, Rafael

Sartre, Jean-Paul
Sastre, Marcos
Sastre, Susana (Soledad)
Savio, Néstor Omar
Scarcella, Alejandro
Schavelzon, Willi
Schell, Walter
Schlesinger, John
Schleyer
Schmucler, Héctor (Toto)
Schuleim, Silvia
Schwarzer, Jorge
Scorsese, Martin
Segalli, Guillermo
Serrat, Joan Manuel
Sese Seku, Mobutu
Sholoyov, Mijail A.
Sibuet, oficial de policía
Sierra, Daniel de la
Sigal, Eduardo
Sigal, Mabel
Sigal, Paola
Signoret, Simone
Simenon, George
Sinigaglia, Roberto
Siro, Fernando
Siver, Susana
Slemenson, Claudio
Slutzky, Samuel Leonardo
Smart, Jaime
Smith, Ian
Smith, Oscar
Soares, Eduardo
Sobrino Aranda, Luis

Solanas, Luis Javier
Solano Lima, Vicente
Solari Yrigoyen, Hipólito
Sollers, Philippe
Soria, Pedro
Sosa, Chango
Soto, Moira
Spinelli, ingeniero
Spinelli, Susana
Spinetta, Luis Alberto
Staiff, Kive
Stalin, José
Storani, Conrado
Storani, Federico (Fredí)
Stroessner, Alfredo
Stubrin, Marcelo
Suárez (Zurdo)
Suárez Lastra, Facundo
Suárez Mason, Carlos G.
Suárez, Adolfo
Suárez, Eduardo
Sun Yat Sen
Suñé, Rubén
Suslov, Mijail

T

Taccone, Juan José
Taiana, Jorge
Taibo II, Paco Ignacio
Talento, Miguel (Pancho)
Tarancón, monseñor
Tarantini, Alberto
Tarnopolsky, Daniel

Tarnopolsky, Sergio
Tavernier, Bertrand
Tejeda, Elpidio (Texas) suboficial
Tejerina, cabo segundo
Teng Siao Ping
Terán, Oscar
Terragno, Rodolfo
Teruggi, Domingo (Mingo)
Tesare, José Luis
Timerman, Héctor
Timerman, Jacobo
Tito [Josip Broz]
Todesca, Jorge
Todman, Terence
Torres González, Juan José
Torrijos, Omar
Tortolo, Adolfo Servando
Tosco, Agustín (Gringo)
Totera, Agustín
Touraine, Alain
Tróccoli, Antonio
Troiani, Osiris
Trotski, León
Trotz de Urien, Susana
Trotz, Ernesto coronel
Troxler, Julio
Tula, Jorge (Negro)
Tumini, Humberto
Tzara, Tristán

U

Unamuno, Miguel
Urien, Cristian

Urien, Facundo (Chimpa)
Urien, Julio César (Boina)
Urien, Julio César
Urondo, Francisco (Paco)
Urondo, Josefina
Urtain, boxeador
Urteaga, (Pola) de
Urteaga, Benito

V

Vaca Narvaja, Femando
Vaca Narvaja, Hugo
Vaccaro, coronel
Valdovinos, Oscar
Valencia, José Daniel
Valenzuela, Tulio (Tucho)
Valladares (Oveja)
Valle, Miguel
Valvo, José Santos
Vandor, Augusto
Vanoli, Enrique
Vaňek, almirante
Vaporaky, Edgardo
Vega, José Vicente (Gordo José)
Vega, Marcela
Veglio, Carlos José (Toti)
Vela, César (Aníbal)
Vela, Pablo
Velazco, Hilda
Venencio, Graciela
Venencio, Luis (Jaime, Jaimito)
Ventura, Juan Pablo
Ventura, Lino

Vera Ocampo, Raúl
Verdinelli, Néstor
Vergez, Héctor capitán
Vernazza, Jorge
Viale, Mauro
Videla, Jorge (h.)
Videla, Jorge Rafael
Videla, María
Vieira, Cristina (China)
Vilas, Acdel Edgardo
Villaflor, Azucena
Villalón, Héctor
Villanueva (Chino)
Villanueva (Pata)
Villanueva, Ernesto
Villar, Julio
Villarreal de Santucho, Ana María
Villarreal, José Rogelio
Villone, Oscar
Viñas, Adelaida (Mini)
Viñas, David
Viola, Roberto
Vitali, Antonio
Vitali, Elvio (Tano)
Vitar
Vivanco, hermanos
Vivet, Luis
Vogelius, Federico
Vucetich, Juan

W

Walker (Jarito)
Walker, Enrique

Wallace, George
Walsh, María Victoria (Vicki)
Walsh, Rodolfo
Weber, comisario
Weber, Max
Wegener, Ulrich
Westfreid, José
Whamond, Francis William (Duque)
Williams, Paul
Woodward, Bob

Y

Yager, Raúl
Yofre, Ricardo
Yon, teniente
Yorio, Orlando
Yrigoyen, Hipólito

Z

Zagasti, oficial
Zanabria, Mario
Zárate, Dora
Zaspe, Vicente
Zavala Rodríguez, Miguel
Zenteno Anaya, Joaquín
Zimmatore, Pedro
Zubarán, Guillermo
Zunino, Lidia (Negra)
Zússara, Cecilia

Bibliografía

- Alfonsín, Raúl. *Inédito, una batalla contra la dictadura*. Legasa, 1986.
- Anzorena, Oscar. *Tiempo de violencia y utopía*. Contrapunto, 1988.
- Balvé, Beba y Beatriz. *El 69: huelga política de masas*. Contrapunto, 1989.
- Baschetti, Roberto. *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970*. Puntosur, 1988.
- Baschetti, Roberto. *Documentos 1970-1973*. Campana, 1995.
- Baschetti, Roberto. *Documentos 1973-1976*. Campana, 1996.
- Baschetti, Roberto. *Rodolfo Walsh, vivo*. De la Flor, 1994.
- Bayer, Osvaldo. *Rebeldía y esperanza*. Ediciones B, 1994.
- Bellardi y De Paula. *Villas Miseria: Origen, erradicación y respuestas populares*. Centro Editor de América Latina, 1986.
- Berguier, Hecker y Schiffrin. *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. CEAL, 1986.
- Bernetti, Jorge Luis. *El peronismo de la victoria*. Legasa, 1983.
- Blaustein, David. *Cazadores de utopías* (película). 1996.
- Blixen, Samuel. *Conversaciones con Gorriarán Merlo*. Contrapunto. Buenos Aires, 1988.
- Bobo, Castilla, Cortina y otros. *Crónica del siglo veinte*. Plaza y Janés. Barcelona, 1995.
- Bonasso, Miguel. *El presidente que no fue*. Planeta, 1997.
- Bonasso, Miguel. *Recuerdo de la muerte*. Planeta, 1994.
- Brennan, James. *El Cordobazo, las guerras obreras en Córdoba (1955-1976)*. Editorial Sudamericana, 1996.
- Burton, Anthony. *Violencia y revolución*. Eudeba, 1981.
- Cameron, Trewhella. *A new illustrated history of South Africa*. Southern Book Publishers. Johannesburg, 1992.
- Castañeda, Jorge. *La utopía desarmada*. Espasa, 1993.

- Casullo, Nicolás. *Para hacer el amor en los parques*. Tiempo contemporáneo, 1970.
- Diana, Marta. *Mujeres guerrilleras*. Planeta, 1996.
- Díaz Bessone, Ramón. *Guerra revolucionaria en la Argentina*. Círculo Militar, 1988.
- Duhalde, Eduardo. *El Estado terrorista argentino*. Vergara, 1983.
- El Kadri, Envar, y Rulli, Jorge. *Diálogos en el exilio*. Foro Sur, 1984.
- Escobar y Velázquez. *Examen de la violencia argentina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1975.
- Fanon, Franz. *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Fernández Díaz, Jorge. *Bernardo Neustadt, el hombre que se inventó a sí mismo*. Sudamericana, 1993.
- Fernández Huidobro, Eleuterio. *Historia de los Tupamaros*. Túpac Amaru, 1994.
- Fernández Vitar, Marcelo. *Historia del rock en Argentina*. Distal, 1993.
- Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos. *Proceso a la explotación y a la represión en la Argentina*. 1973.
- Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI, 1971.
- Gambini, Hugo. *El Che Guevara*. Planeta, 1996.
- García Lupo, Rogelio. *Mercenarios y monopolios en la Argentina*. Legasa, 1985.
- Gasparini, Juan. *Montoneros, final de cuentas*. Puntosur, 1988.
- Gelman, Juan. *Obra poética*. Corregidor, 1975.
- Geze, François, y Labrousse, Alain. *Argentine, révolution et contre-révolutions*. Seuil, 1975.
- Gilbert, Isidoro. *El oro de Moscú*. Planeta, 1994.
- Gillespie, Richard. *Montoneros, soldados de Perón*. Grijalbo, 1987.
- González Trejo, Horacio. *Argentina: tiempo de violencia*. Carlos Pérez, 1969.
- Graham-Yool, Andrew. *Tiempo de violencia*. Granica, 1974.
- Graham-Yool, Andrew. *De Perón a Videla*. Legasa, 1989.
- Guevara, Ernesto. *Obras completas*. Del Plata, 1968.
- Hamon, Hervé, y Rotman, Patrick. *Génération*. Seuil, 1987.

Historia de las Madres de Plaza de Mayo. Ediciones La Página, s/f.

Jauretche, Ernesto. *Violencia y política en los setenta*. Ediciones del Pensamiento Nacional, 1997.

Kimel, Eduardo. *Treinta años de historia política argentina (1965-95)*. RR Ediciones. Buenos Aires, 1995.

Lannot, Jorge. *Agustín Tosco, presente en las luchas de la clase obrera*, edición de autor, 1984.

Lanusse, Alejandro A. *Mi testimonio*. Lasserre, 1977.

Longoni, Ana, y Mestman, Mariano. «Un arte de los medios de comunicación de masas», *Causas y Azares* N.º3, 1995.

López, María Pía, y Korn, Guillermo. *Sabato o la moral de los argentinos*. Américalibre, 1997.

Luvecce, Cecilia. *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el peronismo de base*. CEAL, 1993.

Malraux, André. *Antimemorias*. Sudamericana. Buenos Aires, 1968.

Marín, Juan Carlos. *Los hechos armados: Argentina 1973-1976*. La Rosa Blindada, 1996.

Martí, Millia de Pirlés, Solarz de Osatinsky. *ESMA: trasladados*. Abuelas de Plaza de Mayo y otros. 1995.

Martínez, Tomás Eloy. *Las memorias del General*. Planeta, 1996.

Mattini, Luis. *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Campana, 1995.

Navarro Olmedo, Fernando. *El secuestro de 60 millones*. Colección Duda Semanal, México, 1976.

Niosi, Jorge. *Los empresarios y el Estado argentino (1955-1949)*. Siglo XXI, 1974.

Nunca Más; informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Eudeba. Buenos Aires, 1984.

O'Donnell, Guillermo. *El Estado burocrático autoritario 1966-1973*. Belgrano, 1982.

Ollier, María Matilde. *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*. CEAL, 1986.

Perdía, Roberto. *La otra historia*. Grupo Ágora. Buenos Aires, 1997.

Perlongher, Néstor. *Prosa plebeya*. Colihue, 1997.

- Pinedo, Jorge. *Consignas y lucha popular en el proceso revolucionario argentino*. Freeland, 1974.
- Potash, Robert. *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973*. Sudamericana, 1994.
- Quiroga, Hugo. *El tiempo del «proceso»*. Fundación Ross. Rosario, 1996.
- Romero, Amílcar. *Deporte, violencia y política*. CEAL, 1985.
- Romero, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Emecé, 1985.
- Santucho, Prieto y Prada. *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*. Ediciones de la IV Internacional, 1968.
- Santucho, Julio. *Los últimos guevaristas*. Puntosur. Buenos Aires, 1988.
- Seoane, María. *Todo o nada*. Planeta, 1992.
- Solanas, Pino. *La Hora de los Hornos* (película), 1968.
- Solanas, Pino. *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* (película), 1972.
- Schvarzer, Jorge. *Argentina 1976-1981. El endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera*. Cisea. Buenos Aires, 1983.
- Terragno, Rodolfo. *De Cámpora a Videla*. Peña Lillo, 1976.
- Timerman, Jacobo. *Preso sin nombre, celda sin número*. Random, Nueva York, 1981.
- Tosco, Agustín. *Selección de trabajos* (Lannot y Amantea, comps.), 1984.
- Treviño, Pepe. *Carne podrida*. Peña Lillo, 1972.
- Ulanovsky, Carlos. *Paren las rotativas*. Espasa, 1997.
- Uriarte, Claudio. *Almirante Cero*. Planeta, 1992.
- Varela Cid, Eduardo. *Los sofistas y la prensa canalla*. El Cid Editor, 1984.
- Vázquez, Enrique. *La última*. Eudeba. Buenos Aires, 1985.
- Verbitsky, Horacio. *Ezeiza*. Contrapunto. Buenos Aires, 1985.
- Verbitsky, Horacio. *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina*. El Periodista, 1985.
- Vernazza, Jorge. *Una vida con los pobres: los curas villeros*. Editorial Guadalupe. Buenos Aires, 1989.

- Villegas, Harry (Pombo). *Un hombre de la guerrilla del Che*. Colihue. Buenos Aires, 1996.
- Vitelli, Guillermo. *Cuarenta años de inflación en la Argentina*. Hyspamérica, 1988.
- Walsh, Rodolfo. *El violento oficio de escribir*. Planeta, 1995.
- Walsh, Rodolfo. *Ese hombre y otros papeles personales*. Seix Barral, 1996.
- Walsh, Rodolfo. *¿Quién mató a Rosendo?* Tiempo Contemporáneo, 1969.
- Winter, Jorge (director). *Hechos y protagonistas de las luchas obreras argentinas*. Editorial Experiencia, Buenos Aires, 1984.
- Yanuzzi, María. *Política y dictadura*. Fundación Ross. Rosario, 1996.

COLECCIONES DE LOS PERIÓDICOS:

Así.

Buenos Aires Herald.

Carta Política.

Clarín.

Confirmado.

Correo Argentino.

Crisis.

Crónica.

Diario Córdoba.

EL Combatiente.

El Descamisado.

El Día.

Electrum.

El Gráfico.

El Mundo.

El Sureño.

En Lucha.

Estrella Roja.

Evita Montonera.

Extra.

Gente.
Goles.
La Calle.
La Causa.
La Causa Peronista.
La Gaceta.
La Nación.
La Opinión.
La Opinión Semanal.
La Razón.
Las Bases.
Le Nouvel Observateur.
L'Express.
Los Libros.
Marcha.
Mayoría.
Militancia.
Militancia radical.
Newsweek.
Noticias.
Nuestra Palabra.
Nueva Era.
Nuevo Hombre.
Panorama.
Pájaro de Fuego.
Primera Plana.
Satiricón.
Siete Días.
Somos.
Todo es Historia.
Ya!